



EL NACIMIENTO DEL FASCISMO

Angelo Tasca

EL NACIMIENTO DEL FASCISMO



Colección

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 243

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 1 LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 DIALÉCTICA DE LO CONCRETO

Karel Kosik

Libro 3 LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Silvio Frondizi

Libro 4 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Antonio Gramsci

Libro 5 MAO Tse-tung

José Aricó

Libro 6 VENCEREMOS

Ernesto Guevara

Libro 7 DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL

Edwald Ilienkov

Libro 8 LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO

Néstor Kohan

Libro 10 AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE

Julio Antonio Mella

Libro 11 FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur

Madeleine Riffaud

Libro 12 MARX y ENGELS. Nueve Conferencias en la Academia Socialista

David Riazánov

Libro 13 ANARQUISMO y COMUNISMO

Evgeni Preobrazhenski

Libro 14 REFORMA o REVOLUCIÓN - LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Rosa Luxemburgo

Libro 15 ÉTICA y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 16 EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES

Aníbal Ponce

Libro 17 LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE

Omar Cabezas

Libro 18 LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA. Breve historia del movimiento obrero en Francia

1789-1848. Selección de textos de Alberto J. Plá

Libro 19 MARX y ENGELS

Karl Marx y Friedrich Engels. Selección de textos

Libro 20 CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA

Rubén Zardoya

Libro 22 DIALÉCTICA Y CONCIENCIA DE CLASE

György Lukács

Libro 23 EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN

Franz Mehring

Libro 24 DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA

Ruy Mauro Marini

Libro 25 MUJERES EN REVOLUCIÓN

Clara Zetkin

Libro 26 EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Agustín Cueva - Daniel Bensaïd. Selección de textos

Libro 27 LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO - DE ÍDOLOS E IDEALES

Edwald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 FETICHISMO y ALIENACIÓN - ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR

Isaak Illich Rubin

Libro 29 DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia

György Lukács

Libro 30 PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Paulo Freire

Libro 31 HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

Edward P. Thompson. Selección de textos

Libro 32 LENIN, LA REVOLUCIÓN Y AMÉRICA LATINA

Rodney Arismendi

Libro 33 MEMORIAS DE UN BOLCHEVIQUE

Osip Piatninsky

Libro 34 VLADIMIR ILICH Y LA EDUCACIÓN

Nadeshda Krupskaya

Libro 35 LA SOLIDARIDAD DE LOS OPRIMIDOS

Julius Fucik - Bertolt Brecht - Walter Benjamin. Selección de textos

Libro 36 UN GRANO DE MAÍZ

Tomás Borge y Fidel Castro

Libro 37 FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 38 ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD COLONIAL

Sergio Bagú

Libro 39 CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

André Gunder Frank

Libro 40 MÉXICO INSURGENTE

John Reed

Libro 41 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

John Reed

Libro 42 EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Georgi Plekhanov

Libro 43 MI GUERRA DE ESPAÑA

Mika Etchebéherè

Libro 44 NACIONES Y NACIONALISMOS

Eric Hobsbawm

Libro 45 MARX DESCONOCIDO

Nicolás González Varela - Karl Korsch

Libro 46 MARX Y LA MODERNIDAD

Enrique Dussel

Libro 47 LÓGICA DIALÉCTICA

Edwald Ilienkov

Libro 48 LOS INTELECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

Antonio Gramsci

Libro 49 KARL MARX. LEÓN TROTSKY, Y EL GUEVARISMO ARGENTINO

Trotsky - Mariátegui - Masetti - Santucho y otros. Selección de Textos

Libro 50 LA REALIDAD ARGENTINA - El Sistema Capitalista

Silvio Frondizi

Libro 51 LA REALIDAD ARGENTINA - La Revolución Socialista

Silvio Frondizi

Libro 52 POPULISMO Y DEPENDENCIA - De Yrigoyen a Perón

Milcíades Peña

Libro 53 MARKISMO Y POLÍTICA

Carlos Néelson Coutinho

Libro 54 VISIÓN DE LOS VENCIDOS

Miguel León-Portilla

Libro 55 LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

Lucien Henry

Libro 56 MARX Y LA POLÍTICA

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 57 LA UNIÓN OBRERA

Flora Tristán

Libro 58 CAPITALISMO, MONOPOLIOS Y DEPENDENCIA

Ismael Viñas

Libro 59 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO

Julio Godio

Libro 60 HISTORIA SOCIAL DE NUESTRA AMÉRICA

Luis Vitale

Libro 61 LA INTERNACIONAL. Breve Historia de la Organización Obrera en Argentina.

Selección de Textos

Libro 62 IMPERIALISMO Y LUCHA ARMADA

Marighella, Marulanda y la Escuela de las Américas

Libro 63 LA VIDA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

Pedro Naranjo Sandoval

Libro 64 CLASISMO Y POPULISMO

Michael Löwy - Agustín Tosco y otros. Selección de textos

Libro 65 DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD

Herbert Marcuse

Libro 66 EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Theodor W. Adorno

Libro 67 EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Víctor Serge

Libro 68 SOCIALISMO PARA ARMAR

Löwy -Thompson - Anderson - Meiksins Wood y otros. Selección de Textos

Libro 69 ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

Wilhelm Reich

Libro 70 HISTORIA DEL SIGLO XX - Primera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 71 HISTORIA DEL SIGLO XX - Segunda Parte

Eric Hobsbawm

Libro 72 HISTORIA DEL SIGLO XX - Tercera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 73 SOCIOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

Ágnes Heller

Libro 74 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo I

Marc Bloch

Libro 75 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo 2

Marc Bloch

Libro 76 KARL MARX. ENSAYO DE BIOGRAFÍA INTELECTUAL

Maximilien Rubel

Libro 77 EL DERECHO A LA PEREZA

Paul Lafargue

Libro 78 ¿PARA QUÉ SIRVE EL CAPITAL?

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 79 DIALÉCTICA DE LA RESISTENCIA

Pablo González Casanova

Libro 80 HO CHI MINH

Selección de textos

Libro 81 RAZÓN Y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 82 CULTURA Y POLÍTICA - Ensayos para una cultura de la resistencia

Santana - Pérez Lara - Acanda - Hard Dávalos - Alvarez Somoza y otros

Libro 83 LÓGICA Y DIALÉCTICA

Henri Lefebvre

Libro 84 LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Eduardo Galeano

Libro 85 HUGO CHÁVEZ

José Vicente Rangél

Libro 86 LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

Juan Álvarez

Libro 87 PEDAGOGÍA DIALÉCTICA

Betty Giro - César Julio Hernández - León Vallejo Osorio

Libro 88 COLONIALISMO Y LIBERACIÓN

Truong Chinh - Patrice Lumumba

Libro 89 LOS CONDENADOS DE LA TIERRA

Frantz Fanon

Libro 90 HOMENAJE A CATALUÑA

George Orwell

Libro 91 DISCURSOS Y PROCLAMAS

Simón Bolívar

Libro 92 VIOLENCIA Y PODER - Selección de textos

Vargas Lozano - Echeverría - Burawoy - Monsiváis - Védrine - Kaplan y otros

Libro 93 CRÍTICA DE LA RAZÓN DIALÉCTICA

Jean Paul Sartre

Libro 94 LA IDEA ANARQUISTA

Bakunin - Kropotkin - Barret - Malatesta - Fabbri - Gilimón - Goldman

Libro 95 VERDAD Y LIBERTAD

Martínez Heredia - Sánchez Vázquez - Luporini - Hobsbawn - Rozitchner - Del Barco

Libro 96 INTRODUCCIÓN GENERAL A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Karl Marx y Friedrich Engels

Libro 97 EL AMIGO DEL PUEBLO

Los amigos de Durruti

Libro 98 MARXISMO Y FILOSOFÍA

Karl Korsch

Libro 99 LA RELIGIÓN

Leszek Kolakowski

Libro 100 AUTOGESTIÓN, ESTADO Y REVOLUCIÓN

Noir et Rouge

Libro 101 COOPERATIVISMO, CONSEJISMO Y AUTOGESTIÓN

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 102 ROSA LUXEMBURGO Y EL ESPONTANEÍSMO REVOLUCIONARIO

Selección de textos

Libro 103 LA INSURRECCIÓN ARMADA

A. Neuberger

Libro 104 ANTES DE MAYO

Milcíades Peña

Libro 105 MARX LIBERTARIO

Maximilien Rubel

Libro 106 DE LA POESÍA A LA REVOLUCIÓN

Manuel Rojas

Libro 107 ESTRUCTURA SOCIAL DE LA COLONIA

Sergio Bagú

Libro 108 COMPENDIO DE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Albert Soboul

Libro 109 DANTON, MARAT Y ROBESPIERRE. Historia de la Revolución Francesa

Albert Soboul

Libro 110 LOS JACOBINOS NEGROS. Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití

Cyril Lionel Robert James

Libro 111 MARCUSE Y EL 68

Selección de textos

Libro 112 DIALÉCTICA DE LA CONCIENCIA - Realidad y Enajenación

José Revueltas

Libro 113 ¿QUÉ ES LA LIBERTAD? - Selección de textos

Gajo Petrović – Milán Kangrga

Libro 114 GUERRA DEL PUEBLO - EJÉRCITO DEL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 115 TIEMPO, REALIDAD SOCIAL Y CONOCIMIENTO

Sergio Bagú

Libro 116 MUJER, ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Alexandra Kollontay

Libro 117 LOS JERARCAS SINDICALES

Jorge Correa

Libro 118 TOUSSAINT LOUVERTURE. La Revolución Francesa y el Problema Colonial

Aimé Césaire

Libro 119 LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA

Federico Engels

Libro 120 POR LA SEGUNDA Y DEFINITIVA INDEPENDENCIA

Estrella Roja - Ejército Revolucionario del Pueblo

Libro 121 LA LUCHA DE CLASES EN LA ANTIGUA ROMA

Espartaquistas

Libro 122 LA GUERRA EN ESPAÑA

Manuel Azaña

Libro 123 LA IMAGINACIÓN SOCIOLOGICA

Charles Wright Mills

Libro 124 LA GRAN TRANSFORMACIÓN. Crítica del Liberalismo Económico

Karl Polanyi

Libro 125 KAFKA. El Método Poético

Ernst Fischer

Libro 126 PERIODISMO Y LUCHA DE CLASES

Camilo Taufic

Libro 127 MUJERES, RAZA Y CLASE

Angela Davis

Libro 128 CONTRA LOS TECNÓCRATAS

Henri Lefebvre

Libro 129 ROUSSEAU Y MARX

Galvano della Volpe

Libro 130 LAS GUERRAS CAMPESINAS - REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ALEMANIA

Federico Engels

Libro 131 EL COLONIALISMO EUROPEO

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 132 ESPAÑA. Las Revoluciones del Siglo XIX

Carlos Marx - Federico Engels

Libro 133 LAS IDEAS REVOLUCIONARIOS DE KARL MARX

Alex Callinicos

Libro 134 KARL MARX

Karl Korsch

Libro 135 LA CLASE OBRERA EN LA ERA DE LAS MULTINACIONALES

Peters Mertens

Libro 136 EL ÚLTIMO COMBATE DE LENIN

Moshe Lewin

Libro 137 TEORÍAS DE LA AUTOGESTIÓN

Roberto Massari

Libro 138 ROSA LUXEMBURG

Tony Cliff

Libro 139 LOS ROJOS DE ULTRAMAR

Jordi Soler

Libro 140 INTRODUCCIÓN A LA ECONOMÍA POLÍTICA

Rosa Luxemburg

Libro 141 HISTORIA Y DIALÉCTICA

Leo Kofler

Libro 142 BLANQUI Y LOS CONSEJISTAS

Blanqui - Luxemburg - Gorter - Pannekoek - Pfemfert - Rühle - Wolffheim y Otros

Libro 143 EL MARXISMO - EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

Henri Lefebvre

Libro 144 EL MARXISMO

Ernest Mandel

Libro 145 LA COMMUNE DE PARÍS Y LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Federica Montseny

Libro 146 LENIN, SOBRE SUS PROPIOS PIES

Rudi Dutschke

Libro 147 BOLCHEVIQUE

Larissa Reisner

Libro 148 TIEMPOS SALVAJES

Pier Paolo Pasolini

Libro 149 DIOS TE SALVE BURGUESÍA

Paul Lafargue - Herman Gorter - Franz Mehring

Libro 150 EL FIN DE LA ESPERANZA

Juan Hermanos

Libro 151 MARXISMO Y ANTROPOLOGÍA

György Markus

Libro 152 MARXISMO Y FEMINISMO

Herbert Marcuse

Libro 153 LA TRAGEDIA DEL PROLETARIADO ALEMÁN

Juan Rústico

Libro 154 LA PESTE PARDA

Daniel Guerin

Libro 155 CIENCIA, POLÍTICA Y CIENTIFICISMO - LA IDEOLOGÍA DE LA NEUTRALIDAD IDEOLÓGICA

Oscar Varsavsky - Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 156 PRAXIS. Estrategia de supervivencia

Ilienkola- Kosik - Adorno - Horkheimer - Sartre - Sacristán y Otros

Libro 157 KARL MARX. Historia de su vida

Franz Mehring

Libro 158 ¡NO PASARÁN!

Upton Sinclair

Libro 159 LO QUE TODO REVOLUCIONARIO DEBE SABER SOBRE LA REPRESIÓN

Víctor Serge

Libro 160 ¿SEXO CONTRA SEXO O CLASE CONTRA CLASE?

Evelyn Reed

Libro 161 EL CAMARADA

Takiji Kobayashi

Libro 162 LA GUERRA POPULAR PROLONGADA

Máo Zé dōng

Libro 163 LA REVOLUCIÓN RUSA

Christopher Hill

Libro 164 LA DIALÉCTICA DEL PROCESO HISTÓRICO

George Novack

Libro 165 EJÉRCITO POPULAR – GUERRA DE TODO EL PUEBLO

Vo Nguyen Giap

Libro 166 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO

August Thalheimer

Libro 167 ¿QUÉ ES EL MARXISMO?

Emile Burns

Libro 168 ESTADO AUTORITARIO

Max Horkheimer

Libro 169 SOBRE EL COLONIALISMO

Aimé Césaire

Libro 170 CRÍTICA DE LA DEMOCRACIA CAPITALISTA

Stanley Moore

Libro 171 SINDICALISMO CAMPESINO EN BOLIVIA

Qhana - CSUTCB - COB

Libro 172 LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN

Vere Gordon Childe

Libro 173 CRISIS Y TEORÍA DE LA CRISIS

Paul Mattick

Libro 174 TOMAS MÜNZER. Teólogo de la Revolución

Ernst Bloch

Libro 175 MANIFIESTO DE LOS PLEBEYOS

Gracco Babeuf

Libro 176 EL PUEBLO

Anselmo Lorenzo

Libro 177 LA DOCTRINA SOCIALISTA Y LOS CONSEJOS OBREROS

Enrique Del Valle Iberlucea

Libro 178 VIEJA Y NUEVA DEMOCRACIA

Moses I. Finley

Libro 179 LA REVOLUCIÓN FRANCESA

George Rudé

Libro 180 ACTIVIDAD, CONCIENCIA Y PERSONALIDAD

Aleksei Leontiev

Libro 181 ENSAYOS FILOSÓFICOS

Alejandro Lipschütz

Libro 182 LA IZQUIERDA COMUNISTA ITALIANA (1917-1927)

Selección de textos

Libro 183 EL ORIGEN DE LAS IDEAS ABSTRACTAS

Paul Lafargue

Libro 184 DIALÉCTICA DE LA PRAXIS. El Humanismo Marxista

Mihailo Marković

Libro 185 LAS MASAS Y EL PODER

Pietro Ingrao

Libro 186 REIVINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

Mary Wollstonecraft

Libro 187 CUBA 1991

Fidel Castro

Libro 188 LAS VANGUARDIAS ARTÍSTICAS DEL SIGLO XX

Mario De Micheli

Libro 189 CHE. Una Biografía

Héctor Oesterheld - Alberto Breccia - Enrique Breccia

Libro 190 CRÍTICA DEL PROGRAMA DE GOTHA

Karl Marx

Libro 191 FENOMENOLOGÍA Y MATERIALISMO DIALÉCTICO

Trần Đức Thảo

Libro 192 EN TORNO AL DESARROLLO INTELECTUAL DEL JOVEN MARX (1840-1844)

Georg Lukács

Libro 193 LA FUNCIÓN DE LAS IDEOLOGÍAS – CRÍTICA DE LA RAZÓN INSTRUMENTAL

Max Horkheimer

Libro 194 UTOPIÁ

Tomás Moro

Libro 195 ASÍ SE TEMPLÓ EL ACERO

Nikolai Ostrovski

Libro 196 DIALÉCTICA Y PRAXIS REVOLUCIONARIA

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 197 JUSTICIEROS Y COMUNISTAS (1843-1852)

Karl Marx, Friedrich Engels y Otros

Libro 198 FILOSOFÍA DE LA LIBERTAD

Rubén Zardoya Loureda - Marcello Musto - Seongjin Jeong - Andrzej Walicki

Bolívar Echeverría - Daniel Bensaïd - Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 199 EL MOVIMIENTO ANARQUISTA EN ARGENTINA. Desde sus comienzos hasta 1910

Diego Abad de Santillán

Libro 200 BUJALANCE. LA REVOLUCIÓN CAMPESINA

Juan del Pueblo

Libro 201 MATERIALISMO DIALÉCTICO Y PSICOANÁLISIS

Wilhelm Reich

Libro 202 OLIVER CROMWELL Y LA REVOLUCIÓN INGLESA

Christopher Hill

Libro 203 AUTOBIOGRAFÍA DE UNA MUJER EMANCIPADA

Alexandra Kollontay

Libro 204 TRAS LAS HUELLAS DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

Perry Anderson

Libro 205 CONTRA EL POSTMODERNISMO – UN MANIFIESTO ANTICAPITALISTA

Alex Callinicos

Libro 206 EL MATERIALISMO DIALÉCTICO SEGÚN HENRI LEFEBVRE

Eugenio Werden

Libro 207 LOS COMUNISTAS Y LA PAZ

Jean-Paul Sartre

Libro 208 CÓMO NOS VENDEN LA MOTO

Noan Chomsky - Ignacio Ramonet

Libro 209 EL COMITÉ REGIONAL CLANDESTINO EN ACCIÓN

Alexei Fiodorov

Libro 210 LA MUJER Y EL SOCIALISMO

August Bebel

Libro 211 DEJAR DE PENSAR

Carlos Fernández Liria y Santiago Alba Rico

Libro 212 LA EXPRESIÓN TEÓRICA DEL MOVIMIENTO PRÁCTICO

Walter Benjamin – Rudi Dutschke – Jean-Paul Sartre – Bolívar Echeverría

Libro 213 ANTE EL DOLOR DE LOS DEMÁS

Susan Sontag

Libro 214 LIBRO DE LECTURA PARA USO DE LAS ESCUELAS NOCTURNAS PARA TRABAJADORES – 1^{er} Grado

Comisión Editora Popular

Libro 215 EL DISCURSO CRÍTICO DE MARX

Bolívar Echeverría

Libro 216 APUNTES SOBRE MARXISMO

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 217 PARA UN MARXISMO LIBERTARIO

Daniel Guerin

Libro 218 LA IDEOLOGÍA ALEMANA

Karl Marx y Friedrich Engels

Libro 219 BABEUF

Ilya Ehrenburg

Libro 220 MIGUEL MÁRMOL – LOS SUCEOS DE 1932 EN EL SALVADOR

Roque Dalton

Libro 221 SIMÓN BOLÍVAR CONDUCTOR POLÍTICO Y MILITAR DE LA GUERRA ANTI COLONIAL

Alberto Pinzón Sánchez

Libro 222 MARXISMO Y LITERATURA

Raymond Williams

Libro 223 SANDINO, GENERAL DE HOMBRES LIBRES

Gregorio Selser

Libro 224 CRÍTICA DIALÉCTICA. Ensayos, Notas y Conferencias (1958-1968)

Karel Kosik

Libro 225 LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA. Ensayos, Notas y Conferencias

Ruy Mauro Marini

Libro 226 LOS QUE LUCHAN Y LOS QUE LLORAN. El Fidel Castro que yo ví

Jorge Ricardo Masetti

Libro 227 DE CADENAS Y DE HOMBRES

Robert Linhart

Libro 228 ESPAÑA, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ

César Vallejo

Libro 229 LECCIONES DE HISTORIA. Documentos del MIR - 1965-1974

Miguel y Edgardo Enríquez - Bautista Van Schowen - Ruy Mauro Marini y Otros

Libro 230 DIALÉCTICA Y CONOCIMIENTO

Jindřich Zelený

Libro 231 LA IZQUIERDA BOLCHEVIQUE - (1922-1924)

Izquierda Bolchevique

Libro 232 LA RELIGIÓN DEL CAPITAL

Paul Lafargue

Libro 233 LA NUEVA ECONOMÍA

Evgeni Preobrazhenski

Libro 234 EL OTRO SADE. DEMOCRACIA DIRECTA Y CRÍTICA INTEGRAL DE LA MODERNIDAD (Los escritos políticos de D. A. F. de Sade. Un comentario)

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 235 EL IMPERIALISMO ES UNA JAULA

Ulrike Meinhof

Libro 236 EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE LA DERECHA

Simone de Beauvoir

Libro 237 EUROPA ANTE EL ESPEJO

Josep Fontana

Libro 238 LA GUERRA DE LOS CIENTO AÑOS

Edouard Perroy

Libro 239 TRESCIENTOS MILLONES DE ESCLAVOS Y SIERVOS TRABAJAN BAJO EL NUEVO ORDEN ECONÓMICO FASCISTA

Jürgen Kuczynski

Libro 240 HISTORIA Y COMUNICACIÓN SOCIAL

Manuel Vázquez Montalbán

Libro 241 TEORÍA GENERAL DEL DERECHO y Otros Escritos

Pēteris Ivánovich Stučka

Libro 242 TEORÍA GENERAL DEL DERECHO Y MARXISMO

Evgeni Bronislavovic Pashukanis

Libro 243 EL NACIMIENTO DEL FASCISMO

Angelo Tasca



<https://elsudamericano.wordpress.com>



La red mundial de los hijos de la revolución social

EL NACIMIENTO DEL FASCISMO

ITALIA, DEL ARMISTICIO A LA MARCHA SOBRE ROMA

Angelo Tasca

ÍNDICE

I. La intervención de Italia en la guerra y la crisis del Estado

II. La revolución democrática de 1919

III. Mussolini y el fascismo de «primera hora»

IV. La revolución atraviesa el Adriático

V. Nitti, Giolitti, don Sturzo

VI. Grandeza y decadencia del maximalismo

VII. La contrarrevolución «póstuma y preventiva»

VIII. El fascismo en la encrucijada

IX. Hacia el Caporetto socialista

X. La marcha sobre Roma

Traducción castellana: Antonio Aponte e Ignacio Romero de Solís

Título original: *Naissance du fascisme. L'Italie de l'armistice a la marche sur Rome.*

Gallimard, París. 1967

*A la memoria de mi padre, obrero metalúrgico,
cuyos últimos años se vieron ensombrecidos
por la victoria del fascismo en Italia.*

Capítulo I

LA INTERVENCIÓN DE ITALIA EN LA GUERRA Y LA CRISIS DEL ESTADO

El ultimátum de Austria a Serbia sorprende a Italia en plena crisis política y social. Algunos meses antes, en marzo, se había discutido en la Cámara el balance financiero, por fin establecido, de la expedición a Libia, hecho que había proporcionado a los socialistas la ocasión de desquitarse, en cierto modo, haciendo el «proceso a la guerra». Esta guerra había exacerbado la lucha de los partidos y de las clases y había comprometido la política de equilibrio seguida, desde 1900, por Giovanni Giolitti. Con el fin de evitar las dificultades presupuestarias y la amenaza de una huelga de ferroviarios, el presidente del Consejo, que, sin embargo, dispone en la Cámara de una amplia mayoría, con el pretexto de un orden del día hostil, votado por el grupo radical; presenta su dimisión, evitando así el debate parlamentario. Al adelantarse de esta forma a los acontecimientos, Giolitti estaba seguro de su vuelta al poder después de un corto interregno, una vez calmada la tempestad. Este cálculo no le había fallado nunca hasta entonces, pero, sin embargo, en esta ocasión iba a ser desbaratado por los acontecimientos. En el seno del partido socialista, la corriente de izquierda se imponía cada vez más en los congresos; entre el de Reggio Emilia, en 1912; y el de Ancona, en 1914, se expulsa a un grupo de reformistas y a los francmasones. En vísperas de la guerra, hace dos años que Mussolini es miembro de la dirección del partido y año y medio director de su diario, el «*Avanti*».

Los viejos socialistas desconfían de él, pero los jóvenes le adoran. El viraje a la izquierda favorece su proyectó, que consiste en hacer del partido su propio instrumento y en marginar a la vieja guardia, «podrida» de escrúpulos y paralizada por la rutina. La «*semana roja*» de Ancona, en junio de 1914, aumenta aún más la distancia entre él y el cenáculo que, en Milán, se agrupa alrededor de Turati y de Treves. Mussolini exalta la revuelta anarquista: «Cien muertos en Ancona y arde Italia entera», piensa, sin que por ello llegue nunca a abandonar la dirección del periódico «*La revuelta*», abandonada a sí misma y desautorizada por la *Confederación General del Trabajo*,¹ se va extinguiendo. Algunas pavesas escapadas del incendio provocan, aquí y allá, huelgas de protesta.

¹ En italiano, *Confederazione Generale del Lavoro*, designado de aquí en adelante por sus siglas C.G.L.

Mussolini, desde Milán, contempla el espectáculo con viva satisfacción:

«Tomamos nota de los acontecimientos –escribe, con algo de esa legítima alegría que debe sentir el artista cuando contempla su obra–. Si el proletariado de Italia está adquiriendo una nueva psicología, más libre y más violenta, se debe a nuestro periódico. Comprendemos los temores del reformismo y de la democracia ante semejante situación, que no puede sino empeorar con el tiempo».

Esto sucedía el 12 de junio, unas semanas antes de Sarajevo. Cuando la guerra mundial es ya inevitable, Italia entera se pronuncia por la neutralidad; es decir, contra la intervención en favor de las Potencias Centrales, puesto que en ello reside, por el momento, el único peligro; Italia entera, con excepción del grupo nacionalista, que teme que se escape la ocasión de una «buena guerra», y de Sonnino, persuadido –sin razón– de que el Tratado de la Tríplíce debe entrar en juego automáticamente.

Durante meses, la diplomacia italiana lleva simultáneamente las negociaciones por ambos lados, y Salandra exalta, en octubre, el «egoísmo sagrado». A principios de 1915, Sonnino, que desde noviembre es miembro de la Consulta, se muestra todavía favorable a un acuerdo con Austria; si los Habsburgo se hubieran decidido a ceder inmediatamente «el Trentino y alguna otra cosa», el gobierno Salandra se habría adelantado y habría llevado a cabo la política del *parecchio* –política preconizada en enero de 1915 por Giolitti, quien consideraba que Italia hubiera podido obtener mucho (*parecchio*) sin entrar en guerra. Las vacilaciones de Austria hacen que el gobierno italiano se incline hacia la Entente; la intervención en favor de los Aliados es virtualmente decidida, en marzo, por tres personas: el rey, Salandra y Sonnino. Únicamente ellos conocen el Tratado de Londres, firmado el 26 de abril; los restantes ministros lo ignoran y el texto no será comunicado al Parlamento italiano hasta marzo de 1920.

En el país, el partido socialista se limita a seguir la corriente creada a raíz de su oposición a la guerra de Libia. Mussolini alude algunas veces, vagamente, a las «hordas teutónicas», pero en cuanto se da cuenta de que la tesis de la neutralidad obtiene el apoyo casi unánime del partido, da marcha atrás, libra una violenta batalla contra lo que él llama, a finales de agosto de 1914, el *delirium tremens* nacionalista, y hace que su actitud sea sometida a votación en las secciones.

«Se nos invita –dice a principios de septiembre– a llorar sobre la Bélgica mártir. Estamos en presencia de una farsa sentimental montada por Francia y por Bélgica. Estas dos comadres quisieran explotar la credulidad universal, pero para nosotros Bélgica no es más que una potencia en guerra, como cualquier otra.»

Pero como en sus conversaciones privadas se había expresado, en varias ocasiones, de forma muy diferente, uno de sus oyentes, irritado por su duplicidad; lo denuncia en «*Il Resto del Carlino*» como el «uomo della coda di paglia». ² Mussolini, al principio, lo desmiente, pero después, temiendo ver comprometido su prestigio, intenta escapar por otro camino, como lo hará siempre, evitando la cuestión planteada. Si permanece en el partido socialista, se siente humillado; si lo abandona, pierde el periódico, él, que tanto necesita «hablar todos los días a las masas». Va, entonces, en busca de Filippo Naldi, director del periódico cuyos ataques le han «quemado» y llega a un acuerdo con él para fundar un nuevo periódico. «*Il Popolo d'Italia*» sale a la calle el 15 de noviembre de 1914 en Milán, como «diario socialista». Mussolini debuta en él con una virulenta y rencorosa diatriba contra el partido que acaba de dejar.

Este brusco viraje es considerado como una traición por los militantes y los trabajadores que le habían seguido con ingenua confianza. Es un país que se considera a sí mismo el país de Maquiavelo, la actitud de Mussolini, abre entre él y la clase obrera un foso infranqueable. Y no sólo entre la clase obrera y Mussolini, sino también entre la clase obrera y la política de intervención.

Los obreros de las ciudades y los campesinos –socialistas y católicos– siguen siendo hostiles a la guerra. El pueblo italiano tiene la sensación de que la guerra se prepara sin él, contra él. El propio gobierno no ha encendido otra antorcha que la del «egoísmo sagrado». El territorio nacional no es invadido y «es una lástima», dirá Clemenceau. Hay, sin duda, Un grupo de antiguos socialistas y anarco-sindicalistas que exigen la guerra en nombre de la «revolución», pero la clase obrera no puede seguirles por este camino, y Mussolini, que la había empujado a la vía muerta de la «neutralidad absoluta», es el menos indicado para sacarla de ella. Él no es de los que hacen el papel de apóstol que proclama su error y adquiere, por su confesión, el derecho a predicar una nueva verdad. Se separa del partido socialista con el

² «Avere la coda di paglia» (tener la cola de paja) es una expresión italiana que significa estar expuesto a fácil censura, tener vulnerabilidad moral. [N. T.]

corazón lleno de odio y de deseos de venganza: «*¡Me la pagaréis!*», grita la noche de su expulsión. De esta forma, verá levantarse contra él, no sólo el espíritu extremista sobre el que ha estado especulando hasta la víspera, sino también una especie de rebelión moral provocada por su propia actitud. Desde este punto de vista, Mussolini ha contribuido más que nadie a levantar, en 1914-1915, una barrera entre el pueblo italiano y la guerra, que nada podrá derribar.

Por otra parte, el grupo de los partidarios de la guerra «revolucionaria», «democrática», es pronto ahogado por *la* adhesión de elementos de lo más reaccionario, que ven en la guerra –sea cual sea– el mejor medio para poder anidar el veredicto rojo de las elecciones de 1913. La vieja burguesía, amenazada en los municipios y en el Parlamento, neutralista por espíritu conservador, se hizo belicista para acabar con una política reformista que socava sus privilegios y que provoca la irrupción de nuevas capas sociales en la vida política del país.

La vida política sufre una debilidad orgánica debida, tanto a la ausencia de una verdadera clase dirigente, como al divorcio entre las masas populares y el nuevo Estado. La burguesía italiana, como se ha observado frecuentemente, ha logrado organizar su Estado, gracias menos a sus propias fuerzas que a las condiciones internacionales que han favorecido su victoria sobre las clases feudales y semif feudales: política de Napoleón III en 1852-1860, guerra austro-prusiana de 1866 y derrota de Francia en Sedán, con el consiguiente desarrollo del Imperio germánico. El *Risorgimento* se ha llevado a cabo bajo la forma de «conquista real» de la península por el pequeño Piamonte, sin participación activa del pueblo y en ocasiones contra él.

La cuestión romana mantiene fuera del nuevo Estado a los católicos, y el problema social levanta contra él a las masas populares. La política de las clases dirigentes sigue dominada por la preocupación de controlar a estas masas evitando, al mismo tiempo, una transformación profunda del Estado en el sentido democrático, del «transformismo» de Depretis a las leyes excepcionales de Pelloux; del «colaboracionismo» de Giolitti a la dictadura de las derechas en 1914-1918.

Lo que le falta fundamentalmente a la sociedad italiana es la larga evolución, la acumulación de experiencias, la fijación de reflejos y costumbres, que son lo que ha hecho posible la expansión democrática en Inglaterra y en Francia.

El pueblo apenas acaba de salir de siglos de servidumbre y de una larga miseria, ligada a una economía atrasada, basada en los bajos salarios en la industria y en la explotación feudal en la agricultura. La revolución democrática está por hacer, y el movimiento socialista es el responsable de llevarla a cabo. La historia de la nación italiana sólo empieza verdaderamente con la acción socialista que arrastra a las masas, aún pasivas, a la órbita de la vida nacional.

Giolitti, que desde hace tiempo se plantea el problema de la inserción de las masas en el Estado, lo ha comprendido muy bien, y, por ello, en 1913, concede el sufragio casi universal. En las elecciones que se celebran el mismo año, bajo el nuevo sistema, consigue la participación de los católicos mediante un pacto con el Vaticano (*Patto Gentiloni*). Pero esta operación, aunque no carente de audacia, tiene su contrapartida, que la hace estéril, al estar inspirada por una segunda intención reaccionaria. Giolitti, más que organizar un Estado moderno, lo que desea es asegurarse una mayoría parlamentaria. Esta mayoría está compuesta por el bloque, de diputados del Sur, los ascari, elegidos gracias a la corrupción y a la violencia, y por los industriales del Norte, ganados mediante una protección aduanera muy elevada. Esta mayoría cuenta con la neutralidad condescendiente de los socialistas, contentados por algunas reformas o con la concesión de obras públicas y, por si acaso, se tiene en reserva contra ellos, para el día de las elecciones, a los católicos, que en orden cerrado acudirán a las urnas conducidos por los curas. La consecuencia de todo ello es una castración de la vida política, una disipación de los programas y una corrupción de los partidos, que paralizan y falsean el saludable juego del sufragio universal.

Pero la polarización de la vida pública en los extremos, provocada por la guerra de Libia y acentuada por la crisis económica de 1914, destruye las bases del compromiso tradicional y de la táctica que sigue Giolitti desde que detenta el poder. La situación en Italia es cada vez más tensa. La interrupción de la emigración, la crisis de los transportes, la febril preparación de armamento, provocan una crisis de trabajo, de materias primas y de la hacienda pública. El precio del pan aumenta, en un país en el que todas las revueltas empiezan delante de las panaderías. Las manifestaciones y los conflictos se multiplican y acrecientan la aversión que las masas, sobre todo los campesinos, sienten por la guerra.

Los «fascios de acción revolucionaria», cuyo primer Congreso tuvo lugar los días 24 y 25 de julio de 1915, en Milán, se muestran favorables a la intervención; llevan a cabo una violenta campaña y refutan a la organización obrera y socialista; pretenden la intervención de Italia, «sin demora». ¿Que los socialistas se irritan? Se les meterá en cintura. El gobierno, cegado ante la perspectiva de una guerra de corta duración, firma el Tratado de Londres sin haber previsto nada; se ha comprometido a entrar en acción al cabo de un mes y no tiene tiempo para prepararse ni militar ni políticamente. Sin embargo, toma medidas contra el derecho de reunión y la libertad de prensa, preludio del régimen de plenos poderes, que tiene como consecuencia hacer más profunda la escisión entre las masas y el Estado.

«La crisis del Estado italiano –escribe Ivano Bonomi, ministro durante la guerra y presidente del Consejo en 1921– empieza cuando la intervención de Italia en la guerra, en 1915, hace que el proletariado socialista se aparte decididamente del Estado y se sitúe en la oposición más irreductible. Esta crisis llega a ser extremadamente peligrosa cuando las condiciones de la entrada en guerra separan a Giolitti y sus amigos del gobierno».

Sí, incluso Giolitti, el gran equilibrista, queda eliminado. El 9 de mayo de 1915, trescientos diputados de la Cámara italiana –la mayoría– depositan su tarjeta de visita en casa de Giolitti que, ignorante de que su suerte estaba echada, había ido a Roma para defender su tesis del *parecchio*, la misma que Sonnino había adoptado unos meses antes. El gobierno, que se ha comprometido a intervenir en lo sucesivo al lado de los aliados (pacto de Londres del 26 de abril) y que continúa sus relaciones con Viena y Berlín con el único objeto de mantener mejor el secreto de su decisión, favorece las demostraciones de los «intervencionistas», sobre todo en Roma, Milán y Bolonia. D'Annunzio pronuncia, en Quarto, un importante discurso en favor de la guerra. En Roma, los nacionalistas y los fascistas, movilizados con carácter permanente, se manifiestan en contra del Parlamento. Salandra presenta su dimisión, pero el rey le confirma su confianza y el gobierno sólo convoca las Cámaras para colocarlas ante el hecho consumado; la guerra ha llegado. Giolitti tendrá que esperar cinco años para volver al poder.

De esta manera, la Cámara, elegida por sufragio universal en las elecciones de 1913, en las que el desplazamiento hacia la izquierda había sido considerable, y a pesar de su mayoría neutralista, será la que llevará al país a la intervención y a una dictadura de derechas. ¿Cómo no ver la analogía de esta situación con la posguerra, en la que la Cámara de 1921, compuesta por una mayoría democrática y antifascista, culminará en el gobierno Mussolini? En muchos aspectos, las «jornadas radiantes» de mayo de 1915 son el ensayo general de la marcha sobre Roma. La sustitución de la voluntad del Parlamento por las del rey y de algunos hombres, la impresión de que el gobierno se ha dejado forzar la mano por las manifestaciones de una minoría, a la que ha abandonado la calle, crean en el pueblo la sensación de haber sido engañado y violentado, circunstancia, ésta, que contribuirá directamente a la formación del estado de espíritu antiparlamentario y «maximalista» de la posguerra.

«El torbellino de la guerra, lo hace olvidar en el momento mismo –escribe Benedetto Croce en su *Historia de Italia*– pero lo que sucedió entonces será irrevocable.»

La ligereza, la casi inconsciencia con que una parte de la clase dirigente lanza a Italia a la guerra, preparan las decepciones de la paz que tanto han contribuido al nacimiento del fascismo. Durante la lucha por la intervención empieza también a fijarse, en los «fascios» de 1914-1915; el complejo de demagogia, de nacionalismo exasperado, de antisocialismo y de reacción que volverá a encontrarse en los «fascios» de 1919-1922. Desencadenada con métodos facciosos, la guerra nacional –según constata el senador Vincenzo Morello– «se hará en una atmósfera de guerra civil». Entre mayo de 1915 y octubre de 1922, la filiación es, pues, directa e ininterrumpida.

Capítulo II

LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA DE 1919

La guerra produce en Italia, cuya unidad no ha cumplido aún el medio siglo, una terrible conmoción. Tras ella han quedado 680.000 muertos, según las estadísticas fascistas, 460.000 según Pierre Renouvin (*La Crise européenne et la Grande Guerre*), medio millón de mutilados e inválidos y más de un millón de heridos. Sin grandes reservas acumuladas, Italia se ha visto obligada a importar de todo: carbón, petróleo, caucho, cuero, las materias primas textiles y una parte de los minerales y de los productos alimenticios necesarios.

Por otra parte, no ha habido ningún gran ideal nacional que sostuviera este esfuerzo ni transfigurase estos sacrificios. El «egoísmo sagrado» del gobierno no ha sido, en el fondo, ni egoísta ni sagrado. Impuesta y planteada como una guerra civil, la guerra deja tras de sí una herencia de vehementes pasiones y de odios inextinguibles. Se apretaron los dientes el día de la movilización y el día de la victoria no ha conseguido despegarlos. La victoria del Piave, en el último momento, apenas compensa las derrotas de 1916 y de 1917.

En ningún otro país la desmovilización plantea problemas tan graves. Los tradicionales derivados de la emigración, mediante los cuales en 1913 salieron alrededor de 900.000 trabajadores y sobre todo campesinos sin tierra, se van cerrando, cada vez más. ¿Dónde colocar a los que vuelven del frente y durante cuánto tiempo podrán las fábricas de guerra mantener el millón de obreros que trabajan en ellas?. ¿Cómo transformar la industria de guerra en industria de paz? ¿Cómo, en medio del desorden general, de las persistentes convulsiones y de las renacientes ambiciones, abrirse un camino hacia el mercado mundial, desquiciado, empobrecido y acechado por implacables competidores, mejor preparados y mejor equipados?

Sin embargo, todos miran hacia el futuro con el corazón lleno de esperanza. La guerra ha trastornado hasta tal punto las condiciones de vida, ha provocado tantos altibajos, que se espera que al final de esta época geológica el sol ilumine un mundo nuevo. ¿No lo anunció así Lloyd George?

«El mundo de la posguerra debe ser un mundo nuevo... Después de la guerra, los trabajadores deben ser atrevidos en sus reivindicaciones.»

El propio gobierno atribuye a la guerra el sentido místico de una revolución que empieza.

«Esta guerra –proclama el 20 de noviembre de 1918 el presidente del Consejo, Orlando– es también la mayor revolución político-social que haya podido registrar la historia; supera incluso a la Revolución francesa.»

«Sí –pondera el mismo día Salandra–, la guerra es una gran revolución. Es la hora de la juventud. Que nadie crea que después de esta tempestad va a ser posible un pacífico retorno al pasado.»

Durante la guerra se hacen circular, con una total carencia de escrúpulos, las fórmulas más incendiarias. A alguien que se preocupa por las consecuencias de semejante propaganda, uno de los más fanáticos partidarios de la intervención le da la siguiente respuesta:

«Si los soldados proletarios, para darles fuerte a los austríacos, necesitan tratar a la burguesía de podrida y de traidora, no hay ningún mal en ello, con tal que peleen.»

Este mismo propagandista reconocerá, más tarde, que «estas fantasías no eran del todo inofensivas».

Mussolini, por su parte, ha mantenido durante toda la guerra, como titular en la primera página de su periódico, la frase de Blanqui: «*Quien tiene hierro, tiene pan*»; y esta otra de Napoleón: «*La revolución es una idea que ha encontrado bayonetas*». Después del armisticio despliega sus velas al viento que sopla:

«La guerra ha situado a las masas proletarias en el primer plano; ha roto sus cadenas, les ha dado una gran importancia. Una guerra de masas se acaba con el triunfo de las masas... Si la Revolución de 1789 – que fue al mismo tiempo revolución y guerra– abrió las puertas y los caminos del mundo a la burguesía, que había hecho un largo y secular aprendizaje, parece que la revolución actual, que también es una guerra, debería abrir las puertas del futuro a las masas, que han hecho en las trincheras su duro aprendizaje de sangre y de muerte.»

Y sigue:

«El mes de mayo de 1915 ha sido el primer episodio de la revolución, su comienzo. Durante cuarenta, meses la revolución se ha proseguido bajo el nombre de guerra, pero no está acabada. Puede o no seguir ese curso dramático que tanto impresiona a la imaginación; puede tener

un ritmo más o menos acelerado, pero continúa... En cuanto a los medios, no tenemos ningún prejuicio; aceptaremos los que sean necesarios, los medios legales y los que llaman ilegales. Se abre una etapa de la historia que podría ser definida como la etapa de la política de las masas o de la hipertrofia democrática. No podemos entorpecer el desarrollo de este movimiento. Debemos canalizarlo hacia la democracia política y hacia la democracia económica».

Ésta es la atmósfera de exaltación con que se encuentran los combatientes, los desmovilizados, al volver a sus casas, después de cuatro años de guerra, con sus sufrimientos, sus rencores y sus ilusiones como único bagaje. Los campesinos, sobre todo los del Mezzogiorno, vuelven para reivindicar su derecho a la tierra. Los obreros tienen la vista puesta en Rusia, donde, desde hace dos años, los bolcheviques tienen entablada una lucha de gigantes.

Europa presenta, cada vez más, un trágico y grandioso decorado.

«La caída de los Hohenzollern en Alemania —escribe un ex combatiente, Pietro Nenni—, la descomposición del Imperio de los Habsburgo y la huida del último emperador, el movimiento espartaquista en Berlín, la revolución soviética en Hungría, en Baviera; en suma, todos los acontecimientos extraordinarios y clamorosos de fines de 1918 y de principios de 1919 impresionan la imaginación de todos y alientan la esperanza de asistir al derrumbamiento del viejo mundo y de ver entrar a la humanidad en una nueva era y en un nuevo orden social.»

Los ex combatientes son, en su gran mayoría, wilsonianos y demócratas, con una imprecisa, aunque sincera necesidad de renovación, unida a una cierta desconfianza hacia las antiguas castas políticas. Por todas partes se constituyen asociaciones de excombatientes, que pronto se agrupan en la *Asociación nacional de Combatientes*. Esta pretende desempeñar un papel autónomo, al margen de los partidos tradicionales:

«Ningún partido, ninguna clase —proclama la Asociación—, ningún interés, ningún periódico goza de nuestra confianza... Organizados e independientes, haremos nuestra propia política».

En enero de 1919, el Comité central de la Asociación hace un llamamiento para formar un partido de combatientes. En el primer congreso, reunido en el mes de junio en Roma, se manifiesta un estado de ánimo muy hostil a los fascistas y se adopta un programa netamente democrático: convocación de

una Constituyente, abolición del Senado y sustitución de éste por Consejos elegidos por todas las categorías de trabajadores y de productores, reducción del servicio militar a tres meses y prefiguración de una patria «distinta al egoísmo nacional e integrada en la humanidad». Este programa, dice uno de ellos, Emilio Lussu, «parece hecho expresamente para permitir una colaboración con el partido socialista».

«Los combatientes –añade– eran, en sustancia, socialistas en formación, filosocialistas, no porque conocieran a los clásicos del socialismo, sino por un profundo sentido internacional, adquirido en la realidad de la guerra y por la aspiración a la tierra de la mayoría de ellos, que eran campesinos.»

¿Cómo aprovechará el partido socialista una situación semejante, en la que todo parece favorecerle, en la que nada parece resistírsele, en la que todos, hombres de gobierno, fascistas, excombatientes, utilizan su mismo lenguaje y esperan ver cuál será su comportamiento? Su oposición a la guerra lo determina casi oficialmente como el heredero del poder.

En marzo de 1917, unos meses antes de Caporetto, la dirección del partido socialista, el grupo parlamentario y la C.G.L. habían publicado un documento en el que exponían sus reivindicaciones inmediatas para la paz y para la posguerra.

Este programa estaba concebido en previsión de las novedades sociales y políticas «que están en el aire». En política exterior, el partido que había participado en Zimmerwald exigía una paz sin anexiones forzosas y «respetuosa de todas las autonomías», el desarme inmediato y simultáneo de los Estados, la abolición de las barreras aduaneras, el establecimiento de «relaciones jurídicas confederales entre todos los Estados civilizados». Semejante política sólo podía triunfar si el proletariado pasaba al primer plano de la vida nacional, gracias a una serie de «reformas institucionales, políticas y económicas», que comportaban fundamentalmente «la forma republicana de gobierno basada en la soberanía popular», la supresión del Senado, el sufragio universal igual y directo, la total libertad de organización, de reunión, de huelga y de propaganda, la elección de los funcionarios más importantes y de los jueces, un sistema completo de seguridad social, los contratos colectivos de trabajo y el salario mínimo, un importante programa de obras públicas, la expropiación de las tierras mal cultivadas, etcétera. Este programa es el que mantiene el partido socialista hasta mediados de 1918, pero el

partido y las masas se han radicalizado a consecuencia de los sufrimientos que la guerra había, impuesto, y sobre todo por reacción contra la forma estúpida con que los emboscados del *Fronte interno* aprovecharon la disciplina de guerra para proseguir la lucha contra la clase obrera y contra el partido socialista. En este partido predomina cada vez más la tendencia de izquierda y en el Congreso nacional de Roma, en septiembre de 1918, ésta obtiene una aplastante mayoría. Esta nueva mayoría encuentra el programa de 1917 demasiado insulso, demasiado «reformista», pero no advierte que, ante todo, hay que resolver otro problema, el del *carácter*, el *contenido histórico* de la revolución italiana.

Ahora bien, en la Italia de 1918-1919 era necesaria una revolución *democrático-burguesa*, tal como lo era en Rusia en marzo de 1917 y como intentaron llevarla a cabo los bolcheviques después de su victoria de octubre.

En su artículo consagrado al cuarto aniversario de la revolución de Octubre, Lenin señalaba:

«La tarea más imperiosa de la revolución en Rusia tuvo un carácter burgués y democrático. Hubo que destruir, en el país, las supervivencias de la Edad Media, hubo que eliminar sin descanso el oprobio, la barbarie, las trabas a cualquier tipo de cultura y de progreso... Hemos llevado la revolución democrática y burguesa hasta el final. Inflexibles y conscientes, nos encaminamos hacia la revolución social, sabiendo muy bien que ninguna muralla infranqueable la separa de la revolución democrático-burguesa. La amplitud de nuestro progreso depende de nuestros esfuerzos; la lucha determinará el día de mañana la amplitud de nuestras conquistas, que quedarán aseguradas para siempre».

También en Italia habría que romper la dominación de las viejas castas sociales, que con la guerra se ha hecho sentir más intensamente, y lograr que las masas participaran en la vida política, en la construcción del Estado popular. De esta forma, Italia podría, por fin, acabar su revolución nacional, escamoteada por el *Risorgimento*. Se imponen una serie de reformas profundas y nadie se atreve a oponerse abiertamente a ellas. Incluso el problema del régimen no es ya un obstáculo importante; casi todo el mundo es partidario de la eliminación de la monarquía o bien se resigna a su desaparición. La guerra ha movilizad a las masas, cuyo entusiasmo puede derrocar fácilmente los viejos sistemas.

República, democracia política y económica, reparto de tierras, constituyen lo esencial de esta primera etapa de la revolución.

Casi todos los grupos y partidos aceptan una Constituyente y una serie de audaces reformas sociales. A principios de enero de 1919, la Unión Italiana del Trabajo, de tendencia nacional-sindicalista, y que más adelante proporcionará sus cuadros al sindicalismo fascista, invoca la «Constituyente nacional concebida como sección italiana de la Constituyente de los pueblos». En marzo, Mussolini hace un llamamiento en favor de la «Constituyente de la IV Italia», e insiste en la idea de que los diputados elegidos en las próximas elecciones «constituirán la Asamblea Nacional llamada a decidir sobre la forma de gobierno». En abril, el partido republicano y los socialistas independientes (tendencia Bissolati) conminan a la clase dirigente para que «ceda pacíficamente el poder a las clases populares», exigen la convocación de «una Asamblea Nacional constituyente con plenos poderes para establecer las nuevas formas de representación del país y para que nombre rápidamente un gobierno provisional para dirigir el nuevo Estado, hasta la aplicación del nuevo estatuto nacional del pueblo italiano», y se pronuncian por la instauración de una «república social». El partido radical hace un llamamiento para «la renovación completa, profunda, total del Estado» y para «una participación más amplia e inmediata de las clases obreras en el poder». Incluso el Congreso de las Asociaciones «liberales» (es decir, de los conservadores) reconoce la necesidad «de acelerar el ritmo de la evolución de los tiempos». La corriente es tan fuerte que los grupos más dispares son arrastrados por ella y pasan a engrosarla. El primer Congreso de la Asociación nacional de Combatientes se adhiere a la idea de una Constituyente, y el de la francmasonería, que se celebra en Roma, durante los mismos días (junio de 1919), se propone «realizar en lo político y social todas las transformaciones que puedan dar un carácter, una orientación y una estructura democráticas, al Estado». En octubre, todavía el Congreso nacional de los fascios, en Florencia, reclama casi por unanimidad y «por todos los medios, la Constituyente para una transformación fundamental del Estatuto que permita conseguir una plataforma política, social y económica totalmente nueva». La idea de la Constituyente se propaga sobre todo entre los cuadros políticamente más activos de los soldados que están a punto de abandonar la zona de guerra para volver a sus casas. Pietro Nenni, en un libro que es ciertamente el mejor que se ha escrito sobre la crisis política de la posguerra en Italia (*Historia de Cuatro Años*), nos informa a este respecto:

«El que ha vivido estos meses de fiebre en que la alegría de la paz se mezclaba con un profundo descontento ante las condiciones sociales y políticas del país, donde los sentimientos más opuestos se encontraban en una exaltación casi mística de los *derechos* del combatiente; el que aún guarda el recuerdo de los primeros movimientos de las tropas de línea hacia sus bases territoriales, sabe que no hubo concentración o mitin, discusión o desfile de antorchas, en los que no se hablase de la Constituyente. Y esta palabra se transmitía de un sector a otro, quedando grabada en el cerebro de los desmovilizados. Cada uno le daba el sentido y el valor que quería. Lo era todo y no era nada, o, mejor dicho, podía serlo todo y no fue nada».

Y es que una «mística» de la Constituyente –de la que existían ya tantos elementos difusos– no podía crearse por entero ni ser operante sin la acción del partido que tenía entre sus manos a las masas populares. Pero, justamente, éste acababa de eliminar la Constituyente de su programa. En el debate que tuvo lugar en diciembre de 1918, la mayoría del grupo parlamentario y la C.G.L. habían adoptado nuevamente las reivindicaciones de 1917 y se habían pronunciado a favor de la Constituyente. Pero la dirección del partido, elegida en el Congreso de Roma, declara que a partir de entonces el objetivo debía ser «la institución de la República socialista y la dictadura del proletariado». El conflicto se reproduce en el mes de enero siguiente y se complica con un equívoco qué dejará igualmente impotentes a los «reformistas» y a los «revolucionarios».³

³ En la reunión del 18 al 22 de marzo de 1919, la dirección del partido había decidido por mayoría (10 contra 3) la ruptura con el Buró internacional socialista y la adhesión a la III Internacional; había también lamentado la indisciplina del grupo parlamentario, confirmado su programa de diciembre y adoptado la huelga general como principal medio de acción en la política italiana. Sin embargo, como empezaba a soplar un viento electoralista, la dirección rechazó las fórmulas más radicales propuestas por Gennari en el curso de la discusión y se pronunció en favor de la tesis centrista de Lazzari, confiando, por una parte, a la propaganda electoral la misión de «apoyar, frente al sistema legislativo de la burguesía, el sistema de representación proletaria mediante los consejos obreros», y apelando, por otra, al programa socialdemócrata del Congreso de Génova, que propugnaba la conquista legal de los poderes públicos. En la atmósfera candente de este período, pareció agravarse el conflicto de tendencias en el seno del partido, y esta elevada tensión reinante acabó por crear una corriente apasionada en favor de la unidad. Los acontecimientos reflejan una serie de sobresaltos apocalípticos. En marzo, nace en Moscú la III Internacional, mientras que el nuevo régimen soviético, hacia el cual las masas vuelven sus miradas con profunda simpatía, se ve seriamente amenazado por la evolución de la guerra civil. En marzo, en Berlín, es aplastada la segunda revuelta espartaquista, pero el 21 estalla, en Hungría, la revolución comunista, y el 7 de abril, en Munich, se proclama la República de los Consejos. El *Viejo Mundo* es sacudido por una crisis que no parece tener ninguna salida y cuyas manifestaciones, al prolongarse, se hacen insoportables para millones de hombres. Sobre todo, el fracaso de la Conferencia de París y el abandono de los principios wilsonianos destruyen las esperanzas que los pueblos habían puesto, por un momento, en la nueva paz, y les hace volverse

Para que el partido socialista pudiera superar victoriosamente la crisis política y social de la posguerra habría tenido que *llegar al poder lo más pronto posible*. Pero los «reformistas» del partido y de la C.G.L. resucitan el programa de 1917 como un derivativo de las fórmulas sin contenido de la «izquierda», y sobre todo para evitar el espinoso asunto de la lucha por el poder. El orden del día Turati-Prampolini, votado por la derecha en esta reunión de enero, determinó que no había que tomar el poder, con objeto de no «eximir a las clases y a las castas que han querido la guerra de las terribles responsabilidades de sus consecuencias». En realidad, este argumento es tan válido contra el programa de 1917 como contra toda acción por el poder, y se identifica con el de los maximalistas, según los cuales no hay que intentar nada «en el marco del capitalismo», puesto que la burguesía está condenada y más vale dejar que se derrumbe bajo el peso de sus faltas y de su impotencia. Todo ello sin contar con que ciertos reformistas, aunque se sirven de la «Constituyente» para oponerla a la «dictadura del proletariado», no están en absoluto dispuestos a luchar por ella, porque piensan en una próxima colaboración con Giolitti, mucho más fácil en el marco de la monarquía constitucional.

Los «revolucionarios» no quieren Constituyente, precisamente porque los demás la aceptan. El hecho de que todo el mundo hable de ella, les inquieta. Una consigna que va de boca en boca... Si hubieran tenido el más mínimo ápice de espíritu revolucionario, la hubieran adoptado precisamente por esta razón. De esta forma, se hubiera reproducido, a escala nacional, la situación de París en 1871, cuando «el alma confusa de la multitud atribuía a la Comuna una especie de misteriosa virtud», cuando las ideas –C. Thalès lo ha señalado después de otros– quedaban un tanto eclipsadas por una palabra de tan extraordinario prestigio, por una *palabra salvadora*».

hacia Moscú. Ni siquiera los socialistas de derecha, cuyos mejores elementos (en particular, Turati, Treves y Modigliani) tienen una viva conciencia de la necesidad de un nuevo estatuto de solidaridad europea, escapan a las repercusiones de este hecho. Habían puesto su esperanza en París, y seguían la evolución de la Conferencia con una atención ferviente; en este sentido, sus sentimientos, sus juicios no diferían de los de las masas populares y de la izquierda socialista. Incluso llegaron a expresarlos con una mayor coherencia y lucidez. Sin tener en cuenta este estado de ánimo no se pueden comprender algunas de sus manifestaciones, como, por ejemplo, el artículo de Turati que llama a la acción y a la unidad del proletariado en contra de los gérmenes de guerra que se siembran en París (*Avanti*, 31 de marzo de 1919); o como el manifiesto del grupo socialista, adoptado el 4 de abril. En él no faltan las alusiones a la política interior, e incluso se esboza un esquema de reformas constitucionales. Pero el acento está esencialmente puesto en la lucha por una paz verdadera. Acaba con un llamamiento dirigido a los obreros, a los socialistas y a los desmovilizados: «¡Vuestra hora ha llegado! Obligad a todos los partidos socialistas a que se pongan de acuerdo, prescindiendo de las diferencias que les separan; decid a esos señores de la Conferencia de París que se den prisa en acabar su tarea, pues ha empezado una nueva era, para la cual ellos ya no cuentan. Proletarios, ¡en pie!» Esta toma de posición reconcilia el grupo parlamentario con la dirección del partido.

Pero, sobre todo, lo que estos revolucionarios quieren, según ellos, es «hacer como en Rusia», y esto se reduce a repetir, como alucinados, las fórmulas que el éxito de los bolcheviques ha puesto en circulación. En lugar de partir de los problemas de la revolución *italiana* para buscar, «inventar» sus propias formas de lucha, parten de fórmulas estereotipadas y mal asimiladas para llegar a la revolución, y de esta manera no llegarán a ninguna parte. Cuando, en Rusia, los bolcheviques hablan de los soviets, los soviets existen, incluso se han creado al margen suyo y se remontan a la tradición, no olvidada, de 1905, reflejando las tendencias profundas de una democracia a nivel de pueblo y de fábrica, cuyas raíces se adentran profundamente en el pasado. El Comité Ejecutivo de los Soviets se forma en Petrogrado el 27 de febrero de 1917, al mismo tiempo que el Comité provisional de la Duma de Estado. Hasta el mes de junio, los bolcheviques especulan sobre un «desarrollo pacífico –el más deseable– de la revolución», pasan por la fase del «doble poder», compartido y disputado entre soviets y gobierno provisional, luchan contra los mencheviques y los socialistas revolucionarios para conseguir la mayoría en el seno de los soviets, «que empiezan a transformarse, en un verdadero gobierno popular». Incluso cuando lanzan la consigna: «*¡Todo el poder para los soviets!*», no dejan de reclamar la convocatoria de la Constituyente, la misma que ellos disolverán algunos meses después de la victoria de Octubre. Cada uno de estos momentos cruciales –con las fórmulas que les corresponden– nace del drama real de la Revolución y encuentra en ella su pleno sentido.

En la Italia de 1919, la clase obrera sigue sin programa y sin dirigentes. Al programa de 1917, adoptado por los socialistas, le ha faltado el espíritu revolucionario, mientras que este espíritu se dispersaba y se desvanecía en fórmulas extrañas para ellos; por un lado, el alma no ha encontrado su cuerpo; por el otro» el cuerpo se ha quedado sin alma. Mientras tanto, las masas siguen soñando; «durante algunas semanas –observa Mario Missiroli–, el pueblo vuelve a su infancia y se eleva a las fuentes inmaculadas de la fe». Estas masas sólo piden ser conducidas a alguna parte, con tal de que sea hacia adelante, hacia ese inundo nuevo cuya febril espera es alentada por las heridas abiertas por la guerra, pero su fe no encuentra intérpretes. A la mística de la Constituyente se intenta oponer la mística de los soviets, sin que ni, la una ni la otra lleguen a tomar cuerpo. No se oponen como una realidad viva a otra realidad, sino como unas sombras a otras, que ocupan todo el horizonte político y cierran, a derecha e izquierda, todas las salidas hacia el poder.

Entretanto, la situación económica de Italia empeora de mes en mes. Entre el 7 de marzo y el 22 de noviembre de 1919, son desmovilizadas once quintas –de 1896 a 1906–. El malestar es general; las huelgas se multiplican.

«Varios son los factores que concurren en suscitar y alimentar el descontento: la dificultad de reemprender un trabajo regular y ordenado después de tantos años pasados en peligros y sufrimientos, y también, en parte, en la ociosidad; la pereza producida por el agotamiento de una voluntad demasiado tensa y demasiado explotada; la reacción contra una disciplina rígida, soportada durante demasiado tiempo; la irritación provocada por el incumplimiento de las promesas de reformas económicas radicales, dadas con profusión a los combatientes para estimularlos al supremo sacrificio; la rebelión, en fin, ante el despilfarro de riquezas mal adquiridas. Pero el factor más importante de desorden es, sin duda alguna, el continuo aumento del coste de la vida. Los efectos de la inflación monetaria, que: tiempo atrás habían sido frenados artificialmente, y la escasez de los productos que se ofrecían a la población, impaciente por compensar la abstinencia del período de guerra, aceleran el alza de los precios. El encarecimiento de la vida provoca un aumento del malestar de las clases laborales, las empuja a continuas demandas de aumento de salario y las mantiene en un estado de irritación permanente y de incertidumbre ante el futuro que se traduce, frecuentemente, en violentas manifestaciones».⁴

Así, las huelgas que se intensifican hacia mediados de 1919 (200.000 metalúrgicos en el Norte, 200.000 obreros agrícolas en las provincias de Novara y Pavía, los tipógrafos en Roma y Parma, los obreros de la industria textil en Como, los marinos de Trieste, etcétera) lo único que logran es elevar los salarios al mismo nivel que el coste incrementado de la vida.

Pero la lucha reivindicativa no basta ya para calmar las impaciencias. A partir del mes de junio, y durante algunas semanas, la multitud, exasperada, penetra en los almacenes, impone rebajas y, en algunas ocasiones, roba las mercancías. Mussolini y los fascios –que se acaban de formar– proclaman su solidaridad «ilimitada con el pueblo de las provincias italianas que se ha sublevado contra los acaparadores», exaltan «las gestas concretas y decididas de santa venganza popular». «*Il Popolo d'Italia*» manifiesta la esperanza de que «en el ejercicio de su derecho sagrado, la multitud no se limite a atacar a

⁴ Giorgio Mortara, *Perspectivas económicas*

los criminales en sus bienes, sino que empiece a hacerlo también en sus personas»; pues, «algunos acaparadores colgados de los faroles y algunos encubridores aplastados bajo las patatas o el tocino que pretenden esconder, servirían de ejemplo». Mussolini denuncia la confusión del partido socialista y de la C.G.L., desorientados y desbordados, y se burla del *manifiesto* en el que éstos se preocupan de «no crear ilusiones fáciles».

Italia entera está en la calle. El gobierno no puede hacer nada porque no dispone de las fuerzas necesarias para intervenir en todas partes al mismo tiempo.

«Para reunir la fuerza pública suficiente para contener los disturbios —escribirá Tittoni, ministro en el gobierno Nitti—, habría sido necesario desguarnecer de policías y de gendarmes las otras regiones de Italia. Varias veces me he preguntado qué hubiera podido hacer el gobierno si un movimiento de rebelión hubiera estallado al mismo tiempo en toda la península».

La agitación contra la carestía de la vida toma rápidamente un carácter nacional, pero no hay nadie capaz de coordinarla, de dirigirla, de darle un objetivo y, de esta forma, transformar en realidades la fuerza que ella representa; La dirección maximalista del partido socialista no quiere «crear ilusiones» y lo remite siempre todo (no hará otra cosa hasta la marcha sobre Roma) a la «revolución próxima», la verdadera, la que tendrá el marchamo de «autenticidad» de Moscú.⁵ Entretanto, los comerciantes, en Bolonia por

⁵ El 4 de julio, el secretario del partido, Lazzari, invita a los socialistas «a estar atentos y vigilantes, puesto que los acontecimientos se precipitan hacia su desenlace fatal». Entretanto, por todas partes surgen «sovietes de aprovisionamiento», «comités populares de requisición», mientras que, por otro lado, las «comisiones de precios» municipales, o en su defecto los prefectos, ordenan requisiciones y tasaciones, imponiendo unas tasas que a veces llegan hasta el 50 %. Se hace preciso elegir: o bien se utilizan los organismos administrativos legales para imponer una tasación, o bien se pasa a la acción directa extralegal. El caso de Turín es característico. La Bolsa del Trabajo había delegado sus «comisarios obreros» en las «comisiones administrativas de vigilancia y de reglamentación del abastecimiento», creadas por las autoridades. La comisión ejecutiva de la sección, socialista no aprueba estas delegaciones, que constituyen, un «acto de colaboración», y amenaza con sancionar a los eventuales «indisciplinados» (*Avanti*, 7 de julio). La Bolsa del Trabajo hace entonces marcha atrás y mediante un nuevo manifiesto anuncia la dimisión en bloque de los comisarios ya designados. A partir de entonces —estando ya a salvo la nueva ortodoxia— no se hizo ya nada concreto para luchar contra la carestía de la vida. La dirección del partido socialista se reunió el 10 de julio, cuando el movimiento estaba ya en su declive, y votó un orden del día presentado por Gennari en el que «exhorta a los camaradas y a los trabajadores... a rechazar toda forma de colaboración con los comités de aprovisionamiento, comités mixtos, etc.», y a crear, por el contrario, «allí donde todavía no existan, consejos obreros, formados solamente por los representantes directos del partido, de las organizaciones proletarias y de las asociaciones proletarias de mutilados. En estos consejos, su tarea será, por el momento, orientar y ampliar la agitación actual contra la carestía de la vida. Su acción se desarrollará

ejemplo, llevan las llaves de sus almacenes a las Bolsas del Trabajo, mientras que la administración socialista impone un baremo de precios. En los municipios, en las Bolsas de Trabajo es donde está el «segundo poder» que se alza contra el Estado, y en ausencia del Estado son ellos los «soviets» italianos, tal como han sido formados por las antiguas tradiciones de la vida municipal y la historia reciente del movimiento obrero. Pero estos «soviets» no están hechos «como en Rusia», y los supuestos dirigentes se obstinan en crear unos que sean copia exacta del modelo ruso. Como la revolución tiene un carácter italiano y popular, los «revolucionarios», que quieren crear los «soviets por todas partes», pasan por su lado sin reconocerla.

En cambio, se organiza, para los días 20-21 de julio, una huelga general –que tendría que haber sido internacional– de solidaridad: con las Repúblicas Soviéticas de Rusia y Hungría. Esta huelga ha sido decidida en la Conferencia de Southport, pero en el último momento, a última hora, la C.G.T. francesa hace marcha atrás y los socialistas italianos son los únicos en hacer honor al compromiso.⁶ Todo el mundo espera que suceda algo grave, la atmósfera está cargada y llena de inquietud, pero no sucede nada. La huelga «política»

exclusivamente en el terreno de la lucha de clases y se ajustará al principio según el cual una acción decisiva del proletariado debe desembocar en la conquista del poder político y económico, y que este poder, basado en la dictadura del proletariado, debe ser confiado por entero a las organizaciones de la clase obrera» (*Avanti*, 11 de julio). Todo quedó sobre el papel y el movimiento se apaciguó, dejando tras de sí una situación agravada.

⁶ Durante las conversaciones habidas en Roma y en Milán a finales de mayo de 1919, entre algunos socialistas extranjeros (Jean Longuet, Ramsay MacDonald, Buxton) y los dirigentes socialistas y sindicalistas italianos, la dirección del P.S.I. había hecho «la propuesta concreta, de una huelga general que fuese una manifestación de fuerza, que se haría simultáneamente en Francia, Inglaterra e Italia, como gesto de solidaridad con el gobierno de los soviets y como una amenaza, que no sería inútil; contra la política de Versalles», y había invitado a los camaradas «a estar dispuestos a seguir el llamamiento del P.S.I. para dar a la manifestación una amplitud y una resonancia como nunca había tenido lugar en Italia» (*Avanti*, 9 de junio de 1919). La C.G.L. hizo un llamamiento análogo. Hubo una primera entrevista con los sindicalistas, en París, el 14 de junio; posteriormente se celebraron otras, en las que participaron D'Aragona, Lazzari, Serrati. Los dirigentes de la C.G.T. francesa se comprometieron a dar la orden de huelga, aún cuando los ingleses no mantuviesen el acuerdo. En el Congreso tradeunionista de Southport, donde D'Aragona hizo unas declaraciones extremistas, se decidió, en la sesión del 27 de junio, llevar a cabo la manifestación común los días 20 y 21 de julio, pero «en la forma más adecuada a las circunstancias y según los métodos usuales en cada país». Esta fórmula significaba prácticamente que en Inglaterra no habría huelga. A pesar de ello, las organizaciones italianas (C.G.L., P.S.I.) y el sindicato de ferroviarios anunciaron la huelga para el día previsto e hicieron público un manifiesto en este sentido, el 12 de julio. En el último momento (18 de julio), la C.G.T. decidió aplazar la huelga, y algunos dirigentes del sindicato de ferroviarios italianos siguieron su ejemplo. Estos fueron desautorizados y la huelga tuvo lugar, a pesar de todo, aunque en medio de la confusión creada por estos últimos incidentes. Hay que hacer constar que, al principio, la Confederación blanca había convenido «un paro para el 21» con la finalidad precisa de «protestar contra la falsa Paz de Versalles». Pero volvió en seguida sobre sus pasos, presionada, en particular, por la dirección del P.P.I.

queda reducida a un desfile que se lleva a cabo sin ardor, sin que se manifiesten las pasiones y los intereses que han provocado las revueltas contra la carestía de la vida. La pesadilla de las clases dirigentes se disipa; recobran confianza y se preparan para la lucha.⁷

Mientras las ciudades sufren las conmociones de las huelgas, de las agitaciones contra la carestía de la vida y de los conflictos industriales, en el campo se inicia una revolución que escapa también al control de los dirigentes socialistas y sindicalistas. Masas de campesinos ex combatientes ocupan las tierras sin cultivar, los latifundios, y se instalan en ellos.

«Durante la guerra siempre se había hablado de *la tierra para los campesinos*. Y hay promesas que no se hacen impunemente. Cuando los campesinos invadieron algunas tierras del *agro romano*, se vio a los soldados de un regimiento glorioso por su heroísmo aplaudir a los campesinos invasores que llevaban sobre el pecho sus condecoraciones de guerra» (Nitti).

Durante el mes de agosto, el movimiento se extiende por el campo romano y alcanza el Mezzogiorno. El partido socialista, que continúa con la vista puesta en Rusia, donde, sin embargo, el «hambre de tierra» del campesino ha sido el factor esencial de la victoria revolucionaria, permanece ajeno a esta presión de las masas rurales, que no poseen el carnet de ningún partido ni sindicato y que, a veces, se movilizan tras una bandera tricolor.

⁷ Para comprender las repercusiones negativas, en el campo obrero, de este estéril alarde de fuerzas, hay que recordar que la dirección del P.S.I. había anunciado el 20 de marzo de 1919 la preparación de una huelga general revolucionaria. Pero en seguida había tomado la precaución de explicar que la huelga del 20 y 21 de julio no podía tener este carácter. El 4 de julio, Nicola Bombacci declara en *Avanti* que la huelga tendrá «un carácter de simple demostración de fuerza y no revolucionaria», añadiendo, sin embargo, que no se renunciaba «ni siquiera a una coma del programa ni a la preparación de la huelga de expropiación». Pero esta utilización de instrumentos «revolucionarios» para fines de simple demostración, no tiene en cuenta las repercusiones que éstos tienen tanto sobre la psicología de las masas puestas en movimiento, como sobre la burguesía, que atravesó una verdadera crisis de pánico. La dirección del partido no abandona; sin embargo, las posiciones de marzo de 1919. En vísperas del Congreso de Bolonia, con ocasión de las reuniones de los días 7 al 10 de septiembre, «al tiempo que reafirma que la huelga general para la virtual toma del poder por el proletariado debe estar precedida por una preparación práctica y técnica seria, además de la preparación espiritual, decide intensificar este tipo de trabajo y pasa al orden del día». Estos nobles propósitos tampoco llegaron a realizarse. Haciendo el balance de los acontecimientos, la C.G.L. escribe en su informe al Congreso de Livorno: «La acción revolucionaria fallida trajo consigo, no diremos el desaliento, pero sí una brutal disminución de las esperanzas de los obreros, y reforzó, al mismo tiempo, la voluntad, hasta entonces débil, de los industriales, de lanzarse a una lucha que quebrantó el poder del movimiento obrero» (Cf. A. Lanzillo, *La C.G.L. nel sessennio 1914-1920*, Milán, 1921; P. Nenni, *Storia di quattro anni*, Milán, 1927; reed. Turín, Einaudi, 1946).

En noviembre, las elecciones políticas muestran la nueva cara de Italia. Gracias a Nitti, son las primeras elecciones verdaderamente libres desde la unidad del reino. El sistema de representación proporcional que acaba de ser adoptado, favorece el desarrollo de los grandes partidos, el socialista y el «popular» (católico). Este último apenas tiene un año de vida y ya está en el primer plano de la política italiana. El Vaticano ha levantado oficialmente el *non expedit*, a pesar de la «cuestión romana». Los católicos han podido votar y pasan a ocupar su lugar en la vida nacional, en el marco del Estado unitario. Es una revolución dentro de la revolución, puesto que el año 1919 es ciertamente el año de la revolución italiana, de la revolución democrática. Las masas han empezado su lucha por el pan, por la tierra y por la libertad. Los puentes con el pasado parecen definitivamente cortados; de esta revolución saldrá oficialmente una verdadera nación, un Estado popular. Es el presagio seguro de la Cuarta Italia.

Capítulo III

MUSSOLINI Y EL FASCISMO DE «PRIMERA HORA»

Con el armisticio, Mussolini siente que ha llegado para todo el mundo la hora del *redde rationem*, incluso para él. La dictadura del *Fronte interno* que lo protegió durante la guerra se ha acabado. Para salvarse de la marea creciente de las masas exasperadas ya sólo puede contar consigo mismo. Con la desmovilización empieza para él una *aventura personal*, una lucha hasta la muerte que apenas le deja posibilidad de elección. Ningún bagaje ideológico o sentimental le estorba; no tiene, como es sabido, «ni los escrúpulos ni la fidelidad propios de la convicción». Los autores no le proporcionan principios, sino las fórmulas de lucha que necesita. Siente frente al pensamiento una especie de desconfianza y de incomodidad que le hace acogerse a todo aquello que legitima la irracionalidad y la incoherencia. A menudo, a través de lecturas de tercera mano, aunque con instinto seguro, plagia la «voluntad de poder» de Nietzsche, lo «único» de Stirner, la intuición bergsoniana, los «mitos» de Sorel, el pragmatismo y, como último descubrimiento, el relativismo de Einstein. Sólo utiliza las ideas para desembarazarse de las ideas. Se le reprocha el haber traicionado los «principios» y, sin embargo, él, en sus incursiones, recoge todo aquello que quita o parece quitar a los principios su realidad, su poder de compromiso; si «no es necesario ser consecuentes» con los principios, ¿dónde está la traición? El hecho, la acción, es lo único que cuenta y a nivel de la acción no se traiciona; se gana o se pierde. Pero Mussolini sabe muy bien que, incluso en la lucha de cada día, no puede prescindir de ideas generales, y por eso, en cada ocasión, coge las que necesita sin importarle su procedencia. Se dedica entonces a hacer «filosofía» de pacotilla, y a hurgar en el fondo del cajón de los tópicos, lanzándolos luego con un aire de suficiencia y de desafío en el que se refleja la doble faz de M. Jourdain y de Eróstrato. Ironiza sobre los principios eternos y estereotipados y afirma que «el imperialismo es la ley eterna e inmutable de la vida». Reprocha al marxismo haber simplificado demasiado la historia, y al mismo tiempo proclama que «es la sangre lo que mueve las ruedas sangrientas de la historia». De esta forma, huye de los esquemas para caer en los lugares comunes, pero cuando éstos son gráficos tienen un enorme poder de difusión en esta gran provincia que es Italia. Además, se les puede reemplazar fácilmente por otros lugares comunes y por otras imágenes, sin preocuparse del pasado y sin comprometer el futuro.

Eso es lo que necesita Mussolini, él, que el 29 de enero de 1919 se declara «un cínico insensible a todo lo que no sea aventura, loca aventura». ¿Hay que tomarle la palabra y juzgarlo según su propia definición? Aventurero lo es, pues en su vida no persigue otro objetivo que su propio éxito y a sus ojos todo queda convertido en una oportunidad y en un instrumento; cínico también lo es, puesto que, según uno de sus amigos que, sin embargo, le seguirá siendo fiel, «amistad y sentimiento no ocupan ningún lugar en su corazón». Pero en él no hay nada del Titán que escala el cielo, nada del héroe romántico arrastrado por la furia de sus pasiones; más bien se parece a «un clásico, porque sabe interpretar todas las grandes pasiones sin sentir las», pasiones individuales y colectivas que toca como si fueran teclas de un teclado. Angélica Balabanov, que lo conoció bastante bien en otro tiempo, ha recordado episodios en que Mussolini aparecía como un pobre diablo, temeroso del pinchazo de una inyección; otros nos lo han descrito avanzando con gran arrojo por entre una muchedumbre hostil. Pero la psicología corriente, que habla de su cobardía o de su valor, no llega a ver su verdadera personalidad. Mussolini es, ciertamente, demasiado calculador para ser auténticamente valeroso, pero calcula lo suficiente como para no ser esclavo de sus nervios; tiene una gran visión de lo que conviene para su triunfo y siempre acaba haciendo lo que este triunfo exige. No hay en él ninguna afición al riesgo por el riesgo, pero después de haberlo intentado todo por evitarlo o por reducirlo, acepta, si es necesario, lo que le imponga, la situación, para así poder afirmarse o para no ser eliminado. Cuando estalla la guerra mundial se guarda muy bien de seguir a los «garibaldinos» a Argona o de alistarse, después de mayo de 1915, como hace su amigo Corridoni. Únicamente va al frente cuando le toca ir con su quinta, y cuándo es herido, en un incidente sin importancia, durante unos ejercicios de lanzamiento de granadas, vuelve a Milán, donde permanece hasta el fin de la guerra. No ha tomado parte en ningún ataque, pues su vida es demasiado preciosa para exponerla al azar de «una bala estúpida», pero con sus treinta y ocho días de trinchera paga el tributo estrictamente necesario para poder volver a su periódico sin ser demasiado molestado, y luchar en él por su propio futuro. Si no hubiera ido al frente todo se habría perdido para él; pero en ningún momento ha pensado en inmolarsse, como hicieron Corridoni o Battisti, por los fines supremos de la guerra. Para Mussolini el fin supremo sigue siendo el propio Mussolini; no reconocerá jamás ningún otro.

Sin embargo, la simple ausencia de principios o de escrúpulos, aunque sirve a su juego personal, no puede llevarle muy lejos. A pesar de su orgullo hipertrofiado («aún no he encontrado a nadie que pueda igualarse a mí», confió antes de la guerra a un amigo suyo), Mussolini sabe que si se queda solo está perdido. El 10 de noviembre de 1918, día del «desfile de la victoria», sube a un camión de *arditi*. Después de dar una vuelta por las calles de Milán, van a parar a un gran café del centro; allí Mussolini arenga a sus hombres

«*jArditi!* ¡Comaradas! Yo os he defendido cuando los cobardes filisteos os difamaban... El centelleo de vuestros puñales y el estallido de vuestras bombas harán justicia a todos los miserables que quieran impedir el desarrollo de la gran Italia. ¡Italia es vuestra...! ¡Vuestra!»

Los *arditi* alzan sus puñales, los hunden alrededor de la bandera que han extendido sobre la mesa y gritan a coro: «*jViva Italia!*»

Así es como se constituye una guardia de corps para hacer frente a lo más urgente.

Pero Mussolini es un hombre político y sabe que necesita aliados, una organización sobre la que apoyarse. El partido socialista y los sindicatos de la C.G.L. le son hostiles. Sin embargo; quizá se produzca una fisura: en ese bloque; la dirección del partido y el Comité directivo de la C.G.L. están en desacuerdo. La C.G.L. acaba de confirmar en su Congreso de Bolonia, a finales de enero de 1919, el programa de 1917, el programa de la «Constituyente». Mussolini vibra de esperanza y le da su adhesión. Es posible que la C.G.L. rompa el pacto de alianza que acaba de establecer con el partido socialista y recobre su autonomía. Posiblemente se ya a la creación de ese *Partido del trabajo* —a imagen del *Labour Party* inglés— que recibiría el apoyo de un buen número de dirigentes de la C.G.L. Mussolini podría colaborar en él con su periódico, que, durante este tiempo, de «diario socialista» se ha convertido en diario de los «productores»; entretanto sostiene, en *Il Popolo d'Italia*, una campaña en favor de la unidad sindical y, en particular, la «Unión Italiana del Trabajo», cuyos dirigentes son amigos suyos y preconizan, igual que él, una especie de «socialismo nacional». La «Unión Italiana del Trabajo» se había pronunciado en favor de la intervención de Italia en la guerra, pero si entra en el seno de la C.G.L. la cuestión de principio será superada. En la nueva C.G.L., en el nuevo «Partido del Trabajo», también serán admitidos los que han apoyado la guerra y Mussolini podrá, de una vez, volver a establecer el contacto con las masas, que había perdido durante los años de guerra.

Sin embargo, Mussolini no se compromete a fondo en este sentido, a causa de las dificultades que encuentra, que resultan mucho mayores de lo que él había previsto –la C.G.L. rechaza, poco después, la unión con la U.I.T., precisamente por la actitud que esta mantuvo durante la guerra–, y porque no le gusta: apostar nunca a una sola carta. Si planea un acercamiento al movimiento socialista, es con los socialistas de derecha y, sobre todo, con los dirigentes de la C.G.L. Pero, al mismo tiempo, no quiere compartir con los socialistas «derechistas» el riesgo de ser desbordado por las masas, que se han vuelto impacientes y exigentes. Así, pues, Mussolini hace simultáneamente «socialismo nacional» y demagogia, convirtiéndose, de esta forma, sin sospecharlo aún, en el precursor de todos los «fascismos». Desde enero, toma postura en favor de la huelga de Correos y Telecomunicaciones y en favor de los ferroviarios.

«Sus reivindicaciones –escribe– deben ser aceptadas inmediatamente. ¿Qué hace falta? ¿Dos, tres, cinco mil millones? Pues qué se encuentren. En el país, mediante el censo de la riqueza nacional, y en el extranjero pidiendo préstamos.»

Los ferroviarios deben conseguir su unidad sindical; una sola organización los agrupará a todos, «desde el inspector hasta el peón». Y cuando en marzo los ferroviarios presentan el pliego de sus reivindicaciones, él las apoya todas «sin reservas», incluida la del derecho de huelga, aunque en Italia el ferrocarril sea un servicio público. Durante el mismo mes, otro acontecimiento le permite establecer un nuevo puente con el movimiento obrero. Los obreros de la empresa Franchi y Gregorini de Dalmina (Bérgamo), organizados en la Unión Italiana del Trabajo, presentan un «memorándum» en el que reclaman, sobre todo, la semana inglesa. Al ver rechazada su petición, se encierran en la fábrica, izan una bandera tricolor en la chimenea y continúan la producción, declarando que no saldrán si no se les da plena satisfacción. Es la primera ocupación de fábricas de la posguerra; en Italia. Mussolini la saluda en su periódico:

«La negación de los metalúrgicos a abandonar las fábricas es la traducción en hechos de las nuevas orientaciones del movimiento obrero internacional, cuyos fenómenos reveladores han sido ya recogidos y analizados por nuestro periódico. Esto significa el abandono de la huelga tradicional, funesta para la clase y para la nación. La formación del «Consejo de los obreros», que durante tres días ha dirigido la empresa, que ha asegurado su funcionamiento en

todas las secciones, representa el intento honrado, el esfuerzo laborioso, la ambición digna de suceder a la clase que se llama a sí misma burguesa, en la gestión de la producción».

Después de la victoria, Mussolini es llamado a Dalmina, donde exalta la proeza de los obreros que han «inaugurado, la huelga creadora que no interrumpe la producción», y les anima a perseverar:

«El tiempo y las condiciones que os han fijado los industriales no os han permitido demostrar lo que sois capaces de hacer, pero vosotros habéis demostrado vuestra voluntad, y yo os digo que estáis en el buen camino».

Tras él toma la palabra Michele Bianchi, futuro secretario general del Partido fascista y futuro «Cuadrunviro» de la marcha sobre Roma. Así, la primera ocupación de fábricas se hace bajo los auspicios del fascismo naciente.

Durante la revuelta de junio-julio contra la carestía de la vida, Mussolini y los fascios se entregan a una demagogia desenfrenada frente a los socialistas y la C.G.L. La cantilena de Mussolini es la de todos los demagogos, cuya demagogia encubre, y sirve un oportunismo congénito: «¡Hacer pagar a los ricos!» Pero él sabe muy bien que para salvar las finanzas italianas, para hacer bajar el coste de la vida, satisfacer las antiguas y las nuevas necesidades de las masas y remontar la crisis, hace falta algo más que «diezmar la riqueza» o colgar de un farol a algunos «acaparadores». Pero bien hay que tirar algunos puñados de tierra en las bramose canne del Cancerbero popular.

«Las cajas están vacías —escribe el 10 de junio—, ¿quién tiene que llenarlas? Evidentemente no somos nosotros, que no poseemos ni casas, ni automóviles, ni fábricas, ni tierras, ni empresas, ni cheques; los que pueden hacerlo son los que deben pagar. He aquí lo que proponemos: o bien los poseedores se expropián a sí mismos, o bien invitamos a la masa de ex combatientes a ir contra estos obstáculos y derribarlos.»

Estos discursos contribuyen, sin duda, a mantener la situación en un estado de paroxismo, pero no significan, en absoluto, que el «socialista» renazca en Mussolini, que, por otra parte, no había sido más que un socialista descarriado y reaccionario a pesar suyo. Entre Mussolini y su propio pasado hay una barrera de odio, de desprecio y de sangre. No se le perdona, menos aún que la traición en sí, el modo de llevarla a cabo, el denario de Judas que le había

servido para fundar su periódico. «*Il modo ancor m'offende*». Aunque cubriese su cabeza con cenizas o aunque recitase el *mea culpa*, cosa, por otra parte, a la que su orgullo no se plegaría jamás. Pero aún hay más; Mussolini no ha sido nunca socialista, no ha sido nunca otra cosa que mussoliniano. Dentro del partido socialista, escogió la izquierda, sobre todo porqué los viejos diligentes estaban a la derecha y había que eliminarlos de *su* camino. Apenas llegado al «*Avanti*» eliminó a Claudio Treves, rechazando sus artículos, porque quería ser el único en dirigir el periódico, *su* periódico. Esto dio lugar a un duelo. Después de ser expulsado del partido no piensa más que en «hacerle pagar» la humillación sufrida, y la lucha encarnizada que sostiene contra él está marcada por el ansia de desafío y guiada por la obsesión del desquite. Pero Mussolini no sólo ha cambiado de campo, como un *capitano di ventura* del Renacimiento, sino que, al mismo tiempo, ha roto los lazos con su vida de bohemio y de desclasado. Se inicia por primera vez en la buena vida, tiene amantes. Su «voluntad de poder» se une al gusto por la vida, por la *belle vie*, lejos de la mugre y de la miseria. El dinero no le basta y no determina, por sí solo, su conducta; pero no puede prescindir ya de él, porque desde ahora sabe que «el dinero hace la guerra» y que, en 1914, sin el dinero de Naldi y Barrère él habría sido reducido a la impotencia. Quien lo conoció en 1912-1913, con su aspecto lastimoso, sus mejillas descarnadas y sus ojos febriles y lo ve ahora en la *Galleria* de Milán, vestido de negro, el cuello poderoso asentado sobre un torso redondeado, la cara achatada y abotargada, duda de que sea el mismo, hasta tal punto se ha transformado.⁸ Si Mussolini adula las pasiones populares no es porque las comparta; lo que quiere es ganar tiempo, no ser destrozado inmediatamente. Él sigue la corriente, adelantándose a veces a ella aunque sin entregarse nunca, e incluso la incita, pero con el único fin de hacerla fracasar mejor, pues todos sus gustos y sus necesidades le empujan al otro lado de la barricada.

Por esta razón, Mussolini no duda ahora, en absoluto, en romper con los «intervencionistas» demócratas que, junto con Bissolati, siguen fieles a sus concepciones, incluso después del armisticio, y continúan oponiéndose a la política miope de Sonnino. Bissolati, también él antiguo director de *Avanti*, fue uno de los cuatro diputados socialistas excluidos del partido en 1912, a propuesta de Mussolini, por su actitud demasiado «nacional» durante la guerra de Libia. Después de haber participado en la campaña en favor de la intervención de Italia, se enroló en mayo de 1915, a los cincuenta años, recobrando su grado de sargento y haciéndose enviar, rápidamente, a

⁸ Recuerdo personal.

primera línea. Herido por dos veces, en julio, en el ataque del Monte Nero, se niega a quedarse en Roma y, aunque debilitado por las sucesivas operaciones quirúrgicas que ha tenido que sufrir, vuelve al frente en pleno invierno, siempre como sargento. Por su gran valor obtiene una segunda medalla con ocasión de la gran ofensiva austríaca de la primavera de 1916. La grave crisis de junio le fuerza a participar en «el gobierno de «unión nacional» que acaba de constituirse. Una vez ministro, no cesa de combatir ni un solo momento contra el «egoísmo sagrado», declara que la guerra tiene un objetivo superior al de la culminación de la unidad nacional y proclama la necesidad de una estrecha colaboración con los pueblos de la monarquía austro-húngara, en la lucha por la conquista de las autonomías nacionales. Como consecuencia del conflicto siempre latente con Sonnino, que se agravó la víspera de la Conferencia de París, Bissolati dimite, siendo muy pronto seguido por Nitti. Abandonando el ministerio, quiere poder conducir, con entera libertad, su campaña, en favor de una paz auténticamente democrática, y pide que Italia no quede prisionera del tratado de Londres.

«El barón Sonnino –declara Bissolati en una entrevista–, proclama la intangibilidad del pacto de Londres que asigna Fiume, ciudad muy italiana, a los yugoslavos, e insiste en la posesión de Dalmacia (donde los italianos son una ínfima minoría). Yo sostengo lo contrario; Fiume debe formar parte integrante del reino de Italia y Dalmacia debe ser atribuida a los yugoslavos.»

El respeto por el principio de las nacionalidades y los intereses de Italia coincidían; permaneciendo fiel a los compromisos del «Pacto de Roma», firmado en abril de 1918 con los representantes de los futuros Estados sucesores de la monarquía austro-húngara,⁹ Italia podía ser la «primera de las naciones pequeñas» y vivificar, con su aportación, una Europa verdaderamente pacificada y renovada en sus fundamentos. Pero cuando llega el momento del reparto, Sonnino y los nacionalistas italianos se obstinan en querer materializar las Ventajas del Tratado secreto de Londres –la anexión

⁹ En la *Conferencia de Roma*, celebrada con la autorización del gobierno italiano, los delegados italianos, polacos, rumanos, checos y yugoslavos habían proclamado la necesidad de la lucha común contra la monarquía, de los Habsburgo a fin del que «cada pueblo realizara su liberación total y su unidad nacional completa en un estado libre». Italianos y yugoslavos, en un acuerdo. particular, reconocían que «la unidad y la independencia de la nación yugoslava eran de un interés vital para Italia, al igual que la culminación de la unidad nacional italiana era de un interés vital para la nación yugoslava». Unos y otros se comprometían a desarrollar «su acción para que durante la guerra y en la paz, se alcanzaran totalmente los objetivos de las dos naciones». Se pronunciaban, al mismo tiempo; por la defensa común del Adriático contra toda hegemonía. Entre los miembros de la delegación italiana que habla concluido este acuerdo estaba también Benito Mussolini.

de Dalmacia— pidiendo al mismo tiempo la anexión de Fiume en nombre de ese principio de las nacionalidades que el Tratado de Londres, consule Sonnino, había sacrificado, puesto que atribuía Fiume a Yugoslavia.¹⁰ Mussolini se pone de su parte e inicia una campaña extremadamente violenta contra toda «renuncia». Bissolati, invitado por la «Familia italiana en favor de la *Sociedad de Naciones*», va a Milán el 11 de enero para dar la primera conferencia de una serie destinada a exponer y difundir las ideas wilsonianas en favor de una paz fundada en el derecho y en la justicia». Mussolini moviliza entonces a sus amigos, denuncia la «cobardía» de Bissolati, y provoca un escándalo en la Scala que le impide pronunciar su discurso. La ruptura con toda posibilidad democrática en la acción fascista es, a partir de entonces, fatal; se producirá, como siempre, en la línea de menor resistencia, lo del nacionalismo exasperado.

Pero, a causa de esto, el gobierno italiano se ve metido en un callejón sin salida. Se ha hecho enviar desde Dalmacia centenares de telegramas en los cuales los funcionarios italianos reclamaban la anexión «en nombre de la población», ha favorecido las manifestaciones en las ciudades italianas al grito de *¡Fiume o la muerte!*, ha hecho decir en la prensa que los «derechos» de Italia serán defendidos hasta el final. En París, Orlando y Sonnino se encuentran no sólo ante la imposibilidad de conseguir que sea aceptada la cuadratura del círculo que es el Tratado de Londres junto con el problema de Fiume, sino que incluso ven amenazadas las posiciones del Tratado de Londres, que Wilson y los serbios se niegan a reconocer porque éste no les ha sido comunicado. La delegación italiana se encuentra paralizada, totalmente absorbida —es Tardieu quien lo señala— por la cuestión de Fiume, y la Conferencia se reduce a «un diálogo a tres», con Wilson, Clemenceau y Lloyd George. Así, cuando Orlando y Sonnino deciden, el 23 de abril, abandonar París en señal de protesta, su gesto cae en el vacío, pues no cambia en nada la situación. Pero el sentimiento nacional italiano se moviliza alrededor de este gesto. En las estaciones se organizan manifestaciones para saludar a Orlando, que pronuncia ardientes discursos. El Parlamento italiano aprueba la actitud del gobierno e Italia conoce de nuevo la atmósfera del *maggio radioso*; para que nada falte D'Annunzio va a Roma a exigir la anexión, en un discurso pronunciado en el Augusteo:

¹⁰ El artículo 5 del tratado del 26 de abril de 1915 decía exactamente: «Los territorios que se enumeran a continuación serán atribuidos por las cuatro potencias a Croacia, Serbia y Montenegro. En el Alto Adriático, toda la costa desde la bahía de Volosca, en los confines de Istria, hasta la frontera septentrional de Dalmacia, comprendiendo el territorio actualmente húngaro, y toda la costa de Croacia con el puerto de Fiume, etc.»

«Nuestro Mayo épico vuelve a empezar, –dice–. ¿No oís, allá abajo, sobre las carreteras de Istria, sobre las de Dalmacia, todas ellas romanas, el paso acompasado de un ejército en marcha? Con las águilas y la bandera tricolor, superando todo retraso, resucitando su mes de Mayo, Italia, una vez más, se pone en movimiento desde lo alto del Capitolio».

D'Annunzio, Mussolini y los nacionalistas piden al gobierno que se anexe, inmediatamente, Fiume, Dalmacia y el Tirol, y que ponga a la Conferencia de París ante el hecho consumado.

«Es necesario, escribe Mussolini el 29 de abril, poner, a los Tres ante el hecho consumado... El hecho consumado es un decreto de anexión, ante el cual los yugoslavos, aunque sea rechinando los dientes, tendrán que inclinarse. Ellos no pueden hacer la guerra contra Italia, no tienen cañones ni ametralladoras, ni aeroplanos, ni municiones. Se limitarán a una protesta diplomática más o menos vibrante. La ocasión para Italia es única; será una desgracia si el gobierno la deja escapar. O bien se resuelve el problema hoy, conforme a los datos elementales de la necesidad, o bien no se resolverá nunca».

Se llega incluso a formular la amenaza de una alianza de Italia «con todas las víctimas de la Entente: húngaros, búlgaros y turcos». El gobierno ha dejado creer que su gesto era decisivo; los periódicos insisten sobre el «vacío creado en la Conferencia por la ausencia de Italia», sobre el «marasmo», el «completo desorden» provocado por la retirada de la delegación italiana, retirada que ha liquidado «la dictadura de Wilson». Pero, poco a poco, se va viendo que no sólo la Conferencia continúa sus trabajos, sino que soluciona numerosas cuestiones importantes: las del estatuto de la S.D.N., de Schleswig, de Luxemburgo y la del *Anschluss* reclamado por los austríacos. Orlando y Sonnino, sin ser invitados, abandonan Roma precipitadamente porque Barrère les ha hecho saber que se va a decidir, sin ellos, la delimitación de las fronteras de Austria y del Brennero. Orlando, ese «tigre vegetariano», como lo llama Clemenceau, ya no encuentra, a su regreso, las masas dispuestas a aclamarlo. Es una decepción y una humillación que muestran a los ojos de muchos italianos la imagen de una Italia vencida a pesar de su victoria, porque su victoria le ha sido «robada» por los Aliados. Este sentimiento de injusticia y de mutilación será el gran filón que Mussolini explotará fríamente, hasta el delirio, y que constituirá una de las premisas psicológicas –quizá la más importante– del éxito fascista.

Mussolini y los nacionalistas tienen, en efecto, la ganancia asegurada, haciendo de Italia una nación «vencida». Pero esto es falso, pues posiblemente ningún país obtenga o pueda obtener de la guerra tantas ventajas como Italia. Ésta, no sólo corona, con su unidad nacional, la obra del *Risorgimento*, sino que ve cómo se derrumba su enemigo hereditario, su antagonista directo, la monarquía de los Habsburgo. Alemania, a pesar de las duras condiciones que se le imponen, sigue en pie, destinada a encontrar de nuevo, un día u otro, su lugar en Europa. Inglaterra y Francia, ahora victoriosas, tendrán que contar nuevamente con ella. El Imperio austro-húngaro desaparece, hecho trizas, eliminado de la historia. Si las clases dirigentes italianas hubieran tenido la amplitud de miras necesarias, si no hubiesen cedido al chantaje de Mussolini y de los nacionalistas, si se hubieran puesto a la cabeza del movimiento de los pueblos del antiguo imperio, Italia habría reemplazado al mismo tiempo a Alemania, a los Habsburgo y a Francia en la dirección de la política danubiana y balcánica. La Pequeña Entente se había construido alrededor suyo. Por el contrario» mientras los Aliados se reparten las colonias alemanas en África y el antiguo imperio turco en el Oriente Próximo, liberales, fascistas y nacionalistas se obsesionan por algunos islotes del Adriático. Sin embargo, si en este mar, de nuevo «amargo», han surgido dificultades, los principales responsables ¿no son acaso los que han firmado el Tratado de Londres, dando Fiume a Yugoslavia y que, cuando ha llegado el armisticio, no han encontrado otra cosa mejor que recomendar la política del «egoísmo sagrado»? Pero la historia no es un tribunal que separa, en sus juicios, a los culpables y a las víctimas. Golpea en el vacío, como el Jehová de la Biblia. Sucede incluso, a menudo, que los responsables del mal se aprovechan de las reacciones ciegas que ese mal provoca. Éste es el caso de Italia, donde la «derrota diplomática» que Bissolati había previsto en vano, es utilizada por los que la han hecho inevitable. Las clases dirigentes, los fascistas y los nacionalistas que han «mutilado» la victoria italiana, encuentran en el sentimiento nacional herido el medio más eficaz para aferrarse al poder y dirigir la lucha contra la revolución democrática.

Mussolini, por su parte, no tiene otro recurso. Al mismo tiempo que pide del gobierno una política exterior ultranacionalista, dirige su campaña *contra el Estado. Con ella adula al anarquismo latente del pueblo italiano y sobre todo de la burguesía media: oficiales desmovilizados y descontentos, estudiantes incómodos en los bancos de la universidad, tenderos en lucha contra los impuestos, desclasados de todo tipo que quieren «algo nuevo», asegurando al fascismo naciente una aureola indispensable de anticonformismo y de herejía.*

Al mismo tiempo, y por encima de todo, esta campaña responde a las reivindicaciones de los industriales, de los comerciantes, de la burguesía capitalista en general. «*Il Popolo d'Italia*» proclama la incapacidad del Estado para administrar los servicios públicos y propone que éstos sean confiados a la industria privada y que el Estado se despoje de toda función económica. Esto se convierte en el leitmotiv común de la agitación fascista y de las asambleas de las «congregaciones» económicas, como la que se celebra en Génova, a principios de abril de 1919, en la que los industriales y agrarios de Italia concluyen un pacto de alianza para luchar, al mismo tiempo, contra los monopolios del Estado, contra las supervivencias de la economía de guerra y contra el «bolchevismo». Esta reunión es, por otra parte, el primer paso hacia una reorganización de las fuerzas capitalistas con objeto de hacer frente a las amenazas de la situación existente. Mussolini acoge con satisfacción este acontecimiento y ofrece su cooperación. Necesita dinero, mucho dinero, y únicamente puede conseguirlo por este lado. De esta forma, encuentra el medio de satisfacer, al mismo tiempo, las imprecisas pasiones de las masas y los intereses concretos de los capitalistas, según esa *ambivalencia* de las fórmulas que es uno de sus grandes recursos.

Esta *ambivalencia* es una de las características esenciales de la ideología y de la propaganda, del fascismo; de todos los fascismos, y es natural que se la encuentre en las discusiones y proclamaciones de la Conferencia del 23 de marzo de 1919, en Milán, en la que se han reunido los delegados y los partidarios de los «fascios» para constituir una organización nacional. La reunión se celebra en la Piazza San Sepolcro, en una sala cedida por el Círculo de Intereses Industriales y Comerciales. Al llamamiento que hace *Il Popolo d'Italia* no responden más allá de un centenar de «fascistas» de todo tipo; anarco-sindicalistas, *arditi*, francmasones y futuristas se codean con los conservadores *ultra*. No obstante, la gran mayoría está formada por los supervivientes de los «Fascios de acción revolucionaria» de 1914-1915, y por los antiguos «intervencionistas» de izquierda. El programa que se elabora en esta reunión y que la nueva organización, los *Fascios italianos de combate*, hará público en junio, está marcado por el peso de esta mayoría y refleja perfectamente el ambiente y la tendencia reinantes. He aquí lo que exigen los fascios de combate:

1.º En el aspecto *político*:

Sufragio universal con representación proporcional y voto de las mujeres.

Supresión del Senado.

Convocación de una Asamblea Nacional, cuya primera tarea será definir la forma y la constitución del Estado.¹¹

Creación de Consejos técnicos nacionales que ampliarán y perfeccionarán la democracia política, según las concepciones en que se ha inspirado Kurt Eisner en Baviera.¹²

2.º En el aspecto *social*:

Jornada legal de ocho horas.

Salario mínimo.

Participación de los representantes de los trabajadores en la gestión técnica de la industria.

Retiró para los trabajadores a los cincuenta y cinco años.

3º En el aspecto *militar*:

Sustitución del ejército permanente por una milicia nacional, con cortos períodos de instrucción y con un fin meramente defensivo.

Nacionalización de todas las fábricas de armas y municiones.

Política exterior nacional tendente a realzar el valor de la Nación italiana en el mundo, en una emulación pacífica de los pueblos civilizados.

¹¹ En su discurso del 23 de marzo, en el *Congreso de Milán*, Mussolini declara: «Queremos una Asamblea nacional que se pronuncie por la monarquía o por la república. Nosotros, desde ahora, nos pronunciamos por la república». Este tipo de afirmaciones categóricas desaparecen en los documentos posteriores, que insisten, por el contrario, en el carácter «agnóstico» del fascismo en materia de régimen. El opúsculo de los fascios editado en 1920, *Orientamenti teorici-Postulati pratici*, declara que los fascios «no tienen prejuicios en favor o en contra de las instituciones actuales».

¹² Mussolini, al principio, daba una gran importancia a estos «Consejos nacionales», que consideraba como la «novedad» de su programa, porque estaban a medio camino entre un Parlamento y los soviets, gracias a un sistema de «representación directa de todos los intereses». Mussolini, en este punto, se considera seguidor de las ideas de Kurt Eisner, del que toma, como siempre, lo que puede serle útil. En aquel momento, acababa de publicarse una colección de escritos y discursos de Kurt Eisner (*I Nuovi Tempi*, Milán, Sonzogno, 1919). El presidente de la efímera república bávara concebía un período de transición con dos e incluso tres poderes, ya que entre la Asamblea nacional provisional (Constituyente) y los consejos obreros se situaba un «Parlamento suplente» que ofrecía «a todas las clases y categorías la posibilidad de defender sus intereses». De una manera bastante prudente, la moción sobre las reivindicaciones obreras, votada por el comité directivo de la C.G.L., el 30 de noviembre de 1918, reclama la «transferencia, del Parlamento a los órganos sindicales, transformados a este propósito, del poder de discusión del aspecto técnico de las leyes sociales y de los reglamentos que a ellas se refieran».

4° En el aspecto *financiero*:

Impuesto extraordinario, elevado y progresivo, sobre el capital, con carácter de una auténtica expropiación parcial de todas las riquezas.

Confiscación de todos los bienes de las congregaciones religiosas y abolición de todas las rentas episcopales. Revisión de todos los contratos de guerra con deducción de un 85% sobre él beneficio.

Este programa, hecho público por el Comité central de los fascios, con vistas a las elecciones políticas, está evidentemente mucho más «a la izquierda» de lo que le hubiera gustado a Mussolini, pero necesita una organización en la que poder apoyarse, y no quiere correr el riesgo de enajenarse, inmediatamente, a los que han acudido a él gracias a los recuerdos comunes del intervencionismo «revolucionario». Sin embargo, toma un cierto número de precauciones para que el programa adoptado no comprometa demasiado el futuro. Aunque acepta las fórmulas de sus amigos, las «explica» y las limita de tal forma que pierden su sentido e incluso acaban llevando a conclusiones contrarias. En la reunión del 23 de marzo, Mussolini redacta la declaración siguiente:

La Asamblea del 23 de marzo declara su oposición al imperialismo de los demás pueblos en perjuicio de Italia, y al eventual imperialismo de Italia en perjuicio de otros pueblos y acepta el postulado supremo de la Sociedad de Naciones que supone la realización integral de cada una de ellas. En lo que concierne a Italia, este principio debe manifestarse respecto a los Alpes y al Adriático por la reivindicación de Fiume y de Dalmacia.

Esta declaración establece ya una excepción al principio de la S.D.N., reclamando Dalmacia, donde los italianos no son más que una ínfima minoría, mientras que, en el Tirol y en la Venecia Julia, las fronteras que se han garantizado a Italia comprenden centenares de miles de alemanes, de eslovenos y de croatas. Pero el comentario que Mussolini añade, por los argumentos que utiliza y por el espíritu que lo inspira, quita a la declaración todo contenido «societario». Mussolini, aunque tenga que acogerse provisionalmente bajo la bandera de la S.D.N., introduce en la casa el explosivo que lo hará saltar:

«Nosotros tenemos 40 millones de habitantes en una superficie de 287.000 km², atravesados por los Apeninos; que reducen todavía más la tierra cultivable de que disponemos. Dentro de diez o veinte años, seremos 60 millones y sólo tenemos un millón y medio de kilómetros cuadrados de colonias, que son en gran parte arena y que jamás podrán absorber el excedente de nuestra población. Pero si miramos a nuestro alrededor, podemos ver a Inglaterra que con 47 millones de habitantes, tiene un imperio colonial de 55 millones de kilómetros cuadrados, y a Francia, que, con una población de 38 millones de habitantes, tiene un imperio colonial de 15 millones de kilómetros cuadrados. Podría demostraros, cifras en mano, que todas las naciones del mundo tienen un imperio colonial que no están dispuestas a abandonar por amor de las ideologías que puedan venir de ultramar. Lloyd George habla abiertamente de imperio inglés. El imperialismo fundamenta la vida de todo pueblo que tiende a la expansión económica y espiritual... Nosotros decimos: o todos idealistas, o nadie. Busquemos nuestro propio interés. Queremos ocupar el lugar que nos corresponde en el mundo porque tenemos derecho a ello... Seamos francos, la S.D.N., no debe ser una trampa tendida por las naciones ricas a las naciones proletarias para fijar y eternizar las actuales condiciones del equilibrio mundial».

¿Qué es lo que queda, después de semejante «explicación», de las siete u ocho líneas de la declaración?

Sin embargo, como los principios adoptados, aunque sea en forma tan singular, podrían, a pesar de todo, llegar a ser molestos, Mussolini se encarga, de antemano, de reducir la significación y el alcance de todo el programa, repudiando o esquivando etiquetas y definiciones. Los fascistas no son ni republicanos ni monárquicos, ni católicos ni anticatólicos, ni socialistas ni antisocialistas; son «problemistas» y realizadores. Por turno, según el caso, harán «colaboración de clases, lucha de clases, expropiación de clases». Y puesto que la idea de partido implica la de una doctrina y un programa, ellos serán el «*antipartido*». Esta actitud descalifica a los viejos partidos, responde a las necesidades de los que buscan «la novedad» y al mismo tiempo permite evitar el peligroso terreno de los principios y las mortales trampas de la coherencia. El interés se desplaza de la idea a la «acción», cosa que seduce mucho a los jóvenes que se encaminan «hacia la vida», que se impacientan ante los obstáculos y que quieren disfrutar y entregarse al mismo tiempo, y, sobre todo, afirmarse. El fascismo los empuja hacia la vía del mínimo

esfuerzo. Todo se simplifica, pues las ideas aún no han tenido tiempo de formarse, de encontrarse ó de enfrentarse entre ellas, y ya se descargan en la acción, en el gesto que arrastra y exalta. La vida interior se reduce a los reflejos más simples, se desplaza de los centros nerviosos hacia la periferia. No se tienen dudas ni inquietudes. El joven fascista, en medio de un mundo lleno de contradicciones, observa con alegría: *no tengo necesidad de pensar, luego existo*.

Ésta es la razón por la cual el primer congreso verdadero de los fascios, que se celebra en Florencia en octubre, puede acentuar tranquilamente la nota republicana; proponer, con Marinetti, la expulsión del Papado y la «desvaticanización» de Italia; todo queda anillado por esta sola fórmula del discurso que Mussolini pronuncia en él: «Nosotros, los fascistas, no tenemos una doctrina preestablecida; nuestra doctrina *es el hecho*».

Pero los «hechos», *en la* Italia de 1919, están muy lejos de ser alentadores para el movimiento fascista y para Mussolini, que conserva siempre un sentido muy claro de la realidad y que no tiene nada de un «iluminado» o de un don Quijote. En la «Constituyente de los fascios», en marzo, Mussolini había profetizado: «Dentro de dos meses habrán surgido un millar de fascios en toda Italia». A principios de julio ya es mucho más modesto:

«El fascismo es pragmático; no tiene *a priori*s ni objetivos a largo plazo; no presume de que vaya a existir siempre, o ni siquiera durante un largo período».

Cuando haya acabado su tarea, ligada a la crisis actual del país, «no se obstinará en seguir viviendo; sabrá desaparecer sin hacer aspavientos».

«El fascismo –añade– será siempre un movimiento de minorías; no puede propagarse más allá de las ciudades. Pero, dentro de poco, cada una de las 300 ciudades principales de Italia tendrá su fascio de combate».

Sin embargo, ni siquiera esta perspectiva limitada se logra realizar. En el Congreso de Florencia sólo están representados, según se anuncia, 137 fascios y 62 en vías de constitución, con un total de 40.000 afiliados. Estas cifras son manifiestamente falsas. El informe del III Congreso nacional que se celebra en Roma en noviembre de 1921, en un momento en que el fascismo puede permitirse el lujo de decir la verdad sobre este punto, por lo menos la verdad retrospectiva, declara oficialmente que en el Congreso de Florencia,

sólo estaban representados «56 fascios, con 17.000 afiliados». En todo caso, estamos lejos de los 1.000 fascios previstos en marzo de 1919 y de los 300 esperados en julio. El movimiento parece estancarse en lugar de progresar; Mussolini teme el aislamiento más que nunca, sobre todo ante las próximas elecciones, en las que será necesario tomar posición y saber con qué fuerzas se cuenta.

A principios de julio, Mussolini inicia, en Milán, una campaña para la creación de un «Comité de alianza y de acción». En la primera reunión, convocada por iniciativa del fascio, intervienen los representantes de la Unión sindical (tendencia Corridoni), de los Fascios de combate, de la Unión socialista (reformista), de la Asociación de los *Arditi*, de la Unión de desmovilizados, de la Asociación nacional de combatientes, del Círculo revolucionario F. Corridoni, del Círculo de la juventud republicana, de la Asociación nacional de voluntarios de guerra, de la Federación de los Garibaldinos, del Fascio de educación social y de la Unión italiana del Trabajo. Esta *olla podrida* ofrece, sin embargo, una fiel imagen del medio en el cual el fascismo efectúa su primer reclutamiento: los intervencionistas de «izquierda», reformistas y anarco-sindicalistas y los ex combatientes, demócratas y wilsonianos, forman la gran mayoría, pero se codean con nacionalistas, reaccionarios e incluso simples rompehuelgas. Mussolini propone la creación de un comité *permanente* para resistir al monopolio de los socialistas.

«Que se sepa –declara– que esos señores, no podrán hacer la revolución contra nosotros. Podrían hacerla sin nosotros, si tuvieran los cuadros y la voluntad necesarios, pero no tienen nada de todo esto. Si quisieran imprimir a los futuros movimientos, provocados por la ruina económica, un carácter de represalia contra nosotros, les daríamos, insistimos en ello, mucho trabajo, hasta tal punto que se iban a arrepentir amargamente».

Es fácil ver en este violento lenguaje de Mussolini un cierto enloquecimiento y una cierta obsesión. Los reflejos de defensa dominan y dictan su actitud. Las revueltas contra la carestía de la vida no han cesado; la situación está al rojo vivo. Mussolini y los demás delegados deciden que «si esta crisis alimenticia se transformara en un movimiento de carácter políticos, habría que esforzarse «en canalizarla en la dirección revolucionaria y renovadora» de las asociaciones presentes en la reunión.

Mussolini desearía incluso la formación de un bloque de todos los antiguos intervencionistas y conservadores para expulsar a los socialistas de la municipalidad de Milán en las próximas elecciones. La reforma electoral está decidida. La representación proporcional traducirá fielmente el auge de los socialistas y de los populares. Los pequeños partidos intermedios corren el riesgo de ser aplastados. Por eso propone una «concentración de las izquierdas» que debería aliarse a los intervencionistas de «derecha» (nacionalistas, liberales y demócratas). Pero el estado del movimiento fascista es aún tan caótico y la situación tan poco favorable, que los fascios, en vistas a las elecciones, adoptan las tácticas más diversas, en función de las posibilidades y las resistencias locales. En Roma, presentan un candidato en la lista de la Alianza nacional, compuesta por nacionalistas y conservadores, mientras que los republicanos, los reformistas y la Asociación nacional de combatientes forman un bloque de izquierdas. Los fascistas proclaman la abstención en Verona y en Padua; en Ferrara y en Rovigo entran en las listas del «bloque nacional» y en Treviso se unen a los excombatientes. Casi en todas partes, los excombatientes presentan lista aparte y excluyen a los fascistas.

En Milán, tras largas negociaciones, el bloque de partidos y grupos de izquierda (Partido republicano, Unión socialista, Asociación de ex combatientes) ha roto con el fascio. Éste se niega a presentar una lista común con ellos, a causa de un pretendido desacuerdo sobre el programa electoral, del que rechaza el postulado del «reconocimiento jurídico de las organizaciones obreras» porque éste provocaría su «estrangulamiento». ¿Por qué Mussolini se ha vuelto tan puntilloso respecto al programa, después de haber declarado cien veces que los programas no tienen ninguna importancia y de haber propuesto, pocas semanas antes, la alianza con los conservadores para derrotar a los socialistas? En realidad, los grupos de izquierda han declarado que sí quieren formar lista común con los fascistas, pero con la condición de que Mussolini no se presentase como candidato. Mussolini es odiado y despreciado por todos los trabajadores. Los ex combatientes lo consideran un emboscado, un vendido y su nombre haría que la lista fuera demasiado vulnerable. Los grupos que han formado el Comité de alianza no quieren entrar en la lucha con un *handicap* semejante. Mussolini rompe entonces las negociaciones y presenta una lista propia,¹³ que obtiene, en las elecciones de noviembre, unos

¹³ Con él programa siguiente: «1. Oposición decidida y abierta a Nitti y su gobierno. 2. Anexión, sin condiciones, de Fiume con los territorios adyacentes, y atribución a Italia de las ciudades italianas de Dalmacia. 3. La Cámara se reunirá en Asamblea constituyente para examinar y resolver el problema de las instituciones del Estado. 4. Reforma radical del Estado, que comprende: a) diezmo

5.000 votos sobre unos 270,000 votantes aproximadamente en Milán. Esta derrota afecta duramente a Mussolini, porque ha sido efectivamente un fracaso personal. Había esperado poder abrir una brecha en el muro de hostilidad que se levantaba contra él y, por el contrario, se ve rechazado por la corriente hacia un aislamiento peligroso. Durante las primeras semanas se deja llevar por reflejos de ánimo acorralado. El, que poco tiempo atrás había hecho enviar, en unos paquetes, dos bombas al prefecto y al arzobispo de Milán, encarga a un grupo *de arditi* que arrojen, el 17 de noviembre, día siguiente a las elecciones, una bomba contra el desfile que celebra la victoria social. Hay nueve heridos. Mussolini es arrestado; queda probado que ha sido él mismo quien ha organizado el atentado, pero sólo permanecerán prisión un día y una noche. El sumario no irá muy lejos.¹⁴ Al mismo tiempo, Mussolini es víctima de una especie de exasperación «ideológica». Teoriza sobre su propia soledad con una mezcla de amargura, desespero y orgullo. Se confiesa en voz alta, libre por unos instantes de toda preocupación inmediata, pues hay que empezarlo todo otra vez y el nuevo camino se presenta largo y escabroso.

«Nosotros —escribe en su periódico el 12 de diciembre—, que detestamos profundamente todos los cristianismos, tanto el de Jesús como el de Marx, sentimos una extraordinaria simpatía por el nuevo incremento que toma, en la vida moderna, el culto pagano de la fuerza y del valor... ¡Basta ya, teólogos rojos y negros de todas las iglesias, de

de la riqueza; b) confiscación de los superbeneficios de guerra; c) fuertes impuestos sobre la herencia, para solucionar, de una vez por todas, la situación de los mutilados, los inválidos, los combatientes y sus familias; d) confiscación de los bienes eclesiásticos para confiarlos a instituciones de asistencia local administradas por los ciudadanos. 5. Transformación de los reglamentos militares para poner efectiva y rápidamente en pie de guerra a la nación». (Chiurco, *Storia della Rivoluzione fascista*, Florencia, Vallecchi, 1929, 5 vol.)

¹⁴ Mussolini fue detenido el 18 de noviembre, pero «la prisión celular dura apenas un día y una noche» (Chiurco, t. I). Durante el gobierno Nitti, la Procuraduría general de Milán abrió un sumario contra Mussolini y los dirigentes del grupo local de los *arditi*, en particular «por haber, constituido un cuerpo armado, durante el verano y el otoño de 1919, con el fin de cometer atentados contra personas», por posesión de armas no declaradas y «por haber hecho estallar una bomba el 17 de noviembre, por la noche, en Milán, en la calle San Damiano, a fin de sembrar el pánico y de provocar tumultos y desorden público, en el momento en que una muchedumbre desfilaba, poniendo de esta manera su vida en peligro y causándoles heridas, etc.» Pero hasta principios de enero de 1922 no llegó a la Cámara la demanda de autorización para abrir un proceso contra Mussolini y otras veintisiete personas implicadas en el asunto (Chiurco, t. IV), y el procesó se quedó ahí. Respecto al arresto de Mussolini, éste debió ser debido a la iniciativa de las autoridades locales, ya que el presidente Nitti enviaba, el 19 de noviembre, un telegrama al general Badoglio, que decía: «Ayer, en Milán, a consecuencia de haber sido lanzadas unas bombas, ha sido registrado el local de los *arditi*, así como algunas asociaciones fascistas. Se ha detenido a Marinetti, Vecchi y Mussolini, en posesión de armas o bombas. Lamento la detención de Mussolini, porque puede excitar los ánimos. Pero me ha tomado por sorpresa y las autoridades judiciales ya lo habían decidido» (P. Badoglio, *Rivelazioni su Fiume*, Roma, 1946).

astutas y falsas, promesas de un paraíso que no llegará jamás! ¡Basta, ya, ridículos salvadores de un género humano que se ríe de vuestras infalibles recetas para alcanzar la felicidad! Dejad el camino libre a las fuerzas elementales del individuo, pues no existe otra realidad humana que el individuo».

Al mismo tiempo, envía su «cordial saludo» al anarquista Malatesta, que ha vuelto a Italia clandestinamente, hacia finales de diciembre. Y el 1.º de enero de 1920 inicia el nuevo año entonando el mismo *credo*:

«*Navigare necesse est...* contra los demás, contra nosotros mismos... Nosotros hemos destrozado todas las verdades reveladas, hemos escupido sobre todos los dogmas, hemos rechazado todos los paraísos, hemos ridiculizado a todos los charlatanes –blancos, negros y rojos– que ponen en venta las drogas milagrosas para proporcionar la «felicidad» al género humano. No creemos en los programas, en los esquemas, en los santos, en los apóstoles; sobre todo, no creemos en la felicidad, en la salvación, en la tierra prometida... Volvamos al individuo. Nosotros apoyamos todo lo que exalta y engrandece al individuo, todo lo que le da mayor bienestar, libertad y una mayor independencia; combatimos todo lo que deprime y mortifica al individuo. En la actualidad hay dos religiones que se disputan el dominio sobre el individuo y sobre el mundo: la negra y la roja; las encíclicas provienen, hoy, de dos Vaticanos, el de Roma y el de Moscú. Nosotros somos los herejes de estas dos religiones».

La derrota electoral ha desorientado y desmoralizado a los fascios. Pero Mussolini, por su parte, no se siente aún perdido. En primer lugar, no está totalmente solo y hay un terreno sobre el que de momento mantiene su superioridad. Contra las masas inmensas, aunque informes, que engrosan las manifestaciones socialistas y que votan «rojo», Mussolini dispone de grupos armados, cabezas locas decididas a todo, que no dudan ante cualquier tipo de acción. Se trata de los *arditi*, que se reúnen en cada ciudad en la sede de su asociación, convertida en casi todas partes en un centro de organización armada, estrechamente ligada a los fascios. Los *arditi* confían en Mussolini, que los adula y los excita. Desde la zona de guerra, mientras esperan la desmovilización, le envían telegramas como el siguiente, firmado por los suboficiales del 27 batallón de asalto:

«¡Bravo Mussolini! Adelante, continúa pegando duro, pues todavía son muchas las antiguallas que nos cortan el paso. Estamos junto a ti en espíritu, pero pronto iremos para ayudarte».

Las relaciones entre *arditi* y fascistas son particularmente estrechas en Milán. Es así como en abril de 1919 los *arditi* salen de su *covo* (guarida) para atacar por sorpresa la sede de «*Avanti*», el periódico socialista, saqueándolo e incendiándolo. Este acto grave, fríamente ejecutado, y en el que se reconoce la *longa manus* de Mussolini, no provoca ninguna respuesta directa. Se produce una huelga general en la que participa toda la población obrera indignada, una huelga que no lleva a ningún lado, y una suscripción, que reporta más de un millón, para la reconstrucción de los locales; pero en ningún momento se cumple la ley del talión. Un año más tarde, el día del aniversario de este acontecimiento, Mussolini puede escribir:

«El 15 de abril de 1919, los maximalistas de Milán han mostrado abiertamente su alma ignorante y pusilánime. Ni siquiera fue esbozado o intentado un gesto de venganza... Ni el dinero recogido ni los votos; bastan para borrar el significado de esta jornada, en la que el fanteoche maximalista, desmontado y roto, fue arrojado en las cenagosas aguas del Naviglio».

Entretanto los *arditi* se han ido ligando cada vez más a él y su guardia de corps se ha incrementado con nuevos, elementos que Mussolini ha hecho venir de Milán hacia fines de 1919, y a los que paga con el dinero de la suscripción para Fiume. Un tribunal de honor se encargará, en febrero de 1920, de las acusaciones lanzadas contra él por los antiguos redactores de «*Il Popolo d'Italia*»; en particular, se le reprocha la creación de bandas compuestas «de elementos mercenarios venidos de Fiume y de algunas otras ciudades de Italia, pagados a treinta liras diarias; sin contar el reembolso de gastos considerables, y organizados con una finalidad de intimidación y violencia». Mussolini lo reconoce, puesto que no puede hacer otra cosa, y declara al tribunal: «Había en total algunos centenares de hombres, divididos en escuadras mandadas por oficiales, y, evidentemente, todos me obedecían. Yo era una especie de jefe de este pequeño ejército». Este jefe, por otra parte, no abandona nunca el despacho de su periódico. Cuando los fondos de la suscripción para Fiume se agotan, o no pueden utilizarse como consecuencia del escándalo originado por los dos redactores despedidos, es el dinero de los industriales el que permite a Mussolini seguir manteniendo su «pequeño ejército».

Hacia finales de año, los industriales le entregan sumas elevadas y Mussolini inicia una gran campaña en favor de los armamentos navales y aéreos y del desarrollo de la marina mercante. El 23 de diciembre, anuncia que luchará también por una política exterior de expansión, y hace saber al mismo tiempo que «*Il Popolo d'Italia*» tendrá, con el nuevo año, los medios tipográficos indispensables para un periódico de gran tirada». En este terreno está, por consiguiente, seguro: el dinero no le faltará. Pero, además, la empresa de D'Annunzio y de sus «legionarios» en Fiume le proporciona un apoyo inesperado. Mussolini se aprovechará, sirviéndola primero y traicionándola después.

Capítulo IV

LA REVOLUCIÓN ATRAVIESA EL ADRIÁTICO

El 12 de septiembre de 1919, en el mismo momento en que está hablando ante la Cámara, Nitti, presidente del Consejo, que no sospechaba nada, se entera por un telegrama que D'Annunzio ha ocupado Fiume. La suerte de esta ciudad sigue bloqueando toda la política exterior de Italia. Después de la teatral marcha de Orlando y de Sonnino, el Consejo nacional de Fiume había proclamado, el 26 de abril, la anexión de la ciudad a Italia y había cedido sus poderes al representante del rey, el general Grazioli. El 6 de mayo —el día anterior Orlando y Sonnino habían vuelto apresuradamente a París— D'Annunzio, que se ha trasladado a Roma para alentar y dirigir en esta ciudad la agitación en favor de la anexión, pronuncia un encendido discurso en lo alto del Capitolio; hace un llamamiento al heroísmo de los italianos, despliega la bandera que ha envuelto los restos del aviador Randaccio, muerto sobre el Timavo, y declara que hará donación de ella a la ciudad de Trieste, después de haberla consagrado en la Fiume italiana. El gobierno Orlando, atrapado entre Roma y París, dimite a la primera ocasión, mientras continúan las polémicas de prensa y fracasan una tras otra, en la Conferencia de la Paz, las proposiciones de compromiso respecto al Adriático.

El gobierno Nitti se constituye el 22 de junio; el furor nacionalista llega al paroxismo porque debe abandonarse toda esperanza de forzar la mano del gobierno en la cuestión de Fiume. De esta forma, la agitación se dirige al mismo tiempo, contra el nuevo gobierno y contra, el Parlamento, al que D'Annunzio quisiera sustituir por una «forma de representación que realizara a los verdaderos productores de la riqueza nacional y a los verdaderos creadores del poder nacional». Se establece así un lazo entre la política de expansión, el nacionalismo y el antiparlamentarismo, gracias, sobre todo, al poeta que anuncia contra el nuevo gobierno «un castigo directo e inmediato como el chorro de un lanzallamas».

En esta atmósfera tan caldeada se producen graves incidentes en Fiume, a finales de junio y principios de julio: unos soldados franceses, del cuerpo de ocupación son malheridos o asesinados. La prensa nacional invoca las «vísperas fumeanas» y Mussolini amenaza «con una alianza con las repúblicas proletarias de Oriente y con un acercamiento a Alemania». La Comisión interaliada de investigación decide, en sus conclusiones unánimes, reducir los contingentes italianos y aumentar los de los otros aliados; ordena una serie

de medidas contra los oficiales italianos responsables y la disolución del «Batallón de voluntarios fiumeses». Los Granaderos de Cerdeña deben ser también alejados de la ciudad; el 24 de agosto, el mayor Rejna, su comandante, recibe la orden de salir por la noche con sus tropas. Un grupo de oficiales decide resistir y ofrece armas al Consejo nacional de Fiume. Pero éste duda y las tropas marchan hacia Ronchi, donde serán acuarteladas y de donde volverán algunas semanas más tarde con D'Annunzio. Un grupo de ocho oficiales de los Granaderos se reúne el 31 de agosto en la nueva residencia y hace este juramento: *¡Fiume o la muerte!* Inician una activa propaganda en la prensa, entre personalidades políticas y en el ejército, para preparar la expedición y escriben a D'Annunzio enviándole un pliego con el juramento y las ocho firmas. Uno de los oficiales se entrevista con él en Venecia y deciden que D'Annunzio tomará el mando de las operaciones. Se requisan medios de transporte, y una columna, compuesta por un millar de hombres –otros oficiales se habían sumado a ella durante la marcha– entra cantando en Fiume, el 12 de septiembre. D'Annunzio anuncia desde el palacio del gobierno la anexión de la ciudad a Italia. Grupos de voluntarios de todas las armas llegan cada día con baterías de artillería, escuadrillas de aeroplanos y «mas» (lanchas torpederas). El 14 de septiembre, el «Comandante» hace un llamamiento a los oficiales y a los marinos de los buques italianos que están fondeados en el puerto, invitándoles a formar «la primera escuadra del Quarnaro liberado». El 19, en Trieste, un grupo de oficiales y de *arditi* sube al barco «*Pannonia*», cargado de pertrechos, se apodera de él y lo lleva a Fiume. Así es como se inaugura el método que servirá, a menudo, para proporcionar a la ciudad provisiones, dinero y armas. D'Annunzio tendrá corsarios y sus aliados que le abastecerán con sus botines: el «*Persia*» le llevará armas, el «*Taranto*» dos millones de liras destinadas a Albania y, más tarde, el «*Cogne*» le llevará un importante cargamento de mercancías diversas que serán subastadas en las plazas de Fiume.

En toda Italia se llevan a cabo manifestaciones en favor de Fiume y en ellas participan, junto con los nacionalistas y los fascistas, numerosos oficiales en uniforme. Nitti envía circulares, hace que se impongan arrestos, destituye al comandante del cuerpo de ejército de Turín, pero no logra frenar la corriente. La disciplina dentro del ejército está profundamente quebrantada, e incluso aquellos oficiales que la respetan se sienten identificados con los conquistadores.

D'Annunzio había tomado el mando de la expedición de Fiume en el último momento, pero, cual dios creador, la transforma «a su imagen y semejanza». Con él, Fiume se convierte en el teatro de una maravillosa aventura que él vive hasta el final con una especie de delirio, en la que el héroe, el literato y el comediante entran, uno tras otro, en escena, aunque a menudo lo hacen todos a la vez. En 1900, durante la época de las leyes liberticidas de Pelloux, D'Annunzio, que había sido elegido por los conservadores en los Abruzos, tomó parte en una reunión de diputados de izquierda, declarando que iba «hacia la vida». Pero su «conversión» carece de futuro, pues, para él, «ir hacia la vida» significa emigrar hacia nuevas fuentes de emoción, con una voluntad idéntica, insatisfecha y sin historia. En este mismo año 1900 es cuando escribe su «Laudo» *por la muerte de un destructor*, en el que canta al «Bárbaro gigantesco», que se ha elevado por encima del Bien y del Mal, que ha dejado en tierra «a la plebe esclava y a la multitud muerta» para subir hasta la cumbre más alta desde donde se vislumbra la tierra futura.

*Que el hombre sea su propia estrella,
su propia ley, y el vengador
de su ley.*

D'Annunzio será su propia, estrella, jamás tendrá otra. Incluso cuando se ofrece a Roma, lo hace únicamente para encontrar en ella un marco y un testigo dignos de su grandeza: «Para ti, cada día estará, marcado por una acción poderosa en la que tú reconocerás como en un sello, la calidad de mi alma». Veinte años más tarde, en Fiume, sigue buscando la consagración de la gloria, pues él obedece al imperativo de la gloria y no al del deber.

Una vez en Fiume, D'Annunzio está totalmente decidido a representar un papel personal. El 20 de noviembre publica un decreto como «Comandante de la ciudad de Fiume», por el que mantiene en su cargo al Consejo nacional elegido por el plebiscito del 30 de octubre de 1918, aunque limitando sus poderes:

«Todos los actos y deliberaciones del Consejo nacional que, en la forma que sea, afecten el orden público y puedan tener una consecuencia política, deben ser sometidos a la aprobación de la Comandancia, y sólo podrán ser ejecutados al día siguiente de su aprobación».

Fiume se convierte en el refugio de una extraña mezcla de idealistas, de desocupados y de bribones, embriagados unos por su pasión patriótica y empujados los otros, por el afán de la aventura o por la necesidad del goce.

En Roma, el presidente del Consejo, Nitti, afirma en su primer discurso a la Cámara (13 de septiembre) que los soldados que se hubieran pasado a D'Annunzio y que no se incorporasen a sus cuerpos en los cinco días siguientes, serían considerados como desertores. Al mismo tiempo, se dirige «a los trabajadores de Italia, a los obreros y a los campesinos, para pedirles su cooperación», «a las masas anónimas para que la potente voz del pueblo sea como una advertencia para todos». Pero en un segundo discurso, tres días después, el tono es completamente distinto, casi de retractación, y la llamada al proletariado es sustituida por un llamamiento a los combatientes. El 25 de septiembre tiene lugar en Roma un Consejo de la Corona; Giolitti aconseja que se ocupe Fiume con las tropas regulares y que se convoque inmediatamente al país a unas elecciones generales. Nitti sólo acepta la mitad de estas propuestas; el 29 disuelve la Cámara y convoca a los electores para el 16 de noviembre. Respecto a Fiume, se contenta con proclamar el bloqueo «por tierra y por mar», bloqueo, por lo demás, que está muy lejos de ser implacable.

En Fiume, D'Annunzio se enfrenta muy pronto con la hostilidad de una parte de la población, y, sobre todo, de los partidarios más o menos declarados de la autonomía de la ciudad, cuyo líder es el diputado Zanella. El «Comandante», con el fin de lograr la adhesión de los fiumeses a su programa, decide proceder a una renovación del Consejo nacional y, mientras tanto, para prevenirse contra una eventual oposición, declara el estado de sitio de la ciudad. Diez días antes de las elecciones, D'Annunzio publica un edicto por el cual la ciudad de Fiume es declarada «plaza fuerte en tiempo de guerra», y el código militar entra en vigor contra «todo aquel que profese sentimientos hostiles a la causa de Fiume»; la pena de muerte será inmediatamente aplicada a los culpables. Entretanto, el gobierno entabla negociaciones con D'Annunzio, a pesar de que éste había declarado que no reconocía el gobierno Nitti. El almirante Cagni, el general Badoglio, que están al mando de las fuerzas, encargadas del bloqueo, el duque de Aosta, siempre dispuesto a prestar ayuda, y algunas de las personas que rodean a D'Annunzio, como su jefe de gabinete, Giuriati y el comandante Rizzo, hacen de mediadores o van y vienen entre Roma y Fiume. Lo que sucede es que Nitti no tiene ninguna intención de intervenir brutalmente y hace abastecer la ciudad a través de la Cruz Roja. En el fondo, no está descontento de poder disponer, gracias a D'Annunzio, de una moneda de cambio en las negociaciones en curso con los Aliados, sobre el asunto de Fiume y, por otra parte, teme la impopularidad que le acarrearía el empleo de la «mano dura». D'Annunzio, por su parte, se

mantiene intransigente; se hace llevar a Zara por un barco de guerra italiano y obtiene del almirante Millo, gobernador de Dalmacia, la promesa de no evacuar esta región a ningún precio. Y puesto que el Consejo nacional de Fiume se pronuncia, con una unanimidad «sin reservas», en favor del acuerdo con el gobierno de Roma, D'Annunzio intenta hacer un plebiscito. Pero la noche de la votación, el 18 de diciembre, se da cuenta de que ha sido derrotado y prohíbe el recuento de los votos. Tres días después rompe las negociaciones. Algunos de los elementos más allegados a él, como su jefe de gabinete, el comandante Rizzo, y el jefe de su oficina de prensa, Pedrazzi, le abandonan. Este último expone en un periódico italiano, el 24 de diciembre, inmediatamente después de haber abandonado Fiume, un cuadro de la situación que merece recordarse:

«Al lado de D'Annunzio no hay más que jóvenes oficiales valientes, condecorados o mutilados, con un gran corazón y una fe ardiente, pero que carecen del sentido de la responsabilidad...; para ellos la vida guerrera se ha convertido en una necesidad y los golpes de mano en un hábito moral. Poner fin a la expedición era acabar con esta fascinante vida de rebeldes, un poco de broma, si se quiere, pero rebeldes al fin y al cabo; esta vida de cantos, de desfiles, de comicios y de fiestas militares, goliardescas y guerreras, al mismo tiempo.»

«Esta vida de juventud generosa y atolondrada había, sin duda alguna, turbado el espíritu de D'Annunzio y le había seducido. Todo el mundo le aclama cómo vencedor, pero él se considera vencido. Fiume es victoriosa, pero no él. Su sueño era más amplio, demasiado amplio. Llegado a Fiume para salvar la ciudad, se ha ido aficionando poco a poco al ejercicio de la dictadura, no por ambición personal, sino a causa del bien que espera realizar. Su mirada va siempre más allá, rebasando las fronteras del Adriático; sueña con nobles cruzadas en todos aquellos lugares del mundo donde haya rebeldes».

Esta situación seguirá siendo la misma hasta la caída del gobierno Nitti, en mayo de 1920.

Entretanto, ¿cuál es la actitud de los partidos políticos italianos? Los nacionalistas alientan el fuego porque la aventura de Fiume puede provocar, de un momento a otro, un conflicto con Yugoslavia y esperan que así se realizaran las reivindicaciones territoriales de Italia en el Adriático. Las asociaciones de francmasones hacen lo mismo, en parte por espíritu patriótico

y típico de la revolución del 48, y; en parte porque ellos son el reflejo de la confusión mental de la burguesía media italiana. La asociación del Palazzo Giustiniani interviene ante el gobierno para que el aprovisionamiento de Fiume sea confiado a la Cruz Roja. La influencia masónica es muy fuerte en esta organización, cuyo presidente, el diputado Ciruolo, es francmasón. La de la Piazza del Gesu concede a D'Annunzio, en Fiume, el cordón del grado 33 de su rito.¹⁵

Mussolini sostiene la campaña en favor de Fiume, no sólo porque alimenta así un nacionalismo desmedido, muy propicio para sus planes, sino también porque ha comprendido que Fiume es el anti-Estado y el posible punto de partida de una *reconquista* de la península. De momento, D'Annunzio es quien está en primer plano, quien recoge el prestigio de la hazaña realizada, dispone de fuerzas armadas y es él mismo un guerrero. Es necesario, por lo tanto, tratarlo con cuidado, adularlo. Mussolini lanza, en septiembre, la suscripción en favor de Fiume, de la cual, por otra parte, sustrae los fondos, dos meses después, para financiar su «pequeño ejército». Pero no se resigna a jugar un papel en segunda fila. Si D'Annunzio marcha sobre Roma será para instaurar en ella, como ha hecho en Fiume, su dictadura personal. Por ello Mussolini hace cuánto puede para desbaratar cualquier proyecto de esta naturaleza. En «*Il Popolo d'Italia*» del 15 de septiembre, escribe: «La revolución está ahí. Ha empezado en Fiume y *puede* acabarse en Roma». Pero, en privado, se esfuerza en apartar a D'Annunzio de semejante propósito. A principios de 1920, declara ante el tribunal de honor de la Asociación de Prensa de Milán: «Había una especie de club en Fiume que me declaraba traidor a Italia, porque se había enterado de que yo desaconsejaba una marcha, cualquiera que fuese».

Más o menos todo el mundo ha pensado en una marcha semejante. En primer lugar los legionarios, que cantan coplas anunciando que irán a Roma para *fare la festa* (ajustarle las cuentas) a Nitti, y uno de cuyos dirigentes, Giurati, escribe el 19 de septiembre al fascio de Trieste diciéndole que «la hazaña realizada en Fiume *debe* terminar en Roma». También han pensado en ella ciertos industriales que envían a Borletti a Fiume para tantear el terreno; determinados círculos militares y dinásticos, y el mismo almirante

¹⁵ Desde 1908; había en Italia dos francmasonerías, que correspondían al *Gran Oriente* y a la *Gran Logia de Francia*. Más tarde, ambas fueron disueltas por el gobierno fascista. El gran maestro de la francmasonería del Palazzo Giustiniani, Domizio Torrigiani, fue deportado. El comendador de la francmasonería de «rito escocés antiguo y aceptado», Raúl Palermi, que era el tipo perfecto de aventurero sin escrúpulos, y cuyo nombre salió a relucir en Francia en la época del *affaire Caillaux*, se convirtió en un colaborador de Mussolini.

Millo, gobernador de Dalmacia, estrechamente ligado al círculo del duque de Aosta. Hasta tal punto, que Nitti confía al general Caviglia el mando de toda la zona litoral del Adriático, para impedir un eventual desembarco de los legionarios.

Todo el mundo ha pensado, en ello, menos los socialistas. A principios de 1920, hubo efectivamente una «conspiración», que fue rápidamente abortada. D'Annunzio acababa de elegir como jefe de gabinete, en sustitución del nacionalista Giuriati, al sindicalista Alceste de Ambris, líder de la Unión italiana del Trabajo, aquella que, en su momento, se había mostrado favorable a la guerra, motivo por el cual la C.G.L. había rechazado su adhesión. En enero, en el momento en que se declara la huelga general de ferroviarios, ciertos elementos de extrema izquierda conciben el proyecto de utilizar, en un sentido revolucionario, la situación creada por D'Annunzio con la ocupación de Fiume; entre ellos se encuentran Malatesta y Giuliotti. El anarquista Malatesta, que tiene alrededor de los sesenta y siete años y que hace pocos días que ha vuelto del exilio, es el único auténtico revolucionario que ha existido en Italia en el periodo 1919-1920.¹⁶ La palabra «revolución» tiene para él un significado preciso e implica un itinerario cuyo objetivo es Roma. Poco importa el punto de partida; será Fiume, porque en Fiume está D'Annunzio, que puede ser captado, y hay armas de las que es posible apoderarse. Malatesta considera que hay que hacer la revolución cuanto antes, porque, dice, «si dejamos pasar el momento favorable, después tendremos que pagar con lágrimas de sangre el miedo que provocamos ahora en la burguesía». Superviviente de la *Alianza* de Bakunin, había tomado parte en el intento insurreccional de la «banda de Benevento», en abril de 1877 y había sido el animador de la «semana roja» de 1914. Ahora Italia entera está hirviendo, hay que actuar rápidamente y no dudar en servirse de todo aquello

¹⁶ Errico Malatesta había nacido en Santa Maria Capua Vetere (Nápoles), el 4 de diciembre de 1853, y murió en Roma el 22 de julio de 1932. Es una de las figuras más nobles que pueden encontrarse en la historia de las luchas sociales de todos los tiempos. Ante las delirantes manifestaciones que saludaron su regreso a Italia, escribía: «Exaltar a un hombre es una cosa políticamente peligrosa y moralmente nociva para el que es exaltado y para los que le exaltan» («*Volontà*», publicación semanal anarquista, Ancona, 16 de enero de 1920). Sin perder nunca de vista la acción concreta que debe ayudar a destruir el presente sistema, siempre sintió intensamente, la necesidad de dar a esta acción un contrapeso, «gracias a los revolucionarios que actúan por un ideal, que están inspirados por el amor a la humanidad entera»; si no es así, «la revolución se devorará a sí misma» y conducirá «a una nueva tiranía». Pasa los últimos años de su vida en Roma, acosado por la policía fascista y trabajando como electricista. En una carta dirigida a Clara Mesnil, el 5 de mayo de 1928, escribe: «¡Qué vida, amiga mía! Vigilado día y noche por una pandilla de policías que me siguen a todas partes, que detienen, molestan, encarcelan y después someten a residencia vigilada a todo aquel que venga a verme o simplemente me salude en la calle. ¡No poder hacer nada en mi propio país ni poder salir de él!»

que pueda asegurar la victoria. Malatesta entra, pues, en relación con D'Annunzio. Sirve de intermediario el capitán Giulietti, que ha sido quién ha asegurado la vuelta clandestina de Malatesta a Italia y le ha proporcionado fondos para el diario anarquista «*L'Umanità Nuova*» (este periódico empieza a publicarse en Milán en febrero de 1920), y es, al mismo tiempo, un precioso auxiliar de D'Annunzio; en octubre de 1919, su Federación secuestró el «*Persia*», barco cargado de armas destinadas a los ejércitos blancos en guerra contra los soviets, y lo condujo a Fiume.

Malatesta tiene en favor suyo y, al mismo tiempo, en contra, el hecho de estar fuera de los marcos oficiales del movimiento obrero. Está libre de toda rutina y sostenido por una voluntad de acero. Pero los socialistas, que aún controlan a las masas, desconfían tanto de él como de D'Annunzio. Algunos de los «conspiradores» en las reuniones secretas de Roma, ponen como condición el concurso o, por lo menos, la aprobación del partido socialista y de la C.G.L. Pero, éstos, puestos sobre aviso, rechazan todo acuerdo en este sentido y el proyecto queda estancado. Tanto más cuanto que Mussolini, que se ha enterado de ello y que no quiere que pueda llevarse a cabo una marcha sobre Roma prescindiendo de él, se apresura a contar la historia en las columnas de *Il Popolo d'Italia*.¹⁷

¹⁷ En *Il Popolo d'Italia* del 17 de febrero, bajo el título «La opereta en la epopeya. Cómo debía estallar la revolución», Mussolini relata lo siguiente: «Se habla de un congreso celebrado en Roma durante la huelga de los ferroviarios, organizado por socialistas y anarquistas. Entre ellos, Giuseppe Giulietti. Había que poner al corriente del asunto a D'Aragona y a G. Bianchi. Uno de los participantes informó de todo ello a la C.G.L. y al partido, justificándose de esta manera: "Dado que entre los organizadores presentes en esta concentración de 'constructores de barricadas' había uno de convicciones esencialmente 'fiumesas' (G. Giulietti), el delator tuvo la sospecha de que una revolución que estallara en las circunstancias actuales habría podido ser provechosa... para D'Annunzio, favoreciendo los proyectos y los sueños de conquistar la península que alimentaba el poeta-soldado".» Totalmente distinta fue la reacción de Dino Grandi, quien, dos años después, constatando que la tentativa de Fiume no había «sobrepasado las dimensiones de un episodio», añadió: «Si el socialismo italiano hubiera tenido otro carácter, otra mentalidad, es posible que las cosas no hubieran ocurrido de la misma manera. Pero, de hecho, han ocurrido así» (*Il Popolo d'Italia*, 3 de abril de 1922). Hay que tener en cuenta que en el seno del partido socialista se unían en una profunda aversión por todo tipo de «espíritu de Fiume», un maximalista como Serrati y un reformista como Mazzoni, quien, en el Congreso «concentracionista» de Reggio Emilia, en octubre de 1920, denunció el complot, así como «el hilo masón que parte de Fiume y pasa por Giulietti y Malatesta —el cual no había negado ser un francmasón de la categoría de los durmientes—». Entre los dirigentes de Fiume, los elementos de «derechas» no acogieron favorablemente estos proyectos. El mayor Rejna, que mandaba los granaderos de Ronchi, explica a D'Annunzio, en una carta del 27 de julio de 1920, las razones por las que no tiene la intención de volver a Fiume: «Yo he sido siempre contrario a toda idea de una revolución militar... porque estaba convencido de que si llevábamos adelante la acción anticonstitucional, no seríamos nosotros, sino los Malatesta quienes la habrían terminado... Eras tú el que se mostraba favorable al proyecto de un golpe de estado anarco-militar en Roma y por ello protegías a los diversos instigadores de proyectos semejantes (me acuerdo de todos los que salieron del secretariado particular). Eras tú quien pretendía imponer la marcha sobre Roma, Trieste, Split.

De esta forma queda cortada toda posible unión entre la empresa de Fiume y una revolución popular en Italia. La «marcha sobre Roma» se hará por la derecha. La ocupación de Fiume, al prolongarse, proporcionará al fascismo el modelo de sus milicias y de sus uniformes, el nombre de sus escuadras, sus gritos de guerra y su liturgia. Mussolini copiará de D'Annunzio todo su escenario, comprendidos los diálogos con la multitud. Él sabe que D'Annunzio es, sobre todo, un poeta que no podrá ir muy lejos, y espera pacientemente su sucesión. D'Annunzio será víctima del mayor plagio que jamás se haya visto,

«pues la conquista fascista de Italia –señala con su habitual finura el conde Sforza–, ha sido la copia más literal, y la menos original, del tumultuoso poema que fue, para D'Annunzio, la aventura de Fiume».

Eras tú quien quería un golpe de Estado para llevar al poder al duque de Aosta». Esta carta fue publicada en *Avanti* el 28 de agosto de 1920. Esto suscitó la creación de una comisión investigadora, cuyo informe fue publicado en el *Boletín oficial del Gobierno de Fiume de Italia*, del 3 de septiembre de 1920 (Cf. E. Caviglia, *Il Conflitto di Fiume*, Milán, Garzanti, 1948). Atacado por la derecha y por la izquierda, D'Annunzio continúa acariciando este proyecto durante algún tiempo. Luigi Gasparotto evoca, en el *Diario di un deputato* (Milán, Dall'Oglio, 1945), la fecha del 9 de mayo de 1920: «Brambilla, de Florencia, me habla de parte de D'Annunzio. Éste tiene el proyecto de hacer, desde Fiume, una marcha sobre Roma, para derrocar el gobierno e instaurar un orden nuevo. Me pide si yo estoy de acuerdo y yo le respondo negativamente».

Capítulo V

NITTI, GIOLITTI, DON STURZO

En las elecciones de noviembre de 1919 las masas han manifestado su hostilidad contra la guerra y su necesidad de justicia social votando por los socialistas y por los «populares». Estos dos partidos juntos tienen la mayoría en la nueva Cámara: 256 escaños sobre 508. Desde el punto de vista parlamentario, únicamente es posible constituir una mayoría mediante una de las tres combinaciones siguientes: socialistas y populares; socialistas, demócratas y liberales; populares, demócratas y liberales. Los socialistas han conseguido 1.840.600 votos y 156 elegidos, es decir, el 32 % en el país y en el Parlamento; están, por lo tanto, muy lejos de la mayoría absoluta. La representación proporcional ha salvado a los partidos conservadores de una derrota más dura, y el Mezzogiorno, a pesar de la guerra, ha sido como siempre su gran cantera. De los 156 socialistas, 131 han sido elegidos en la Italia del Norte, en el valle del Po y en Toscana. El Mezzogiorno continental sólo ha proporcionado diez diputados, cinco de ellos en Apulia, pero las islas no han dado ningún diputado: socialista. Sin embargo, los socialistas están más cerca del poder de lo que pueden indicar las cifras, en la medida en que ellos pueden interpretar las aspiraciones de todo el pueblo italiano y apoyar su profundo descontento. Tres alternativas parecen abrirse ante ellos: abandonar el Parlamento y preparar la «acción directa»; seguir en él, pero creando, al mismo tiempo, en el país, el «segundo poder» que deberá reemplazarlo un día; establecer en el Parlamento y en el país las alianzas indispensables para culminar la revolución democrática. El partido socialista, incapaz tanto de una acción directa como de una maniobra política de gran envergadura, no hará ningún progreso durante tres años, hasta que el fascismo corte, sin él y aun contra él, el nudo del poder.

Mussolini, que se mantiene al margen, resentido por la derrota electoral, ha comprendido perfectamente lo que puede reservarle semejante situación. Comentando un artículo de *«Avanti»*, según el cual el partido socialista debe «dejar a la burguesía la tarea de liquidar ella; sola el pasivo de la guerra», Mussolini escribe una semana después de las elecciones:

«No, señores míos, los socialistas con carnet del partido pueden comprender —aunque no todos— las razones de esta política dilatoria, pero el cuerpo electoral no las comprenderá. La masa que ha votado por vosotros lo ha hecho creyendo —ya veremos si era o no una ilusión—

que sois los únicos capaces de deshacer el enredo y de conducir al pueblo italiano por el camino de un mayor bienestar y de una mayor libertad. Honradamente, no podéis eludir este compromiso. Y para responder a estas obligaciones sólo tenéis dos opciones: o la conquista total del poder político mediante la insurrección en la calle, puesto que no tenéis la mayoría en el Parlamento, o bien una colaboración –inteligente, hábil y condicionada– con los demás partidos sobre la base de un programa común. La primera hipótesis significa la guerra civil y el aplastamiento inevitable del partido y de la clase obrera, con la aparición inevitable de una espada dictatorial; la segunda opción, por el contrario, desarrolla y consolida las condiciones necesarias y suficientes para realizar los objetivos más extremos. Nosotros no queremos formular una tercera hipótesis, a saber, la confusión en el Parlamento y el caos en el país».

Tres meses más tarde, Mussolini está ya convencido de que esta tercera hipótesis es la que se va a verificar:

«La gran victoria electoral es una revelación patente de insuficiencia y de impotencia. Nihilismo reformista y nihilismo revolucionario. Ni acción parlamentaria ni acción en la calle. El espectáculo de un partido que, al día siguiente de una gran victoria, se agota en la infructuosa búsqueda del punto de apoyo de sus fuerzas, y que no aborda la reforma ni intenta la revolución, nos divierte mucho. Ésta es nuestra venganza, que ha llegado antes de lo que esperábamos».

En efecto, el partido socialista se encuentra en un punto muerto del que no sabe cómo salir, que le condena, a oscilar de una táctica a otra totalmente opuesta, y a dar continuamente «un paso adelante y dos para atrás». El manifiesto publicado en el mes de agosto por la fracción maximalista, que es la que domina dentro del partido, se pronuncia por una revolución sin transiciones y sin demoras:

«La instauración de la sociedad socialista –dice este *manifiesto*– no puede llevarse a cabo por decreto o por decisión de un Parlamento o de una Constituyente. Las formas híbridas de colaboración entre Parlamento y Consejos Obreros deberán igualmente ser condenadas y rechazadas. Por el contrario, hay que empujar al proletariado a la conquista violenta del poder político y económico, que deberá ser total y exclusivamente confiado a los Consejos Obreros y Campesinos, con funciones al mismo tiempo legislativas y ejecutivas».

En el Congreso nacional del partido socialista que se celebra en Bolonia, a principios de octubre de 1919, esta fracción liquida el viejo programa del partido, sobre todo porque éste admitía la lucha «para conquistar los poderes públicos (Estado, Municipios, etc.), y transformarlos de instrumentos de agresión y de explotación en instrumentos para la expropiación económica y política de la clase dominante». El nuevo programa afirma, por el contrario, que estos organismos «no pueden en manera alguna transformarse en organismos de liberación del proletariado». ¿Qué hacer entonces en el Parlamento y en las municipalidades conquistadas? El manifiesto que acabamos de citar dice lo siguiente: el partido debe luchar «en el terreno electoral y en las instituciones del Estado burgués con objeto de realizar la propaganda más intensa posible de los principios comunistas, y para facilitar el derrocamiento de estos órganos de la dominación burguesa».

Así, pues, los 156 diputados y, dentro de algunos meses, los municipios socialistas no deben ocuparse más que de hacer propaganda revolucionaria y de sabotear el Estado. En la práctica, los diputados y alcaldes socialistas consagran lo mejor de su actividad, como ya hacían antes de la guerra, en recomendar y exigir la realización de obras públicas, en crear sindicatos y cooperativas y en dedicarse a la administración habitual; que, a veces, resulta una excelente administración. Todo transcurre como si no existiera contradicción ni relación alguna entre este reformismo práctico y casi vergonzoso y las proclamaciones maximalistas. Cada cual tira por su lado, en virtud de una especie de división del trabajo de la que nadie se siente molesto. En Moscú, el resultado del Congreso de Bolonia, que ha ratificado por unanimidad la adhesión a la III^{ra} Internacional, es acogido como un gran éxito. Sin embargo, hacia finales de octubre Lenin escribe a Serrati con objeto de poner en guardia al proletariado italiano contra «una insurrección prematura», añadiendo algunos elogios y un consejo:

«El extraordinario trabajo de los comunistas italianos nos garantiza que lograrán ganar para la causa del comunismo *a todo el proletariado industrial y agrícola, así como a los pequeños propietarios*, lo cual es la propia condición de su victoria».

Pero los elogios son inmerecidos y el consejo no será seguido. El trabajo del partido no es «extraordinario» –ni mucho menos!– y en lugar de esforzarse en ganarse «a *todo* el proletariado industrial y agrícola, así como a los pequeños propietarios», el partido continúa embriagándose de palabras y elaborando, sobre el papel proyectos de soviets, abandonando a sí mismos a

los consejos de fábrica del Norte y a los hambrientos campesinos del Mezzogiorno.

Una gran parte de los pequeños propietarios agrícolas queda, o pasa, bajo el control del «Partido popular italiano», recién constituido. Este partido ha obtenido en las elecciones de noviembre más de un millón de votos y cuenta con un centenar de diputados. El Vaticano permitió su creación a finales de 1918, con objeto de levantar una barrera contra la creciente marea socialista. Igualmente «un gran número de liberales –asegura Tittoni–, esperaba encontrar en él un aliado contra el socialismo».

El partido popular nace, pues, con dos almas: la una, democrática y ávida de grandes reformas, y la otra fundamentalmente reaccionaria. Más adelante la oposición entre las dos corrientes se hará cada vez más potente. Los elementos conservadores –señala don Sturzo– «en cuanto tomé cuerpo el fenómeno agrario-fascista se sentirán atraídos por la nueva tendencia y se apartarán del partido». Pero, independientemente de este equívoco inicial, el P.P.I. está llamado, durante los años 1919-1920, a tener, en su conjunto, un papel fundamentalmente conservador, por las posiciones que adopta y gracias al caos socialista. Mussolini se da perfecta cuenta de ello algunos días después del nacimiento del partido, en enero de 1919.

«El acontecimiento del día en la política nacional –escribe– es la fundación del P.P.I... Su programa es democrático, casi nos atreveríamos a decir que demasiado democrático. Tiene muchos puntos de contacto con el de otros partidos. Pero el P.P.I. no podrá salirse, en sus medios de lucha, de la más estricta legalidad. Por lo tanto puede jugar un papel muy importante en la vida nacional, únicamente él puede esperar disputar las masas rurales a los socialistas, en las próximas elecciones».

Y así es, en efecto, como sucede. Durante dos años el movimiento socialista no encuentra frente a él –aparte de su propia incapacidad– otro adversario que el nuevo partido. Sólo el P.P.I. se opone a la Constituyente, e impide el monopolio socialista en el terreno sindical, sobre todo en las zonas rurales, hecho, éste, importante, puesto que Italia, a pesar de la guerra, sigue siendo un país esencialmente rural. En la medida en que ha existido en Italia un «peligro bolchevique», ha sido el partido popular quien lo ha atajado.

La duplicidad de posturas del partido popular hace difícil la colaboración con los socialistas que, por su parte, no están en modo alguno, preparados para ello. De aquí provienen las sucesivas crisis ministeriales que desgastan a los dos únicos dirigentes de que dispone, por aquel entonces, la burguesía italiana: Nitti y Giolitti.

Nitti, durante su paso por el poder, ha realizado una obra importante. Hombre sinceramente liberal, posee una profunda cultura histórica y económica y, excepción rara entre los hombres de Estado italianos, conoce a fondo los grandes Estados modernos, sobre todo Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos. Ninguna de las tendencias, ninguno de los engranajes de las finanzas internacionales, le es desconocido. Al mismo tiempo —y esta curiosa amalgama explica en gran parte su superioridad y sus fallos— ha sido, por origen y por temperamento, el hombre del Mezzogiorno italiano, que se había formado en un medio social muy atrasado, donde no existían en absoluto los partidos organizados y las fuerzas obreras de vanguardia. De esta forma ha negado rápidamente al primer plano de la vida política, como tantos otros de la élite meridional, que no han tenido necesidad de ganar sus galones en las luchas locales. Los lazos que les unen a su patria chica son lazos personales, de simpatía, de prestigio o de categoría social, y entre su gran cultura, a menudo cosmopolita, y la vida local, no existe relación alguna. Todos ellos se han formado a sí mismos, y cuando vuelven a sus casas, procedentes de Nápoles; Roma o Londres, encuentran como una atmósfera familiar, una clientela adicta de la que tienen necesidad y con la que comparten la «filosofía», hecha de buen sentido, de astucia y de adaptación. Es por sus estudios, por un esfuerzo intelectual, por lo que han saltado de la estrecha vida provinciana a la gran capital; no ha habido encadenamiento ni progresión de experiencias humanas. No hay que extrañarse de que Nitti, por ejemplo, sea escéptico y sagaz como un *big man* de la *City*, y fatalista como un campesino de Basilicata. El gran retraso del Mezzogiorno respecto a la Italia del Norte obliga a los hombres de Estado a realizar una política de lentas aproximaciones; por otra parte, éstos, gracias a su vida inteligente y a su cultura, poseen el gusto por la alta política. Sólo pueden conciliar las dos tendencias condenándose a actuar con mucha paciencia y moderación en el interior del país y reservando sus audacias para la política exterior. En el fondo, lo que Nitti ha querido siempre realizar es una política paternalista de gran envergadura. Él, que bajo Luis XIV o José II hubiera sido un alto «funcionario», no estaba preparado para el juego y el enfrentamiento entre partidos y entre clases que en la posguerra ya no permiten «hacer el bien»

del pueblo sin estar en estrecho contacto con él y sin darle la sensación de que juega un papel directo y de que ha empezado realmente una nueva era; Nitti, al igual que Giolitti y Turati, es un hombre de la preguerra. Su programa económico y social es todavía el de sus «Discursos a los jóvenes» que había reunido en su *Italia a principios del siglo XX*, el documento más destacado de liberalismo clarividente de los años 1900. Nitti no cree en la posibilidad de una revolución en Italia, y le gusta constatar que «Italia es posiblemente el único país de Europa que no ha tenido, en dos mil años, una verdadera revolución ni una guerra de religión». Desconfía de todo cambio político, en parte por espíritu conservador, pero, sobre todo, por escepticismo de historiador y de economista. Es contrario a la idea de la Constituyente, con la que todo el mundo ha coqueteado, y su liberalismo clásico, en el que la guerra no ha hecho mella, le predispone contra toda idea de socialismo de Estado, de control sobre la industria y sobre la banca.

La grave situación económica de Italia, que plantea al gobierno problemas urgentes y le acosa sin descanso, es otro de los elementos que concurren para retenerlo todavía más en la vía de un reformismo prudente y un tanto al día.

La crisis económica, retrasada y disimulada en cierto modo por fenómenos transitorios, se manifiesta claramente en Italia a principios de 1920, y se agudiza rápidamente. Aparecen dificultades de abastecimiento y el problema del carbón es «cada vez más angustioso». Inglaterra no entrega más que 300.000 toneladas por mes, en lugar de las 800.000 acordadas, haciéndoselas pagar además al elevado precio impuesto a los importadores. Como consecuencia tiene que reducirse el número de trenes y cerrar parcialmente las fábricas. Otras importaciones, tales como el trigo, azúcar y carne congelada, tienen que ser limitadas. Los abastecimientos se hacen difíciles a causa de la elevación sufrida por los cambios, cuyo control tiene que ser establecido hacia mediados de abril de 1920. Por otra parte, la economía italiana aún no ha sabido «realizar» el cambio de coyuntura ni adaptarse a él. La fiebre especulativa continúa; se crean nuevas empresas, pues se espera que, con la paz, se iniciará una era de expansión y de prosperidad. Aumenta la demanda de créditos y, con ella, la circulación fiduciaria. La caída de los precios al por mayor que se produce en el extranjero, anuncia que no es posible evitar una nueva, base imponible.

Nitti se esfuerza en hacer frente a esta situación, cuya gravedad no ignora en absoluto, sobre todo en lo concerniente a la hacienda pública. En una carta dirigida a sus electores, en octubre de 1919, da la voz de alarma:

«Los gastos efectivos del Estado son tres veces más elevados que los ingresos efectivos; todas las empresas industriales del Estado están en déficit y se pierden varios miles de millones al año a causa del precio político del pan; la deuda del Estado aumenta mil millones por mes; los gastos militares, un año después de finalizada la guerra, representan aún, cada mes, una suma superior al gasto anual del año que precedió a la guerra».

Nitti multiplica las medidas y las intervenciones, despliega una gran actividad y lanza, en noviembre de 1919, un empréstito que tiene un éxito considerable, pues en pocos meses alcanza los veintiún mil millones de liras. Posteriormente, después de su eliminación del poder, recordará, o hará recordar, la larga lista de decretos que ha dictado; dirá que ha sido él el primero que ha maniobrado el timón, para salir de la tempestad, haciendo las maniobras más difíciles y las más ingratas. Todo esto es cierto, pero no podía evitar y no ha evitado su caída. En la atmósfera de 1919-1920, su fórmula «producir más y consumir menos» no abría a Italia y a su pueblo ninguna perspectiva. En un mundo cada vez más empobrecido, con las nuevas necesidades creadas por la guerra y liberadas por la paz, esta; fórmula estaba fuera de toda realidad, de la realidad psicológica inmediata, y muy pronto incluso de la realidad económica.

Por otra parte, Nitti no ha podido encontrar el apoyo político indispensable para gobernar. Él bien hubiera querido, igual que Giolitti, conseguir que los socialistas colaborasen en el poder; la lucha feroz que los dos hombres de Estado van a librar es, también en parte, una lucha para ver quién será el primero en conseguir domar al monstruo. Los socialistas, algunos de los cuales siguen fieles a los antiguos idilios con Giolitti, son hostiles a Nitti a causa de su política interior. Nitti ha reorganizado las fuerzas de policía, apenas inexistentes a principios de 1919, y ha creado la «guardia real», que juega un papel muy activo en la represión de las manifestaciones populares, incluso de las más pacíficas. Entre octubre de 1919 y mayo de 1920, varios centenares de obreros y de campesinos han sido muertos y heridos en todas las regiones de Italia. Socialistas y fascistas lo tildan, a gritos, de «policía». Principalmente, los socialistas se sustraen de las responsabilidades del poder y no se podría prescindir de su apoyo más que realizando, aunque fuera sin ellos, su programa de 1917, y buscando otros aliados.

Pero Nitti no es el hombre capaz de llevar a cabo esta tarea. Es fácil darse cuenta de ello examinando su política agraria. En diciembre de 1917, cuando era ministro del Tesoro, había creado la *Obra Nacional de Combatientes* (O.N.C.), y en la actualidad le asigna una importante subvención para el rescate de las tierras destinadas a los ex combatientes cultivadores. Esta iniciativa, que no carece de envergadura en el momento de ser concebida, es completamente insuficiente para aplacar el «hambre de tierra» de los campesinos, de todos los campesinos. Bajo la presión de las ocupaciones de tierras, que se multiplican, Nitti promulga sucesivamente dos decretos (decreto Visocchi del 2 de septiembre de 1919, y decreto Falcioni del 22 de abril de 1920) que tienden mucho más a cortar las ocupaciones que a realizar una reforma agraria. El primero de los decretos otorga a los prefectos el poder «de consentir, en determinadas condiciones, la ocupación de tierras no cultivadas, allí donde sea necesario estimular la producción agrícola y poner fin a la ocupación violenta y arbitraria de las tierras por la población»; el segundo, publicado en un momento en que la situación se había agravado, es todavía más (restrictivo, puesto que especifica que «las tierras susceptibles de ser ocupadas *temporalmente* son únicamente las tierras no cultivadas o insuficientemente cultivadas», no pudiendo, por lo demás, ser consentida la ocupación «más que a asociaciones o cuerpos legalmente constituidos, que anteriormente hubieran ya cultivado otras tierras y que además poseyeran tierras». Con semejantes preocupaciones y con tales limitaciones.

Nitti no puede en absoluto sustituir el «nihilismo» maximalista por una obra social atrevida.¹⁸

En cuanto a otros aliados, los únicos posibles eran los populares, Pero Nitti, por su formación, comprende mal a este nuevo partido, nacido cómo un champiñón en los invernaderos cálidos de la posguerra. Su juego es demasiado personal como para plegarse a las exigencias políticas del partido popular, del que el secretario, don Sturzo, quiere hacer un gran partido a la inglesa, definido por su programa y subordinando a él su táctica en el país y en el Parlamento. Además, los populares, que han sido casi todos neutralistas, y que deben sobre todo a esta actitud su éxito electoral, consideran a Nitti cómo un

¹⁸ Esta «reforma agraria» fue criticada a derecha e izquierda, siendo juzgada por los primeros demasiado demagógica y por los segundos demasiado conservadora. En el Congreso de la Federación de la Tierra (C.G.L.), que tuvo lugar en Bolonia en junio de 1919, «el diputado Mazzoni ataca esta institución (O.N.C.) que conduce a ligar la tierra a una parte de los trabajadores a expensas de la comunidad y a prolongar las ilusiones antieconómicas de la pequeña propiedad». Mazzoni se pronuncia en contra del trato de favor que el decreto concede a los excombatientes y concluye su crítica «demostrando —entre aplausos— que lo que hace falta es la socialización de la tierra para todos, en interés de la colectividad entera» (*Battaglie sindacali*, 21 de junio de 1919).

hombre demasiado comprometido a causa de su participación en los gobiernos de guerra. Le reprochan también sus «debilidades» para con sus competidores, los socialistas. Durante la huelga de ferroviarios, en enero de 1920, los sindicatos «blancos» habían dado la orden de continuar el trabajo, y la huelga no sólo se había acabado por un acuerdo firmado únicamente con la organización «roja» que la había provocado, sino que el ministro de Trabajo había entregado a las represalias del Sindicato de Ferroviarios a los miembros de la organización católica que no habían seguido sus órdenes.¹⁹ Los populares, aprovechan así la primera crisis ministerial –en marzo de 1920– para exigir la dimisión en bloque del gobierno y para formular su programa mínimo.²⁰ Nitti, seguro del apoyo del Vaticano, con el que mantiene negociaciones sobre la cuestión romana, proyecta prescindir durante algún tiempo del apoyo de los populares, y forma sin ellos su nuevo gobierno, que sólo dura algunas semanas;²¹ a la tercera crisis, los populares vuelven al redil, pero demasiado

¹⁹ Este ministro era Chimienti. L. Sturzo (*Popolarismo e fascismo*, Turín, Gobetti, 1924) habla de su «cobardía». Nitti había estado ausente de Roma todo el mes de enero, para asistir a la conferencia interaliada que examinaba las discrepancias italo-yugoslavas.

²⁰ Estaba compuesto por *nueve puntos*, de los que exponemos los más importantes: 1. Política extranjera de pacificación con todos los pueblos y reconocimiento de las autonomías nacionales; política interior de respeto de la libertad individual y colectiva y firme resistencia a los elementos de disgregación anárquica del orden social. 2. Representación proporcional en las próximas elecciones administrativas, municipales y provinciales; voto político y administrativo para las mujeres. 3. Reconocimiento de todas las organizaciones de clase y representación proporcional de estas organizaciones en todos los consejos y comisiones centrales o locales. 5. Creación de un examen de Estado para los títulos de enseñanza media, abolición de las disposiciones reglamentarias que tendían a impedir el desarrollo de la enseñanza privada. 6. Creación de Cámaras regionales de agricultura y reforma de los organismos de arbitraje de los conflictos colectivos; ley agraria para la parcelación de la gran propiedad, colonización interior y compra de las tierras por los campesinos, en vistas a la formación de la pequeña propiedad. 7. Reforma fiscal que resuelva el problema financiero, aumentando la progresividad y aplicando fuertes impuestos sobre las fortunas amasadas durante la guerra... (Texto en *Il primo anno di vita del P.P.I.*, G. de Rossi, Roma, Ferrari, 1920). Estos puntos figuran en el llamamiento lanzado por la dirección del P.P.I. en la noche del 11 de marzo de 1920. En él se exigía la dimisión colectiva del gobierno, tomando así posición contra la reorganización parcial deseada por Nitti, a la que Filippo Meda era favorable.

²¹ La experiencia de un gobierno sin «populares» duró del 13 de marzo al 12 de mayo. Sobre la actitud del Vaticano, favorable a Nitti, *Cf.* L. Sturzo, *Popolarismo e fascismo*. Entre los hombres políticos italianos, Giovanni Amendola es el que ha tenido, durante esta crisis, la visión más lúcida y coherente del problema fundamental que se le planteaba a la Italia de la posguerra, sobre la base de los resultados de las elecciones del 16 de noviembre. Prueba de ello es su primer discurso a la Cámara (26 de marzo de 1920), durante el debate sobre el segundo gobierno Nitti, en el que los populares se habían negado a participar. En este discurso, Amendola, elevándose por encima de las querrelas parlamentarias y procediendo a un análisis de la «crisis orgánica», se esfuerza, en medio de las groseras interrupciones tanto de los diputados socialistas como de los populares, en situarlos en el centro del problema: «Debemos darnos cuenta de que existe una interrupción fatal en la vida política de nuestro país, y esta interrupción se debe a que ni el país ni la Cámara han resuelto todavía el problema político fundamental, es decir, el de la instauración de una mayoría». La política exterior, los problemas del Mezzogiorno y particularmente su crisis agraria, la liquidación de las industrias de guerra y la crisis financiera exigen un programa y un gobierno estable que lo lleve a cabo. Pero éste sólo puede ser un gobierno de coalición: «La actual Cámara no permite a ninguno de los partidos representados en ella realizar su propio programa de gobierno, a menos que

tarde para salvar al gobierno, que ya está condenado.²² Para aliviar al presupuesto de la pesada carga del precio político del pan, Nitti promulga un decreto-ley aumentando el precio de éste en cincuenta céntimos el kilo. La oposición de izquierda y la de derecha se rebelan contra esta medida. Mussolini toma postura en su periódico:

«Aquel que posee más, debe pagar más –escribe–; el actual precio político debe ser mantenido para los no ricos, para los trabajadores y los empleados».

establezcan acuerdos y alianzas con otros partidos o grupos que hoy están en ella. Por consiguiente, él problema político ante el que nos encontramos, consiste en determinar si hay posibilidades de acuerdos o de alianzas entre diversos grupos capaces de colaborar en la formación de una mayoría gubernamental». Amendola considera que existe un denominador común entre los socialistas colaboracionistas y los populares. A los primeros, les pregunta: «Si la colaboración (haciendo, si es preciso, todas las reservas de principios y poniendo todas las condiciones que queráis poner) os parece útil para los fines de vuestra política y conforme con los intereses del país, ¿no creéis que es ahora, y no más adelante, cuando hay que colaborar?» A los socialistas maximalistas les hace la siguiente advertencia: «Si tenéis los medios o el poder para imponernos un orden nuevo, el vuestro, hacedlo... Pero no os contentéis con ser un puro y simple obstáculo en el curso de vuestro país». Dirigiéndose a los populares, se lamenta de que éstos combinen, a menudo, discursos demagógicos dirigidos al país con un programa sensato presentado al Parlamento y sobre el cual podría llegarse a una alianza. Observa que «en este caso no es éste quien mantiene el orden sino quien se mantiene gracias al desorden» y les exhorta enérgicamente a que no adopten en la *vexata quaestio* de la libertad de la enseñanza una postura intransigente, incompatible tanto con los deberes del Estado como con una política de coalición. (Texto del discurso en G. Amendola, *Una battaglia liberale*, Turín, Gobetti, 1924). La cuestión de la «libertad de la enseñanza» será planteada por los populares al año siguiente, en marzo de 1922, para justificar su oposición a los intentos de Turati en favor de una colaboración social-popular. El discurso de Amendola entusiasmó a Turati, quien, en una carta dirigida a Anna Kulischev, la noche misma del día en que fue pronunciado, lo comentó en la forma siguiente: «Discurso equilibrado, denso, serio... Había que escucharlo, tanto por deferencia como para frenar un poco (en esta ocasión incluso Modigliani me ha ayudado) las estúpidas interrupciones y el brutal alboroto de nuestro grupo. En sustancia, tu amigo, con seriedad y tacto, lanzó una acusación rigurosa contra los clamores impotentes y contradictorios de los socialistas y contra el egoísmo y las contradicciones de los populares... Se dirigió particularmente a Treves y a mí, preguntándonos si no creíamos llegado el momento de colaborar para salvar a Italia. Pregunta temible a la cual no era posible dar la verdadera respuesta, es decir, que nosotros sabíamos muy bien que para nosotros no sería una colaboración, sino un suicidio». Debemos a la amable cortesía de Alessandro Schiavi el haber podido leer una parte de la correspondencia Turati-Kulischev, cuya publicación le ha sido confiada por el editor Einaudi. El primer volumen e de mayo 1898-junio 1899, fue publicado en 1949).

²² Sturzo era contrario a la entrada de los populares en el gobierno Nitti, aunque éste hubiera aceptado su programa. Mayor aún era su hostilidad respecto a Giolitti; se inclinaba en favor de un gobierno Bonomi, a quien, por otra parte, el «centralismo» de los diputados populares reprochaba su actitud durante la guerra. El tercer gobierno Nitti fue constituido el 22 de mayo de 1920; con participación de los ministros de Rodino y Micheli, y de cuatro subsecretarios populares. Durante la crisis, Turati, en una entrevista en «*Il Resto del Carlino*» (18 de mayo), afirmó la necesidad de un gobierno basado en el binomio Giolitti-Nitti, considerando que los dos hombres debían complementarse en lugar de paralizarse recíprocamente. Pero Giolitti, expuso en «*La Tribuna*» (28 de mayo) su punto de vista personal, en una entrevista que fue considerada por la prensa como un «torpedo» lanzado contra el tercer gobierno Nitti. Turati no quiso votar contra el gobierno Nitti y fue el único socialista que abandonó la sala. He aquí lo que aquel mismo día escribió a Anna Kulischev: «Cuando se empezó a pasar lista, me fui a dar una vuelta. Volví cuando se procedía a pasar lista por segunda vez, y no entré en la sala. Sostengo que este voto es una abominación.

Ante la tormenta, Nitti retira el decreto para transformarlo en proyecto de ley, pero las decisiones hostiles de casi todos los grupos de la Cámara le obligan a dimitir.

La caída de Nitti no causa ninguna sorpresa, puesto que ha habido tantas fuerzas y tantas circunstancias que han contribuido a ello. Mussolini, que con el advenimiento de Nitti había declarado, según la fórmula habitual, que esperaba a ver su actuación, y que, por otra parte, había aprobado sus medidas fiscales –como aprobará las de Giolitti– quiere ahora desquitarse, porque Nitti lo ha hecho arrestar durante algunas horas en noviembre de 1919, y ha ordenado que se efectuaran pesquisas en la sede de los fascios, con objeto de requisar las armas que allí había. El ejército ya no le es adicto, porque ha licenciado a centenares de generales y a miles de oficiales que sobraban, y porque no ha querido enviar la expedición a Georgia contra los soviets, expedición que había preparado el gobierno precedente (Orlando). Los nacionalistas están furiosos contra él a causa de su actitud en la cuestión de Fiume y de su voluntad de reconciliación con Yugoslavia, y continuamente organizan manifestaciones. El 24 de mayo –día del aniversario de la entrada en guerra de Italia, que no se celebra oficialmente– llega a Roma una delegación de dálmatas y de fiumeses. La consecuencia de ello es una violenta manifestación, una severa represión y numerosas víctimas de una y otra parte, ocho muertos y treinta heridos, hecho que debilita considerablemente al gobierno.

La oposición de derechas ve que ha llegado el momento de concentrar sus esfuerzos para derribar a Nitti y, con él, su política exterior. Durante los primeros meses de 1920, mientras que las huelgas se multiplican por todo el país y D'Annunzio reina en Fiume, Nitti lucha en Londres, París, San Remo para que triunfe una política inteligente de reconstrucción europea de la que Italia saldría indudablemente beneficiada. De acuerdo con Lloyd George, Nitti se pronuncia en favor del retorno a la normalidad, de la reanudación de las relaciones comerciales con los soviets y de la imposición a Alemania de una

Sostengo que mis camaradas son unos criminales. Yo me había dirigido a Treves, a Prampolini y a algunos otros para saber lo que opinaban: todos estaban de acuerdo en que este voto era estúpido, pero a ninguno se le ocurrió que, en consecuencia, había de desolidarizarse de él... Me fui decidido a rebelarme completamente solo... En sustancia se votaba con y por la derecha de Salandra, los populares, los piratas que toman al abordaje el barco gubernamental, y contra nuestra política extranjera, en un momento en que Italia está resolviendo en Pallanza la cuestión adriática según nuestros deseos (y ahora Pasic y Trumbic se volverán a Belgrado porque no encuentran un gobierno en Italia), en un momento en que Italia debería, sin embargo, recoger en Spa los frutos de la política internacional honesta e inteligente que hemos estado defendiendo. Se votaba por la ruina del Estado y de toda disciplina moral. Se votaba por lo confuso, por lo equívoco e –indudablemente– en favor de la reacción. Todo esto es una locura criminal y, sin embargo, nadie, nadie se opone a ella».

cantidad global y razonable, a título de reparación. El gobierno francés se obstina en la política que tendrá como resultado el sabotaje de la Conferencia de Cannes por parte de Millerand: se es hostil a cualquier concesión a Alemania, «que pagará de todos modos, y a toda aproximación con Rusia, alrededor de la cual se quiere mantener el «cordón sanitario». Gracias a esta política, los nacionalistas y fascistas italianos encuentran, en su oposición a Nitti, todo el apoyo necesario en el embajador de Francia en Roma, Barrère, que sigue a este respecto las instrucciones de Clemenceau. Éste había declarado, después de las elecciones de noviembre de 1919, «que haría cualquier cosa y autorizaría todo tipo de medios» para impedir que Italia cediera a la marea revolucionaria. En la Cámara y en la prensa se denuncia que la embajada de Francia en Roma se ha convertido en «el cuartel general de la campaña contra los socialistas», que siguen siendo «peligrosamente» wilsonianos. La conferencia de Spa es convocada para el 25 de mayo, Barrère había declarado: «El señor Nitti no irá a ella», y Nitti es derrocado el 11 de mayo, el mismo día en que los delegados italianos y yugoslavos han tomado, por fin, contacto en Pallanza.

La sucesión está abierta; después de algunas semanas de crisis, Nitti es definitivamente eliminado, a principios de junio, sobre todo porque el sucesor está ya preparado: Giovanni Giolitti. Giolitti, como Mussolini, tiene desquité personal que tomarse. Él no quiso la intervención de Italia en la guerra en la primavera de 1915, no la quiso sobre todo en aquel momento y en las condiciones en que iba a llevarse a cabo. Apartado del gobierno por una conjuración de palacio, ha sido colmado de injurias y de amenazas: Salandra ha amotinado contra él a los fascios y a los nacionalistas, dejándoles la calle a su disposición. Giolitti quiere volver al poder, formar un bloque con los socialistas, efectuar un cierto número de reformas políticas, económicas y fiscales y restablecer, finalmente, el orden en el país. Tolera a Nitti, prestándole incluso sus hombres, pero lo considera como un lugarteniente que debe cederle el puesto en el momento que él decida. Nitti, por su parte, no comparte en absoluto este punto de vista. El 12 de octubre de 1919, antes de las elecciones generales, Giolitti presenta su candidatura al poder en el célebre discurso de Dronero. Este discurso es, ante todo, una terrible acusación contra la clase dirigente italiana, «contra las minorías audaces y contra los gobiernos sin inteligencia y sin conciencia que han arrastrado a un pueblo a la guerra, a pesar suyo», contra aquellos que «han precipitado a Italia en la guerra sin prever nada, sin acuerdos precisos sobre cuestiones políticas y coloniales, sin ni siquiera suponer la existencia de necesidades

económicas, financieras, comerciales e industriales». Después de hacer un balance de lo que Italia ha perdido en vidas humanas y en riquezas, Giolitti expone su programa de gobierno. En las relaciones internacionales, hacer todo lo necesario para evitar una nueva guerra; hacer un llamamiento a todas las naciones para que entren a formar parte de la S.D.N., apoyarse en las fuerzas del internacionalismo obrero. Abolir la diplomacia secreta, reservar exclusivamente a los Parlamentos el derecho de declarar la guerra y de firmar la paz. Para la liquidación del pasado piensa realizar investigaciones «inmediatas y solemnes» sobre las responsabilidades incurridas, sobre la forma en que se han ejercido los plenos poderes, sobre la estipulación y ejecución de los grandes contratos de abastecimientos, «para dar a conocer al país cómo se han derrochado decenas de miles de millones». Contra la crisis financiera, propone la abolición de los gastos militares, el impuesto progresivo sobre el conjunto de las rentas y sobre las sucesiones y una deducción extraordinaria sobre la riqueza, sobre todo sobre los beneficios de guerra. Lanza un virulento ataque contra las fuerzas reaccionarias, *que, dice, ya no prevalecerán más, puesto que las clases privilegiadas de la sociedad, que condujeron a la humanidad al desastre, no pueden ya dirigir ellas solas el mundo, cuyos destinos deben a partir de ahora pasar a manos de los pueblos.*

En el momento en que fue pronunciado, este discurso fue acogido con alaridos por toda la prensa nacionalista y conservadora. Nitti se había apresurado a tomar posición contra semejante programa, y sobre todo contra la investigación sobre la guerra, que había «encendido de nuevo las pasiones», contestándole a través de su carta a los electores, el 31 de octubre. A partir de este momento señalan los periódicos, «la ruptura entre los señores Nitti y Giolitti puede considerarse como definitiva». Aquí empieza, en efecto, una lucha de una extrema dureza entre los dos hombres de Estado, Su rivalidad, que se complica con un conflicto de intereses entre los dos bancos italianos más importantes, el *Commerciale* (B.C.I.) y el *Sconto* (B.I.S.), adquiere formas inauditas: Giolitti llega a utilizar a un chantajista para que haga una interpelación a la Cámara en contra de Nitti, a propósito de las pretendidas relaciones con el B.I.S., a hacer imprimir panfletos clandestinos, mientras que Nitti, por su parte, hace que sean controladas las compras que Giolitti efectúa en la Bolsa. Ambos buscan la eliminación mutua; a cada crisis ministerial, hasta la marcha sobre Roma, el uno opone su *veto* a la candidatura del otro, circunstancia que falsea todas las soluciones, aumenta el descrédito del Parlamento, paralizándolo, y facilita las maniobras de los fascistas y de los conservadores.

En la lucha, Giolitti es el más fuerte. Conoce a fondo la administración, en la que ha hecho una gran parte de su carrera, y tiene una gran experiencia de los hombres, de los que sabe aprovechar mucho mejor las debilidades que las cualidades. Como hombre de la burocracia, no siente la misma repulsión que Nitti hacia la intervención del Estado en la economía; como partidario de la neutralidad, está más próximo que él de los socialistas y populares. En vísperas de su vuelta al poder, pide a los socialistas que participen en su gobierno, pues está dispuesto a hacer «grandes cosas». Turati le responde:

«Nosotros no somos ambiciosos. Tendríamos que aceptar a título personal: los nuestros no nos seguirían».

Giolitti replica:

«Tengo la plena convicción de que en este momento soy útil al país y por lo tanto formaré el gobierno. Escogeré la mayoría allí donde la encuentre».

Hace también un llamamiento a los populares, pero don Sturzo no es favorable a la colaboración con Giolitti. Siente una gran aversión por el gran corruptor de la vida política italiana. Giolitti le corresponde con creces: este piamontés celoso del laicismo del Estado no querrá nunca entrevistarse con un dirigente de partido con sotana. Don Sturzo teme los métodos de Giolitti, que quiere, efectivamente, utilizar a los católicos —como lo hizo en 1913—,²³ pero para dividir y reducir a los partidos, y no, como, hubiera querido don Sturzo, para iniciar una política de acuerdos o de concurrencia de los grandes partidos sobre la base de unos programas bien determinados. El Vaticano, que ha intentado en vano salvar a Nitti, es hostil a Giolitti porque teme su programa financiero y su concepción de las «dos paralelas» —el Estado y la Iglesia— que no tienen necesidad de encontrarse. Entre las medidas anunciadas por Giolitti, la que apunta a la transformación de todos los títulos en títulos nominativos preocupa especialmente a la Iglesia, que tiene en los títulos al portador, un medio de burlar la ley sobre los bienes eclesiásticos y de ser propietaria a través de una tercera persona que hace de intermediario.

²³ En 1916, con vistas a las elecciones políticas de octubre, los dirigentes católicos decidieron apoyar a los candidatos gubernamentales, con tal de que éstos aceptasen comprometerse por escrito sobre algunas cuestiones (escuelas, organizaciones profesionales, congregaciones religiosas) en un sentido favorable o no contrario a los intereses católicos. El «pacto» concluido, que tomó el nombre de su instigador, el conde Gentiloni, se hizo con el apoyo del gobierno; Giolitti quería asegurarse, de esta forma, una amplia mayoría en la Cámara y al mismo tiempo contener el desplazamiento hacia la izquierda que podía resultar del sufragio ampliado, introducido por él mismo, el año anterior.

Sin embargo, nada puede impedir el advenimiento de Giolitti. Casi todos lo esperan como a un salvador, todos confían en él. La burguesía italiana, que en 1915 se ha adherido a la guerra para desembarazarse del movimiento obrero» que se estaba convirtiendo en un movimiento demasiado poderoso, se arroja ahora; por las mismas razones, en brazos del hombre de la neutralidad, del «traidor» Giolitti. Sus más fieros adversarios de entonces, como Sonnino, le suplican que acepte el poder. No se olvida que Giolitti, antes de la guerra –en aquel tiempo «en que se era feliz»–, ha probado su habilidad en el encantamiento de la serpiente socialista.

«Aquellos que en 1915 –escribe Guglielmo Ferrero– le arrancaron la varita mágica, rompiéndola, se dirigen ahora al viejo mago a fin de que renueve los antiguos prodigios». Los nacionalistas, sus más violentos adversarios durante la guerra, lo aceptan porque esperan que Giolitti, apasionado sobre todo por la política interior, abandonará el camino demasiado europeísta que había seguido Nitti. Mussolini está dispuesto a marchar junto a él si de esta forma puede acercarse al poder. Proclama que la declaración ministerial de Giolitti «coincide casi literalmente con los postulados fascistas».

En cuanto a los populares, su grupo parlamentario ya ha decidido participar en el nuevo gobierno, a pesar de la opinión contraria de don Sturzo.

Con la subida al poder de Giolitti, se supera la grave escisión de 1914-1915, que había dividido en dos a la burguesía. Ya no se volverá a hablar más de «neutralistas» y de «intervencionistas». Con Giolitti, el hombre de la anti-guerra, el hombre del discurso de Dronero y partidario de las medidas financieras «demagógicas», se reconstituye por algún tiempo la «unión nacional».

Capítulo VI

GRANDEZA Y DECADENCIA DEL MAXIMALISMO

Después del armisticio, y sobre todo después de las elecciones de noviembre de 1919, tiene lugar una gran afluencia de gente de todas las categorías, incluidos los empleados privados, los técnicos y los funcionarios públicos, hacia la Confederación del Trabajo «roja». En diversas localidades, las asociaciones de pequeños comerciantes se adhieren a la Bolsa del Trabajo. Los 321.000 sindicados con que contaba la C.G.L., en vísperas de la guerra, ascienden a fines de 1920 a 2.200.000. El mismo fenómeno se produce, por otra parte, en todos los países: en Francia, la C.G.T. pasa de un millón de afiliados en 1914 a 2.400.000 a principios de 1920; en Alemania, los dos millones y medio de 1913 pasan a ser 8 millones en 1920; incluso en Inglaterra, las cuidadosas estadísticas de las Trade Unions señalan para él mismo período un aumento de 1.572.391 a 4.317.537 en el número de sus afiliados. Tanto en Italia como en los demás países se desencadenó una oleada de huelgas que alcanzó su punto máximo en 1920, pero que en todas partes acabará calmándose bajo la ducha fría de la crisis económica.

Estos hechos se pueden comprobar con la estadística de las huelgas de los años 1919-1922.

		1919	1920	1921	1922
Inglaterra	a)	1.352	1.607	763	576
	b)	2.400	1.779	1.770	512
Alemania	a)	3.719	3.807	4.455	4.785
	b)	1.938	1.429	1.489	2.046
Francia	a)	2.026	1.832	475	665
	b)	1.161	1.317	402	290
Italia	a)	1.871	2.070	1.134	575
	b)	1.554	2.314	724	448
Estados Unidos	a)	3.630	3.411	2.385	112
	b)	—	—	—	—

Annuaire de la Statistique générale de la France (París, Impr. Nat., 1931)

a) Número de conflictos (huelgas y *lock-outs*).

b) Número de obreros afectados por las huelgas y los *lock-outs* (en miles).

Alemania es la excepción que confirma la regla, pues el número de huelgas sólo empieza a descender a partir de 1925, cuando la crisis económica se presenta libre de las incidencias de la inflación.

En enero de 1920, los empleados de correos y los ferroviarios se declaran en huelga; desde finales de febrero a finales de mayo se multiplican las huelgas de los trabajadores agrícolas en las provincias de Ferrara, Mantua, Novara, Pavía, Padua, Verona, Arezzo y Parma. La ola alcanza también las organizaciones «blancas» (católicas) de Soresina (Cremona), Todas estas huelgas tienen un carácter netamente económico, y tienden a elevar los salarios al nivel del coste de la vida en alza continua. No responden a ningún plan preconcebido: los ferroviarios inician la lucha el 20 de enero y el 21 los empleados de correos y telégrafos vuelven al trabajo; en el Norte, se suceden las huelgas agrícolas sin ninguna relación entre sí, ni con la ocupación de tierras que tiene lugar en el Mezzogiorno.²⁴ Hay una enorme dispersión de energías, una gran cantidad de movimientos que en algunas zonas rurales llegan a paralizar la producción durante largas semanas y meses, pero cuyo valor político es nulo. En esta facilidad con que se recurre a la huelga, en esta obstinación en la lucha, hay un signo de los tiempos, un reflejo de las inquietudes y las esperanzas de las masas. El hecho más insignificante puede producir la interrupción del trabajo. Algunas veces, las huelgas tienen su origen en un descontento más general, como sucede en el mes de mayo en Carnia, región que los austríacos habían ocupado durante la guerra y en la que habían quedado demasiados problemas sin resolver.

²⁴ Iniciadas en agosto de 1919 en el campo romano, estas ocupaciones de tierras continúan durante todo el año 1920, particularmente en Sicilia. El episodio más célebre es el de la revuelta de Ribera (Palermo) a principios de febrero de 1920. El duque de Bivona grande de España, fue encerrado en su castillo, que luego fue saqueado, hasta que hubo suscrito todas las exigencias de los campesinos. En septiembre-octubre, también en Sicilia, hubo un fuerte recrudecimiento de las revueltas. En algunas provincias, casi todas las grandes propiedades (*latifondi*) fueron ocupadas por multitudes impacientes ante los retrasos administrativos en el trabajo de las Comisiones agrarias provinciales y en la aplicación de los decretos de ocupación y atribución de las tierras no cultivadas. La iniciativa provenía a menudo de ex combatientes o de «populares». Una correspondencia de Palermo, publicada en *Avanti* el 5 de octubre, muestra con gran relieve el espíritu y las características de estas acciones, de masa. Bajo el gobierno Giolitti, el ministro «popular» de Agricultura, Micheli, tomó nuevas medidas legislativas, pero el movimiento acabó por amortiguarse. El partido socialista se ocupó de él muy tarde y generalmente con recelo y de mala gana. En la reunión de la dirección en Florencia (19-20 de octubre), Gennari evocó los sucesos de Sicilia, donde, dijo, «por parte de los campesinos se procede a la ocupación de tierras de una forma más bien caótica, sin plan preciso ni visión exacta del problema». Se lamentó de que «ningún diputado socialista hubiese ido en apoyo de los 150.000 campesinos en huelga, en la provincia de Trapani», dónde las ocupaciones se habían llevado a cabo en gran escala. El problema de la propiedad siciliana fue examinado en el Congreso socialista siciliano de Palermo (13-15 noviembre), pero la cosa no fue más allá. La dirección maximalista del partido mostraba el fondo de su pensamiento en el siguiente comentario de Serrati: «Es notorio que el movimiento de ocupación de tierras que, sobre todo en Sicilia, ha sido realizado por ex combatientes y populares, fue un movimiento demagógico, pequeño burgués, destinado a engañar a las masas agrícolas» (*Comunismo*, 15 de febrero de 1921). Sobre los movimientos agrarios de Sicilia y sobre la actitud del P.P.I. en la cuestión de la gran propiedad, Cf. M. Pernot, *L'expérience italienne*, Paris, Grasset, 1924.

En algunos casos, las reivindicaciones «políticas» pasan a primer plano, como es el caso de la huelga general del mes de abril en Turín, en la que se ventila el reconocimiento de los consejos de fábrica por parte de los industriales y que se acaba con una grave derrota de los trabajadores.²⁵

Esta huelga es provocada por un incidente que muestra claramente el estado de ánimo existente en esta época, en algunos centros industriales. El gobierno ha decidido adoptar la «hora legal», la hora de verano, y la dirección de la *Fiat* hace adelantar en una hora las agujas del gran reloj de la fábrica. La

²⁵ Nacido en la *Fiat* a propósito de la hora legal, el 22 de marzo de 1920, el conflicto se desarrolla en un sentido muy diferente. El lunes 29 los industriales declaran el *lock-out* y hacen ocupar las fábricas por el ejército. El 9 de abril, por un referéndum entre ellos, los obreros deciden aceptar las proposiciones de conciliación del prefecto; el resultado de esta votación es ratificado, aunque no sin vivas oposiciones, por los delegados de taller. Pero cuando, el 11 de abril, los representantes de los obreros se encuentran con los industriales para discutir la vuelta al trabajo, éstos últimos exigen «precisiones» sobre el reglamento de taller y sobre el funcionamiento de las comisiones internas. De esta forma, a partir del 13 de abril, se decide una huelga general de solidaridad con los metalúrgicos por un acuerdo entre la F.I.O.M., la Bolsa del Trabajo y la sección socialista (de tendencia comunista). En el orden del día que anuncia la huelga, se denuncia «la intención que tiene la Liga industrial de perjudicar a las comisiones internas, *impidiendo en el futuro el desarrollo de estos organismos que se han mostrado... capaces de convertirse en el instrumento de nuevas conquistas*». El «*Avanti*» piemontés del 14 de abril, se publicó con un dibujo de Scalarini, en el que aparecía una mano empuñando un revólver y, al fondo, un taller. A partir del 15 de abril, esta edición del «*Avanti*» se convierte en el *Boletín diario de la huelga general*. El número siguiente (16 de abril) tiene por título: «La insurrección de la clase obrera y campesina para conseguir la libertad de los órganos de su poder». El 19 se proclama la extensión de la huelga a todo el Piemonte, reflejo casi automático destinado a enmascarar el fracaso; ya inevitable: los primeros signos de ello aparecen el 21, y tres días después se anuncia la reanudación del trabajo: «La batalla ha acabado, la guerra continúa».

El carácter político e incluso institucional de la huelga era, pues, evidente para la voluntad y la conciencia de los dirigentes turineses, animadores del movimiento de los consejos de empresa, del que Antonio Gramsci era el teórico. Sus posiciones ideológicas y tácticas habían sido formuladas en los editoriales de «*Il Ordine nuovo*» semanal, debidos casi todos ellos a Gramsci.

Pero también los industriales, y a nivel nacional, tuvieron muy pronto conciencia de este carácter político. La Confederación de la Industria, creada el 9 de marzo de 1920, había, en efecto, aprobado un informe de su secretario, el diputado Olivetti, en el que se afirmaba que «no pueden coexistir dos poderes en la fábrica». Había decidido librar la batalla sobre este terreno, invitando a sus miembros y a las asociaciones afiliadas a que comunicaran inmediatamente «a la presidencia de la Liga los hechos que pudieran constituir, aunque fuera indirectamente, manifestaciones de la institución de los consejos de empresa y de los delegados de taller, con prohibición absoluta para los miembros y para las organizaciones de llevar a cabo, el menor gesto que pudiese comprometer la cuestión». Pero antes de la huelga de marzo-abril, la Liga industrial de Turín invitaba a las empresas afiliadas «a negarse a reconocer a los organismos representativos obreros al margen de las formas sindicales habituales».

Esta contraofensiva victoriosa de los industriales turineses colmó de entusiasmo a Mussolini, que cantó victoria en «*Il Popolo d'Italia*»: «Aun a riesgo de seguir escandalizando a una docena de momias o de monos aulladores, afirmamos aquí, alta y claramente, que la poderosa Asociación industrial de Turín —la A.M.M.A.—, atajando con su firme resistencia la innumerable especulación de la chusma turinesa, se ha hecho digna de la nación y de la propia clase obrera italiana».

La huelga de abril también agravó, el conflicto entre el grupo turinés de «*Il Ordine nuovo*» y la F.I.O.M. e incluso con el P.S.I. La idea de Antonio Gramsci era que el desarrollo de los consejos de empresa, tal como él los había concebido, debía transformar radicalmente el espíritu, las estructuras y las tareas tanto del partido como de las organizaciones sindicales. Según esta

Comisión obrera las vuelve a colocar en la hora antigua. La dirección manda llamar a la Comisión y le hace una proposición: «Seguid, si queréis, la hora de invierno, pero dejad que el reloj vaya igual que los otros relojes de la ciudad». Pero no hay acuerdo posible; la dirección despide a los miembros de la Comisión de fábrica y estalla la huelga. La «hora legal» es una herencia de la guerra, una intervención del Estado en la vida cotidiana de los obreros, y éstos no quieren consentirlo. En Turín, esta resistencia es espontánea; en otros centros, como en Bolonia y Cremona, la Bolsa del Trabajo se niega oficialmente a aplicar la hora legal. Mussolini, después de haber llamado a este movimiento «la primera gran revolución del pueblo italiano contra los que lo gobiernan» se adhiere totalmente a él:

«Yo también estoy contra la hora legal, escribe el 6 de abril de 1920 en su periódico, porque representa una de las formas de intervención y de coerción del Estado. No hago de esto una cuestión política, nacional o utilitaria; yo estoy a favor del individuo y en contra del Estado... Abajo el Estado en todas sus formas y sea cual sea su encarnación; el Estado de ayer, de hoy y de mañana, el Estado burgués y el Estado socialista. A nosotros, últimos sobrevivientes del individualismo, sólo nos queda, para atravesar la noche presente y la de mañana, la religión absurda, pero siempre consoladora de la Anarquía».

Y el artículo acaba con esta palabra, «*Anarquía*», impresa en letra negrilla.

concepción, el movimiento de los consejos y el nacimiento de un verdadero partido comunista estaban estrechamente ligados, según se deduce del informe redactado por Gramsci y enviado, el verano de 1920, al Comité ejecutivo de la Internacional comunista, sobre el movimiento comunista torinés (publicado de nuevo por Stato operario, París, 1927). Este «plan», cualesquiera que fuesen sus posibilidades concretas, chocó con el espíritu conservador y burocrático de los dirigentes maximalistas del partido, que reprochaban al grupo de Turín el haber creado el movimiento de los consejos, «no como un movimiento general surgido de las deliberaciones del partido y al servicio de los organismos centrales, sino como una iniciativa local», y el haber dirigido el movimiento de abril «al margen de la dirección del partido, ignorándola a menudo, suplantándola a veces y ocultándole siempre el alcance y los fines últimos del movimiento».

El conflicto entre los comunistas de Turín y la F.I.O.M. sobre la cuestión de los consejos de empresa databa de bastante tiempo atrás. Los dirigentes de los metalúrgicos habían visto muy pronto las posibles consecuencias de este movimiento sobre las relaciones entre los comités de taller, las masas y la organización sindical. Ya en el Congreso extraordinario de la F.I.O.M. (Florenia, 9-11 de noviembre de 1919), la gran mayoría había reivindicado para la organización sindical «la responsabilidad del movimiento y de la acción de clase en el interior y en el exterior de la fábrica». El conflicto de abril planteó en forma aguda el problema de las relaciones entre los consejos y los sindicatos, problema que fue de nuevo discutido en el Congreso extraordinario de la F.I.O.M. en Génova (20-24 de marzo de 1920), un mes después de la liquidación de la huelga de Turín. En él se aprobó un orden del día que, confirmando las decisiones del Congreso de Florenia, reservaba «al Congreso de la C.G.L. toda decisión definitiva sobre la institución de consejos de empresa y la delimitación de las funciones que éstos deben asumir en la fábrica en tanto que subsista el régimen industrial».

Los conflictos entre los manifestantes y la fuerza pública se multiplican y es siempre ésta quien tiene la última palabra, ya que se encuentra siempre frente a masas tan desarmadas como excitadas. Cuando hay muertos en la calle —y esto sucede casi siempre— los obreros reaccionan declarando la huelga general. Algunas veces, los ferroviarios paran el tren en que viaja la guardia real o los vagones cargados de municiones destinadas a la guerra contra los soviets. En el primer semestre de 1920, se producen las primeras ocupaciones de fábricas,²⁶ después de la de Dalmina, en marzo de 1919. La tensión alcanza su grado máximo en junio, con la revuelta de Ancona, donde los soldados, apoyados por la población obrera de la ciudad, se niegan a marchar hacia Albania. A pesar de la resistencia que se organiza en algunos barrios, la revuelta es rápidamente dominada.

Todos estos movimientos, estos sobresaltos, desbordan la organización obrera y socialista. Esta hipersensibilidad de las masas es tratada mediante una especie de ducha escocesa, recomendándoles la calma y prometiéndoles la revolución. El manifiesto redactado el 25 de junio de 1920, inmediatamente después de los acontecimientos de Ancona, por la dirección del partido socialista, el grupo parlamentario socialista y la C.G.L. se pronuncia en contra de las acciones locales:

«La situación actual, dice, indica que la crisis burguesa se acelera y que está próximo el choque formidable entre la burguesía y el proletariado. Dada la necesidad de afrontar las nuevas batallas con todas nuestras fuerzas, las organizaciones dirigentes del movimiento obrero en Italia ponen en guardia a los trabajadores contra los movimientos que puedan perjudicar el movimiento general...

¡Trabajadores! La revolución proletaria no puede ser la obra de un grupo de hombres, ni puede hacerse en una hora. La revolución es. el resultado de una preparación formidable, realizada con unos esfuerzos extraordinarios y con una disciplina de hierro».

Choque *formidable*... Preparación *formidable*. Detrás de esta palabrería no había absolutamente nada. El barco iba a la deriva con todas las esperanzas con que iba cargado.

²⁶ Entre febrero y junio de 1920, tuvieron lugar ocupaciones de fábricas, con tentativas más o menos efímeras de gestión obrera, en Sestri Ponente (18 de febrero), en Viareggio (19 de febrero), en Ponto Canavese y Torre Pellice (*Manufacturas de algodón Mazzonis*, 28 de febrero), en Asti (Empresa de transformación de la madera, 2 de marzo), en Nápoles (*Talleres de mecánica de Miani y Silvestri*, 24 de marzo), en Sesto San Giovanni (Empresa *Spadaccini*, 4 de junio), en Piombino (*Ilva*, 10 de junio).

Y mientras los dirigentes sindicales y socialistas permanecen estancados y dudan, la burguesía empieza a recobrase. Algunos síntomas le animan a hacerlo: los *arditi* han podido incendiar tranquilamente el «*Avanti*», en abril de 1919, y tirar en noviembre algunas bombas al desfile socialista en Milán, sin que se produzca la más mínima reacción seria. El primero de diciembre, mientras se celebraba la sesión real en la Cámara, los diputados socialistas abandonan la sala gritando ¡*Viva la República!* La misma noche, grupos de estudiantes y de oficiales les persiguen por las calles de Roma, y hieren algunos de ellos; la cosa acaba, por un lado, con aclamaciones al rey en la plaza del Quirinal y, por otra, con una huelga general de protesta. La clase obrera protesta por todo el país: cada ciudad hace su huelga general, tiene sus muertos y la ira popular estalla, a veces, en revuelta, como en Mantua, donde después de las agresiones de Roma, la multitud invade la estación y arranca los raíles, ataca a todos los oficiales que encuentra a su paso, asalta la prisión, libera a los detenidos en ella, e incendia el edificio. En Roma, al declararse en huelga los barrenderos el 12 de mayo de 1920, son reemplazados por equipos de estudiantes y otros voluntarios. En julio, los tranviarios, después de una huelga victoriosa, sacan tranvías a la calle adornados con banderas rojas. Mucha gente, exasperada a causa de está huelga por las largas caminatas que ha tenido que hacer a pie bajo un calor tórrido, sube a los tranvías, arranca las banderas: y golpea a los conductores. Por la tarde, estudiantes, nacionalistas y *arditi* saquean la imprenta del «*Avanti*» y rompen las máquinas. Entonces se produce la reacción habitual: la Bolsa del Trabajo declara la huelga general, pero sólo gracias a la policía puede impedirse la destrucción de la imprenta de «*Epoca*», que había tirado la edición romana de *Avanti*. Por la noche, algunos diputados socialistas, entre ellos Modigliani, son gravemente heridos. En el mismo mes, fascistas, *arditi* y legionarios incendian en Trieste el local de las organizaciones eslovenas, el *Balkan*.

Todo esto no son más que signos precursores, primeras escaramuzas dejadas a la iniciativa y a la reacción locales, y en las que actúan, sobre todo, los «francotiradores» de los grupos fascistas y nacionalistas. Paralelamente a estos episodios, tiene lugar un esfuerzo metódico de organización por parte de las clases poseedoras. El 7 de marzo de 1920, en el momento en que las luchas obreras alcanzan su máximo grado de intensidad, se reúne en Milán la primera Conferencia nacional de los industriales italianos; en ella se crea la *Confederación General de la Industria* que abarca toda la gran industria y tres cuartas partes de la media, y pequeña industria y que, ligada estrechamente a la *Asociación de las Sociedades por Acciones*, ejercerá un papel preponderante

en la vida nacional. En el curso de esta reunión, se elabora un plan completo y preciso de acción común, en el que todo está previsto, desde la organización centralizada de todos los fabricantes hasta las formas de lucha contra los sindicatos obreros y la rehabilitación política de Giovanni Giolitti. Al principio, la nueva Confederación obtiene su primer éxito con el aplastamiento de la huelga general de Turín, la huelga de las «agujas». Poco después, el 18 de agosto, se constituye la *Confederación General de la Agricultura*, que se consolida rápidamente y que agrupa todos los tipos de la grande y mediana propiedad rural y de la industria agrícola. Los industriales y los agrarios no irán ya al combate separadamente. A las huelgas intermitentes y locales, fruto de la acción obrera, podrán oponer una fuerza defensiva y de ataque, organizada sobre una base nacional y fuertemente centralizada.

El cambio de coyuntura se manifiesta, sobre todo, por la vuelta de Giolitti al poder. Mientras, en el pueblo, la cuestión de la guerra continúa separando al proletariado organizado de una parte de los excombatientes y de determinadas categorías de las clases medias (estudiantes, oficiales, profesiones liberales), por encima, los antiguos belicistas y neutralistas trabajan conjuntamente para hacerse por entero con el control de la situación.

Los socialistas no forman parte del nuevo gobierno, pero Giolitti no ha renunciado a su apoyo. En sus declaraciones a la Cámara, va lo más lejos posible, con el fin de ganarse su confianza. Espera poder utilizar de nuevo los métodos que le dieron resultado antes de la guerra: eliminar el conflicto de intereses entre industriales y agrarios, gracias a una oportuna dosificación de la protección aduanera; hacer participar en los beneficios de esta protección a ciertas categorías del proletariado industrial de Italia del Norte y a los asalariados agrícolas del valle del Po, que son la base de la potencia política y sindical del movimiento socialista. Pero 1920 no es lo mismo que 1910; el partido socialista y la C.G.L. no son ya las organizaciones de una «aristocracia» obrera; masas nuevas se han puesto en movimiento y, para guiarlas, se necesita algo más que los recursos extremos y las fórmulas de antaño. La crisis económica, que se agrava de día en día, hace difícil el antiguo compromiso, al no dejar un margen suficiente para neutralizar todas las ambiciones. Además, el partido socialista, que ha prometido la revolución sin levantar ni un solo dedo para prepararla, que ha pasado bruscamente del programa de 1917 al de los «soviets», espera que la crisis «insoluble» le lleve al poder. Cuando Giolitti propone a los socialistas entrar en su gobierno, Turati, portavoz de la «derecha», se niega a ello, pues sabe que el partido no le seguirá.

Turati ha asimilado sobre todo, del marxismo, la noción de la estrecha relación existente entre la evolución económica y las transformaciones políticas, y la convicción de que la emancipación de los trabajadores debe ser obra «de los propios trabajadores». Los socialistas deben educar, preparar a la clase obrera para que sea capaz de ser independiente. La dureza con que Turati luchó por la ley de las ocho horas en Italia, no es simple «reformismo»; esta reducción del horario de trabajo, de la que ya Marx, en 1864, había proclamado, en el *Discurso inaugural*, «los inmensos beneficios físicos, morales e intelectuales» para la clase obrera, puede permitir a ésta aumentar sus conocimientos y prepararse mejor para la lucha. Turati concibe los progresos del socialismo como una corriente en la que confluyen todos los impulsos dirigidos hacia el futuro que existen en las cosas y en los espíritus. Ve estos progresos como un desarrollo armónico, sin demasiadas dificultades, hecho de adaptaciones sucesivas y guiado por una voluntad lúcida. Unas masas con una conciencia cada vez mayor; una burguesía cada vez más inteligente; las masas que saben esperar y una burguesía que sabe resignarse a lo inevitable. Colaboración entre albaceas testamentarios de un mundo del que hay que aceptar y querer su fin. Por todo ello, no puede ocurrírsele a Turati ir al gobierno sin las masas, y menos aún contra ellas. No es, en absoluto, por cobardía; él no ha hecho, como el papa del Dante, *per viltade il gran rifiuto*. Cuando, en 1911, Bissolati responde a la llamada del rey, Turati plantea la cuestión en estos términos: «¿Participar en el poder? Tal vez habría que hacerlo, pero es totalmente imposible». Hay un obstáculo insuperable: la escasa preparación de las masas.

«¿Qué es el socialismo actualmente en Italia? –se pregunta–. El socialismo apenas ha rozado la piel de las masas, y allí donde ha penetrado un poco más hondo, en los oasis mejor organizados, está al servicio de intereses desde luego respetables, pero que resultan mezquinos y limitados.»

Con semejante instrumento ¿cómo se puede participar? Lo que Turati quiere es una política y no una aventura: personal. Por esta razón ha sido contrario, en 1911-12, a la guerra de Trípoli, porque ésta apartaba al pueblo italiano de la formación lenta y penosa de su conciencia cívica. Igualmente, a pesar de su simpatía por Bélgica y por la Entente, no ha estado de acuerdo con la guerra de 1914, porque temía sus consecuencias en el ánimo de las masas. La presión de las masas de los años 1919-1920 la ve tan sólo como la consecuencia de una «psicosis de guerra». El cuadro clásico y armónico del advenimiento del socialismo, tal como él lo había concebido, queda destruido

a partir de este momento, y Turati advierte, más que nunca, que carece del «instrumento» para poder hacer la política que él hubiera deseado. Cuando el 28 de junio interviene en la Cámara para responder a la declaración ministerial de Giolitti, debe hacerlo a título personal; su admirable discurso, en el que proclama la necesidad de «rehacer Italia» mediante un conjunto de medidas «orgánicas», coordinadas e inmediatas, capaces de movilizar todas las energías latentes, y de renovar con audacia el Estado y la Nación», cae en la indiferencia general. Y puesto que la montaña no ha ido a él, Turati no irá a la montaña. El socialismo italiano tiene un destino realmente trágico, pues la elevada conciencia de algunos de sus dirigentes es tan fatal para él como la inconsciencia de los otros.

Otro dirigente socialista, Claudio Treves, que colaboraba desde hacía bastantes años en la revista de Turati, *Critica Sociale*, en un discurso pronunciado en la Cámara el 30 de marzo, cuando tuvo lugar la primera crisis Nitti, describía de la siguiente forma la situación italiana:

«La crisis de esta hora trágica es concretamente ésta: ustedes ya no pueden imponernos su orden por más tiempo y nosotros no podemos todavía imponerles el nuestro».

En realidad, el antiguo orden social existía y se consolidaba, mientras que el orden nuevo estaba rodeado de una nube impenetrable. Para despejarla, un grupo de jóvenes intelectuales, cuyo dirigente era Antonio Gramsci, había llevado a cabo en Turín un considerable esfuerzo de elaboración doctrinal y de organización práctica, partiendo del movimiento de los Consejos de fábrica que, en esta ciudad, había alcanzado un cierto grado de madurez y de fuerza. Pero el esfuerzo de estos elementos chocaba con la incomprensión del partido socialista y, sobre todo, con la propia inexperiencia y su aislamiento. La dirección maximalista del partido socialista, imperturbable, continuaba emborronando cuartillas con proyectos de soviets. El Consejo Nacional de Florencia, de enero de 1920, había encomendado a la dirección que procediera, «en un plazo máximo de dos meses», a la constitución «definitiva» de los Consejos de Trabajadores. En el Consejo Nacional, que se reúne en Milán en abril —los dos meses han transcurrido de sobra—, se afirma de nuevo «la necesidad de los soviets» y se invita una vez más a la dirección del partido a «crear estos organismos proletarios». Para que la dirección no desfallezca en su tarea, se le proporciona un estatuto de los soviets, donde, en algunas decenas de artículos se prevé todo lo necesario para su funcionamiento. Sólo faltaban los soviets... Y ¿por qué la dirección del partido debe implantar los soviets desde arriba, por generación burocrática? ¿Para tomar el poder?

¿Para cortar la naciente contrarrevolución? No; se trata, sobre todo, de «crear obstáculos al experimento socialdemócrata y de paralizarlo», de impedir «la consolidación del Parlamento burgués» y de destruir las ilusiones democráticas, que son «las más peligrosas». Es necesario, a este propósito, «intensificar y completar el trabajo de preparación, para derrocar por la violencia el Estado burgués y para instaurar la dictadura proletaria». *Completar la preparación* no era fácil, porque ¿cómo completar lo que nunca ha existido? La preparación, por otra parte, no podía consistir más que en una acción política encaminada a reunir alrededor de un programa de gobierno a todos aquellos a quienes, sus sufrimientos, sus ilusiones o su necesidad de justicia impulsaban hacia un orden nuevo. La dirección del partido no puede ni siquiera plantearse un problema semejante. La palabrería, las fanfarronadas que permiten mantener la popularidad entre las masas, acaban por ofuscar los cerebros, de por sí poco resistentes, de los que se sirven de ellos. Los vapores del alcohol adulterado se suben a la cabeza de los que lo beben, sin darles, a cambio, más valor ni más decisión. Por el contrario, las fórmulas sobre la «crisis inevitable y próxima» del régimen, sobre la imposibilidad de la burguesía de salir bien parada, haga lo que haga, actúan como narcóticos. Sustituyen el contacto con la realidad por una especie de monomanía delirante e inofensiva, a la que la burguesía, a la primera ocasión, se apresura a poner la camisa de fuerza. Estas fórmulas «extremistas» son el producto de una pasividad congénita que ellas mantienen y agravan. Se crea una psicología parasitaria, la del heredero a la cabecera del moribundo —la burguesía—, del que ni siquiera vale la pena acortar la agonía. En espera de la herencia ya asegurada, la vida política italiana se transforma en un mitin permanente en el que el capital de la revolución «próxima» es derrochado en orgías de palabras.

Pero, en cambio, las masas se toman el juego más en serio, mientras siguen «esperando» la revolución. La C.G.L., cuyos dirigentes reformistas firman, en verano de 1920, en Moscú, un pacto para «el triunfo de la revolución social y de la república universal de los soviets», invita, al mismo tiempo, a los obreros italianos, a aceptar la nueva ley de seguridad social, basada en la triple contribución del Estado, los patronos y los asegurados. Los obreros, que no aceptaron la hora legal, se niegan a pagar su parte. ¿Para qué la seguridad social si se está en vísperas de la revolución? ¿Por qué pagar, si muy pronto se tendrá «todo el poder»?

La distancia entre el sistema de seguridad social y la «república universal de los soviets» es demasiado grande y las masas no comprenden nada. Además, mientras que la C.G.L. promueve una campaña en favor de la ley, las Bolsas de Trabajo de Bolonia y de Turín deciden que los obreros no deben pagar su parte, e incluso se llega a hacer una huelga de protesta en las fábricas Bianchi de Milán. Se produce, pues, «una crisis de autoridad» del movimiento obrero, paralela a la crisis de autoridad del Estado; pero esta última se resolverá antes que la primera.

Desde los primeros días de su acceso al poder, Giolitti reprime la revuelta de Ancona y toma la decisión de retirar las tropas italianas de Albania. De esta manera, inicia su papel de liquidador de la crisis burguesa, que en septiembre le sitúa ante un difícil acontecimiento: la ocupación de las fábricas por los obreros en todo el país. La Federación de los obreros metalúrgicos (F.I.O.M.) había empezado, en mayo, la discusión de un contrato colectivo de trabajo con los industriales que, por su parte, estaban decididos a no hacer ninguna concesión. «Hasta el presente hemos cedido siempre; ahora —declaran— la cosa va a cambiar; y vamos a empezar por vosotros.» Esta actitud indica que, por lo menos, algo ha cambiado en la situación. En cuanto a la F.I.O.M., que ya ha tenido que sostener largas huelgas para llegar a concluir algunos contratos regionales, no quiere exponerse, otra vez, a una huelga que correría el peligro de durar varios meses. Los obreros se cansarían y tampoco era muy seguro que pudiera lograrse una victoria. Había que encontrar un arma que no fuera la huelga, pues ésta ha sido tan utilizada, que es ya un instrumento muy poco eficaz. Por otra parte, los síntomas de la crisis industrial son cada vez más evidentes y la posibilidad de maniobra es cada vez menor. Es entonces cuando los estrategas de la F.I.O.M., que pertenecen todos a la derecha del partido socialista, deciden, ante la intransigencia obstinada y poco hábil de los industriales, utilizar la huelga intermitente. Pero, los industriales están dispuestos a responder al «obstruccionismo» con el *lock-out*, con lo cual los obreros se ven forzados a la huelga que, en esta ocasión, querían evitar. Cuando en Milán, el 30 de agosto, la dirección de la *Alfa Romeo* hace evacuar su fábrica y cierra las puertas para acabar con la «huelga de brazos caídos», la F.I.O.M. ordena a los obreros que ocupen las fábricas, para adelantarse e impedir, el *lock-out*, para arrancar de las manos de los empresarios esta arma temible. Esta ocupación de las fábricas, que, ha sido presentada a menudo como una especie de punto culminante de una fiebre revolucionaria es, en su origen, un simple y mal sucedáneo de la huelga, que se había hecho demasiado difícil, un medio más económico para imponer el

nuevo contrato colectivo de trabajo. Los dirigentes de la F.I.O.M. han escogido la vía del mínimo esfuerzo: creían que la ocupación de las fábricas provocaría la intervención del gobierno, y algunos de ellos incluso acariciaban –sin atreverse a confesarlo– la esperanza de que la ocupación tendría un desenlace político con la participación de los socialistas en el poder.

El 31 de agosto, los obreros invaden 280 empresas metalúrgicas de Milán y, en los días siguientes, el movimiento se extiende a toda Italia, adelantándose, en ocasiones, a las órdenes de los dirigentes. Se empieza por las fábricas metalúrgicas, pero como *estas* fábricas necesitan materias primas y accesorios que les son proporcionados por otras industrias, la ocupación se extiende a éstas para hacer posible la continuación del trabajo en las primeras. La dirección de las empresas pasa a las comisiones interiores de fábrica, que se esfuerzan en continuar la producción. En esta tarea, las comisiones obreras únicamente pueden contar consigo mismas, ya que todos los ingenieros y casi todos los técnicos y empleados han abandonado las fábricas por orden de la organización patronal. Los trabajos en curso se continúan bastante bien, pero pronto se deja sentir la dificultad en el suministro de materias primas y la falta de dinero para pagar los servicios; apenas se ha encontrado nada en las cajas abiertas después de la ocupación. Pasado el entusiasmo inicial, una parte de los obreros se cansa de permanecer todo el tiempo en la fábrica; hacia el final del movimiento ya no se les deja salir, por temor a que no vuelvan más. Así, los «guardias rojos» que están en las puertas para defender la fábrica contra un eventual ataque, sirven, al propio tiempo, para impedir la desertión de una parte considerable del personal. Las «comisiones obreras» despliegan una actividad admirable, con un profundo sentido de su responsabilidad, una preocupación por la «dignidad proletaria» en lo referente a la disciplina en el trabajo y en el respeto de la propiedad que ahora es «común» y hacen un llamamiento incesante, que cada vez es menos escuchado, a la conciencia de los obreros. Las semanas que dura la ocupación exigen de los obreros –esos «apéndices de las máquinas»– una gran cantidad de energía moral, un esfuerzo dirigido a formas superiores de actividad, que el historiador imparcial debe tener como una de las manifestaciones más hermosas del idealismo proletario, del idealismo a secas. Pero este cuadro tiene sus toques sombríos y éstos se van acumulando a medida que se debilita el entusiasmo inicial.

Por otra parte, los episodios de violencia –ingenieros detenidos por la fuerza en las fábricas– son mínimos y rápidamente atajados; apenas hay derramamiento de sangre: los muertos pueden contarse con los dedos de una sola mano y todos ellos se deben a la iniciativa aislada de algunos excitados. Poca cosa, en definitiva, si se compara con la amplitud y la gravedad de la conmoción que se ha producido y con los miles de fábricas y los millones de obreros que han sido afectados por la ocupación.

Los industriales de la metalurgia, muy impresionados; destituyen a su delegación, que, por su insolencia y su obstinación, ha provocado el movimiento, y la reemplazan por una nueva comisión, más conciliadora y decidida a llegar a un acuerdo. Por todas partes se multiplican las gestiones con los dirigentes socialistas y sindicalistas para que éstos accedan a un compromiso. El director de «*Il Corriere della Sera*», el senador Albertini, va a casa de Turati y le dice que ha llegado el momento de que los socialistas suban al poder. Los dirigentes de la *Banca Commerciale* garantizan a la F.I.O.M. su condescendiente neutralidad y ofrecen y piden, al mismo tiempo, garantías para la eventualidad de un desenlace revolucionario del movimiento. El prefecto de Milán, en nombre del gobierno, se esfuerza en conseguir un acercamiento entre los dos adversarios. Mussolini toma también sus precauciones proclamando en su periódico que los fascistas no tienen ninguna intención de atacar las fábricas ocupadas, y él, que es tan orgulloso, va al hotel donde se hospeda Buozi, Secretario general de la F.I.O.M., para decirle que seguirá apoyando el movimiento.

¿Hay que reemprender las negociaciones con los industriales, decididos desde ahora a ceder en todos los terrenos? Responder que no, es dar la orden de insurrección general, pues es imposible mantener por más tiempo a los obreros en las fábricas sin darles nuevos objetivos. Sólo es posible salir de esta situación dejando el problema sin resolver. La insurrección armada es imposible porque no hay nada preparado. Las masas se sienten seguras tras los muros de las fábricas, no tanto a causa de su armamento, a menudo primitivo e insuficiente, cuanto porque consideran a las fábricas como una especie de rehenes que el gobierno no se atreverá a destruir a cañonazos para desalojar a sus ocupantes.

Entre esta actitud «defensiva» y la lucha abierta en la calle media una gran separación, y los obreros se dan cuenta, de ello más o menos confusamente. Incluso en Turín, donde, sin embargo, hay una vanguardia audaz y mejor armada que en otros lugares, los dirigentes comunistas se abstienen de tomar cualquier iniciativa en este sentido y frenan a los grupos de la *Fiat*, que tienen camiones preparados para efectuar una salida.

La cuestión de la táctica a seguir se plantea en el Consejo nacional de la C.G.L., convocado en Milán el 10 de septiembre, de acuerdo con la dirección del: partido socialista. Unos días antes, los dos organismos habían convenido que «si a causa de la intransigencia patronal no se llega a una solución rápida del conflicto», la lucha obrera tomará como objetivo «el control de las empresas para llegar a la gestión colectiva y a la socialización de toda la producción». La reivindicación inmediata es la del control; en cuanto a la «socialización» es dejada para un futuro lejano. Proponer el control como objetivo es declarar, al mismo tiempo, que no se tiene la intención de sobrepasarlo; es declarar que, una vez conseguido, las fábricas serán desalojadas. La dirección del partido socialista no es en absoluto «maximalista» y no quiere asumir la responsabilidad de la inevitable desilusión de las masas. Un «pacto de alianza» entre la C.G.L. y el P.S.I. firmado a fines de 1918, deja en manos de éste la dirección de las huelgas *políticas*. La discusión se centra, pues, en saber si la huelga es política o sindical. Tras este bizantinismo se esconde el miedo común ante las responsabilidades; la C.G.L. ofrece la dirección del movimiento a los maximalistas y a los comunistas que están en cabeza del partido, sabiendo muy bien que no tienen ningún deseo de hacerlo. Después de que el Consejo nacional de Milán se ha pronunciado, por mayoría, en favor de la tesis «sindical», el secretario del partido, Gennari, se limita a declarar:

«El pacto de alianza establece que, en todas las cuestiones, la dirección del partido puede asumir la responsabilidad del movimiento y la C.G.L. se compromete a no ponerle ningún obstáculo en ello. En este momento, la dirección del partido, *no piensa en absoluto valerse de esta facultad*, pero podría suceder que dentro de un tiempo, si las circunstancias hubieran cambiado, la dirección juzgara oportuno invocar el pacto; estoy seguro de que, en ese caso, todos harán honor a lo pactado».

Esta vaga alusión al futuro no compromete a nada. La realidad es totalmente distinta. La dirección del partido ha perdido meses predicando la revolución, pero sin prever ni preparar nada; cuando la votación de Milán da la mayoría a la tesis confederal, los dirigentes del partido suspiran con alivio; libres ya de toda responsabilidad, pueden proclamar a voz en grito «la traición» de la C.G.L.; de esta forma tienen algo que ofrecer a las masas, a las que abandonaron en el momento decisivo, contentos de que esta salida les permita «salvar las apariencias».

Pero la clase obrera italiana no salva nada. Se ha visto a las puertas del poder, ha salido de los caminos seculares y ahora ve cómo el antiguo horizonte, apenas entreabierto, se cierra de nuevo frente a ella. Todos proclaman su victoria, incluso Mussolini:

«Lo que acaba de consumarse —escribe—, es una revolución o, para ser más exactos, una fase de la revolución empezada por nosotros en mayo de 1915. No se ha dado el conjunto de rasgos más o menos propios del movimiento de 1848 que deberían acompañar, según un cierto romanticismo trasnochado, a las revoluciones... pero, sin embargo, se ha llevado a cabo una revolución e incluso podría añadirse una gran revolución. Se ha roto una relación jurídica que duraba desde hacía siglos...»

Pero la clase obrera, por su parte, se considera más bien engañada y derrotada, y ciertamente no se equivoca.

La ocupación de las fábricas señala el declive del movimiento obrero, el fin sin gloria del «maximalismo», cuyo cadáver seguirá obstruyendo el campo de batalla hasta que sea enterrado por el fascismo. Un notable cambio de dirección se produce muy pronto en la psicología obrera, «el principio de la sensatez», según Mussolini. Los adversarios no han sido desarmados, sino que, por el contrario, se han vuelto más agresivos, más decididos a tomar represalias. Los fascios, debilitados y casi inexistentes antes de septiembre de 1920, se multiplican en los tres meses últimos del año. No es el fascismo el que ha vencido a la revolución; es la inconsistencia de la revolución la que provoca la expansión del fascismo.

Con la ocupación de las fábricas la burguesía ha recibido una conmoción psicológica que explica su violencia y que determina sus sucesivas actitudes. Los industriales se han sentido heridos en su derecho a la propiedad y al mando; se han visto eliminados de las fábricas en las que, bien o mal, el

trabajo se proseguía en su ausencia. Han sentido el estremecimiento del que ha sido rozado por la muerte y que, vuelto a la vida, se siente un «hombre nuevo». Después de algunos días de amargura y de incertidumbre, en los que sienten, sobre todo, un sordo rencor contra Giolitti,²⁷ que «no los ha defendido», que les ha impuesto por decreto el control de las industrias, su actitud desemboca en una lucha a muerte contra la clase obrera y contra el «Estado liberal». Los vencedores de ayer están, por otra parte, desmoralizados: han realizado un esfuerzo sobrehumano, han bebido en las fuentes exaltantes de la producción libre, para encontrarse al final en la atmósfera de la víspera y, lo que es más grave, sin perspectivas de futuro. Las armas introducidas en las fábricas o fabricadas en ellas durante la ocupación, van siendo poco a poco descubiertas e incautadas por la policía. Aparentemente nada ha cambiado; se ha reemprendido el trabajo, la F.I.O.M. ha firmado «su mejor acuerdo», las comisiones obreras de fábrica son las mismas que han dirigido la producción. Pero las distancias entre obreros e industriales han sido suprimidas: es imposible tanto de un lado como de otro, volver a empezar *como antes*. Los industriales han sentido la ocupación del gobierno una deshonra hecha a sus blasones. Las fábricas son todavía frecuentadas por los malos espíritus y es necesario exorcizarlas.

²⁷ Los industriales de Turín habían enviado el 10 de septiembre, desde Bardonecchia, una protesta a Giolitti contra «el total absentismo del gobierno, que raya en la complicidad con aquellos que violan el derecho y las leyes estatutarias». Exigían una rápida intervención para defender la libertad y la propiedad individual, añadiendo que «la actitud del gobierno no deja a los defensores de las instituciones actuales ninguna ilusión acerca de la capacidad del gobierno para defender las libertades estatutarias». Foco, afectado por ésta conminación, Giolitti convoca el 15 de septiembre, en Turín, en el Hotel Bolonia, a los representantes de las partes en presencia. Al final de la discusión, considerando que «la C.G.L. ha formulado la petición de que se modifiquen las relaciones existentes hasta ahora entre patronos y obreros, de forma que estos últimos, a través de sus sindicatos, adquieran la posibilidad de un control sobre las industrias», que la C.G.L. se propone; gracias a este control, lograr una mejora en las relaciones disciplinarias entre patronos y obreros y un aumento de la producción, a la que está subordinada la plena recuperación de la vida económica del país», Giolitti decide, por decreto, la creación de una comisión paritaria de estudio encargada de elaborar «las proposiciones que puedan servir al gobierno para presentar un proyecto de ley con vistas a organizar las industrias sobre la base de la intervención de los obreros en el control técnico y financiero y en la administración de las empresas». Sobre esta reunión, Cf. A. Lanzillo, «La C.G.L. nel sessennio...», *Il Corriere della Sera*, 16 de septiembre de 1920, artículo de L. Einaudi, favorable a la experiencia del control obrero, aunque escéptico acerca de sus resultados. En cuanto al estado de ánimo de los industriales, Ottavio Pastore lo describe como sigue en un editorial del *Avanti* piemontés (22 de septiembre): «No hay un solo industrial que no esté en un estado de excitación y de furor tales que le hagan concebir las ideas más extravagantes, desde la oposición declarada a aceptar los acuerdos hasta el sabotaje de los resultados en su aplicación práctica, hasta el derrocamiento, en la Cámara o en la calle, del odioso gobierno... La presidencia de la Liga Industrial de Turín ha presentado su dimisión. Se anuncian otras dimisiones y toda la casta capitalista madura proyectos de venganza y de desquite».

En Turín, el senador Agnelli, presidente de la *Fiat*, piensa conseguirlo confiando las fábricas a los obreros en gestión cooperativa.²⁸ Otras proposiciones análogas, propuestas más o menos por todas partes, quedan sin resultado. Los dirigentes de la F.I.O.M. quisieron consolidar la victoria obtenida, consiguiendo participar en el gobierno. Creen que una participación nacida de estas circunstancias, cómo consecuencia y como garantía de la victoria, daría a las masas la sensación tangible del éxito y evitaría su desmoralización. Por otra parte, sienten que el acuerdo que han arrancado es el último que su organización podrá lograr que se firme, y que las posiciones obtenidas no podrán mantenerse frente a la contraofensiva inevitable de una burguesía exasperada. Pero la ocupación de las fábricas ha «radicalizado», por el momento, a las masas, y, en lugar de imponer la participación, la ha hecho psicológicamente imposible.

El exorcismo se llevará a cabo mediante la acción directa y violenta: la hora del fascismo ha llegado.

²⁸ Desde el 29 de septiembre, el Comité de la F.I.O.M. tomaba posición en contra de estas propuestas, «ofertas insidiosas, contrarias a los principios de la auténtica cooperación de clase», mediante las cuales «los industriales intentan separar de las masas a los grupos de obreros especializados». El Comité invita a las secciones a «impedir que se lleven a cabo maniobras a expensas de la Organización y de los obreros» *Avanti*, 30 de septiembre.

Capítulo VII

LA CONTRARREVOLUCIÓN «PÓSTUMA Y PREVENTIVA»

El fin de la ocupación de las fábricas deja, tanto en los obreros como en los industriales, la sensación de haber sufrido una derrota. Los obreros han obtenido, además: del contrato colectivo, el «control sindical sobre la industria».²⁹ Pero ¿qué puede significar a sus ojos esta ambigua Comisión; instituida por decreto de 15 de septiembre, en comparación con la ilusión vislumbrada durante algunas semanas en las fábricas ocupadas? Los industriales han sido forzados a la capitulación sin que un solo policía o un soldado hayan movido un dedo para desalojar a los obreros de las fábricas; han tenido que firmar, con los ojos cerrados, un acuerdo que incluso se habían negado a discutir, y soportar, por orden de Giolitti el control sobre la industria. Unos y otros están desconcertados y «sin perspectivas», pero los industriales y los agrarios abrigan una sorda violencia y ahora están dispuestos a todo, a vender su alma al diablo para tomarse el desquite, sea como sea. Los incendios que pronto abrasarán, por centenas, los locales de las organizaciones obreras y socialistas y las casas de los trabajadores «rojos», e incluso las de los «blancos», y la sangre derramada, serán para ellos como el ritual de una ceremonia expiatoria, necesaria para purificar el templo violado de la propiedad.

Giolitti no se preocupa, en absoluto, de las imprecaciones lanzadas contra él y se dispone a utilizar a fondo la situación que, según su parecer, se ha vuelto favorable para sus proyectos. El bloque de la burguesía se forma gracias al cimientamiento patriótico; el 4 de noviembre de 1920, por primera vez después del armisticio, se celebra solemnemente la victoria en Roma y en todas las grandes ciudades, sin que se produzca el menor incidente. En las elecciones administrativas que se celebran poco después, los partidos burgueses luchan,

²⁹ De hecho, el control zozobraré, por efecto de los acontecimientos, junto con las demás conquistas obreras y socialistas. Un proyecto de decreto presentado a la Cámara en la primera semana de marzo; quedó definitivamente estancado. Giolitti dice en sus Memorias que «ni siquiera el partido socialista insistió en que fuera discutido». La C.G.L., para explicar esta renuncia, alega la obstrucción parlamentaria contra el aumento del precio del pan. Como los socialistas han renunciado a luchar contra Giolitti, a propósito del precio del pan, tan violentamente como lo hicieron contra Nitti, esta explicación carece de todo fundamento. En realidad, la lucha por el control correspondía a una fase ofensiva ya superada, mientras, que en la dirección del partido, maximalistas y comunistas, que la condenaban por demasiado «reformista», se unían para liquidarla.

casi en todas partes, sobre la base del «bloque nacional». Por el contrario, el partido popular ha decidido hacer lista aparte, pero el Vaticano desapruueba su intransigencia y la condena públicamente. En algunas grandes ciudades, como Turín y Milán, los populares entran en el bloque, como consecuencia de las presiones provenientes de Roma. El cardenal Gasparri escribe una carta dirigida a Turín proclamando que «allí donde la alianza sea necesaria para impedir la expansión socialista, la alianza es un deber»; en Milán, el cardenal Ferrari interviene en el mismo sentido. Los fascistas, que son todavía un número poco considerable, apoyan, en todas partes, las listas del bloque nacional. En Milán, Mussolini, que desde la experiencia de noviembre de 1919 se ha vuelto más prudente, se opone a sus amigos, que quisieran presentar una lista fascista:

«Nuestra participación en la lucha –escribe el 17 de octubre– aumenta infinitamente la posibilidad de victoria de los adversarios, pues bastará con presentar una lista en la que haya algunos fascistas, para que todos se precipiten a las urnas para derrotarla. Esto es evidente y vosotros lo sabéis muy bien. Ni tan siquiera podríamos lograr que saliera una lista de minoría».

Esto prueba que en el momento en que la oleada «maximalista» empieza a declinar, las fuerzas del fascismo –ese fascismo que habría «salvado a Italia de la revolución»– son inconsistentes.

Las elecciones municipales se desarrollan en un momento de espera y de transición. Los socialistas obtienen la mayoría en 2.162 municipios sobre 8.059 y en 25 provincias sobre 69. Obtienen el mayor número de municipios en Emilia y Toscana, donde, algunas semanas después de las elecciones, se desencadenará la ofensiva fascista. El éxito socialista, sin embargo, no deja de presentar algunos aspectos oscuros; ha sido demasiado grande para que el partido socialista pueda seguir pataleando; y no lo suficientemente importante como para impulsarlo a tomar con decisión sus responsabilidades. Por otra parte, la coalición burguesa, que ha luchado con ardor, ha conseguido arrebatar a la marea roja algunos centros importantes: Roma, Venecia, La Spezia, Brescia, Génova, Pisa, Nápoles, Bari y Palermo; ha obtenido también victorias significativas en Florencia y sobre todo en Turín, la ciudad «comunista». La corriente de 1919-1920 refleja ya algunos movimientos de reflujo.

Una vez conseguido este resultado, Giolitti quiere ir más lejos; y para ello necesita liquidar la cuestión de Fiume, que ha sido una causa permanente de desorden e indisciplina en el ejército y que es como un cáncer que corroe al Estado. Giolitti intenta, con éxito, un golpe maestro: comprar a Mussolini y apartarlo de D'Annunzio. Su éxito es tal, que incluso cree que podrá dominar a Mussolini, pero en eso se equivoca totalmente. Las negociaciones tienen lugar en Milán, por mediación del prefecto Lusignoli, que, hasta la marcha sobre Roma, será el puente de unión entre Giolitti y Mussolini. El 12 de noviembre de 1920 se firma el Tratado de Rapallo con Yugoslavia; por él, Dalmacia, a excepción de Zara, sigue en posesión de Yugoslavia, a quien le es cedida también una parte del puerto de Fiume: Susak. Mussolini, del que aún se recuerdan los ataques de enero de 1919 contra Bissolati, escribe en este mismo día:

«Estamos satisfechos por lo que se refiere a la frontera oriental y creemos que esta satisfacción será compartida por la mayoría de la opinión pública italiana. Respecto a Fiume, la solución de Rapallo no es el ideal –que sería la anexión–, pero es la mejor de las que se han presentado hasta el momento actual».

Al día siguiente, hace la siguiente consideración:

«Italia tiene necesidad de paz para recobrase, para rehacerse, para iniciar el camino de su inevitable grandeza. Sólo un loco o un criminal puede pensar en desencadenar nuevas guerras, a no ser que vengan impuestas por una agresión inesperada. Por esta razón, juzgamos excelentes los acuerdos respecto a la frontera oriental y Fiume».

En el mismo artículo, Mussolini toma posición contra los nacionalistas, a los que acusa de imperialismo y les reprocha que «se hipnoticen con, algunos islotes o costas del Adriático». Este artículo llena de estupor a los legionarios de Fiume, que tachan a Mussolini de «parásito» y «traidor» y proclaman que:

«el gran hombre de la calle Cannobio (calle donde está instalado «// *Popolo d'Italia*», en Milán) se ha acobardado. En el Comité central de los fascios, en Milán, sopla un aire de rebelión. Mussolini, para hundir a la oposición, presenta él mismo un orden del día de compromiso, en el que declara que el Tratado de Rapallo es «suficiente y aceptable para la frontera oriental, insuficiente para Fiume, e inaceptable para Dalmacia».

Un miembro del Comité central, Cesare Rossi, vota en contra, «porque comparte totalmente el espíritu y los criterios que el propio Mussolini ha expuesto días antes en *«Il Popolo d'Italia»*».

Con esta maniobra, Mussolini evita la ruptura con los fascios y, a pesar de todo, cumple el acuerdo con Giolitti, ya que a partir de este momento la opinión pública italiana duda y se aleja de toda oposición. Sin embargo, no es el dinero el que ha jugado el papel principal en el trato. Para Mussolini, la nueva actitud presenta algunas ventajas personales: se ha desembarazado del compromiso que había contraído en verano con D'Annunzio, con vistas a una acción, aún no muy bien definida, que habría sido dirigida por este último. Por otra parte, cree que Giolitti puede llegar, a constituir un gobierno de concentración del que formarían parte los liberales, los populares, los fascistas y, posiblemente, la derecha socialista; en este caso, él formaría parte del gabinete. Y finalmente, Giolitti y su ministro de guerra, Bonomi, están animados de las mejores intenciones hacia los fascistas, a los que esperan utilizar contra los socialistas. Por consiguiente, Mussolini rechaza, en este momento, toda idea de «marcha sobre Roma».³⁰ A Roma, llegará de todas

³⁰ En el informe Pasella al Tercer Congreso fascista de Roma, celebrado en diciembre, se lee: «Nosotros hemos estado siempre a la disposición del Comandante. El verano de 1920 se envió a D'Annunzio, por mediación de un emisario especial del Comité central, un importante documento elaborado por Mussolini y aprobado por unanimidad por el Comité ejecutivo». Se trataba de un proyecto de marcha sobre Roma, desde Fiume. No puede haber ninguna duda acerca de la existencia de este plan, sobre todo después del testimonio de Cesare Rossi (*Mussolini qual'era*, Roma, 1947). ¿Cuándo fue enviado este documento? El verano de 1920, dice el informe Pasella. Ahora bien, durante ese verano, Mussolini había ido a Fiume, donde se había entrevistado con D'Annunzio. A su regreso, había expresado al fascio de Trieste su desacuerdo con la empresa, destinada a malograrse, aun en el caso de un éxito inicial: Mussolini no creía en absoluto en la posibilidad de una marcha sobre Roma, tal como lo afirmarla algunos meses después en su discurso en Trieste. Por otra parte, él «documento» fue efectivamente enviado. Sería muy útil conocer el texto, pero incluso sin él existe una explicación plausible. D'Annunzio echa pestes contra las negociaciones italo-yugoslavas y presiona a Mussolini, quien, sin embargo, está en relaciones con Lusignoli, es decir, con Giolitti. Para salir de esta trampa a la que le han arrastrado, al mismo tiempo, la complejidad de la situación y sus nuevas ambiciones gubernamentales, Mussolini redacta un plan y lo envía a D'Annunzio. Pero, por otra parte, él mismo, en repetidas ocasiones ha aconsejado al fascio de Trieste, sobre el que tiene una gran influencia, que no se comprometa en la aventura, la cual precisamente sólo era posible con su apoyo. De manera que el gesto de Mussolini estaba destinado a caer en el vacío, cosa que ocurrió en efecto. Las informaciones precisas dadas por C. Rossi convergen hacia esta explicación. El documento de Mussolini fue enviado no durante el verano de 1920, sino en «pleno otoño» y «con todos los detalles de circunstancia». En la marcha debía «enarbolarse la bandera republicana» y los miembros de la Casa de Sabaya debían ser tratados con miramientos, pero «desterrados a una isla»; Esto solo es ya suficiente para subrayar el carácter puramente táctico y casi provocador del documento, que dejaba a D'Annunzio la entera responsabilidad de la empresa después de haber agravado sus condiciones, haciéndola más irrealizable que nunca. Es cierto que D'Annunzio, hubiera o no recibido el documento, invitó a Mussolini a que se trasladase a Fiume en octubre de 1920. Después de haber aceptado la entrevista, Mussolini «eludió en el último momento la promesa hecha, y, en lugar de ir a Fiume, se trasladó a Roma». (A. de Ambris,

maneras, a través de una coalición parlamentaria que sólo Giolitti puede realizar. Cubierto por la izquierda por los socialistas, hostiles a D'Annunzio, y por Mussolini, por la derecha, Giolitti puede intentar la gran jugada.

El mismo día en que, en la península, los obreros ocupan las fábricas, D'Annunzio publica en Fiume la «Constitución» de la «Regencia italiana del Quarnaro». Es una mezcla de corporativismo medieval y de sindicalismo moderno, de gobierno personal y de un vago soviétismo, cosa que le alienará las simpatías de los nacionalistas, más reaccionarios que patriotas. Particularmente, el artículo 9 de esta Constitución dice:

«El Estado no reconoce la propiedad en tanto que dominio absoluto de la persona sobre la cosa, pero la considera como la más útil de las funciones sociales. Ninguna propiedad puede ser concedida a la persona como si formara parte de ella misma; es inadmisibles que un propietario perezoso deje su propiedad improductiva o que haga mal uso de ella, excluyendo el acceso de otros a esta propiedad. El trabajo es el único título legítimo de poder sobre cualquier medio de producción o de cambio. Sólo el trabajo es la causa de que los bienes hayan dado su máximo fruto y sean más provechosos para la economía nacional».

Realmente es bastante confuso; el propio Mussolini ha escrito prosa mucho más incendiaria. Pero D'Annunzio es un poeta y, a veces, los poetas son prisioneros de sus sueños. Una «Constitución» como ésta corre el riesgo de dar valor a algunas reivindicaciones sociales, uniéndolas a las reivindicaciones nacionales, en el mismo momento en que la burguesía deja a un lado sus reivindicaciones nacionales para liquidar, de una vez para siempre, las reivindicaciones sociales de las masas populares. Esta burguesía, e incluso los nacionalistas, se apartan de D'Annunzio; en el momento crítico, el almirante Millo eludirá sus compromisos. El 9 de septiembre de 1920, D'Annunzio proclama, al mismo tiempo, la independencia del Estado de Quarnaro y su nueva constitución, provocando así una ruptura con el Consejo nacional de Fiume. La situación económica de la ciudad se hace difícil; el agua, el gas, la electricidad y el carbón escasean. Las conversaciones entre D'Annunzio y un

Mussolini, la legenda e l'uomo, Marsella, E.S.I.L., 1931). A principios de octubre, D'Annunzio había abrigado, seguramente, esperanzas de ser apoyado por los fascios, puesto que el día 5 rellenó un boletín de adhesión al fascio de combate de Fiume. Más tarde, en diciembre, cuando el bloqueo se estrechaba alrededor de la ciudad, Mussolini se negó a hacer el acto de solidaridad que se esperaba de él, el gesto enérgico que D'Annunzio le había pedido que hiciera, a través de un emisario.

consorcio de financieros, para conseguir la obtención de un préstamo, fracasan. Hacia finales de octubre, los legionarios asaltan, con el apoyo de la Federación de Marineros, el *Cogne*, barco italiano cargado de mercancías suizas, que son subastadas en Fiume. Cuando se entera de la conclusión del Tratado de Rapallo, D'Annunzio hace ocupar las islas de Orbe y de Cherso, cedidas, por este tratado, a Yugoslavia. Pero Giolitti está decidido ahora a poner fin a este caos, lo más rápidamente posible. El general Caviglia inicia el bloqueo del litoral de Fiume, para impedir nuevas incursiones de los legionarios. Una delegación de parlamentarios italianos se entrevista con D'Annunzio, para proponerle un compromiso, pero éste rechaza cualquier entente y exige el previo reconocimiento de la Regencia del Quarnaro por el gobierno de Roma. Dos cazatorpederos y un torpedero de la flota italiana desertan y llegan a Fiume para ponerse a la disposición del «Comandante». Empieza el bloqueo efectivo de la ciudad, al que D'Annunzio responde proclamando el estado de guerra entre la Regencia de Quarnaro e Italia. En la víspera de Navidad, las tropas italianas avanzan; algunos tiros disparados contra el palacio del gobernador, y la hostilidad del Consejo nacional y de la población provocan la capitulación de D'Annunzio. Él había jurado, sin duda, derramar hasta su última gota de sangre por la tierra sagrada, pero se convence, con bastante facilidad, de que «no vale la pena dedicar su esfuerzo a un pueblo que, mientras se está luchando en Fiume, no está dispuesto a abandonar, ni un solo momento, ni su glotonería ni las comilonas de Navidad». D'Annunzio es un actor que no puede actuar con un teatro vacío; él superhombre que existe en él no puede prescindir del público.

El 31 de diciembre se firma un acuerdo, definitivo y se constituye un gobierno provisional en Fiume. D'Annunzio abandona la ciudad y vuelve a Italia, donde ya no conseguirá ningún papel de primer orden, a pesar de sus esfuerzos y los de sus amigos. Los fascios arman un gran escándalo a propósito de los acontecimientos de Fiume; Mussolini, en «*Il Popolo d'Italia*», hace aparecer grandes titulares y multiplica las injurias, pero ni siquiera intenta el menor gesto de solidaridad.³¹

³¹ En el fondo, Mussolini fue ajeno a los diversos proyectos de marcha sobre Roma que se esbozaron a finales de 1920, inmediatamente antes o después del Tratado de Rapallo. Uno de estos proyectos es denunciado en un manifiesto lanzado por las organizaciones políticas y sindicales de izquierda, que habla del «complot militar de D'Annunzio, Giardino y De Giorgis» para impedir el acuerdo con Yugoslavia (Avanti, 22 de octubre). Otros nombres, como los de Badoglio y Millo, salen a relucir durante estos días, en la prensa. Giardino y Caviglia desmienten los hechos, este último en forma particularmente enérgica y, el día 26, Millo celebra una entrevista con Giolitti. En Fiume, la oficina de prensa del Comandante declara en un comunicado, que D'Annunzio no sentía ninguna inclinación por la opereta y que, por otra parte, «ninguna alarma lanzada en Trieste podrá impedir que el Comandante haga lo que la historia le dicte». De

Durante los sucesos de Fiume y mientras sueña en dirigir una cruzada nacional y social a la cabeza de todos los oprimidos, D'Annunzio, en realidad, ha perdido el contacto con el país.

«El horizonte del espíritu de Fiume –había dicho–, es vasto como la tierra. Donde hay un oprimido que aprieta los dientes bajo la opresión, donde hay un rebelde que vigila armado de una estaca o de una piedra contra las ametralladoras, y los cañones, allí está la luz de Fiume... Y la fuerza se opondrá a la fuerza... Y la nueva cruzada de todos los hombres pobres y libres contra los saqueadores y contra la casta de los usureros que ayer explotaban la guerra y que hoy explotan la paz, nuestra cruzada *nobilissima*, restablecerá la verdadera justicia».

Estas declaraciones recuerdan ese «nacionalismo revolucionario» que, en Moscú, algunos auténticos dirigentes están dispuestos a explotar: en septiembre de 1920 tiene lugar en Bakú el *Congreso de los pueblos de Oriente*.³²

toda esta serie de noticias y de «revelaciones» es difícil separar lo real de lo imaginario; los hechos concretos, de las simples veleidades. Sin ninguna duda, fueron los nacionalistas los que montaron el complot, tal como lo ha revelado más tarde Alfredo Rocco. Sus planes fracasaron. Durante las jornadas de diciembre, un grupo de *arditi*, reunido en Milán alrededor de Mario Carli y de su periódico «*Testa di Ferro*», preparó, con el apoyo de algunos anarquistas (entre los cuales estaba el estudiante Antonio Pietropaolo, implicado más tarde en el atentado del Teatro Diana) una serie de atentados terroristas que fueron des articulados por la policía, al detener ésta a todo el grupo el día 27. Esta operación se llevó a cabo con extrema facilidad puesto que, gracias a sus informadores, la policía controlaba los hilos del complot.

³² Este aspecto del movimiento fiumés fue recordado por Dino Grandi en un artículo de *Il Popolo d'Italia* (3 de abril de 1920): «El espíritu de Fiume ha representado durante mucho tiempo el centro ideal de revuelta contra la santa alianza de Versalles, la trágica y orgullosa protesta de todas las naciones proletarias de Oriente y de Occidente —Italia a la cabeza— contra el capitalismo anglo-francés, que salía de la guerra convertido en dueño absoluto del mundo. Los contactos, los acuerdos, jamás desmentidos, de D'Annunzio con los movimientos revolucionarios de las naciones oprimidas de Oriente y con los maximalistas rusos, muestran hasta qué punto D'Annunzio había comprendido desde el principio que el problema de Fiume era algo más que una reivindicación territorial del irredentismo adriático». Esta tendencia se reforzó a principios de 1920 con el nombramiento de A. De Ambris como jefe de gabinete y con la creación en Fiume, el 12 de enero, de una «oficina de relaciones exteriores» cuya dirección fue confiada al «procomunista belga», de origen polaco, León Kochnitzki. Los documentos sobre esta actividad internacional fueron recogidos en un Libro Morado: Comandancia de Fiume, *Actas y Comunicados de la Oficina de Relaciones Exteriores*, del 28 de noviembre de 1919 al primero de mayo de 1920, Fiume, 1920. Contiene principalmente el resumen de un discurso pronunciado por De Ambris el 16 de enero en el Teatro Fenice, en el que está claramente definida la nueva política; una carta a Henri Barbusse y al grupo *Clarté*, invitados a ir a Fiume y darse cuenta de que Fiume «es la verdad de los nuevos tiempos»; el anuncio, hecho a principios de febrero, de que la Comandancia de Fiume afirma «estar dispuesta a entrar en relaciones directas con el gobierno de Moscú» y de que «dentro de poco estas relaciones se establecerán normalmente y que ya se verá qué consecuencias traerán consigo»; una carta a Zaghul Pachá en favor de la independencia de Egipto; una carta al representante de Turquía en Berna, contra la ocupación de los Estrechos (Dardanelos y Bósforo) por los ingleses y en favor de la restitución de Constantinopla a los turcos;

Pero los obreros que han ocupado las fábricas y los campesinos que siguen ocupando las tierras desconocen a D'Annunzio, y los socialistas no ven en el episodio de Fiume más que una aventura grotesca. Serrati, el director de «*Avanti*», está sorprendido e indignado porque Lenin le había hablado de D'Annunzio como de un revolucionario; un «maximalista» italiano no puede reconocer un aliado, ni siquiera temporal, en este D'Annunzio que «nunca ha temido captar a las fuerzas más peligrosas para ponerlas al servicio de una bella causa». Cuanto más vuelve su mirada hacia el mundo desquiciado, más se aleja D'Annunzio de la política italiana. Una vez más, la relación entre Fiume y Roma se ha cortado; pero Mussolini la reanudará en Milán.

Una vez la C.G.L. metida en el punto muerto de la «Comisión paritaria» y extirpado el absceso de Fiume, Giolitti sólo espera ya la escisión socialista para dar por terminado su plan. Los socialistas disponen todavía, a finales de 1920, de una fuerza considerable: 156 diputados en el Parlamento, casi un tercio de los municipios, más de un tercio de los consejos provinciales, ocho mil cooperativas y dos millones de afiliados a la C.G.L. ¿Cómo utilizar esta fuerza y hacer que pese activamente en la política y en el futuro del país? La gran experiencia de la ocupación de las fábricas, ¿llevará, finalmente, al partido socialista hacia algún objetivo, sea el que sea?

El momento de la conquista «directa y violenta» del poder ha pasado definitivamente. En el transcurso de los últimos acontecimientos, nadie ha pensado en ello; ni el propio Lenin lo ha creído posible: «No queremos una segunda Hungría», declara; pero espera que la situación volverá a ser favorable y pide al partido socialista que expulse a Turati y a sus amigos: «Expulsad a los reformistas del partido y apoyad después un gobierno Turati», aconseja a Serrati; pero los maximalistas italianos únicamente podrán ejecutar la primera parte del plan, y sólo dos años más tarde.

un mensaje a la mártir Irlanda; y, finalmente, el manifiesto del 27 de abril en favor de la constitución de la «Liga de Fiume», que debe agrupar a los países balcánicos, alemanes, húngaros, egipcios, etc., reuniendo alrededor de la bandera de Fiume a todos los oprimidos del mundo entero. El otoño de 1919, D'Annunzio había creado, en París, una especie de delegación diplomática que confió a Tom Antongini, con la misión de mantener relaciones con los representantes de los países susceptibles de ayudar política y materialmente a la empresa de Fiume; en enero de 1920 envió a ella, en misión, a Giovanni Giurati. Los temas de la política nacional-revolucionaria de D'Annunzio han sido reproducidos o elaborados por él en su libro *Per l'Italia degli Italiani* (Milán, Bottega di Poesía, 1923). En ocasiones, nacionalismo e «internacionalismo» se unen en esta actividad de D'Annunzio, como sucede cuando busca aliados balcánicos para provocar una insurrección en Yugoslavia.

La campaña contra los «reformistas», que desemboca en la primera escisión –la de Livorno–, hace inaplicable la segunda parte del plan. ¿Cómo es posible que los que expulsaron a Turati en nombre de la lucha «contra todo compromiso», puedan después pensar y querer concertar un compromiso con él? Así pues, la escisión se lleva a cabo, añadiendo un nuevo equívoco a los que ya pesan sobre el movimiento socialista, el equívoco comunista. El partido socialista cuenta, a fines de 1920, con 4.367 secciones y 216.327 afiliados; en el Congreso de Livorno, que se celebra en enero de 1921, los «maximalistas» (centristas) obtienen la mayoría con 98.028 votos, seguidos por los comunistas con 58.183; la derecha no obtiene más que 14.625 votos. Esta escisión no elimina ni define las tendencias, restituyéndolas a su función propia. Los comunistas, que en septiembre estaban a la cabeza del partido, han resultado tan incapaces como los otros; como partido nuevo, se situarán a la izquierda por «infantilismo» y por necesidad de diferenciarse. Los maximalistas, acosados por su izquierda por los comunistas, no se atreven a enfrentarse con la situación y se inmovilizan entre las dos tendencias extremas, repitiendo siempre el viejo refrán:

«En la situación actual, declara Serrati, el único resultado de la toma del poder sería que las responsabilidades que pesan actualmente sobre la burguesía pasarían al partido socialista».

La derecha, en su Conferencia de Reggio Emilia, tampoco se atreve a llegar hasta el final en sus conclusiones, es decir, llegar, en definitiva, a alguna conclusión. Incluso llega a votar, sin convicción, por simple maniobra política, la adhesión a la III^a Internacional, limitándose a reclamar «la autonomía en la interpretación de los 21 puntos y su aplicación según exijan las condiciones de cada país». La derecha está preocupada en salvaguardar la unidad del partido y, sobre todo, la de los sindicatos (ligados al partido por el *Pacto de Alianza*) y busca un refugio en la maraña del procedimiento. Todos son esclavos de las fórmulas que han estado utilizando hasta ahora, mientras que las circunstancias están cambiando profundamente. El mismo miedo a las responsabilidades, la misma falta de sinceridad que no permitieron antes elevar los hechos al nivel de las fórmulas, impiden ahora situar las fórmulas al nivel de los hechos. La escisión es, pues, tan inútil como inevitable.

La situación económica sigue haciendo mella seriamente en la fuerza de los sindicatos, y al mismo tiempo se dirige, en su conjunto, hacia un cierto equilibrio.

«Cuando la descomposición de la economía italiana parecía inevitable –escribe el profesor G. Mortara en sus *Perspectivas económicas*–, un cúmulo simultáneo de circunstancias invierte el curso de los acontecimientos. La atenuación de los factores económicos perturbadores contribuye, sobre todo, a la vuelta a la normalidad. La caída de los precios en el mercado mundial, el freno impuesto a las emisiones de papel moneda, la tendencia hacia el equilibrio de los intercambios con el extranjero frenan el alza del coste de la vida y reducen gradualmente la amplitud de sus oscilaciones. Por otra parte, la falta de recursos de algunas industrias, que provoca un paro considerable, agravado por el estancamiento de la corriente emigratoria, disuade a los obreros que tienen todavía trabajo, de exponerse al riesgo de perderlo».

Durante el primer trimestre de 1921, el número de huelguistas desciende, respecto, al mismo período del año anterior, de 493.914 a 148.796, y el de las jornadas de trabajo perdidas pasa de 6.268.900 a 1.644.250; es decir, una disminución aproximadamente del 77 y el 80 %. En su artículo de fines del año 1920, Mussolini observa que «después de tres meses la psicología de las masas obreras italianas ha cambiado profundamente». Giolitti consigue, en febrero de 1921, suprimir el precio político del pan; los diputados socialistas, que habían derrotado a Nitti en esta cuestión, se limitan a presentar una oposición de fachada, pretextando «la apatía de las masas respecto a esta batalla, librada en su nombre».

El fascismo se afirma en Italia a finales de 1920 y sobre todo durante el primer semestre de 1921, en una época en que la fiebre de la posguerra ha prácticamente desaparecido, y en que el «orden» se está restableciendo con el doble concurso de los factores económicos y de la descomposición del partido socialista. La gran ola fascista se inicia en el valle del Po y en Toscana, donde los agrarios se enfrentan respectivamente, con los asalariados y con los aparceros. De esta época data un fenómeno decisivo para el futuro desarrollo de los acontecimientos: la irrupción de los agrarios en las filas fascistas. En 1919, Mussolini creía que los fascios solamente podían surgir en las ciudades, pero hacia finales de 1920, los agrarios «descubren»: el fascismo, lo adoptan y le imprimen su carácter, transmitiéndole todos sus rencores y su violencia.

«En el alma del agrario y del campesino enriquecido –se ha dicho– se despierta el odio, ese sentimiento ancestral de desconfianza hacia cualquiera que aspire a una nueva repartición de la tierra. Hoy día, el enemigo es el asalariado organizado, como ayer lo era el descamisado; todo lo que vaya en contra suya, es legítimo».

En algunas zonas, los agrarios habían formado anteriormente grupos de combate cuyas tradiciones y ejemplo no dejan de ejercer su influencia sobre los fascios nacies. El conflicto alcanza pronto una extrema dureza; es como una ordalía bárbara, que acaba con veinte años de luchas; después de semejante «juicio de Dios», el vencedor se anexiona al vencido, en cuerpo y bienes.

La llanura del Po, donde se produjo el choque, es una región de cultivo intensivo y de un rendimiento muy elevado. Desde hace siglos, las tierras son arrancadas a los pantanos, a los cañizales y a la malaria. Este esfuerzo admirable se intensifica, hacia finales del siglo XIX, gracias a nuevos procedimientos técnicos, a los capitales acumulados por los particulares, al crédito del Estado y a las nuevas condiciones del mercado interior. Se drenan las aguas, emergen tierras limosas y fértiles y aparecen carreteras, casas y plantaciones. La producción por hectárea es muy elevada: 17 quintales de trigo contra 10, que es la media del reino, y en las tierras «artificiales» se llega hasta 25 y 30 y a veces más. También adquieren, una gran extensión otros cultivos: el cáñamo y, sobre todo, la remolacha, que asegura elevados beneficios gracias a la protección aduanera del azúcar.

La economía rural y la actividad industrial ligada a ella gozan, pues, de una renta considerable, de la que propietarios y trabajadores se esfuerzan en acaparar la mayor parte posible. Pero mientras para los primeros no es más que un problema de beneficio, para los trabajadores es una cuestión de vida o muerte. La población es excesivamente numerosa y no quiere emigrar; después de la guerra tampoco podría hacerlo. Es necesario, pues, encontrar trabajo en la zona, y puesto que nadie llega a trabajar, como promedio, más que ciento veinte o ciento treinta días al año, es necesario que los salarios sean lo suficientemente altos como para no morir de hambre el resto del año. A través de luchas memorables, que se repiten frecuentemente en vísperas de las cosechas y que, a veces, se prolongan durante meses, las organizaciones obreras han conseguido que la contratación de la mano de obra se haga a través de la oficina sindical de colocación. Otras cláusulas sobre el número de obreros agrícolas a emplear por hectárea, la gestión de las trilladoras, el

intercambio directo de servicios entre granjeros, responden al mismo tipo de preocupaciones. El acuerdo se consigue, a menudo, a expensas del Estado, cuya política aduanera mantiene los elevados precios de los productos agrícolas y que, además, realiza Obras públicas para absorber una parte de la mano de obra. En la posguerra, esta solución es menos válida, a causa de la caída de los precios agrícolas y la crisis económica general. La lucha por el reparto de la renta se centra ahora sobre el capital; los propietarios agrícolas, que ya en el pasado se han resistido siempre con obstinación, están cada vez menos dispuestos a ceder.

Por lo que respecta a los obreros, el sistema sólo se mantiene gracias a una gran disciplina, es decir, al monopolio de la mano de obra. Esta aplicación de reglas muy estrictas, minuciosamente establecidas y controladas que recuerdan las de las antiguas corporaciones, a un tipo de explotación totalmente moderna; no es la menos importante de las peculiaridades de esta extensa región. El obrero que no pasa por la «Liga» campesina, que acepta un salario más bajo y trabaja todo el año, reduce la porción vital de los demás, y éstos le acosan sin piedad. El «amarillo» es boicoteado; el panadero debe negarle el pan y él, su mujer y sus hijos, son tratados como si fueran leprosos; se le hace el vacío y debe someterse o marcharse del país. A los propietarios que le han empleado y que han violado el contrato de trabajo,³³ se les imponen multas y «tallas».

Y es que el sistema, para poder funcionar, debe ser «totalitario», ya que cualquier brecha abierta en él puede llevar al hambre a los demás trabajadores.³⁴ Al mismo tiempo, se desconfía de la pequeña propiedad, y se hace lo posible para impedir su desarrollo.³⁵ No se trata, en absoluto, de un

³³ No faltaron las críticas de los socialistas a los métodos de lucha agraria adoptados en la llanura del Po. Para Ferrara, Cf. artículo de Mario Cavallari, *Crítica social*, 1921, n.º 9: «La propaganda maximalista encuentra aquí el terreno abonado por la propaganda sindicalista hecha anteriormente. Las Ligas se creyeron omnipotentes... Un contrato agrícola poco meditado, creyendo arrancar una conquista formidable, lo que hace es suprimir en los campos la institución de la vinculación a la tierra, tradición secular. Aleja por la violencia al campesino de esta tierra a la que estaba ligado por tradiciones y lazos indestructibles, y crea, por el contrario, una oficina de colocación clasista que, a causa de la poca preparación de los elementos y del organismo, son el origen del descontento latente. Se inicia la serie de multas, impuestas por la Liga a quien no cumple el contrato o a quien causa un perjuicio a la Liga, directa o indirectamente».

³⁴ Los anarquistas se opusieron a estos métodos: «Fue un error, y de los más graves, obligar a los trabajadores contrarios a la organización, a entrar en las Ligas. Ellos fueron los primeros en la desbandada y, pasándose al bando contrario, se convirtieron en los primeros escuadristas». Los hechos han dado la razón a los anarquistas, que, en su congreso de julio, en Bolonia, protestaron contra el sistema de la organización obligatoria.

³⁵ Esta desconfianza hacia las ocupaciones de tierras de 1919-1920, que ha prevalecido en el partido y cuyo reflejo puede encontrarse en el proyecto Cicotti y Ernesto Piemonte sobre la «socialización de la tierra»; estaba implícita en el estado de ánimo «maximalista». Polemizando

prejuicio teórico; la pequeña propiedad se sustrae, en parte, a la *imponibile della mano d'opera* (el número de obreros a emplear por hectárea), ya que el pequeño campesino o el granjero y sus familias no respetaban la jornada legal y apenas dejan lugar a los turnos de trabajo para los asalariados. Por otra parte, el gran desarrollo de la economía y de la técnica rurales en esta llanura se presta más a la gran empresa, en la que el contrato de trabajo se respeta totalmente y puede ser mejor controlado. Después de la guerra, los campesinos, a los que se ha hablado de «derecho a la tierra», y, sobre todo, los hijos de los pequeños propietarios y de los granjeros –muchos de los cuales se han ganado un ascenso en el ejército– se sienten empujados por una necesidad de autonomía, de «hacer su vida», de «correr su suerte», que tropieza con la barrera de los reglamentos corporativos. La Federación de Trabajadores de la Tierra declara una serie de largas huelgas y fuerza a los granjeros y a los aparceros a participar en ellas; estos últimos tienen derecho a recolectar la mitad de la cosecha, la que les corresponde, pero deben dejar en los campos la otra mitad, la parte del propietario. Sean cuales fueren la necesidad y la justicia de una táctica semejante, el espectáculo del abandono de riquezas considerables y a veces perdidas, hiere el amor por la tierra que siente el campesino en el fondo de su alma, e incluso, a veces, hace vacilar al simple asalariado. La opinión pública acepta mal estas formas de lucha, de las que no llega a conocer el significado y que incluso los propios interesados siguen con disciplina, pero no sin una cierta «mala conciencia». A causa de todo esto, se provocan fisuras en el bloque de fuerzas que dirige y controla la Federación de la Tierra, y 'es por allí por donde se introduce y pasa la ofensiva fascista. La organización «roja» es todopoderosa, gracias al monopolio; pero

con Moscú, Serrati había afirmado «que era imposible, en cada caso y antes de la revolución, mantener una actitud favorable a la pequeña y mediana propiedad rural» (*Comunismo*, 15 de octubre de 1920). En su discurso del 7 de octubre de 1920 en el Congreso los Independientes alemanes en Halle, Zinoviev había criticado la postura de Serrati que, en el II Congreso de la Internacional, se había abstenido en el voto de las tesis sobre la cuestión agraria. Para poder enjuiciar con exactitud, hay que subrayar que en las objeciones de Serrati habla también una cierta repugnancia a considerar el problema de la pequeña propiedad rural únicamente desde el punto de vista de la estrategia de la conquista del poder. Los comunistas tenían la intención de utilizar el «hambre de tierra» de los campesinos antes de la revolución, para obtener su apoyo, sin perjuicio de despojarles de la tierra una vez tomado y consolidado el poder, tal como había, sucedido en Rusia. La hostilidad socialista hacia la pequeña propiedad, dictada por razones en parte ideológicas y en parte (esencialmente en la llanura paduana) prácticas, resistió incluso a la ofensiva fascista. En la sesión del 11 de febrero de 1921, el Consejo nacional de la Federación de la Tierra vota un orden del día contra los proyectos del P.P.I. favorables a la pequeña propiedad y decide plantear en el Congreso confederal de Livorno la cuestión de la «socialización de la tierra». En el Consejo general de las ligas agrícolas de la provincia de Bolonia (23-25 de febrero de 1921), se afirma la necesidad de «dirigir a los proletarios hacia el cultivo colectivo de la tierra mediante métodos colectivos y no individuales» y de «enterrar para siempre el sistema antiproletario y egoísta de posesión de la tierra en cooperación y de pequeño arriendo».

desde el momento en que, en una localidad, un grupo de asalariados cede a la perspectiva de poder trabajar todo el año o de poseer un trozo de tierra, los agravios han ganado la partida, ya que el «sistema» no puede mantenerse más, y no se puede detener la desbandada, una vez que ésta ha empezado. ¿A qué podrían apelar las «Ligas» obreras para impedirlo? ¿Cómo restablecer la unidad de los trabajadores agrícolas en la resistencia y en la lucha? Para impedir el peligro con que la ofensiva agraria amenaza el «sistema», la vieja táctica ya no basta, puesto que no ofrece otra perspectiva que la de hacer cada año uno, dos o tres meses de huelga para obligar, a cada uno, a realizar su porción correspondiente de jornadas de trabajo. El sistema sólo puede salvarse si se le lleva más allá, si se reemplaza la disputa sobre el reparto de rentas, en adelante insuficientes para todos, por la conquista de «la tierra para los campesinos». Algunos dirigentes de la Federación de la Tierra se dan cuenta de ello, y en el Congreso de la C.G.L., en febrero de 1921, se adopta un proyecto para la puesta en marcha de la «socialización de la tierra», preparado por el diputado socialista Piemonte. En cada provincia debe crearse una «Comunidad agrícola», a la que irá pasando gradualmente la tierra, exceptuando la que pertenece a los pequeños propietarios. Los órganos que administrarán esta «Comunidad» están formados exclusivamente por los representantes directos de los trabajadores agrícolas y de sus asociaciones. Los poderes de estos órganos son muy amplios; pueden ordenar, por simple orden judicial, la expropiación de las propiedades rurales y su traspaso a las cooperativas agrícolas. Los antiguos propietarios son indemnizados con títulos que rinden un interés del 3 %, amortizables en un período que no puede ir más allá de los cincuenta años. El Estado es quien debe proporcionar los centenares de millones necesarios cada año para la indemnización de las tierras y para su explotación. Todo está previsto, igual que en los proyectos de soviets de Gennari y de Bombacci.

Es el sueño de Lassalle, traducido en un proyecto de ley, ya que se trata realmente de un proyecto de ley que el grupo socialista debe presentar y defender en la Cámara. La revolución agraria depende» pues, del gobierno y de su mayoría. Pero los socialistas no forman parte de esta mayoría y no pueden o no quieren llegar al gobierno. Además, el ponente, para defenderse de las críticas de la «izquierda», que reprocha al proyecto el «adormecer el espíritu revolucionario» y el prever una indemnización de expropiación, tiene buen cuidado de explicar que los títulos que se conceden a los antiguos propietarios «pueden ser fácilmente controlados en los traspasos de propiedad y fácilmente incautados el día que el comunismo triunfante juzgue oportuno

imponerles nuevas cargas o anularlos». Como la Cámara no puede votar un proyecto semejante, sería necesario, por lo menos, hacer de los principios que la inspiran un incentivo para una acción de las masas rurales decididas a instaurar un nuevo régimen agrario. Pero el proyecto ha sido elaborado precisamente para sustituir la presión directa de las masas por una conquista gradual y legal y no hay nada previsto para imponerlo o, si llegara el caso, para conseguir el mismo objetivo por otros caminos. Sin considerar que, por otra parte, el proyecto deja totalmente al margen, al menos durante cierto tiempo, a los campesinos del Mezzogiorno, y que no tiene en cuenta, en absoluto, a la pequeña propiedad, puesto que el pequeño propietario no podrá aumentar su propiedad aunque ésta sea insuficiente; los colonos y los aparceros deben renunciar a toda esperanza de poseer tierras, ya que la expropiación les afecta al propio tiempo que a los propietarios. Como máximo, si el decreto entra en vigor durante la temporada agrícola, se les dejará seguir en su tierra hasta finales de temporada, y luego se les expulsará «sin que les corresponda ninguna indemnización». Su única perspectiva es la de convertirse en proletarios miembros de esa cooperativa agrícola que otros habrán constituido y que asumirá la gestión de la tierra, lo cual significa para ellos, en un futuro próximo, la pérdida de toda independencia y la prescripción de todos sus derechos. De esta manera, el proyecto realiza la «proeza» de ser demasiado revolucionario para que pueda nunca ser aprobado por el Parlamento y de dejar al margen de la revolución, e incluso de movilizar contra ella, a millones de familias campesinas, la gran mayoría de la población rural de Italia.

Sobre los 280 municipios de Emilia, 223 están en manos de los socialistas. Los agrarios que viven en la ciudad o en el campo, sus hijos, sus amigos, sus proveedores. y sus clientes aprietan los puños ante la omnipotencia de los sindicatos obreros. La carrera de honores de la vida pública está cerrada, casi por completo, a toda la burguesía rural e incluso a la pequeña burguesía, en la medida en que no está encuadrada en las organizaciones socialistas. El propietario agrícola había sido durante largos años el dueño absoluto de la provincia, el jefe del municipio, el dirigente de todas las instituciones públicas locales y provinciales. Ahora es excluido de todas partes. En el campo, debe contar con la existencia de la *lega* y de la oficina de colocación; en el mercado, con la cooperativa socialista, que es quien fija los precios; en el municipio, con la lista roja, que consigue mayorías aplastantes. Ya no hay beneficios, ni honores, ni poder para él ni para sus hijos. Un odio sordo se vá acumulando y espera el momento de poder desbordarse. Algunas Bolsas de

Trabajo, como las de Bolonia, Reggio, Emilia y Rávena controlan toda la vida económica de su provincia; han organizado a los asalariados, los pequeños cultivadores y los colonos; deciden el precio de los productos que distribuyen por gran parte de los municipios, a través de la red de cooperativas. Propietarios, comerciantes, administradores e intermediarios de toda clase ven disminuir su importancia día a día a causa de la expansión de las cooperativas y del socialismo municipal. Por todo esto, su odio va dirigido, sobre todo, contra las admirables «realizaciones» que la organización obrera lleva a cabo y hace progresar en todos los terrenos.

«Quien nos da miedo —decía; un gran propietario de la provincia de Ravena—, no es el comunista. Bombacci, sino Mullo Baldini, que con su Federación de Cooperativas está a punto de suplantarnos en todas partes».

También debido a ello, la violencia fascista se ejerció, sobre todo, contra las instituciones creadas por el socialismo reformista. Estas instituciones, extendiéndose y coordinándose, engloban poco, a poco en su red toda la vida política y económica de la región. Las viejas castas, frente al desbordamiento y a los progresos de la nueva estructura social, se sienten amenazadas de asfixia. El socialismo, por el éxito mismo de sus empresas, les está gritando constantemente: *vita mea, mors tua* y, ante esta situación, las castas condenadas se aferran a la vida y siguen hasta el final la misma lógica: *mors tua, vita mea*.

El movimiento socialista, que tiene ya contra él a los grandes propietarios agrícolas, que pierde el control de la pequeña burguesía rural, cuyos hijos, a su vuelta de la guerra, quieren seguir siendo «dueños de su propia casa», se gana también la aversión de la pequeña burguesía de las ciudades. Esta ha esperado durante un cierto tiempo a que los socialistas «hagan algo», pero como no acontece nada nuevo, empieza a dudar; el viejo odio del «proletario de cuello duro» contra el proletario de mono no puede ser contenido ya por una corriente de anhelos comunes, y destila de nuevo sus sórdidos fermentos. Además, la actitud del partido socialista respecto a los ex combatientes está únicamente inspirada en motivos sectarios. La *Liga proletaria de ex combatientes*, creada por el partido en 1919; no es más que una sucursal suya y de la fracción «maximalista» que domina en él. La Liga se propone impedir que los ex combatientes «sean llevados, gracias a las concesiones gubernamentales, al terreno de la colaboración y de los compromisos». Su finalidad política es la misma que la del partido: la preparación de la

revolución social, los soviets, la dictadura del proletariado. La C.G.L., tiene en su programa una serie de reivindicaciones en favor de los ex combatientes, muy completa y satisfactoria, pero el partido relega todo esto a un segundo plano. ¿Cómo podrían los excombatientes confiar sus intereses a ese mismo partido que recomienda públicamente a las secciones «la mayor severidad para la admisión de miembros antiguos y nuevos», porque «considera incompatible con el socialismo la presencia en el partido de todos aquellos que *han manifestado una explícita adhesión, de hecho, a la guerra?*» De esta forma, señala un ex combatiente, «el grito: *¡Abajo la guerra!* llega a significar, en la práctica: *¡Abajo los combatientes!*»

Sin embargo, en Italia hay centenares de miles de ex combatientes, sin convicciones políticas precisas, a quienes la guerra alcanzó siempre muy jóvenes, y que regresaron con el único capital de los duros sufrimientos y de las proezas realizadas. ¿Cómo pueden prescindir, ellos, de este viático, puesto que los socialistas no les ofrecen nada a cambio? ¿Qué crimen han cometido para que se erijan por todos lados barreras hostiles contra ellos?

«Si bien es una mentira o una exageración polémica –escribe otro excombatiente– que los desmovilizados hayan sido atacados en todo momento y cubiertos de salivazos, es indiscutible, sin embargo, que hemos sido marginados, vigilados, acusados, considerados como apestados».

Mussolini comprende perfectamente que la ceguera de sus enemigos le brindaba una excelente ocasión.

«Los socialistas se equivocan –dice– si creen que los que han hecho, de verdad, la guerra, es decir, dos o tres millones de italianos, van a ponerse a maldecir, una vez llegada la paz, contra la guerra en la que han combatido».

Por el contrario, con el tiempo, el recuerdo de los sufrimientos se borra, se idealiza el pasado y puesto que no se les ofrecen perspectivas para el futuro, los ex combatientes se repliegan sobre su pasado, que defienden, defendiendo «la Victoria». Éste es, sobre todo, el estado de ánimo de los oficiales, es decir, de casi todos los elementos de la pequeña burguesía que han tornado parte en la guerra.

Si se examinan con atención los periódicos de la época, se puede ver que los casos de agresión contra los oficiales han sido relativamente poco numerosos. Los más graves se produjeron como represalia, después de las agresiones de oficiales nacionalistas o fascistas contra los diputados socialistas, en las calles de Roma. Sin embargo, sería erróneo atenerse a un simple criterio estadístico. Cuando un oficial es abucheado y atacado, todos los demás se sienten humillados y atacados en sí mismos, en su espíritu y en su carne. La afrenta sufrida se amplía con todas las reacciones propias de una sensibilidad exasperada. La prensa burguesa se encarga de multiplicar y prolongar el eco, de generalizar y falsear el suceso con invenciones odiosas, aptas para implantar el odio y hacerlo inexpiable, como lo hizo en Francia, representando al «rojo» que escupe, sobre la tumba del Soldado desconocido.³⁶ Además, a partir del otoño de 1920, el Estado interviene directamente para utilizar este estado de ánimo con una finalidad reaccionaria. Tiempo atrás, un coronel, enviado por el ministerio de la Guerra, había recorrido toda Italia, creando núcleos de oficiales, estableciendo contactos entre ellos y difundiendo consignas a los comandantes de división. Su informe, publicado un año más tarde, contiene ya un plan preciso de ofensiva antisocialista y un análisis bastante exacto de las fuerzas y, sobre todo, de las debilidades del movimiento que se quiere dominar. Según el coronel A. R., para evitar las influencias subversivas en el ejército, es necesario reducir la duración del servicio y crear «un sólido cuadro de oficiales y de suboficiales voluntarios, alistados por largo tiempo, bien pagados y seleccionados con cuidado». Como este ejército profesional no sería suficiente, dice el informe, «a los soldados que sirven obligatoriamente, y a los 250.000 mercenarios de que pronto dispondremos, hay que añadir –para sostener y resolver mejor la acción– una milicia de idealistas, formada por los más expertos, los más valientes, los más fuertes y los más agresivos de nosotros. Es preciso que esta milicia sea capaz de llevar a cabo una acción de resistencia y, al mismo tiempo, una acción política; que pueda, en este duro período, dar de nuevo sangre, vida y homogeneidad a las fuerzas nacionales para llevarlas a la victoria». Después de insistir en la necesidad de un mando único, a la vez político y militar, el informe da algunos consejos estratégicos:

³⁶ Sobre esta base, se produjo una afluencia espontánea de oficiales y de ex combatientes hacia los fascios. G. Zibordi ha podido insistir con razón sobre el hecho de que el fascismo ha sido también una «revolución militar» (*Crítica socialista del fascismo*, Bolonia, Cappelli, 1922). Ya hemos visto las relaciones existentes entre los fascios y los *arditi*. Los testimonios sobre la participación de oficiales y de ex combatientes en la creación de los fascios son innumerables. C. A. Avenati narra «cómo nació el fascio de Turín» el 28 de marzo de 1919: «La asamblea estaba compuesta esencialmente por oficiales de reserva, algunos vestidos aún con el uniforme, y por otros ya desmovilizados» (*La Stampa*, 25 de marzo de 1931).

«Crear escuadras, compañías, batallones, o por lo menos sus cuadros, a los que sean obligados a pertenecer los elementos más capaces de nuestra clase».

De esta manera, los menos experimentados podrán completar su entrenamiento, pasando sucesivamente de las tareas más simples a las más difíciles.

«Las acciones parciales, destinadas a dominar la insolencia de los centros más subversivos, serán una excelente escuela para nuestras milicias y servirán, al mismo tiempo, para desmoralizar y abrir una brecha en el enemigo. En este caso, sin embargo, hay que tener siempre la precaución de disponer de una o varias bases de operación, como puntos de partida de la acción y para reunir en ellas los medios necesarios. Estas bases deben estar a una distancia suficiente del lugar adonde se quiere llevar a cabo el ataque, para poder regresar a ellas sin levantar sospechas y reorganizarse si, eventualmente, se ha sufrido una derrota momentánea. Éste es el método a emplear *en el caso de que se inicien las acciones de castigo locales.*»

He aquí, además, una apreciación de las fuerzas adversas, en un momento en que el declive del movimiento socialista, aunque ya iniciado, no era, sin embargo, tan evidente:

«Los espíritus inquietos y revolucionarios no poseen cualidades de organización. Se trata en general de muchedumbres heterogéneas, que actúan de una manera impulsiva, bajo el dominio de una emoción momentánea. Las armas que poseen son poco numerosas y están mal repartidas, y no existen grupos orgánicos capaces de servirse de ellas. Sus municiones tienen que ser forzosamente insignificantes, sobre todo para una larga resistencia. Los grupos políticos que concurren en mantener la exaltación de las masas disponen de hombres valientes y hábiles, pero que están mezclados con charlatanes estúpidos y ambos están dotados de un espíritu de observación muy limitado en lo que concierne a la táctica, las armas, las fuerzas del orden, el contacto y la coordinación necesarios e incluso la misma acción. Dadas las condiciones y las costumbres de su vida, los elementos turbulentos disponen de medios muy reducidos; cualquier intento de coordinación y de preparación se queda a un nivel local, o se extiende, como máximo, a la región...

Les es imposible llevar a cabo una preparación larga y reflexiva. Los exaltados se reúnen para exaltarse mutuamente y para encontrar dirigentes y directrices. Pero la mayoría dudan, están pasivos, sin iniciativa. Se sugestionan a sí mismos por su propio ruido y por las fuerzas de que disponen y se engañan mutuamente acerca de sus posibilidades y de los acontecimientos. La primera derrota que sufran, será seguida inmediatamente por la desilusión y el caos».

Esta instantánea de la situación fue tomada antes de que el movimiento obrero sufriera el derrumbamiento que siguió a la ocupación de las fábricas. En ésta época, el peligro de una insurrección de las masas populares –que el informe había ya excluido– ha desaparecido totalmente. Por tanto, ya no es necesario aplicar integralmente el programa del coronel A. R., «experto militar en guerra civil». Sin embargo, el gobierno no está inactivo. El 20 de octubre, el ministro de la Guerra del gobierno Giolitti, el ex socialista Bonomi, el mismo que Mussolini hizo expulsar en 1912 del partido socialista, envía unan circular (más tarde Bonomi se defenderá de haber tomado esta iniciativa y se lamentará de haber sido «traicionado» por el alto mando del ejército) en la que se dice que los oficiales a punto de ser desmovilizados (hay unos 60.000) serán enviados a los centros más importantes, con la obligación de adherirse a los «fascios de combate», que deben dirigir y encuadrar; por ello, les serán mantenidas las cuatro quintas partes de su sueldo. De esta manera, los fascios podrán realizar, ellos mismos, la parte del programa del coronel A. R. sobre las «acciones de castigo locales» y, más tarde, incluso sobrepasarla, ya que están totalmente respaldados por el eficaz e indispensable apoyo del Estado.

La partida se resuelve pronto desigual para los socialistas, cómo lo prueban los acontecimientos de Bolonia del 21 de noviembre de 1920. En Bolonia, en las elecciones municipales, la lista socialista, compuesta casi por entero de elementos de extrema izquierda, ha obtenido 18.170 votos contra 7.985 del bloque nacional y 4.694 de los populares; así pues, el sufragio universal se ha pronunciado y la victoria, aun teniendo en cuenta el gran número de abstenciones, ha sido muy clara.³⁷ Los fascistas locales, furiosos por la derrota

³⁷ Estos resultados traducen, sin embargo, una situación que ha llegado a su punto culminante y en cuyo interior se preparan profundas reacciones. G. Zibordi la analiza de la siguiente forma: «Las masas, que habían vuelto de la guerra exasperadas y arrogantes al mismo tiempo, hicieron alarde de su fuerza y de su carácter amenazador por medio de manifestaciones, huelgas y desfiles. La población urbana se sintió afectada por estas acciones; unos en sus intereses, otros en su ideal, en su tranquilidad o en su sentido estético. Por eso pudo verse cómo, se unían en Bolonia, en la revuelta contra el socialismo, los propietarios agrícolas que defendían su egoísmo de clase y la población escandalizada por unas formas de lucha que hacían que se perdieran las

sufrida, declaran en todos los tonos que impedirán el funcionamiento de la municipalidad socialista. En la víspera de la toma de posesión del Consejo, publican una hoja mecanografiada en la que anuncian la batalla para el día siguiente e invitan a las mujeres y a los niños a permanecer lejos del centro de la ciudad, donde está situado el palacio del Ayuntamiento, el Palazzo d'Accursio. ¿Qué pueden hacer los vencedores, investidos de un mandato indiscutible por la inmensa mayoría de la población? Pueden dirigirse al prefecto, al Estado, y pedirles que hagan respetar este mandato, que aseguren su ejercicio. Pero si alguien hubiera osado proponer esto, habría sido abucheado como «traidor» por la banda de alborotadores, que, justamente, serán los que perderán la cabeza a los primeros disparos de los fascistas. Dado que el Estado no es más que «el Comité ejecutivo de la burguesía» no puede pedírsele nada. En realidad, los diputados y alcaldes socialistas, secretarios de sindicatos y de las Bolsas del Trabajo pasan buena parte de su tiempo en los ministerios y en las prefecturas, para solicitar todo tipo de cosas: concesión de trabajos públicos, créditos para las cooperativas, nombramiento o traslado de un funcionario, incluso una cruz de «caballero». Todo esto, según parece, no contradice los principios o bien es pecado venial. Pero ¿cómo pedir al Estado su intervención para defender un municipio, para hacer respetar las instituciones democráticas, en esa misma Bolonia donde el Congreso del partido socialista hace poco más de un año ha declarado que estas instituciones debían ser destruidas y donde la sección local tiene una mayoría comunista? Desde luego, hubo negociaciones entre la Bolsa del Trabajo y las autoridades, que desembocaron en un vago acuerdo; parece ser que se llegó al compromiso de no enarbolar la bandera roja. Pero, en la sección se decidió que: «Contra los fascistas, nos defenderemos nosotros mismos». Se llevan algunas cajas de bombas al Palazzo d'Accursio y se distribuyen revólveres; este trabajo se confía a elementos inexpertos y, como suele pasar a menudo, a agentes provocadores. Después de que el Consejo, en la toma de posesión nombrara al alcalde, el comunista Gnudi, éste sale al balcón para saludar a la muchedumbre reunida en la plaza, mientras otros le rodean con las banderas de las secciones. Se sueltan palomas con banderas rojas atadas a la cola; ésta es la proeza más brillante del maximalismo boloñés. En cuanto aparece el nuevo alcalde, la multitud le aclama, pero los

cosecas; los comerciantes que defendían sus ganancias contra la sana gestión de la municipalidad roja y los ciudadanos, irritados y asustados por los disturbios demasiado frecuentes, por esta especie de torpe seguridad de las masas; los intelectuales, cansados de ser gobernados por la plebe, y los mutilados y ex combatientes, lastimados en sus sentimientos más naturales por un odio a la guerra que parecía dirigido contra ellos» (*Crítica socialista del fascismo*).

fascistas, que estaban al acecho en apretadas filas y armados en las esquinas de la plaza, empiezan a disparar. Todo el mundo pierde la cabeza, y los encargados de la «defensa» dejan caer algunas bombas desde el balcón del ayuntamiento. Los revólveres fascistas y las bombas municipales ocasionan nueve muertos y un centenar de heridos, *todos socialistas o simpatizantes*. Dentro del ayuntamiento; las detonaciones y las explosiones siembran el pánico y la ira. Desde la tribuna donde está el público, se hacen unos disparos contra los bancos de la minoría y hieren mortalmente al abogado Giordani, excombatiente, nacionalista y francmasón, uno de los elementos más conciliadores entre los adversarios de la nueva administración. Los sucesos del Palazzo d'Accursio dan lugar a una precipitación de los odios acumulados y a una furiosa oleada de violencia en Bolonia, en Emilia, en Italia entera. La muerte del excombatiente Giordani es explotada hasta el delirio; se olvida la provocación fascista, la ilegalidad armada contra una administración elegida con regularidad y los nueve muertos socialistas. Sólo se ve al excombatiente, que se había comportado heroicamente en la guerra, asesinado «en una emboscada» por los «antinacionales». Se crea una atmósfera de violencia que enfrenta a los dos campos; los indecisos se hacen a un lado o se pasan a los fascistas. Los socialistas, que no han sabido utilizar la legalidad ni organizar la ilegalidad, ven levantarse contra ellos las escuadras fascistas y la fuerza pública. La era de las violencias, de las represalias y de las «expediciones de castigo» ha empezado.

Un conflicto que se produce en Ferrara, en diciembre, cerca del Castello Estense, y en condiciones más o menos parecidas, provoca una reacción similar. Pero en la provincia de Ferrara hay, además, otro factor que concurre en el éxito del fascismo, ya que es en esta provincia donde se produjo, a principios de 1921, el primer gran desmoronamiento que trae consigo la rápida caída de toda la red de instituciones obreras. La provincia de Ferrara ha sido una zona elegida por el sindicalismo revolucionario y antisocialista. Entre 1907 y 1913 se sucedieron una serie de huelgas agrícolas de una extremada violencia, bajo la dirección de Umberto Pasella, futuro secretario general de los fascios, de Michele Bianchi, futuro cuadriviro de la marcha sobre Roma y de otros dirigentes que se pasaron, casi todos, al sindicalismo fascista. Cuando la resistencia patronal se prolongaba, ellos no carecían de recursos, ya que «un solo fósforo» –decían–, bastaba para destruir la cosecha del agricultor obstinado. Las masas rurales de esta provincia han sido siempre presa fácil de los demagogos, de los amigos y colaboradores de Mussolini; la propaganda socialista sólo ha hecho mella en ellos de una manera superficial;

ello explica, en parte, el hecho de que la zona de Ferrara haya sido la primera en ceder a la presión fascista. Adaptándose al ambiente local, los fascistas han lanzado en esta zona la consigna de *la tierra para el que la trabaja*, sin esperar la futura «socialización». La Asociación agraria se deja persuadir» y cede algunos miles de hectáreas, en arriendo directo, a los cultivadores individuales que, de esta manera, escapan al trabajo de cupo fijo. En general, se trata de las peores tierras y de una iniciativa que no sobrepasaría unas proporciones muy modestas. El conjunto de los asalariados de la provincia pagará con un aumento de la miseria estos pocos «pueblos de Potemkin», pero los fascistas podrán proclamar:

«Los socialistas os lo prometían todo y no os daban nada; os impedían incluso que pudierais llegar a ser cultivadores directos, granjeros. Los fascistas han instalado centenares de familias que podrán trabajar durante todo el año *su propia tierra*».

Al igual que un grito de pánico puede poner en fuga a todo un ejército, este grito de esperanza –por engañoso que fuera– arrastra a las masas rurales, sobre todo porque se multiplican las expediciones de castigo y porque el terror acaba lo que ha iniciado la esperanza.³⁸ Las «Ligas» campesinas, que ya no están protegidas por el «sistema» tradicional, se pasan en bloque a los sindicatos fascistas para luchar contra la «tiranía socialista». En la provincia de Ferrara es donde, el 25 de febrero de 1921, en el municipio de San Bartolommeo in Bosco, surge el primer sindicato fascista, en la sede de la antigua *Lega* socialista. Las cooperativas siguen pronto a los sindicatos, y las

³⁸ Sobre la actitud de los fascios y de la Asociación agraria de Ferrara, Cf. *Il Popolo d'Italia*, 29 de marzo de 1921: «A partir de ahora, los propietarios ponen 3.000 hectáreas de tierra a disposición. del fascio, para darlas a quienes las trabajen». En su discurso de Ferrara (4 de abril), Mussolini aplaudió «esta revolución agraria que debe dar a los campesinos, sin convulsiones epilépticas, la propiedad de la tierra». El jefe de la Asociación agraria de Ferrara, Vico Mantovani, afirma que su programa no se diferencia del de los fascios. En un «Mensaje a los campesinos», el experto fascista en materia de política rural Gaetano Polverelli declara: «A partir de ahora los fascios tratarán con los propietarios para obtener la cesión de las tierras que serán puestas a vuestra disposición mediante la forma justa de un pacto». Y promete «la total supresión de la contratación, sobre el terreno y del régimen asalariado» (*Il Popolo d'Italia*, 1 de abril). Se trata, evidentemente, de una «inocentada», puesto que el fascismo va reduciendo su programa agrario, y sobre todo su acción, a medida que la ofensiva escuadrista elimina las resistencias de los «rojos» o de los «blancos». La alusión al problema agrario en el manifiesto de los fascios en vísperas de las elecciones de 1921 es muy vaga. Se presenta la solución «en la progresiva creación de una democracia rural y no en las absurdas socializaciones». Durante todo el año 1921 se sigue manteniendo una actitud muy prudente. En el Congreso de Roma de noviembre, el orden del día de Polverelli se limita a declarar que el fascismo «mediante la participación en los beneficios y la aparcería, debe elevar al cultivador a la dignidad y a la responsabilidad de la propiedad rural». Toda alusión a distribución de tierras, ha desaparecido. De esta manera, se desvanece el «mito» de Ferrara.

expediciones de los camiones de las camisetas negras imponen la dimisión de las administraciones socialistas. En noviembre de 1920, los socialistas habían ganado los 21 municipios de la provincia, y a finales de abril de 1921 sólo conservan 4, que tampoco tardarán mucho en ser disueltos o en dimitir.

La «expedición de castigo» se convierte, a finales de 1920, en el método habitual de expansión del fascismo. Fue aplicado en gran escala en la Venecia Julia, donde los grupos fascistas disfrutaban del apoyo abierto de las autoridades locales y donde la lucha contra el «bolchevismo» —es decir, contra las cooperativas obreras, las cajas de seguros de enfermedad y los círculos de cultura, heredados del socialismo austríaco— va acompañada de una violenta presión sobre la población eslovena y croata. El local de las organizaciones eslovenas en Trieste es incendiado en julio de 1920; en octubre, tiene lugar el ataque contra el diario socialista *«Il Lavoratore»* y la destrucción de la Bolsa del Trabajo de Fiume. Desde principios de 1921, esta forma de acción aunque sigue manteniéndose y aun intensificándose en la Venecia Julia, donde se apoya, sobre todo, en las reivindicaciones nacionalistas, se extiende por el valle del Po con el carácter y el método que acabarán prevaleciendo en el fascismo y que le acompañarán hasta la marcha sobre Roma. En el valle del Po, las ciudades son, en general, menos «rojas» que el campo, porque en ellas están los propietarios agrícolas, los oficiales de las guarniciones, los estudiantes de las universidades, los funcionarios, los rentistas, los miembros de las profesiones liberales, los comerciantes. Y es entre estas categorías donde se reclutan los fascistas y son también ellos los que proporcionan los cuadros de las primeras escuadras armadas. La expedición de castigo parte, pues, casi siempre, de un centro urbano y se difunde por el campo circundante. Montados en camiones y armados por la Asociación agraria o por los almacenes de los regimientos, los «camisetas negras» se dirigen hacia el lugar fijado como meta de su expedición. Una vez llegados, empiezan golpeando con bastones a todos los que encuentran por las calles y que no se descubran al paso de los banderines, o que llevan una corbata, un pañuelo o una blusa color rojo. Si alguien protesta, si se hace un gesto de defensa, o si un fascista es herido o tan sólo empujado, el «castigo» adquiere mayores proporciones. Se dirigen, luego, a la Bolsa del Trabajo, al Sindicato, a la Cooperativa o a la Casa del Pueblo; hunden las puertas, arrojan a la calle mobiliario, libros, mercancías, y lo rocían todo con gasolina; minutos después, todo está ardiendo. A todos aquellos que encuentran en el local, les golpean salvajemente o les asesinan. Las banderas son quemadas o guardadas como trofeo. Lo más corriente es que la expedición salga con un objetivo

preciso, el de «limpiar» la localidad. Los camiones se paran entonces frente a los locales de las organizaciones «rojas», y se procede a su destrucción. Algunos grupos fascistas van en busca de los «jefes», el alcalde y los consejeros del municipio, el secretario de la «liga» o bien el presidente de la cooperativa; se les obliga a dimitir, o se les «destierra» del país para siempre, bajo la amenaza de muerte o de destrucción de sus hogares. Si logran escapar, se vengan en sus familias.

«Todos los días —explica Chiurco, en su *Historia de la revolución fascista*— salen expediciones de castigo. El camión fascista llega a un lugar determinado y se presenta (*sic*) al jefe de la *Liga*. Al principio, se intenta llegar a un acuerdo; entonces, o bien el jefe cede, o la violencia sustituye a la persuasión. En la mayoría de los casos éste cede, sino las pistolas toman la palabra».

Cuando el dirigente local resiste, a pesar de todas las amenazas, se le suprime. Van por la noche a su casa y le llaman, dando una excusa cualquiera, para evitar su recelo; en cuanto abre la puerta, descargan sus armas sobre él, matándole allí mismo. A menudo, la víctima deja que se lo lleven, para evitar que las represalias alcancen a su familia o para evitarle el trágico espectáculo. Los fascistas se lo llevan a un campo, donde es encontrado muerto al día siguiente. A veces se divierten llevándose lo en el camión y dejándole desnudo, atado a un árbol, a centenares de kilómetros de distancia, después de haberle hecho sufrir los peores tratos.³⁹ El terror se mantiene con amenazas e intimidaciones, que los fascios envían y publican, sin que nunca tenga lugar la menor sanción por parte de la magistratura o del gobierno. Así es como el marqués Dino Perrone Compagni puede enviar, impunemente, en abril de 1921, la siguiente carta a Rocca Strada, alcalde de un pueblo de Toscana:

³⁹ «En plena noche, cuando la gente honrada está en su casa, durmiendo, los camiones de los fascistas llegan a las pequeñas aldeas situadas en medio del campo, o a los caseríos de algunos centenares de habitantes. Llegan en compañía de los dirigentes de la Agraria local, naturalmente, siempre conducidos por ellos, pues de lo contrario sería imposible, en plena oscuridad, reconocer la casa del jefe de la Liga o la pequeña oficina de colocación. Llegan hasta una de las casas y se oye la orden: *Rodead la casa*. Son de veinte a cien hombres, armados con fusiles y revólveres. Llamam al jefe de la Liga y le ordenan que baje. Si éste no obedece, se le dice: *Si no bajas, quemaremos la casa, con tu mujer y tus hijos*. Entonces el jefe de la Liga baja. Se abre la puerta, lo secuestran, lo atan, lo suben al camión, donde le someten a las torturas más inverosímiles, simulando que lo van a ahogar o a matar, y después le abandonan en pleno campo, atado a un árbol, desnudo. Si, por el contrario, éste es un hombre con agallas, que no abre la puerta y utiliza algún arma para defenderse, entonces el resultado es el asesinato inmediato del ciento por uno.» Discurso de G. Matteotti en la Cámara, sesión del 10 de marzo de 1921 (*Crítica social*, 1921, n° 7).

«Muy señor mío: Dado que Italia debe pertenecer a los italianos y que no puede, por consiguiente, aceptar ser administrada por individuos de su especie, haciéndome intérprete de sus administrados y conciudadanos le aconsejo que dimita de sus funciones de alcalde antes del domingo 17 de abril. En caso de que no lo haga así, recaerá sobre usted la responsabilidad de lo que suceda. Si se permite usted poner en conocimiento de las autoridades este Consejo generoso, benévolo y humano que acabo de darle, el plazo que le doy para que dimita, expirará antes del miércoles 13, número de buen augurio. *Firmado:* Dino Perrone Compagni, 1, plaza Ottaviani, Florencia».

El autor de esta amenaza firma con su propio nombre, en papel con el encabezamiento de los fascios e incluyendo su dirección; está seguro de que ni él ni sus amigos serán molestados y de que no se hará nada por impedir que se lleve a cabo la expedición anunciada.⁴⁰

A partir de las primeras semanas de 1921, la ofensiva fascista alcanza un máximo de violencia y de brutalidad. Es imposible comprender los acontecimientos italianos, si no se llega a medir, con una cierta aproximación, la amplitud del fenómeno y si no se le sigue en su origen y en su expansión territorial.

En la Venecia Julia, la ofensiva fascista se complica y es favorecida por una lucha contra los «alógenos» que constituyen la casi totalidad de la población del campo y de la meseta del Carso. Los fascios juegan, en este lugar, un papel casi oficial; representan la «italianidad» que se quiere imponer a la región, y las autoridades, las fuerzas de policía y el ejército colaboran abiertamente con ellos. Son también ayudados por las subvenciones y el apoyo de las sociedades mineras del Carso y de los armadores, que quieren contener a los obreros de los numerosos astilleros existentes, entre Trieste y Pola, y de los agrarios, que atacan en el Sur, en la zona más fértil de Istria. En toda esta región, cuyas fronteras, discutidas durante largo tiempo, apenas acaban de ser establecidas, y donde de hecho sigue planteado el problema de Fiume, Italia no se ha desmovilizado.

⁴⁰ Este Dino Perrone Compagni era el terror de Toscana. Tenía a su disposición algunas escuadras en las que, al lado de algunos patriotas, exasperados, se encontraban gamberros y profesionales del crimen. «Un siglo atrás, escribe Pietro Nenni en sus *Seis años de guerra civil en Italia*, este noble marqués habría sido un bandolero de leyenda; en la posguerra, jugó el papel de defensor del orden, al servicio de los terratenientes. Ahora, el gobierno fascista lo ha convertido en prefecto» (París, Valois, 1930).

Entre la población eslava y los «regnicolas» no hay ningún contacto; los italianos, salvo en algunas ciudades, se consideran como en territorio ocupado; por eso, los fascios están formados, en gran parte, por los oficiales de las guarniciones, por los funcionarios y por otros elementos importados de la península, que prosiguen, de alguna manera, la guerra de «liberación» contra los eslavos y los «comunistas». Las instituciones obreras, los sacerdotes que predicán en esloveno y los pueblos donde los policías son los únicos italianos, son los objetivos de esta guerra.

En Trieste, el diario socialista y la sede central de las organizaciones eslovenas han sufrido ya los ataques fascistas durante el año 1920, que se renuevan y se multiplican a principios de 1921. «*Il Lavoratore*», órgano del partido socialista, que los comunistas, habían ocupado mediante un ataque por sorpresa el 29 de enero, después de la escisión del Congreso de Livorno, es incendiado por segunda vez por los fascistas, el 9 de enero. Los obreros responden, como siempre, con una huelga general. Pero es, sobre todo, en la zona rural de Istria, que se extiende a lo largo de la costa de Pirano hasta Pola, donde empieza «la obra de destrucción sistemática de todo lo que es bolchevique»,⁴¹ siempre con el apoyo directo de la fuerza pública. Así, «la noche del 20 de enero de 1921, de acuerdo con las tropas de la guarnición, se lleva a cabo el asalto de la Bolsa del Trabajo» de Dignano. El 28 de febrero la Cámara Sindical de Trieste es atacada por tercera vez, quedando totalmente destruida. Como represalia por el incendio de la Bolsa del Trabajo, los obreros de Muggia, cerca de Trieste, incendian los astilleros de San Marco, que, a su vez, también son destruidos.

«Se hace intervenir entonces a la tropa de la brigada Sassari, que entabla combate con los rebeldes... Desde la escuela de aviación de Portorose, un avión fascista sobrevuela el lugar de la revuelta. Durante la noche del 1 al 2 de marzo, los fascistas se concentran en Pirano; allí se apoderan de un barco y se dirigen a Muggia. El barco llega con las luces apagadas, y los fascistas desembarcan e incendian la Bolsa del Trabajo, destruyéndola totalmente».

A principios de abril, se producen algunos accidentes graves en los campos de Carnizza, al sur de Istria.

⁴¹ En esta parte dedicada a la difusión territorial de la ofensiva fascista, los pasajes entre comillas. —cuando no hay indicación en contrario— han sido tomados de la *Historia de la revolución fascista* de Chiurco, tomo III (Historia «oficial» publicada en 1929, con un prefacio de Mussolini).

Una escuadra de acción fascista de Dignano llega a esta zona y arresta, llevándose a continuación, a un eslavo encargado de una posada. Este acto arbitrario, provoca la revuelta. Se da la alarma por los pueblos de alrededor y los campesinos eslavos acuden, obligando a la banda fascista a retinarse con su prisionero a Carnizza, donde será sitiada por los campesinos. La tropa, los gendarmes y los fascistas se movilizan y se entabla una lucha encarnizada; cómo durante la guerra, se emplea el alambre espinoso y; las ametralladoras. La guerrilla dura varios días, y finalmente, las fuerzas del «orden» acaban dominando la situación;

«las poblaciones rebeldes son obligadas a abandonar sus pueblos, que son incendiados; las localidades de Segotti, Vareschi, Zuechi y Mormorano quedan parcialmente destruidas a causa de la batalla, o bien por el fuego».

La acción se prolonga en las minas de Arsa (Albona), donde los obreros están en huelga y además armados; la autoridad militar decide ocupar la zona, que es atacada por tierra desde el mar. Después de algunas escaramuzas, se acaba con la resistencia de los mineros. A partir de este momento, las escuadras fascistas, que durante estos enfrentamientos han podido completar su organización y su armamento, proceden, en toda la región, a la «destrucción metódica» de las organizaciones políticas, sindicales, cooperativas y culturales de la clase obrera. Todos los «círculos de cultura» de los barrios y de las proximidades de Trieste son destruidos. Algunas semanas después, una publicación socialista hace el balance de esta ofensiva, en los términos siguientes:

«De las decenas y decenas de Bolsas del Trabajo y de Casas del Pueblo que existían en la región, sólo funcionan actualmente tres o cuatro, dos de las cuales, las de Trieste y Pola, lo hacen en locales provisionales o incluso entre los escombros de los edificios destruidos. De los cien Círculos de Cultura de la región, no ha podido ser salvado ni uno solo».

En el valle del Po, es, sobre todo, el fascismo agrario el que actúa, apoyándose en las escuadras de combate, surgidas previamente en los centros urbanos de la región. Después de los sucesos del Palazzo d'Accursio, en Bolonia, y los de Castello Estense, en Ferrara, la tensión, que ha alcanzado un grado máximo, se descargará mediante una secuela de «expediciones de castigo». El 24 de enero, en Módena, se hacen algunos disparos contra un desfile fascista; dos escuadristas resultan muertos, uno de los cuales pertenecía

a las escuadras venidas de Bolonia para esta ocasión. En respuesta a esto son rápidamente incendiadas las Bolsas del Trabajo de Módena y de Bolonia. El ministro del Interior, Giolitti, ordena la revocación de las licencias para llevar armas en las tres provincias de Bolonia, Módena y Ferrara. Mussolini, en «*Il Popolo d'Italia*», protesta violentamente contra esta medida. En Bolonia y Ferrara, los fascios, las asociaciones «liberales» y las organizaciones patronales deciden oponerse a la entrega de armas. En Módena:

«los representantes de las asociaciones locales de militares licenciados, de los ex combatientes, de los Fascios de combate, de los pensionados del Estado, de la Asociación «*Orden y Libertad*», del partido popular italiano, del grupo democrático-liberal, del partido liberal, de la Sociedad de Cazadores, de la Federación agraria provincial y de la Asociación de comerciantes e industriales se adhieren a los órdenes del día votados por las asociaciones de Bolonia y Ferrara; declaran no reconocer la constitucionalidad del decreto, ministerial ni la legalidad de la disposición de la prefectura; piden al gobierno la supresión inmediata del decreto y se disponen, en caso contrario, a resistir como sea; mientras tanto, invitan a los ciudadanos a no entregar las armas».

En Ferrara, el Fascio ordena y consigue el cierre de los almacenes y las fábricas en señal de protesta, y se planea un *lock-out* general en las tres provincias. Los decretos no son retirados, pero una semana más tarde, en Bolonia, el «Comité de acción contra el desarme» observa con gran satisfacción el escaso número de los que han entregado las armas. Los más obstinados en impedir toda pacificación son los agrarios, principales animadores y beneficiarios de la ofensiva fascista.

En la provincia de Bolonia, las expediciones y los actos de terrorismo se hacen más frecuentes, sobre todo a partir de la reunión del Congreso provincial fascista (3 de abril), que es consagrado y celebrado con la destrucción de numerosos «Círculos» obreros y socialistas de la capital. En la provincia de Ferrara, la brillante acción empieza antes, a principios de marzo, mes en que las expediciones son «innumerables», basta tal punto, señala el historiador fascista, «que es imposible enumerarlas: ligas, organizaciones, todo se viene abajo». El 26 de mayo, Italo Balbo, que ha ordenado y dirigido todas, las expediciones sin haber sido nunca molestado por las autoridades públicas, es detenido en Ferrara, por encontrársele un revólver encima.

«En cuanto se da la noticia de su arresto, se produce una gran agitación en la ciudad. Varias columnas de fascistas despiertan a la población cantando himnos patrióticos, mientras que las campanas de las iglesias principales dan la alarma. A la una de la madrugada, una movilización fascista, que ha alcanzado hasta las escuadras del campo, sitia el Castello Estense y amenaza con ocuparlo. Se impone a las autoridades la liberación de Balbo, que arenga a la multitud, y se le ofrece, por suscripción pública, una nueva arma para sustituir la que le había sido incautada».

Dos meses antes, el dirigente de las escuadras de acción de Bolonia, Arpinati, autor de varias muertes y otras violencias, había sido puesto en libertad tres días después de su arresto, como consecuencia de manifestaciones parecidas.

En la provincia de Mantua, donde después de las trágicas jornadas de diciembre de 1919 la calma no ha vuelto a ser perturbada, los agrarios aprovechan la oleada para denunciar el pacto agrícola.⁴² En la misma Mantua, el 20 de abril, son destruidas la Bolsa del Trabajo confederal y la Universidad popular; al día siguiente, con la ayuda de los fascistas llegados del campo en camiones, la Bolsa del Trabajo sindical, el Círculo de ferroviarios y la vivienda del diputado socialista Dugoni corren la misma suerte. La Asociación agraria declara que, en adelante, sólo habrá trabajo para aquellos que estén inscritos en los fascios. Las expediciones de castigo hacen un hecatombe de ligas, de cooperativas y de instituciones obreras en las que la persona y la vivienda de los *capi-lega* (dirigentes de las ligas) constituyen el principal objetivo. En San Giovanni del Dosso, después de la destrucción de la Liga, se rebajan los salarios y las horas de trabajo pasan de ocho a diez diarias. Y únicamente se puede entrar en la localidad si se posee un salvoconducto del fascio. En Buscoldo, un camión llega delante de la cooperativa local, bello edificio del que los trabajadores están muy orgullosos. Ya es de noche. Los fascistas se precipitan dentro, gritando: *¡Abajo el rey!, ¡Viva D'Annunzio!*

⁴² Mario Missiroli da una relación de las nuevas condiciones impuestas a las Ligas de campesinos: «a) reunión de la Liga en presencia de cuatro delegados del fascio para controlar la discusión y las deliberaciones; b) obligación de inscribirse en el fascio, sin derecho a discutir su programa, y de renunciar al carnet de la C.G.L.; c) no se dará empleo a quien no esté en posesión de un carnet del fascio; d) la Oficina de colocación funcionará con empleados pertenecientes al fascio; e) diez horas de trabajo, ocho pagadas y dos en beneficio del fascio; f) obligación para los gerentes no fascistas de alguna propiedad y sobre todo para los pequeños y medios colonos, propietarios y aparceros, de utilizar para la trilla del trigo y del maíz, etc. máquinas pertenecientes a los miembros del fascio y mecánicos afiliados a él. A los que no se sometieran y utilizaran otras máquinas, se les amenazó con quemárselas. Se les dijo que se les negarían los bueyes para la labranza». (*Il fascismo e la crisi italiana*, Bolonia, Capelli, 1921).

Una parte de ellos se queda vigilando la puerta central y el resto entra en el café. Con los ojos desorbitados y el rostro alterado, gritan: *¡Manos arriba!* Los trabajadores presentes, que estaban jugando a cartas o leyendo los periódicos, cumplen la orden. Se les registra, pero ni siquiera llevan encima una simple navaja. Los fascistas, revólver en mano, les obligan a salir a todos, uno a uno. En la puerta les espera otro grupo, armado con puñales y bastones con aderezos de hierro. Todos son obligados a atravesar el corredor trágico. Mientras el bastón golpea la cabeza y los hombros del que pasa, el puñal, se le clava en la espalda. Resultaron treinta y ocho heridos con arma blanca, entre los cuales había ancianos, tres mutilados de guerra y un muchacho de catorce años. Acabada la operación, los escuadristas saquean los locales, rompen los muebles y destruyen los registros. Al oído de un silbido, saltan todos al camión, después de haber vaciado el cajón del gerente, y desaparecen en la oscuridad.

El odio del comerciante contra la cooperativa se une al de los agrarios contra la «Liga». En Ostiglia, importante centro de la provincia, hay una floreciente cooperativa de consumo, instalada en una de las casas más bonitas de la pequeña ciudad, con un café que es el más frecuentado de todos. La dirección del fascio interviene y toma la decisión siguiente: «La administración de la cooperativa es invitada a liquidar sus fondos y a vender sus inmuebles antes de final de mayo, pues los comerciantes tienen derecho a ejercer su oficio sin ser perjudicados por la cooperativa». La administración de la cooperativa consigue, no sin esfuerzo, un plazo de un mes, pero a finales de junio debe cumplir el mandato del fascio.

Una larga tradición de propaganda del socialismo «evangélico» de Gamillo Prampolini y sus admirables realizaciones, no salva, en absoluto, a Reggio Emilia y su provincia de la tormenta fascista. En Reggio, la municipalidad socialista ha organizado, con un éxito indiscutible y en beneficio de la población, los servicios farmacéuticos, la distribución de la leche y de la carne y la producción del pan; además dirige o controla numerosos almacenes de alimentación, restaurantes y un almacén de harina. En la provincia, las cooperativas agrícolas cultivan 2.227 hectáreas de tierra, y las 86 cooperativas de consumo agrupan, en 1920, a 16.800 miembros y su cifra de negocio sobrepasa los 53 millones de liras. Es un nuevo sistema social de producción y de distribución que se enfrenta a la coalición de todos los intereses privados que resultan afectados. A mediados de marzo, precisa el mismo Chiurco, «empiezan a surgir los fascios y a caer, invadidas y saqueadas, las organizaciones rojas».

La Bolsa del Trabajo de Reggio es invadida el 8 de abril y, a mediados de mayo, un gran número de ligas y oficinas sindicales de colocación han sufrido ya la misma suerte; dieciséis municipalidades socialistas, entre ellas la de la capital, han tenido que dimitir; centenares de trabajadores han sido brutalmente golpeados y decenas de organizadores y administradores socialistas han sido expulsados de la provincia por los fascios. En el mismo mes de abril, son incendiadas, en la provincia de Parma, entre otras, las Casas del Pueblo de Salsomaggiore y del Borgo San Donnino. En la misma Parma, donde la resistencia al fascismo es muy fuerte, la Casa del Pueblo de la Unión sindical es destruida. El 19 de abril se intercambian algunos disparos; al día siguiente se declara la huelga general y la policía se las arregla para detener un gran número de «subversivos» y quitarles las armas de que disponen para la defensa de sus organizaciones. De ésta manera, los fascistas creen tener la vía libre y pasan al ataque. Pero los trabajadores se defienden y «entablan una verdadera batalla en el barrio de Naviglio, arrojando desde las azoteas una lluvia de tejas sobre los asaltantes; intervienen los coches blindados, estallan algunas bombas y se producen varios heridos». Al día siguiente, hay una nueva batida de la policía para detener y desarmar a los que han intentado oponerse al ataque fascista. El 23 de abril, con ocasión de inaugurarse un fascio, una escuadra de ex legionarios fumeses —precedidos por gendarmes revólver en mano— atacan y saquean, en Piacenza, la cooperativa vinícola. De esta forma, en algunas semanas, todas las ciudades situadas en la antigua Vía Emilia, de Bolonia a Piacenza, sufren la invasión fascista y son sometidas a un régimen de terror.

Sólidamente instalado en el triángulo Bolonia-Ferrara-Piacenza, el escuadrismo fascista llega, al mismo tiempo, por el noreste, hasta la provincia de Rovigo, y por el noroeste hasta la de Pavía. En la provincia de Rovigo —el Polesino— no hay ningún tipo de «bolchevismo» que suprimir. Los conflictos sociales se han desarrollado siempre pacíficamente. El líder socialista de esta zona es Giacomo Matteotti, reformista —en el mejor sentido de la palabra— por convicción y por gusto. El 28 de febrero de 1921 vence el antiguo convenio agrícola y las organizaciones obreras proponen empezar las negociaciones para el nuevo convenio. Los agrarios, que han percibido el viento que sopla en el valle del Po y sobre todo en Ferrara, se niegan a ello y quieren aprovechar la situación para deshacerse de las «ligas», de las oficinas de colocación y, en definitiva, de la organización obrera en sí misma.

Regiones	Periódicos e Imprentas	Casa del Pueblo	Bolsas de trabajo	Cooperativas
Piamonte	1	4	9	3
Lombardía	3	—	1	2
(excepto Pavía, Cremona y Mantua)				
Liguria	—	—	1	2
Venecia (menos Rovigo)	—	1	9	8
Venecia Julia	4	2	21	3
<i>Valle del Po</i>				
Bolonia	1	6	7	9
Cremona	—	—	—	—
Ferrara	—	—	9	1
Mantua	—	3	4	37
Módena	—	—	2	—
Parma	—	5	1	6
Pavía	—	21	7	9
Piacenza	1	2	—	7
Reggio Emilia	1	1	2	1
Rovigo	—	2	4	3
Total Valle del Pó	3	40	36	73
Romana	—	—	i	—
Toscana	3	11	15	11
Las Marcas	—	—	—	—
Umbria	1	—	5	3
Lacio	—	—	—	—
Mezzogiorno (excepto Apulia)	2	—	2	—
Apulia	—	1	13	4
Sicilia	—	—	3	—
Cerdeña	—	—	1	—
	17	59	119	107

Regiones	Ligas campesinas	Sociedades de Socorros Mutuos	Secciones y Círculos socialistas y comunistas	Círculos de cultura	Bibliotecas populares y teatros	Universidades populares	Sindicatos obreros	Círculos obreros y Sociedades de Amigos	Total
Piamonte	2	1	9	—	2	—	10	8	49
Lombardía	—	—	6	—	—	—	—	1	13
(excepto Pavía, Cremona y Mantua)									
Liguria	—	—	—	—	—	—	—	—	3
Venecia	1	—	7	—	1	—	—	1	28
(menos Rovigo)									
Venecia Julia	—	—	5	100	—	—	28	2	137
<i>Valle del Po</i>									
Bolonia	5	—	5	—	—	—	—	2	35
Cremona	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Ferrara	19	—	5	—	2	—	1	—	37
Mantua	15	—	2	—	—	1	—	1	63
Módena	—	—	—	—	—	—	—	—	2
Parma	—	—	2	—	—	—	—	—	15
Pavía	25	5	8	—	4	—	—	2	80
Piacenza	—	—	3	—	—	—	—	—	13
Reggio Emilia	8	—	2	—	1	—	—	—	16
Rovigo	3	—	2	—	—	—	—	1	15
Valle del Pó	75	4	29	—	7	1	1	7	276
Romana	—	—	1	—	—	—	—	1	3
Toscana	—	2	70	—	—	—	1	24	137
Las Marcas	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Umbria	—	1	6	—	—	—	—	1	17
Lacio	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Mezzogiorno	—	—	3	—	—	—	—	—	7
(excepto Apulia)									
Apulia	2	—	1	—	—	—	7	1	29
Sicilia	3	—	4	—	—	—	9	5	24
Cerdeña	—	—	—	—	—	—	—	2	3
	83	8	141	100	10	1	28	53	726

N. B. – El cuadro de la página anterior sólo tiene un valor muy aproximativo. Los datos con los que ha sido establecido están tomados de la *Historia de la revolución fascista*, de Chiurco, historiador oficial del partido, y son muy poco homogéneos. En esta publicación se habla, a menudo, de destrucción de «todas las organizaciones rojas» de una localidad o de una zona, sin más precisiones. La destrucción de un solo edificio –Casa del Pueblo, Bolsa del Trabajo– comportaba la de todas las organizaciones que tenían su sede en él, pero nunca hemos podido tenerlo en cuenta, excepto para el caso de Turín. Si se hubiera podido integrar estos datos estadísticos para todas las localidades y. regiones, la penúltima columna, la de los sindicatos obreros, se hubiera incrementado en varias decenas de unidades. El total de organizaciones de todo tipo destruidas durante el primer semestre de 1921, es, sin duda alguna, superior en algunos centenales de unidades al que nosotros hemos podido establecer. Incluso la investigación publicada a principios de 1922 por el partido socialista, investigación que por otra parte ha sido copiada a Chiurco, es muy incompleta, pues a veces renuncia a enumerar las violencias y las destrucciones fascistas, sobre todo en lo que respecta a Venecia Julia, las provincias de Ferrara, Rovigo, etc. «Los informes que hemos utilizado –dice el prefacio de esta Investigación– sólo llegan hasta el mes de mayo o junio de 1921; y aún, en esta época, faltan las Romañas, la provincia de Módena, una gran parte de la Toscana, de la Umbría, del Lacio, de las provincias de Mantua, Piacenza y Parma». Este cuadro no incluye las simples «expediciones de castigo», que en este período se cuentan por millares, ni las violencias sobre individuos, ni los simples cierres de locales, ni las dimisiones forzadas de las municipalidades, ni las destrucciones de casas o almacenes privados, ni los destierros, ni las restantes formas de terrorismo.

* * *

Las «expediciones», que no tienen nada que «castigar», como no sea la propia existencia de una masa de trabajadores salida de la ignorancia y de la servidumbre, se multiplican desde finales de febrero y alcanzan inmediatamente un grado de violencia inaudito. Matteotti y las Bolsas del Trabajo dan a los trabajadores esta consigna: Permaneced en vuestras casas; no respondáis a las provocaciones. Incluso el silencio y la cobardía son, a veces, heroicas. Esta actitud no desarma, en absoluto, a las escuadras fascistas, que atraviesan la zona en camiones proporcionados por los agrarios, o prestados por la comisión de requisa de cereales, cuyos servicios son cubiertos por la autoridad militar.

Las «ligas» son cerradas o destruidas y las municipalidades socialistas tienen que dimitir; éste es el caso, por ejemplo, de la de Occhiobello –una de las primeras localidades afectadas por la propaganda socialista– que, en marzo, debe renunciar a su mandato; sin embargo, había sido elegida, en noviembre de 1920, por 1.100 votos contra los 160 que consiguieron las otras listas. Esta renuncia no preserva, sin embargo, a este municipio de nuevas expediciones; el 1.º de mayo, la Bolsa del Trabajo y la Cooperativa son incendiados por los fascistas llegados de todas partes en camiones. «Todos los días –señala Chiurco–, caen nuevas Bolsas del Trabajo y nuevas organizaciones».

Las escuadras fascistas pueden estar orgullosas de su obra: ya no existe o no funciona ni una sola organización sindical o cooperativa; hay decenas de muertos; más de mil casas particulares han sido incendiadas y más de trescientas saqueadas e incendiadas. Los agrarios han ganado la partida. Giacomo Matteotti lo expone en un nuevo discurso en la Cámara:

«Toda contextura de vida civil ha sido destruida; todo municipio está aislado de los demás y lo mismo sucede con los trabajadores; la lucha agraria también está perdida. Los campesinos, uno tras otro, piden trabajo a los patronos y la Bolsa del Trabajo de Rovigo, que había sido ya anteriormente invadida y materialmente destruida, se ha disuelto a principios de abril».

Desde Ferrara y el Polesino, la ola sube hasta Venecia. Entre febrero y mayo son destruidas las Bolsas del Trabajo de Vicenza, de Padua, de Belluno, de Udine, capitales de provincia, así como las de otros centros de menor importancia. Las expediciones toman cada vez más —aquí y en todas partes— el carácter de verdaderas operaciones militares. El 10 de abril, por ejemplo, tiene lugar una brillante «expedición de castigo» en Mossano (Vicenza).

«Alrededor de cuatrocientos fascistas se concentran en esta localidad, venidos especialmente de Vicenza, Montegaldello, Poiana y Noventa. Invaden la localidad por distintos lados simultáneamente, arrasándolo todo a sangre y fuego. Siete casas son asaltadas y todo lo que hay dentro es destrozado y quemado; algunas de ellas son incendiadas. Se dan numerosas *bastonature* (palizas).»

El 24 de abril tiene lugar otra «brillante expedición» a Poiana, también en la provincia de Vicenza.

«Los fascistas, subidos en seis camiones, invaden el lugar, ocupan la Cooperativa roja y el teatro e infligen un severo castigo a los asesores y consejeros municipales socialistas, en sus propias casas. Los gendarmes obligan a los fascistas a alejarse».

Pero vuelven cinco días más tarde.

«El 29 llega a Poiana un camión lleno de fascistas que, después de haber cortado los hilos telefónicos, pueden llevar a cabo su acción sin ser molestados. El alcalde es molido a palos y su casa es incendiada».

El 10 de mayo, los fascistas de Udine efectúan una expedición en camión contra Pordenone, donde son recibidos a tiros de revólver y con bombas. Uno de ellos, un estudiante de dieciocho años, ex legionario de Fiume, resulta muerto y otros son heridos.

«Los fascistas, reforzados con importantes grupos de las zonas vecinas, obligan a los subversivos a retirarse cerca de allí, al pueblo de Torre, que es rápidamente sitiado; en ésta ocasión se utilizan ametralladoras e incluso un cañón. Se entabla una refriega en la que intervienen las tropas de la guarnición de Udine para secundar la acción de los fascistas y, de esta manera, es tomada la fortaleza bolchevique.»

La acción se extiende, gracias a la participación de escuadras llegadas de Vittorio Véneto, Friul, Venecia y Trieste.

«En los días siguientes continúa –dirigida por Giunta (jefe del fascio de Trieste)– la obra de reducción de la provincia, con la devastación de locales rojos (socialistas) y negros (católicos populares), registros y detenciones.»

A través de estas provincias, el territorio ocupado por los fascistas se extiende, por el este, hasta la Venecia Julia, ya conquistada anteriormente y, por el oeste, hasta la región de Trento y el Tirol, qué, al revés que la anterior, resistirá hasta la víspera de la marcha sobre Roma.

La provincia de Pavía, situada entre la Emilia y el Piamonte, es una provincia totalmente agrícola; el distrito de Mortara Lomellina pertenece a esta región de arrozales que abarca todas las llanuras de la provincia de Novara. Aquí es aún más estrecha, si cabe, que en las otras provincias del valle del Po, la relación entre el desarrollo del fascismo y la lucha de los agrarios contra los sindicatos «rojos» y sus oficinas de colocación. En este distrito, en las elecciones de noviembre, los socialistas han vencido en 45 de los 50 municipios y han conseguido los catorce escaños del consejo provincial. En Mortara, ya antes de las elecciones, los industriales, entre los que hay dos multimillonarios, grandes beneficiados de la guerra, habían organizado escuadras de golfos armados, a los que pagaban 40 francos al día, que se dedicaban a aterrorizar la ciudad. En febrero de 1921, surgió el fascio, sobre todo por iniciativa de elementos de fuera, de un coronel desmovilizado, un estudiante de Pavía, Lanfranconi, que será uno de los primeros diputados fascistas, y de otros desclasados de toda laña. Todos ellos son recibidos con los brazos abiertos por agrarios e industriales, que les proporcionan unos

considerables medios financieros. Como en el Polesino, en esta época finaliza el contrato de trabajo de los asalariados agrícolas. Los obreros están bien organizados; se apoyan en una sólida red de municipalidades, ligas, cooperativas y no hay ninguna posibilidad de vencerles en el terreno legal. Las escuadras fascistas se constituyen rápidamente y entran en acción. Las autoridades les protegen porque, como revela Chiurco, «el sub prefecto de Mortara simpatizaba con ellos», y en el distrito vecino, Voghera, «el sub prefecto, también simpatizante del fascismo, era él padre de un fascista ferviente». Todos los agricultores de la zona pagan un impuesto; los grandes, 4 francos, y el resto, 2 francos por *pertica* (medida agraria local equivalente a 796 m²). Todos pagan religiosamente, porque saben de sobra que la victoria sobre las organizaciones obreras hará que este dinero sea recuperado con un amplio beneficio. Algunos meses más tarde, todo el «sistema» de instituciones obreras está destruido por completo.

Sin embargo, no hay nada posiblemente que haya superado en violencia y crueldad a la acción del fascismo en la gentil Toscana. En esta región el proletariado agrícola es menos numeroso que en Emilia (12,80 % de la población total en vez de 23,20 %); la forma dominante de explotación rural es la aparcería, que emplea a un poco más de la mitad de la población agrícola. Socialistas y populares se disputan la influencia sobre los aparceros, y la ofensiva fascista, que tiende a reforzar el derecho de los propietarios, ataca tanto a las ligas «blancas» como a las «rojas». Una de las primeras «expediciones de castigo» en Toscana tuvo lugar, incluso, contra colonos «blancos» del Mugello; el 14 de diciembre de 1920 es asesinado un campesino en San Piero a Sieve. Cuatro jefes fascistas, denunciados por haber participado en el asesinato, son interrogados y dejados luego en libertad; dos de ellos, el ex capitán Chiostrì y el ex teniente Capanni, serán aceptados como candidatos de los fascistas en la lista del bloque nacional y elegidos diputados, algunos meses más tarde, en las elecciones de mayo de 1921. La acción fascista tiene su epicentro en Florencia, donde estalla, sobre todo a partir de finales de febrero; el 27 es arrojada una bomba contra un desfile de fascistas, y éstos matan, por la noche, a un dirigente comunista, Lavagnini; al día siguiente se declara la huelga general y se producen disturbios en el barrio popular de San Frediano, donde se levantan barricadas. Un joven fascista, Berta, hijo de un industrial, tropieza con un grupo de manifestantes, que le apuñalan y le arrojan al Arno. En las afueras de la ciudad, los obreros levantan barricadas para defender los locales de sus organizaciones.

En Scandicci, los gendarmes y los fascistas son recibidos con disparos de fusil y bombas, y tienen que retroceder y abandonar su camión, que es incendiado; Pero vuelven al ataque.

«Sobre el puente que conduce al pueblo, encuentran las primeras barricadas. El capitán de los gendarmes toma la iniciativa de ordenar el fuego. La artillería y los coches blindados entran en acción y echan abajo las barricadas, resultando deteriorado el puente. La fuerza pública y los fascistas consiguen, de esta forma, penetrar en el pueblo; emplazan los cañones ante la Casa del Pueblo y disparan contra ella, destruyéndola en parte.»

Entonces, los fascistas, que encuentran el camino libre, asaltan el ayuntamiento y se llevan triunfalmente a Florencia las armas y las banderas rojas». En Bagno a Ripoli, los *bersaglieri* utilizan ametralladoras; en Pontedera se utilizan cañones; en todos los barrios populares se producen choques violentos. Los soldados y los gendarmes, al volver de sus incursiones, son aclamados por la multitud. En todas las localidades se crea entre los trabajadores un estado de ánimo mezcla de exasperación y de terror, razones por las cuales los fusiles salen a relucir con gran facilidad. Una psicosis defensiva, casi de animal acorralado, provoca en distintos lugares enfrentamientos de una violencia inusitada. Así ocurre, por ejemplo, en Empoli, cerca de Florencia, donde se anuncia la llegada de los fascistas. Todo el pueblo está aterrado, y en cuanto dos camiones se acercan a las primeras casas, son alcanzados por una ráfaga de disparos; se tira contra ellos desde todas partes; algunos, desde los tejados, les arrojan tejas; otros, desde las ventanas, lanzan recipientes y todo tipo de proyectiles. Los invasores no eran más que mecánicos de la marina, bien vestidos, que se dirigían a Florencia para reemplazar a los ferroviarios en huelga. Uno de los camiones es incendiado y el otro se salva a duras penas; esta carnicería, de la que resultan ocho muertos y una docena de heridos, da lugar a escenas salvajes. Poco después, se lleva a cabo una concentración de escuadras fascistas y de tropas, que invaden la localidad e incendian la Casa del Pueblo. Dos días más tarde, el 4 de marzo, en Siena, los fascistas atacan la Casa del Pueblo, donde se han atrincherado algunos obreros. Los fascistas y los gendarmes, junto con 200 soldados, rodean la casa. Después de varias horas de lucha, «se emplazan las ametralladoras y se hacen dos disparos con cañones del 63, contra el edificio; sus defensores, después de un último asalto, se rinden, izando bandera blanca».

Los fascistas pueden entonces acabar su obra: la Casa del Pueblo es incendiada «gracias a la gasolina proporcionada gratuitamente por varias personas, una de las cuales es el caballero Morelli, del consorcio agrario». La ola destructora del fascismo se extiende rápidamente por toda la región, gracias sobre todo a la colaboración activa de los fascios de Florencia, Pisa y Siena. Las Bolsas del Trabajo de los centros más importantes son incendiadas: en Lucca, el 31 de marzo; en Arezzo, el 12 de abril; en Prato, el 17 de abril; en Pisa, el 2 de mayo, y en Grosseto, el 28 de junio.⁴³ Las escuadras fascistas organizan también la conquista de Umbría: entre el 22 de marzo, en que son incendiadas la Bolsa del Trabajo y todas las instituciones obreras en Perugia, y el 26 de abril, en que ocurre lo mismo en Terni, esta región pasa, por entero, bajo el control de los fascios.

⁴³ Sobre la acción escuadrista en Toscana (provincias de Florencia, Grosseto, Arezzo, Siena, Pisa), Cf. *Fascismo. Inchiesta socialista sulle gesta dei fascisti in Italia*, Milán, Soc. Ed. Avanti, 1922. El conflicto de Foiano della Chiana (17 de abril de 1921) tuvo una gran resonancia. Según Chiurco (t. III) unos autocares fascistas salidos de Florencia al alba del 17 «para efectuar una gira de propaganda por la región» fueron atacados, cuando regresaban, a un kilómetro de Foiano: tres fascistas resultaron muertos y varios heridos. Los hechos, en realidad, se desarrollaron de muy distinta manera. La «gira de propaganda» del 17 había sido precedida por otra expedición el 12 de abril. Uno de los participantes cuenta que aquel día «una. cincuentena de escuadristas, junto con algunos fascistas de Arezzo, fueron con los camiones desde Arezzo hasta Foiano della Chiana, donde ocuparon la cooperativa roja y distribuyeron gratuitamente entre la población las mercancías que había en ella» (Bruno Fraloni, *Squadrisimo fascista*, Florencia, Vallecchi, 1933). Nueva expedición el 17. Durante esta «gira de propaganda», la sección comunista del Pozzo fue destruida. «Semejante destrucción exasperó los ánimos. La noticia llegó hasta Foiano, que está situado a algunos kilómetros de Pozzo. Previendo que iban a ser objeto de nuevas violencias, muchos de los trabajadores se alejaron de la aldea» (*Fascismo, Inchiesta socialista*). Los escuadrillas llegaron a Foiano hacia las 8. Según el relato de Frollini, «no se encontró a ningún elemento subversivo, pues todos ellos, prudentemente, se habían marchado». Los fascistas fijaron algunos manifiestos en las paredes y después se fueron a Marciano. Allí, «se administraron algunos golpes» y cogieron la bandera roja del municipio. El secretario de la sección comunista local, antiguo arditio, fue subido al camión y después «se le hizo bajar, y con un buen par de bofetadas, se le tiró al suelo». Una tormenta de granizo obligó a los fascistas a volver a Foiano, desde donde algunos volvieron a bajar en camión. Fue entonces cuando un grupo de campesinos, armados de fusiles y hocinos, les atacó. Los malos tratos infligidos a los cuerpos, de los que habló toda la prensa fascista, fue de cabo a rabo un rumor montado por ellos. El episodio se redujo a una batalla entre campesinos exasperados y escuadristas que recorrían la región, armados, para llevar a cabo una de sus habituales «expediciones de castigo». Las «represalias» fueron terribles. Según el propio Chiurco, una veintena de escuadristas de Siena, después de haber recibido «armas y municiones del distrito militar», salen hacia Florencia y llegan a Foiano durante la noche del 17 al 18, al mismo tiempo que una escuadra venida de Perugia. Otras escuadras llegan durante la tarde del 18: una más de Siena y otras de Florencia, San Giovanni, Valdarno y Montevarchi. Sobre el propio terreno, en la aldea semidesierta, «se constituye un tribunal fascista y se ejecuta a algunos jefes responsables. (?)... Las casas de los campesinos cómplices de la trágica emboscada, son incendiadas» (Cf. G. Salvemini, *The Fascist Dictatorship*, Londres, J. Cape, 1925).

En el campo romano y el Mezzogiorno, la ofensiva fascista se desarrolla muy lentamente, salvo en Apulia, donde las organizaciones obreras son muy poderosas y el conflicto de clases muy agudo. En el Mezzogiorno, Apulia es una excepción: la agricultura hace unos progresos mucho más sensibles que en el resto; existen grandes empresas agrícolas industrializadas (trigo, vino, aceite) y, al mismo tiempo, un proletariado rural muy numeroso. Al igual que en Emilia, las cuestiones de los salarios, del mínimo de mano de obra empleada por hectárea y de las oficinas de colocación, son «vitales» para los trabajadores, y provocan frecuentes conflictos. No es, pues, una casualidad que Apulia sea la única región del Mezzogiorno que; conozca en seguida un movimiento fascista, análogo el que se ha producido en el valle del Po. Este movimiento tiene el mismo origen; la ofensiva de los agrarios persigue también el mismo objetivo, el restablecimiento de la omnipotencia patronal, y utiliza el mismo método, la destrucción de las organizaciones obreras. Ya antes de la guerra, los propietarios tenían a sueldo escuadras de «valientes», de *mazzieri* (de *mazza*, porra), encargados de hacer entrar en razón a los obreros recalcitrantes y de obligarles, el día de las elecciones, a votar por el candidato patronal. Estas escuadras estaban formadas, en gran parte, por gentes que habían tenido o que tenían problemas con la justicia, y a los que sus nuevas funciones aseguraban la impunidad, gracias a la colusión entre las autoridades y los agrarios, grandes electores y proveedores de las mayorías gubernamentales. La escuadra les protegía como el derecho de asilo en la Edad Media. En la posguerra, el desarrollo de las organizaciones obreras no permite la utilización de semejante método más que si es aplicado a una escala mucho mayor y con una organización y un armamento mejores. Los fascios surgen en Apulia para poner en práctica la nueva fórmula; muchos delincuentes son encuadrados en los fascios, dirigidos por estudiantes, oficiales desmovilizados, casi todos ellos hijos de propietarios o pertenecientes a esta pequeña burguesía del Mezzogiorno, muy pobre y hambrienta, pero tan ávida de prestigio y de honores. La acción fascista se dirige contra los centros urbanos, ya que en Apulia los campesinos viven concentrados en ciudades, de donde salen cada mañana para ir a trabajar en las grandes propiedades, a menudo a varios kilómetros de distancia, y adonde regresan cada noche. Cada mañana, el capataz del propietario va a la plaza de la villa a contratar a los obreros; antes, era él quien imponía el jornal, pero ahora tiene que soportar el control, al menos en parte, de la Bolsa del Trabajo local. Destruir la Bolsa del Trabajo es asestar un golpe mortal en la cabeza de la resistencia campesina. Por esto precisamente, cuando el 22 de febrero, en Minervino Murge, treinta fascistas penetran, por sorpresa, en la Bolsa del

Trabajo y la incendian, y cuando, al día siguiente, las escuadras fascistas se concentran en Bari para asaltar los centros obreros, la reacción es inmediata y violenta. Aquel día se celebraba, en Bari, el Congreso provincial de la Federación de Trabajadores de la Tierra, que proclama la huelga general. Los trabajadores ven que la negra miseria y la servidumbre de la que apenas acaban de salir, les acechan de nuevo; fascistas, *mazzieri* y agrarios no son más que una sola cosa y, en estos grandes pueblos donde todo el mundo se conoce, esto resulta evidente. La furia de los campesinos se dirige, por instinto, contra las fincas (*masserie*) de los propietarios fascistas; grupos armados recorren el campo para incendiarlas. Como en las épocas más lejanas, escuadras de *mazzieri* les persiguen a caballo y se entablan unas luchas feroces, que prosiguen durante la noche. Los trabajadores, exasperados, matan el ganado, arrancan los árboles, mientras que los fascistas asestan sus golpes, principalmente, sobre las organizaciones «rojas». Un artículo, aparecido en «*Il Popolo d'Italia*» el 25 de febrero, describe así la situación:

«Después de los sucesos de ayer por la noche, la excitación de la masa de campesinos es muy fuerte. Numerosos campesinos se han quedado en el pueblo —en vez de ir, como cada día, a su trabajo en las *masseries*— sin que ni siquiera los dirigentes de la Bolsa del Trabajo, destruida por las llamas, hayan proclamado la huelga general. Numerosos grupos de fascistas y de campesinos recorren las calles, aparentemente en calma, pero dispuestos a saltar unos encima de otros al primer incidente. Se vive en una atmósfera de angustia y se teme que, de un momento a otro, ocurra algo grave. Grupos armados recorren los campos para dar caza a los fascistas. La fuerza pública enviada aquí expresamente es ya insuficiente para mantener el orden en la ciudad. Es, pues, imposible que pueda patrullar por el campo, donde los campesinos se entregan a numerosos actos de represalia. Escuadras fascistas armadas se dedican a verificar el estado de las fincas atacadas por los socialistas y a vengar a sus padres y amigos.»

Y al día siguiente:

«Prosigue la agitación en Minervino Murge. La lucha en los campos es dura. En Terlizzi, esta noche pasada, ha sido incendiada la Bolsa del Trabajo. De Conversano llegan noticias de una extrema gravedad, diciendo que se está luchando en las calles, con bombas de mano. En Ceriñola, los leghisti (miembros de las ligas) han incendiado la *masseria* de los hermanos Caradonna, jefes del fascio.»

Pero la policía y la tropa intervienen en favor de los fascistas, para facilitar sus empresas y para defenderse de las represalias de los campesinos; la lucha se transforma rápidamente en una lucha desigual: entre los meses de marzo y mayo, de las Bolsas del Trabajo de Tarento, Barí, Corato, Andria y Barletta no quedan más que las paredes calcinadas. Los fascios constituyen los primeros sindicatos «económicos», se rompen los contratos de trabajo y los agrarios piensan imponer de nuevo su voluntad en el empleo de la mano de obra agrícola. Desde ahora, tienen en sus manos un arma terrible para concluir la destrucción de los sindicatos libres, pues los que se obstinan en permanecer en ellos no encuentran ni una sola hora de trabajo y están condenados –en un momento en que la emigración es prácticamente imposible– a morir de hambre, junto con su familia.

Así pues, a mediados de 1921, la «ocupación» fascista se extiende a toda la Venecia Julia, una parte de Venecia, todo el valle del Po, menos Cremona y Romaña, una gran parte de Toscana, Umbría y Apulia. En el Piamonte, el contagio ha alcanzado la provincia de Alejandría, sobre todo los distritos de Casale y de Novi Ligure y la zona de arrozales de la provincia de Novara. Las provincias de Como y Turín permanecen casi intactas, pero en esta última ciudad, el 25 de abril, los fascistas han conseguido ocupar e incendiar la gran Casa del Pueblo de Corso Siccardi, sede de la Bolsa del Trabajo y de todas las instituciones obreras, sin que haya habido ninguna reacción directa. Los comunistas, que, después de la escisión, controlan casi todas las organizaciones locales, y que a menudo habían desafiado a los fascistas a que atacaran la Casa del Pueblo, amenazándoles, a ellos y a los industriales que los subvencionaban, con la ley del talión, no han podido hacer otra cosa que declarar una huelga general de protesta, como se hacía en todas partes en tales circunstancias. Después de veinticuatro horas, los fascistas pueden retirarse con todos los honores y con el prestigio de una rotunda victoria, conseguida a bajo precio. Lombardía, salvo las provincias de Pavía y Mantua, se mantiene casi indemne. En su capital, Milán, el atentado del 23 de marzo en el Teatro Diana, en el que un artefacto, montado por los anarquistas, que querían protestar por el encarcelamiento de Malatesta, mata a 18 personas y produce un centenar de heridos, da lugar a represalias. Los fascistas atacan no sólo el periódico anarquista «*L'Umanità Nuova*», sino que además aprovechan para destruir e incendiar el nuevo local de «*Avanti*», el diario de los socialistas, que no tenían nada que ver con el asunto. Así, el nuevo local sufre, con dos años de diferencia, la misma suerte que el antiguo, que había sido incendiado por los *arditi* de Mussolini en abril de 1919. En las Marcas y el

resto de Italia central y meridional, el movimiento fascista acaba de empezar. Como se deduce del cuadro, aún incompleto, que acabamos de describir, durante el primer semestre de 1921, los fascistas han destruido en Italia 17 periódicos e imprentas, 59 Casas del Pueblo, 119 Bolsas del Trabajo, 83 Ligas campesinas, 151 Círculos socialistas y 151 Círculos de cultura. Casi todas estas destrucciones se producen entre marzo y mayo, y sobre todo en las zonas rurales donde los agrarios, gracias a los fascios, se vengan de las organizaciones obreras. Un periódico filofascista, *«Il Giornale d'Italia»* define, en esta época, el carácter esencial de la acción fascista, llamándola *«jacquerie burguesa»*.⁴⁴

En todas las regiones «invadidas» existen múltiples, y constantes complicidades que ligan la fuerza pública a los fascios. En Trieste, el 9 de febrero de 1921, los fascistas atacan diario *«Il Lavoratore»* y la policía interviene para detener a los comunistas que han intentado defender su diario y su imprenta. Los fascistas de Siena, que salen para una expedición a Foiano della Chiana reciben previamente armas y municiones en el Distrito militar. En general, no se preocupan por actuar abiertamente. Si las autoridades militares no se prestan, son los propios oficiales fascistas los que se encargan de subvenir a sus necesidades. Chiurco explica que en Tarento, por ejemplo, «bajo la responsabilidad del fascista Nicola Schiavone, subteniente del 9.º de Infantería, consiguen llevarse del polvorín del cuartel Rossarol una caja de granadas y 24 mosquetones modelo 21 de los almacenes militares de San Pablo, donde este oficial estaba arrestado. La fuerza pública no sólo facilita las armas, sino que a menudo participa en las «expediciones de castigo». He aquí lo que cuenta, a este propósito, un voluntario de guerra, Mario Cavallari, sobre lo que sucedió en la provincia de Ferrara a finales de marzo de 1921:

«Los fascistas son acompañados en sus expediciones por camiones de gendarmes que cantan también los himnos fascistas. En Portomaggiore, una expedición de más de un millar de fascistas siembra el terror, durante la noche: agresiones, incendios, bombas, allanamiento de casas, una matanza ante los ojos de la fuerza pública. Pero hay más todavía; a medida que los camiones cargados de fascistas van llegando, los gendarmes, que bloquean todos los accesos, les preguntan si están armados y, en caso contrario, les proporcionan armas y municiones. Los registros de las casas y las detenciones los llevan a cabo los fascistas. En la estación de Pontelagoscuro, durante dos días, un piquete mixto de gendarmes y fascistas registran a todos los que bajan del tren, que solo deja pasar a los fascistas».

⁴⁴ *Jacquerie*: nombre dado a las revueltas de campesinos franceses. [N. del T.]

Los testimonios en este sentido son innumerables y es imposible utilizarlos, incluso en una proporción muy modesta. He aquí, a modo de ejemplo, los que nos proporcionan dos escuadristas. El primero está tomado de las *Memorias de un fascista*, escritas en 1922 por Umberto Banchelli, uno de los jefes de las escuadras de acción del fascio de Florencia:

«El fascismo, hay que confesarlo, podía extenderse y tener las manos prácticamente libres porque en los funcionarios y en los oficiales latía un corazón de italiano y veían complacidos cómo salíamos en misión de socorro. Los suboficiales y los milicianos de un mismo cuerpo rivalizaban entre sí para ayudar al Fascio».

Veamos ahora una especie de confesión pública de un estudiante fascista, miembro de las escuadras de acción, que él mismo envía a un periódico comunista. Esta carta, escrita un poco más tarde, caracteriza bastante bien la situación desde el comienzo de la ofensiva fascista. Muestra los prejuicios, los odios, los intereses, en una palabra, los móviles esenciales que arman el brazo del jefe fascista, cuando éste no es simplemente un mercenario o un bandido:

«Tenemos con nosotros a los oficiales del ejército, que nos proporcionan las armas y las municiones. Somos potentes y estamos organizados de una forma inteligente. De esta manera, podemos organizar mejor nuestra acción, sin correr demasiados riesgos... Os hacemos desarmar por la policía antes de avanzar contra vosotros, no porque os tengamos miedo, puesto que os despreciamos, sino porque nuestra sangre es preciosa y no debe ser malgastada, contra la plebe vil y abyecta

». El autor de la carta expone, a continuación su concepción sobre el porvenir de Italia: «Italia no puede ser bolchevique. Italia no es un país industrial y es necesario que los obreros se conviertan en campesinos. Nosotros les haremos trabajar en la explotación de la fuerza hidráulica y les enviaremos a los campos, a cultivar las tierras donde reina la malaria; así, al mismo tiempo que se proporcionan riquezas al país, los obreros encontrarán en ello una ducha fría para sus ardores revolucionarios. Ya es hora de que acabe ese lujo de los campesinos, cuyas hijas se visten de seda, mejor aún que las damiselas más distinguidas de la burguesía.»

Después de señalar la falta de verdaderos jefes en las filas socialistas, añade:

«Si vosotros tuvierais un hombre verdaderamente fiel y capaz, no tardaríamos en encarcelarlo y –¿por qué no?– en suprimirlo, porque el fin justifica los medios.»

Este estudiante, hijo de agrarios, es el dirigente-tipo de una escuadra de acción fascista.

Es ya hora de preguntarse qué hace el gobierno, el Estado, frente a esta situación. Los funcionarios locales simpatizan, a menudo, con los fascios o con sus poderosos aliados. Y en Roma, Giolitti no piensa emprender ninguna acción en serio, ya que se propone disolver el Parlamento e incorporar a los fascistas al bloque nacional. En la Cámara, los socialistas empiezan a presentar órdenes del día para pedir al gobierno que haga respetar la ley. El 31 de enero de 1921, Matteotti presenta una moción en este sentido, la primera de una serie que se escalonará hasta el momento de la marcha sobre Roma.⁴⁵ Giolitti lo juzga todo desde el punto de vista de intercambio, del compromiso, del mano a mano. ¿Qué pueden ofrecerle los socialistas como contrapartida? La participación del gobierno, la única que podría interesarles, la que reclama desde hace mucho tiempo, es ahora más imposible que nunca. Los socialistas reformistas se reducen a una minoría dentro del partido socialista, incluso después de la salida de los comunistas. Los maximalistas siguen dominando en él y están preocupados, sobre todo en cubrirse, por su izquierda, contra los ataques de los comunistas, que les persiguen con una controversia rencorosa, cargada de una demagogia inmediata: la suerte del pueblo italiano no pesa suficientemente en la balanza.

La relación de fuerzas se vuelve totalmente desfavorable para el movimiento obrero y socialista que, paralizado por la crisis interna, agravada por la escisión de Livorno, tiene que luchar, al mismo tiempo, contra el ejército fascista, contra la burguesía industrial y sobre todo agraria, decidida a tomarse el desquite, y contra el Estado, cuyos órganos colaboran en el éxito de la acción fascista, ya sea por su pasividad frente a los crímenes, ya sea, como sucede a menudo, con un apoyo activo. Si se observa la situación, en sus factores reales, la inferioridad en la que acaba por encontrarse la clase obrera en Italia, frente a la ofensiva fascista, no tiene nada de inexplicable, de misterioso y ni siquiera de inesperado. Por lo demás, si en este momento, en el campo socialista, no se está de acuerdo sobre las razones de esta debilidad,

⁴⁵ Durante esta discusión en la Cámara, los comunistas presentan la moción siguiente: «La Cámara, considerando que el gobierno, en tanto que representante de una clase, no puede defender al proletariado. sino que, por el contrario, se ve obligado a utilizar la violencia para impedir sus ulteriores conquistas, pasa al orden del día».

el sentimiento de su existencia va penetrando, aunque de una forma no confesada, en un cierto número de dirigentes y de una parte de las masas. Sin embargo, la rapidez y la amplitud del derrumbamiento del «sistema» socialista, en las regiones en que este sistema tenía unas tradicionales y sólidas bases, no se explican totalmente por las causas descritas hasta el momento. Hay que añadir, además, el carácter *militar* de la ofensiva fascista, que por este motivo se asegura, desde el principio, una superioridad indiscutible, puesto que sitúa la lucha a un nivel en el que su adversario, más potente y superior en tantos otros aspectos, no tiene una preparación seria. La ofensiva fascista adquiere rápidamente y con un *crecendo* impresionante, el carácter de una *guerra de movimiento*. Al principio, la expedición contra una localidad no era casi nunca llevada a cabo por los fascistas de ésta, a menudo una pequeña minoría aislada y expuesta a represalias. Los camiones llegan del centro más próximo, cargados con gentes totalmente desconocidas en la localidad. Si los «rojos» son poderosos y si se teme que queden en el lugar demasiadas armas, incluso después de las *razzias* de la complaciente policía, se reúne una fuerza armada suficiente para aplastar al adversario que intentara defenderse. Se destruyen los locales de las organizaciones, se expulsa a los miembros del ayuntamiento y se mata o se destierra a los dirigentes; después de esto, el fascio local, hasta entonces casi inexistente, se engrosa con la adhesión de reaccionarios de toda calaña y de los que antes tenían miedo de los socialistas y ahora lo tienen de los fascistas. Para la conquista de los grandes centros, se movilizan las fuerzas de la provincia y, si es necesario, las de las provincias vecinas. Más tarde, la ofensiva toma la forma de acciones de gran envergadura; las expediciones se convierten en interprovinciales e interregionales y el ejército fascista, que con cada «ocupación» va ampliando sus filas, se concentra, se desplaza y, con una gran movilidad, conquista, una tras otra, las «fortalezas» enemigas.

De esta manera se crea una activa solidaridad entre las localidades, entre provincias y entre grupos de provincias; entre ellas se lleva a cabo un intercambio, permanente de ayudas, colaboración casi automática a la primera llamada, si una de ellas es amenazada o si hay que partir a, la conquista de un centro importante. Cada vez, más se ven en las expediciones binomios y trinomios de fascios, que adquieren la costumbre de operar conjuntamente: Trieste y Fiume; Bolonia y Módena; Bolonia, Módena y Ferrara; Brescia y Verona; Verona y Mantua; Florencia, Pisa y Siena; Casale, Alejandría y Mortara. Si hay que conquistar Grosseto, donde el fascio es débil, se empieza enviando de Florencia cuatro fascistas bien entrenados, para

animar y adiestrar a los fascistas locales. Después, se prepara la expedición; el secretario del fascio de Siena (se trata del propio Chiurco, autor de la *Historia de la revolución fascista*) «ordena que dos coches lleven la orden de movilización a los fascios situados en la línea Siena-Chiusi, para llevar a cabo una concentración en Grosseto». Pero los trabajadores de esta ciudad se apostan en los campos próximos para esperar allí a los fascistas. Cuando éstos llegan, su primer coche es detenido, se entabla un combate y los fascistas deben dar media vuelta, dejando un muerto sobre el terreno. Mientras tanto, llegan otras escuadras que acampan alrededor de la ciudad, todavía inaccesible. Llegan refuerzos de todas partes, incluso de Florencia y de Perugia, que están por lo menos a cien kilómetros de distancia; por la noche, se fuerzan las puertas de la ciudad, y Grosseto, donde no había apenas fascistas, es ocupada y pasa también bajo su control. Cuando los fascistas de Milán quieren hacer una expedición a Greco Milanese, centro comunista en las afueras, de esta ciudad, piden ayuda a los fascios de Emilia y Toscana, que les envían numerosas escuadras. Estas múltiples ayudas actúan como bola de nieve y, al tiempo que extienden su campo de acción, les permiten alcanzar objetivos bastante alejados y cubrir regiones enteras. ¿Cómo consigue la ocupación fascista extenderse, entre marzo y abril de 1921, a toda Umbría? Las oleadas provenientes de Florencia, Arezzo y Siena invaden Perugia; engrosadas con el aporte de Perugia, se lanzan sobre Foligno, Todi, Umbertide; desde Perugia, Foligno, Todi, Umbertide, Asís y Spoleto, llegan a Terni, último centro de la resistencia comunista; todo esto en algunas semanas. Los fascios tienen, al mismo tiempo, grandes posibilidades de concentración y de difusión. Cuando se inaugura un fascio; sobre todo en una localidad que todavía no ha sido conquistada, asisten a la ceremonia representantes de numerosos fascios, a veces muy alejados, lo cual, por sí mismo, provoca a menudo incidentes y «expediciones». En la inauguración del fascio de Casale Monferrato, por ejemplo, están presentes las delegaciones de los fascios de Turín, Biella, Vercelli, Milán y Génova. En cuanto a la irradiación de la acción, el fascio de Pisa organiza expediciones de castigo que afectan a un centenar de localidades de Toscana, algunas de ellas muy alejadas. El fascio de Parma envía sus hombres a Reggio Emilia, Ferrara, Módena, Milán, La Spezia, a varios centros de Toscana e incluso a Trieste y Fiume. Incluso los fascios de los centros pequeños tienen mucha movilidad e iniciativa. Para tomar un ejemplo, entre centenares de ellos, el fascio de Poggio Rúsco (Mantua), además de la acción que despliega en el territorio de su provincia, participa en las expediciones de Crevalcore (Bologna), Pozzolengo, Desenzano y Rivoltella (Brescia), Peschiera y Nogara (Verona) y

también en las de Bolonia y Verona en mayo de 1921; más tarde, llegará hasta Parma, Bolzano y Trento. Según Chiurco, un fascio muy pequeño de la provincia de Mantua «participa en innumerables expediciones y su actividad está probada por la suma de más de 300.000 francos gastada en gasolina para los transportes».

Por el contrario, no hay apenas ningún ejemplo de ataque socialista contra los fascios, o de antifascistas que se hayan trasladado de una localidad a otra, amenazada por los escuadristas. La acción socialista de la preguerra y el éxito socialista de la posguerra habían creado en Italia –en la época del teléfono y del ferrocarril– varios centenares de pequeñas «repúblicas», de «oasis» socialistas, sin comunicación entre ellos, como en la Edad Media, pero sin las murallas que entonces defendían a las ciudades. El socialismo era el resultado de la suma de varios millares de «socialismos» locales. La falta de una conciencia nacional elaborada, la total separación de los municipios en compartimentos estancos, han sido una desventaja muy grave para el socialismo italiano. El fascismo también se adapta a las condiciones locales, y por una especie de mimetismo, pero tiene sobre el movimiento obrero una gran superioridad: *su posibilidad, de desplazamiento y de concentración, basada en una táctica militar*. Los sesenta y tres municipios de la provincia de Rovigo, la provincia de Matteotti, todos en manos de los socialistas, son ocupados uno tras otro, sin que nunca se les ocurra la idea de unirse para poder disponer de unas fuerzas superiores en los lugares amenazados. Las campanas nunca han tocado, como en la época de la gran Revolución, para dar la alarma a los campesinos; en el valle del Po, el «miedo intenso» no ha hecho sino agravar el aislamiento. Los treinta o cincuenta fascistas armados que llegan a cada localidad son siempre más fuertes que los trabajadores del lugar. Los fascistas son casi todos *arditi* y ex combatientes, dirigidos por oficiales. Se trata, a menudo, de desarraigados, y como sucede en el frente, pueden vivir donde sea. Los trabajadores, por el contrario, se agrupan alrededor de su Casa del Pueblo, como antaño las casas de la ciudad lo hacían alrededor del castillo; pero el castillo defendía el pueblo, aunque al mismo tiempo le estuviera robando; en cambio, la Casa del Pueblo necesita ser defendida. Los trabajadores están ligados a su tierra, donde en el curso de largas luchas han realizado conquistas admirables. Esta situación deja en manos del enemigo todas las ventajas: la de la ofensiva sobre la defensiva, la de la guerra de movimiento sobre la guerra de posiciones. En la lucha entre el camión y la Casa del Pueblo, es el primero el que tiene que vencer y el que vencerá.

Por parte de los trabajadores hay además otras inferioridades de tipo psicológico, que les impiden incluso organizar la defensa o la «guerra de posiciones». El pueblo italiano no tiene tradiciones revolucionarias ni siente amor por las armas. Los que adquirieron esta afición en el frente, han sido rechazados hacia las filas fascistas. El militante obrero, por el solo hecho de sacar un revólver del bolsillo, se pone y *se siente* fuera de la ley. Hay que recordar cómo el sentimiento de estar *fuera de la ley* paralizó incluso a los artilleros de Hanriot que el 9 Termidor se encontraban ante la puerta de la Convención. El fascismo se siente protegido, está seguro de su impunidad, incluso cuando mata e incendia. Además, para los trabajadores, la Casa del Pueblo, la Bolsa del Trabajo, son el frutó de los sacrificios de dos o tres generaciones, todo su «capital», la prueba concreta del camino recorrido por su clase y el símbolo ideal del ansiado futuro. Los trabajadores están ligados a estas instituciones y dudan, sin quererlo, en utilizarlas como simple *material de guerra*:

No se transforma fácilmente una casa en fortaleza si uno siente mucho apego por ella. Por consiguiente, en los trabajadores italianos es imposible encontrar aquella voluntad demoníaca de los últimos, defensores de la Comuna, levantando una barrera de fuego entre ellos y los versalleses. Para los fascistas, la Casa del Pueblo no es más que un objetivo. Cuando las llamaradas se elevan por encima de estos bellos edificios, a los obreros se les destroza el corazón, invadido por una sombría desesperación, como paralizado por el horror, mientras que los asaltantes lanzan salvajes gritos de alegría. De estos «oasis» del socialismo que cubrían casi toda la llanura del Po, no queda, al final de la guerra civil, más que un sombrío desierto.

Si la resistencia obrera hubiera estado organizada, ¿habría podido cortar el camino al fascismo? Sin duda alguna, esta resistencia hubiera podido dificultar la expansión del fascismo; si en el balance de las expediciones fascistas se hubieran registrado, cada vez, fuertes pérdidas, los fascistas habrían renunciado a hacer del asesinato un deporte, según la fórmula utilizada por el propio Mussolini en abril de 1921, para definir algunas acciones de los escuadristas. Pero los factores militares del éxito fascista se convierten en decisivos en la medida en que la clase obrera y el movimiento socialista han perdido la partida en el terreno político. Los Sucesos que tienen lugar entre mediados de 1921 y octubre de 1922 demuestran mejor todavía que la inferioridad *militar* de la clase obrera italiana ha sido una consecuencia de una inferioridad *política*, debida a la atmósfera «maximalista» en la que estaba sumida. La acción fascista ha sido, mucho antes que las grandes

adunate, y que las grandes concentraciones, una acción de escuadras, de pequeños grupos, acciones en las que los *ARDITI* se habían entrenado mientras patrullaban en el frente. Sin embargo, el maximalismo italiano era un maximalismo de masas inarticuladas, caóticas, sin cohesión de espíritu, ni de perspectivas. Todo el mundo se sentía seguro en el seno de las grandes masas, atravesadas como por movimientos peristálticos y sumidas en una especie de euforia alegre, insolente y fácil. Era el hormiguero a merced de la legión. Por otra parte, incluso organizada, la lucha sólo podía decidirse en Roma y en vistas al poder. La impotencia en traducirse en el terreno político condenaba de antemano la acción armada de la clase obrera, aun cuando hubiera podido organizarse y aun cuando esta misma impotencia no les hubiera impedido, a su vez, organizarse.

Animado y arrastrado por la relativa facilidad de su obra, y pudiendo poner en juego el doble resorte de la legalidad y de la ilegalidad que los socialistas les permiten utilizar al mismo tiempo, el movimiento fascista adquiere, durante el primer trimestre de 1921, una expansión prodigiosa que ya no se detendrá. En el mes de julio de 1920, los fascios existentes son, según se declara, 108, «constituidos o en vía de constitución». Hacia mediados de octubre, algunas semanas después de la ocupación de las fábricas, son 190; *a finales de año, sobrepasan los 800*; alcanzan el millar en febrero de 1921; en abril se constituyen 277 nuevos fascios, y 197 en mayo; en noviembre, en el Congreso del partido, se cuentan 2.300. En la clase obrera, paralizada por la escisión política y por la crisis económica, el retroceso es evidente. En Turín, los industriales pasan a la ofensiva y aplastan una huelga en la *Fiat* y en las fábricas *Michelin*,⁴⁶ los obreros tienen que rendirse sin condiciones, y en estas

⁴⁶ A finales de enero de 1921, la dirección de la *Fiat* anuncia que tendrá que despedir por lo menos al 10 % de los obreros, es decir, a 1.300 sobre 13.000. Se vio una posible solución en la reducción del horario semanal a cuarenta y cuatro horas y el despido de aquellos que podían ganarse la vida por otros medios. De esta forma, son despedidos alrededor de 500 obreros. Para salvar a los demás, las comisiones internas hacen que se acepte un horario semanal reducido a cuarenta horas. G. Agnelli y el ingeniero Fornaca señalan que existen pedidos de material de guerra que si fueran aceptados resolverían la crisis. Las comisiones internas se niegan a fabricar más armas de guerra. Hacia mediados de febrero, la dirección de la *Fiat* propone que la semana de trabajo sea reducida a veinticuatro horas: únicamente bajo esta condición podrán evitarse los despidos. La comisión ejecutiva de la Bolsa del Trabajo de la sección metalúrgica y los representantes de la sección comunista rechazan, el día 15, toda reducción de horario por debajo de treinta y seis horas semanales y piden la intervención de los órganos centrales del sindicato. El mismo día se envía una carta a la dirección de la *Fiat*, en la que se le invita a diferir toda aplicación, incluso parcial, de las reducciones de horarios proyectadas. La dirección replica en seguida: «La gravedad de la crisis actual, de la que la Federación (de la metalurgia) no parece haberse dado exacta cuenta, no permite en absoluto seguir utilizando procedimientos dilatorios... De todos modos, antes de mañana a mediodía daremos instrucciones precisas en vistas a la reducción del personal y del horario de trabajo. El 16 por la mañana, los representantes obreros tienen una entrevista con Agnelli para pedirle que suspenda las medidas anunciadas en espera de la intervención de los órganos centrales.

fábricas, en las que unos meses antes había ondeado la bandera roja y donde todo el movimiento de la mano de obra pasaba por la comisión obrera, los patronos eliminan, ahora, a los «indeseables». Giolitti se frota las manos. Imagina que una vez liquidada la ocupación de las fábricas, firmado el Tratado de Rapallo, solucionado el asunto de Fiume y suprimido el precio político del pan, puede permitirse dar una buena lección a los socialistas y liberarse, al mismo tiempo, de la excesiva presión de los populares. Disuelve la Cámara, con la esperanza de que las nuevas elecciones reducirán los efectivos parlamentarios de estos dos partidos. «Sigo siendo el amo –piensa– y después incluyo a los socialistas en el gobierno, conmigo.» Para que esta operación tenga éxito, es necesario que los socialistas y los populares estén debilitados en todo el país y que el terror del fascismo les empuje a aceptar sus condiciones. Deja, pues, que reine el fascismo, que sea apoyado por la fuerza pública, que el ministerio de Guerra le proporcione cuadros y que las autoridades militares le faciliten armas. Su ministro de Justicia, Fera, un francmasón, envía una circular a la magistratura, invitándola a olvidarse de los expedientes contra los actos criminales de los fascistas.

Buozzi llega, procedente de Milán, y se muestra partidario de oponerse a los despidos y a la fabricación de material de guerra y sugiere que se plantee la cuestión en un terreno puramente técnico. Aquella misma tarde, en la reunión de las comisiones internas, una minoría de los delegados de taller y los grupos comunistas de la fábrica piden que Buozzi sea excluido de las negociaciones. La asamblea vota un orden del día en el que se afirma que la crisis ha sido provocada artificialmente por los industriales, a los que se desafía «a despedir a quienquiera que sea». Se rechaza «la reducción del horario a menos de treinta y seis horas semanales» y «toda proposición de trabajar en la elaboración de material de guerra». Las discusiones con la *Fiat* culminan en un acuerdo sobre la base de las treinta y seis horas semanales, que evita los despidos. El día 17, la asamblea de los delegados de taller acepta este acuerdo, así como una experiencia de contrato colectivo a destajo. Pero algunas semanas más tarde, el conflicto renace. La dirección de la *Fiat* vuelve a la carga a propósito de los despidos, y anuncia, el 3 de abril, el cierre de sus establecimientos «ante la oposición sistemática de las organizaciones obreras y de las comisiones internas a los despidos impuestos por las circunstancias y ante el mantenimiento abusivo en las fábricas de numerosos obreros despedidos». El día 5, los establecimientos *Fiat* son ocupados por el ejército. Sin embargo, la dirección declara abiertamente su intención de modificar el régimen interno de la fábrica. «Juzga que es indispensable regular mejor la organización interna del trabajo y, en consecuencia, tiene la intención de ejercer la disciplina y la autoridad en el interior de la fábrica, únicamente por los órganos que le son propios, sin que nadie se interponga arbitrariamente.» Exige la abolición del reglamento provisional concluido en octubre de 1920, después de la ocupación. El *lock-out* empieza. El 23 de abril, la *Fiat* propone un acuerdo que los obreros no aceptan. La empresa abre entonces las inscripciones, y con tal éxito, que, el 6 de mayo, la organización tiene que invitar a los obreros a reemprender el trabajo, cosa que, por su parte, había ya hecho la mayoría de ellos. En la empresa *Michelin*, el conflicto se originó por las mismas razones: los obreros se oponían a los despidos y llevaban a cabo la huelga intermitente. En las prensas se interrumpió el trabajo cuando éstas estaban aún cargadas. La empresa hizo ocupar el establecimiento por el ejército. También en este caso el *lock-out* provocó la derrota total de la organización obrera, hacia finales de mes.

Las municipalidades socialistas, atacadas por los fascistas, son disueltas por decreto ministerial «por razones de orden público»; esto ocurre con la de Bolonia el 2 de abril y con las de Módena, Ferrara, Perugia y centenares más, poco después. Los fascistas entran en el bloque nacional, figuran en sus listas. Al mismo tiempo, su acción terrorista es «legalizada»; el Estado «liberal» realiza, así, su primer e irreparable gesto de suicidio. Desde este punto de vista, Giolitti ha sido, en mayor medida que, Mussolini, el Juan Bautista del fascismo.

Socialistas, comunistas y populares permanecen fuera del bloque nacional y, contrariamente a las previsiones de Giolitti, la nueva Cámara es todavía más «ingobernable» que la primera. Las elecciones de mayo de 1921 no determinan grandes cambios. El total de votos socialistas y comunistas —con los resultados obtenidos en las nuevas provincias— sobrepasa incluso en unos veinte mil el número de votos conseguidos por los socialistas en 1919, el año «rojo». El número de votantes ha aumentado, respecto a 1919, en 700.000 (de los cuales hay 265.000 en las provincias *redente* —liberadas— que votan por vez primera) y la proporción ha pasado del 52 al 56 % del total de inscritos. Los dos partidos obreros conservan, entre ambos, aproximadamente las mismas proporciones que antes y únicamente sufren pérdidas en el valle del Po, donde las elecciones se han desarrollado en una atmósfera de terror. Incluso a escala reducida, la «campaña» electoral de los partidos obreros exige una cantidad de heroísmo extraordinaria. En las regiones «ocupadas» por los fascistas, los socialistas y comunistas apenas pueden celebrar reuniones, sobre todo en el campo; sus periódicos y sus boletines son requisados en todas partes, incluso en las oficinas de correos, y quemados. Los militantes conocidos tienen que alejarse de la localidad el día de las elecciones, o bien permanecer encerrados en sus casas.

Los antiguos cuadros de los partidos obreros no resultan afectados, salvo allí donde los fascistas impiden materialmente que se lleve a cabo la votación. Pero los partidos pequeños, como ocurre siempre en una situación política tensa, son arrastrados a la derecha y desaparecen. Sobre los 700.000 nuevos votantes, un poco más de una quinta parte son ganados por los populares y el resto por el bloque nacional. El desplazamiento se reduce, pues, a un poco más de medio millón de votos sobre seis millones y medio de votantes. Para los partidos obreros, esto significa la pérdida de una veintena de escaños: 139 en 1921 (123 socialistas y 16 comunistas) contra 156 en 1919, y puesto que, en la Cámara, el número de diputados ha pasado de 508 a 535, socialistas y comunistas no representan más que el 26 % del total de escaños, contra el 30

% en 1919. Sin embargo, el problema de la mayoría parlamentaria no se ha modificado sensiblemente: los socialistas y populares –estos últimos han ganado votos y una decena de escaños– siguen siendo los dos grupos más fuertes. La gran operación concebida e intentada por Giolitti ha fracasado completamente. Los fascistas resultan los verdaderos beneficiados de todo ello. Mussolini ha sido elegido en cabeza de la lista, en Milán y en Bolonia y la nueva Cámara cuenta con un grupo fascista de 35 miembros.⁴⁷

Sin embargo, la lucha no ha hecho más que empezar, y el fallo está aún lejano. Se ha producido un primer viraje a la derecha; los partidos obreros, ¿sabrán aprovechar la lección? Por el momento, no hay nada que haga preverlo. Los socialistas se felicitan por su «victoria», exaltada por *Avanti* con un gran titular: *Los proletarios de Italia han enterrado a la reacción fascista bajo un alud de votos rojos*. Los comunistas, más ciegos todavía, han dirigido su campaña mucho más contra los socialistas que contra los fascistas, dando la consigna siguiente: *Las elecciones de mayo de 1921 tienen que significar el proceso del Partido socialista*. Mussolini, con la insolente alegría de su triunfo, siente que se aproxima su hora, la que espera desde 1914, la hora de la venganza y del poder.

⁴⁷ Mussolini pensó en un principio en llevar a cabo una táctica que variase, según las condiciones y las relaciones de fuerza locales, «desde el simple apoyo a los partidos nacionales más próximos, hasta la formación de un bloque cuyo eje principal debía estar constituido por los fascistas, y la lucha a base de listas exclusivamente fascistas en las zonas definitivamente conquistadas» (*Il Popolo d'Italia*, 2 de abril de 1921). Casi inmediatamente se inclinó en favor de «la constitución de bloques nacionales». En un primer orden del día votado en Milán el 7 de abril por el Comité central de los fascios, Mussolini pone como condición que «los partidos, grupos y asociaciones que participen en los bloques acepten sinceramente el espíritu del movimiento y los puntos esenciales del programa fascista». Después de partir de esta posición relativamente intransigente, que le es más cómoda para pactar, presenta, el 15 de abril, un programa muy conciliador con las «agrupaciones económicas», exigiendo «el fin del colectivismo de Estado» y la protección aduanera de la industria; con los católicos, declarándose «bastante favorable a la limitación, si no a la abolición, del monopolio escolar del Estado»; con los ex combatientes, pidiendo «la solución definitiva de su situación»; y, finalmente, con las derechas nacionalistas, refiriéndose al discurso de política extranjera pronunciado en Trieste en febrero y tomando partido en favor de una política «de expansión pacífica en el Mediterráneo y al otro lado del Atlántico» (Chiurco).

Capítulo VIII

EL FASCISMO EN LA ENCRUCIJADA

En el informe que precedía al decreto de disolución de la Cámara, Giolitti había escrito:

«Una solución seria de los problemas sociales más graves será más fácil el día en que las clases trabajadoras hayan superado este período de vagas aspiraciones revolucionarias, que han sido y siguen siendo un grave obstáculo para el progreso. Sería lógico que los trabajadores invitasen a sus representantes a tomar parte activa en la vida política, en lugar de limitarse a una función puramente crítica».

Pero el resultado de las elecciones hechas contra los socialistas y contra los populares hace imposible la colaboración de estos dos partidos con Giolitti. Los socialistas le reprochan, además, su complicidad con los fascistas y la sangre que éstos últimos han podido verter impunemente; los populares están en contra suya por no haber llamado a los representantes de los sindicatos católicos, para participar en la Comisión de encuesta sobre la industria y por haber abandonado el proyecto de su propio ministro de Instrucción, Benedetto Croce, sobre las oposiciones de magisterio, proyecto en el que el Vaticano y los populares estaban muy interesados. Estos nuevos reproches, unidos a los ya existentes, levantan una barrera de rencor contra Giolitti, que debe renunciar así a la operación para la cual había celebrado las elecciones.

Giolitti no recibe ni siquiera el agradecimiento de los fascistas, que tanto le deben. La víspera de las elecciones generales, Mussolini escribió en su periódico que los bloques electorales «son, al mismo tiempo, una plataforma para el gobierno de mañana» y deben «proporcionar los hombres aptos para llevar el timón de Italia». Escribiendo esto piensa, sin ninguna duda, en un gobierno de coalición del que él formaría parte. Pero coalición ¿con quién? En mayo de 1920, en la Conferencia nacional de los fascios, que tuvo lugar en Milán, Mussolini hace los primeros tanteos del terreno en esta dirección. Se une a las «congregaciones económicas», pronunciándose contra toda experiencia de «socialismo de Estado», y proclamando que hay que «arrancar al Estado todas sus funciones económicas» y volver a situarlo «en el marco de la concepción manchesteriana»; tranquiliza a la monarquía, al ejército y a los conservadores dejando a un lado la «cuestión previa» en favor de un régimen republicano.

«El problema de la república no es un problema esencial, pues hoy en día no nos quedaríamos en una república democrática; si el pueblo tomara la iniciativa, iría mucho más lejos.»

No excluye la colaboración con los socialistas de derecha, si éstos «rectifican el tiro», e intenta ganarse a los populares haciendo votar, a pesar de un discurso anticlerical de Marinetti, una moción en favor de la enseñanza libre, que es una de las principales reivindicaciones de la Iglesia. En estos reajustes y estos cambios de programa, hay una nota dominante: un nacionalismo cada vez más exagerado. Por el momento, se atiene todavía a fórmulas que recuerdan aquella de D'Annunzio en las *Odas navales*:

«El pueblo italiano debe ser necesariamente expansionista; debe seguir una política audazmente marítima. El futuro de Italia tiene que estar en el mar».

Unas semanas más tarde, a principios de julio, precisa su programa de política exterior. En este terreno, el trabajo de revisión del programa fascista «del primer momento» está ya acabado. En marzo de 1919, en la reunión de la Piazza San Sepolcro, Mussolini había aceptado los principios de la Sociedad de Naciones, explicándolos de tal manera que no quedaba nada de su contenido original. Y ahora declara que «el fascismo no cree ni en la vitalidad de la llamada Sociedad de Naciones, ni en sus principios»; pide la revisión del Tratado de Versalles, quiere que Italia «se separe gradualmente del grupo de naciones plutocráticas occidentales» y se acerque a las «naciones enemigas» —Austria, Alemania, Bulgaria—, y que «reivindique», en el terreno colonial, «los derechos y las necesidades de la nación».

En febrero de 1921, en Trieste —ciudad en la que radican poderosas compañías de armadores que le han proporcionado importantes cantidades de dinero—, después de haber recordado el programa de julio de 1920, acaba su discurso con una frase grandilocuente:

«El destino quiere que el Mediterráneo vuelva a ser nuestro. El destino quiere que Roma sea de nuevo la ciudad que dirija la civilización en todo el Occidente europeo. Icemos la bandera del Imperio, de nuestro imperialismo».

Muchas razones empujan a Mussolini hacia el poder, pero en modo alguno el deseo de encontrar en él un ministerio cualquiera. Él entrará en la plaza por la puerta pequeña, si es necesario, pero es la política exterior lo que le apasiona, y es solamente en este terreno donde podrá satisfacerse su «voluntad de poder». Ese «imperialismo» que proclama es su propia política, que no puede ser realizada más que por él mismo. Pero ¿cómo llegar a él con la Cámara salida de las elecciones del 15 de mayo? Los socialistas y populares, que ocupan en esta Cámara aproximadamente la mitad de los escaños, están en contra de Giolitti; por lo tanto, sólo es posible pactar con ellos apartándose de él. Mussolini tiene, además, otras razones. En un gobierno de concentración, Giolitti jugaría el papel más importante y, dada su solidez y su astucia, desbarataría las ambiciones de Mussolini, que estaría comprometido a los ojos de los escuadristas sin haber alcanzado su objetivo. Una traición por nada es algo que no entra dentro de su estilo. Por ello, precisamente, durante la campaña electoral, ha tenido la precaución de separarse todo lo posible de Giolitti, y, una vez elegido, adopta una postura de clara oposición hacia él.

Mussolini, durante algún tiempo, proyecta derrocar a Giolitti para ser él quien forme un gobierno de coalición. La operación depende de los populares que, a su manera, siguen siendo demócratas y cuyos sindicatos exigen grandes reformas sociales. Mussolini prepara el terreno separándose ostentosamente de las derechas y sobre todo de los nacionalistas. Por ello hace que en el Consejo nacional fascista de Milán (2-3 de junio de 1921), éste vuelva a adoptar la fórmula republicana que había abandonado; al mismo tiempo, hace votar la autonomía del grupo parlamentario fascista respecto de los demás grupos y la abstención de los diputados fascistas en la sesión que abrirá la nueva legislatura, en la que el rey estará presente y leerá el discurso habitual. Guando por primera vez toma la palabra en la Cámara, el 21 de junio de 1921, Mussolini inicia la preparación de la gran maniobra política. Este primer discurso es furiosamente nacionalista; en él saca a relucir los problemas de Tessino, del Alto Adigio, de Fiume, de Montenegro, y rechaza, por entero, la política del conde Sforza, ministro de Asuntos Exteriores en el gobierno Giolitti. Al mismo tiempo, intenta más de una vez captarse a los populares: el fascismo «no predica ni practica el anticlericalismo», no tiene nada que ver con la francmasonería; acepta, en gran parte, las tesis de los populares sobre el divorcio, la libertad de enseñanza, la propiedad rural y la descentralización administrativa. Por encima de los populares, Mussolini se dirige al Vaticano; si el Papado, renuncia a sus sueños de poder temporal, el Estado debe proporcionarle «su ayuda y facilidades materiales para las

escuelas, iglesias, hospitales y todo aquello de que dispone una potencia profana». Al margen del problema de las relaciones entre los fascistas y el partido popular, está el de las relaciones entre Italia y el Vaticano; es necesario un acercamiento, una colaboración mutuas, «pues la tradición latina e imperial de Roma está representada por el catolicismo».

Otra parte del discurso de Mussolini está Consagrada a las relaciones entre fascistas y socialistas. Desde las primeras palabras, declara que su discurso será «netamente antidemocrático y antisocialista», y se entrega a una crítica contra ellos que incluso pretende ser doctrinal. Ya en un artículo del 14 de enero, había proclamado que «el capitalismo está apenas en el principio de su historia» y renueva su acto de fe ante la Cámara: «La verdadera historia del capitalismo empieza ahora».

Y puesto que el capitalismo está a la altura de su tarea, el Estado debe renunciar a todas sus funciones económicas: «Hay que abolir el Estado colectivista, tal como la guerra nos lo ha transmitido por la necesidad de las circunstancias, y volver al Estado manchesteriano». Mussolini no renuncia tampoco a resaltar su propio éxito personal: los socialistas, «después de siete años de turbulentas vicisitudes, ven frente a ellos, con la actitud orgullosa del hereje, al hombre que expulsaron de su iglesia ortodoxa». Tendrán que reconocer que se han equivocado de camino; que en el terreno de la violencia que ellos habían elegido, han sido y serán derrotados. No puede ser de otra manera, ya que las masas obreras «son, por naturaleza, me atrevo a decir, santamente pacifistas hasta el final (*pacifondaie*), porque ellas representan siempre las reservas estáticas de las sociedades humanas, mientras que el riesgo, el peligro, el gusto por la aventura han sido siempre la tarea, el privilegio de las pequeñas aristocracias». Existen los extremistas del socialismo, los comunistas.

«Les conozco muy bien, porque una parte de ellos son mis criaturas; reconozco, con una sinceridad que puede parecer cínica, que yo he sido el primero en infectar a esa gente, cuando introduce en la circulación del socialismo italiano un poco de Bergson mezclado con mucho de Blanqui.»

Pero esa gente, añade, ha digerido mal esta comida. Los fascistas hacen una distinción entre el partido socialista y la C.G.L.

«Nuestra actitud respecto a éste, que nunca ha sido una actitud de oposición, podrá modificarse inmediatamente si la Confederación, como tal –sus dirigentes piensan en ello desde hace mucho tiempo–, se separa del partido socialista. En estas condiciones, sería posible el desarme recíproco y Mussolini declara que lo desea, pues «si continuamos como hasta el presente, la nación corre un peligro real de precipitarse en el abismo».

Haciendo estas proposiciones, por lo demás tan prudentes y sometidas a tantas condiciones, Mussolini ¿es realmente «sincero»? Si estuviéramos condenados a responder a esta pregunta con un sí o un no, nuestra respuesta sería: *Sí*. No porque Mussolini vuelva, ni por un solo instante, a sus antiguos amores, ya que está persuadido de que la era del capitalismo apenas acaba de iniciarse y de que, como escribirá un mes después de su discurso; «la nueva realidad de mañana, repitémoslo por enésima vez, será capitalista». Las noticias que llegan de Rusia, donde reina el hambre, y donde la N.E.P. sustituye al «comunismo de guerra», le convencen de que, en todas partes, se está en plena restauración. Puesto que el futuro pertenece al capitalismo, el socialismo no tiene ninguna posibilidad de imponerse; se trata de elegir entre un pasado, casi muerto, y unas posibilidades ilimitadas de futuro; Mussolini ya ha elegido de antemano. Por otra parte, ¿qué arriesga con estos sondeos? Absolutamente nada. Si Giolitti obtuviera la colaboración de los socialistas, éstos entrarían en el gobierno con las banderas desplegadas e impondrían sus condiciones. Es precisamente por esta razón por lo que Mussolini, en su discurso, se declara «antigiolittiano, porque los amores entre Giolitti y el grupo parlamentario socialista no han sido, nunca tan asiduos como ahora». Pero si la combinación se hace bajo la iniciativa y el control de Mussolini, en la nueva casa los fascistas no serán los parientes pobres y los socialistas verán refrenadas sus exigencias. Además, Mussolini conoce bien la situación del partido socialista y sabe que éste no podrá obtener ningún beneficio de la operación. El partido socialista, en su gran mayoría, es contrario a la participación; y los comunistas, por su parte, le hacen una guerra sin cuartel. Si la derecha del partido, los dirigentes de la C.G.L., entran en el gobierno, perderán una parte de su influencia sobre las masas; y, en todo caso, tanto el partido como los sindicatos quedarán debilitados por una violenta lucha intestina. Debilitados en el país, ante las masas, los socialistas y sindicalistas reformistas estarán, al mismo tiempo, debilitados en el Parlamento. Por lo tanto, aunque el nuevo gobierno se forme sin ellos o con una parte de ellos, el proceso de disgregación del movimiento socialista no dejará de proseguir y

de agravarse. Mussolini ve, finalmente, que le es imposible orientar la política exterior de Italia en la dirección que él desea, mientras el país está desgarrado por la guerra civil. Si la guerra civil acaba, y los socialistas son empujados, vencidos y cada vez más divididos, a participar en el gobierno, entonces la ofensiva fascista habrá alcanzado, por lo menos, una gran parte de sus objetivos. Mussolini puede, pues, esperar tranquilamente la evolución socialista y desear «sinceramente» que ésta se haga en el sentido que él ha previsto y solicitado.

Giolitti, por su parte, prepara una solución análoga. Acaba de sofocar una huelga de los funcionarios de las Administraciones centrales, de Correos y Telecomunicaciones y de Hacienda, que sufren una derrota total y tienen que reemprender el trabajo sin condiciones y bajo la amenaza de severas sanciones. Pero, al mismo tiempo, ablanda a los dirigentes de la C.G.L. cediendo al «Consortio obrero metalúrgico», sociedad cooperativa de producción que es una emanación de la F.I.O.M., cinco grandes empresas del Estado: los arsenales de Nápoles y Venecia y las fábricas de armas de Terni, Génova y Gardone, con el fin de asegurar una gestión menos deficitaria de estos establecimientos, aligerando, de esta forma, el presupuesto del Estado. El «bolchevismo» italiano era realmente poco peligroso, puesto que, a finales de mayo de 1921, podían confiarse arsenales y fábricas de armas a la misma Federación metalúrgica que, ocho meses antes, había decidido la ocupación de las fábricas. Pero, como pieza maestra de la gran maniobra, Giolitti hace elaborar y aprobar por las comisiones parlamentarias nuevas tarifas aduaneras (proyecto Alessio) que marcan un momento crucial en la economía italiana. Unas barreras aduaneras elevadas van a «defender», de nuevo, la industria y la agricultura nacionales. Los dirigentes de la C.G.L. y los dirigentes industriales están de acuerdo en éste aspecto, pues la medida «crear trabajo» y permitirá, nuevamente, un cierto reparto de los superbeneficios entre capitalistas y obreros sindicados del Norte. Giolitti ha sentado, de esta manera, los fundamentos de la política económica que había seguido antes de la guerra y espera que esta «colaboración» económica conducirá a la participación de los dirigentes socialistas o, por lo menos, de los dirigentes sindicalistas en el gobierno. Pero no podrá recoger los frutos de su obra. Cinco días después del primer discurso de Mussolini, el gobierno Giolitti es derrotado en la Cámara ante un orden del día presentado por los socialistas, y al que se han asociado los fascistas.⁴⁸

⁴⁸ En la sesión del 26 de junio, después de un debate sobre la política extranjera del gobierno (defendida la víspera en la Cámara por el ministro Sforza), socialistas, comunistas, republicanos, Nitti y sus partidarios, liberales de derecha, fascistas y nacionalistas unieron sus votos contra esta

Sin embargo, una vez eliminado Giolitti, Mussolini está lejos aún de: tener el campo libre. En el interior mismo del movimiento fascista surgen obstáculos que se acumulan delante suyo en el camino hacia el poder. Un cierto malestar reina entre los cuadros a causa de su actitud respecto al Tratado de Rapallo y a la acción de D'Annunzio en Fiume. Por ello debe consagrar una parte del discurso que pronuncia en Trieste, el 6 de febrero de 1921, a su propia defensa.

«En noviembre de 1920, no podía pensarse en una revolución para anular un tratado de paz —el de Rapallo— que, bueno o malo, era aceptado por el 99% de los italianos... Tampoco era posible encerrarse en una oposición armada contra el Tratado, quedándose en un punto periférico de la nación, en Fiume.»

Y a los que le reprochan el no haber desencadenado un movimiento revolucionario para salvar a Fiume, Mussolini les responde con un resumen de sus concepciones tácticas en las que se pone de manifiesto su enorme superioridad, en éste aspecto, sobre los que le rodean, y también, sobre los socialistas que se llaman a sí mismos revolucionarios:

«Los fascios de combate —dice— nunca han prometido hacer la revolución en Italia, en el caso de un ataque contra Fiume, sobre todo después de la desertión de Millo. Yo, personalmente, nunca he escrito o hecho saber a D'Annunzio que la revolución, en Italia, dependía de mi capricho. La revolución no es una “caja de sorpresas” que se pueda abrir cuando se quiera... La historia, colección de hechos lejanos, enseña poco a los hombres; pero la crónica, esta historia que se desarrolla ante nuestros ojos, debería ser más provechosa. Pues bien,

política. El gobierno obtuvo una mayoría de 234 votos contra 200, pero esta mayoría se veía debilitada por las reservas hechas por el grupo de la democracia social, aunque éste hubiera votado en favor del gobierno. Al día siguiente, Giolitti hacía que el consejo de ministros presentara la dimisión, y rechazaba, a continuación, la oferta que le hacía el rey de encargarse de formar un nuevo gabinete. Bonomi, designado después de la negativa de De Nicola, presentó al rey, el 4 de julio, la lista de su gobierno, y obtuvo en la Cámara, después de una discusión que duró desde el 18 hasta el 23 de julio, la importante mayoría de 302 votos contra 136.

La dirección del P.S.I., en un principio, ante la petición del grupo socialista, había aceptado que «éste adoptara tinas actitudes tácticas tales que, descartando toda apariencia de colaboración, los diputados no pusieran obstáculos a priori a los esfuerzos que llevaran a cabo otros partidos en favor de una política sincera y duradera que acabase con el empleo de la violencia contra el proletariado». Pero inmediatamente, después de la presentación de Bonomi a la Cámara, la dirección del partido, asustada por haber tenido tanto valor —el valor de haber aceptado una eventual abstención del grupo con objeto de no hacer el juego de los fascistas—, ordenó votar en contra del gobierno Bonomi. Los diputados de la fracción Turati-Modigliani-Giulio Casalini, etc. protestaron: obedecerían «por disciplina de partido», pero dejando «a la dirección la entera responsabilidad de su actitud».

la crónica nos dice que las revoluciones se hacen con el ejército, y no contra él; con armas, y no sin ellas; con grupos organizados, y no con masas amorfas reunidas en mítines. Las revoluciones triunfan cuando la mayoría las rodea con un halo de simpatía, sin el cual se hielan y fracasan. En la tragedia de Fiume, el ejército y la marina no han desertado. Había un cierto revolucionarismo fiumeano de última hora que no llegaba a definirse del todo; abarcaba desde ciertos anarquistas hasta ciertos nacionalistas. Según algunos “emisarios”, se podría poner juntos el diablo y el agua bendita, la nación y la antinación, Misiano y Delcroix. Yo, que rechazo todos los bolchevismos, si tuviera que elegir uno, elegiría el de Moscú y el de Lenin, aunque sólo fuera porque sus proporciones son gigantescas, bárbaras, universales... No se podía, pues, liquidar un episodio de guerra civil—el de Fiume— desencadenando una guerra más amplia, en un momento como éste, y nadie es capaz de prolongar o de crear artificialmente situaciones históricas caducas y superadas».

A pesar de esta defensa, veremos cómo la cuestión de D’Annunzio y de Fiume será uno de los puntos de acuerdo de la oposición que se dibuja en las filas fascistas contra Mussolini. Pero la gran dificultad estriba, sin embargo, en la situación interior del país. ¿Cómo podría llegar Mussolini al poder por la vía legal, la única abierta por el momento, dada la atmósfera de guerra civil en que se encuentra Italia? Él ha contribuido más que nadie a crearla. Él es quien ha escrito en su periódico, el 28 de febrero:

«Está claro que los fascistas deben apretar filas, perfeccionar su organización en todos los sentidos, y, en cuanto se presente la ocasión, pegar a bulto, sin perderse en distinciones superfluas».

Y el 5 de febrero, después de la discusión en la Cámara sobre las violencias fascistas: «Sólo hay un remedio: ¡pegar fuerte! Esperamos que poco a poco, machacando los cráneos, se acabará desembriagando los cerebros».

Y el 13 de abril, dirigiéndose a los socialistas: «Estamos decididos a acortar vuestra triste agonía con un hierro, frío o caliente».⁴⁹ Y también el 4 de mayo, en el discurso pronunciado en Milán, en vísperas de las elecciones:

«Continuaremos golpeando, más o menos delicadamente, en los cráneos de nuestros adversarios, mientras sea necesario, hasta que la verdad encuentre el camino de sus cerebros».

⁴⁹ «Con una hoja fría o caliente» es una fórmula de D’Annunzio a propósito del puñal de los *arditi*.

En este momento, esta acción ha dado ya sus resultados más importantes: la organización obrera ha sido sensiblemente disminuida, el «enemigo» está en unos lugares reducido a la defensiva y en otros a la impotencia. La violencia fascista, prolongándose, corre el riesgo de comprometer el plan de Mussolini, de quitarle toda posibilidad de maniobra política. El 28 de abril, escribe un artículo en el que llama a los fascistas a la moderación:

«Es necesario que los fascistas no pierdan también el sentido de la medida, pues una pérdida semejante podría echar a perder una gran victoria. Cuando se ha vencido, es peligroso querer ir demasiado lejos en la victoria. El fascismo no debe contribuir a una renovación del *pus*⁵⁰ (*Partito socialista unificato*), de la misma forma que las innumerables estupideces de éste han contribuido al desarrollo del fascismo... Puesto que el *pus* ya no es nocivo, no hay por qué intimidar a la nación; por el contrario, hay que ayudarla a reemprender su penoso camino hacia la paz interior y exterior. El aviso, la orden del momento actual es la siguiente: si el fascismo pierde “el sentido de la medida”, perderá su victoria».

Estas preocupaciones determinan las sucesivas actitudes de Mussolini y explican por qué, en el momento en que se lanza, en ciertos medios parlamentarios y liberales, la idea de un «pacto de pacificación», Mussolini se adhiere a ella, ya que, de esta manera, puede alcanzar un doble objetivo: entrar en el gobierno y controlar, de nuevo, el movimiento fascista, que empieza a escapársele de las manos. La lucha en favor del pacto de pacificación es, a sus ojos; una lucha por el poder en el seno del movimiento fascista y, al mismo tiempo, una lucha por el poder en el seno del Estado.

Lo que sucede es que el movimiento fascista, que ha crecido enormemente, ya no es tan fácil de manejar. Sobre todo porque este rápido crecimiento se debe a su participación electoral en el bloque nacional, de tendencia netamente reaccionaria, y, especialmente, a la irrupción masiva de los elementos agrarios del valle del Po y de Toscana. Mussolini encuentra una primera resistencia a propósito de la presencia de diputados fascistas en la sesión inaugural de la nueva legislatura. Los elementos de derecha y los nacionalistas quieren participar en ella, para rendir homenaje al rey; y Mussolini quiere que el grupo de diputados fascistas se reserve y conserve una total libertad de acción. Estos mismos elementos son, al mismo tiempo,

⁵⁰ *Pus*: juego de palabras despectivo forjado por los fascistas a partir de la sigla P.S.U., partido socialista unificado. [N. del T.]

contrarios a toda reconciliación con los socialistas y proyectan la formación de un gobierno de concentración basado en la derecha. Mussolini intenta movilizar contra ellos, reavivando la «tendencia republicana», al fascismo de los primeros tiempos, los «viejos» fascistas contra los nuevos.

«Lo que le sucedió al *pus* en noviembre de 1919, escribe el 25 de mayo, nos ocurre también a nosotros, y esto es falta. En el fascismo se esconden las “ilustres cobardías” de gentes que tenían miedo de los otros y de nosotros; en el fascismo se han insinuado egoísmos rapaces y refractarios a todo espíritu de conciliación nacional, y no faltan los que han utilizado el prestigio de la violencia fascista para sus miserables intereses personales, o los que transforman la violencia, concebida como medio, en violencia que se convierte en finalidad en sí misma».

Y acaba su artículo con un llamamiento: *¡Fascistas de ayer, fascistas de la Acción, defended el fascismo!* Dos días después, «*Il Popolo d'Italia*» aparece con un gran titular: *¡Fascistas de toda Italia, adelante, contra todas las desviaciones, por el viejo camino!* El 29, Mussolini, amenaza con señalar a sus adeptos un nuevo blanco:

«¿Por qué el fascismo, después de haber golpeado a su izquierda, no iba a golpear un poco a sus enemigos de la derecha?»

Al mismo tiempo, insiste en que los fascios no se desarmen, en que «perfeccionen» la organización de sus escuadras de acción. Cuando el grupo parlamentario socialista anuncia su intención de pedir a la nueva Cámara una investigación sobre las violencias fascistas, Mussolini amenaza con una marcha sobre Roma... preventiva:

«A partir de este momento, los fascios del Lacio, de Umbría, de los Abruzzos, de Toscana y de Campania están moralmente obligados a concentrarse en Roma al primer llamamiento que hagan los órganos dirigentes de nuestro movimiento».

Una movilización armada contra una investigación parlamentaria: tal es la situación italiana a mediados de 1921.

Para llegar al poder, Mussolini quiere disponer de los recursos de la acción legal y de la ilegal. Por un lado, tiene que mantener el contacto con la masa fascista, con los escuadristas. Es necesario que éstos no sospechen demasiado pronto que el fascismo se está «parlamentarizando». Por ello, el 13 de junio,

los diputados fascistas, revólver en mano, expulsan al diputado comunista, Misiáno, de la Cámara, sin que ello provoque, por lo demás, ninguna reacción. En el país tiene lugar nuevamente, en junio y julio, un movimiento contra la carestía de la vida, y esta vez son los fascios los que toman la iniciativa. En Trieste, las escuadras fascistas suben a los barcos que llegan de Istria cargados de legumbres y frutas, y ordenan a los campesinos que los cedan a precios muy bajos. En Nápoles, imponen a los cafés y restaurantes una reducción de los precios del 50 %. En Florencia, las escuadras recorren las calles con letreros que dicen: *¡Productores y comerciantes! ¡Tenéis dos días para bajar los precios!* Los episodios de violencia se multiplican y, a menudo, los fascistas actúan por su propia cuenta, obligando a los comerciantes a pagar una cuota si quieren que no se les moleste. Mussolini lo aprueba, aunque hace al mismo tiempo algunas reservas para impedir que se impongan baremos, a fin de no alarmar demasiado a los prestamistas de fondos:

«No olvidemos, en este momento, uno de los postulados esenciales del fascismo: la supresión de todo pertrecho de guerra, de toda intervención del Estado en la economía, el restablecimiento de la libertad económica, condición necesaria y suficiente para la vuelta a la normalidad».

Ésta es la tesis de las grandes confederaciones de la industria y del comercio. Pero puesto que se está gestando un nuevo gobierno, Mussolini se esfuerza en preparar los ánimos para una participación fascista en él. Con Salandra, con Meda e incluso con Giolitti, si es necesario.

«La actitud del grupo parlamentario fascista, declara el 8 de junio, podrá sufrir alguna modificación frente al gobierno Giolitti, según las circunstancias».

Y hasta el 27 de junio, el día mismo del voto de la Cámara que derriba a Giolitti, él se reserva una puerta abierta por este lado. Se siente cerca del objetivo, y no querría que los nuevos elegidos o los viejos reaccionarios echaran a perder su victoria.

«Estoy siempre alerta —declara—, enténdanlo bien amigos y enemigos, incluso, y sobre todo, cuando el viento cambiante hincha las velas de mi fortuna.»

Sin embargo, en la reunión del 3 de junio del grupo parlamentario fascista, si bien consigue imponerse en la cuestión de la «tendencia republicana», no llega a imponer la disciplina de la abstención con motivo de la sesión «real»: por 18 votos contra 15, el grupo decide que los diputados serán personalmente libres de participar o no. El Consejo nacional, que se celebra al mismo tiempo, aprueba por el contrario la tesis de Mussolini. A principios de julio, empiezan las negociaciones a propósito del pacto de pacificación y es este punto el que Mussolini escoge para presentar la batalla en el Consejo nacional de los fascios (12-13 de julio). Consigue, no sin grandes esfuerzos, que sea aceptada una resolución en la que se hace una distinción, en la violencia fascista, entre las organizaciones políticas y los sindicatos, y en la que se autoriza a los fascios a concluir localmente «acuerdos allí donde la situación lo permita, con los representantes de las organizaciones obreras». La oposición al pacto de pacificación viene, sobre todo, de los fascios de combate de las regiones «ocupadas», que temen perder las ventajas adquiridas mediante la táctica terrorista, de la que ellos son los «inventores». Sus preocupaciones son manifestadas por Farinacci, de Cremona:

«Si permitimos que los rojos reempresen su propaganda— dice en la reunión del Consejo nacional—, toda nuestra obra corre el riesgo de venirse abajo».

Los representantes de Venecia Julia, de Emilia y de Toscana, donde reina el escuadrismo, utilizan a su vez el mismo argumento: «En rigor, dice el representante de Toscana, pueden asestarse los golpes con un poco más de juicio, pero lo que no hay que hacer es detenerse (*mollare*)». Mussolini sólo a duras penas obtiene el voto de la resolución. Protesta argumentando que la situación ha cambiado y que el pacto de pacificación puede servir para dividir a los adversarios:

«Hablar de una clase obrera italiana orientada hacia el bolchevismo es, hoy en día un absurdo. Cada uno de vosotros puede comprobar que el estado de ánimo de las masas obreras es esencialmente distinto del que existía hace dos años. El hecho de que los socialistas vengán a tratar de paz con nosotros, ¿no hará que se abra una fosa entre ellos y los comunistas y anarquistas? Nuestra táctica debe dividir a los enemigos para derrotarles mejor... Nuestro orden del día deja la puerta abierta a todas las eventualidades...

Habría que intentar separar a la C.G.L. del conjunto de partidos subversivos. Cuando mañana, los sindicatos, las cooperativas, las federaciones sean autónomas, nosotros tendremos una posición inmejorable en la vida nacional».

Mussolini utiliza aquí todos los argumentos que pueden convencer a los refractarios; piensa todo lo que dice, pero no dice todo lo que piensa, ya que su objetivo es llegar a firmar el pacto de pacificación lo antes posible, no importa cómo, a fin de preparar la salida política que él entrevé y sobre la cual especulará durante varias semanas. Su plan se va precisando: separar a la C.G.L. del Partido socialista y constituir después una especie de «Partido laborista», con la coalición de la C.G.L. y los sindicatos «nacionales», que empiezan a surgir por todas partes. La autonomía, que apartaría a la C.G.L., escribió el 2 de julio, «de todos los partidos socialistas y *no socialistas*», significaría

«un paso al frente hacia la realización de la unidad del proletariado y la creación de un partido del trabajo, que reduciría al mínimo la importancia de los partidos políticos socialistas».

Mussolini toma de nuevo, en las nuevas circunstancias determinadas por el éxito inicial del fascismo, su plan de los primeros meses de 1919. Para que esta maniobra tenga éxito, es necesario que el movimiento fascista no se transforme en partido político, porque entonces no habría lugar para el «partido del trabajo» y el objetivo que persigue Mussolini se vería, entonces, comprometido. Es mucho más fácil arrastrar a los dirigentes de la C.G.L. y una parte de los dirigentes fascistas a una coalición gubernamental, utilizando la plataforma común de un «partido del trabajo», que crear un partido fascista que tenga que estructurar por completo una nueva organización sindical, destinada a eliminar y reemplazar a la C.G.L. Por ello, precisamente, declara Mussolini, respecto a la transformación del movimiento fascista en partido político, que «no quiere ni oír hablar de ello».

Una vez encaminado en esta dirección, ya no puede detenerse, porque está impaciente por llegar al poder. El 19 de julio, el grupo parlamentario fascista que está, como sucede siempre, más «a la derecha» que los fascistas de la base, vota un orden del día favorable a la pacificación. Después de éste voto, que él mismo ha provocado, Mussolini declara que se considera comprometido personalmente y que, del desarrollo futuro de los acontecimientos, «dependerá su línea de conducta respecto al fascismo italiano». Que los

fascistas no temen quedar reducidos a la inacción después del final de la guerra civil, porque el fascismo «debe examinar y resolver los enormes problemas de la expansión de Italia en el mundo».

Varios síntomas, que no escapan a la atención siempre alerta de Mussolini, le muestran que hay que actuar rápido. En las filas obreras se deja ya sentir la presión hacia el frente único; algunas formaciones «rojas» de combate, los *Arditi del Popolo*, han desfilado por primera vez, a principios de julio, por las calles de Roma; los legionarios de D'Annunzio, y con ellos una parte de los *arditi* ex combatientes se han separado de los fascios. Además, lo que es mucho más grave es que el gobierno Bonomi, que ha sucedido al de Giolitti, parece decidido a poner algunos obstáculos a las acciones fascistas y a la complicidad de que gozan entre las autoridades locales. El episodio de Sarzana llega en el momento oportuno para hacer reflexionar a los dirigentes fascistas –por lo menos a los que son capaces de hacerlo– sobre la fuerza real de las escuadras de combate, cuando éstas se enfrentan con el poder del Estado. El choque se produce en Sarzana, el 21 de julio; por primera vez después de siete meses de violencias toleradas o favorecidas, una «expedición» fascista ve surgir ante ella a los representantes del Estado, decididos a no dejarla pasar. Quinientos fascistas de Florencia, Pisa, Lucca y Viareggio se han concentrado en Sarzana, ocupando la estación. Allí está el capitán de los gendarmes, Jurgens, con *ocho* milicianos y *tres* soldados. El jefe del pequeño ejército fascista, este Amerigo Dumini que tres años más tarde asesinará a Matteoti, se dirige al capitán y le explica la finalidad de la expedición. Los fascistas se proponen sitiar la ciudad, para obtener «pacíficamente o por la fuerza» la liberación de diez fascistas de Carrara, detenidos después de las violencias de todo tipo llevadas a cabo en la Lunigiana. Al mismo tiempo, exigen que se les entregue un oficial del ejército, el teniente Niccodemi, que abofeteó al jefe de los fascistas detenidos, un tal Renato Ricci, al que Mussolini confiará más tarde la tarea de organizar y formar los *Bolilla*. Esta acusación no tiene ningún fundamento, como lo declarará más tarde el propio Renato Ricci, pero el ultimátum fascista no es por ello menos perentorio. Mientras Dumini parlamenta con el capitán de los gendarmes, los fascistas, impacientes por la espera, se agolpan alrededor del pequeño grupo: *¡Basta de charla!*, gritan: los milicianos se ponen en *crociat-et*⁵¹ y, al hacerse un disparo contra ellos desde las filas fascistas, descargan sus fusiles a quemarropa sobre esta masa que se había vuelto amenazadora y

⁵¹ Término militar italiano, para ordenar a los soldados que pongan la culata del fusil bajo el brazo, preparándose para disparar.

agresiva. Algunos fascistas caen muertos o heridos. Los escuadristas, acostumbrados a luchar casi siempre contra gentes desarmadas y a contar con la ayuda de la fuerza pública, pierden la cabeza ante una decena de fusiles que, esta vez, disparan, y huyen en desbandada. En el informe escrito después de los acontecimientos de Sarzana, el escuadrista Umberto Banchelli, quien lo firma en calidad de «jefe de estado mayor de la expedición», explica las razones de lo sucedido.

«La expedición de Sarzana –afirma– no es más que un episodio normal; era inevitable desde el momento en que el fascismo encontrara ante sí a gentes dispuestas a resistir... Estas escuadras, demasiado acostumbradas a vencer a un enemigo que casi siempre huía o reaccionaba débilmente, no han podido ni sabido hacer frente».

Banchelli explica también en sus *Memorias*, ya citadas, que el fascismo sólo pudo desarrollarse gracias al apoyo de los oficiales, de los carabineros y del ejército; y los diez fusiles han hecho huir a quinientos fascistas, no sólo porque han disparado, sino porque al disparar, han puesto, por una vez FUERA DE LA LEY a los escuadristas, aterrados al encontrarse, bruscamente, del otro lado de la barrera. Por otra parte, la presencia y la acción de los representantes del Estado disipan, como por arte de magia, el terror que precede y acompaña a la «expedición de castigo». La población de Sarzana había sido prevenida por los empleados de un tren contra el que habían disparado con fusiles las columnas fascistas, cuando se acercaban a la ciudad; estaba preparada para la defensa. Cuando se conoce lo ocurrido en la plaza de la Estación, grupos armados, ayudados por los exasperados campesinos salen a los campos circundantes y persiguen a los fascistas, que dejan una decena de muertos, colgados de los árboles o ahogados en las marismas, y varias decenas de heridos. La fuerza pública interviene una vez más, pero esta vez para salvar del furor popular a los fascistas en retirada.

Después de estos sucesos, los fascistas se movilizan y se manifiestan en varias localidades; en Bolonia, en la ciudad y en la provincia, los fascistas proclaman, de acuerdo con los industriales, el *lock-out* en las fábricas y el cierre de los almacenes en señal de protesta; en Padua, los fascistas ocupan la torre de la Universidad, tocan la alarma e imponen el cierre de los cafés y los almacenes, pegando al mismo tiempo carteles reclamando el «luto nacional»; cerca de Carrara, «los fascistas –explica Chiurco–, exasperados por la matanza de Sarzana, matan a dos comunistas». Pero los dirigentes de los fascios lanzan un manifiesto a la nación, cuyo lenguaje es bastante prudente y en el que hacen

un llamamiento a la tregua. Mussolini se da cuenta de que, si la situación profundamente perturbada, creada por el terrorismo fascista, se prolonga, la reacción del país y la intervención del Estado serán inevitables y se corre el riesgo de echarlo todo a perder. Por ello, en el discurso que pronuncia en la Cámara, al día siguiente de los sucesos de Sarzana, ofrece «el ramo de olivo» y, el 23 de julio, expone abiertamente, ante los desconcertados socialistas, la fórmula de la política futura:

«Yo creo que, tarde o temprano, será necesario llegar a una nueva gran coalición, de las tres fuerzas verdaderamente “eficientes” en la vida del país. Está, en primer lugar, la fuerza del socialismo, que empieza ya a reformarse, como lo prueba el voto de la C.G.L. contra los comunistas y su nuevo punto de vista en lo que se refiere a la huelga de los servicios públicos; en segundo lugar, la fuerza de los populares, que es poderosa y se apoya –no se con qué beneficio para la religión– sobre la inmensa fuerza del catolicismo, y, finalmente, no puede negarse la existencia de un movimiento complejo, formidable, esencialmente idealista, que agrupa a lo más selecto de la juventud italiana. A estas tres fuerzas, reunidas alrededor de un programa que debe constituir su común denominador, les corresponderá, el día de mañana, la tarea de conducir a la Patria a mejores destinos».

Pronunciando este discurso, Mussolini no hace en absoluto un gesto gratuito. Durante varias semanas, está obsesionado por estas preocupaciones: el país va a apartarse del fascismo y éste va, al mismo tiempo, a sustraerse de su control personal. Corre, pues, el riesgo de eclipsarse al mismo tiempo que el fascismo, pero él quiere salvarse, aunque sea a costa de éste, si es necesario.

«Si llego al poder –confía entonces a los dirigentes liberales, cuyo apoyo quiere conseguir–, volveré las ametralladoras contra los fascios, si éstos no se vuelven juiciosos».

De todas formas, quiere impedir la formación de un gobierno «antifascista», con la participación o el apoyo de los socialistas. Así, pues, puede ganarlo todo con la tregua: lo que ella hace posible y lo que puede impedir. De aquí su voluntad en lograr que se realice.

Por ello, después del discurso del 23 de julio, intensifica, en su periódico, la campaña en favor de sus tesis. Quiere, ante todo, tranquilizar a esta parte de la burguesía, alarmada por la perspectiva de una participación socialista en el poder. No hay ningún peligro que temer –dice–; si, entre los hombres de la

C.G.L., tenemos mañana algunos ministros, éstos «tendrán a su izquierda enemigos temibles: la fracción intransigente del partido socialista, los comunistas, los sindicalistas y los anarquistas», de manera que serán «lo bastante inteligentes como para tener en cuenta, como es debido, la fuerza libre y no dogmática del fascismo». El fuego graneado que les acosará por la izquierda les forzará a pactar con el fascismo, del cual serán prisioneros. Por otra parte,

«en el terreno real, los Baldini, los Turati, los Baldesi, no podrán hacer más que los otros; solamente darán testimonio, porque son nuevos, de una mayor voluntad y acabarán por sacar a flote a la clase política dominante, tan deficiente y afectada en algunos aspectos, de marasmo senil. Una vez roto el cinturón de castidad socialista, el futuro próximo verá ampliarse considerablemente las posibilidades de los gobiernos».

El 27 de julio, Mussolini coge al toro fascista por los cuernos en un editorial titulado *Retorno al origen*, el documento más penetrante de la postura que ha adoptado y que quisiera que fuera respaldado por el movimiento fascista:

«Para el fascismo, el problema es un problema de disciplina. El Consejo nacional ha fijado normas precisas (*a propósito de la violencia*); hay que aplicarlas o irse. Hay que aplicarlas, si se quiere salvar a la nación y al fascismo. La nación ha venido a nosotros cuando nuestro movimiento se presentaba como el final de una tiranía; la nación nos repudiaría si nuestro movimiento tomara la forma de una nueva tiranía. El fascismo de estos últimos tiempos, en algunas zonas, no se parece ya en absoluto al primitivo; no se inspira, en absoluto, en los criterios que determinaron la creación del fascismo, que era un movimiento de defensa de la nación y no una organización pura y simplemente represiva para proteger determinados intereses particulares. El fascismo de 1919 y 1920 era una minoría casi insignificante desde el punto de vista numérico, pero era muy poderoso y al mismo tiempo prudente».

Después de haber puesto como ejemplo el fascismo de Milán y haber recordado un conocido pasaje de Maquiavelo, Mussolini concluye:

«Así pues, es urgente y necesario volver al fascismo a sus orígenes. Mañana podría ser demasiado tarde».

El pacto de pacificación lo firman en Roma, el 2 de agosto, los representantes del Consejo nacional de los fascios, del partido socialista, de los grupos parlamentarios fascista y socialista, de la C.G.L. y De Nicola, presidente de la Cámara, que ha prestado un apoyo muy activo a las negociaciones. Las cinco delegaciones, dice el artículo 2 del pacto,

«se comprometen a actuar inmediatamente para que cesen las amenazas, los hechos consumados, las represalias, los castigos, las venganzas, las presiones o las violencias personales de todo tipo».

Los dos partidos «se comprometen recíprocamente a respetar las organizaciones económicas» (art. 4). Las infracciones a las reglas del pacto serán sometidas a un juicio arbitral y, a este efecto, deberán constituirse Comisiones en cada provincia. La primera firma estampada en el documento es la de Benito Mussolini.

Éste pasa, entonces, a la ofensiva, para vencer las resistencias que se vislumbran en el campo fascista. El pacto dice, es un *hecho consumado*.

«Yo declaro aquí, asumiendo todas las responsabilidades morales y materiales de mi declaración, que he puesto en él toda mi buena voluntad, y que cuando he visto que era aceptado lo esencial, no me he preocupado de ciertos detalles accesorios. Quiero añadir que defenderé con todas mis fuerzas este tratado de paz que, a mi entender, tiene la importancia de un acontecimiento histórico, y que pondré en práctica el viejo refrán: “*Quien no utiliza el palo no ama a su hijo*”. Por lo tanto, si el fascismo es mi hijo –como se ha reconocido hasta el presente– yo lo corregiré o le haré la vida imposible. Podríamos cantar victoria, pero yo soy un hombre que está, siempre inquieto por el futuro. No puedo pararme. La victoria es un hecho; y ahora, me preocupo por la forma en que ésta puede ser utilizada... Desde mi punto de vista personal, la situación es muy simple: si el fascismo no me sigue, nadie podrá obligarme a seguir al fascismo».

El mismo día (3 de agosto), en una entrevista en «*Il Resto del Carlino*», precisa:

«Ciertamente, la paz habría podido imponerse con condiciones más duras hace un mes, antes de que la estrella del fascismo, que había brillado durante mucho tiempo en el horizonte, hubiese palidecido después de los sucesos de Viterbo, Treviso, Roccastrada... El tratado de

pacificación resuelve, al mismo tiempo, la crisis interior del fascismo, en el sentido de que el elemento político tendrá, desde ahora, una supremacía muy clara sobre el elemento militar».

¿Cuáles eran estos sucesos que, según Mussolini, habían sublevado a la opinión pública? Viterbo había sido ocupada el 9 de julio por una escuadra llegada de Roma y dirigida por Giuseppe Bottai, futuro ministro de Corporaciones y futuro gobernador de Roma; en Treviso, el 13 de julio, unas columnas de fascistas, llegadas de Padua y Bolonia, habían destruido los locales de dos periódicos, uno republicano y otro popular, y habían cometido todo tipo de violencias; en Roccastrada, en la Maremma toscana, el 25 de julio, una «expedición de castigo» ocasionó trece muertos y una veintena de heridos entre la población; las casas del alcalde y de los consejeros de la localidad, que no habían querido dimitir, habían sido incendiadas. Estos hechos no son muy diferentes de los centenares y millares de episodios de violencia que vienen repitiéndose desde hace seis meses en varias regiones de Italia y gracias a los cuales los fascios han instaurado su dictadura. Sería inútil buscar, en *«Il Popolo d'Italia»*, en el momento en que estos sucesos se produjeron, una sola palabra de lamentación; sólo se encontraban justificaciones y estímulos para continuar. Algunas semanas, algunos días más tarde, Mussolini los cita para explicar la necesidad de un cambio de orientación y para exigirlo de los fascistas. Lo que sucede es que, para llegar a donde él se propone, considera que es indispensable separarse de este tipo de acciones; la «vuelta a la normalidad» coincide con sus intereses y sus ambiciones.

En las filas fascistas, ruge la revuelta contra el pacto de pacificación. El centro de la disidencia se encuentra en Bolonia; Dino Grandi, que será embajador de Italia en Londres de 1932 a 1939, es la nueva y joven estrella que sale en el horizonte del fascismo. Abogado, excombatiente, director del periódico fascista *«L'Assalto»*, es el teórico de la oposición, el anti-Mussolini. Éste le ataca directamente. Empieza la lucha entre el «viejo» fascismo milanés y el neofascismo de Bolonia. Mussolini reprocha a Grandi el haber llegado al fascismo pocos meses antes y que éste hubiera llamado a Bolonia «la cuna del fascismo». Y continúa:

«¿Acaso los fascistas de Emilia quieren abandonar el fascismo italiano? Desde mi punto de vista personal, la cosa me deja indiferente, o casi. Para mí, el fascismo no es un fin en sí mismo; era un medio para restablecer un equilibrio nacional, para reanimar determinados valores

olvidados... Estos objetivos han sido en gran parte alcanzados. El fascismo puede, ahora, dividirse, descomponerse, disgregarse, declinar, desaparecer. Si es necesario dar golpes fuertes para acelerar su ruina, me adaptaré a esta ingrata necesidad. El fascismo que no es ya liberación, sino tiranía; que no es ya salvaguarda de la nación, sino defensa de intereses privados y de las castas más cerradas, sórdidas y miserables que existen en Italia; el fascismo que toma esta fisonomía será todavía fascismo, pero no el fascismo tal como yo lo concebí, en uno de los momentos más tristes de la historia de nuestro país. Somos ya demasiado numerosos y, cuando la familia aumenta y la secesión es casi inevitable. ¡Que venga, si tiene que venir, y que los socialistas se alegren de ello! Su victoria no está en el pacto de pacificación, sino en ésta crisis de indisciplina, en esta espantosa ceguera, que está a punto de perder a una parte del fascismo italiano.

»¿Acaso nadie había advertido este círculo de odios que amenazaba con sofocar, al mismo tiempo, al bueno y al mal fascismo? ¿Acaso nadie había visto que él fascismo –incluso en las poblaciones no socialistas– se había convertido en sinónimo de terror? Yo he roto este círculo; he abierto una brecha en el alambre espinoso de este odio, de esta exasperación desenfrenada de amplias masas populares, que nos habrían derribado; yo he devuelto al fascismo todas las posibilidades, le he señalado el camino de la grandeza, el precio de una tregua civil que exigían las fuerzas superiores de la nación y de la Humanidad. Y he aquí que se dispara contra mí –como en las querellas de los viejos partidos– la artillería pesada de la polémica y de la difamación, que se habla de renuncia, de capitulación, de traición y de otras parecidas y tristes bufonadas. Ya es hora de que el fascismo italiano escupa todo lo que piensa, todo lo que quiere. El tratado de pacificación es el reactivo que debe precipitar la selección... ¿Puede el fascismo prescindir de mí? Sin duda; pero también yo puedo prescindir del fascismo. Yo puedo permitirme el lujo de hablar claro, porque habiendo dado mucho, no pido nada en absoluto, sino empezar de nuevo». ⁵²

⁵² En el mismo artículo («*Il Popolo d'Italia*», 7 de agosto de 1921), Mussolini niega que quiera ser «una especie de amo» del fascismo italiano: «Soy un *duce*, si se quiere. He dejado que se propagara esta palabra porque, aunque a mí no me guste, por lo menos gusta a los demás». Anteriormente (el 24 de mayo) había declarado: «Si por ventura mis ideas no obtienen la aprobación del fascismo, no me preocupo en absoluto. Soy un jefe (*capo*) que va delante y no un jefe que sigue. También –e incluso sobre todo– voy a contracorriente, nunca me abandono y siempre estoy vigilante...»

Este lenguaje no consigue persuadir ni intimidar a la oposición. Por el contrario, Grandi y sus amigos organizan una reunión de los fascios de Emilia y de Romaña, que se celebra en Bolonia, el 17 de agosto. La ciudad está llena de carteles ultrajantes para el «Duce»: *El que ha traicionado, traicionará*; se cantan coplas antimussolinianas. Esta *adunata* regional se convierte en conferencia de la oposición, ya que intervienen en ella numerosos representantes de otras provincias. Los fascios de Bolonia, Ferrara, Cremona, Módena, Piacenza, Rovigo, Forlì y Venecia, se declaran «completamente ajenos al tratado de pacificación». Es todo el valle del Po, es el fascismo agrario el que proclama su disidencia. Mussolini es tratado de traidor; se denuncia, sin miramientos, su juego, que llega hasta sacrificar el fascismo, a pactar con los «marxistas» para satisfacer su ambición. En la discusión intervienen, entre otros, Italo Balbo, de Ferrara; los diputados Oviglio, Farinacci, Vicini, Piccinato y Marsich. Este último observa:

«Estamos en un momento crucial del fascismo. Mussolini lo ha visto, pero me da la impresión de que se ha perdido en él. Hay, en efecto, dos soluciones: una, nacional, y la otra, parlamentaria. Nosotros somos partidarios de la nacional, mientras que él lo es de la parlamentaria.»

Dino Grandi se pronuncia en favor de la terminación de la revolución fascista, contra el compromiso parlamentario, por el abandono de los principios, ya superados, del fascismo de 1919, por un fascismo «de las nuevas generaciones». Este fascismo tiene su punto de partida en Fiume.

«Yo no he sido legionario, dice, pero he visto en la noche de Ronchi el primer bautismo del fascismo italiano. Es ahí, en la Constitución de Quarnaro y, en su sindicalismo nacional donde tenemos que encontrar los puntos de referencia y las bases de ese Estado que debemos construir.»

Inmediatamente después de la reunión de Bolonia, Mussolini dimite de la Comisión ejecutiva de los fascios. Está furioso y deprimido: «La partida ya está acabada –dice–. Quien haya sido derrotado, tiene que irse. Y yo me voy, abandono la primera fila. Me quedo y espero seguir como simple militante del fascio de Milán». Algunos días después, Cesare Rossi, vicesecretario general de los fascios, sigue su ejemplo. En su carta de dimisión, dice que la mayoría de las organizaciones fascistas «ha demostrado en sus conferencias regionales y, lo que es más grave, en su actividad cotidiana, su firme y absoluta hostilidad respecto a la aplicación del tratado de pacificación». No

hacía falta mucho espíritu crítico para prever que la irrupción de los que llegaron, en último lugar, «llegados, sobre todo, cuando el enemigo se batía en retirada» y el celo sospechoso de las «viejas camarillas clericales y agrarias» iban a borrar las características originarias del fascismo. En efecto, el fascismo,

«por la acción de sus masas locales y por una infinidad de episodios que constituyen la historia y la crónica del movimiento fascista en estos últimos tiempos, no domina más que aparentemente, ya que se ha convertido en un auténtico y exclusivo movimiento de conservación y de reacción».

No sólo Mussolini ha sido vencido, sino que la oposición no se contenta con su primer éxito. En septiembre, organiza dos nuevas conferencias, una en Ferrara y otra en Todi (Umbría). A partir de este momento; varias federaciones provinciales denuncian el pacto de pacificación, que de hecho nunca habían aceptado. Los disidentes organizan, incluso, una «marcha fascista» sobre Rávena, con ocasión de las fiestas del 600 aniversario de la muerte de Dante. Las columnas llegan de Ferrara, Bolonia, Módena; salidos el 10 de septiembre, al menos unos 3.000, organizados como un ejército, completamente equipados, después de una marcha de tres días por las carreteras de Emilia, los fascistas entran cantando sus himnos de muerte en la «Ciudad del silencio». Durante el camino, para ir entrenándose, han destruido varios círculos socialistas. En Rávena, se abalanzan sobre todos aquellos que no se descubren a tiempo al paso de los banderines fascistas. Obreros y sacerdotes son heridos gravemente, y entre ellos, algunos extranjeros venidos para las fiestas, como Johann Joergensen, el historiador de san Francisco. Hay protestas e incidentes. La misma mañana del 12, los fascistas destruyen y saquean cinco clubs socialistas de la ciudad y de los alrededores, la Bolsa de Trabajo y la Federación de Cooperativas. A la vuelta, las columnas destruyen todo lo que no han tenido tiempo de destruir a la ida. Si Dante hubiera podido levantarse de su tumba, habría repetido el apóstrofe de Sordello:

*Ahi serva Italia, di dolore ostello,
nave saraza nocchiere. in gran tempesta.*

*e ora in te non stanno sanza guerra
li vivi tuoi, e l'uri l'altro si rode
di quei ch'un muro ed una fossa serra.*

(Purg. VI, 76-77; 82-85).

Las mismas costumbres, el valor salvaje y una cierta grandeza disminuida. Lo que caracteriza esta gran «expedición» es que se trata de una manifestación de fuerza de la oposición. Sus dirigentes están todos presentes: Grandi de Bolonia, Balbo de Ferrara, Misuri de Perugia, Caradonna de Apulia. Han querido demostrar que están totalmente decididos a continuar sus hazañas y a emplear sus métodos. Mussolini se siente cada vez más aislado; mientras va alimentando su tristeza, que deja adivinar de vez en cuando, empieza a preguntarse si no estará sacrificando inútilmente su prestigio y si, después de haber perdido la primera batalla que había entablado, no perderá también la otra, en el terreno gubernamental. Ante los sucesos de Rávena, cuyo significado no se le escapa en absoluto, no dice ni una sola palabra para lamentarlos. Por el contrario, injuria en «*Il Popolo d'Italia*» a Nullo Baldini, el diputado socialista de Rávena que, débil recurso, ha presentado una interpelación a la Cámara. Es el primer paso de una nueva maniobra mediante la cual Mussolini, al mismo tiempo que intenta «salvar las apariencias», se propone ganar de nuevo al grueso del ejército fascista, que se ha rebelado contra él, pues comprende ahora que el plan político concebido por él y hecho público en el discurso del 23 de julio no es realizable. Este plan ha levantado contra él a la mayoría de los fascistas y no ha aportado el apoyo de ninguna otra fuerza.

Los conservadores están furiosos porque la nueva actitud de Mussolini conduce a una participación socialista en el poder, que pondría al Estado como pantalla entre las bandas fascistas y las organizaciones socialistas y obreras. Ellos que, escribe Mussolini, «hace poco tiempo imploraban la limosna humillante de un poco de colaboración socialista», ahora que el peligro ha pasado, encuentran que Mussolini «carece de estilo». En efecto, en «*Il Giornale d'Italia*» del 18 de agosto—el día siguiente a la Conferencia de Bolonia y a la dimisión de Mussolini— el senador Bergamini⁵³ escribe:

«Tras esta inconstancia de Mussolini, hay posiblemente una ausencia de convicciones sólidas... En todo caso, esta liquidación precipitada del fascismo carece de estilo... El *Duce* se va demasiado pronto, ruidosamente, con ostentación, mientras que sus tropas victoriosas continúan aquí y allá una guerrilla implacable contra los restos de un ejército enemigo, desconcertado».

⁵³ Después de la *marcha sobre Roma*, Bergamini experimentará personalmente el «estilo» fascista, puesto que él tampoco escapará a las porras de los camisas negras y tendrá que abandonar su periódico.

Mussolini resiste ante la ironía fácil de estos aprovechados del fascismo y responde que no tiene que recibir lecciones de nadie, que su estilo es el del «que no tiene la pretensión de seguir siendo general cuando su ejército le ha negado la obediencia y la disciplina»...

«Yo he querido firmemente –precisa– un tratado de pacificación; pero hay centenares de fascios que no quieren saber nada de ello y lo declaran explícitamente. No soy yo quién se va, son los demás los que me obligan a irme, porque es a mí, a mí personalmente, a quien su voto afecta y descalifica.»

«*Il Giornale d'Italia*» expone en su respuesta, sus preocupaciones, es decir, las de los agrarios que lo financian.

«No esperamos con impaciencia el desarrollo de la crisis del fascismo; sino que hemos reprochado a Mussolini el querer acelerarlo. Para nosotros, ya lo hemos dicho en varias ocasiones, el fascismo no tiene más que una función transitoria, pero, precisamente por esto, el fascismo sólo debe ser liquidado gradualmente, y a medida que se vaya haciendo innecesario. Hemos hablado de falta de estilo no sólo a propósito de la dimisión de Mussolini, sino también de la prisa excesiva que ha demostrado en los últimos tiempos, a partir del inicio de las negociaciones de paz. Nosotros, que en estos momentos estamos enzarzados en una polémica con Mussolini, reconocemos que tiene razón cuando dice que hay que romper el frente único antifascista, que no hay que enfrentar al fascismo con los órganos del Estado, y que es urgente reconciliar a la opinión pública con el fascismo. Pero la crisis de tendencias no debe conducir a la liquidación del fascismo en el momento en que, en varias localidades, se forman núcleos de *Arditi del Popolo* y donde los socialistas a lo Turati hacen esfuerzos inauditos para llevar a su partido al gobierno, o, en todo caso, para hacerse con el gobierno. Es posible que en el próximo Congreso socialista sea derrotada la tendencia colaboracionista, lo cual será un bien para Italia, porque incluso una *punterella* (pizca) socialista en el gobierno provocaría, en este momento, el debilitamiento del Estado. Existe también el peligro de un bloque de los socialistas con los reformistas, con los demócratas sociales y, tal vez, con los demócratas liberales, lo que haría posible la constitución de un gobierno liberal-radical-socialista. El trabajo efectuado en este sentido será probablemente destruido en el Congreso socialista, que confirmará su intransi-

gencia. Pero no hay que olvidar este síntoma de la actividad de ciertas fracciones de izquierda para crear una alianza entre la democracia y el socialismo, lo cual desplazaría el eje del gobierno hacia la extrema izquierda. La crisis prematura del fascismo es muy nociva, y su disgregación inmediata lo sería todavía más, porque debilitaría las fuerzas políticas nacionales y conservadoras, dejando a las fuerzas ultrademocráticas como árbitros de los destinos del país. Sería, pues, un error por parte de los fascistas liquidar ahora su fuerza, para dejar el campo, libre a una situación inevitablemente democrática, en la que los socialistas serían los verdaderos dominadores».

Por su lado, los nacionalistas, señala *«Il Popolo d'Italia»*, «han caído en una emboscada política» y su periódico, *«Idea Nazionale»*, que es al mismo tiempo el órgano de la industria pesada y de los proveedores de material de guerra, descubre que el fascismo no ha nacido en Milán, en marzo de 1919, sino «en Bolonia, en diciembre de 1920». Mussolini tiene, pues, contra él a su propio movimiento, a la gran burguesía industrial y agraria y a los nacionalistas y se da cuenta de que nunca podrá desarmar a los socialistas, ni siquiera a los de derecha. Sin embargo, está totalmente decidido a no trabajar para el rey de Prusia, es decir, a no apostar sobre una política de la cual no sería personalmente el árbitro y el beneficiado.

Los socialistas no han visto en la crisis fascista más que el apuro en que se encuentra Mussolini, y en lugar de aprovecharse de ello políticamente, contemplan el espectáculo con los ojos cegados por sus resentimientos, alegrándose de este desquite inesperado y que consideran definitivo. Ya en su discurso a la Cámara sobre los sucesos de Sarzana (22 de julio), Mussolini se había lamentado de que los socialistas no hubieran respondido a sus proposiciones de otra forma que llamándole *Maddaleno pentito*, una Magdalena pecadora y arrepentida. Con motivo de su dimisión, *«Avanti»* le dedica una maliciosa sonrisa de alegría, que no olvidará fácilmente.

El partido socialista se encuentra más que nunca en un punto muerto, que el pacto de pacificación no ha hecho más que agravar su impotencia. El 10 de agosto, la dirección del partido aprueba el pacto de pacificación, y el 12, la misma dirección vota un orden del día contra toda participación en el gobierno. Así, con dos días de diferencia, el partido toma dos decisiones que se anulan recíprocamente, y, lo que es más grave, sin darse cuenta de su contradicción. ¿Qué significado tiene el pacto, puesto que ha sido firmado y aprobado? ¿Se trata de dos ejércitos en lucha, estableciendo una especie de

tregua provisional? En todo caso, desde el punto de vista militar, no hay más que un ejército sobre el terreno, el de las escuadras fascistas. El movimiento de los *Arditi del Popolo* apenas empieza a organizarse, y, por otra parte, según el artículo 5 del pacto, el partido socialista ha declarado «ser ajeno» a esta organización.

Es evidente que el acuerdo sólo puede ser mantenido en nombre de alguna cosa que esté por encima de las posiciones iniciales de ambos adversarios: una cierta noción del interés general del país, comprometido por la guerra civil; el reconocimiento de un cierto valor *positivo y autónomo* de las libertades democráticas, que la clase obrera tiene gran interés en salvaguardar. Los fascistas de la base se rebelan por todas partes y fritan junto con sus inspiradores de la gran burguesía agraria e industrial: *la legalidad nos mata*. La defensa de los resultados obtenidos por el movimiento obrero sólo es posible, en la situación concreta en que se encuentra Italia, si el Estado mantiene su neutralidad y si, en algunas regiones, interviene para restablecer las funciones esenciales de la vida pública que la ofensiva fascista ha suprimido. Pero el Estado carece de todo poder si el país no está detrás suyo; hacer entrar en razón a las bandas fascistas sólo es posible si también los trabajadores aceptan el imperativo de este «interés general» al que el Estado debería someter, por todos los medios, las hordas desencadenadas de escuadristas.

Pero el partido socialista discute con Moscú, con la III Internacional, a la que todavía está adherido, según la decisión tomada en su último congreso.⁵⁴ En

⁵⁴ En el Congreso de Livorno del P.S.I. (enero de 1921), a pesar de la condena explícita pronunciada contra los socialistas por el representante de Moscú (un búlgaro, Kabachev), se había votado por unanimidad una moción de Bentivoglio que reafirmaba «plenamente» la adhesión a la Tercera Internacional, dejaba eh manos del próximo Congreso de ésta el decidir sobre la controversia y se comprometía «desde ahora a aceptar sus conclusiones». Turati no aprobaba esta moción, pero Modigliani, por razones de oportunidad, le disuadió de que manifestara su desacuerdo. Esta unanimidad había sido posible gracias a una moción ambigua votada por los «concentracionistas» en Reggio Emilia. Después del Tercer Congreso de la Internacional (Moscú, junio-julio de 1921), que había exigido «la expulsión de aquellos que han participado en la Conferencia de Reggio Emilia y de los que los defienden», la dirección del partido confirmó (12 de agosto), de una forma general, su adhesión a la Internacional, haciendo, sin embargo, la concesión de declarar «incompatible la presencia de aquellos que formulan principios de colaboración o de participación». Pero poco a poco la polémica se fue haciendo más enconada. La ruptura se consagró en el Congreso de Milán, en el que los delegados de Moscú declararon que «el P.S.I. se había situado —deliberada y definitivamente— fuera de la Internacional comunista». Sin embargo, la dirección maximalista del partido no se resignó nunca oficialmente a este «hecho consumado». La evolución de la C.G.L. fue más rápida y más clara. La escisión que tuvo lugar algunos días antes en el P.S.I. permitía a los dirigentes de la Confederación iniciar en el Congreso de Livorno, tras la tapadera del pacto de alianza con el partido, un movimiento de separación. De hecho, la decisión de renovar «la adhesión

Moscú, sólo se tiene una idea muy aproximada de lo que ocurre en Italia, y además, después del fracaso de la marcha sobre Varsovia y el alejamiento de toda perspectiva próxima de revolución a escala mundial, Italia no es, a los ojos de los rusos, más que un peón de mediocre importancia en el tablero europeo. En el partido socialista se quiere mantener la investidura oficial de Moscú, porque ésta permite defenderse en la encarnizada competencia de los comunistas. Pero, de esta manera, el partido se convierte en el prisionero de las posturas comunistas; se lucha con los comunistas a golpe de fórmulas, pero estas fórmulas, empleadas en la lucha de tendencias, vuelven a encontrarse y pesan en el terreno de la política general, donde lo que está en juego es la suerte de la clase obrera y del pueblo italiano. De vez en cuando, el *manganello* (garrote) fascista hace caer la venda de los ojos, pero ésta vuelve a ser colocada en su sitio en seguida, precipitadamente, cuando hay que pasar de la vista de los hechos a las conclusiones políticas y tácticas. Se oscila así entre la jactancia y la apatía, entre la intransigencia «simbólica» y la resignación ante lo «inevitable». Hay momentos en que podría creerse que la sangre derramada y las llamas de los incendios van a modelar una nueva conciencia política, pero cada vez se retrocede ante el consentimiento necesario, ante la decisión a tomar, se tiene más miedo de no *parecer* «revolucionario» que de dejar al fascismo que vaya ocupando poco a poco Italia entera.

Los comunistas, que no han firmado el pacto, gritan: «*No hay reconciliación posible; entre nosotros y el fascismo hay enablada una lucha a muerte: fascismo o comunismo*». En la práctica, luchan contra *los fascistas* ni más ni menos que los demás, pero su postura constituye una ayuda considerable para *el fascismo*. Para ellos, todo es fascismo: el Estado, la burguesía, la democracia y los socialistas. Por lo tanto hay que luchar en todos los frentes: contra los socialistas, contra la democracia, contra la burguesía, contra el Estado, contra los fascistas. Meterlo todo en el mismo saco, eso «simplificaría» la lucha. No será necesario medir ni dirigir los golpes. En realidad, los comunistas no sostienen una lucha en serio y a fondo más que contra los socialistas; es en ella donde recogen sus laureles, en un juego

incondicional (sic) al intento hecho por los sindicatos rojos de crear la Internacional», pero subordinándola a la misión de «conservar a cualquier precio, los lazos entre la C.G.L. y el P.S.I.», implicaba una ruptura en el terreno sindical, de la misma forma que el partido había roto en el terreno político. El Consejo nacional de Verona, que se celebró a principios de noviembre de 1921, después de haber manifestado una adhesión totalmente platónica a los «principios de la Internacional roja», decidió que la C.G.L. permaneciera en el seno de la organización sindical internacional de Amsterdam, de tendencia social-demócrata. (Cf. Alberto Malatesta, *La crisis socialista*, Milán, Sonzogno, 1923).

prudente de competencia y afán de emulación. El partido comunista se opone incluso a la participación de sus miembros en los *Arditi del Popolo*, a los que denuncia como una «maniobra de la burguesía». En un comunicado del 7 de agosto, el ejecutivo de este partido declara:

«Los *Arditi del Popolo* se proponen, según parece, expresar la reacción proletaria contra los excesos del fascismo, para restablecer “el orden y la normalidad de la vida social”. La finalidad de los comunistas es muy distinta; ellos quieren conducir la lucha proletaria hasta la victoria revolucionaria; se sitúan en el punto de vista de la antítesis implacable entre la dictadura de la reacción burguesa y la dictadura de la revolución proletaria».

Es el partido comunista quien debe organizar él solo, sin los socialistas y contra ellos, las formaciones armadas que deben combatir a todo el mundo y además hacer la revolución. En realidad, todo esto no es más que demagogia sectaria e impotente; algunos *comunistas* lucharán en algunos lugares, dispararán algunos tiros en algunas localidades, participarán, a pesar del veto del partido, en grupos de *Arditi del Popolo*, pero el *Partido Comunista*, como tal, quedará prácticamente ausente de la lucha y, con su táctica, facilitará sensiblemente la victoria del fascismo.

Podría encontrarse una salida: comprometer, en la lucha contra el fascismo, al Estado con sus enormes recursos, pero ésta salida está cerrada, porque el partido socialista no permite al grupo parlamentario ni el apoyo, ni la participación. Este partido que había rechazado la Constituyente, porque quería «los Soviets en todas partes», no puede exigir nada en el terreno político de este Estado al que se propone «destruir» pura y simplemente. Los socialistas no pueden pedir a este Estado que les libere de sus más peligrosos adversarios, a fin de que después puedan llevar a cabo, a su manera, la «marcha sobre Roma». De esta forma, el pacto de pacificación queda a merced de los mil incidentes que siguen enfrentando en todas las regiones de Italia a los trabajadores con los fascistas decididos a no ceder las posiciones conquistadas y a no renunciar a los métodos que les han permitido estas conquistas. No hay un «brazo secular» para hacer respetar los principios que el pacto ha establecido. No hay nada que intervenga para agrandar la brecha que se ha abierto en el fascismo, para hacer irreparable la oposición entre las dos tendencias, para «comprometer» a Mussolini y a sus amigos en la nueva vía, de forma que no puedan ya salirse de ella. En consecuencia, la crisis fascista, abandonada a sí misma, puede reabsorberse sin grandes dificultades.

El problema para Mussolini es el siguiente: Cómo poder controlar de nuevo el movimiento fascista y hacer de él un instrumento más manejable para su política personal, aquella que le dictarán las circunstancias y la preocupación por sus intereses. En febrero, en el momento del discurso de Trieste, se declara hostil a la transformación del fascismo en partido político, y sigue siéndolo todavía a finales de mayo. La rebelión de las escuadras de combate, el papel dominante que éstas han jugado en la oposición a sus directrices, le persuaden, sin embargo, de que es necesario transformar el movimiento fascista en partido, para poder imponerle una disciplina. Él, que tiene horror, a los programas, esos «dogmas y prejuicios ya superados o que pueden serlo por la corriente ininterrumpida de los hechos», se une, ahora, a la idea de un programa, puesto que el partido lo necesita. El 23 de agosto, seis días después del *pronunciamiento*⁵⁵ de Bolonia, un colaborador de «*Il Popolo d'Italia*» publica un artículo para sostener que «el fascismo debe decidirse a convertirse en un partido o a morir». Mussolini aprovecha la situación para anunciar su conversión:

«En otra parte del periódico, un escritor fascista aborda un problema fundamental, que se resume en esta pregunta: ¿debe convertirse el fascismo en partido? Después de largas reflexiones y de un atento examen de la situación política, he llegado a una respuesta afirmativa. Los orígenes y la evolución de la crisis fascista imponen esta elección: o bien se constituye un partido, o bien se crea un ejército. En mi opinión, la solución es la siguiente es necesario constituir un partido, tan sólidamente encuadrado y disciplinado, que pueda, si fuera necesario, transformarse en un ejército capaz de actuar en el terreno de la violencia, ya sea para atacar, ya para defenderse. Hay que darle alma al partido, es decir, un programa. Los postulados teóricos y prácticos deben ser revisados y ampliados, y algunos de ellos abolidos. Hay que consagrar las semanas que quedan hasta la concentración nacional de Roma a la elaboración de las líneas programáticas del partido fascista italiano».

Obsérvese la prudencia de su lenguaje. Mussolini no propone, en absoluto, suprimir las escuadras de combate; lo único que desea es que el escuadrismo no pueda impedir al partido jugar su papel político. La experiencia de la crisis ministerial de junio y del pacto de pacificación le ha demostrado que el fascismo corre el riesgo de no poder utilizar por más tiempo los recursos de la

⁵⁵ En castellano en el original.

acción legal y política y de versé reducido a las hazañas de una guerra civil, en la que acabaría por movilizar en contra suya a la mayoría del país y enfrentarse a la acción represiva del Estado. Mussolini quiere poder jugar con dos barajas, evitar que la intolerancia y la impaciencia de los escuadristas le arranquen las armas legales, de las cuales cree que el fascismo aún tiene necesidad. A principios de septiembre, piensa en un partido fascista DEL TRABAJO. Es la transición entre el proyecto ya caduco de un «partido laborista» y la nueva fórmula. «La palabra *trabajo* es indispensable», afirma, en el nombre del nuevo partido. Dos semanas después, propone simplemente: *Partido fascista*. El nuevo partido no estará basado en una coalición de sindicatos, como proyectaba a principios de julio, sino en una integración de los fascios y de sus escuadras de combate, por fin sometidas a una disciplina *política*. En lugar de realizar «la unidad del proletariado», él creará sus propios sindicatos; es la tesis de los disidentes de Bolonia la que triunfa, y Mussolini la acepta tácitamente. Sin duda, él es dimisionario desde su carta del 17 de agosto, pero no ha renunciado en absoluto a la lucha. Si bien ha abandonado el plan político del 23 de julio, queda aún la lucha por la hegemonía dentro del movimiento fascista. Después de haberse desembarazado de su «laborismo», que ha arrojado, como si fuera lastre, por la borda, puede maniobrar ahora más libremente a la vista del próximo congreso nacional. Empieza por solicitar –sin obtenerlo, por otra parte– que esté congreso se celebre en Milán, donde el ambiente le es favorable, y no en Roma. Al mismo tiempo, se preocupa por la actitud del gobierno Bonomi, que parece decidido, a oponerse a la «ilegalidad» fascista. En Módena, la guardia real ha disparado contra los manifestantes fascistas, que han dejado varios muertos sobre el terreno. Emoción y escándalo. Se han impuesto restricciones a portar armas y a la circulación de camiones, cosa que puede llegar a estorbar las incursiones de los «camisas negras». Las autoridades locales no aplican apenas las órdenes ministeriales, o bien las utilizan sobre todo para perseguir a los débiles núcleos de *Arditi del Popolo*. Sin embargo, aquí y allá, las escuadras fascistas se enfrentan con algunas dificultades. Los fascios exigen que el grupo parlamentario fascista pase a la oposición abierta contra el gobierno Bonomi, pero Mussolini se opone «a una violenta acción antigubernamental»; antes que nada, afirma el 7 de septiembre, hay que resolver la crisis fascista, constituir el partido. Una ofensiva correría el riesgo de precipitar la situación con la constitución de un bloque y, en consecuencia, de un gobierno antifascista, y tal vez restablecería a Nitti en el poder; Bonomi es todavía el mal menor.

Los fascios, que se han desarrollado gracias a las facilidades de todo tipo encontradas en las autoridades públicas, no pueden soportar esta nueva atmósfera de control y de restricciones. El directorio del fascio de Florencia publica, el 30 de septiembre, el siguiente cartel:

«Muy pocos ciudadanos han sentido el deber de poner la bandera a media asta después de los trágicos acontecimientos de Módena y ningún comerciante ha cerrado su almacén, ni siquiera durante media hora. Ante la hostilidad evidente o encubierta de la población y, sobre todo, de la burguesía rica y egoísta, que aplaudió la acción fascista mientras esta acción coincidía con sus intereses materiales, los fascistas declaran formalmente que a partir de hoy se retiran de la lucha. Permaneceremos en guardia.»

En cuanto la población se da cuenta de que los fascistas ya no están respaldados por el Estado, hace el vacío a su alrededor y no obedece ya a sus intimidaciones. También el fascio de Venecia «se desinteresa de la lucha» y dejará de ahora en adelante «que la burguesía se ocupe de su propia defensa». Mussolini reacciona contra esta ola de pánico.

«Esta curiosa y paradójica epidemia –escribe el 8 de octubre–, reina entre los fascios que, en el mes de agosto, se han levantado para rechazar el pacto de Roma. Después del fascio de Florencia, he aquí a los de Ferrara, Padua, Venecia, todos ellos fascios *exterminadores*, que se retiran “a la vida privada”. La extrema gravedad de una decisión semejante proviene de la impresión que tienen de haber defendido hasta este momento a la burguesía que menos lo merecía».

Y puesto que el orden del día proclama «su oposición irreductible» al gobierno Bonomi, Mussolini responde a este respecto:

«¿Qué significa esto? Si mañana la cuestión se planteara en los términos de Bonomi o Nitti, ¿se puede saber de qué lado la intransigencia del directorio de Venecia haría inclinar la balanza?»

El Congreso del partido se acerca y Mussolini presenta en «*Il Popolo d'Italia*» las nuevas «líneas programáticas» del partido. Con ellas queda definitivamente liquidado el programa de 1919, al ceder el «socialismo» de los primeros tiempos definitivamente el lugar a un nacionalismo «integral». En la base de todo, está la «Sociedad nacional», ya que «la ley de la vida en el mundo no es la unificación de las distintas sociedades, sino su competencia fecunda y, si es posible, pacífica». El Estado debe renunciar a todo monopolio en el orden

económico; su tarea específica es «consagrar la suma de sus actividades al refuerzo, al desarrollo y a la expansión de la nación italiana que, de esta forma, podrá alcanzar sus grandes objetivos históricos y sociales». Se hace un llamamiento a la energía y a la iniciativa individuales, que constituyen «el factor más poderoso de la producción» y renuncia absoluta «a las estatalizaciones, a las nacionalizaciones, a las municipalizaciones». Se propone la abolición de todas las medidas fiscales «demagógicas» y exoneración de todo impuesto sobre «la parte de los beneficios que ha sido transformada en capital técnico o instrumental». En política interior, «restauración de la autoridad del Estado nacional», agnosticismo en cuanto a régimen, creación, al lado del Parlamento, de Consejos nacionales técnicos, dotados de poderes legislativos. Prohibición de las huelgas en los servicios públicos. En materia sindical, el fascismo favorecerá las minorías proletarias que están situándose en el terreno nacional. En materia religiosa: «Plena libertad a la Iglesia católica en el ejercicio de su ministerio espiritual; solución del conflicto con la Santa Sede». Los apartados consagrados a la política exterior empiezan con la afirmación, ya repetida en muchas ocasiones, de que «el fascismo no cree en la vitalidad y en los principios que inspiran la llamada Sociedad de Naciones» y reasumen todos los puntos recordados o expuestos en el discurso de febrero, en Trieste. Respecto al ejército, el programa de 1919 había hecho concesiones al espíritu pacífico y democrático de los ex combatientes, exigiendo la «sustitución del ejército permanente por una milicia nacional con cortos períodos de ejercicio y de carácter puramente defensivo». El nuevo programa exige, por el contrario, «una organización militar que se ajuste a las necesidades actuales y eventuales de una nación en desarrollo continuo como Italia». La distancia entre estas dos fórmulas y su clara oposición muestran el camino recorrido por la ideología fascista desde 1919. A aquellos que reprochan al programa una falta de originalidad, Mussolini les responde, algunos días después, el 14 de octubre, resumiéndolo en algunas fórmulas rotundas:

«Estamos irreparablemente separados de todas las sectas socialistas, porque rechazamos todo internacionalismo, sea el que sea; toda intervención del Estado en la vida económica, sea la que sea... Estamos separados de las diferentes escuelas de la democracia y del liberalismo por nuestra convicción sobre la necesidad de un Estado fortísimo (*fortissimo*) y, en consecuencia, reducido a sus funciones primitivas político-morales y por nuestra exigencia de una política exterior expansionista, valiente, italiana».

Mussolini propone, al mismo tiempo, un esquema de estatuto que fija el papel y las relaciones de los órganos dirigentes del partido (Congreso nacional, Comité central, Comisión ejecutiva, Consejo nacional, Secretariado político), de las federaciones y de las secciones. Este estatuto, publicado en vísperas del Congreso de Roma, somete las «escuadras de acción» al control de los dirigentes políticos de los fascios; estas escuadras «dependen políticamente y disciplinariamente del directorio de cada sección».

Toda tendencia a la autonomía debe ser reprimida. El elemento «político» debe dominar sobre el elemento «militar».

En *el momento del* Congreso de Roma (7-10 de noviembre), los fascistas que, en 1920, no tenían más que un centenar de fascios con 30.000 afiliados, cuentan ahora con 2.200 fascios y 320.000 afiliados. Éstos pertenecen, sobre todo, a la burguesía agraria y a las clases medias.

Un censo hecho entonces por el secretariado del partido, que afecta a 151.644 afiliados, saca a la luz la composición social del movimiento: 18.084 propietarios agrícolas, 13.878 comerciantes, 4.269 industriales, 9.981 miembros de profesiones liberales, 7.209 empleados del Estado, 14.988 empleados privados, 1.680 maestros, 19.782 estudiantes. Estos 90.000 miembros constituyen la parte militante de los fascios, los proveedores de fondos, los jefes y los cuadros activos de las expediciones de castigo. Con ellos, hay 36.847 trabajadores agrícolas, en su mayoría miembros de las «ligas» socialistas pasados a los fascios bajo la presión de la ofensiva escuadrista y 23.418 trabajadores industriales reclutados, sobre todo, en las administraciones públicas, entre los parados de los puertos y en las regiones que los fascios han ocupado militarmente. Después de esta ocupación, los fascios han heredado también 138 cooperativas y 614 sindicatos obreros, con 640.000 afiliados, de los cuales dos tercios son de Emilia, Toscana y la región de Venecia.

La masa obrera, tanto en las ciudades como en el campo, está paralizada, y en ciertas regiones dominada, pero permanece fiel a las organizaciones socialistas o católicas. La verdadera, la única fuerza real del movimiento fascista es, por el momento, la que proviene de sus escuadras de acción. Incluso el Congreso de Roma triunfa sólo porque toma el carácter de una parada militar, de una *adunata*. Mussolini lo ve muy claramente. En la víspera del Congreso, se entrevista en Roma con los dirigentes de la oposición y concluye con ellos un compromiso. La oposición, que se sabe mayoritaria,

renuncia a acusar a Mussolini y al Comité central del partido, a condición de que no se bable más del pacto de pacificación. Mussolini acepta, porque quiere evitar, a cualquier precio, que se proceda a una votación, en la que él sería seguramente derrotado. La perspectiva de ser desautorizado públicamente, en pleno Congreso, le exaspera y le predispone a todas las concesiones. Grandi explica delante del Congreso la actitud de la oposición. Queremos evitar la escisión, declara, a condición «de que no se hable nunca más del pacto de pacificación, ni aquí ni en ninguna parte». Mussolini, que ha visto comprometida su popularidad, sube a la tribuna y declara, a su vez, que «sin duda, el tratado pertenece al pasado, no es más que un episodio retrospectivo». Grandi y Mussolini se abrazan, y el Congreso, en el que hasta este momento, partidarios y adversarios del pacto se habían puesto en evidencia, reservando sus aplausos a uno u otro de los dos jefes, les saluda con una única ovación y rompe a cantar, a gritar *Giovinazza*.

La discusión sobre el informe moral había enfrentado, el primer día, a las dos corrientes. Un representante de Turín había subido a la tribuna para deplorar «que el fascismo marche codo a codo con los agrarios y con los esbirros de los trabajadores»; mientras que un escuadrista había declarado: «No tendríamos que firmar ninguna tregua, porque somos soldados». La «reconciliación» entre los dos líderes, el segundo día, corta esta polémica. Pronuncian, uno después de otro, un discurso sobre la cuestión del programa. Mussolini expone de nuevo los puntos que ha publicado ya en «*Il Popolo d'Italia*», insistiendo una vez más en la oposición a todo estatismo o colectivismo en la economía: «En materia económica, somos liberales en el sentido clásico de la palabra», y después de haber criticado la Constitución dannunziana del Quarnaro, añade: «Nosotros, liberales en economía, no lo seremos en absoluto en política». Afirmar, también, la necesidad de un viraje a la derecha, ligado a una política imperialista. Hace un elogio de Crispí, quien:

«en un momento en que Italia parecía dominada por la política interior, tuvo la valentía de llevar a Italia al Mediterráneo, a África, porque comprendía que no podía haber grandeza nacional si la nación, en sí misma, no estaba dirigida por una idea de imperio».

Es necesario que un pueblo sienta este aguijón, sin el cual está condenado a la decadencia y a la muerte.

Grandi pronuncia un discurso mucho más rico en ideas y en puntos de vista, que es una crítica despiadada de las recientes actitudes de Mussolini, al que, sin embargo, evita nombrar. Hay una oposición, dice, entre el fascismo parlamentario y el fascismo nacional.

«Después de las elecciones, el fascismo, que era un movimiento romántico, se ha convertido en un movimiento político y se ha encerrado en el marco parlamentario antes de tener una fisonomía suficientemente precisa. Debido a ello, hasta el momento, ha procedido a tientas y no ha sabido encontrar su camino».

Hay que renovar a fondo las instituciones y empezar por renovar la ideología del fascismo. En la herencia de Fiume, en la Constitución del Quarnaro se encuentran todos los gérmenes de esta doble renovación, cuyo significado

«puede resumirse con las tres palabras siguientes: *libertad, nación, sindicalismo*. En vez de ir a remolque de los conservadores, del Vaticano, o del reformismo socialista, el fascismo debe convertirse en el animador de una nueva democracia nacional, de una democracia sindical, que permitirá que las masas se adhieran al Estado nacional.»

«El Estado debe disolverse en una poderosa y gran asociación de sindicatos, porque nosotros concebimos la democracia, no como un medio, sino como un fin en sí misma.»

Grandi replica en este punto a Mussolini que, en su discurso, había dicho que «la democracia puede ser un medio, pero nunca un fin». El fascismo –concluye Grandi– está elaborando en sí mismo, lentamente, los gérmenes del Estado futuro. «Nuestro Congreso no es más que el prefacio de un gran libro que será escrito por la nueva generación.»

La masa de participantes en el Congreso asiste a los debates como un espectáculo, sin captar el sentido profundó, saludando con ovaciones interminables los dos discursos. De esta manera, es fácil para los dirigentes concluir en seguida la discusión y hacer votar el orden del día, confiando al Consejo nacional la tarea de dar una forma definitiva al programa del partido, integrando el programa de Mussolini y el de Grandi.⁵⁶

⁵⁶ Este orden del día, presentado por Michele Bianchi y votado en la sesión del 9 por una gran mayoría, aceptaba «como postulados fundamentales del fascismo aquellos que Mussolini había desarrollado en su discurso y que habían sido completados en los discursos de los ponentes». Pedía «al Consejo nacional que se reuniera antes de finales de año para dar su forma definitiva al programa y al estatuto del Partido nacional fascista». La reseña de «*Il Corriere della Sera*» (10 de noviembre), precisa que el orden del día presentado por Bianchi «es aprobado a “mano alzada” por una mayoría de tres cuartas partes de los presentes. Son sobre todo los fascistas de Emilia, de Romaña y de Venecia los que no alzan la mano». Buena parte de la oposición era hostil a la transformación de los fascios en partido, puesto que veía en ello una amenaza para las iniciativas locales y para el propio escuadrismo. El voto del Congreso representaba, pues, sobre este punto, una victoria de Mussolini. Las consecuencias de esta victoria ejercerán una gran influencia sobre el desarrollo de la situación política en 1922. La importancia de este hecho escapa por completo a los Comunistas. Estos prevén «la transformación del fascismo en un partido parlamentario cualquiera»;

Esta tarea podría parecer realmente ardua, dada la oposición formal de los dos programas. Pero la solución adoptada permitía ganar tiempo y salvaguardar la unidad del partido. Por otra parte, las masas fascistas no se interesaban en absoluto por las cuestiones ideológicas: querían, sobre todo, seguir atacando a los socialistas, y les era suficiente saber que Mussolini y Grandi se habían puesto de acuerdo, para olvidar el pacto de pacificación. Además, el conflicto programático estaba falseado por una especie de inestabilidad continua que impedía conducirlo a posiciones precisas y coherentes. Mussolini, que es «conservador», ha pensado durante algunas semanas en la colaboración con los socialistas; a quienes los conservadores esperaban ver liquidados de una vez para siempre, gracias al *manganello* fascista. Grandi, que habla del nuevo *Risorgimento*, que querría otorgar su confianza a las masas y transponer, a escala italiana, la República del Quarnaro, se apoya en los fascistas del valle del Po, inspirados y dirigidos por los agrarios, la casta más sórdida y más hostil a los trabajadores. Mussolini no disimula su desconfianza respecto a los sindicatos fascistas, sobre todo si se pretende construir sobre ellos un «Estado sindical»; pero Grandi, que quiere ser revolucionario y sindicalista, es el líder del fascismo de las «expediciones de castigo», que están extirpando el sindicalismo hasta las raíces en un tercio de Italia. Mussolini, que quiere la colaboración con la C.G.L., se enfrenta a D'Annunzio, que pretende una «reconciliación nacional» en la que la C.G.L. jugaría un gran papel; Grandi, que se proclama discípulo de D'Annunzio, quiere destruir la C.G.L. hasta sus fundamentos. Mussolini, que quiere una dictadura personal, ha hablado, hasta la víspera del Congreso, de pacificación y de colaboración; Grandi, que habla de democracia y de sindicalismo, quiere que la ofensiva de los camisas negras sea llevada hasta el aniquilamiento del adversario. Tanto en un lado como en otro, no hay ninguna correspondencia entre las fórmulas y los hechos, entre los «principios» y las fuerzas que deberían realizarlos, y este enmarañamiento de equívocos acaba facilitando la fusión de las dos tendencias. La ideología reaccionaria de Mussolini tiene fatalmente que unirse con las tropas reaccionarias de Grandi y, a partir de este momento, la unidad queda constituida. Sobre todo porque Mussolini está decidido a todo para lograr que los escuadristas vuelvan a él; ha dejado correr el pacto de pacificación, firma el primero un telegrama de homenaje enviado por el Congreso a D'Annunzio, hace demagogia nacionalista. Él, que algunos meses antes defendía el Tratado de Rapallo, interrumpe el discurso

las organizaciones de combate no podrán impedirlo y, tascando el freno, «no tendrán más que esperar, para salirse del ocio de la perezosa política parlamentaria, la señal, que no se hará esperar, del asalto del pueblo contra el edificio ruinoso de la democracia burguesa» («*Rassegna comunista*», n.º 12, 15 de octubre de 1921).

de un delegado que se lamentaba de que Italia no hubiera dispuesto más que de fuerzas armadas muy débiles en la frontera yugoslava, gritando: «Nosotros estamos aquí. Se efectuará una expedición de castigo contra Liubliana». *Calurosos aplausos*, registra en este momento el acta del Congreso.

Otro episodio, que tuvo una gran importancia en la posterior evolución del fascismo, precipita el acercamiento de las dos corrientes. Las bandas de Toscana y Emilia han llegado a Roma, equipadas como para una «expedición de castigo». En las calles de la capital, los escuadristas se abalanzan sobre todos los que llevan una corbata roja, o que no se descubren a su paso, como si estuvieran en «su» Florencia o en «su» Bolonia. En la estación, matan a un ferroviario. Hay una huelga general de protesta. El gobierno está preocupado. Que los fascistas impongan su voluntad en las demás ciudades, no es muy grave; pero, en Roma, están las embajadas, el Vaticano, las peregrinaciones... Los incidentes se multiplican, los fascistas se sienten rodeados de una atmósfera de odio y desprecio, y se vengan de ello dejando en el interior del Augusteo, la gran sala donde se ha celebrado el Congreso, montones de escombros y basuras.⁵⁷ Mussolini habla, en plena Cámara, de una «incomprensión entre el pueblo de Roma y los fascistas»; Grandi, de olvido y de «ingratitude». Sin embargo, la lección ha servido tanto para el uno como para el otro. Mussolini ha «descubierto» que el único fascismo que cuenta es el de las escuadras de combate, cuya confianza le es necesario recobrar, si quiere disponer de una fuerza real en su juego. Grandi ha comprendido que el valle del Po no es toda Italia y que, incluso allí donde parecía haber triunfado, el fascismo no puede mantenerse si el Estado no se presta a ello. Poco después, escribe a este propósito:

«La toma de posesión violenta y dictatorial de los poderes del Estado nos parecía, en determinados momentos, que era una necesidad urgente e imperiosa. Necesidad tanto más evidente cuanto que una revolución semejante parecía posible y fácil... *Las jornadas de Roma han destruido esta ilusión*. En Roma, en noviembre, tuvimos todos la sensación precisa de que un intento de violencia, con barricadas en la calle, no habría conducido a ninguna parte, porque la conciencia del

⁵⁷ En una circular del 17 de noviembre. Dino Perrone Compagni habla así de los incidentes de Roma: «La iniciativa que en Roma han tomado algunas escuadras, de obligar a la gente a quitarse el sombrero sin tener en cuenta la estación, ni la duración del desfile, ha creado serios obstáculos al Partido nacional fascista, a causa de la categoría de las personas afectadas y de la reacción muy legítima de la población, que no tiene la intención de descubrirse ante unos banderines que llevan la inscripción Me ne fregó ("Me importa un comino"). Yo mismo he podido advertir cómo ciertos escuadristas no obedecen ninguna orden y quieren hacer del fascismo un simple instrumento de violencia».

Estado nuevo no estaba ni está todavía madura en el corazón de las masas».

La «expedición de castigo» no es suficiente, es necesaria la acción política, «un trabajo lento, cotidiano y asiduo». ¿Quién, entre los dirigentes de la oposición, podría encargarse de ello? Todos son hombres jóvenes, sin experiencia, que se encuentran situados bruscamente frente a una realidad que no han visto hasta ahora. Mussolini es el único hombre que domina la situación, el que desde hace varios meses viene denunciando el peligro de una ruptura entre el país y el fascismo, ruptura que en Roma se ha revelado inesperadamente a los «exterminadores» de la oposición. Se reconoce que su «oportunismo» estaba dictado por la situación, que sólo él puede dirigir la acción política del fascismo, que sin él fracasaría rotundamente. De esta manera, poco tiempo después de haber sido puesto en minoría en el Congreso, aparece como el único jefe posible del fascismo, el único, el «Duce». El movimiento de rebelión que se había iniciado contra él, y frente al cual había abandonado sus posiciones iniciales, que se habían vuelto insostenibles, se calma, y el fascismo vuelve de Mussolini a Mussolini. Este regreso se hace a pesar de ciertos incidentes que se produjeron el último día del Congreso. Los delegados de la oposición proponen Roma, en lugar de Milán, como sede central del partido, para reducir la influencia personal de Mussolini. Se efectúa una votación y la proposición es adoptada por una gran mayoría. Los que estaban en la oposición acogen el resultado con aplausos, que hieren a Mussolini. Se lee la lista de la Comisión ejecutiva de los fascios; el primer nombre es el de Mussolini, el segundo el de Grandi. En este momento, Mussolini se levanta y dice que él no acepta. A la Asamblea, que le aclama para forzarle a hacerlo, le responde: «Es inútil insistir. Esto significa que vosotros no me conocéis. No acepto». Pero sus amigos, por el contrario, le conocen bien, porque Mussolini, sin hacer una declaración formal de aceptación, participa en la primera reunión del nuevo Comité ejecutivo. Por otra parte, se da perfecta cuenta de que la situación se vuelve favorable a él y si todavía hace un poco de comedia, es simplemente porque es necesario un cierto tiempo para digerir la afrenta sufrida en Roma. Si pudiera, le gustaría llevar a cabo una pequeña represalia contra los fascistas: dejar que se las arreglaran solos, esperar en Milán, en «*Il Popolo d'Italia*», a que vinieran un día a suplicarle que tomara de nuevo la dirección del movimiento. «Hay que hacer –llega a escribir en un momento dado– la experiencia de un fascismo despersonalizado».⁵⁸

⁵⁸ Tal era, por lo menos, la intención que él había manifestado en vísperas del Congreso: «Tendrá lugar una “despersonalización” del fascismo, de la que me alegraré particularmente. Algunos la

Pero la situación política no le permite esta satisfacción. Los grupos parlamentarios «democráticos», que van desde Giolitti a Nitti, han empezado las negociaciones para llegar a una fusión entre ellos y para formar un grupo parlamentario único.⁵⁹ Esta fusión se realiza a finales de noviembre, y de 150 a 160 diputados se adhieren a la nueva formación. Los fascistas, después de haberse desembarazado del pacto de pacificación, que no les ha estorbado demasiado, reemprenden sus hazañas: asesinato del diputado socialista Di Vagno, en Apulia; asesinato del presidente de la diputación provincial de Cremona, el socialista Boldoni, muerto a palos en la carretera. Los fascistas hacen de él este elogio fúnebre: «*No es culpa nuestra que su cráneo fuera tan poco resistente*». Tiene también lugar un nuevo asalto contra «*Il Lavoratore*» de Trieste y la muerte de un tipógrafo, que provoca una huelga general de protesta, decretada por la Federación de Trabajadores del libro, en toda Italia.

El gobierno envía nuevas circulares sobre el «desarme de los ciudadanos» y ordena que se lleven a cabo pesquisas para buscar y requisar las armas. Estas disposiciones resultan ineficaces, porque el gobierno se queda a medio camino, dejando a las autoridades locales la iniciativa de la disolución de las ligas armadas. Esta disolución «debe consistir –dice la circular– en la inmediata ocupación de locales, el secuestro de armas, la prohibición de portar armas a todos los miembros de los cuerpos armados y, eventualmente, su denuncia a la autoridad judicial, si se trata de casos extremos previstos en los artículos 253 y 254 del Código penal», para aquellos que «organicen cuerpos armados y tomen parte en ellos». Pero ¿cuántos prefectos y subprefectos se decidirán a llegar hasta la disolución, que sigue dependiendo de ellos, es decir, a la única medida realmente decisiva en sí misma y por las consecuencias que ella comporta?

deseaban y es necesario que así sea. Es una experiencia necesaria». En sus Memorias, volviendo sobre este episodio, escribe: «En aquella ocasión, yo deseaba vivamente quitar al partido el carácter personal que había adquirido bajo la influencia de mi voluntad. Pero, ante la evidencia de los hechos, estaba convencido de que el partido no podía vivir y prosperar sin mi mando, mi dirección, mi protección y mi impulso» («Mi vida», *Candide*, 9 de agosto de 1928).

⁵⁹ En Montecitorio se había celebrado una primera reunión a la que habían asistido unos sesenta diputados favorables a la fusión de las fuerzas democráticas constitucionales en el país y en el Parlamento. El 26 de noviembre se decidió la fusión de los dos grupos: el grupo demócrata-liberal (80 miembros) y el grupo social-demócrata (63 miembros). De esta forma, pasaban a constituir el grupo más importante de la Cámara. Pero esta iniciativa, frágil en sí misma, puesto que las relaciones así establecidas dejan de lado a los dos jefes, Giolitti y Nitti, está sobre todo dirigida contra los populares. La pérdida sufrida en el aspecto de la estabilidad ministerial será, de esta forma, muy superior al beneficio obtenido por la fusión. Mussolini lo comprendió perfectamente: «¿Tendrá este acontecimiento repercusiones inmediatas de orden ministerial? Es poco probable... Un gobierno sin populares es imposible en tanto que los socialistas se atrincheren en el Aventino» («*Il Popolo d'Italia*», 27 de noviembre de 1921). Las consecuencias se pagaron con ocasión de la crisis de febrero.

La circular deja la puerta abierta a todas las evasiones, a todas las tolerancias. Las autoridades locales efectúan algunos registros, pero sobre todo en las Casas del Pueblo y en los locales de los sindicatos socialistas, para requisar las pocas armas que podían quedar, y dejar, así, la vía libre al ataque fascista. Varios grupos de *Arditi del Popolo* son detenidos y, cada vez, la magistratura les condena despiadadamente. Para hacer respetar la ley, las autoridades deberían ocupar cada local fascista, de donde salen las «expediciones de castigo», y detener a todos los miembros de las escuadras de combate.⁶⁰ Se limitan a hacer algunos registros; pero las armas que deberían buscar han sido a menudo proporcionadas por las autoridades militares. Cuando se decide un registro, los dirigentes de los fascios son prevenidos y tienen el tiempo suficiente de transportarlas a un lugar seguro; poco falta para que las escondan en el sótano de la comisaría de policía o de la prefectura. De esta manera, no se encuentra nunca nada y, al día siguiente, las escuadras salen de nuevo, armadas, en sus camiones, pasando tranquilamente bajo las ventanas de la policía, donde se está redactando un informe precisando que el registro, aunque ha sido largo, no ha descubierto nada que legitime cualquier medida por parte de la prefectura. El gobierno se da cuenta de que las medidas que ha tomado son inoperantes y considera la posibilidad de disolver, por decreto, las escuadras de combate. Cuando los dirigentes del partido fascista tienen noticia de esta intención, toman la delantera, y el 15 de diciembre de 1921 dan la orden siguiente:

¡A todas las Secciones del Partido! ¡A todas las Escuadras de combate!

Corre el rumor en la prensa de una próxima ofensiva del gobierno contra el fascismo... Las Secciones del Partido y las Escuadras de combate forman un todo indivisible. A partir del 15 de diciembre de 1921, todos los inscritos en las Secciones formarán parte de las Escuadras de combate... De esta manera, será imposible la disolución de las Escuadras de combate, si el gobierno no ha declarado antes fuera de la ley al Partido nacional fascista en bloque.

⁶⁰ La organización de estas escuadras, estrechamente ligada a la del partido, era el objeto de la atención especial de sus dirigentes. En la reunión del Comité Central (Roma, 20 de noviembre), se decide constituir una Inspección general de las Escuadras de combate que, de acuerdo con el secretariado político, se ocupe de: a) coordinar la organización de las escuadras, que deberán adoptar normas de disciplina y criterios de instrucción análogos, así como un uniforme único; b) tomar las disposiciones necesarias para aumentar la eficacia de las escuadras; c) mantener, entre las escuadras, la coordinación, necesaria, etc.

El desafío está lanzado. «¿Queréis disolver las escuadras de combate? Pues todo el partido pasa a las escuadras de combate. Disolved, pues, el partido, si es que os atrevéis a hacerlo». Y el gobierno, evidentemente, no se atreverá. Su jefe, Bonomi, ha sido elegido en mayo, en Mantua, en una lista de bloque nacional, con los fascistas. Multiplica las circulares, que nadie aplica, como aquellos *gride* (edictos) de los gobernadores; españoles de Milán sobre el hambre y la peste, de los que habla Manzoni en su novela. Los fascistas han actuado con audacia y el Estado da marcha atrás. Al mismo tiempo, la crisis interna del fascismo da un nuevo paso hacia su solución: el peligro común une a las «secciones» y a las «escuadras», confundiendo sus filas. En lugar de la secesión fascista que debía permitir a Mussolini y sus amigos su inserción en el Estado, se llega, hacia finales de otoño, a la unificación del fascismo en la lucha contra el Estado.

Capítulo IX

HACIA EL CAPORETTO SOCIALISTA

A finales de 1921, Mussolini tiene que hacer frente a un serio peligro: una coalición de izquierda podría formar un gobierno decidido a liquidar la violencia fascista. En la cámara hay 535 escaños, de los cuales 145 son socialistas, comunistas y republicanos; 110 populares y 150 «demócratas». Con la clara intención de provocar una crisis ministerial, los socialistas, el 26 de noviembre, presentaron una moción denunciando la inercia, del gobierno frente a las bandas armadas. Si los fascistas pasasen también al ataque, Bonomi sería derrocado como seis meses antes lo fue Giolitti. Pero Mussolini no desea en modo alguno una crisis en ese momento, y en su discurso trata con miramientos al gobierno. Los hombres que ocupan el poder, afirma, podrían intentar aplastar a las dos fracciones extremas: fascistas y comunistas al tiempo:

«Declaro inmediatamente que en lo que concierne a los fascistas será más difícil; y, no sin ningún peligro; porque mañana, fascistas y comunistas, sometidos diariamente a la persecución policíaca, podría suceder que llegasen a un acuerdo aunque luego luchasen enérgicamente por el reparto del botín. Reconozco que entre los comunistas y nosotros no existen afinidades políticas, pero sí en cambio afinidades intelectuales. Nosotros, como ellos, creemos en la necesidad de un Estado centralizador y unitario, que someta a todos y cada uno a una disciplina de hierro; con la diferencia de que ellos llegan a esta idea a través de la noción de clase y nosotros a través de la de nación».

El gobierno Bonomi podría haberse apoyado sobre una de estas fracciones para destruir a la otra; pero no lo ha hecho. Se ha contentado con vivir al día. En el momento presente no existen más que tres soluciones. Una dictadura militar, en la que Mussolini afirma «no he creído nunca, aun cuando la sugestión me viniera de generales desocupados y persuadidos de poseer la fórmula infalible para salvar al mundo»; además, «la carta de la dictadura es una carta importante que implica riesgos terribles y que únicamente se puede jugar una sola vez». Queda llamar al país a nuevas elecciones generales, y, finalmente, un gobierno de coalición. ¿Quién podría constituirlo? No es a Nitti a quien los fascistas se oponen resueltamente.

«¿Giolitti? Hacia este hombre de estado convergen siempre grandes simpatías. Además, la historia es una sucesión de posiciones lógicas y sentimentales; nadie se mantiene siempre en el amor eterno o en el eterno rencor. Los amigos de ayer se convierten en los enemigos de mañana y viceversa; así es la vida».

En cuanto a la situación general, si es preciso optar entre la guerra civil y la pacificación, los fascistas se sienten fuertes hasta tal punto, que pueden aceptar la pacificación.

«Es preciso que la guerra cese en el interior, para que la atención del pueblo italiano se vuelque allende las fronteras y se concentre sobre los acontecimientos que maduran y que están destinados a transformar una vez más el mapa de Europa. Porque hay que optar entre una revisión de los tratados o nueva guerra. Por consiguiente, es preciso que Italia se presente unida, compacta, en el torneo de las naciones; liberada de las preocupaciones de orden interior; dispuesta a mostrar al mundo –puesto que de ahora en adelante nuestra vida no será nacional, ni siquiera europea, sino mundial– que Italia va a entrar en el cuarto y más luminoso período de su historia».

Cuando se relee hoy este discurso, resulta sorprendente su incoherencia. Nada hubiera sido tan fácil como contestarle denunciando sus numerosas contradicciones. Nadie lo hizo porque, para forzar a Mussolini y al fascismo a tomar partido, habría sido necesario definirse claramente y aceptar responsabilidades precisas; no sólo en relación con el fascismo, sino también frente al país y a toda la política italiana. Mussolini puede permitirse ser incoherente porque los otros, desde los socialistas hasta los liberales, no están dispuestos a pagar el precio de una política coherente. Mussolini conoce las debilidades de sus adversarios y saca partido de ello: Su gran libertad de maniobra se paga al elevado precio de la inmovilidad de los demás. Lo que Mussolini quiere impedir es que de la nebulosa democrática, anunciada en el ciclo parlamentario, nazca una nueva constelación gubernamental con exclusión de los fascistas. Contra la amenaza de una acción antifascista del Estado, Mussolini responde con el chantaje amenazando con una alianza con los comunistas. Contra un gobierno «centrista» que eliminaría ambos extremos, predica un gobierno de coalición dirigido por Giolitti «el enemigo de ayer, el amigo de mañana».

Mussolini «acepta» la pacificación, pero como premisa de una política exterior imperialista. En resumen, se dedica, sobre todo, a evitar una crisis ministerial que los fascistas todavía no podrían solucionar, y lo logra. El gobierno Bonomi consigue algunas semanas de supervivencia.

La crisis estalla dos meses después. La nueva entrada del Parlamento se fija para el 2 de febrero. El día antes, las derechas, los fascistas y los socialistas deciden votar contra el ministerio, y, lo que resulta decisivo, el grupo «demócrata» pide a sus miembros del gabinete que dimitan. Únicamente los populares se pronuncian por el *status quo*. Se reprocha al gobierno su actitud difusa durante la Conferencia de Cannes, y a la vez la ineficacia de las medidas de pacificación y de desarme interiores; su debilidad con los fascistas y algunas complacencias con los socialistas; la excesiva influencia de los populares en el seno del gabinete y, al tiempo, el nacimiento de un cierto anticlericalismo. También se le reprocha no haber llegado hasta el final en las medidas para salvar la *Banca Nazionale di Sconto*, que se vio obligada a cerrar sus ventanillas y pedir la moratoria. Entre los responsables de la caída de este gran banco, hay varios suministradores de fondos del fascismo y del nacionalismo que desearían salvarse a expensas del Estado. La campaña encuentra eco en algunos diarios de la «democracia», como en el *Paese*.

Barrère, embajador de Francia en Roma, se encuentra una vez más en el juego, y como siempre por las mismas razones. Bonomi, en Cannes, se ha mostrado favorable a las propuestas de Lloyd George para una «normalización» de la situación europea y por una política más inteligente hacia Alemania y Rusia. Inglaterra está dispuesta a dar a Francia, para tranquilizarla, esa garantía directa que en lo sucesivo nunca querrá comprometerse a dar. Briand se ha mostrado sensible a esas insinuaciones. Millerand y Poincaré organizan, en París, un pequeño golpe de Estado para eliminarlo. Barrère manobra en Roma en el mismo sentido. La Conferencia de Génova va a abrirse: Bonomi no irá a Génova, como tampoco fue Nitti a Spa.

Una vez abierta la crisis, Giolitti y Nitti se afanan en resolverla, pero ambos desean ser el *deus ex machina* de la nueva combinación, y sus esfuerzos, una vez más, se neutralizan mutuamente. Por su lado, el secretario del partido popular, don Sturzo, renueva su *veto* contra Giolitti. El gabinete Bonomi dimite; y en el transcurso de las conversaciones para resolver la crisis, Giolitti, de Nicola y Orlando son sucesivamente eliminados. Ante estas dificultades el rey rechaza la dimisión del gobierno e invita a Bonomi a presentarse ante la Cámara para obtener de ella un voto político que proporcione una indicación

precisa para la formación del nuevo gobierno. El 16 de febrero, Bonomi acepta una moción de confianza que, en su primera parte, afirma:

«la necesidad de devolver al país las condiciones indispensables para una coexistencia pacífica entre todas las clases en el respeto de la libertad de organización y en la obediencia a la ley».

Este texto fue redactado por el diputado reformista Celli, con el fin de desconcertar a los fascistas y obligarles a oponerse, lo que permitiría la formación de una mayoría de la que serían excluidos, proporcionando esa indicación política precisa que se busca en vano desde hace meses. En nombre de los socialistas, Modigliani declara que votará la primera parte de la moción, pero que no votará la confianza al gobierno. Mussolini, que se ha percatado del objetivo de la moción de Celli, pasa a la ofensiva subrayando la contradicción entre las directrices «maximalistas» del último congreso socialista y esta aceptación de la «coexistencia pacífica entre las clases» y «la obediencia a la ley». Hablando en nombre de todas las derechas acepta también la primera parte de la moción, que es aprobada por 388 votos a favor y 11 en contra. De este modo impide una vez más que el voto de la Cámara sirva de indicación para la formación de un nuevo gobierno, tras lo cual los fascistas pueden, sin ningún peligro, unir sus votos a los de los socialistas rechazando la confianza al gabinete Bonomi. La crisis se prolonga; será la más larga que ha conocido Italia desde 1860.

Giolitti intenta inútilmente desviar el *veto* de los populares y para ello envía al Vaticano a su gran negociador: el prefecto Lusignoli. La apertura de la Conferencia de Génova es inminente. Los populares, que habían descartado a Giolitti, aceptan entrar en un gabinete formado por uno de sus lugartenientes, Facta. Este gobierno se forma sobre una base muy diferente a la prevista por la moción de Celli, ya que entran a formar parte de él algunos elementos caracterizadamente de derecha: De Capitani y Riccio, que será el hombre de confianza de los fascistas en la nueva combinación. De este modo, una crisis abierta para provocar la formación de un gobierno «más a la izquierda» concluye en un resultado contrario. Mussolini ha conseguido un golpe maestro: ha impedido la coalición democrática, el apoyo socialista y, en suma, un gobierno más fuerte, contra el que los fascistas se hubieran estrellado, y, como muy bien sabe, destrozado. Esta larga crisis, el equívoco socialista, la ostentación de poder de los populares y su apoyo a la solución Facta no hacen sino agravar un poco más el descrédito del Parlamento. El país asiste estupefacto a los diferentes cubileteos de los partidos y de sus líderes

sin conseguir comprenderlo. Los nacionalistas aprovechan la ocasión para manifestarse en Roma, en Bolonia y en Florencia ante las Comandancia de los cuerpos de ejército al grito de: *¡Viva la dictadura! ¡Abajo el Parlamento!*

Apenas disimulada por la especie de tregua –aunque muy relativa– que se establece durante la Conferencia de Génova, la crisis parlamentaria repercute cada vez en el país. En el mundo obrero surge la «Alianza del Trabajo», que, por iniciativa del Sindicato nacional de ferroviarios, agrupa a todas las organizaciones sindicales, empezando por la C.G.L. La formación de este «frente único» reanima la confianza de los obreros y puede convertirse en un elemento decisivo de la situación. Era indispensable, pero no suficiente. Este frente único es sindical, exclusivamente sindical, y todo lo que puede, permaneciendo en este plano, es proclamar a escala nacional una de esas huelgas generales de protesta que estallan por todas partes como réplica a las proezas homicidas de las bandas fascistas. Pero este frente único no organiza ni la lucha armada en la calle ni la conquista legal del poder: por consiguiente, es tan impotente como los partidos políticos de la clase obrera. El desacuerdo entre estos partidos se ve aún más agravado que disminuido por la Alianza del Trabajo, detrás de la cual continúan entregados a una furiosa batalla. Por otra parte, se camina hacia la ruptura abierta entre maximalistas y socialistas de derecha. En cuanto a los comunistas, ¿qué contribución pueden aportar al frente único cuando definen del siguiente modo sus perspectivas: *«Si realmente la burguesía va hasta el final y si la reacción blanca estrangula a la social-democracia, aquélla prepara las mejores condiciones para su propia derrota y la victoria de la revolución...»*

Los populares comienzan a experimentar una fuerte presión a su derecha, aun por parte del Vaticano. A comienzos de febrero, el Cónclave, reunido tras la muerte de Benedicto XV, elige para la sede pontificia al cardenal Ratti, Pío XI. El nuevo papa pertenece a una de esas familias de conservadores lombardos que desde tiempo inmemorial han mostrado un espíritu muy limitado sobre las cuestiones sociales, y que instintivamente se inclinan hacia todo lo reaccionario. Los jesuitas, siempre atentos a las novedades, ya sean peligrosas o provechosas, facilitan por todos los medios a su alcance una aproximación entre el Vaticano y el fascismo. A comienzos de 1922, en su iglesia del Gesù en Roma, el lugar preferido por la «nobleza negra», predicán las galas del nuevo movimiento, en el que adivinan un poderoso liberticida. Uno de ellos, en su entusiasmo, llega a gritar, desde lo alto del púlpito: *¡Viva el fascismo!*

Para eliminar del juego a los socialistas, Mussolini necesita el apoyo de los populares, indispensable para la formación de un gobierno de coalición orientado a la derecha. Piensa conseguirlo a través del Vaticano. Con motivo de la muerte de Benedicto XV, Mussolini descubre la religión, y saluda una vez más la misión universal del catolicismo e incluso el renacimiento del sentimiento religioso, y proclama su poder de evasión para las masas atormentadas y miserables. Al mismo tiempo, reanuda con los populares la maniobra de la que ya se ha servido en relación con los socialistas, oponiendo la derecha y la izquierda del partido, deseando e incitando a una escisión. A decir verdad, esta derecha no cuenta casi con seguidores en el interior del partido popular, pero puede contar cada vez más con el apoyo del Vaticano. En la base, en las organizaciones sindicales católicas, la presión en favor de una colaboración con los socialistas, y sobre todo con la C.G.L., es muy fuerte. Las masas campesinas y obreras que están bajo la influencia de los populares sufren también la ofensiva fascista contra las sedes de sus organizaciones y contra sus contratos de trabajo. En Cremona, bajo la presión fascista, los populares firman un acuerdo local con los socialistas «para la defensa de su libertad sindical y para la salvaguardia de sus municipios». Pero esta defensa no puede ir muy lejos, porque las libertades sindicales y el funcionamiento normal de las administraciones públicas no pueden ser salvaguardados, en la situación concreta de Italia, más que si el Estado, interviene enérgicamente para hacer respetar la ley. Por otra parte, el secretariado político del partido popular y don Sturzo no quieren comprometerse a fondo con los socialistas, dentro del cual los maximalistas continúan arrastrando las fórmulas de 1912-20 como si fueran cadenas de forzados, convirtiendo en imposible cualquier colaboración con los populares a nivel gubernamental. Además, la dirección maximalista del partido llega, aunque como siempre amparándose en una cuestión de procedimiento, a deplorar los acuerdos de Cremona, que de este modo quedan sin futuro. Los medios que, hacía algunos meses, se habían pronunciado por la «concentración democrática» y por la solución política que debía ésta implicar, comienzan a vacilar y a no ver otra salida que un acuerdo con los fascistas en un «gran gobierno nacional»: este acuerdo es el que Nitti quería hacer posible mediante la benevolencia que manifiesta hacia el movimiento fascista, en su discurso-programa de Melfí el 12 de marzo.

Mussolini puede así, con toda tranquilidad, terminar la liquidación de la crisis interior del partido, que había alcanzado su máximo la víspera del Congreso de Roma y que, ahora, no se revela más que por algunos sobresaltos desperdigados. Ya no es difícil reabsorber los últimos síntomas de la crisis

puesto que Grandi y los partidarios de la «revolución nacional» han comprendido la necesidad de contemporizar y reconocen a Mussolini como el único jefe capaz de dirigir el barco fascista entre los peligrosos arrecifes de la política. Además, Mussolini ejerce, incluso sobre los jóvenes extremistas, un ascendiente indiscutible; además tiene la precaución de mantener con ellos un contacto directo, es a la vez brusco y previsor, ausente y afectuoso; teje para cada uno de ellos la red que mejor puede retenerle, hablándoles frecuentemente a medias palabras, lo que le permite no comprometerse demasiado y dejar brotar en sus espíritus las esperanzas más descabelladas. A comienzos de 1922, algunos meses después del Congreso, uno de los jefes de la oposición Italo Balbo, escribe en su *Diario*:

«Todos los meses, y frecuentemente cada quince días, Voy a ver a Mussolini a Milán. Encuentros inolvidables. El jefe ilumina y simplifica los problemas más complicados: gran virtud para el que dirige. Además, es siempre muy afectuoso. No me deja nunca marchar sin antes abrazarme. Su confianza es mi viático. No se puede combatir sin tener la certeza absoluta. Me dice que soy uno de los mejores. Me siento orgulloso por tal elogio. Ambiciono sorprenderle, haciendo más de lo que espera. Estoy seguro que tenía razón cuando, frente a las vacilaciones de muchos, y también contra las mías, transformó al fascismo en un partido».

La reconciliación con los extremistas llega muy lejos. En el Consejo nacional de Florencia (20-21 de diciembre de 1921) la cuestión del programa pasa a un segundo término. La atención de todos se concentra sobre la organización de las escuadras de combate. Aunque sometiéndolas al control de los directorios políticos de los fascios, se preocupan de convertirlas en un ejército más homogéneo y capaz de proponerse objetivos más importantes que el asesinato de los líderes socialistas o el incendio de las Bolsas de Trabajo y de las cooperativas. Mussolini explica a los elementos «militares» del fascismo que es preciso superar en la acción al marco local o regional y tener como proyecto la conquista del poder. Por consiguiente es preciso ganar tiempo, y maniobrar hasta que se esté preparado. Sin embargo, no está en modo alguno dispuesto a «marchar» sobre Roma: prefiere, personalmente, llegar por otros procedimientos y con menores riesgos, pero le resulta necesario calmar las impacencias de los oponentes apenas convencidos, y guardar en su juego la carta de una conquista militar, si ésta resulta ser el único camino. Desde el comienzo de 1922, se trabaja en la reorganización de las escuadras con un plan único y nacional. Italo Balbo se reúne en Onigliá con el jefe de los

fascistas toscanos, el marqués Perrone Compagni. Allí ambos se reúnen con el general Gandolfo, que acaba de afiliarse a los fascios. En su casa entablan conversaciones para «sentar las bases de la transformación de las escuadras en *Milicia-fascista*».

Mussolini había insistido en agosto sobre la necesidad de un programa. Ahora que ha podido forjar su instrumento, el partido, vigila que el programa no se convierta a su vez en un obstáculo que haga a este instrumento una cosa poco manejable. En modo alguno se ha convertido a la ideología; sólo ha pretendido vencer la disidencia de los escuadristas. Necesita sólo la indispensable doctrina para poder aglutinar al partido sin hacerlo rígido. Pero no quiere atarse a nada, de ninguna manera desea abandonar el reino de la aventura, en donde se siente muy fuerte; por el de los principios, lleno de trampas y de callejones sin salida. Desea poder continuar empleando cada mañana la idea que necesita, en función de las combinaciones de fuerza de las que debe defenderse, y en las que debe apoyarse. Las ideas no son más que velas destinadas a captar el viento; sólo valen en la medida que facilitan la navegación. Por lo demás, Mussolini abunda en precauciones a ese respecto: la discusión sobre el programa no está aún cerrada y él lo apuesta todo en una profesión de «relativismo» a ultranza.

«El fenómeno fascista —escribe después del Congreso de Roma—, se presenta cómo la más alta e interesante manifestación de la filosofía relativista. Y puesto que, como afirma Vaihinger, el relativismo se relaciona con Nietzsche y con su *Wille zur Macht*, el fascismo italiano ha sido y sigue siendo la más formidable creación de una *voluntad de poder*, individual y nacional».⁶¹

En esta *voluntad de poder*, todo el mundo fascista se reconoce y se encuentra: desde Mussolini, para quien la vida no es más que una «loca aventura» y que sólo reconoce la sanción del éxito, hasta los agrarios y los industriales que, tras haber temblado durante dos años, se sienten de nuevo amos, los amos absolutos en el campo y en las fábricas, siendo de este modo «restauradas las relaciones de dominación del hombre sobre el hombre».

⁶¹ Adriano Tilgher había dedicado un estudio, recogido en el breve volumen titulado *Relativisti contemporanei*, al libro del filósofo alemán Hans Vaihinger, *Die Philosophie des als ob* (1921). Esta filosofía agradaba a Mussolini, quien reconocía «en la Vida, en la Acción, una superioridad absoluta sobre la inteligencia». «De la equivalencia de todas las ideologías en cuanto que todas son ficciones» podía deducir que «cada cual tiene derecho a crear la suya propia e imponerla con toda la energía de que sea capaz». Hay aquí un típico ejemplo de la forma en que Mussolini aprovecha de sus lecturas de segunda o tercera mano, utilizándolas sin miramientos, todo aquello que puede proporcionar una justificación «teórica» a su «activismo».

Desde el pequeño burgués que, aún ayer, se sentía «puchero de barro entre las ollas de hierro» del capitalismo y del proletariado, y que ahora tiene la ilusión de ser el árbitro de esas fuerzas opuestas, hasta el ex oficial desmovilizado que ha vuelto a encontrar en las filas de la milicia fascista la posibilidad de continuar mandando, y de disponer de esa ración cotidiana de poder de la que ya no puede prescindir.

Bajo un cierto aspecto, la imprecisión del programa, en vez de ser un obstáculo al desarrollo del fascismo, facilita su reclutamiento y su adaptación a las situaciones locales:

«Los pretextos adoptados por los fascistas para justificar su ofensiva no tienen importancia, porque varían según los sitios. En Bolonia y Reggio Emilia, se os ha dicho que es necesario echar a los socialistas porque, cobardes, no han querido hacer la revolución. En cambio, en Carrara o en Valdarno, se afirma que ha llegado el momento de acabar con los anarquistas, porque amenazan con nuevas convulsiones e impiden las conquistas graduales y progresivas. En Turín y en Florencia, se grita contra el mito del comunismo ruso; en Roma y Milán contra el reformismo nittiano, y así sucesivamente.»⁶²

Al mismo tiempo se fomentan las ilusiones de estos aliados de hoy que se rechazarán, y barrerán mañana. Todos esperan servirse del movimiento fascista para sus propios fines:

«Giolitti, para forzar a los populares a que se reconcilien con él. Salandra y sus fieles, para cortar la exclusión del poder con que los socialistas les han estigmatizado, y los partidos constitucionales para salvarse del diluvio del sufragio universal»⁶³

Todo esto sólo es posible gracias a esta extrema movilidad del fascismo que cada cual espera poder precipitar y fijar un día en su propio marco.

Esta es la razón por la que las crisis locales de los fascios –que, sin embargo, se producen frecuentemente por doquier, mientras que paralizaban el movimiento en 1919-1921, en la nueva situación que se ha creado después del Congreso de Roma– pasan rápidamente casi sin dejar apenas trazas. A comienzos de 1922, todos los fascios están en crisis, y, sin embargo, el alud fascista continúa. Los «directorios» se suceden, las cuestiones personales

⁶² L. Fabbri, *La Contrarrevolución preventiva*

⁶³ Guglielmo Ferrero, *De Fiume a Roma*

hacen estragos, y el reclutamiento apenas se interrumpe para reemprenderse seguidamente. Una crisis es profunda cuando se remonta a un conflicto de principios, y esto no sucede con los fascistas, ya sean jefes o simples militantes. Nadie, o casi nadie, está dispuesto a sacrificar los privilegios que le augura su afiliación al partido y a la milicia. ¿Quién quiere renunciar al uniforme, al armamento, a las expediciones, a las subvenciones, al pillaje, a las adulaciones y a todas las ventajas que la situación confiere a los fascistas? Igual que sucederá años más tarde con las *Secciones de Asalto* alemanas, los «opponentes» fascistas no pueden vivir fuera de esta atmósfera a la que lo deben todo: si rompen con el partido, les aguarda la decadencia y la asfixia. Por eso todo fascio en crisis se disuelve y se recompone rápidamente y de nuevo se ve arrastrado por la corriente general, más fuerte que todo lo demás.

Tampoco se puede subestimar el papel unificador de la violencia y del crimen perpetrado en común. Umberto Banchelli, fascista disidente, nos explica que la existencia de dos fascios en Florencia –como consecuencias de una escisión– no ha impedido el buen trabajo:

«Los golpes contra los social-comunistas continuaban implacables: incluso se hace una expedición común de ambos fascios a Pisa. El Consejo provincial fue eliminado, los guardias rojos dispersados. Recuerdo qué pegamos como locos, y, tan bien, que ambos fascios se felicitaron mutuamente».

Por lo demás, hombres que han asesinado juntos, quemado una casa, martirizado a todo un país no pueden ya ni detenerse ni separarse. La velocidad adquirida en el crimen se convierte en una ley: cada crimen sólo puede ser absuelto por el crimen siguiente. La sangre de las víctimas ata mucho más que la que han vertido –rara vez– los agresores. El odio viene a ser inexpiable, se siente, y da un empujón aún más fuerte a la rueda, porque si la rueda se para, si se deja respirar al adversario, todo está perdido.

Apoyado por tantos intereses, tantas esperanzas y tantas complicidades, Mussolini puede, pues, liquidar cómodamente el último sobresalto de la crisis, del partido, que se produce entre febrero y abril de 1922. El órgano de los legionarios de Fiume publica a primeros de febrero, una carta de Piero Marsich, jefe del fascio de Venecia y oponente «desde el primer momento», dirigida al secretario del partido. En esta carta, Marsich retorna al *leitmotiv* de la operación entre la mentalidad parlamentaria y la mentalidad «nacional», y

denuncia a Mussolini que, en una entrevista, se ha pronunciado en favor de un gobierno de coalición presidido por Giolitti. «Con el pretexto de sustraerse al peligro de una colaboración nittiano-socialista, ¿debería la Italia de Carso y de Fiume entregarse al saboteador de la guerra y al traidor de Rapallo?» Al mismo tiempo, Marsich proclama que D'Annunzio es el «Único Gran Italiano», y se levanta contra «la nefasta hegemonía de un hombre» que impone al partido sus métodos de politicastro. Esta carta se publica en «*Il Popolo d'Italia*» del 7 de marzo. Mussolini, que entonces se encontraba en Alemania, interrumpe bruscamente su viaje y regresa a Milán para liquidar «la miserable tentativa de secesión». El Consejo nacional del partido se reúne a comienzos de abril, y vota, por unanimidad, la desautorización de Marsich, abandonado incluso por sus amigos.

Mussolini puede detener, al mismo tiempo, la oposición alimentada por los partidarios de D'Annunzio. Éste, irritado por la adhesión de Mussolini al Tratado de Rapallo, por el aislamiento en que ha sido abandonado en diciembre de 1920, y por la entrada de los fascios en los bloques electorales de mayo de 1921, ha dado la orden a sus legionarios de abandonar los fascios. El Congreso de los legionarios, que tiene lugar en septiembre, se pronuncia resueltamente contra el fascismo, a quien acusa de estar al servicio de los intereses agrarios y plutocráticos.⁶⁴ Todo el mundo repite la definición que

⁶⁴ Mussolini había visitado a D'Annunzio el 5 de abril y todo parecía haber vuelto a sus cauces, ya que el comunicado de Gardone rezaba: «La entrevista ha permitido echar las bases de acuerdos para la próxima lucha nacional». D'Annunzio debía incluso inaugurar el banderín del fascio de Brescia tomando la palabra en una tribuna histórica, la *Loggia delle Gride*. El discurso no llegó a pronunciarse. El 11 de abril, D'Annunzio rechaza cualquier candidatura. El día 17 escribe a uno de sus fieles: «La nación ha vuelto a caer en una amplia mixtificación... La renovación nacional es mera ilusión. La presente campaña es sólo la feria de las más repugnantes vanidades, y los más sórdidos intereses... Repito que los legionarios deben abstenerse de cualquier compromiso y de toda alianza equívoca». Una sola excepción: la candidatura «exclusivamente legionaria» y aislada de De Ambris en Parma.

Una reacción tal ante la actitud de Mussolini se debía a que D'Annunzio estaba también convencido de su misión propia; misión que no pudo llevar a término en Fiume, pero a la que no estaba dispuesto a renunciar. La Federación de los legionarios de Fiume se funda en Milán en 1921. D'Annunzio le concede toda su confianza. Exhorta a sus fieles a que sean «los partisanos de sí mismos, limpios de toda mezcla y de todo contagio». Los que se pasan de la Federación a los fascios son «tránsfugas», los que tienen una doble afiliación deben elegir bajo pena de ser excluidos. Para mantener alta la moral de los legionarios, D'Annunzio les deja entrever una acción muy próxima: «En Italia, más que en parte alguna —escribe—, la suerte está cambiando. Nuestra posibilidad llegará y tenemos que estar preparados. Por eso es necesario que tengamos un partido propio sin mezcla ni contaminación». No siempre hay incompatibilidad entre la pertenencia a la Asociación de los arditi, que ha aceptado el espíritu de la *Carta de Quarnaro*, y la autoridad del Comandante. Por otra parte, ésta se distingue también del fascismo. Así pues, uno no puede menos de sorprenderse ante el relato de G. Salvemini (*The Fascist Dictatorship in Italy*): «El golpe de Estado de 1922 había sido previsto primero para noviembre de 1921. Un gran número de fascistas debían reunirse en Roma con el pretexto de celebrar el aniversario de la victoria italiana (4 de noviembre). D'Annunzio debía pronunciar un discurso conmemorativo.

D'Annunzio ha dado del fascismo: *esclavismo agrario*. En el Congreso fascista de Roma, D'Annunzio y la constitución del Quarnaro han sido la bandera de la oposición. Pero incluso en Fiume, tras la partida de D'Annunzio, la iniciativa ha pasado a los fascios locales: a comienzos de marzo de 1922, un diputado fascista, Giunta, se apoderó con sus escuadras de un cazatorpedero y se dirigió a Fiume, abriendo fuego contra el palacio del gobierno, ocupado por el «autonomista» Zanella, que se vio obligado a huir. Se formó un gobierno provisional que fue confiado a Giuriati, diputado fascista. De este modo, y cada vez más, fascistas y legionarios se confunden allí, no sin que esto deje de repercutir en la península. Una parte de los legionarios, pese a la orden de D'Annunzio, permanece en los fascios; prefieren seguir la corriente más fuerte: ellos no pueden retirarse al *Vittoriale*. La distinción entre fascistas y legionarios no es, pues, neta; sólo afecta a aquellos que están más directamente relacionados con el «Comandante». Además, el fascismo ofrece a los legionarios, cuyo gusto por la aventura les ha empujado a Fiume, la posibilidad de vivir. Cuanto más potente se hace la organización fascista, más difícil resulta para el antiguo legionario desligarse de ella para seguir un camino independiente, sin contar con que varios de sus jefes se encuentran, atrapados o satisfechos, en las primeras filas del movimiento fascista.

Lo que sobre todo rehace la unidad del partido fascista, a pesar de D'Annunzio e incluso contra él, es la actitud que éste adopta con respecto a la C.G.L. D'Annunzio sueña con desempeñar un papel de poeta-profeta-dictador en una revolución nacional que se inspirase en la *Carta del Quarnaro* y se apoyase en todas las fuerzas de renovación y sobre todo en el mundo del trabajo. El trabajo recuperaría en Italia su dignidad, amenazada por el fascismo. Y una vez concluida la pacificación sobre esta base, Italia reemprendería su misión en el mundo. Mussolini, que ya tantas veces ha plagado a D'Annunzio, le usurpa también esta idea, pero volviéndola, como

Durante la ceremonia, D'Annunzio se pondría a la cabeza de los fascistas para derrocar el gobierno y hacerse proclamar dictador. Pero en el último momento, el poeta no se manifestó. Bonomi, entonces presidente del Consejo, hubiera podido explicar las razones de esta defección, pero no lo hizo jamás. En consecuencia, Mussolini habría tomado la plaza de condottiero abandonada por D'Annunzio. Este último acariciaba el proyecto, por su cuenta y riesgo, de una gran reunión en Roma de antiguos combatientes y no de camisas negras (verano de 1920). El 4 de noviembre esta manifestación hubiera debido conducir a la constitución de un nuevo poder situado bajo su égida. En febrero de 1949, Salvemini, al que planteamos nuestras dudas, nos explicaba: «Aquella gente (D'Annunzio y Mussolini) se enfadaba y se ponía de acuerdo con la mayor facilidad (con la intención de “pegársela” al otro a la primera ocasión)... Por mi parte, recuerdo que tenía noticias de que era D'Annunzio quien debía dar el golpe de Estado de noviembre de 1921, de acuerdo con Mussolini. D'Annunzio solo no podía hacer nada. Necesitaba a los fascistas para cubrir la acción de las autoridades militares, que nunca habían querido descubrir su juego».

siempre, en su provecho. La pacificación interior, sí, pero para: que él pueda; ocupar el poder y dirigir, un día, la política exterior de Italia. Mussolini habla también de una «Cuarta Italia», de una «misión» de Italia en el mundo, pero descarta toda idea de cruzada por la liberación «nacional o social» de los oprimidos: los sueños apocalípticos de D'Annunzio se ven reducidos a un nacionalismo feroz, prolongación de la «voluntad de poder» más allá de las fronteras.

Fascistas de «derecha» y de «izquierda» se inquietan por las iniciativas de D'Annunzio y por sus contactos «sospechosos». A comienzos de abril de 1922, D'Annunzio recibe, en su villa de Gardone, a Baldesi, uno de los secretarios de la C.G.L. En «*Il Mondo*», un legionario, amigo de D'Annunzio⁶⁵ pone de relieve todos los posibles puntos de acuerdo entre D'Annunzio y el movimiento socialista:

«D'Annunzio –escribe el 5 de abril– se preocupa de la realidad presente, de la realidad nacional y de la realidad europea. Está lleno de respeto e interés por la cuestión social... Sin necesidad de remontarse a un pasado remoto, hasta recordar que en Fiume escogió como jefe de gabinete a Alceste de Ambris, un sindicalista; que resolvió una huelga general en Fiume dando la razón a los obreros y que, desde Gardone, siempre ha, censurado a los legionarios convertidos en. «amarillos», «guardias blancos» o «esclavistas agrarios»... Muchos legionarios son, por otra parte, gentes del pueblo y, por reacción al fascismo, de ideas muy avanzadas... En el *Libro morado* de Fiume hay un llamamiento por la libertad de los pueblos dirigido al grupo *Claridad*... y el gobierno d'annunziano en Fiume había decidido reanudar las relaciones no sólo comerciales, sino también políticas con la Rusia de los Soviets».

En la prensa se habla de una posible designación de D'Annunzio por la presidencia de la Federación de los Trabajadores del Mar, en el sitio y al lado del capitán Giulietti. La visita de Baldesi no ha sido más que un ensayo y un sondeo recíprocos. El 26 de mayo, es el propio D'Aragona, secretario general de la C.G.L. quien visita al «Comandante».⁶⁶ A la mañana siguiente D'Annunzio

⁶⁵ Se trata de Nino Daniele. Estaba en relación con la redacción de «*Ordine Nuovo*», que había adoptado una actitud benevolente ante el grupo de legionarios de Turín de los que Daniele era jefe. La cólera de los fascistas locales se había desencadenado contra este grupo. Irrumpieron en una de sus reuniones, el 17 de febrero de 1922, y la disolvieron. Fue una verdadera «expedición de castigo» en el curso de la cual N. Daniele resultó golpeado y herido.

⁶⁶ Mussolini apenas creyó en la eficacia de este acercamiento: «Si la obra de D'Annunzio, aun confiada a los hombres de la C.G.L. (que, por otra parte, el fascismo ha distinguido siempre del partido socialista propiamente dicho), condujera verdaderamente a una “rápida pacificación

recibe en su villa a Chicherin, jefe de la delegación soviética en la Conferencia de Génova, y mantiene con él una larga entrevista. D'Annunzio regala a la C.G.L. un retrato del Dante y ésta le contesta dándole las gracias en una carta, escrita en estilo «d'annunziano».⁶⁷ Dante, afirma dicha *carta*, es el símbolo del exiliado: «A la luz de la lámpara sagrada» se lee en su rostro:

«la angustia contenida del hijo proscrito de ciudad en ciudad, mientras que desea una Patria grande y renovada en el Imperio más grande de las Patrias reunidas, y maldice las rencillas municipales» que actualmente se despiertan en Italia «con la mayor ferocidad y seguramente con la menor gloria».

La C.G.L. tendrá también «su lámpara sagrada, alimentada por las lágrimas asiduas de los humildes y por la sangre vertida por los trabajadores». Ha sido Turati, escritor clásico y sobrio, el que ha ensayado con pésimo resultado esta prosa en el estilo del «Comandante». Los fascistas se lanzan sobre este pastiche con los fáciles sarcasmos a que se presta: la *sacra lampa* es el tema de todas sus burlas. Pero, en el fondo, están profundamente irritados e incluso bastante inquietos, de esta aproximación entre D'Annunzio y la C.G.L., que puede aún estorbarles en su obra de destrucción. Mussolini aún trata con consideración a D'Annunzio reconoce sus buenas intenciones, pero advierte que «de ahora en adelante la situación es tal que sobrepasa las posibilidades

nacional" (según los términos de D'Aragona) seríamos los primeros en saludar el acontecimiento con un profundo entusiasmo. Pero nos tememos que los medios no sean apropiados a los fines...» El Congreso, de las Corporaciones, próximo a celebrarse, mostrará que «la mayor parte del pueblo trabajador ha pasado bajo las banderas del fascio» («*Il Popolo d'Italia*», 28 mayo de 1922). Aun sin molestar demasiado a D'Annunzio ni romper definitivamente con él, Mussolini no quiere ya permanecer por más tiempo en segundo plano. No desea una pacificación que se haría sin él, o incluso contra él, y pone de manifiesto que el eje de la situación pasa ahora por el fascismo y no por la C.G.L.

⁶⁷ El comunicado publicado el mismo día en Cardona dice: «Nadie ha asistido a las largas entrevistas entre Chicherin y D'Annunzio, pero se sabe que han versado sobre las condiciones políticas, económicas y culturales de la Rusia actual, sobre los trabajos de la Conferencia de Génova y sobre las futuras relaciones entre Italia y Rusia». Los fascistas se impacientan y utilizan estas entrevistas para desacreditar la acción política de D'Annunzio. Por su parte, éste, sin renegar de la simpatía que acaba de testimoniar a Rusia, explica su gestión alegando «su gratitud hacia el pueblo ruso», que «ha liberado para siempre al mundo de una ilusión pueril y de un mito estéril»; el pueblo ruso ha mostrado que «un gobierno de clase era impotente para crear condiciones de vida soportables» («*Il Corriere della Sera*», 15 de junio). Hay que recordar que en esta época se cernía sobre Rusia una de las hambres más espantosas de la historia. D'Annunzio había enviado su óbolo a los comités de socorro creados por entonces en Italia. Un eco de las tenaces ilusiones que había en ciertos medios de izquierda con respecto a las gestiones de D'Annunzio se encuentra en un artículo de E. Malatesta: «Italia atraviesa actualmente una crisis de régimen político y económico. D'Annunzio es o podría ser un factor decisivo en el desarrollo de los próximos acontecimientos». Por otra parte, se le invita a «hablar claramente» («*L'Umanità Nuova*», 17 de junio de 1922).

humanas, incluso aunque sean excepcionales, como es el caso de D'Annunzio» y hace votar él 30 de mayo, por el fascio de Milán, una moción en la que se denuncia al régimen soviético «responsable de la paz de Brest-Litovsk», y a los socialistas «saboteadores de la victoria»; también se subraya que:

«todas las fuerzas de la plutocracia y de la demagogia antinacional han escogido tácitamente a Gabriele D'Annunzio como el futuro verdugo del fascismo».

En dicha proclama se insiste en:

«no recordar otra cosa de D'Annunzio que no sea su ardor por la intervención de Italia en el conflicto europeo, su heroísmo guerrero y su fidelidad a la victoria; y no preocuparse en modo alguno de su actitud personal, que nunca llegará a manchar al partido nacional fascista, desde ahora victorioso pese a todo, único intérprete y animador de la conciencia renovada del país».

De este modo se consuma la separación, sin que el movimiento fascista se crea por ello directamente afectado.

Y mientras la C.G.L., enciende la *sacra lampas*, los fascios prosiguen e intensifican la lucha contra ella en su propio terreno: en el de la organización sindical. La ofensiva fascista se ve facilitada en este caso por la crisis económica. El número de parados, que, a finales de 1920, no era más que de 102.156, sube rápidamente a 388.744 en julio de 1921, para alcanzar los 512.260 en diciembre y 606.819 en enero de 1922. Los industriales y los agrarios tienen ahora la sartén por el mango y no vacilan en beneficiarse de ello. La C.G.L., paralizada en varias provincias rurales por la «ocupación fascista», se repliega a la defensiva por todas partes. El 9 de octubre de 1921, un año después de aquella ocupación de fábricas que debía instaurar el control obrero e iniciar «una nueva historia», el Consejo director de la C.G.L. propone la suspensión de todas las agitaciones provocadas por las tentativas patronales de reducir los salarios, y formar una Comisión de investigación compuesta por representantes del Estado, patronos y obreros para estudiar la situación de las diferentes industrias, las causas del encarecimiento de la vida y la eventualidad de un reajuste de salarios. El gobierno acepta la proposición de la C.G.L., mientras que la *Confederación de la Industria* se declara hostil. Entretanto se logra, en Lombardía, por medio de negociaciones, y en Liguria como consecuencia de una huelga general, obtener el aplazamiento de las revisiones salariales hasta la primavera de 1922. Sin embargo, el cambio de la situación salta a los ojos. Aquel «control sobre la industria», que debía

proporcionar a la clase obrera una nueva situación en la producción, y que algunos habían saludado como el principio de las expropiaciones y de la socialización, se reduce a ser un método de defensa contra una excesiva reducción de los salarios, ya lograda en varios sitios bajo la presión combinada de la crisis económica y de la ofensiva fascista. Los pocos pasos dados en el sentido de la transformación del «asalariado» en «productor» se han perdido: los obreros vuelven a ser asalariados en el sentido más restringido del término, el salario agota de nuevo todas sus relaciones con el mundo de la producción.

La organización sindical libre ya no es la Iglesia triunfante, cuyas iniciativas siempre se ven coronadas por el éxito; ya no es más que una Iglesia militante, en la que el servicio es muy duro y sobre posiciones que difícilmente se defienden. Los fascistas pueden, en algunos puntos, introducirse en la clase obrera, y sobre todo tienen a su disposición un método radical de reclutamiento: la violencia y el terror. Una organización sindical fascista importante no surge más que en las zonas ya conquistadas a mano armada por las escuadras de combate, y como consecuencia de esta conquista. El sindicalismo fascista «es ciertamente como la mala hierba parásita que crece y prospera entre los escombros de las casas destruidas y calcinadas». A la concentración de las escuadras en una localidad, *siempre* sigue la destrucción de la Bolsa del Trabajo y otros círculos sindicales, el asesinato o el alejamiento forzado de los jefes sindicales locales. Esta *razzia* constituye el acto previo y necesario para la fundación de una «corporación» fascista, en la que son inscritos los adheridos de la organización destruida. Por otra parte, allí donde la ofensiva fascista ha hecho desaparecer materialmente a la antigua organización, los fascistas encuentran así las masas obreras en sus manos. Si no quieren perderlo todo otra vez, están obligados a convertirse en los herederos de la organización «roja», y abordar los mismos problemas que aquélla habría resuelto. «Sistema bastante delicado para esta organización, —subraya Italo Balbo en su *Diario*—; la mano de obra es sobreabundante, y sólo la disciplina sindical puede asegurar a todos el trabajo y el pan». Esta «disciplina» se asemeja mucho al «monopolio», contra el que los fascistas, sólo hace unos meses, clamaban. Frecuentemente, como no tienen personas capaces para dirigir la «Liga» sindical, fuerzan al antiguo secretario a continuar prestando sus servicios dándole de vez en cuando, como hacía el amo ateniense con el esclavo habilidoso que mantiene en su tienda, una buena paliza destinada a inculcarle el sentido de la jerarquía y el miedo saludable a los nuevos amos.

Mussolini, que durante mucho tiempo ha desconfiado del sindicalismo fascista, como igualmente desconfía de todas las cristalizaciones y formaciones que pueden obstaculizar su libertad de maniobra, y que ha visto a la oposición enarbolar la bandera del «sindicalismo nacional», acepta ahora la acción sindical autónoma de los fascios, aunque vigilándola para que no comprometa en su perjuicio el equilibrio de las fuerzas y de las influencias en el seno del movimiento fascista. Mussolini comprende que esta acción sindical abre un abismo entre él y los socialistas, y que puede servirle en cualquier caso como medio de chantaje para precipitar la crisis interior del movimiento socialista y hacer prisioneros a los jefes de la C.G.L.

«Cuando – dirá más tarde Mussolini– nos reunimos algunas decenas de nosotros el 23 de marzo de 1919, en la plaza San Sepolcro, no pensábamos exactamente en fundar organizaciones sindicales... *El fascismo ha hecho sindicalismo por una necesidad fisiológica de desarrollo*».

En enero de 1922, el partido fascista organiza en Bolonia una conferencia, que funda la *Confederación general de sindicatos nacionales*. Queda por resolver el problema de las relaciones entre el partido y la nueva organización. ¿Debe ser una organización directa del partido, o permanecer independiente para poder ampliar su reclutamiento? Este problema queda planteado ante el Consejo nacional del partido a comienzos de abril, y también es Mussolini quien proporciona la fórmula, una fórmula por lo demás específicamente mussoliniana... «Se constituirán –afirma– organizaciones netamente fascistas o autónomas según las exigencias del momento y del lugar». Los sindicatos de servicios públicos, por ejemplo, serán exclusivamente fascistas, porque deben servir de punto de apoyo para una eventual acción fascista contra el Estado. A pesar de la idea de una democracia sindical y de un Estado sindical que acarician –cada vez más débilmente– Grandi y sus amigos, la organización sindical fascista sólo es aceptada como un *medio* de la lucha política por el poder.

Esto es lo que aparece netamente en el primer Congreso nacional de las Corporaciones sindicales, en Milán, a comienzos de junio. Mussolini resume en su discurso todo el sentido de esta manifestación: «¡Señores! Es preciso, cuando se quiere vencer, sabotear y destruir al enemigo en todos sus reductos, en todas sus trincheras». La nueva organización anuncia que cuenta en éste momento con 458.000 miembros, de los cuales, 227.000 son campesinos y trabajadores agrícolas (60%), 72.000 trabajadores industriales

(15,7%); el resto queda repartido entre los servicios públicos, los transportes, las administraciones locales, los intelectuales y los técnicos. «El grueso de las corporaciones –dice Mussolini– lo proporcionan los rurales», y especialmente los rurales de las zonas en donde la violencia agraria fascista ha desmantelado las organizaciones «rojas».

De este modo, el fascismo intenta cubrir ahora un nuevo objetivo: reclutar para «su» organización sindical; y su ofensiva es en este aspecto aún más metódica e implacable. Las discusiones en la Cámara, a finales de noviembre de 1921 y a lo largo de la crisis de febrero de 1922, no se resuelven en nada. El grupo Socialista vuelve al asalto, en marzo, pero su propuesta no obtiene más que 82 votos contra 79; alrededor de los dos tercios de la Cámara se ha abstenido. Con el gobierno Facta, las autoridades locales, totalmente aseguradas, se prestan cada vez más al servicio de los fascios. Italo Balbo lo escribe con satisfacción en su *Diario*:

«Somos los dueños de la situación –escribe hablando de Ferrara–; no solamente hemos roto la resistencia de los adversarios, sino también los organismos públicos han caído bajo nuestro control. El prefecto debe resignarse a la voluntad que le impongo en nombre de los fascistas».

La «justicia» funciona en sentido cívico. En los primeros meses de 1922, en Roma, en Venecia, en Vercelli, en Ceriñola (Apulia), en Reggio Emilia, en Bolonia, en Florencia, en Alejandría, todos los fascistas acusados de asesinatos, de «violencias privadas», son exculpados y llevados en triunfo por sus amigos. Si alguien está demasiado comprometido, se le hace ir al extranjero, a Fiume, o simplemente a otra ciudad. La *Historia de la revolución fascista*, de Chiurco, permite reconstruir, durante algunos meses, la vicisitudes y las peregrinaciones de uno de los jefes escuadristas, un tal Giovanni Passerone, teniente desmovilizado. Desde hace tiempo se ha distinguido a la cabeza de las escuadras de acción de Monteferráto (Piamonte): asaltó, por ejemplo, la Bolsa del Trabajo de Casale (6 de marzo de 1921); participó con su escuadra en las expediciones punitivas de los fascistas de la Lomellina (marzo); incendió la Bolsa del Trabajo de Balzola (Casale); acudió a Valénce (Alejandría) para terminar la obra de destrucción iniciada por los fascistas locales (9 de junio). A partir de mayo de 1922, su *curriculum* se hace mucho más movido. El 19 de marzo, acude a Casale Popolo y, «a título de represalias contra la banda de música de la Bolsa del Trabajo local que no había querido participar en una fiesta fascista», entra en la sala en

donde toca la banda, hace salir a las mujeres y a los niños, golpea a los músicos obligándoles a que les entreguen los instrumentos «que son llevados triunfalmente al fascio de Casale». Resultado de la expedición: una treintena de heridos. A la mañana siguiente, se ordena su arresto por robo y violencias, pero los fascistas se movilizan y «la autoridad se ve forzada a ponerlo en libertad algunas horas más tarde». El 12 de junio, Passarone acude a Asti con once escuadristas de Casale:

«Escapando de los guardias reales, de la tropa y de los carabinieri, los escuadristas llevan a cabo brillantemente su trabajo. Balance de la jornada: cincuenta y siete minutos de presencia en Asti; 10 edificios devastados: la Bolsa del Trabajo, clubs, cooperativas, casas privadas; 20 cabezas heridas. Y se empieza a utilizar como arma Ofensiva y defensiva, el látigo de los carreteros».

En julio, Passerone redobla su actividad: el 18, marcha con su batallón de Casale sobre Novara, donde toma parte del ataque a la Bolsa del Trabajo y a los círculos socialistas y comunistas; desde Novara llega hasta Arona y Meina a orillas del lago Maggiore y regresa inmediatamente a Trecate: allí, los fascistas instalan a uno de los suyos en la alcaldía y destruyen la Bolsa del Trabajo «ajando camiones a las columnas que sostienen las arcadas y haciendo saltar el resto con minas». Desde Trecate, el mismo Passerone, con 150 fascistas de Casale, transportados en camiones, se dirige a Magenta, en la carretera de Milán. Para no permanecer inactivos, saquean y destruyen en esta localidad, la noche del 25 de julio, la cooperativa, el círculo de recreo, la sede del club de los ferroviarios y la Casa del Pueblo. Como consecuencia de su acción en Novara, en Trecate y en Magarta, se lanza contra el «cónsul» Giovanni Passerone y su amigo Natale Cerutti una orden de arresto.

«Se ven obligados a alejarse de Casale para no ser detenidos. Sin embargo, continúan participando en diferentes expediciones, Turín, Ivrea, Biella, Santhià, manteniendo siempre contacto con los camisas negras de Monteferrato. Natale Cerutti marcha a Sampierdara (Génova), para organizar allí la acción fascista, y, en el momento de la huelga general de agosto, llama a las escuadras de Casale a Liguria dirigiendo allí las operaciones».

Muy diferente es la situación de los socialistas y de sus organizadores, desterrados de sus comarcas. En general comienzan por refugiarse en la capital de su provincia, porque la ciudad ofrece, pese a todo, más posibilidades para esconderse y la persecución resulta menos fácil. Pero si esta ciudad también se ve «ocupada»; poco tiempo después, por los fascistas, será preciso marcharse más lejos. El círculo de refugiados posibles, los «oasis» de tranquilidad relativa se reducen cada vez más. Se puede vivir todavía en Roma, en Milán, en Turín y en Génova. ¿Vivir? La mayor parte de estos proscritos no tienen ningún medio de existencia; los llegados en primer lugar han encontrado a veces, al principio, un poco de trabajo en las cooperativas obreras; algunos son auxiliados por sus familias o por camaradas de su región, que cotizan en secreto para enviarles algún dinero. Un poco por todas partes se hacen colectas; los trabajadores dan con una generosidad inagotable, porque el sentimiento de solidaridad entre ellos es muy profundo. Pero las oleadas sucesivas que no paran de llegar hacen que las sumas acogidas sean cada vez más insuficientes, y estos hombres arrancados de sus ocupaciones y de sus familias arrastran, como miserables, una existencia desprovista de recursos y, lo que es peor, carente de sentido. El fascista que cambia de ciudad encuentra un terreno nuevo y más libre para sus proezas, el socialista se convierte en un desarraigado, está perdido para su movimiento aunque en su interior no se haya roto. La diáspora fascista ayuda a la difusión de la acción, la diáspora socialista la restringe y debilita.

Los fascistas pueden permitírsele todo, incluso perseguir y condenar al ostracismo, a los funcionarios que no se prestan a su servicio o que resisten a sus órdenes. El capitán Jurgens, que, con una decena de hombres, ha resistido a 500 fascistas en la plaza de la estación de Sarzana, se ve acosado de ciudad en ciudad como un «bolchevique» cualquiera. En La Spezia es reconocido y perseguido en la calle: debe abandonar la ciudad a toda prisa para escapar de sus agresores. El 17 de febrero de 1922, se celebra en Prato (Toscana) una demostración fascista: La fuerza pública cierra el paso de la calle e impide al cortejo seguir avanzando. «A la mañana siguiente —cuenta Chiurco— el fascio ordena que se cierren todas las fábricas y todos los establecimientos hasta que el comisario de policía *antifascista*⁶⁸ sea alejado». Una comisión se entrevista con el prefecto, éste concede cuanto se le pide: el alejamiento del comisario, el permiso para organizar un gran mitin, el castigo de los guardias reales «culpables». «Una vez que el *lock-out* de los establecimientos industriales ha alcanzado su objetivo, el fascio ordena su terminación».

⁶⁸ *El subrayado es mio.* [A. T.]

En abril, Balbo organiza la ocupación de Ferrara para obtener la concesión de las obras públicas. Una masa de 45.000 parados, llegados de provincias, acampan en la ciudad durante dos días. Balbo solamente ordena la desmovilización cuando el prefecto le promete no sólo la concesión de las obras públicas, sino también la liberación de su amigo Baroncini, uno de los jefes de las escuadras de Bolonia, detenido algunas semanas antes a consecuencia de innumerables violencias. Y el prefecto se decide a hacerlo. Hacia finales de mayo, el prefecto de Bolonia, Mori, ha prohibido por decreto la circulación de la mano de obra en un cierto número de distritos de la provincia, para evitar los incesantes conflictos entre los trabajadores locales y los «amarillos» que los fascistas reclutan y acompañan en cada lugar. El 27 en signo de protesta, el directorio del fascismo de Bolonia presenta su dimisión y pasa sus poderes a un comité de acción: demostraciones fascistas ante la prefectura para exigir el alejamiento del prefecto, devastación del *Ente Autonomo dei Consumi*, la gran central de almacenes municipales de alimentación, así como también algunos locales de la Federación provincial de los Trabajadores agrícolas. El secretario general del partido fascista publica, el 29, la orden siguiente:

“Movilización general de todos los fascistas boloñeses.”

La lucha en la provincia de Bolonia se agrava. La autoridad política local, cómplice de los partidos antinacionales, intenta romper la organización política y económica del fascismo. Desde este momento, los poderes y las funciones de los Directorios de todos los fascios de la provincia de Bolonia pasan a los comités de acción. Todos los fascios boloñeses quedan movilizados.

El abajo firmante, en su calidad de secretario general del P.N.F. (Partido Nacional Fascista) transfiere su residencia a Bolonia hasta el fin de la lucha.

Firmado: Michele Bianchi.

¿Por qué los decretos del prefecto Mori han provocado semejante alerta? Pues porque, si los fascistas no pudiesen seguir circulando libremente de una comarca a otra y servirse de los obreros parados de otros lugares, e incluso de otras provincias, para aplastar toda resistencia local de los trabajadores, la red de las organizaciones sindicales libres continuaría en pie y funcionando. Hay que poder maniobrar con el ejército de parados como se maniobra con las escuadras de combate, para aplastar a la organización «roja» y obligar a

los trabajadores que le sigan siendo fieles o rendirse por el hambre. Porque en el momento que un grupo de parados «fascistas» acompañados por una escuadra llega a una comarca, los agrarios locales ignoran la oficina sindical de colocaciones, rompen el contrato y pierden todo temor a las huelgas porque los parados inmigrados, escoltados por los fascistas armados, están allí para sustituir la mano de obra local. Ni fascistas ni agrarios están dispuestos a privarse de esta arma terrible, éste es el motivo por el que decenas de millares de fascistas de todas las provincias de Emilia se concentran en Bolonia ocupándola durante cinco días. No quieren abandonar la ciudad mientras el prefecto Morí no sea revocado. El gobierno no cede, y Mussolini ordena desde Roma la desmovilización porque teme que se produzca un incidente que fuerce al gobierno a intervenir, y también teme la reacción hostil de la opinión pública. Pero poco después, el profesor Mori es alejado de Bolonia y enviado a Bari, en Apulia donde los fascistas están preparados para manifestarse una vez más contra Mori, declarando que no desean «semejante regalo».

Las concentraciones de Ferrara y de Bolonia, las primeras en que participan varias decenas de miles de fascistas, también son importantes desde otro punto de vista. Ante todo permiten mantener el espíritu combativo de los fascistas que, localmente, ya no tiene objetivos en los que entrenarse:

«Los fascistas tienen necesidad de ser exaltados —explica I. Balbo—. El espíritu de batalla debe mantenerse a presión. El jefe tiene esta responsabilidad. Desgraciados si se les deja abandonados a sí mismos».

Además, estos ejercicios constituyen un precioso entrenamiento para operaciones de mayor envergadura:

«En relación con los objetivos inmediatos —escribe Balbo, que ha dirigido toda la operación—, las jornadas de Bolonia no han tenido gran importancia. Pero esta experiencia ha demostrado la movilidad de las escuadras. La escuadra ha abandonado su comarca: y ha combatido por objetivos políticos que sobrepasan su mentalidad rural. Ha obedecido a jefes desconocidos. Tropa volante que ha sabido mantenerse durante varios días sin quejarse, que ha dormido sobre la paja y comido carne en conserva. Esto quiere decir que el episodio de Bolonia, que considero como una especie de gran maniobra de las fuerzas fascistas de Emilia, puede repetirse en proporciones más

amplias en el curso de un movimiento de revuelta contra los poderes constituidos. Ensayo general de la revolución. Si la maniobra exige el transporte rápido de batallones del Norte hacia el Centro (Roma) estamos seguros que las escuadras marcharán no importa cómo, disciplinadas y ardientes. Será preciso comenzar de nuevo y reclutar más unidades. Durante los cinco días de la acción de Bolonia, fueron movilizados 60.000 fascistas».

Hay artículos del Código penal italiano que prohíben las concentraciones armadas y que castigan la formación de cuerpos armados. El gabinete Facta no los aplica en mayor grado que el gabinete Bonomi que le precedió. Los decretos de disolución son muy escasos y se adoptan solamente cuando la hez, que se ha acumulado abundantemente en los fascios y sobre todo en sus escuadras de combate, desborda y pone en peligro de comprometer demasiado al fascismo y a sus aliados. He aquí, por ejemplo, las consideraciones de un decreto de disolución adoptado por el prefecto de Venecia contra la escuadra de los «Caballeros de la Muerte» en junio de 1922:

«...La asociación de los Caballeros de la Muerte, en la ciudad y en la provincia de Venecia, está constituida sobre todo por elementos que teniendo en cuenta sus antecedentes desde el punto de vista penal y político, deben considerarse como peligrosos para el orden público... La llamada asociación, aunque proclamando fines patrióticos y humanitarios, ejerce de hecho su actividad para fines personales de lucro ilegítimo, ya que lleva a cabo represalias injustificadas o ilegales, impone a los comerciantes, negociantes y ciudadanos en general, contribuciones cuya suma es fijada por los propios dirigentes de la asociación; arbitra conflictos de intereses privados empleando medios ilegítimos y utilizando la intimidación por el comportamiento arrogante de sus miembros en público; ocupa casias contra la voluntad y el interés de quien legítimamente puede disponer de ellas; favorece la fuga de personas en situación de detención; obliga a ciudadanos a sufrir la violación de las libertades de reunión y de circulación; exige quitar insignias y emblemas; a sacar o a entrar las banderas...».

Estas acusaciones —y otras muchas más graves— podrían presentarse contra la totalidad, de los fascios, que prosiguen su actividad, no solamente ilegal, sino criminal, abiertamente, sin ser molestados y sin exponerse a ninguna sanción.

Sin embargo, a pesar de esta violación incesante y multiforme, y en parte por causa de ella, la opinión pública italiana, más bien se ha alejado del fascismo. Mussolini lo observa incluso en el Consejo Nacional de abril de 1922 aprovechándose de ello para imponer «su» táctica:

«Nuestra situación no es brillante. Aquel halo de simpatía que nos ha acompañado durante 1921 ha menguado. Populistas, republicanos, comunistas, socialistas y demócratas son hostiles a nosotros. Es necesario conservar la organización armada aunque evitando que los elementos escuadristas puedan, en un momento dado, imponer su voluntad a los elementos políticos dirigentes del fascismo. Tampoco hay que excluir la eventualidad de una participación fascista en el poder del Estado. Es preciso afirmar que si mañana fuese necesario para los fines superiores de la Nación, los fascistas no dudarán en dar sus hombres al gobierno».

En su intervención, Mussolini no excluye el golpe de Estado y la marcha sobre Roma, pero afirma sus preferencias por la coalición gubernamental. Para él, como para todo auténtico táctico, se plantea un problema de *tiempo*. El medio, subraya, no es muy favorable. Proseguir indefinidamente la lucha contra los «rojos» permaneciendo al margen del Estado puede convertirse en peligroso. Lo que teme Mussolini, es que un cambio brusco de la situación le imponga la elección entre la colaboración o la insurrección, en un momento en que no fuera libre para elegir. Está obsesionado por la preocupación del «demasiado pronto» o del «demasiado tarde». Por eso sigue al día la situación, con acrecida atención, siempre alerta y siempre al acecho para descubrir un adversario que combatir o un posible aliado por ganar.

Sin embargo, Mussolini no goza, hacia mediados de 1922, de esta libertad de maniobra total que siempre había deseado poseer. En la evolución de la situación del fascismo desde 1919, hay algo irrevocable: Mussolini, que a un tiempo ha dirigido y seguido el movimiento, se encuentra situado netamente a la derecha, y al mismo tiempo, en el seno del movimiento fascista, las fuerzas y los intereses reaccionarios ocupan una posición netamente ventajosa. Desde hace tiempo el peligro «bolchevique» ha sido alejado: las masas están a la defensiva; sus jefes, desorientados, incapaces o impotentes. El fascismo se afirma precisamente en una época en que ya no tiene ninguna razón de ser, al menos ninguna de las razones que hacían de él una reacción a los «excesos» del movimiento obrero y socialista. Ha dejado de ser aquella reacción para convertirse simplemente en *la reacción*.

Esto se ve con toda evidencia en el valle del Po. El socialismo tenía en esta región, pocos meses antes, sus más fuertes posiciones. Su actividad incluso había transformado el aspecto físico de la región y de sus habitantes y, gracias a ella, los trabajadores habían recorrido en algunas decenas de años la enorme distancia que separaba al miembro actual de una «liga» o de una cooperativa del campesino de antaño, pelagrosos y sometidos a un trabajo semiservil. Pero este mérito histórico no le había salvado; al contrario, constituía el motivo principal de la despiadada «guerra de desquite» a que le sometían los agrarios. En este mismo territorio, el fascismo reúne ahora el grueso de sus fuerzas militares, políticas y sindicales.

«A partir de 1921 —escribe Balbo— el gran cuadrilátero Ferrara, Mantua, Bolonia, y Módena es la plataforma de nuestra acción colectiva de gran estilo... La Emilia constituye la más vasta reserva en hombres del fascismo italiano».

Los caracteres de la acción fascista en esta región determinan la orientación general de todo el fascismo. Se intensifican la ofensiva agraria contra los contratos de trabajo y la ofensiva fascista contra las organizaciones socialistas. Tal es el sentido de los conflictos sindicales que se producen en la primera mitad de 1922, en el curso de esos pocos meses, es cuando se acelera la evolución general de la política fascista en un sentido abiertamente reaccionario. En marzo, las «corporaciones» fascistas de las provincias de Piacenza y de Milán, y en abril las de Parma, concluyen directamente con la Asociación agraria un nuevo contrato de trabajo. El contenido de estos contratos es en todas partes el mismo: mantienen, a veces, sobre el papel, los antiguos salarios, o no los reducen sensiblemente; pero destruyen todas las garantías con que los socialistas habían rodeado los contratos para asegurar su estricta aplicación. Prácticamente el asalariado agrícola y el colono están de *nuevo individualmente a* merced de su patrón o de su propietario. He aquí, por ejemplo, el contrato para la provincia de Milán. Las tarifas son revisables *cada tres meses*, lo que, en ausencia de una organización decidida y preparada para defender los intereses de los trabajadores, deja a estos últimos frente a frente con sus patronos quienes les impondrán fácilmente sus condiciones. Todo carácter «colectivo» del contrato de trabajo queda suprimido por el artículo 26, que deja la facultad, «a las partes, de añadir al contrato cláusulas especiales o particulares que serán inscritas a mano en la copia del contrato firmado por las organizaciones», estipulando claramente que «estas cláusulas no estarán sometidas a la competencia de las organizaciones responsables, ni tampoco a la de las Comisiones arbitrales

previstas por el pacto agrícola general». Con esto el propio contrato colectivo queda anulado por la cláusula del libre empleo de la mano de obra, que elimina a la antigua oficina sindical de colocaciones y que, en la situación de paro crónico del valle del Po, da a los propietarios derecho de vida y de muerte sobre los trabajadores. En la provincia de Brescia, la Asociación agraria había renovado el contrato de trabajo con las organizaciones «rojas»; pero, desde el momento en que la ofensiva fascista alcanza también esta provincia, y que comienza la destrucción de los sindicatos obreros y las dimisiones forzadas de las municipalidades socialistas, los elementos agrarios más enérgicos quieren desembarazarse del contrato que acaban de firmar. Para lograrlo, abandonan su antigua Asociación y constituyen un sindicato fascista de propietarios, que se recluta en las zonas limítrofes de las provincias ya «ocupadas» por el fascismo. El nuevo sindicato patronal firma un acuerdo con la Federación provincial del partido fascista, que plantea sus condiciones: los fascistas intervendrán para romper el antiguo contrato de trabajo, pero los agrarios deben comprometerse a tratar exclusivamente con la organización fascista, a dejar de reconocer a las oficinas de colocaciones de los sindicatos «rojos» y a aplicar el nuevo contrato únicamente a los trabajadores que forman o formarán parte del sindicato fascista. Contra la violación del contrato en vigor, las organizaciones «rojas» proclaman la huelga general. Pero, como relata *«Il Popolo d'Italia»* del día 23 de junio, una vez concluido el acuerdo entre los fascistas y los agrarios,

«se inicia la lucha y los adversarios ven afluir, con terror, en el sur de la provincia, a centenares de trabajadores generosamente suministrados por Lomelline, por Venecia y por las provincias de Cremona y de Mantua, mientras que los valerosos camisas negras de estas provincias, unidos a los de Brescia, rompen las veleidades de resistencia de los bolcheviques».

Porque defender un contrato de trabajo firmado sólo unas semanas antes y defender la dignidad del trabajo, es, en la Italia de 1922, «bolchevismo». «Las masas están exasperadas» contra los esquirols, pero ¿cómo luchar al mismo tiempo contra las escuadras armadas hasta los dientes, contra esta invasión de los parados de otras provincias —que como la langosta, devastan cuanto queda de tejido vivo de las antiguas organizaciones—, y contra la fuerza pública, que está presente para proteger la «libertad de trabajo»? Después de algunos días de lucha, «las ligas» se resignan y enarbolan sobre sus casas, las que quedan aún en pie, la bandera fascista.

Un hecho análogo ocurre en la provincia de Pavía, en la zona de los arrozales. En la época de la *monda* (escarda de las malas hierbas en los campos de arroz), la mano de obra local resulta insuficiente durante algunas semanas y es preciso hacer venir a las *mondine*, ya que este trabajo lo realizan mujeres de otras provincias. Como estas provincias dependen ahora de los fascios, los fascistas y los agrarios de la Lomellina pueden organizar la campaña de la *MONDA* de manera que sirva para aplastar a las organizaciones «rojas» locales, cuyos miembros no son contratados sino sustituidos por las *mondine* que escoltan las escuadras fascistas. Hay algunos esporádicos episodios de resistencia, pero las escuadras fascistas locales, reforzadas por otras llegadas de fuera, ocupan la zona y destruyen cuanto queda de las «ligas» y de las cooperativas; de este modo, la dictadura de la *Agraria* se impone definitivamente. A veces, los fascistas no tienen siquiera necesidad de «romper» la huelga, ya que logran impedirla preventivamente. Por ejemplo, a finales de junio, mientras las organizaciones sindicales de la provincia de Vicenza están discutiendo con la Asociación agraria la renovación del contrato de trabajo, el fascio de Vicenza declara que «sin ocuparse del fondo de la cuestión», se opondrá «con todos los medios a la huelga». De este modo los trabajadores ven de antemano rota la única arma de que disponen, habida cuenta la intransigencia de los agrarios. Con ello su suerte queda echada.

Situación típica como la de Cremona, en donde los colonos están organizados dentro de los sindicatos católicos, y orientados bastante a la izquierda. Es en esta provincia donde, en abril de 1922, se ha realizado el acuerdo entre populistas y socialistas en defensa de las libertades sindicales y municipales. En junio de 1921, tras una áspera lucha, que se lleva hasta la ocupación de las *CASCINE* (granjas) por los trabajadores, los agrarios se han visto obligados a aceptar someter a una Comisión arbitral la redacción de un concordato, que implica «la introducción del contrato de participación y el control contable de la empresa rural» por los trabajadores interesados. Durante el mes de agosto, la Comisión ha fallado su sentencia llamada laudo Bianchi, debido al nombre de su presidente, profesor y director de una «Cátedra ambulante de agricultura», y técnico de primer orden. Estas conclusiones tendían «a crear una organización de la gestión agrícola basada en la participación de los trabajadores en los resultados de la empresa, participación colectiva y cuya Contabilidad debía ajustarse todos los años al final del arrendamiento». En el momento de publicarse, «este esquema de organización fue reconocido técnicamente como ingenioso y fue alabado por especialistas competentes»⁶⁹

⁶⁹ R. Bachi, *L'Italia economica nel 1921*

Los principios eran en el fondo los mismos que los de la política agraria del partido popular: participación de los trabajadores en los beneficios, transformación de los asalariados en pequeños propietarios,⁷⁰ política que los fascistas habían adoptado en su programa de 1919 y que se proponía como objetivo «la abolición de los asalariados». Nada por tanto de «bolchevique», puesto que estos principios se oponían a la «proletarización» y a la «socialización» de los programas socialistas. Pero los propietarios de la provincia de Cremona comienzan con incoar un recurso legal para eludir el juicio arbitral ya hecho público y, cuando este recurso fracasa, se niegan simplemente, en enero de 1922, a aplicar sus conclusiones. Entonces es cuando el 90% de ellos se reagrupan en un sindicato fascista, preludio de la abierta ofensiva que preparan contra el laudo Bianchi.

«Los agricultores —relata Chiurco—, agrupados en torno al diputado Farinacci y del fascismo, rechazan el arbitraje. Los fascistas de la provincia son movilizados de forma permanente; el gobierno cede y, en mayo, el prefecto encarga a una nueva comisión la elaboración de un nuevo contrato. Cuando se habían dejado fracasar las conclusiones de los primeros árbitros y los fallos de la magistratura, se impone ahora legalmente la aplicación de este contrato: la firma estampada vincula a los agrarios, en el momento en que el texto firmado les ofrece total satisfacción. El laudo Bianchi queda, de este modo, enterrado».

La compenetración del fascismo y del «esclavismo agrario» sobrepasa el simple aspecto sindical. En esta misma provincia de Cremona, los agrarios presentaron en la lista del bloque nacional, en marzo de 1921, a uno de sus delegados, Giannino Ferrari, que, una vez elegido, se adhirió al grupo agrario de la Cámara. Pero la Federación provincial de los sindicatos patronales, que se constituyó a principios de 1922 bajo signo fascista, no está satisfecha de él, porque «aun siendo un representante directo de los agrarios, siempre ha mantenido, en una situación tan grave como la presente, una actividad pasiva». En este mismo orden del día, la Federación:

⁷⁰ La Federación fascista de la provincia de Módena vota a finales de junio una resolución hostil al proyecto de ley sobre los contratos agrícolas presentado por el diputado popular Bertini. El citado proyecto pretendía establecer un plazo de tres años para los contratos de aparcería, introducir la noción de «motivo justo» en la rescisión de contratos y crear una jurisdicción especial de arbitraje para los conflictos colectivos de trabajo. No son los «sindicatos», fascistas sino el organismo político de los fascios quien toma posición en este caso contra toda intervención legal en favor de la reforma de los contratos agrícolas.

«recuerda a todas las Asociaciones agrarias de Italia que el nombre de Cremona debe convertirse en el signo de una gran acción nacional, destinado a impedir que los gobiernos liberales continúen, con su gestión nefasta y vana, suministrando oxígeno a las organizaciones y a las administraciones subversivas que están en trance de morir».

Lo que los agrarios quieren es que el Estado no se interponga entre ellos y la organización obrera y que la «legalidad» no obstaculice bajo ningún aspecto la ofensiva que están a punto de concluir. Así pues, la variedad de elementos que se descubren en el fascismo de los años 1919-1920 se reabsorbe cada vez más y, sin desaparecer totalmente, va cediendo terreno a una fuerza más homogénea, hasta tal punto que puede definirse el fascismo de 1921 y en particular del segundo semestre de 1922, esencialmente como *una ofensiva de la burguesía contra el socialismo reformista de las alcaldías, de los contratos colectivos de trabajo, de las oficinas de colocaciones y de las cooperativas, y en particular contra él reformismo agrario; ofensiva dirigida por los propietarios de tierras del valle del Po, de Toscana y de la Apulia*.

Por esto, precisamente, Mussolini, aun no queriendo cerrarse ninguna puerta y advirtiendo que el fascismo ha perdido algunas simpatías, apuesta cada vez más por una coalición gubernamental que prescindiese del apoyo socialista. Por otra parte estos últimos, están absolutamente paralizados debido a su situación interior. En febrero de 1922, en el momento de la crisis Bonomi, la dirección del partido tiene un momento de lucidez cuando autoriza al grupo parlamentario a «seguir la situación», pero inmediatamente se arrepiente de haber tenido tanto valor, y en marzo da marcha atrás. Por un lado, el ala derecha del partido y la C.G.L., –bajo la presión de los representantes de las regiones «ocupadas» por los fascistas– piden una política menos miope y menos fatalista y, por otro lado, a la izquierda, se forma un grupo de «tercer-internacionalistas», que adoptan en gran parte el punto de vista de los comunistas. Cogida entre ambos fuegos, la dirección del partido se inmoviliza y se vuelve tanto más tajante y contundente en sus fórmulas cuanto éstas le permiten no abandonar la pasividad en la que se ha instalado desde hace tiempo. El conflicto entre la dirección del partido y el grupo parlamentario estalla bruscamente. El 1.º de junio, los diputados socialistas votan una propuesta de Zirardini, diputado de Ferrara, que se pronuncia por el apoyo a un «Gobierno que asegure el restablecimiento de la paz y de la libertad». La dirección del partido, reunida el mismo día, desapueba este voto y convoca al Consejo nacional para reducir la sedición. Éste Consejo se reúne en Roma, del 10 al 14 de junio de 1922, en presencia de los dirigentes de la C.G.L. La

discusión que allí estalla no puede ser más confusa; sucesivamente se presentan cuatro o cinco propuestas, sin que ninguna de ellas logre agrupar a la mayoría. Finalmente, se aprueba una propuesta de Serrati, el director de «*Avanti*», condenando «la colaboración directa o indirecta», es decir, no sólo la participación y el apoyo, sino incluso también la simple abstención en el voto, no importa cuál fuese el gobierno; deplorando la actitud del grupo parlamentario, y recordando a la C.G.L. el respeto del pacto de alianza con el partido. Este pacto, firmado el 27 de septiembre de 1918, delegaba la responsabilidad de la acción política a la dirección del partido, y esta última que, con ocasión de la ocupación de fábricas en septiembre de 1920, no había sentido deseos de apelar a esta disposición del pacto para controlar el movimiento y «hacer la revolución», la acuerda ahora para impedir que los diputados socialistas y la C.G.L. dispongan de la menor libertad de maniobra en la crisis parlamentaria.

Serrati, a decir verdad, había dudado: la noche precedente a la reunión del Consejo nacional, había dejado entrever sus preocupaciones a un amigo, pero había acabado por replegarse —para salvarse de la duda— a las posiciones de la intransigencia absoluta. Unirse a la tesis de la mayoría del grupo parlamentario y de la C.G.L. equivalía a reconocer que se había equivocado, y gravemente equivocado hasta entonces, y a exponerse al mismo tiempo a los sarcasmos de los comunistas, que se disponían a bailar la danza del «scalp» en torno a los «traidores». Los comunistas no deseaban otra cosa sino ver a los socialistas pasar el Rubicón, ya que de ello habrían sacado argumentos para desacreditarlos ante las masas beneficiándose al mismo tiempo de su participación en el poder. Pero el voto del Consejo nacional destruye toda posibilidad de una acción parlamentaria eficaz en favor de las libertades públicas. El grupo parlamentario se rebela y nombra un nuevo directorio. Se consuma la escisión en el seno del partido entre socialistas y maximalistas. Pero, al tiempo, queda reducida al mínimo la importancia de un eventual aporte de los votos socialistas a un nuevo gobierno: los «colaboracionistas» no disponen más que de unos sesenta votos de los ciento cuarenta y cinco socialistas y comunistas. En el momento en que el arma parlamentaria ha sido sacada de su funda, se ha roto debido a la nueva escisión del partido, desde ahora inevitable. Y, por otra parte, cuanto más tiempo transcurre, en mayor grado las escuadras fascistas extienden su ocupación del país y más se deprecia la colaboración socialista, como una moneda pronto en fuera de curso.

Un año antes, la simple abstención de voto en determinadas circunstancias habría invertido la situación y aislado políticamente al movimiento fascista, que no habría podido resolver la grave crisis del segundo trimestre de 1921. En febrero de 1922, la abstención ya no era suficiente, y habría hecho falta la promesa de un apoyo socialista para que de la crisis de Bonomi hubiera salido un gobierno decidido a enmarcar a los fascistas dentro de la legalidad. Hacia mediados de 1922, ni la abstención ni el apoyo bastan ya; haría falta la participación. Pero también ésta ha perdido una gran parte de su valor. Mussolini lo dice al comentar la reunión del Consejo nacional socialista de junio:

«De esperar, mucha agua va a pasar bajo los puentes del Tíber, y es bastante probable que en poco tiempo los colaboracionistas presenten una colaboración tan devaluada que no encontrarán ni a un perro dispuesto a colaborar con ellos».

El 16 de junio la dirección del partido y el grupo parlamentario fascista toman abiertamente posición contra toda participación socialista en el poder, denunciando esta eventual participación como un «obstáculo para la reconstrucción económica del país», estimando que «los restantes partidos que se prestasen de alguna forma a esta experiencia se harían responsables de la traición en relación con los intereses del país», y «reservándose el derecho de actuar en consecuencia». De este modo los fascistas amenazan con extender la ofensiva a los partidos que aceptaran la colaboración socialista, esta colaboración que poco más o menos todo el mundo deseaba en 1919-1920 y que el propio Mussolini había solicitado un año antes.

Si Mussolini habla de «colaboración devaluada», se debe a que aun, haciendo abstracción de la situación general, que convierte a la colaboración socialista en algo cada vez más problemático, algunos partidos y agrupaciones dejan entrever su débil entusiasmo por semejante solución. Los populares, cuyo secretario, don Sturzo, ha sido siempre fundamentalmente hostil a un acuerdo con los socialistas, han obtenido de Facta la promesa de que los tres temas que más les interesan: las oposiciones a cargos en la enseñanza, los contratos agrícolas (proyecto Bertini) y los latifundios, serán presentados en la Cámara antes de las vacaciones, y por consiguiente desean evitar toda crisis ministerial. El grupo parlamentario de la democracia, que se ha constituido en otoño de 1921, provocando la caída del gabinete Bonomi, y que hubiera debido formar uno de los pilares de una coalición de «izquierda», se ha dislocado de nuevo, en mayo.

La rivalidad irreductible entre Nitti y Giolitti y las simpatías fascistas de un determinado número de sus adheridos actúan como una fuerza centrífuga. Nitti y Giolitti recuperan por completo la libertad de maniobra, para realizar esta vez –cada uno espera llegar solo y primero–, una gran coalición «nacional» con participación fascista, como anteriormente ambos deseaban ganar la partida llevando a los socialistas al gobierno. Giolitti piensa ahora que ya no puede contar con los socialistas: en una conversación con ellos les ha manifestado que no se contentaría con un «apoyo en eclipse» y que les exigiría compartir todas las responsabilidades gubernamentales. Los socialistas, habida cuenta de la situación de su partido, están menos capacitados que nunca para suscribir un compromiso de tal índole. Por consiguiente, la colaboración socialista parece muy remota, fuera de toda perspectiva política. Pero los acontecimientos que se producen hacia mediados de julio de 1922 vuelven a plantear la cuestión.

Los fascistas del valle del Po han emprendido la conquista de ciudades y comarcas que todavía se les resisten.

«El fascismo –explicará algunos meses más tarde, después de la marcha sobre Roma, el comunista Bordiga, en un informe a Moscú– ha reagrupado a todos los elementos desmovilizados que no han podido encontrar un lugar en la sociedad de la posguerra, y ha sabido aprovecharse de la experiencia militar que poseen.... De este modo el fascismo ha emprendido una marcha hacia la conquista de una posición dominante en la vida política italiana de una manera, por así decirlo, territorial, y que se puede seguir perfectamente sobre un mapa geográfico. Habiendo partido de Bolonia, ha proseguido su marcha en dos grandes direcciones; por un lado, hacia el triángulo industrial del noroeste: Milán, Turín, Génova; y por otra parte hacia Toscana y el centro de Italia, para llegar a cercar y amenazar la capital».

«*Il Popolo d'Italia*» del 15 de julio aparece con un enorme título que ocupa todo lo alto de su primera página: «*Inminente hundimiento de las últimas fortalezas del Pus. –Honor a los fascistas de Cremona, de Rimini, de Andria, de Viterbo, de Sestri Ponente–. La movilización fascista de Novara.*» ¿Qué sucede? El propio Mussolini nos lo explica en el editorial:

«Actualmente el fascismo italiano se halla comprometido en algunas batallas decisivas de depuración local. Según las últimas noticias, en Rímini los fascistas han logrado penetrar en la ciudad e imponerse. La situación se ha invertido. Con Rímini hemos conseguido la articulación de la tenaza, que nos faltaba, para machacar la Emilia y la Romana. Al mismo tiempo, Rímini fascista es el paso que conduce a las vecinas Marcas. Las activas vanguardias del fascismo en Resaro, en Fermo, en Pégola, en Jesi nos garantizan que las Marcas tampoco, resistirán por mucho tiempo a nuestra fatal progresión. En Andria, nuestras milicias han logrado la victoria y el cambio de la situación en esa ciudad es extremadamente importante para nuestra acción en Apulia. Ahora es preciso que el fascio de Bari se decida finalmente a organizarse, para estar a la altura de la situación. En el Lacio, las crónicas de los últimos días han registrado los episodios de Viterbo y la concentración fascista que ha seguido. Ha llegado el momento de decir a todos los amigos de Italia que las fuerzas fascistas del Lacio son muy numerosas: en cada pueblecito de esta vasta región hay un fascio, y el movimiento general gana mucha fuerza en la nueva vitalidad que parece animar al fascio de Roma. Remontándonos al Norte, nos encontramos con las fuerzas del fascismo empeñadas en Liguria. Estamos absolutamente tranquilos. Sestri Ponente (cuya administración socialista ha dimitido) no será recobrado por los rojos. La innoble coalición socialista-masónica-popular no logrará tampoco recobrar Cremona. En Novara la batalla se termina también triunfalmente para nosotros. Basta leer los diarios de los adversarios para advertir que reina la mayor confusión en el campo enemigo. Uno invoca la ayuda del gobierno, el otro amenaza con la huelga general, otro incita al crimen individual, por último hay otros que recomiendan esperar, y tener paciencia... Ninguna consigna, ningún plan... Nos llaman ahora y siempre bandidos, canallas, bárbaros, esclavistas, bribones, vendidos. Nos trae sin cuidado. Señores: imprimen injurias inútiles. Nosotros respondemos golpeando política y sindicalmente vuestros huesos. Con una cirugía inexorable».

Aun teniendo en cuenta el elemento de chantaje qué encierra, esta prosa ofrece una instantánea feroz, pero verídica, de la situación. Sin embargo, los sucesos de Cremona conmueven algo a los populares y, con ellos, al Parlamento. El 12 de julio, el comisario prefectoral y el «cuestor» de la ciudad son destituidos porque se han mostrado impúdicamente cómplices de los fascistas. Éstos reaccionan inmediatamente: el directorio fascista pasa, como

es ya regla, sus poderes a un comité secreto de acción que organiza un gran mitin de protesta para la misma tarde. Se decide el cierre de todas las oficinas, comercios y bancos, hasta que el gobierno retire las medidas adoptadas. Gran demostración ante la Comandancia del cuerpo de ejército. Las escuadras fascistas de los alrededores comienzan a llegar y la ciudad queda ocupada. Por la tarde del día siguiente, la Bolsa de Trabajo, los locales del periódico socialista, una imprenta comunista, varias cooperativas y el domicilio de un diputado popular son saqueados e incendiados. Más tarde, los fascistas desbordan a la fuerza pública que defiende la prefectura y la invaden. Cuando estas noticias llegan a la Cámara el gobierno es objeto de las más vehementes acusaciones. Mussolini que teme la reacción de la Cámara contra las proezas de sus amigos, ordena inmediatamente a los camisas negras la evacuación de Cremona. Sin embargo, la alerta ha sido ya dada y va a iniciarse una nueva crisis ministerial. Los populares declaran estar dispuestos a «hacerse cargo de sus responsabilidades», para la formación de un gobierno más enérgico. Pero, esta vez, los amigos de Giolitti no cooperan, ya que éste prefiere que Facta –su lugarteniente, al que cree fiel– conserve el sitio hasta otoño: espera, inmediatamente después de las vacaciones, volver al poder. Mientras tanto se abre la crisis y Mussolini interviene para que no implique el hundimiento de todos sus planes. Las derechas han decidido votar a favor del gabinete Facta y los fascistas se preparan para seguir su ejemplo, cuando Mussolini se precipita para impedirlo. El peligro de una colaboración socialista, que creía desaparecido, está de nuevo ahí: sería una solución hasta tal punto lógica, que Mussolini, a pesar de su gran conocimiento de la situación interior del partido socialista, teme que la colaboración acabe por imponerse. Lo que le pone furioso es, sobre todo, la posición adoptada por algunos grupos «democráticos» (los partidarios de Nitti, por ejemplo), que declaran que un gabinete de izquierda no sería necesariamente un gabinete de «reacción legal» contra los fascistas. Esta fórmula puede reagrupar en la nueva coalición a los populares y a todos aquellos que no gustan de enarbolar demasiado abiertamente la bandera de la lucha a fondo contra el fascismo. Mussolini no se equivoca: el nuevo gabinete estaría, a pesar de todo, más «a la izquierda» que el actual gabinete de Facta y sería mucho más peligroso si adoptase el programa de pacificación que él, Mussolini, ha repudiado. Además, pese a su voluntad de no hacer «antifascismo», el nuevo gobierno podría verse forzado a actuar en este sentido a causa de la acción ofensiva de las escuadras fascistas, más desencadenadas que nunca, y, en cualquier caso, no les garantizaría esa complicidad del Estado, sin la cual –Mussolini lo sabe perfectamente–, su victoria sería imposible.

Para evitar los escollos de la situación, Mussolini se aparta bruscamente de las derechas. En esta decisión no se atiende a razones generales, ya que se siente a la derecha y quiere permanecer en ella ahora más que nunca.

El mismo día de los acontecimientos de Cremona, escribe en «*Il Popolo d'Italia*»:

«Cuatro meses después de la Conferencia de Génova, se aprecia claramente la fuerte orientación a la derecha de la sociedad europea, en el sentido del antisocialismo y del antidemocratismo. Hemos advertido a tiempo este proceso de reacción, y por ello hemos podido revisar de arriba a abajo las posiciones históricas y teóricas del fascismo, que de este modo ha podido despojarse gradualmente de sus primeros atavíos, que podían hacerlo pasar como un movimiento de izquierda o casi. Volver a los orígenes como algunos pretendían, es decir, volver al programa de 1919, cuya parcial realización ha dado ya frutos envenenados, es caer en el infantilismo o en la senilidad. El fascismo es y debe ser la expresión organizada de esta tendencia del espíritu contemporáneo, de esta vuelta clásica de la vida contra todas las teorías y las razas disolventes. Pues bien, cuando Europa y el mundo caminan a la derecha, hay en Italia tristes monigotes que, en el teatro de Montecitorio, sueñan, los imbéciles, con soluciones de izquierda. Ha llegado el momento de que Italia vaya también a la derecha. Hay que acabar con la política de izquierda».

¿Por qué entonces se separa Mussolini de las derechas parlamentarias para votar conjuntamente con las izquierdas y contra el gabinete Facta? Es la táctica que empleó con ocasión de la crisis Giolitti, en junio de 1921, y de la crisis Bonomi, en febrero de 1922. Si los fascistas votan en favor del gabinete Facta, el gobierno quedará, de todos modos, en minoría ante la Cámara, y los fascistas sufrirán el contragolpe de su caída. Además, Facta sería derrocado por una coalición de «izquierda», agrupando a populares, demócratas y socialistas, lo que pondría en peligro de proporcionar una indicación precisa sobre la formación del nuevo gobierno. Mussolini logra conducir a los fascistas a unir sus votos a los de sus oponentes. Sin embargo, su maniobra no basta, por sí sola, para alejar el peligro que pudo evitar en febrero de 1922, con ocasión de la propuesta Celli. Esta vez, los populares están decididos, en contra de la oposición de don Sturzo, a colaborar con los socialistas; los elementos sindicales, cuyas organizaciones también sufren los ataques de las escuadras fascistas, han obtenido del grupo parlamentario una

resolución en este sentido. Los diputados populares llegan; incluso a pedir un gabinete más homogéneo, que excluya esa *punterella* de derecha que incluye el gabinete Facta.

En la sesión del 19 de julio en la Cámara, su líder, el sindicalista católico Longinotti, presenta en nombre de los populares la moción siguiente:

«Constatando la Cámara que la obra del gobierno no ha realizado la pacificación interior indispensable, siquiera para la restauración de la economía y de las finanzas del país, pasa a votar el orden del día».

Turati interviene para explicar que los socialistas están contra un gobierno «que, en cinco meses, no ha castigado un solo crimen previsto por el Código penal» y que se asocian a la moción de los populares. Pero los diputados maximalistas declaran no desear «tornar ninguna responsabilidad en la solución de la crisis». De este modo se consuma la escisión del grupo parlamentario socialista. En un momento que puede ser sumamente decisivo, Mussolini anuncia que los fascistas también votan contra el gobierno, y se alza contra el «equivoco» de la colaboración socialista.

«Se trata de ver –afirma– si este famoso colaboracionismo es una vejiga llena de viento o un aporte concreto al gobierno de mañana. Según la estadística, se puede afirmar que la colaboración socialista no es más que una «boda de higos secos». Sólo hay cincuenta diputados socialistas dispuestos a votar en favor de un gobierno, aunque nazca con un programa antifascista. Este gobierno se encontraría pues frente a él no solamente a los fascistas, sino también a este tercer partido socialista, que inevitablemente surgirá del Congreso de Roma –(la dirección del partido socialista ha convocado un Congreso nacional extraordinario que debe celebrarse en Roma, del 6 al 8 de agosto)– cuando los colaboracionistas lo pongan frente al hecho consumado. Brutalmente, os digo que podemos tener interés, en que este socialismo se divida cada vez más en tres o en treinta fracciones, en lucha unas contra otras. Tenemos interés en favorecer las divisiones que nos permitirán exterminarlo con mayor facilidad.»

Mussolini no excluye la presencia socialista en el nuevo gobierno, pero acepta e intenta hacer aceptar a sus amigos esta posibilidad, considerándola únicamente como una ocasión para liquidar al movimiento socialista. Lo que desea, una vez más, es impedir la coalición socialista-popular-democrática de la que los fascistas serían excluidos.

Y termina su discurso poniendo a la Cámara frente a una alternativa: o participación fascista en la vida del Estado a través de «una conquista, y una saturación legal», o insurrección contra toda «reacción antifascista».

La inmensa variedad de los hechos y de las pasiones, los múltiples factores que se entrecruzan en la realidad italiana, y que incluso a pesar del paso del tiempo no es fácil descubrir, experimentan, en la mente de Mussolini, una extraordinaria simplificación. Sus adversarios, en cambio, apenas logran ver el camino. Ellos no llevan hasta el final ni la lógica de la ambición ni la de las pasiones ideales, tropiezan a cada paso o se agarran a viejas fórmulas y a viejas combinaciones que la marcha de los acontecimientos ya han condenado. Mussolini también los supera porque, siguiendo con una atención vigilante y circunspecta los menores hechos que pueden modificar las correlaciones de fuerzas en la vida pública del país, apunta más lejos que ellos. Quiere conquistar el poder rápidamente y por todos los medios, porque desea llegar a dirigir la política exterior de Italia; solamente ahí puede encontrar un marco suficientemente amplio para su ambición y culminar la aventura iniciada en octubre de 1914 con su ruptura con el partido socialista. Pocos días antes de la apertura de la crisis ministerial lanza, el 8 de julio, en // *Popolo d'Italia*, un violento ataque contra Schanzer, ministro de Asuntos Exteriores del gabinete Facta, que ha vuelto de Londres donde ha negociado con el gobierno inglés sobre las compensaciones que el pacto de abril de 1915 garantizaba a Italia. Una vez más, Mussolini expone en dicho artículo su programa de política exterior, el mismo que inspirará su acción gubernamental tras la marcha sobre Roma.

«¿A qué se reduce —escribe en su editorial— el activo del viaje y de la estancia de Schanzer en Londres? ¿Hay entre Italia e Inglaterra una coincidencia real de intereses si hacemos abstracción de las bromas declamatorias sobre el “reconstruccionismo” europeo? ¿Hay identidad de intereses respecto, por ejemplo, a Alemania y Rusia? En apariencia sí, en realidad no. Esta rutinaria política anglofila, nos perjudica en todo el Oriente mediterráneo. Nos enajena las simpatías del Islam. Que Inglaterra intente mantener el *status quo*, es lógico, Londres lo ha impuesto. Vive de sus rentas. Rechaza cuanto dificulta sus laboriosas digestiones. Es una nación burguesa. Nosotros somos una nación proletaria... Desconfiamos de la política de Schanzer. Desconfiamos de su mentalidad reconstruccionista. Está todavía infectado de wilsonismo. Es demasiado europeo para recordar que un ministro de Asuntos Exteriores italiano tiene la obligación de ser italiano».

Mussolini está impaciente por llegar, porque se propone llevar a Italia a que desempeñe su propio papel, es decir, a desempeñar él mismo el papel de Italia en el concierto europeo: las viejas cariatídes de allende las fronteras, las naciones hartas y soñolientas, pronto conocerán la misma suerte que en el interior de Italia los viejos políticos y los viejos partidos, hechizados por sus escrúpulos y sus sueños humanitarios, paralizados por su incapacidad de deducir una regla de acción. También por esto Mussolini no quiere socialistas en el gobierno, sino derrotados y prisioneros. La «pacificación» interior sólo es, para él, la condición de una política exterior audaz, «expansionista» y agresiva. Si continuara habiendo un movimiento socialista potente frenaría esta política. La lucha contra el socialismo debe, pues, continuar implacable y hasta su «exterminio».

Por lo demás el movimiento socialista está facilitando al máximo esta tarea. El nuevo directorio del grupo parlamentario, del que forman parte Turati, Treves, Matteotti, Modigliani, D'Aragona y Baldesi, vota, el 17 de julio, una moción que es un llamamiento directo a los trabajadores italianos en favor de la acción del grupo que lucha por «la libertad de las organizaciones sindicales, la solución de la crisis económica con el menor perjuicio posible para el proletariado y la pacificación de Europa». Contra este grupo se levantan el «Comité parlamentario» maximalista, «opuesto a todo programa de colaboración y de ministerialismo», y la dirección del partido, que exige de todos los diputados una declaración de disciplina, dándoles cuatro días para responder a su ultimátum. Los comunistas están encantados porque, afirman, «la ruina del partido socialista está a punto de colocar al partido comunista a la cabeza de la clase obrera italiana y de su lucha revolucionaria». A decir verdad, hay alguna inquietud en sus filas. Tras la ocupación fascista de Novara, que amenaza directamente al triángulo Milán-Génova-Turín, los comunistas de Turín se sienten cercados, y estrangulados. Para romper el cerco y salvar lo que todavía puede salvarse, entran en contacto con la izquierda del partido popular e incluso con el medio liberal que se agrupa alrededor de «*La Stampa*», dirigido por el senador Frassati, gran amigo de Giolitti. Una vez establecidos estos primeros contactos, una delegación compuesta por un representante comunista y otro de la Bolsa de Trabajo, marcha a Roma para exponer la situación tal y como se ve en Turín, y para pedir que el partido comunista tome la iniciativa, o al menos autorice la organización de un frente común con los socialistas y con los grupos políticos dispuestos a cerrar el paso al fascismo. En Roma, los delegados son acogidos con frialdad por el secretariado del partido, en donde reciben una andanada

de insultos: éste es el viático con que emprenden –sin haber obtenido nada– el camino de regreso. ¿Y la Internacional comunista? . Desde hace algún tiempo ha lanzado su campaña del «frente único» explicándolo del siguiente modo: hemos creído poder ganarnos a las masas y arrancarlas de la influencia socialista con la propaganda directa de nuestros principios y enfrentando una organización a otra. Hay que reconocer que el movimiento socialista es *duro en morir* y que nuestro método ha resultado ser ineficaz. Hay que cambiar. Los socialistas siguen siendo nuestros peores adversarios, pero hay que conseguir alzar las masas contra ellos, contra sus jefes, bombardeándolos con proposiciones de «frente único en la acción». En Italia, la dirección del partido comunista rechaza incluso aplicar esta «nueva» táctica. Desde el momento en que el objetivo sigue siendo la destrucción del aparato y de la organización socialistas, los comunistas italianos escogen el ataque directo, hasta el «exterminio» del adversario. Moscú prefiere la «infiltración» y los movimientos envolventes. En esta disputa, el destino de la clase obrera italiana y la del pueblo italiano no desempeñan ningún papel. Para Rusia, los obreros italianos, el partido socialista e incluso el partido comunista, no son más que «instrumentos», «medios» para utilizar conforme a una estrategia de la que ella es depositaria por derecho histórico desde la victoria de octubre de 1917. En Moscú, la ideología tiene una gran importancia, pero sea cual fuere la distancia entre los principios comunistas y la «falta de principios» del fascismo, y sea cual fuere también la oposición de las fuerzas sociales de las que son expresión, la posición de la clase obrera italiana sigue siendo en ambos casos muy parecida: la de materia prima de planes que pretenden llevarla al poder o alejarla de él para siempre, pero que se elaboran lejos de ella, y que están subordinados a otros planes cuyo control e incluso su conocimiento se le escapan totalmente. Sin contar con que, desde un punto de vista humano y personal, resulta tan imposible que Zinoviev deje de obedecer a sus intereses inmediatos y a su gusto de poder como lo es para Mussolini hurtarse al fuego devorador de su ambición personal.

Con la caída del gabinete Facta, derrocado por 288 votos contra 103, se abre la crisis ministerial: ésta se manifiesta muy grave y de difícil solución. Mussolini ha hecho varias apuestas para quedar, en cualquier caso Como ganador o bien colocado. Desde hace algún tiempo ha sondeado a Nitti, con vistas a la formación de un gran gabinete de unión nacional: pide una cartera de ministro para él, y dos subsecretarías para sus amigos, «por razones internas del partido y para no dar la impresión que ha concluido una operación personal». El intermediario entré Mussolini y Nitti es el general

Copello, gran dignatario de la francmasonería del Palazzo Giustiniani, a quien el Congreso fascista de Roma nombró presidente de honor. El mismo que más tarde será condenado a treinta años de reclusión por un Tribunal especial, con motivo de su pretendida complicidad en el atentado fallido del coronel Zaniboni contra el «Duce», en noviembre de 1925. Sin hablar de las proposiciones de Mussolini, Nitti aborda a populares y socialistas, pero no logra que acepten su proyecto. El otro potro de Mussolini es Orlando, a quien ha sugerido la fórmula de un gabinete de concentración, con la inclusión de fascistas y de representantes de la C.G.L. Sucesivamente, Orlando, Bonomi, de Nava, otra vez Orlando y de Nicola intentan formar gobierno y no lo logran. Los populares mantienen su doble veto contra Giolitti y contra la derecha. Los socialistas llegan hasta el apoyo, pero no desean la participación. Y, justo en medio de la crisis, el 25, los periódicos publican una carta de Giolitti que se pronuncia contra el acuerdo entre populares y socialistas y que, sobre todo, desearía que sin grandes cambios se llegue hasta noviembre, porque entonces se propone volver al poder. En esta carta, denuncia las «impacencias injustificadas» de los que han provocado la crisis, y les ataca directamente. «¿Qué bien para el país puede venir de una combinación don Sturzo-Treves-Turati?», pregunta Giolitti poniendo en ello todo el rencor que había guardado del fracaso de mayo de 1921. Ante estas dificultades y complicaciones, que amenazan con prolongar la crisis indefinidamente, el grupo socialista se decide, el 28 por la mañana, a dar un paso adelante, declarando que no retrocede ante «una acción capaz de hacer respetar, por quienes tienen el deber, la voluntad claramente expresada por la Asamblea Nacional en favor de las libertades y el derecho de organización», o sea, que no retroceden ni siquiera ante una participación en el poder. Pero los populares que estaban contra la inclusión de la derecha en el nuevo gobierno, horrorizados por la agravación de la situación y la prolongación de la crisis, aceptan ahora la *punterella*. Una vez más, los socialistas llegan tarde; una semana antes su decisión hubiera permitido probablemente la formación de un gabinete de «izquierda», pero se habían limitado al apoyo; ahora que llegan a la participación, los populares les abandonan y se aproximan a las derechas.⁷¹

⁷¹ Sobre el desarrollo de la crisis (julio de 1922), Cf. *B.P.I.*, n.º 187. La crisis no tiene salida, en especial por dos razones: la dirección del P.P.I. ha excluido de su orden del día la colaboración con los socialistas; los socialistas «colaboracionistas», a pesar de su revuelta contra la dirección del partido, rehúsan ir más allá del apoyo simple y se limitan a la posición definida en la entrevista con Giolitti en 1921. Entre bastidores, el Vaticano es igualmente hostil a una participación socialista contra la cual se pronunció el príncipe Boncompagni Ludovisi en plena Cámara en la sesión del 18.. La solución «centrista», recurso puramente estratégico de la dirección del P.P.I., ofrecería al nuevo gobierno una mayoría muy débil. Por tanto, todas las salidas están cerradas. Es imposible formar un

Al día siguiente, Turati –llamado al Quirinal por el rey– aboga en favor de la formación de un gobierno «centrista» con la exclusión de las derechas y de los socialistas, al que sin embargo la garantizarían su apoyo.

Turati tiene la impresión de que el rey «ño sabe lo que quiere o no lo quiere decir»; por ello insiste en pintar un cuadro de la situación del país profundamente anormal. El rey sólo rompe el silencio para insinuar: «Un rey constitucional no puede hacer gran cosa...»

gobierno capaz de afrontar seriamente una situación llena de peligros. Las peripecias de la crisis se desarrollan como sigue.

1.º *Primera tentativa de Orlando.* —Después de una primera llamada a De Nicola, todos parecen considerar a Orlando como el hombre más capacitado para resolver la crisis. En este punto hay un primer equívoco. Socialistas y populares, que querían o parecían querer un gobierno de centro-izquierda, aceptan que sea formado y presidido por Orlando, que, a tenor del viento político de la época, es un hombre de derechas. Además, es evidente desde el principio que Orlando quiere un gabinete de amplia concentración que comprenda también a las derechas e incluso a los fascistas. Entre el 18 y el 21, Orlando tuvo conversaciones con Salandra. En la primera de ellas. Orlando expresó «su intención de formar, en el caso de que tuviera confirmación del encargo, un gobierno que tenga en cuenta todas las posibilidades constitucionales, desde los fascistas hasta la derecha (*sic*)». Consulta también a los socialistas. El 21, el grupo parlamentario socialista declara que desea «asegurar al país un gobierno que no dependa ya de la derecha liberal ni del fascismo agrario y nacional», que defienda las libertades políticas y sindicales y lleve a cabo una política exterior pacífica. El mismo día, Modigliani va a ver a Orlando, y, después de prometerle el voto de los socialistas en estas condiciones, precisa: «En mi opinión, el nuevo gabinete debe estar formado por elementos escogidos en el centro y la izquierda con exclusión de las derechas y de la extrema izquierda». En la reunión del día 22 por la mañana, el grupo socialista confirma su oposición a la entrada en el gobierno «de representantes de *todos* los partidos de derecha». Por su parte, la dirección del partido invita al grupo parlamentario a conservar una actitud de absoluta intransigencia; afirma que «la crisis es de naturaleza revolucionaria y debe encontrar necesariamente su salida en un cambio radical de régimen que, mediante la transformación de las instituciones monárquicas y el sistema democrático parlamentario, debe convertirse en el resultante de las voluntades y los intereses de la clase obrera».

Por su parte, los diputados populares, de acuerdo con la decisión tomada dos días antes por la dirección del partido, se pronuncian el 21 por la exclusión de las dos alas extremas. Esta posición no molesta a los socialistas, que rehúsan la participación, pero impide cualquier solución, ya que ninguno de los jefes políticos (a excepción de Bonomi) está dispuesto a presidir un gobierno que, amputado por la derecha, parecería antifascista. El comité ejecutivo de la Confederación blanca del trabajo llega, con un espíritu diferente, a las mismas conclusiones prácticas; en una resolución del 22 de julio declara que «es necesario preservar al gobierno de cualquier influencia de los representantes de la reacción político-económica como son los grupos de derechas y los agrarios». Y eso en el mismo momento en que don Sturzo, que ya antes deseaba evitar toda colaboración socialista, comienza a pensar en la necesidad de una *punterella* de derecha.

Orlando recibe también a Mussolini. El 19 de julio, en un discurso en la Cámara, Mussolini había puesto de relieve las dos hipótesis de un gobierno de reconciliación nacional que permitiera al fascismo acceder al poder «por saturación», y de un gobierno de «reacción antifascista» contra el cual habría que desencadenar una lucha violenta. En su discurso, Mussolini afirmaba que prefería la primera hipótesis. Al votar contra Facta quiso impedir que el voto tomara una significación de «izquierda» y lanzar al mismo tiempo una hipótesis sobre el futuro gobierno. Mussolini se quedó en Roma para seguir la crisis de cerca. El día 21 es recibido por el rey, y el 22 celebra varias entrevistas con Orlando. A pesar de las reservas y las rectificaciones fascistas, es cierto que Mussolini, al comienzo de la crisis y para impedir una solución de izquierda, aceptó la formación de un gobierno de coalición del que formarían parte fascistas y socialistas. Tal es el significado de las entrevistas

El órgano comunista deja entrever su alegría y adivinar su futura actitud en el caso de que los socialistas entren en el gobierno: «Turati ha visitado al rey —escribe—. El movimiento socialista se descompone. Es un cadáver menos que llevar en el futuro».

Los acontecimientos se precipitan en el país y liquidan las resistencias y las esperanzas que había suscitado en los medios parlamentarios la crisis abierta tras la ocupación fascista de Cremona. Las expediciones y las violencias fascistas en Novara, Magenta, Macerata y Ancona son seguidas por huelgas

Mussolini-Orlando, confirmado por el diario comunista de Roma, que, al considerarse al margen de la crisis, la sigue con una cierta objetividad y en sus menores detalles. Mussolini había dicho en sus conversaciones privadas: «Si entro en el gobierno haré todo lo posible por devolver la paz a Italia antes del 15 de noviembre» y sin efusión de sangre.

El día 23, Orlando topa con el obstáculo que representa el veto de los populares a las derechas y con la actitud maltusiana de los socialistas. Durante un breve tiempo aún espera obtener el apoyo de las derechas excluyéndolas al mismo tiempo del gobierno, pero éstas rehúsan categóricamente. El 24 por la mañana renuncia a su gestión. D'Annunzio, que ha seguido la tentativa de Orlando con simpatía, escribe a uno de sus amigos: «La vileza de la situación en que nos encontramos me hace dudar de que sea oportuno hacer oír mi voz. Dejemos a los monos que se muerdan el rabo. *In cauda venerum*» («*Il Popolo d'Italia*», 28 de julio).

2.º *La gestión de Bonomi*. —El mismo día, el rey designa a Ivanoe Bonomi: Es el único que acepta formar un gabinete de centro-izquierda. Contra él hacen reservas no solamente los partidarios de Giolitti que no habían deseado la crisis, sino el grupo democrático que la había provocado, el de los social-demócratas. De esta manera, los mismos que habían contribuido a derrocar a Facta para reemplazarle por un gobierno de izquierda; se detienen en los resentimientos muy poco desinteresados contra los populares y rehúsan sostener al único hombre que, de manera coherente y valiente, había aceptado las consecuencias de la votación del 19 de julio. En cambio, los socialistas son favorables a Bonomi. Turati está persuadido de que triunfará. Mientras Bonomi fue a ver al rey, Turati se quedó en el despacho de su amigo para hacer él cálculo de la mayoría con que se podrá contar: los 60 votos de la derecha serían reemplazados por los 60 votos socialistas. «Pero hay que obrar rápido». De hecho, este apoyo de los socialistas y el papel de Turati en las negociaciones alarmaron a las derechas, y hasta al Vaticano. La ayuda de los socialistas agrava las dificultades con las que tropieza Bonomi sin aportarle en compensación un concurso incondicional, ya que incluso los socialistas de «derecha» no quieren ir más allá del apoyo simple. El secretariado del P.N.F. denuncia el 25 de julio, en un comunicado a la prensa, la tentativa de «gabinete antifascista» y amenaza con realizar una campaña en el país. «*L'Osservatore Romano*», la noche del 25 de julio pública una nota en que «se afirma una vez más que la actitud política del P.P.I no puede estar inspirada por la Santa Sede y sigue una línea que no tiene nada de común con ella». Pero lo que constituye el último golpe a la tentativa de Bonomi es la publicación de una carta de Giolitti al «querido Malagodi» («*Tribuna*», 25 de julio). El 20 de julio, desde el anuncio de la dimisión de Facta, Giolitti ha escrito que quiere marcharse lejos de Roma y permanecer ajeno a la crisis. En realidad interviene con una consigna precisa: rechazar la colaboración socialista que él deseaba un año antes en el decreto de disolución de la Cámara y rechazar toda lucha seria contra el fascismo (Mario Missiroli, *Una battaglia perduta*, Milán 1924: «Una lettera satanica»). En opinión de don Sturzo, Giolitti se había opuesto a la crisis del gobierno Facta porque, «queriendo volver al poder, no creía oportuno hacerlo en julio ni mediante una crisis interna»; estaba seguro de volver al poder en noviembre. Su maniobra no puede ya triunfar en la nueva situación, algunos de cuyos aspectos se le escapan por anormales. Ya en 1914, cuando creía abandonar el gobierno por algunos meses, quedaba condenado a seis años de retiro. En junio de 1921, esquivando el voto de la Cámara, abre un paréntesis que, prolongado en julio de 1922, ya no se cerrará. El gobierno de izquierda se hunde bajo el fuego cruzado de tantos adversarios. El 26, Bonomi renuncia, ante el rey, al encargo para el que éste le había nombrado.

generales en el Piamonte, en Lombardía, y en las Marcas. Las organizaciones locales piden que la *Alianza del Trabajo* proclame la huelga general de protesta en toda Italia. La *Alianza del Trabajo* vacila, deja que se agoten las huelgas regionales y se compromete a desencadenar la lucha en la primera ocasión. Los acontecimientos de Rávena provocan esa ocasión. Italo Balbo, que ya organizó la expedición en esta ciudad en septiembre de 1921, vuelve de nuevo, pero esta vez con la intención de «exterminar» al enemigo. Se producen incidentes el 26 y el 27: huelga general por un lado y movilización

3.º *La renuncia de Meda*. —Los populares habían sido los principales artífices de la caída de Facta; por tanto, era justo que se les pidiera resolver la crisis. El rey llamó a Meda, que, después de la retirada de Bonomi, se había marchado de Roma a Milán («*Il Popolo d'Italia*», del día 27 habla de huida). Convocatoria puramente formal, pues se sabía que Meda no quería ni oír hablar del asunto. Pero la convocatoria sitúa a los populares ante sus responsabilidades: si no aceptan el encargo deberán renunciar a su intransigencia. Meda no había aprobado el desencadenamiento de la crisis. Su nombre había sido pronunciado desde los primeros días. En aquel entonces los fascistas le hubieran asegurado su participación en el gobierno «con la condición de que se concediera a Mussolini un ministerio importante». Pero hoy la crisis se debate en torno a la constitución de un gobierno de izquierda. Meda considera que es «la única solución de acuerdo con la lógica parlamentaria». En aquel momento escribe un artículo, en el que insiste sobre la incompatibilidad moral entre fascistas y católicos, y de ahí saca la conclusión siguiente: «La actitud de los católicos italianos frente al fascismo debe excluir toda solidaridad; muy al contrario, debe señalarse por un desacuerdo profundo». Sin embargo, Meda no cree que pueda ser él quien proporcione una solución coherente. Giolitti, de quien siempre ha sido partidario, se opone; también se opone el Vaticano e, incluso, en el fondo, don Sturzo. Meda renuncia al encargo el mismo día 17.

4.º *La actitud de Mussolini*. —Mussolini ofreció a Orlando la participación de los fascistas. En esta actitud es difícil distinguir lo que responde a sus ambiciones inmediatas de lo que no es más que una simple maniobra parlamentaria destinada a ganar tiempo y evitar lo peor. Por otra parte, es cierto que en el laberinto de la crisis Mussolini sigue el hilo de su «aventura» personal. Sopesa con cuidado los riesgos y las posibilidades de cada una de las combinaciones. Después del primer fracaso de Orlando y la retirada de Bonomi no se excluye aún la hipótesis de un gobierno de izquierda. Los socialistas siguen siendo favorables y los populares aún no han renunciado. Acerbo, secretario de la Cámara y diputado fascista por los Abruzzos, declara el día 26 por la mañana que «los fascistas se opondrán con todas sus fuerzas a un gobierno dirigido contra ellos. La paz sólo llegará rápidamente con la participación del grupo en el nuevo gabinete. Mussolini está dispuesto a formar parte del gobierno, incluso con Nitti, incluso con los socialistas y populares, con la condición de que se le concedan las carteras del Interior, Asuntos Exteriores y Trabajo». La casi unánime cruzada contra Bonomi permite a Mussolini, antes más modesto, aumentar sus pretensiones. El 28 todavía insiste en favor de la solución tripartita. En el «*Il Popolo d'Italia*» del 29 de julio, Gaetano Polverelli, intérprete fiel y ridículo del pensamiento de Mussolini, avanza la hipótesis del «simultáneo acceso al poder de socialistas y fascistas reunidos bajo la égida de un hombre de Estado que se propone, por encima de la lucha de los partidos, un objetivo nacional: la pacificación». Hasta el último momento, Mussolini sigue empujando hacia adelante su proyecto. De esta manera se explica la violencia de su reacción ante las declaraciones de Turati de las que resalta que los socialistas se oponen a toda coalición gubernamental de la que formen parte los fascistas.

5.º *La tentativa de De Nava y la media vuelta de los populares*. —Tras el fracaso, de Meda, el rey llama a De Nava, líder de los demócratas populares. El mismo día (el 27) ocurre un hecho nuevo, consecuencia inevitable y quizá prevista de la renuncia precedente. El comité directivo del grupo popular declara que «nunca ha soñado» con oponer «vetos no constitucionales». Esto significa que renuncia a la fórmula que hasta ahora ha inspirado su actitud. El acontecimiento era tan importante que hizo vacilar a De Nava. Don Sturzo cuenta que «De Nava llevó a los populares al consentimiento de que participara en el gobierno un liberal de derecha, y los populares dieron un paso adelante para no ser acusados de mantenerse rígidamente en posiciones de principio. Sin embargo. De Nava

por el otro. Balbo llega con sus escuadras, fuerza las puertas de la ciudad y comienza la obra de destrucción. Algunos extractos de su *Diario* nos informan sobre los métodos empleados y los objetivos alcanzados.

Rávena, 28 de julio.

Las escuadras han procedido durante esta noche a la destrucción de los amplios locales de la Confederación provincial de las Cooperativas socialistas... Como siempre, la acción fascista ha surgido inesperadamente. El antiguo palacio,

sintió miedo y corrió a buscar a Orlando a Fiuggi para que volviera a ocuparse de formar gobierno», ya que la situación, al parecer, había mejorado.

6.º *La actitud de los socialistas: Turati en el Quirinal.* —Hasta el día 27 el grupo parlamentario socialista mantenía las posiciones tomadas al comienzo de la crisis: apoyo a un gobierno que dejará al margen a las derechas, rechazar la participación directa, incluso con Bonomi. El 28 por la mañana, cuando Orlando vuelve a entrar en escena, el grupo celebra una reunión en la que participan también los diputados maximalistas. Con algunas oposiciones se vota una resolución en la que el grupo, «reconoce que tiene el deber de no retroceder ante ninguna acción que haga respetar, a todos los que tienen la obligación de hacerlo, la voluntad de defender la libertad y el derecho de organización, claramente expresada por la Asamblea nacional». Para los que pudieran encontrar oscuras estas palabras, Buozzi, Baldesi y Dugoni explican en una declaración a la prensa que los diputados socialistas no reclaman la participación en el gobierno, pero que se resignarían a ello con ciertas condiciones: «Hemos querido prevenir a los otros grupos de la Cámara que si les es necesaria la garantía de nuestra participación para seguir siendo fieles al grupo de la Cámara y abrir la posibilidad de un gobierno de izquierda, estamos dispuestos a dar el paso» (Il Corriere della Sera, 29 de julio). Este gesto no podía tener ninguna consecuencia práctica ya que planteaba como condición a la participación —no deseada, sino, en rigor, sufrida— la formación de un gobierno de izquierda que a lo largo de las peripecias de esta larga crisis, y principalmente después del fracaso de Bonomi, se había hecho imposible. Además, este gesto llegaba demasiado tarde, ya que desde la víspera el grupo popular había renunciado a su veto contra las derechas. Finalmente, la intención expresada en la resolución de no «retroceder ante ninguna acción» contenía una amenaza que debilitaba la maniobra parlamentaria en lugar de reforzarla. Esto se convirtió en una coartada a presentar en el próximo congreso del P.S.I. como si la mayoría del grupo hubiera considerado realmente la alternativa de la colaboración en el gobierno o la acción directa que preparaba la Alianza del Trabajo. De esta manera se produjo un equívoco que, sin provocar la huelga general, impediría la oposición a ella y agravaría las consecuencias.

Al día siguiente, el 29, Turati va al Quirinal como representante del grupo. Pero también esto es un gesto inútil, ya que Turati parece haber retrocedido con respecto a la posición de la víspera. No sólo renueva la exclusiva contra la punterella de derecha, sino que revela el fondo de su pensamiento al declarar que «es necesario formar el gobierno sin las dos alas, es decir, sin las derechas y sin los socialistas», un gobierno formado por los cuatro grupos demócratas y los populares. La declaración le cuesta un violento ataque por parte de Il Popolo d'Italia (30 de julio).

Todo lo dicho muestra hasta qué punto el grupo, y especialmente su líder, estaban «desfasados» con respecto al desarrollo de la situación. Turati creía en el éxito del intento de Bonomi al que había proporcionado listas de ministros y cálculos de votos. Continúa soñando en una combinación política sin bases reales, ya que de los «cuatro grupos demócratas» al menos uno, el de Giolitti, no quiere ni oír hablar de ello; el de Nitti es reticente y mira con su jefe hacia los fascistas; el de los demócratas sociales mantiene su veto contra Bonomi. En cuanto a los populares, han cambiado de idea desde hace dos días. Pero «mezclarse con los fascistas en el gobierno es meterse sin armas en medio de una horda armada», declara Turati («Il Giornali d'Italia», 29 de julio). Indudablemente, el problema era el de la guerra civil que paralizaba y destruía las organizaciones obreras y socialistas suprimiendo sus conquistas. La «horda armada» de los fascistas sólo tenía enfrente en el país fuerzas «sin armas». ¿Dónde encontrarlas? El Estado era el único que las tenía. ¿Cómo utilizarlas? Formando un gobierno decidido a restablecer el orden y defender la libertad. Esto implicaba una

anteriormente sede del Hotel Byron, ha quedado completamente destruido.⁷² Los fascistas proceden a este género de operaciones por una absoluta necesidad política. Desgraciadamente, la lucha civil no conoce las medias tintas. El fin supremo es la salvación de nuestro país. Memos realizado esta hazaña con él mismo espíritu con que destruíamos durante la guerra los depósitos del enemigo. El incendio del enorme edificio proyectaba sus siniestros resplandores en ta noche. Toda la ciudad aparecía iluminada. Debemos inspirar además un sentimiento de terror en los adversarios.

concepción sobre el Estado y las relaciones entre el movimiento obrero, el Estado y la nación a la que el maximalismo socialista seguía siendo impermeable. Los socialistas de «derecha» llegaron a darse cuenta de ello, pero con vacilaciones, rodeos e inquietudes no demasiado nobles, absurdas en cualquier caso, y siempre con retraso sobre la rápida marcha de los acontecimientos. Es cierto que la «mejor» fórmula de gobierno, el gabinete de izquierda, era válida, pero a condición de que con esta carta apostaran la totalidad o lo esencial de las fuerzas socialistas y proletarias y no presentarla a la opinión como un retorno a los errores de 1919-1920. En febrero de 1922 esta fórmula parecía condicionar la crisis y la búsqueda de una solución. Pero aún dejando aparte los móviles un tanto mezquinos que habían lanzado a algunos grupos demócratas a la ofensiva contra Bonomi, la ofensiva misma apuntaba a través de Bonomi a los populares, es decir, a la fuerza política sin la cual ningún gobierno podía existir y menos aún comprometerse en una lucha contra la ilegalidad fascista. Hay una fisiología de los Estados, de los gobiernos, de las naciones que ño se puede negar sin provocar parálisis y sacudidas fatales para las soluciones más evidentes y más inteligentes. Al destruir el equilibrio que podía representar el gobierno Bonomi, en lugar de afianzarlo se había destruido el único paralelógramo de fuerzas políticas cuya resultante pudo ser el restablecimiento y la defensa de la legalidad. En julio ya no, era posible el retorno puro y simple a las ideas de febrero. Del «sistema Bonomi» no quedaban más que las ruinas entre las que se hubiera escarbado en vano para encontrar cimientos sólidos y materiales aptos para una nueva construcción. La batalla de la calle se había perdido porque las fuerzas que intentaban darla estaban desarmadas. La lucha decisiva era la que tenía lugar en torno al grande y único arsenal: los poderes públicos. Precisamente porque los fascistas estaban armados y los socialistas desarmados, éstos sólo podían luchar ya con las armas del Estado. Y como Mussolini con una parte de los fascistas estaba dispuesto a entrar en el gobierno, la única solución política de la crisis era la que él había propuesto el 23 de julio. Solución que llevaba implícita azares y graves peligros, pero no más graves que la impotencia total a la que se habían condenado los socialistas. En cualquier caso, ofrecía el último, el único terreno en el que los socialistas podían batirse. La táctica socialista de finales de julio, aunque estuviera conducida por estrategias expertos o qué se creían tales, no tenía ninguna relación con la realidad y sobre todo con la realidad superior que, cuando están en juego la libertad e incluso la existencia de una nación, exige el coraje lúcido y concentrado de las grandes decisiones. El grupo socialista no quiso ni puedo ir más lejos, cosa que hubiera sido necesaria para no retroceder hasta una derrota total y pasiva. El mismo día de la entrevista de Turati, el grupo socialista envió una delegación a Orlando para confirmarle que rechazaba toda colaboración con los fascistas. Y, sin embargo, una parte del grupo y la mayoría del partido consideraban estos tímidos pasos como una atracción.

7.º *La última tentativa de Orlando.* – Inmediatamente después de renunciar a su mandato. De Nava se había reunido con Orlando y De Nicola. Antes de haber recibido formalmente el encargo. Orlando reanuda sus negociaciones. Sigue teniendo la intención de incluir en su ministerio socialistas y fascistas. Se intentan diversas fórmulas, como la de nombrar a Mussolini y Turati ministros de Estado. Orlando hace un nuevo intento con los socialistas, pero éstos rehúsan. El día 29 ve a Mussolini, quien, menos categóricamente, hace sin embargo algunas objeciones. Al día siguiente, Orlando parece decidirse por una combinación bastante abierta que, sin embargo, hubiera excluido a socialistas y fascistas. Pero surge un hecho nuevo: la amenaza de huelga general prematuramente anunciada por «*Il Lavoro*» de Génova y que será proclamada el 31 por la tarde. El hecho, basta para impedir cualquier solución. Según Modigliani, Orlando se enteró por los

Rávena, 30 de julio.

Voy a casa del cuestor, mientras Dino Grandi contiene a los fascistas que se han reunido por millares alrededor de la barriada de San Roque. Le anuncio que quemaré y destruiré todas las casas socialistas de Rávena si, en media hora, no pone a mi disposición los medios necesarios para llevar a los fascistas a otra parte. Es un momento dramático. Exijo una columna entera de camiones. Los funcionarios de la Cuestura pierden la cabeza, pero media hora después me indican dónde puedo encontrar camiones y gasolina. Algunos de éstos incluso pertenecen a la Cuestura. Los había pedido con el pretexto de alejar de la ciudad a los fascistas exasperados. Realmente, organizaba la «columna del fuego» (como los adversarios la han definido) para extender las represalias a la provincia. Yo mismo ocupé una plaza, con Baroncini, Caretti, de Ferrara y el joven Rambelli, de Rávena, en un automóvil que abre la marcha de la larga columna de camiones, y partimos. Ésta marcha, iniciada ayer por la mañana, día 29, a las 11, ha terminado esta mañana, día 30. Aproximadamente 24 horas de viaje, durante las cuales nadie ha descansado un solo instante ni ha comido nada. Hemos pasado por Rimini, Sant'Arcangelo, Saviñano, Cesena y Bertinoro, por todos los centros y pueblos entre la provincia de Forlì y la de Rávena, y hemos destruido e incendiado todos los domicilios rojos, todas las sedes de las organizaciones socialistas y comunistas. La noche ha sido terrible. Nuestro paso quedaba marcado por altas columnas de fuego y humo.

Tras estos acontecimientos, los consejos generales de las dos Bolsas de Trabajo de Roma (la socialista y la anarquista) se reúnen la misma tarde del 28 de julio e invitan al Comité Central de la *Alianza del Trabajo* a ordenar «sin ninguna vacilación, la huelga general, nacional, advirtiendo al Comité Central que si tergiversa, o si rehuye un deber imposible de eludir, o no decide en un plazo corto el movimiento general, «los órganos de defensa proletaria que residen en Roma decidirán su destitución». La huelga general se proclama la tarde del 31 de julio –a partir de la medianoche del mismo día– por el «Comité secreto de acción» de la *Alianza del Trabajo*, que lanza el siguiente llamamiento:

periódicos de que su mandato había terminado. Sea lo que fuere, el rey propone de nuevo a Facta, quien, el día 31, forma su segundo gobierno.

⁷² La Federación provincial de las cooperativas que había comprado este histórico palacio estaba dirigida por Nullo Baldini y constituida por noventa y dos cooperativas; poseía 6.000 ha de tierra y aproximadamente la misma extensión en arriendo.

«Por la proclamación de la huelga general, el Comité se propone defender las libertades políticas y sindicales amenazadas por las facciones reaccionarias... Es un deber por parte de todos los espíritus libres, romper, mediante el bloque de la resistencia común, el asalto reaccionario, defendiendo de este modo las conquistas de la democracia y salvando a la nación del abismo adonde la precipitaría la locura dictatorial... De la huelga general –unánime y severa– debe salir una solemne advertencia para el gobierno del país, a fin de terminar para siempre con toda violación de las libertades cívicas, que deben encontrar su protección y garantía en la aplicación de la ley. En el transcurso de la huelga general, los trabajadores deben abstenerse absolutamente de *cometer actos* de violencia, que perjudicarían a la solemnidad de las manifestaciones, y que se prestarían a la segura explotación de los adversarios, salvo en el caso de legítima defensa de personas e instituciones, si por desgracia la violencia enemiga se desencadenase contra ellos. Ninguna orden debe ejecutarse si no emana de las organizaciones responsables. ¡Trabajadores, en pie por la defensa de lo más sagrado para todo hombre civilizado: la *Libertad!*»

El corresponsal de «*Il Popolo d'Italia*» en Roma escribe el mismo día que:

«los elementos extremistas del partido... han intentado realizar una hábil diversión, imponiendo casi por la fuerza a sus camaradas más tibios la proclamación de la huelga general, *que por consiguiente hay que considerar como una maniobra táctica contra los reformistas*, para galvanizar las masas en el momento en que se intenta alejarlas de la lucha de clases».

En cambio la dirección del partido fascista declara que:

«la huelga general que debe comenzar a medianoche es cobarde y miserable, porque no pretende liberar a la masa obrera del fascismo, sino derrocar el pretendido gabinete de izquierda».

¿Dónde reside la verdad en estas dos versiones dadas a conocer en el mismo momento por los medios fascistas?

Realmente, la proclamación de la huelga general no ha obedecido a ninguna de ambas razones, porque ha sido la consecuencia directa e inevitable de la situación que se había creado en Italia después de los acontecimientos de Rávena. Tras la ocupación fascista de Novara (16 de julio) –que se suma a las proezas fascistas de Cremona, Rímìni, Andria, Viterbo, Sestri Ponente–, la

huelga general estalla en todo el Piamonte, gana la Lombardía, y se hubiera extendido a la Liguria, si los jefes socialistas «autónomos» de Génova no lo hubieran impedido, traicionando los compromisos que con anterioridad habían suscrito con las organizaciones obreras de Milán y Turín. La huelga general prosigue en las Marcas, donde un pequeño ejército fascista, llegado de la vecina Umbría, ha ocupado Macerata, Fabriano y Ancona, la ciudad «roja» de junio de 1914 y de junio de 1920. Las organizaciones obreras locales piden por todas partes que estas protestas se unifiquen inmediatamente en una huelga general que exprese la voluntad de los trabajadores de terminar con el terrorismo fascista. Los jefes confederales vacilan rehuyendo una decisión, porque se ha abierto la crisis ministerial y temen comprometer su solución. Sin embargo, la presión de los militantes es tal que el Comité central de la Alianza del Trabajo, aunque ordena interrumpir las huelgas en curso, se compromete a preparar –como hemos visto– «un movimiento conjunto» que será desencadenado a la primera ocasión. Por consiguiente, aunque es exacto que la huelga ha sido proclamada el 31 de julio, bajo presión de los elementos anarquistas del Sindicato nacional de Ferroviarios –que había sido el iniciador de la Alianza del Trabajo–, e incluso de que algunos de ellos habían llegado hasta amenazar con el revólver a Azimonti representante de la C.G.L. en el «Comité secreto», esto sólo ha sido posible porque todos los obreros esperaban la decisión de la huelga general. Los elementos reformistas tampoco, podían resistir, ya que habían «coqueteado» los últimos días con la idea de la huelga general, aunque fuera únicamente para servirse de ella como de una moneda de cambio en el transcurso de las transacciones para la solución de la crisis. Siendo inevitable la proclamación de la huelga, la mayoría del «Comité secreto» tiene la precaución de lanzar el movimiento como una manifestación perfectamente legal, por la defensa de la legalidad: Turati la llamará «huelga legalitaria». Su llamamiento se dirige «a los hombres libres» en nombre de la «defensa de las libertades políticas y sindicales» y de las «conquistas de la democracia», y no desea sino restablecer el imperio de la ley. Ahora bien, a pesar de esta prudencia de inspiración y de lenguaje, la huelga absorbe en su torbellino a casi todo lo que todavía quedaba de esas «libertades políticas y sindicales» que se proponía salvaguardar.

Éste es el punto culminante del drama en que se hunde el movimiento obrero y socialista italiano. Esta huelga cuya amenaza o proclamación había debido imponer, según algunos, un gobierno de izquierda, y según otros, garantizar el desquite de la clase obrera en el marco de la «lucha de clases», frustra los cálculos opuestos y arrastra en un fracaso común ambas tácticas.

Sin duda, la huelga era «legalitaria», puesto que no se proponía otros objetivos que el restablecimiento de las libertades civiles y el imperio de la ley. Pero un movimiento no adquiere su sentido exclusivamente en función de sus propias reivindicaciones; las reacciones que provoca también forman parte de su «naturaleza» y acaban por marcarlo, incluso pese a él, en el momento decisivo. Ya con anterioridad los jefes socialistas habían esperado, en septiembre de 1920, servirse de la ocupación de fábricas para llevar al partido socialista y a las masas obreras a la participación gubernamental. El medio utilizado había actuado en sentido opuesto al esperado, había alejado a las masas, mientras que la burguesía se había resignado o incluso era en parte favorable. La huelga de finales de julio de 1922 no solamente se proclamó con diez días de retraso, sino que llegó tras una *campaña* en la cual maximalistas, comunistas y anarquistas la habían presentado como el medio, «suficiente y necesario» para invertir la situación, para comenzar la liquidación del fascismo sin necesidad de recurrir al Estado o a «compromisos» con fuerzas políticas no «proletarias». Los redactores del llamamiento a la huelga general tomaron toda clase de precauciones de estilo para establecer una relación entre el movimiento que desencadenaban y la acción del Estado, al que le piden defender las libertades violadas. Pero si las masas obreras y el Estado deben matizar una acción para un fin común, es necesario que exista entre esas masas y el Estado un vínculo cualquiera, es preciso que exista una «colaboración». Ahora bien, al proclamar la huelga general del 31 de julio, las masas obreras se aíslan y se separan *materialmente* del Estado. Aun cuando, por una hipótesis que entonces nada justificaba, el Estado estuviera dispuesto a emprender la lucha contra las bandas fascistas, la huelga de los servicios públicos y de los ferrocarriles paralizaría su acción, mientras que los fascistas, entrenados desde hace varios meses en concentraciones locales y regionales, podrían desplazarse mediante columnas de camiones en un radio bastante amplio. «Solemne advertencia para el gobierno del país» afirma el llamamiento del Comité secreto. Pero la huelga no la sienten ni quienes la realizan, ni quienes la sufren, en el sentido de simple «advertencia»; no existe prácticamente gobierno, debido a la crisis ministerial, que dura ya dos semanas. Además, entre esa «advertencia» y ese «gobierno», se han roto todos los contactos; la huelga hunde todos los puentes entre los obreros y el Estado. Ha sido concebida como una acción demostrativa y falla en todos sus efectos. En Roma, los populares, preocupados por la gravedad, y la duración de la crisis, han decidido aceptar la presencia de elementos de la derecha en el nuevo gobierno. En el país, los sindicatos católicos, incluso aquellos que habían hecho prevalecer en el seno del grupo popular la idea de una

colaboración con la derecha socialista, rechazan participar en la huelga general, y así se pierden, en el momento crítico, aliados cuyo concurso era indispensable para garantizar la «defensa de la libertad». El rey, que piensa siempre en Giolitti, suspende sus consultas, y el 1.º de agosto –la huelga se ha iniciado a medianoche– llama a Facta y le confía de nuevo la formación del gobierno. A las cinco de la tarde, éste se ha constituido a imagen del gabinete precedente, y será el último gobierno del régimen parlamentario.

En cuanto a la lucha en el país, ésta se emprende en las condiciones más desfavorables. En el Piamonte, en Lombardía y en otros sitios, los obreros acaban de hacer pocas semanas antes, pocos días antes, una huelga de protesta: están casi sin aliento; por ello hay vacilaciones y fallos. En el norte de Italia, en Génova y Turín, la orden de huelga ha llegado cuarenta y ocho horas antes, como consecuencia de un equívoco, o de una maniobra, lo que se añade a la confusión y a la depresión. El Comité secreto es hasta tal punto «secreto», que las organizaciones obreras no saben a quién pedir instrucciones. Además esta huelga general queda limitada a ser puramente defensiva: el llamamiento anteriormente citado sólo admite la lucha «en caso de legítima defensa de personas e instalaciones» y, sobre el terreno de esta lucha, la inferioridad de las fuerzas obreras –sin preparación y abandonadas a sus propias fuerzas– es evidente. En su conjunto, y al margen de cualquier consideración estratégica, el movimiento, que a pesar de todo arrastra, a la gran mayoría de los trabajadores, demuestra hasta qué punto éstos valen más que sus jefes, que todos sus jefes. En la situación de finales de julio de 1922, el éxito casi general de la huelga es un acto de fe sin futuro, pero admirable y emocionante. Este pueblo que no quiere resignarse a la esclavitud, estos ferroviarios que hay que arrancar a la fuerza de sus casas, bajo la amenaza del revólver, para obligarlos a emprender el trabajo, mientras se incendian sus casas, estos obreros que han hecho después de la guerra tantas «huelgas generales» por motivos de principio y de solidaridad, y que comienzan de nuevo una vez más porque les han dicho que de este modo se va a contrarrestar la ofensiva fascista, estas masas a las que se deja agotar en esfuerzos que no encuentran ningún punto de aplicación, hubieran merecido otros guías y otro destino.

Desde hace algún tiempo los fascistas esperaban la huelga general, y se preparaban para contrarrestarla, sobre todo tras el plazo que les concedían, después de los acontecimientos de Novara, las vacilaciones y cálculos de los jefes socialistas y sindicalistas.

En efecto, el 21 de julio, inmediatamente después de Novara, el secretario del P.N.F. envía una circular a las federaciones en la que se dice:

«Según las últimas noticias, el intento de una huelga general nacional por parte de social-comunistas ha sido abandonado de momento. Sin embargo, es oportuno, para no dejarnos sorprender de improviso en el caso de que el intento se reproduzca con la participación de los ferroviarios «rojos», que los fascistas se aseguren desde el presente los medios necesarios de transporte rápido: autocares, automóviles, motocicletas...»

El 31 de julio, el mismo secretariado, bien informado, envía otra circular cuyo texto es el siguiente:

Partido Nacional Fascista - Roma

Roma, 31 de julio 1922

Oficina de Prensa

Circular reservada

(Para leer y destruir)

A las Federaciones provinciales fascistas (con el ruego de transmitir inmediatamente a los fascios dependientes)

Parece ser que la Alianza del Trabajo piensa proclamar, hoy mismo, y a partir de medianoche, la huelga general nacional, comprendidos incluso los servicios públicos. Si esta crisis se confirma por los hechos, en los diarios de la mañana se publicará a este respecto un llamamiento de la Dirección del Partido fascista. Las Federaciones y los Fascios deben ajustarse a lo que se dice en el llamamiento de la Dirección. Y, de un modo más preciso, es necesario:

- 1.º Proceder a la movilización inmediata de todas las fuerzas fascistas;*
- 2.º Si, en las cuarenta y ocho horas siguientes a la proclamación de la huelga, el gobierno no ha logrado hacerla cesar, los Fascistas se encargarán de hacerlo directamente;*
- 3.º Los fascistas deben, una vez transcurrido este periodo de cuarenta y ocho horas, y si la huelga general continúa, dirigirse a las capitales de provincia respectivas y ocuparlas;*

4.º *Los fascistas de la zona de Carrara, de la Lomellina y de la provincia de Alejandría deben mantener una parte de sus fuerzas a la disposición de los Fascistas genoveses. Los Fascistas de las provincias de Bolonia y de Ferrara deben mantener una parte de sus fuerzas a disposición de los Fascios de la Romana y de la zona de Ancona;*

5.º *Vigilar los nudos de carreteras;*

6.º *Los Fascistas deben obedecer sólo y exclusivamente a los hombres y las organizaciones responsables: Dirección del partido y Directorios provinciales, que se servirán, para la ejecución perentoria de sus órdenes, de inspectores generales y de Cónsules*

7.º *Quedan absolutamente prohibidas las acciones no dirigidas por los responsables;*

8.º *En el caso de que se impongan represalias, éstas deben ser fulminantes.*

El secretario general: Michele Bianchi.

* * *

De este modo, antes de que estalle la huelga —esta huelga sin perspectivas y de objetivos contradictorios—, los dirigentes fascistas han establecido un plan: para ellos se trata de transformar la «acción demostrativa» de los socialistas contra el fascismo, en ordenada batalla de los fascistas contra el socialismo. Los objetivos «militares» de esta batalla están fijados. Aún no se quiere ocupar Roma, pero sí aprovecharse de la huelga para ganar dos posiciones esenciales en las fronteras de la región ya ocupada por los fascistas: la zona de Génova y Liguria por un lado, y Ancona por otro. En el transcurso de su acción, los fascistas logran incluso alcanzar dos objetivos importantes aún no previstos: la capital de Lombardía, Milán, y el último centro de la resistencia obrera en Toscana, Livorno.

La dirección del partido fascista lanza un ultimátum, dirigido al mismo tiempo a los huelguistas y al Estado:

«Damos cuarenta y ocho horas al Estado para que pruebe su autoridad sobre todos quienes dependen de él y sobre aquellos que atentan contra la existencia de la nación. Agotado este plazo, el fascismo reivindicará su plena libertad de acción y sustituirá al Estado, que una vez más habrá demostrado su impotencia».

De este modo, la huelga, que debiera llevar al Estado a hacer respetar la ley, contrariamente logra realizar la soldadura entre la reacción legal –la del Estado– y la reacción ilegal –la de los fascios–. El fascista que desde hace meses mata, incendia, y saquea impunemente, deja de ser el fuera de la ley y se convierte en el ferroviario y en general el trabajador que quisiera recordar al Estado su deber. Los fascistas, que durante el mes de julio, desde Rímini a Novara y a Rávena, no han dejado tras sí, por todas partes por donde han pasado, sino ruinas humeantes, cuerpos torturados y almas violadas, reciben como magnífico regalo esta ocasión de presentarse como «tutores» del orden y en depositarios de la autoridad del Estado.

Por segunda vez entran en el «bloque nacional», no ya gracias a las elecciones, como en mayo de 1921, sino gracias a la huelga-suicidio en que se han empeñado las organizaciones obreras.

La huelga cristaliza toda la situación en un sentido reaccionario, y la crisis gubernamental, abierta tras las violencias de Cremona, finaliza con la consagración casi oficial del terrorismo fascista, a escala nacional. La prensa conservadora y «liberal», que había seguido sin entusiasmo los intentos de pacificación y que culpaba a los fascistas de favorecer por sus excesos la participación socialista, así como las fuerzas de la burguesía que, con Giolitti, no esperaban «nada bueno» de la crisis abierta por el voto del 19 de julio en la Cámara, vuelven ahora a preocuparse por la «autoridad del Estado» frente a los trabajadores en huelga, y aplauden a los fascistas cuando éstos continúan y desarrollan, en nombre del Estado, la obra de destrucción a la que se han dedicado en las últimas semanas con un furor acrecentado.

La *Alianza del Trabajo* decide el fin de la huelga para el 3 de agosto a mediodía, prolongándola doce horas, para no dar la impresión de ceder al ultimátum fascista, que expira el 2 de agosto a medianoche. Pero los fascistas de ningún modo renuncian a cobrarse las ventajas previstas de la situación. El secretario del partido, Michele Bianchi, envía a todas las federaciones provinciales el siguiente telegrama circular:

Aunque el intento de huelga en general haya fracasado y aunque la Alianza del Trabajo se vea obligada a declararla oficialmente como terminada, no debe quedar impune. En la escala de responsabilidades, los socialistas colaboracionistas ocupan el primer lugar. Los fascistas, al volver a sus comarcas y al desmovilizarse –allí donde la situación lo permita– deben tenerlo en cuenta.

La ofensiva fascista se propone, pues, un doble objetivo político: extender aún la ocupación fascista a otras zonas y dirigir un golpe particularmente duro contra los socialistas colaboracionistas. La maniobra que Mussolini ha iniciado contra ellos, tras el comienzo de la crisis en el terreno parlamentario, finaliza con una ofensiva directa y armada en todo el país. El gobierno deja hacer, y allí donde cede sus poderes a las autoridades militares, éstas colaboran casi en todas partes con los fascios. La acción fascista, se desarrolla sobre todo a *partir del tres de agosto, es decir después del final de la huelga*. Mussolini está exultante y escribe el 5 de agosto en su diario: «Aunque los tres secretarios de la *Alianza del Trabajo* fuesen tres fascistas empedernidos, no hubieran podido hacer mejor servicio a la causa del fascismo». Para probarlo publica la lista de las «victorias» que el fascismo ha obtenido. Esta lista, que a continuación reproducimos textualmente, no toma en cuenta más que las informaciones llegadas a «*Il Popolo d'Italia*» hasta la noche del 4 de agosto. (Cuando no hay ninguna indicación, se trata de sedes de organizaciones destruidas, casi siempre por incendio.)

Antignano (Livorno), *Círculo socialista*.

Ardenza (Livorno), *Círculo comunista*.

Alejandro, *Ocupación de la Alcaldía y del Teatro del Pueblo*.

Ancona, *Bolsa del Trabajo, Círculo anarquista, Círculo de los ferroviarios, Círculo de «Soviets», Círculo Melloni*.

Chiappa (La Spezia), *Círculos socialista y comunista*.

Campo Canneto (Parma), *Cooperativa y círculo socialista*.

Falconara (Ancona), *Círculo socialista*.

Fornovo (Parma), *Cooperativa y círculo socialista*.

Florenia, *Bar de los ferroviarios, Bolsa del Trabajo, Diario socialista «La Difesa»* (ya destruido por primera vez el 27 de enero de 1921).

Figline Valdarno, *Dimisión del ayuntamiento socialista*.

Gravina (Bari), *Bolsa del Trabajo*.

Génova, *Círculo de ferroviarios*.

Intra (Novara), *Bolsa del Trabajo y cooperativa*.

Livorno, *Bolsa del Trabajo, Federación provincial socialista, Círculo comunista, Sección socialista, Círculo «El Cisne», ocupación de la Alcaldía y dimisión forzada del ayuntamiento socialista y de la Diputación provincial socialista*.

Milán, *Círculo socialista de la calle Cetlini, Casa de los tranviarios, Círculo de los ferroviarios de la calle Canónica, dos círculos comunistas, Cooperativa de ferroviarios de Porta Volta, ocupación del Palazzo Marino, sede del ayuntamiento socialista*.

Novara, *Dimisión del ayuntamiento socialista*.

Novi Ligure, *Bolsa del Trabajo, dimisión del ayuntamiento socialista.*
Noceto (Parma), *Cooperativa y Círculo socialista,*
Nápolés, *Locales de la Federación de los Puertos.*
Oderzo (Treviso), *Círculo comunista.*
Pavía, *Bolsa del Trabajo.*
Piacenza, *Bolsa del Trabajo.*
Pistoia, *Ocupación de la Alcaldía.*
Peicastagno (Génova), *Círculos socialista y comunista.*
Padua, *Bolsa del Trabajo.*
Ponte de Signa (Florencia), *Liga proletaria de excombatientes..*
Pisa, *Diario socialista «Era Nostra».*
Rímìni, *Cooperativa de los Trabajadores del Mar, Cooperativa de ferroviarios.*
Ronco (Parma), *Cooperativa y Círculo socialista.*
Rebosco (Génova), *Bolsa del Trabajo confederal, Bolsa del Trabajo sindicalista, Federación de los Trabajadores del Mar, Sindicato metalúrgico.*
Schio, *Bolsa del Trabajo.*
San Secondo (Parma), *Cooperativa y Círculo socialista.*
Sampierdarena (Génova), *Bolsa del Trabajo, Cooperativa de ferroviarios.* Savona (Génova), *Cooperativa socialista.*
San Jacopo (Livorno), *Círculo socialista.*
Saliano (Parma), *Cooperativa y Círculo socialista.*
Torre (Padua), *Bolsa del Trabajo.*
Turín, *Varios círculos comunistas.*
Trieste, *Coche del diario «Il Lavoratore».*
Vigevano, *Bolsa del Trabajo.* Vicenza, *Bolsa del Trabajo.*
Voghera, *Círculo de ferroviarios.*

* * *

La cosecha es tan abundante que en «*Il Popolo d'Italia*» no estaban aún en condiciones de establecer un palmarés completo del triunfo. Para completar parcialmente esta laguna, sigue a continuación otra lista de los resultados alcanzados por la ofensiva fascista, siempre referidos al 4 de agosto.

Ancona, *Domicilio del diputado comunista Corneli e imprenta socialista.*
Binasco (Milán), *Bolsa del Trabajo.*
Legnano (Milán), *Ocupación del Ayuntamiento.*
Legnaia (Florencia), *Sociedad de socorros mutuos.*
Livorno (Toscana), *Círculo de ferroviarios.*
Ovada (Alejandría), *Bolsa del Trabajo, diario «L'Emancipazione», dimisión del ayuntamiento socialista.*

Quiliano (Génová), *Ocupación del Ayuntamiento.*

Padua, *Círculo de ferroviarios.*

Parma, *Círculo de los ferroviarios de Ponte Bottego y de la calle Affi, imprenta del diario «Il Piccolo» dos veces incendiada y saqueada; ocupación de las Alcaldías de Salsomaggiore, Borgo San Donnino, Sissa, San Lazzaro, Lusignano, Palma y otras comunas socialistas de la provincia.*

Pavía, *Dimisión de doce ayuntamientos socialistas en la provincia.*

Pisa, *Bolsa del Trabajo, ocupación del Círculo de ferroviarios.*

Riva Trigoso (Génova), *Bolsa del Trabajo.*

Sala. Braganza (Parma), *«la comarca ha sido pasto de las llamas».*

Savona, *Círculo de Ferroviarios; ocupación de la Alcaldía, de la Bolsa del Trabajo, del Consorcio de las Cooperativas del Puerto.*

Siena, *Bolsa del Trabajo (por tercera vez), quiosco de revistas y periódicos pertenecientes a antifascistas, Sociedad de S. M. «Il Risorgimento», Círculos anarquistas «Germinal» y «Pietro Gori».*

Tavernuzze (Florencia), *Círculo comunista.*

Várese, *Ocupación de la Alcaldía.*

Vigevano, *Círculo comunista, Imprenta del diario «L'Indipendente», expediciones fascistas en los alrededores, en Siziano, Sairano, Piccolini di Vigevano, Mezzanino Po, Casorate, Carbonara, Mezzana Corte.*

Voghera, *Dimisión de la Alcaldía socialista.*

* * *

Éstos no son más que los episodios más notables entre miles de actos de violencia individual y colectiva, que sería imposible enumerar. La ofensiva fascista se prolonga los días siguientes; el secretario del P.N.F. no ordena la desmovilización hasta el 8 de agosto, cinco días después del fin de la huelga general y, aun desmovilizando los fascios, éstos deben «tener en cuenta la situación local». Una circular del 7 ya ha explicado el sentido de esta fórmula:

«Si nada ocurre hasta el fin de la jornada, os daremos ésta tarde la orden de desmovilización. En las localidades en que la situación no fuese tranquilizadora para nosotros, debemos dejar una guarnición. Parece ser que una vez pasada la tormenta las autoridades quieren proceder a una requisita de armas. Dad las órdenes adecuadas a este respecto y sin retraso, para que armas y municiones sean puestas en lugar seguro».

Al favor de la huelga general, los fascios se habían propuesto alcanzar algunos objetivos estratégicos importantes; en particular, como lo atestigua la circular reservada del secretariado del P.N.F. enviada el 31 de julio, la región de Génova y de la ciudad de Ancona.

En Génova, el movimiento obrero está en manos de los socialistas «autónomos», es decir, fuera del partido oficial, socialistas de extrema derecha que estuvieron a favor de la intervención de Italia en la guerra mundial. Sus dirigentes han desempeñado un papel bastante importante y algo dudoso en el Comité Central de la *Alianza del Trabajo*. Lo que lo sostiene es una potente red de cooperativas, que han monopolizado todo el trabajo del puerto –carga, descarga, calafateado, reparaciones de todas clases– realizado por algunos millares de obreros miembros de cooperativas, cada una de las cuales realiza una operación determinada, según reglas muy estrictas que recuerdan a las de las antiguas corporaciones. Estas cooperativas son «cerradas», y sus miembros son empleados antes que los otros. Cada mañana se prepara una lista según las variables necesidades de las llegadas y salidas de los barcos, y si hay plazas disponibles se contratan a obreros «de fuera». Durante la guerra, e inmediatamente después, ha habido trabajo para todos, y el sistema ha servido para salvaguardar los altos salarios, de los que también se benefician los no cooperativistas. Pero cuando la crisis económica empieza a hacer estragos y la actividad del puerto se reduce, el «sistema» se ve amenazado por dos lados: los armadores y comerciantes quieren reducir las tarifas, y la masa creciente de los parados, cada vez menos admitida en los «turnos» de la contratación, se exaspera contra las barreras cooperativas y sindicales que la separan del puerto, esa tierra prometida, dado que basta trabajar algunos días a la semana para poder vivir durante el resto. Los salarios son tan elevados que los miembros de las cooperativas ceden a veces su turno a los otros haciéndose pagar un diezmo. En el período de la prosperidad real o artificial, las ganancias han sido tales que las ha habido para todo el mundo: empresario, obrero cooperativista y para el *lumpen proletarier*. Ahora, que el margen de beneficio es más reducido, comienza la lucha por el reparto; en esta lucha, el empresario tiene un aliado natural: el obrero parado. Contra el doble ataque del empresario y del parado, el «sistema» no puede mantenerse y se hunde en pocos días. Este ataque, es el fascismo quien se encarga de llevarlo a cabo. Los armadores han puesto a su disposición un millón y medio de liras para una «expedición punitiva» de gran estilo contra Génova. Los fascios comienzan por desencadenar una violenta campaña contra las cooperativas «cerradas», para que sean abiertas «a todo el mundo». El

trabajo en el puerto no es ilimitado y, por esta razón, y aún por otras, es indispensable una cierta reglamentación. En efecto, una vez obtenida la victoria, las cooperativas fascistas serán de nuevo «cerradas», incluso más cerradas que antes; los dirigentes fascistas habrán sustituido a los dirigentes socialistas, o los mismos dirigentes habrán cambiado de etiqueta. Pero entretanto se han alcanzado dos grandes objetivos: el socialismo ultra-reformista de Génova queda herido de muerte, en las fuentes mismas –políticas y económicas– de su poder, y los salarios portuarios bajan sensiblemente.

No deja de tener interés considerar la forma cómo ha sido obtenida esta victoria. La orden de la circular del 31 de julio fue cumplida: a la llamada del fascio de Génova, las escuadras de Carrara, dirigidas por Renato Ricci, llegan rápidamente a la ciudad «tras haber destruido en el transcurso del camino la Bolsa del Trabajo de La Spezia». También llegan otras escuadras de Alejandría, mandadas por el diputado fascista Torre. El partido fascista atribuye a la conquista de Génova una importancia excepcional: en el «Comité de acción» creado en esta ciudad, participan, además de Renato Ricci y el diputado Torre, Massimo Rocca, miembro de la dirección del partido, Edmondo Rossoni, secretario de la Confederación de los sindicatos fascistas y el diputado De Stefani, que será ministro de Hacienda en el primer gabinete de Mussolini. Un pequeño estado mayor que se instala *in situ* para dirigir las operaciones. Durante la huelga, se originan conflictos un poco por todas partes; la resistencia de los obreros prosigue hasta el día 4. La fuerza pública interviene al lado de los fascistas; autos blindados y ametralladoras entran en acción, las últimas barricadas son abandonadas. El personal de los trenes debe ceder y, la mañana del día 5, la mayor parte de ellos reemprenden el servicio. Pero los dirigentes fascistas desean alcanzar todos los objetivos que han previsto para la «marcha sobre Génova» para los cuales la han organizado. Hay que eliminar a las cooperativas y a los sindicatos socialistas del puerto. La gestión de todas las actividades económicas están confiadas a un organismo de derecho público. El Consorcio autónomo del puerto, donde están representados los diferentes intereses y presidido por el senador Ronco. Este Consorcio es el que regula y distribuye los trabajos, y sin él cualquier control fascista sobre el «sistema» será imposible. El 5 de agosto, la huelga ha terminado, pero:

«por la mañana, el Comité de Acción, que está reunido permanentemente en el Hotel Bristol, decide destruir un determinado número de organizaciones y dirigir un ataque al puerto».

El senador Ronco es invitado a ir al Hotel Bristol, en donde un miembro del Comité interrumpe toda discusión leyéndole el ultimátum siguiente:

1.° *La Comisión ejecutiva del Consorcio del Puerto de Génova, a partir de este momento rescinde todo contrato con las cooperativas actualmente existentes, les quita toda autorización para trabajar y restablece la libertad de trabajo en el propio puerto.*

2.° *Las cooperativas actuales no podrán obtener ninguna concesión.*

3.° *La misma Comisión ejecutiva declara reconocer implícitamente el principio de la pluralidad de cooperativas para cada rama de trabajo.*

4.° *En tres meses, a partir de hoy, deberá terminarse la revisión de las listas del Consorcio, en las que deberán inscribirse los miembros de las cooperativas constituidas durante este tiempo.*

5.° *La Comisión ejecutiva dispondrá inmediatamente de la fianza de las cooperativas depositada en el Consorcio, con el fin de indemnizar, al menos en parte, al comercio del perjuicio que ha sufrido.*

El Comité de Acción da al senador Ronco media hora para aceptar estas condiciones. Ronco, viejo liberal, responde que ha recibido su mandato del rey y abandona el Hotel Bristol. Pero, poco después, las escuadras fascistas penetran en el Palazzo San Giorgio, sede del Consorcio y fuerzan al senador Ronco a firmar la orden siguiente:

El Comité ejecutivo del Consorcio autónomo del puerto decide revocar la autorización dada a las cooperativas de trabajar en el puerto, de volver al libre llamamiento de los trabajadores inscritos en la lista del Consorcio, esperando que se puedan autorizar, según el reglamento, las cooperativas que se constituirán de nuevo, sin limitación de número para cada categoría de trabajos, y de revisar, en el plazo de tres meses, las listas del Consorcio con la facultad de nuevas inscripciones.

Al mismo tiempo, el Comité de Acción publica un llamamiento contra el senador Ronco, que, sin embargo, ha cedido bajo las amenazas de los revólveres fascistas:

¡Ciudadanos!. El Palazzo San Giorgio, antiguamente sede de austeros y sabios magistrados del mar, debe volver a la dignidad y a la imparcialidad de la ley.

El pequeño tirano del Palazzo San Giorgio, falso protector de los obreros y hábil especulador, debe dejar de dominar.

El presidente títere, tembloroso e incapaz de cualquier energía, debe saber mantenerse en su sitio o resignarse a la jubilación.

En nuestro puerto, según el espíritu y la letra de la ley, debe ser consagrado el principio de la libertad; y ningún monopolio de organización debe subordinar a un partido la dignidad del trabajo humano.

¡Genoveses! En cuanto, en vez de una única cooperativa con derecho de exclusividad, tengamos varias, las huelgas ya no serán necesarias ni tan frecuentes, y dejarán de desacreditar y arruinar a nuestro puerto.

¡Vivan las cooperativas libres y múltiples!

¡Viva la libertad!

El «presidente títere» se ha doblegado a todas las exigencias de los fascistas, que abandonan el Palazzo San Giorgio cantando *Giovinazza*. Su victoria es total.

Pero antes que los 5.000 fascistas concentrados en Génova vuelvan a sus casas, todavía se procede a pequeñas operaciones: Dos cooperativas, la sede del diario reformista «*Il Lavoro*», una imprenta socialista y otros círculos obreros son saqueados e incendiados. Un gran número de jefes sindicalistas debe abandonar la ciudad «en 24 horas». Los fascistas ocupan también la Bolsa del Trabajo y la ponen en manos de las autoridades militares, ya que, durante los días de la ocupación fascista de Génova, el gobierno ha delegado sus poderes en las autoridades militares de la ciudad.

Segundo objetivo: Ancona, que los fascistas de Umbría ocuparon ya por primera vez a mediados de julio. Esta vez la concentración fascista es más general: las escuadras llegan de Bolonia; de Perugia, de Foligno, de la Romaña, de Ferrara, de toda Umbría: más de 3.000 hombres. Las sedes de las organizaciones obreras son pasto de las llamas, una vez la fuerza pública ha desalojado a los defensores. La batalla se prosigue con rabia en las barriadas, y sobre todo en San Lazzaro, en donde los huelguistas atacan y cercan el cuartel de los carabinieri e intentan incluso ocupar el fuerte de Monte Acuto. A pesar del heroísmo de los obreros, la lucha es demasiado desigual y Ancona pasa también bajo control de los fascios.

La velocidad adquirida en la acción y las condiciones militares y políticas favorables permiten al fascismo dirigir un ataque a otras dos posiciones importantes: Milán y Parma. En Milán, la movilización fascista es dirigida por el capital Cesare Forni; jefe de las escuadras de Lomellina. El 3 de agosto, queda ocupado el Palazzo Marino, sede de la alcaldía. Desde su balcón,

D'Annunzio pronuncia un largo discurso sobre la pacificación de los espíritus y sobre la grandeza de Italia, sin hacer la menor alusión al fascismo. Prosigue de este modo su acción de «salvador». ⁷³ Pero su presencia entre los jefes de las bandas fascistas es un acto de adhesión, puesto que consagra la violencia perpetrada contra el ayuntamiento socialista. Sus palabras se pierden en el aire, sólo su gesto cuenta y se añade al éxito fascista. El secretario del partido, Michele Bianchi, lo felicita con un telegrama desde Roma! «...El P.N.F. os contesta el grito de “Viva el fascismo”».

⁷³ Sin duda D'Annunzio creyó que su discurso se inscribía en la «ofensiva de paz» en que soñaba desde hacía tanto tiempo y en cuya previsión había preservado la autonomía del movimiento legionario y recibido a los dirigentes de la C.G.L. en Cargnacco. En efecto, en su discurso dijo: «Parece que yo pronuncié aquí palabras de batalla y sin embargo sólo estoy diciendo palabras de fraternidad...» Invoca «el gran incendio de la bondad, no de la bondad inerte, de la indulgencia, de la debilidad, sino de la bondad viril, la que rompe las barreras de la verdadera frontera, la que se atreve a mirar cara a cara el destino más duro, la que triunfa ante todos los males». Los legionarios de Fiume ven en éste discurso el comienzo de la cruzada que D'Annunzio les ha prometido. Así es cómo el mismo D'Annunzio quiere que se interprete su gesto y sus palabras: «Italia se salvará gracias a mí porque a mi alrededor se reúnen todas las fuerzas que, divididas y dispersas, juegan hoy con la muerte y la ruina. Salvaré a Italia como premio a la obediencia de mis órdenes y de la fe en mi fe, de todos los italianos que hoy se odian y se matan entre sí. A mis campesinos, a mis obreros, a mis marinos, a mis ferroviarios, a todos los que se fatigan en el trabajo, les digo que lo que yo ordene será justicia... Me pongo como garantía de la justicia y de la protección al pueblo que trabaja, y digo: desgraciado quien te toque».

Sin duda, D'Annunzio improvisó su discurso; había venido a Milán para ver a sus editores. Se encontró metido en la aventura por algunos jefes fascistas que le sorprendieron en su hotel por la noche. Cesare Rossi reivindica para sí la iniciativa política de «captar la autoridad de D'Annunzio» y afirma que convenció a Mussolini, quien, en principio, se había irritado ante el retorno de la simpatía de los fascistas hacia él poeta-soldado. Los fascistas y especialmente los escuadristas no quedaron satisfechos y reprocharon al Comandante el que no hubiera hablado más que de Italia y no del fascismo, y que pretendiera colocarse por encima de los partidos. Pero los jefes fascistas se dieron perfecta cuenta de que la sola presencia de D'Annunzio en el balcón del Palazzo Marino, en jornadas de ofensiva contra el socialismo y el proletariado, tenía por sí misma una significación que ninguna interpretación puede discutir. La opinión pública ratificaba la quiebra de las veleidades dannunzianas. El auténtico comentario al discurso de D'Annunzio lo habían escrito los escuadristas al hacer fuego por tercera vez mientras buscaban el «Avanti».

Quizás inquieto ante las repercusiones imprevistas de su discurso, D'Annunzio envió el 8 de agosto (víspera del 4.º aniversario del vuelo sobre Viena) un telegrama en el que se llama a la prudencia al diputado fascista Finzi, su compañero en aquella empresa. «*Il Corriere della Sera*» añadía al publicar el texto: «En estos últimos días se ha hecho correr el rumor de que los fascistas tenían la intención de instaurar la dictadura, explotando la impresión producida tanto por los desagradables acontecimientos parlamentarios como por las abominaciones demagógicas de los promotores de huelgas generales. Se ha dicho incluso que el proyecto fascista contaba con el acuerdo tácito de D'Annunzio». Pero refiriéndose al llamamiento pacificador del Palazzo Marino, el periódico concluía: «Todos los que en estos días han tenido ocasión de hablar con D'Annunzio, y los fascistas los primeros, saben que su advertencia no puede interpretarse de otra manera» (9 de agosto). Gracias a Alberto Albertini se conocen hoy las circunstancias en que el telegrama fue enviado y el comentario publicado por «*Il Corriere*»: «En agosto de 1922, Aldo Finzi, lugarteniente de Mussolini, vino a advertirme de la proximidad de un golpe de Estado a través del cual, revólver en mano, se hubiera impuesto la disolución de la Cámara, el retraso por uno o dos años de las elecciones y la toma del poder por un directorio que presidiría D'Annunzio y que comprendía a Mussolini, hombres políticos y hombres de negocios. Como posibles ministros se me indicaron

Sin embargo, D'Annunzio en modo alguno ha gritado eso y está furioso por esa mentira y esa atribución. Responde en un telegrama: «Sólo hay un grito que hoy deban contestarse los italianos. *¡Vita Italia!* Este es mi grito. No he tenido y no podré tener otro». Pero «*Il Popolo d'Italia*», que ha publicado el telegrama de M. Bianchi a D'Annunzio, se guarda mucho de publicar la respuesta del poeta. De esta forma el escamoteo es perfecto: D'Annunzio sólo puede contestarse a sí mismo. A la mañana siguiente, 6 de agosto, las escuadras fascistas deciden destruir una vez más –es la tercera desde abril de 1919– la sede del diario socialista «*Avanti*». Después de haber pensado bombardear el edificio desde un avión,

«los fascistas se deciden a atacarlo por tres lados, con columnas formadas con importantes núcleos de escuadristas de Milán, Pavía y Cremona, bajo las órdenes de Farinacci, y con una columna de 40 camiones. Mientras se hacen algunos disparos al aire para atraer la atención de la fuerza pública, las escuadras escalan las rejjas y logran penetrar en los locales; se inicia una batalla con el personal utilizando granadas y fusiles... Los defensores del diario hacen pasar corriente eléctrica por los alambres de espino preparados con anterioridad; de este modo, Emilio Tonoli cae carbonizado y Cesare Melloni destrozado por una bomba. Finalmente, las llamas se elevan destruyendo por completo el depósito de papel y convirtieron en ruinas el edificio». Hay ocho heridos fascistas.

«En la calle Canónica –continúa contando Chiurco– otro fascista es herido por los subversivos y se inicia una batalla; el círculo comunista es saqueado. La fuerza pública entra en acción; la resistencia opuesta por este barrio subversivo es extraordinaria. Hay que recurrir a los autos blindados: lanzamiento de bombas, dos muertos y varios heridos graves».

Giovanni Agnelli, Alberto Pirelli e incluso –casi increíble– F. S. Nitti. Aldo Finzi estaba seguro de convencerme. Yo le decepcioné completamente; pero inmediatamente corrí a prevenir a mi hermano... En seguida salió para Milán y a la mañana siguiente Finzi le repetía lo que ya me había dicho a mí. Hablamos con el prefecto Lusignoli, quien igualmente estaba al tanto de la amenaza y parecía inquieto. En Gardone nos pusimos en relación con D'Annunzio, quien negó cualquier participación en un complot y cualquier simpatía por una dictadura. Incluso envió un telegrama a Finzi para disuadir a los fascistas de toda acción precipitada y nos autorizó a publicar que seguía siendo fiel a la legalidad» (A. Albertini, *Vita de Luigi Albertini*, Milán, Mondadori, 1945). Los Albertini han puesto demasiado empeño en explicar la legalidad de las intenciones de D'Annunzio. Este hablará claramente de dictadura, aunque provisional, en la conversación que tuvo en agosto con la comisión de antiguos combatientes que vino a visitarle a Gardone.

Durante la ocupación fascista, la policía ha realizado 600 detenciones, únicamente entre obreros y «subversivos». Mussolini, que se encuentra en Roma desde el 2 de agosto, ha pronunciado una conferencia sobre «la función imperial del fascismo». No disimula su satisfacción. Como algunos diarios han dicho que había desaprobado las violencias y los crímenes de los fascistas de Milán, dirige a estos últimos un mensaje oficial de solidaridad: «las acciones de represalia que habéis desencadenado tienen mi más incondicional aprobación. Los diarios de Roma que han hablado de una pretendida desobediencia a mis órdenes deben saber que, si me hubiera encontrado en Milán, habría trabajado en la preparación de represalias a una escala mucho mayor».

Vencedores en Milán, los fascistas no llegan a ganar Parma, que será, hasta la víspera de la marcha sobre Roma, como una espina molesta clavada en el cuerpo hipertrofiado del fascismo del valle del Po. Una vez más, Italo Balbo es quien toma la decisión de aprovechar las circunstancias para liquidar definitivamente este islote de resistencia antifascista. En Parma, el movimiento obrero se encuentra en una situación bastante particular. Antes de la guerra, Parma había sido la meca del «sindicalismo revolucionario». Su Bolsa de Trabajo había tenido como dirigentes a Michele Bianchi, Rossoni, Amilcare de Ambris y Filippo Corridoni, este último murió cómo voluntario durante la guerra, los otros tres se pasaron más tarde al fascismo. Los «sindicalistas», desgarrados entre tendencias opuestas, habían sido abandonados por los obreros, cuya mayoría se había afiliado a la Bolsa del Trabajo confederal, dirigida por socialistas. La instauración de la influencia socialista de la ciudad de Parma era muy reciente y los obreros conservaban un cierto espíritu de independencia, incluso de desconfianza frente a los partidos políticos. Por eso Parma fue la única ciudad en que hubo, pese a los vetos socialistas y comunistas, una organización de los *Arditi del Popolo* bastante seria y entrenada.

Al segundo día de la huelga general —a la que los dirigentes socialistas locales han decidido poner término—, las escuadras fascistas comienzan a llegar procedentes de la provincia y de Cremona.

«Una centuria de fascistas de Cremona —relata Chiurco—, con Farinacci, es acogida el tercer día de huelga con disparos de mosquetón y granadas en la barrera Garibaldi. Interviene la fuerza pública; los autos blindados entran en acción. La batalla dura varias horas. Millares de fascistas, llegados de todos lados, ocupan militarmente las estaciones. Las escaramuzas surgen por doquier, se lanzan bombas, las escuadras

subversivas hacen incursiones hasta el centro de la ciudad y emprenden el asedio del fascio». La misma tarde llega Balbo y con él nuevas escuadras que destruyen dos círculos de ferroviarios y la imprenta del diario *Il Piccolo*. Pero los jefes de los *Arditi del Popolo* han decidido resistir hasta el fin.

«Al alba —cuenta uno de ellos, Guido Picelli,⁷⁴ antiguo combatiente que no ha olvidado lo que la guerra le ha enseñado—, la población obrera baja a la calle con picos, palas y otros útiles para ayudar a los *Arditi del Popolo* a desempedrar las calles, las aceras, a levantar los raíles del tranvía, a cavar trincheras y a levantar barricadas con carros, bancos, postes y todo cuanto cae en sus manos. Hombres, mujeres, viejos, jóvenes de todos los partidos y sin partido están allí unidos por una sola voluntad de acero: combatir y resistir. En unas cuantas horas, los barrios populares de la ciudad adquieren el aspecto de un campo fortificado. La zona ocupada por los defensores es dividida en cuatro sectores... Cada escuadra estaba compuesta de ocho o diez hombres y armados con fusiles modelo 1891, mosquetones, revólveres de reglamento y bombas SIPE. Sólo la mitad de los hombres pudieron ser armados con fusiles o mosquetones. La entrada de las plazas, de las calles, de los callejones fue cerrada por construcciones defensivas. En algunos puntos, las defensas fueron reforzadas con varias líneas de alambre de espino. Los campanarios fueron transformados en observatorios. En toda la zona fortificada, los poderes pasaron a la comandancia de los *Arditi del Popolo*. Los comerciantes simpatizaban con los insurrectos y pusieron a su disposición material y víveres».

No se trata de seguir con detalle las vicisitudes de la lucha. Los jefes fascistas exigen del prefecto que el ejército sea utilizado para dismantelar las posiciones de los «subversivos». Las tropas ocupan el barrio de la Trinità, en donde son acogidas por los defensores de las barricadas al grito de «¡Vivan nuestros hermanos los soldados!»!, mientras que en los barrios de Oltretorrente los *Arditi* se niegan a ser desarmados. Los fascistas están furiosos con el resultado de su iniciativa, y deciden la reanudación de las hostilidades lanzando las proclamas siguientes:

⁷⁴ Guido Pizelli murió a comienzos de enero de 1937 defendiendo heroicamente el frente de Madrid.

«Las autoridades han sido burladas por los bolcheviques huelguistas. Se ha intentado dar al cese de la huelga el carácter de una alianza entre los soldados y los manifestantes, negadores de la Patria. Si los que están encomendados de la tutela del patriotismo, el ideal más sagrado que todavía poseemos, no saben defenderlo, nos levantamos por la defensa de la dignidad de la nación y del ejército ultrajado. ¡Fascistas, a las armas! Volvemos a la lucha en nombre de la Italia inmortal»

El ejército había sido ultrajado, según los fascistas, porque los obreros que defendían sus libertades, en vez de tirar contra él, habían festejado a los soldados y confraternizado con ellos. La nueva ofensiva emprendida por los fascistas, que esta vez tiene como objetivo los barrios de la «vieja Parma», los de Oltretorrente, fracasa ante la resistencia encarnizada y bien organizada de los *Arditi del Popolo* y de toda la población. Mussolini, que permanece durante todo el tiempo en Roma, y a quien Balbo consulta por teléfono, aconseja la «desmovilización», para «salvar las apariencias», los jefes fascistas obtienen que los poderes sean transmitidos a la autoridad militar, que procederá a la ocupación y a la limpieza de escombros de los barrios obreros.

Los trabajadores y el pueblo de Parma han podido resistir al ataque fascista, a pesar de la concentración de varios millares de escuadristas, porque la defensa de los barrios obreros de Parma ha sido organizada con métodos *militares*, utilizando la experiencia de la guerra; dirigida por un mando único donde estaban antiguos combatientes y preparada al margen de los partidos políticos. Todo el pueblo participó en ella con impulso torrencial, siguiendo las indicaciones de los *Arditi del Popolo*, con una voluntad tensa hasta el extremo y con la decisión de luchar. Aunque los fascistas hubieran logrado romper las primeras líneas, se habría luchado calle por calle, casa por casa «hasta el incendio y la destrucción total de las posiciones». Finalmente, no se puede olvidar otro elemento decisivo; en Parma, el ejército no se vio comprometido en el ataque contra los defensores-insurrectos quienes, espontáneamente, adoptaron hacia él una actitud hábil que exasperó a los jefes fascistas.

Si la resistencia obrera hizo fracasar la tentativa fascista (como también hizo fracasar el ataque contra los viejos barrios de Bari), en conjunto, los objetivos que los dirigentes de los fascios se proponían en previsión de la huelga general son alcanzados y ampliamente superados. En el «triángulo» Milán-Génova-Turín, del que tanto se ha hablado, Milán y Génova han caído. La huelga general ha dejado al movimiento socialista y a la clase obrera en

estado de coma. ¿Se podrá todavía reanimarlos y salvarlos? Los socialistas reformistas redactan, en su diario «*La Giustizia*», del 12 de agosto, un boletín de derrota:

«Es preciso tener el valor de confesarlo: la huelga general proclamada y ordenada por la Alianza del Trabajo ha sido nuestro Caporetto. Salimos de esta prueba ampliamente derrotados. Hemos jugado nuestra última carta y, en el juego, hemos perdido Milán y Génova, que parecían los puntos invulnerables de nuestra resistencia. En la capital lombarda, las llamas han devorado una vez más el diario del partido; la administración de la ciudad ha sido arrancada a sus representantes legítimos y amenazan con desterrar a nuestros mejores militantes; en Génova –la fortaleza de los Marineros y de los Trabajadores del Puerto– las sedes de las organizaciones han sido ocupadas por los fascistas; del diario socialista no quedan más que las cenizas. En todos los centros importantes, la ráfaga fascista se desencadena con idéntica fuerza destructora. Y también en otros sitios. Hay que tener el valor de reconocerlo: Los fascistas son actualmente los dueños del campo de batalla. Si quisieran podrían continuar asestando golpes formidables, seguros de obtener nuevas victorias».

Tras insistir sobre la ausencia de armamento proletario y la falta de toda organización y de toda relación en el transcurso de la huelga, continúa el artículo:

«Si nos encontramos en las dolorosas y desastrosas condiciones actuales es porque la aplicación de las diferentes soluciones que se habían considerado desde hace tiempo se intentaron demasiado tarde. Demasiado tarde la solución colaboracionista que, para ser eficaz, debía haberse adoptado después de las elecciones políticas de 1921; demasiado tarde la solución de la huelga general de protesta, porque se intentó cuando el enemigo había ya desmantelado una parte de nuestras fortalezas y había tenido tiempo de formar un ejército formidable»

Tras Caporetto, el ejército italiano se reorganiza fijándose sobre el Piave. ¿Encontrará el movimiento obrero y socialista, tras su Caporetto, su línea del Piave, para detener al enemigo y cerrarle el camino de la capital?

Capítulo X

LA MARCHA SOBRE ROMA

Tras la huelga «legalitaria», los partidos y los políticos piensan darse algunos meses de prórroga para adaptarse a la nueva situación y preparar sus juegos para la entrada parlamentaria del otoño, en donde finalmente todo va a decidirse. Si Giolitti ha intervenido, a final de julio, para salvar a Facta, es porque piensa tomar el poder después de las vacaciones y organizar, en la primavera siguiente, nuevas elecciones generales tras suprimir la proporcionalidad, con vistas a reducir fuertemente a socialistas y populares. De este modo será posible constituir un gobierno de coalición y los socialistas, o al menos algunos jefes de la C.G.L., no piden otra cosa que su participación en él. Este plan pretende, en suma, recomenzar la operación anteriormente intentada en mayo de 1921, y que esta vez puede tener éxito gracias a los progresos de la ofensiva fascista, a la nueva escisión socialista —desde ahora consumada— y a la vuelta al escrutinio mayoritario.

Por eso, cuando el segundo gabinete Facta se presenta ante la Cámara, el 9 de agosto, obtiene fácilmente una mayoría. Este gobierno, a pesar de haber marginado a fascistas y socialistas, es un verdadero traje de Arlequín: comprende amigos de Giolitti y de Nitti, populares y socialistas «nacionales», demócratas sinceros como Améndola y elementos de la extrema derecha como Riccio. Refleja el caos que debería dominar: no hay en él nada de un gobierno fuerte, porque las debilidades que se toleran y se superponen no forman una fuerza.

Los fascistas intervienen en la discusión sobre la declaración ministerial, pero, esta vez, Mussolini ha encargado a un diputado de tercera fila la exposición de su punto de vista. Dario Lupi plantea, en el discurso que le han preparado, la alternativa siguiente: «El Estado absorberá al fascismo, o el fascismo absorberá al Estado». ¿Quiere decir que el fascismo está dispuesto a insertarse en el Estado, a someterse a la legalidad tomando su parte de las responsabilidades del poder? Ésta era aún la tesis de Mussolini en abril, pero ahora las mismas fórmulas no tienen ya el mismo sentido. Lupi se encarga de explicarlo: el fascismo no desea en modo alguno igualdad de derechos en el marco de un Estado que, por su arbitraje, aseguraría esta igualdad a todos los partidos y a todos los ciudadanos. El fascismo rechaza la concepción de un Estado «encerrado en las absurdas fronteras de la neutralidad»: el partido se insertará en el Estado si el Estado se convierte en un Estado de partido. El Estado debe hacer una política fascista:

«Para resolver la crisis actual –declara Lupi–, hay que acabar de derrotar a los enemigos de la nación. Si el gabinete actual no sabe alcanzar este objetivo, el fascismo proseguirá con ardor y con fe la realización de la tarea nacional que le ha sido confiada por Dios y por el Destino».

Es fácil reconocer en esta conclusión el propio estilo de Mussolini. Mientras que hace dos años escupía sobre «todos los cristianos», ahora invoca a Dios –lo hace invocar por medio de un portavoz– en el preciso momento en que anuncia su intención de no detener la ofensiva antisocialista y antiobrera. Esta invocación a Dios –que acompaña la invocación al destino, porque naturalmente es preciso un «dios» para aquellos que no creen en Dios– es lanzada para desarmar al Vaticano, y pronto va a dar sus frutos.

Dios días después se abre en Milán el Consejo nacional del partido fascista, reunido para examinar la situación. El secretario general del partido, Michele Bianchi, declara que los últimos acontecimientos han mostrado en el fascismo «una fuerza superior a la que se imaginaba».

«Nuestra victoria –ironiza Grandi–, por la que nunca sabríamos expresar una gratitud suficientemente grande a nuestros enemigos, ha sido deslumbrante, absoluta, superior a todas las previsiones».

Todo el mundo está de acuerdo con Bianchi y Mussolini sobre este punto: el fascismo se debe convertir en el Estado, bien por las vías legales, bien, si es preciso, por la acción directa. La toma del poder es de ahora en adelante una necesidad. La impaciencia de Mussolini coincide ahora con las exigencias del movimiento fascista. Y es que la destrucción de las organizaciones socialistas ha colocado bajo el brazo del fascismo a nuevas decenas de millares de trabajadores, con las que no sabe bien qué hacer. En la medida misma de su triunfo, el fascismo ha heredado todos los problemas prácticos que eran la materia de la actividad de los sindicatos libres. Puede, gracias al terror, rechazar y aplazar una parte de estos problemas, pero existen otros que no puede eludir.

La ofensiva política ha empujado al fascismo hacia el sindicalismo, y a su vez el sindicalismo empuja al fascismo a la conquista del Estado. La preocupación de disponer de los recursos del Estado domina la discusión del Consejo nacional. Farinacci insiste sobre el peligro que correrán el invierno próximo los sindicatos fascistas debido al paro. Grandi plantea, en una entrevista en «*Il Giornale d'Italia*», el mismo problema en términos precisos:

«Al lado del fascismo se está constituyendo una fuerza pasiva, pero numéricamente impresionante. Entiendo por esto la masa organizada en nuestros sindicatos, que actualmente supera los 700.000 miembros. El próximo invierno puede reservarnos a todos, incluidos nosotros mismos, sorpresas cuyo alcance nadie puede calcular. Hoy nos encontramos ante una insurrección de las clases medias, ante una revolución política en acto. Sin embargo, hay que recordar que existe una crisis social en potencia que se está injertando sobre la primera. ¿Qué ocurrirá si la unión de los dos fenómenos se realiza de golpe, antes que hayamos logrado compartir las responsabilidades del Estado?»

Esta mezcla de preocupaciones reales, de amenazas y de chantaje obtiene su pleno efecto. El fascismo se presenta a la burguesía italiana como la única fuerza capaz de «absorber las fuerzas antiestatales en la órbita de las instituciones liberales», sin que sea necesario recurrir a la colaboración socialista y de pagarle cualquier rescate.

«Nuestra colaboración –asegura Grandi– tiene todas las ventajas y ninguno de los peligros de la colaboración socialista. Es preciso que el fascismo se convierta urgentemente en una fuerza de gobierno: para esto, hay que realizar elecciones generales en noviembre».

La alternativa entre legalidad o insurrección, que Mussolini y el fascismo plantean, no concierne más que a los medios, porque el objetivo es unívoco: llegar al poder. Mussolini ha logrado persuadir a Grandi y sus amigos –sobre todo a los diputados– que vale más aprovechar la vía «legal», y qué, siguiéndola, se tienen todas las posibilidades de llegar. Casi todos los partidos –desde los populares a los nacionalistas– desean la participación de los fascistas en el gobierno o se resignan a ella, aunque proponiéndose reducirla a la proporción conveniente. Pero Mussolini no aceptará ya en adelante –y sobre todo ahora que las escuadras fascistas no están lejos de Roma– un papel de simple segundo. Sobre todo hay un ministerio que desea y que considera como suyo, el de Asuntos Exteriores. Quiere consagrarse más allá de las fronteras. Siente pesar sobre Europa la hipoteca del Tratado de Versalles, las «utopías» de la Sociedad de Naciones. Inglaterra es el guardián más temible de este «sistema»: Italia debe ponerse contra ella y contra las potencias «conservadoras». Esta idea domina *el* pensamiento de *Mussolini*, convirtiéndose *en* una monomanía, en una obsesión. Se declara cada vez *más* revisionista y antibritánico.

En junio de 1922 hizo votar al grupo parlamentario fascista una moción hostil a la ratificación de los mandatos sobre Siria, el Líbano y Palestina. Trata de levantar a *Egipto* contra Inglaterra. A mediados de julio, muestra con orgullo en «*Il Popolo d'Italia*» una moción del Comité Nacional árabe que se felicita de la actitud adoptada en Italia por la prensa fascista y nacionalista en los problemas del Próximo Oriente.

«Como se demuestra —escribe a este respecto—, poseemos excelentes cartas para jugar en el Oriente mediterráneo», y sobre todo la del «nacionalismo árabe en pleno resurgimiento».

Algunos diplomáticos se obstinan todavía en una política anglofila, «por cuenta no se sabe de quién», pero «todo esto acabará pronto». En agosto, el Consejo nacional del partido fascista vota una moción en la que se propone «impedir por todos los medios la ratificación y la ejecución de las Convenciones italo-yugoslavas de Santa Margherita y de Roma». El 28 del mismo mes, Mussolini denuncia una vez más al ministro Schanzer, que ha «sacrificado a la Sociedad de Naciones la autonomía de la política extranjera de Italia». El seis de septiembre, reclama, en relación con los acontecimientos de Asia Menor, que la política exterior italiana «actúe sobre el terreno concreto de la realidad, abandonando definitivamente las ideologías huecas y se desembarace de una vez para siempre de su sujeción en relación con Inglaterra». Más tarde, el primero de octubre, cuatro semanas antes de la marcha sobre Roma, precisa el sentido de su hostilidad contra Inglaterra y contra la S.D.N.

«Desde el armisticio —escribe—, durante cuatro años, Inglaterra ha logrado imponer la mayor mixtificación política que pueda imaginarse sobre la espalda de Europa y del mundo. Desde Londres ha sido desde donde se ha proclamado la reconstrucción como el dogma de la posguerra... Nunca nos ha inspirado la menor confianza esta austera sociedad de tramposos que tiene todavía su sede en Ginebra, sin tener incluso una vaga noción del ridículo que la rodea. Por eso nunca hemos creído en el pacifismo inglés, en el reconstruccionismo inglés ni en todas esas famosas ideologías societarias que nos llegaban del mundo anglosajón...⁷⁵ *Hay que prepararse para la eventualidad de una*

⁷⁵ En la Rusia de los zares el populismo nacionalista de S. Prugavin profetizaba el fatal choque entre la Inglaterra burguesa y parlamentaria y el Santo Imperio ruso, encarnación de una autocracia sostenida por la voluntad de las masas de mujiks. «El historiador —añade a este respecto J. Tchernov en su libro de recuerdos De Nivni Novgorod a París— no puede por menos que constatar que en el curso de los períodos de reacción, las dictaduras, sea cual sea su origen, son fundamentalmente hostiles al régimen parlamentario inglés».

política prácticamente anti-inglesa. El interés de Italia no estriba en contribuir al mantenimiento del Imperio inglés: él interés de Italia está en colaborar para demolerlo».

Entre esta política exterior y la lucha de Mussolini por el poder hay una profunda relación de causa a efecto, a un tiempo ideológica y práctica. El odio contra el «wilsonismo», contra la reconstrucción europea, y el odio contra el socialismo y la democracia en el interior del país se implican mutuamente: uno está en función del otro, uno es la transposición del otro a escala diferente. El paso de uno a otro es evidente y fácil de advertir.

«El siglo de la democracia ha terminado –escribe Mussolini el 19 de agosto–. Las ideologías democráticas están liquidadas, comenzando por la ideología del «progreso». Un siglo «aristocrático», el nuestro, sucede al siglo último, democrático. El Estado de todos acabará por volver a ser el Estado de unos cuantos. Las nuevas generaciones impiden a la democracia que con su masa cadavérica les cierre las vías del futuro».

Poco después, el 17 de septiembre, Mussolini precisa una vez más:

«Lo que nos separa de la democracia no es el programa –puesto que todos los programas se asemejan– sino nuestra concepción del desarrollo futuro de la historia, del que se deriva nuestro pensamiento y nuestro método. Porque cada vez estamos más convencidos de que el mundo se desplaza hacia la derecha, incluso a través de la reacción más inverosímil... *la democracia tiene una concepción de la vida esencialmente política, el fascismo tiene una visión esencialmente guerrera*»⁷⁶

⁷⁶ Si pudiera hablarse de una doctrina mussoliniana estaría reducida a un capítulo único: la exaltación de la guerra. En el artículo sobre la doctrina fascista que el mismo Mussolini redactó para la *Enciclopedia Italiana* da la siguiente definición: «Ante todo, el fascismo, en lo que se refiere de una manera general al futuro y al desarrollo de la humanidad, no cree ni en la posibilidad ni en la utilidad de la paz perpetua. Rechaza el pacifismo, que esconde una huida ante la lucha y una debilidad ante el sacrificio. Sólo la guerra lleva a un máximo de tensión todas las energías humanas e imprime un carácter de nobleza a los pueblos que tienen la valentía de afrontarla... En consecuencia, una doctrina fundada en el postulado de la paz ya no tiene nada que ver con el fascismo, de la misma manera que no está de acuerdo con el espíritu del fascismo ninguna de las construcciones internacionales». Y en el discurso de 26 de mayo de 1934 en la Cámara, discurso que debe ser considerado como el punto de partida del fascismo italiano en África y el Mediterráneo, Mussolini proclama: «La guerra es al hombre lo que la maternidad es a la mujer. Yo no creo en la paz perpetua. Por el contrario, creo que deprime y niega las virtudes esenciales del hombre que sólo aparece con toda su potencia en el esfuerzo sangriento»

«...La masa no es más que rebaño, es la presa de un dinamismo abúlico, fragmentario e incoherente. No es más que materia. No tiene futuro. Hay pues que derribar los altares elevados por Demos a su Santidad la Masa. Ello no quiere decir que se deba menospreciar su bienestar. Al contrario, se puede recordar la afirmación de Nietzsche, que quería que se le diera a la masa todo el bienestar material posible para que ésta no turbe, con sus lamentaciones o sus tumultos, las más elevadas manifestaciones del espíritu».

En la democracia, el pueblo, al menos en principio, es el sujeto. En la concepción fascista, el pueblo es la masa, el objeto, la materia prima que hay que modelar, pero que debe seguir siendo materia. Y desde el momento en que el pueblo pierde toda existencia autónoma, toda autodeterminación, se convierte en alimento e instrumento de la «voluntad de poder». El fascismo es el campamento de la horda contra la ciudad, pero un campamento de nuevo género, donde reinará una disciplina de hierro, donde los trenes llegarán a la hora, donde nadie escapará a la movilización de los cuerpos y de los espíritus. Una horda que será un ejército, un ejército moderno y ante el cual la ciudad libre aparecerá como horda y confusión. La guerra moderna es una guerra de masas que moviliza todas las energías del país. La dictadura se convierte en una necesidad, ya que es preciso hacer marchar a las masas por la violencia, o aislando y exasperando instintos y reflejos que la vida social, la democracia y la ciudad habían atenuado, arrinconado y contenido. Por ello, la lucha por arrastrar a un pueblo a no experimentar más y a no conocer otra ley que la de la guerra exige la destrucción material de las instituciones, puntos de apoyo de una evolución lenta, difícil y que se consolida con ellas. Privar al pueblo de sus municipios, de sus sindicatos, de sus cooperativas, en una palabra, de sus libertades reales, significa hacer que se deslicen por una pendiente hacia atrás en la que se ha arrancado todo lo que podía detener su caída. Para conservar la mayor libertad de movimiento, el fascismo debe suprimir todas las libertades, sustituir los cuadros creadores de costumbres por cuadros que garanticen una pasividad total. Mussolini ha comprendido perfectamente que para imponer a Italia una «mentalidad guerrera», es necesario destruir la democracia y, ante todo, su único y más serio apoyo: el movimiento obrero y socialista. Socialistas y populares, los dos grandes partidos de masas y que reflejan las aspiraciones de esas masas, son sinceramente pacíficos. En ninguna parte recibió Wilson durante su viaje por Europa un homenaje más espontáneo y desinteresado que en Italia.

Para hacer de este pueblo un pueblo «guerrero» hacía falta «exterminar» la democracia y el socialismo. Le era preciso, al fascismo, no sólo el poder, sino *todo el poder*.

El movimiento fascista adquiere cada vez más, en el transcurso de su formación impetuosa, un carácter militar, que es como la prefiguración de las formas de organización y de vida que sus jefes impondrán seguidamente a la nación italiana. Para que la nación sea un cuartel, es preciso que el fascismo comience por ser un cuartel. A los que esperan un debilitamiento, una crisis del fascismo debido a su reclusamiento masivo, Mussolini responde el 26 de agosto:

«El río del fascismo continúa elevando el nivel de sus aguas, que han desbordado ya varias presas y que pronto desbordarán por doquier. Nuestros enemigos fingen alegrarse de este crecimiento imponente y rápido de nuestras fuerzas, que esperan ver dispersarse y perecer con la misma rapidez».

Pero, el partido fascista no es un partido como los demás. No se discute, no se pueden formar «tendencias», las escisiones no son de temer.

«El fascismo es algo completamente distinto. Sus adeptos son, ante todo, soldados. El carnet del partido equivale a una cartilla militar. Las jerarquías político-militares están ahora firmemente constituidas. La disciplina militar implica la disciplina política. Se trata de gente que quiere luchar y no discutir. Teniendo en cuenta este tipo de organización, los peligros del proselitismo quedan fuertemente atenuados».

Un año antes Mussolini abordaba la crisis interior del fascismo apostando por el elemento «político» contra los elementos «militares»: ahora se alegra de que la organización fascista sea «militar» en sus cuadros, en su funcionamiento y en su espíritu, como conviene a un ejército de ocupación. Tanto más cuanto que esta fuerza tiene a su favor no sólo la carencia, la miopía y las ilusiones de sus adversarios, sino también el apoyo concreto y positivo de una coalición de intereses: en el centro, el feudalismo agrario, y, con lazos más o menos directos, las castas más reaccionarias del país: alta banca —y sobre todo los banqueros usureros—, la gran industria —y sobre todo la industria de guerra—, determinados cuadros del ejército y el Vaticano.

Entre agosto y el comienzo de octubre el movimiento fascista se dedica por completo a explotar las consecuencias directas de la victoria conseguida con ocasión de la huelga general. En Génova, el senador Ronco, presidente del Consorcio del puerto, acaba por dimitir, y el gobierno aprueba la obra del «Comité de acción» fascista. El 15 de agosto es disuelto el ayuntamiento de Cremona; un mes antes, el primer gabinete de Facta había sido derrocado por no haber preservado a la ciudad de las violencias fascistas; ahora, el segundo gabinete Facta bendice esas violencias mediante el decreto de disolución. Dos semanas más tarde es el ayuntamiento de Milán a quien le toca la vez; también en este caso el Estado no hace más que «legalizar» la ocupación del Palazzo Marino. A finales de agosto le toca la vez a la ciudad de Treviso, que los fascistas ya habían atacado en 1921. A principios de septiembre, los fascistas se apoderan de dos posiciones estratégicas que deben servirles para la marcha sobre Roma: Terni, en Umbría, y Civitavecchia, a sólo algunas decenas de kilómetros de la capital. Desde julio las grandes Acerías de Terni están cerradas porque faltan los pedidos del Estado. Los sindicatos «rojos» han obtenido la garantía de que las fábricas se abrirán de nuevo el 1.º de septiembre. Pero los dirigentes de las Acerías de Terni están de acuerdo con los fascistas. El 1.º de septiembre, pese al compromiso establecido, las sirenas permanecen silenciosas. Los fascistas, llegados de todas las ciudades de Umbría y de Las Marcas, ocupan y aterrorizan la ciudad. El Comité fascista de acción manda fijar el anuncio siguiente:

«Mentirosos como de costumbre, los socialistas os habían prometido para hoy la reapertura de las Acerías. No ha habido reapertura. Incapaces de confesar su cobardía, los socialistas no os habían prometido lo que por el contrario ha ocurrido: su fuga».

El diputado socialista Nobili, que permaneció en la ciudad, fue «castigado» a golpes de *manganello*: Las dos Bolsas de Trabajo, la confederal y la sindicalista, fueron incendiadas. Igualmente fueron destruidos los «círculos» socialistas y comunistas de los alrededores. Una vez terminada de este modo la operación, la dirección de las Acerías decide la vuelta al trabajo; de aquí en adelante sólo tratará con los «sindicatos» fascistas.⁷⁷ En Civitavecchia –cuyo ayuntamiento

⁷⁷ Un episodio análogo en ciertos aspectos se produjo un mes después en Livorno. Los astilleros Orlando habían recibido una demanda del Estado de ocho contratorpederos, pero exigían con diferentes pretextos un precio sensiblemente superior al que había sido establecido. Ante la negativa por parte del gobierno de aceptar este nuevo precio que ascendía a varias decenas de millones y después de una tentativa de compromiso que fracasó por la intransigencia de los armadores, estos últimos cerraron los astilleros. En aquel momento intervinieron los fascios: el marqués Dino Perrone Compagni hizo público un ultimátum en el que se invitaba «a la firma Orlando y al gobierno a abrir de nuevo, antes del 12 de octubre, los astilleros, o de lo contrario

los socialistas habían copado en las elecciones de 1920— el movimiento fascista local es insignificante. En 1921, los fascistas de Roma intentaron en diversas ocasiones penetrar en la ciudad sin conseguirlo. El 4 de agosto de 1922, todavía durante la huelga general, los fascistas de la Maremma, «tras acuerdo previo con los fascistas de la ciudad, han entrado en Civitavecchia. Pero la acción, aunque bien concebida y dirigida, fracasó». Chiurco no da otra clase de detalles y acusa al subprefecto de la ciudad de haber ocasionado el fracaso por su «hostilidad» contra los fascistas: lo que equivale a decir que este funcionario no había ayudado con todos los medios, como ocurría de costumbre a los escuadristas. Estos, alrededor de unos 400, ocuparon la estación al llegar tras haber organizado un tiroteo antes de bajar del tren, para intimidar y alejar a los ferroviarios. La fuerza pública, que debía proteger la ciudad, permaneció pasiva, ya que el coronel jefe de la Escuela militar local se colocó a la cabeza de los fascistas forzando con ellos los cordones de la policía. Difundida la alarma, los trabajadores del puerto y de los barrios populares acudieron al centro de la ciudad dispuestos al choque con los fascistas. Algunos carabineros intentaron desarmarlos, pero debieron renunciar a ello ante la decidida actitud de las masas. Se trabó batalla. Los invasores, que por una vez no se sentían respaldados por la fuerza pública, se replegaron desconcertados por el ataque, y comenzaron a escabullirse por las calles adyacentes, a pesar de las exhortaciones de sus jefes, quienes los insultaban al tiempo que trataban de empujarlos hacia adelante a culatazos. Finalmente, las escuadras se retiraron bajo la protección de la tropa y abandonaron la ciudad dejando un muerto y seis heridos. Se imponía el desquite: a comienzos de septiembre, la concentración es más importante y los fascistas, acuden de la Maremma toscana, de Roma e incluso de Pisa. Otras escuadras llegan de la campiña romana, de Orvieto y de toda Umbría. A pesar de la resistencia obrera, el día 4 los fascistas entran en la ciudad: el ayuntamiento socialista dimite y las organizaciones del puerto aceptan las condiciones propuestas por los vencedores.

Los fascistas continúan sumergiendo los escasos islotes que quedan de resistencia obrera imponiéndoles su voluntad. Por ejemplo, el 7 de septiembre, tras la detención de ocho fascistas en Massa,

los fascistas los ocuparán». El gobierno cede, y el mismo día ordena la reapertura de los astilleros. Los Orlando, que habían inspirado el ultimátum fascista, ejecutan la orden con júbilo. Al ordenarles reemprender el trabajo el gobierno acepta por sí mismo sus exigencias. Y los fascistas que han beneficiado con esta lluvia de oro a sus amigos armadores aparecen como salvadores a los ojos de los obreros de Livorno. El «sindicalismo» fascista se apunta un buen tanto en esta ciudad.

«los fascistas de la zona –cuenta Chiurco– se concentran en la ciudad. La acción la dirigen Renato Ricci y Edmondo Rossoni, de la dirección del partido. Más de 6.000 camisas negras desfilan por las calles de la ciudad perfectamente militarizados. El ultimátum planteado a las autoridades en relación con la liberación de los fascistas expira por la tarde. La movilización fascista se extiende por toda la Lunigiana, y la mañana del 8 se celebra una demostración: una columna interminable, encabezada por la caballería, desfila en la ciudad. Mientras tanto, los magistrados se apresuran a interrogar a otros testigos, de manera que a las tres de la tarde los fascistas detenidos son puestos en libertad».

Aún en septiembre los fascistas la emprenden con Molinella, importante centro rural próximo a Bolonia y cuya población obrera, bajo la dirección del alcalde Giuseppe Massarenti, es completamente socialista. Aquí, la autoridad pública ha adoptado medidas importantes para impedir que los fascistas de fuera puedan acercarse a la comarca. El fascio local y los agrarios están furiosos y exigen que este «escándalo» cese. Mussolini los apoya protestando en «*Il Popolo d'Italia*» contra esta «estúpida comedia».

«La situación –explica Chiurco– continúa siendo la misma durante algunos días. El directorio del fascio protesta contra las excesivas medidas policíacas que indudablemente restringen la libertad de los ciudadanos honrados. Los agrarios proclaman el «*lock-out*» contra la mano de obra socialista; los industriales y los comerciantes se les asocian. Los fascistas ocupan la comarca».

Un mes más tarde, ocupan la alcaldía. Éstos no son más que unos cuantos episodios entre miles semejantes que se renuevan diariamente –sobre todo el domingo– por todo el país. ¿Cuáles son, mientras tanto, las reacciones y las vicisitudes de los diferentes partidos?

En el movimiento obrero ha comenzado la desbandada. Antes de que finalice el mes de agosto, el Sindicato nacional de Ferroviarios y la *Unión sindical italiana* –anarco-sindicalista– se separan de la *Alianza del Trabajo*: los «extremistas», que habían forzado la mano del Comité de acción en la proclamación de la huelga, son los primeros en abandonar el barco en peligro. La *Federación del Libro*, que está muy «a la derecha», declara pocos días después que «cada vez se reservará decidir su participación en las huelgas políticas»; es decir, que ya no reconoce el pacto de alianza entre la C.G.L. –a la que está adherida– y el partido socialista. El 6 de octubre, la propia C.G.L.

rompe este pacto y proclama su autonomía. El pacto había subordinado la acción sindical a la fatuidad e incapacidad del partido político, y había sido una de las causas de la derrota obrera, pero, en ese momento, la decisión de la C.G.L. no podía significar otra cosa que una retirada precipitada ante el enemigo cuyas intimidaciones se acatan con la ilusión de que gritando: *Sálvese quien pueda* se podrán limitar las derrotas y evitar la ruina total.⁷⁸

La lucha de tendencias en el seno del partido socialista se prosiguió entre agosto y octubre. El 28 de agosto, la fracción de derechas, llamada «concentracinista» —último homenaje al fantasma de la unidad del partido—, redacta un llamamiento en el cual toma neta posición por la legalidad y la colaboración gubernamental. La ruptura, virtual desde hace varios meses, finaliza en una nueva escisión en el Congreso socialista nacional que tiene lugar en Roma a principios de octubre. Desde finales de 1920, el partido socialista ha perdido a lo largo del camino una buena parte de sus efectivos, reducidos a 73.000 miembros, de los cuales 61.000 están representados en el Congreso. Su dirección maximalista propone la expulsión de los «concentracinistas», basándose en varios cargos de acusación, siendo el primero y más importante el siguiente: *Maniobras tendentes a participar en la solución de la crisis ministerial, prometiendo un apoyo eventual a la política gubernamental*. En la votación, los maximalistas ganan por una débil mayoría: 32.106 votos contra 29.119; ambas tendencias están equilibradas, como en Livorno. Lo

⁷⁸ La resolución aprobada por el comité directivo de la C.G.L. declara que «teniendo en cuenta la escisión del antiguo partido socialista, el pacto de alianza que se concluyó con el debe considerarse como caducado». Decide «que en adelante la C.G.L. conserve su libertad con respecto a cualquier partido político». La decisión de la C.G.L. había estado precedida el 11 de septiembre por una iniciativa de los socialistas «autónomos» de Génova que acababan de ser admitidos de nuevo en el partido por una decisión del consejo nacional tomada en junio de 1922. A través del sindicato de las organizaciones portuarias que controlaban, proponen no sólo denunciar el pacto con el P.S.I. sino convocar «inmediatamente después» una «Constituyente del Trabajo» en que todas las organizaciones obreras italianas, «sin distinciones de color» debían fundirse en un organismo sindical unitario, «gracias a la proclamación de un nuevo estatuto, la renovación y correspondiente ampliación de los órganos directivos». La dirección (maximalista) del partido había protestado inmediatamente el 15 de septiembre; confirmaba «su decisión de constituir un frente único del proletariado revolucionario». El 4 de octubre decidía la constitución de un «comité de enlace» con el partido comunista que había sido efectivamente creado diez días antes. De esta forma se agravó el desacuerdo entre los dirigentes maximalistas y los dirigentes de la C.G.L. Algunos de estos dirigentes, como Gino Baldesi, pensaban que la ruptura del pacto de alianza con el partido socialista había de conducir a la formación de un «Partido del Trabajo» al que Turati, Treves y Matteotti se oponían decididamente. La segunda quincena de agosto Mussolini siguió muy atentamente las vicisitudes de la *Alianza del Trabajo* y su disolución. La secesión del sindicato de los ferroviarios actúa en él como un revulsivo para sus viejos proyectos de colaboración con la C.G.L. En «*Il Popolo d'Italia*» del 20 de agosto escribe: «Existe una situación nueva... el fascismo debe modificar, y lo hará inmediatamente, su actitud frente a un organismo confederal que claramente y sin ningún posible retroceso ha cortado los puentes con los diversos partidos socialistas... Esperamos este acontecimiento desde hace tres años. Si la C.G.L. hubiera sido inteligente, el curso de su historia y quizás el de la nuestra hubieran podido ser diferentes».

dramático de esta escisión es que aparece, más claro que nunca, como «una escisión para nada». La nueva mayoría del partido no será ahora, por el hecho de haberse separado de los «reformistas», menos endeble e incapaz. El discurso que su líder, Serrati, pronuncia en el Congreso, revela una incompreensión increíble de la situación:

«Proclamáis –arguye contra los reformistas– que hay un medio de intervenir en la solución de la crisis burguesa, ganando pequeñas ventajas, como hicimos en 1912. Buscáis la alianza con la democracia, afirmáis que el socialismo también es democrático. Pero él socialismo es la democracia proletaria, es decir, la democracia verdadera, mientras que la otra es la democracia burguesa, es decir, la falsificación de la verdadera democracia... Todos los que deseen trabajar por la revolución, que vengan con nosotros; todos los que quieran impedir la revolución, que se vayan con la burguesía».

En realidad, Serrati continúa su polémica de antes de la guerra con los reformistas, y todos los acontecimientos de 1919-1922 han pasado por su mente sin cambiarlo en nada. El problema que los socialistas de derecha habían planteado –su mérito indiscutible es el haberlo planteado, su falta el no haberlo planteado antes y con más valor– no era el de «buscar pequeñas ventajas», sino de salvar con la democracia «burguesa», con la democracia sin más, las propias condiciones de existencia y de desarrollo del movimiento obrero y socialista. A principios de octubre de 1922 –e incluso mucho antes– no se trataba ya de impedir o no impedir «la revolución», sino de impedir o de no impedir la victoria del fascismo y su acceso al poder. Las cabezas huecas del maximalismo italiano aún no se habían dado cuenta de esto cuatro semanas antes de la marcha sobre Roma.

Del lado de los «reformistas», que ahora han recobrado su libertad, la situación no es menos dramática. ¿Qué hacer con esta libertad que ahora poseen? La ruptura de enero de 1921 con los comunistas y la de octubre de 1922 con los maximalistas constituyen, a un tiempo, la ruptura con una parte demasiado importante de las masas, de suerte que la nueva política, aun en él caso de que fuera todavía posible, no tendría ya a su disposición, tanto en el Parlamento como en el país, sino fuerzas reducidas. El artículo de «*La Giustizia*», órgano reformista, citado al final del capítulo precedente, tras haber subrayado que la solución colaboracionista y la de la huelga general habían sido adoptadas tanto una como otra «demasiado tarde», llega a la conclusión siguiente:

«La causa de éste retraso reside en el conflicto profundo de método que todavía aflige al partido socialista. El Congreso de Roma debe rasgar el programa de Bolonia de 1919 para volver al programa de Génova de 1892».

¿Realmente, esta «vuelta al principio» hubiera permitido hacer frente a la situación, tal como se planteaba en octubre de 1922? ¿No peligraría también de ser insuficiente y de llegar «demasiado tarde»? No es que, incluso después de agosto de 1922, la victoria del fascismo fuese absolutamente inevitable. Sin duda, la huelga general tuvo consecuencias casi irreparables. Sin embargo, el fascismo sigue siendo todavía, y a pesar de todo, un ejército de ocupación. Las adhesiones llueven, forman un alud, pero no constituyen una masa compacta, no son —están muy lejos de serlo— la nación. Lo que no es posible, de aquí en adelante, es una lucha victoriosa conducida bajo la bandera del *antifascismo*. Hubiera hecho falta oponer al fascismo no el simple antifascismo, sino la propia nación. Los reformistas, también trabados por la rutina, paralizados por el deseo de no alejarse demasiado de las masas y de salvaguardar al menos la unidad sindical, no pueden ir hasta allí. Vagamente, tienen conciencia de que haría falta buscar una solución en esa dirección, pero tienen casi vergüenza de ello; balbucean las nuevas fórmulas que suenan falsas hasta a sus propios oídos, y tratan de hacerlas llegar mediante un rodeo literario, a la luz humeante e indecisa de la *sacra lampá*. Para ellos la «nación» es también un «medio», un medio afortunado, surgido y asido en el último momento, para escaparse de un adversario que les persigue pisándoles los talones. Entre esta «nación» y la «clase» obrera, el hiato no ha sido cubierto, porque la clase obrera no logra comprender, tras tantos años de propaganda realizada bajo la consigna de «rojo contra tricolor», cuál puede ser su sitio en esta «nación», y por qué debería adoptarse nuevas posiciones. Por otra parte, los fascistas no quieren dejarse arrancar el monopolio del «patriotismo». A la derecha gritan *¡Trampa!*, a la izquierda, *¡Traición!* Para romper este círculo, hubiera sido preciso que la clase obrera, unida, se hubiera planteado el problema de crear un gobierno, no solamente para liquidar al fascismo, sino también para construir una Italia nueva. Por lo demás, la liquidación del fascismo tenía este precio. La clase obrera no podía defender sus derechos si no era cumpliendo hasta el final sus deberes en relación consigo misma y en relación con la colectividad de la que debería convertirse en conciencia iluminada, en la realizadora.

Deber, responsabilidad, iniciativa: tal era el precio de la libertad. El fascismo no podía ser barrido, durante el segundo semestre de 1922, más que con esa condición.

Entre agosto y el principio de octubre, el movimiento fascista acelera su ritmo con una serie de congresos políticos y sindicales, de movilización y de *adunate* [asambleas]. Congresos provinciales o regionales de los fascios tienen lugar en Pescara (para los Abruzos), en Rímini (para las Romañas), en Pola (para Istria), en Porto Maurizio, en Tolentino (para la provincia de Macerata), en Avelino, en Ferrara, en Módena, en Iglesias (para Cerdeña), en Foggia, Messina, Como, Parma, Vicenza, Siena, Pesaro (para las Marcas)... También se celebran congresos de los sindicatos fascistas en Padua, Arezzo, Turín, Génova (para las organizaciones de los marinos), en Livorno, en Rávena, en Andria (para Apulia).

El partido organiza, además, grandes *adunate* regionales, en donde se concentran decenas de millares de camisas negras: el 20 de septiembre en Udine, en Novara, en Piacenza, el 24 en Cremona, y el 29 en Ancona.

Todas estas demostraciones sirven para entrenar a las milicias y para presionar al gobierno. Al mismo tiempo, los fascistas se proponen objetivos más precisos sobre el doble plano territorial y político. Aún hay dos regiones libres del control fascista: el Sur —excepto Apulia— y la zona que los italianos llaman Alto Adigio y los austríacos Sud-Tirol. La cuestión de la penetración fascista en el Sur se plantea en el Consejo nacional de Milán (14 de agosto), que decide convocar una reunión especial para fijar «todo un plan de acción político-económico-militar» destinada a esta parte de Italia. Mussolini concede una entrevista al *Mattino* de Nápoles en la que hace un elogio de los trabajadores del Sur, «menos afectados por el virus subversivo» y del propio Sur «que es la gran reserva demográfica de la nación, reserva de brazos, reserva inagotable de soldados», y anuncia que el próximo Congreso nacional del P.N.F. se celebrará el 24 de octubre en Nápoles. La Conferencia de los delegados del Sur prevista por el Consejo nacional se celebra en Roma, los días 6 y 7 de septiembre. Se trata, para el fascismo, de neutralizar en esta parte de Italia a fuerzas políticas bastante importantes, que suministran un elevado número de elegidos a los grupos de la «democracia», desde Nitti a Amendola.

Estas fuerzas están profundamente arraigadas gracias a las clientelas locales, y en ciertas regiones, como en Cerdeña, manifiestan tendencias a la autonomía arrastrando. al movimiento de los ex combatientes y a determinados elementos de la pequeña burguesía hacia nuevos partidos («partido sardo de acción»), lejos del fascismo.

En las tierras *redente* del valle del Adigio, los «alógenos» alemanes constituyen la gran mayoría de la población: el «Alto Adigio» ha enviado a la Cámara en las elecciones de marzo de 1921 a cuatro diputados, todos alemanes; y allí en donde el elemento italiano prevalece, como en Trento, todas las administraciones están en manos de los «populares». No se puede llegar a Roma manteniendo en la frontera esta zona de disidencia. Ya el 1.º de septiembre, el secretario general del P.N.F., Michele Bianchi, transmitió al presidente del Consejo, Facta, un informe exigiendo una política enérgica de «italianización» de la región. A principios de octubre, las escuadras de Venecia y de otras provincias de Italia del Norte, dirigidas por los diputados De Stefani, Giunta y Farinacci, ocupan Trento y Bolzano, forzando a los comisarios gubernamentales, Credaro y Salata, a dimitir y alejarse: todas las reivindicaciones fascistas son inmediatamente aceptadas en Roma. Los jefes fascistas ordenan la desmovilización y devuelven el palacio de la diputación provincial de Trento—que habían ocupado— a la autoridad militar, «obteniendo que la transmisión de poderes entre las escuadras fascistas y las fuerzas del ejército regular se acompañe de un ceremonial propio de relevo de la guardia y de honores a los banderines».

Desde el punto de vista más estrictamente político, Mussolini apunta a otros objetivos. Necesita, sea cual fuere la táctica que las circunstancias le impongan, neutralizar lo más posible —o ganar— a la monarquía y al ejército. Las relaciones establecidas entre la monarquía y el fascismo dependen, en gran medida, de las relaciones del fascismo con el ejército, puesto que éste continúa siendo fundamentalmente leal a la Casa de Saboya.⁷⁹

⁷⁹ Aunque Mussolini había tratado de tranquilizar a la monarquía después del consejo nacional de los fascios, celebrado en mayo de 1920, la tendencia republicana correspondía mejor a sus planes ya que su naturaleza anticonservadora parecía prestarse más fácilmente a la aventura del poder. Recordándolo de vez en cuando, Mussolini lo utiliza como una advertencia para la monarquía e incluso como un medio de chantaje cuya eficacia se reveló en octubre de 1922. No quiere dejarse desalojar de esta equívoca y en consecuencia cómoda posición, que le permite también impedir que los nacionalistas destaquen en los fascios. En el momento en que, de acuerdo con Giolitti, deja fracasar a D'Annunzio y la empresa de Fiume, declara que «el equívoco entre nacionalismo y fascismo que se ve aparecer en ciertos centros debe cesar», porque los nacionalistas son, «por principio, defensores de la monarquía e incluso de la dinastía, mientras que nosotros colocamos a la nación por encima de la monarquía y de la dinastía» (*Il Popolo d'Italia*, 13 de noviembre de 1920). En el congreso regional fascista celebrado en Venecia en febrero de 1921, Mussolini pronuncia un

Mussolini desprecia bastante al rey como para adoptar frente a él un único método: el chantaje.

«*Il Giornale d'Italia*» había publicado la carta de un grupo de oficiales que manifestaban su simpatía por el fascismo, pero que al mismo tiempo se preocupaban por su «tendencia republicana», y afirmaban su voluntad de defender la Corona «con fuego graneado», incluso contra los fascistas. Mussolini responde en «*Il Popolo d'Italia*» el 23 de agosto:

«Actualmente nadie implica a la Corona en nuestras polémicas, a pesar de que no faltarían razones de peso para hacerlo. Hemos dejado de insistir sobre la famosa “tendencia” republicana, y por otra parte el fascismo, en muchas ciudades como Lucca, Reggio Emilia y Trieste, ha rendido oficialmente homenaje al soberano. También hemos olvidado la triple amnistía para los desertores. Después de lo cual, tenemos el honor de declarar que el fascismo practica la sabia ley del “*do ut des*”. *La Corona no está en juego, con tal de que la Corona no quiera entrar en el juego. ¿Está claro?*»

Aproximadamente un mes más tarde, en su discurso de Udine, Mussolini va mucho más lejos sin renunciar al chantaje, sino para resaltarlo más:

«Pienso que en Italia se puede renovar profundamente el régimen dejando de lado la institución de la monarquía. Por su parte, la monarquía, en el fondo, no tiene ningún interés en oponerse a lo que de aquí en adelante podemos llamar la Revolución fascista. No es de su incumbencia, porque si lo hiciera, se convertiría inmediatamente en una diana, y no podríamos apartarla ya que sería para nosotros una cuestión de vida o muerte. Quien puede simpatizar con nosotros no debe permanecer en la sombra: es necesario que el rey tenga el valor de ser monárquico. ¿Por qué somos republicanos? En cierto sentido, porque vemos un rey que no es suficientemente monárquico. La monarquía podría en cambio representar la continuidad de la nación: tarea bien hermosa y de una gran importancia histórica».

discurso que es casi de agrupación: «Monarquía y república sólo son palabras... En Italia no se plantea en absoluto la cuestión del régimen. En Italia las instituciones no han impedido nunca el desarrollo de las libertades públicas ni el ascenso del proletariado». Después de las elecciones de mayo de 1921, Mussolini combate para que los fascistas no asistan a la sesión real, ya que quiere neutralizar la corriente nacionalista y favorecer un eventual acuerdo con los socialistas en el plano gubernamental. Análogas razones políticas le condujeron a proponer al fascio de Milán la votación de una resolución «agnóstica» con ocasión de la visita del rey a esta ciudad («*Il Popolo d'Italia*», 11 y 16 de abril de 1922).

La acción de los escuadristas y de los sindicatos fascistas ha logrado la adhesión de la totalidad de los agrarios, hasta tal punto y en tales condiciones, que sería más exacto decir que es la totalidad del fascismo la que se ha adherido a los agrarios. Queda por acabar de ganar la gran burguesía, de la que sólo algunos grupos, aunque es cierto que muy importantes, han entrado *directamente* en el conflicto. Para lograrlo, Mussolini amplifica la acción que anteriormente ya había dirigido por la «desmovilización» del Estado, y compromete al partido en una campaña metódica para el «saneamiento de las finanzas nacionales». Se comprende hasta qué punto eran seductoras para los capitalistas italianos perspectivas como las que les habría Mussolini en su discurso del 20 de septiembre en Udine:

«Queremos despojar al Estado de todos sus atributos económicos. Basta de Estado ferroviario, basta de Estado cartero, de; Estado asegurador. Basta de Estado trabajando a expensas de todos los contribuyentes y agotando las finanzas de Italia. Le queda la policía, la educación de las nuevas generaciones, el ejército que debe, garantizar la inviolabilidad de la Patria, y le queda la política exterior. Que no se diga que el Estado se empequeñece recortado de esta forma. No, sigue siendo muy grande, ya que le queda todo el vasto campo del espíritu, mientras renuncia a todo el campo de la materia».

A través de la imprecisión y la escasa coherencia de sus fórmulas, Mussolini distribuye a cada cual la esperanza que mejor le conviene: los capitalistas ven todos los servicios públicos devueltos a la industria privada, el tendero se siente descargado de impuestos y liberado de la tutela y de los enredos del Estado, y el pequeño burgués «idealista» se alegra de entregarles «el campo de la materia», puesto que piensa que él será alguien –ujier o ministro– en «el campo de la inteligencia»: Por lo demás, el P.N.F. no se limita a estos grandes principios; también ha preparado un largo informe, redactado por Corgini y Massimo Rocca, para la serie de mítines sobre «el saneamiento financiero» que se desarrollan en las principales ciudades de Italia a partir del primero de septiembre hasta la víspera de la marcha sobre Roma. En este informe y en estos mítines se reclama: la reforma de la burocracia, la cesión a la industria privada de las empresas industriales del Estado; la abolición de los órganos estatales inútiles; la supresión de los subsidios y de los favores a los funcionarios, a las cooperativas y a los almacenes municipales, «privilegiados en relación con el comercio privado»; la simplificación del sistema de impuestos, la reducción de las tasas sobre las sucesiones, sobre los negocios, y en algunos casos sobre el lujo, porque llegan «a destruir la familia y la

propiedad»; la eliminación del déficit presupuestario, no aumentando los impuestos sino ampliando el marco de los contribuyentes; el aumento de los impuestos sobre el consumo antes que los impuestos directos sobre la riqueza.

La situación financiera y económica de Italia presentaba, a lo largo de 1922, signos indudables de mejora, como consecuencia de las medidas adoptadas por los diferentes gobiernos, sobre todo a partir de 1921. El déficit de la balanza comercial se venía reduciendo, los depósitos de las Cajas de Ahorro continuaban aumentando, la circulación de billetes volvía gradualmente a proporciones normales. A este respecto se exponen a continuación las cifras del 31 de diciembre de cada año, en millares de liras:

	Déficit de la balanza comercial	Depósitos de las Cajas de Ahorro y postales	Circulación monetaria
1919	12.694	10.643	18.551
1920	10.557	13.213	22.000
1921	15.048	15.576	21.475
1922	8.647	17.250	20.275

Si se quiere uno atener al presupuesto del Estado, resulta que entre 1919 y 1922 Italia había realizado un esfuerzo de recuperación en el que el fascismo no participó en modo alguno. El Estado italiano había incluido en su presupuesto ordinario las deudas de guerra, en lugar de incluirlas en un presupuesto especial y, por consiguiente, hacía frente a ellas con sus propios recursos. Los déficits de los años 1919-1922 no se referían a la gestión normal del Estado, sino a la liquidación masiva de los gastos de guerra, que habían absorbido las plusvalías presupuestarias y que naturalmente se hizo sentir sobre todo en este período.

Sobre la base de los datos elaborados por el profesor F. A. Repaci, en su magistral estudio sobre los presupuestos italianos de 1913 a 1932, a continuación exponemos una reconstitución de la evolución real de las finanzas italianas en los primeros años de la posguerra (en millares de liras):

Ejercicio presupuestario (*)	Ingresos	Aumento anual de ingresos	Gastos	Déficit total	Gastos de guerra liquidados	Porcentaje de los gastos de guerra
1918-19	7.512	—	30.857	23.345	25.683	83,23
1919-20	10.210	2.698	21.704	11.494	12.424	57,24
1920-21	13.184	2.974	34.139	20,955	22.339	65,43
1921-22	15.444	2.260	32.612	17.168	18.264	56,—
1922-23	15.912	468	19.172	3.260	4.867	25,—

(*) El año presupuestario comienza el 1.º de julio

Estas cifras exigen algunas conclusiones: entre el 1.º de julio de 1918 y el 30 de junio de 1922 –cuatro meses antes de la marcha sobre Roma–, el Estado ha recibido sumas que se elevan a un total de 64.350 millones de liras: ha gastado durante el mismo período, en dispendios de guerra, 78.710 millones, es decir, una suma más elevada que su déficit total, que fue de 72.962 millones de liras. A partir del ejercicio 1922-1923, cuyos cuatro primeros meses son anteriores a la marcha sobre Roma, el déficit presupuestario se reduce en 13.908 millones de liras en relación con el ejercicio anterior. Con ello queda claro que los gobiernos que se sucedieron en Italia después del armisticio habían ya realizado una mejora considerable de la situación financiera,; sin recurrir a préstamos extranjeros y liquidando en cuatro años alrededor de 79.000 millones de gastos de guerra.

La campaña que Mussolini y el partido emprenden en septiembre apunta, pues, a otros objetivos y, más precisamente, su finalidad es tranquilizar y ganarse a los medios económicos italianos, al mostrarles que el fascismo ha abandonado completamente su programa «demagógico» de 1919-1920, y que está decidido a prolongar en el campo financiero esta misma ofensiva contra los trabajadores que ya había desarrollado en el campo político, y sindical. «*Il Corriere della Sera*», el gran órgano «liberal» de Milán, se congratula del programa fascista de Corgini-Rocca, al que considera como un triunfo, como un desquite de la más pura concepción manchesteriana... Por ello, el 6 de septiembre:

«Este diario se muestra feliz del hecho de que un partido, no importa cuál sea su nombre, *vuelva a las antiguas tradiciones liberales* al beber en las fuentes inmaculadas de la vida de un Estado moderno, y desea que este partido no degenera y que trabaje en realizar seriamente el programa liberal, sin contaminarlo con contactos impuros».

El director del diario, el senador Albertini, ha aplaudido la ocupación del Palazzo Marino por los fascistas y se ha pronunciado un mes antes, con ocasión de la presentación del nuevo gobierno Facta ante el Senado, contra la colaboración socialista, «habida cuenta del peligro que representaría en la situación financiera presente del Estado». Cada vez que «*Il Corriere della Sera*» habla de las expediciones punitivas, da la versión fascista, como si los camiones de los camisas negras salieran para inocentes paseos, y perturbados por la inevitable «emboscada comunista».⁸⁰

⁸⁰ La debilidad y la complicidad de la prensa ante el terrorismo fascista aclaran suficientemente el fondo antiobrero y antisocialista del «liberalismo» italiano. Uno de los principales colaboradores

El secuestro de los parlamentarios por los fascistas, frecuente en los primeros tiempos –Miglioli en Cremona, Fradeletto en Venecia, Benedetti en Pescia–, es comentada en sus columnas sin una palabra de reproche. El deslizamiento a la derecha del partido que aún se denomina «liberal» aparece claramente en el Congreso que se celebra en Bolonia del 8 al 10 de octubre. En este congreso participan sobre todo rabiosos conservadores (Sarrochi, Belotti), el senador Albertini y algunos nacionalistas. Una proposición de denominar el partido «liberal-demócrata» es rechazada por 45.426 votos contra 21.091. El Congreso se muestra netamente hostil a la colaboración con los socialistas e «*Il Giornale d'Italia*» comenta de este modo esos resultados:

«El Congreso liberal de Bolonia se enorgullece de las puras tradiciones del partido y ha decidido orientarse netamente hacia la derecha... Al suprimir el adjetivo *democrático*, ha querido evidentemente significar que la superposición de la tendencia democrática en el liberalismo debe por fin cesar».

Uno de los jefes fascistas, Dino Grandi, que sin embargo reprocha al Congreso no haber aclarado suficientemente la cuestión de las relaciones del liberalismo y del fascismo, observa:

«El verdadero presidente del Congreso liberal ha sido una vez más Mussolini. La derecha del Congreso ha vencido en la cuestión del nombre que hay que dar al partido: la palabra “democracia”, al ser como es actualmente la bestia negra del fascismo, se ha pensado que ésta sustracción nominal agradaría a los fascistas».

de «*Il Corriere della Sera*», el economista Luigi Einaudi, opone a las «proletarias» en cuyas casas, dice, la natalidad disminuye, «las mujeres burguesas que paren niños fuertes y que manejan con destreza el bastón» (alusión al manganello fascista). Para juzgar más equitativamente este artículo es preciso señalar que no se trata en absoluto de una exaltación de la violencia fascista. Einaudi reacciona contra las resoluciones presentadas en el congreso socialista de Roma en el que reina todavía el mito del «proletariado». Este mito corresponde a «una imagen puramente ficticia de un hombre desnudo, pobre de propiedad y rico en hijos que lucha contra otra clase compuesta de hombres ricos en capital y cuyos hijos son viciosos y débiles. Qué crédito, qué confianza, qué audiencia merecen los que no ven que Italia es un país muy diferente de lo que se lee en la doctrina marxista y que entre los «proletarios se cuenten por millones los que poseen libretas de la Caja de Ahorros, terrenos, casas, animales, y que entre ellos las prácticas maltusianas y la débil natalidad hacen progresos deplorables, mientras que las mujeres de la burguesía... etc.». El senador Albertini sufrirá más tarde la misma suerte que el senador Bergamini: el régimen fascista le quitará la propiedad y la dirección de su periódico. La revista del profesor Einaudi, «*La Riforma sociale*» será también suprimida.

¿Cómo entrañarse en estas condiciones de que la tentativa de reconstituir un gran partido democrático, esbozada de nuevo desde el mes de agosto, se vea abocada al fracaso? Ya anteriormente la «coalición democrática», creada en otoño de 1921, se disolvió a principios de junio de 1922. Se empieza de nuevo, pero no ha desaparecido ninguna de las dificultades que la hicieron fracasar: más bien se han agravado. La rivalidad entre Nitti y Giolitti sigue siendo la misma, y el miedo al fascismo o el deseo de pactar con él ha ganado a la mayor parte de los políticos «centristas». Los representantes de los grupos «democráticos» han proyectado una gran campaña de mítines para presentar al país la nueva formación política, destinada a desempeñar un papel de mediación y de equilibrio entre los extremos de izquierda y de derecha. Cocco-Ortu, Bonomi, De Nicola, Orlando y también Giolitti y Nitti deben tomar en ellos la palabra. Pero el proyecto de unificación fracasa de nuevo, incluso bajo la forma de una federación entre los diferentes grupos. Cocco-Ortu, que debía pronunciar el primer discurso de la serie en Nápoles, en donde al mismo tiempo debería reunirse una conferencia de los delegados del Sur, renuncia porque «muy pocos diputados demócratas han aceptado adherirse a la iniciativa». Poco más tarde, en septiembre, Giolitti declara a través de su prensa su hostilidad a la coalición prevista, que de este modo se ve definitivamente enterrada. Los principales jefes de los partidos «centristas» están todos de vacaciones o prefieren callarse para no comprometerse y para reservarse el futuro. El senador Albertini lo revela sin miramientos en su discurso:

«El valor no es la cualidad dominante de nuestros hombres de gobierno. Observad: no hablan casi nunca y se comprometen lo menos posible. El miércoles último, 9 de agosto, se preveía una gran sesión en la Cámara. Pues bien, no acudieron ni Giolitti, ni Nitti, ni Salandra, ni Orlando, ni Bonomi. Fascistas y socialistas —he asistido desde lo alto de nuestra tribuna a ese triste espectáculo— luchaban entre sí solos en medio de la indiferencia de la mayoría».

Mussolini y sus amigos, a partir de agosto someten a la opinión pública italiana y al gobierno a un régimen de ducha escocesa de amenazas y mentís tranquilizadores. A comienzos de agosto, en el mismo transcurso de la movilización fascista, «*Avanti*» explica el «plan» fascista de la marcha sobre Roma:

«El plan militar fascista –escribe el periódico socialista–, concebido con habilidad por los generales y oficiales que dirigen las escuadras de acción, se desarrolla con precisión y método... En este momento se está produciendo una interrupción. Pero se trata sólo de un respiro de algunos días, tal vez de algunas horas. El ejército fascista se prepara para su última tarea: conquistar la capital, y ciertamente no por el simple deseo de quemar las Casas del Pueblo y algunas sedes de organizaciones socialistas. Finalizadas las operaciones en Emilia y en la Italia del Norte, las fuerzas fascistas, tal vez mejor armadas que las tropas regulares, pertrechadas con mosquetones suministrados por la administración militar, bien equipadas y dirigidas por oficiales profesionales, se están concentrando en Ancona, en el sur de Umbría y en los alrededores de Civitavecchia. Y los jefes fascistas repiten a cada momento y por todas partes que ahora le ha llegado el turno a Roma».

«*Il Popolo d'Italia*» declara que se trata de un plan «rocambolésco» y atribuye su publicación al «canguelo» de los socialistas. La oficina, de prensa del P.N.F. comienza una serie de mentís, que durará hasta la marcha sobre Roma: «Los rumores que circulan en relación con que los fascistas apuntan a Roma para intentar un golpe de Estado carecen de todo fundamento». Algunos días más tarde, el 11 de agosto, en una entrevista al diario «*Il Mattino*» de Nápoles, Mussolini declara:

«La marcha sobre Roma está en acto. No se trata, entendámonos, de la marcha de trescientos mil camisas negras formidablemente encuadrados en el fascismo. Esta marcha es *estratégicamente* posible a través de tres vías de invasión: el camino del litoral adriático, el del litoral tirreno y el valle del Tíber, que desde ahora están totalmente en nuestro poder. Pero no es todavía *políticamente* inevitable y fatal: Recordad la alternativa que planteé en mi discurso en la Cámara. Sigue en pie, y los meses próximos le darán una respuesta. Es totalmente cierto que el fascismo desea convertirse en “Estado”, pero no es del mismo modo cierto que, para alcanzar ese objetivo, sea indispensable un golpe de Estado. No obstante, hay que considerar esta opción como una de las eventualidades de mañana. Por otra parte, os lo repito, la marcha sobre Roma es una realidad, tanto desde un punto de vista histórico como desde un punto de vista insurreccional; puesto que se está formando en el momento actual una nueva clase política a quien se confiará próximamente la difícil tarea de gobernar –repito gobernar– la nación».

Los «rumores» de una marcha fascista sobre Roma circulan con insistencia creciente. Todo el mundo habla de ello; únicamente los medios gubernamentales siguen siendo escépticos. El barón Beyens, embajador de Bélgica cerca del Vaticano, cuenta en sus memorias:

«Viajaba en septiembre con un industrial italiano, el barón Blanc, ferviente partidario del fascismo, a quien ofrecí un lugar en mi compartimento reservado... Me anunció un acontecimiento próximo, un golpe de Estado, que Mussolini daría algunas semanas más tarde. Se movilizarían a las bandas de camisas negras, provistos de fusiles y ametralladoras. Se reunirían en congreso en Nápoles, de dónde marcharían sobre Roma».

Hacia finales del mismo septiembre, Mussolini pronuncia en Cremona un discurso al que no se puede reprochar de ambiguo, pero sin que su claridad amenazadora llegue a sacudir la inercia del Estado:

«Lo que hemos hecho hasta ahora no es nada en relación con lo que queda por hacer. Hay una Italia sana y fuerte que se prepara para dar un escobazo significativo a toda la espuma infecta de la sociedad italiana. Que nuestros adversarios no se hagan ilusiones. Queremos hacer a nuestra organización cada vez más disciplinada, militarizada, equipada para todas las eventualidades para que si se hiciera necesario un golpe definitivo, todos, hasta el último –¡Y cuidado con los desertores y los traidores!–, todos, y hasta el último, cumplan con su deber. En resumen, queremos que Italia se haga fascista, porque estamos hartos de verla en su interior gobernada por hombres que oscilan continuamente entre la negligencia y la cobardía, y, sobre todo, estamos hartos de verla considerada en el extranjero como una cantidad despreciable»

«...Nuestros emblemas han partido de Vittorio Veneto. Desde las orillas del Po hemos comenzado una marcha que no podrá detenerse sin antes haber alcanzado el objetivo supremo: Roma. Y no existen obstáculos ni hombres ni cosas que puedan detenernos.»

Mussolini siente que los instantes decisivos se aproximan, por lo que redobla su atención y actividad. La disgregación de los partidos políticos, la complicidad de los odios y de los intereses reaccionarios son tales que puede permitirse anunciar los proyectos más extremos sin provocar reacciones apreciables. La tarde del 4 de octubre, habla en Milán ante los escuadristas del grupo «Sciesa» y precisa de este modo sus intenciones:

«Quien nos haga bien, tendrá bien; quien nos haga mal tendrá mal. Nuestros enemigos no podrán quejarse si, en tanto que enemigos, son tratados duramente... En este momento hay dos gobiernos, lo que quiere decir que uno de ellos sobra. El gobierno liberal y el gobierno fascista. El Estado de ayer y el Estado de mañana... El Estado fascista es infinitamente mejor que el Estado liberal, y, por consiguiente, el Estado fascista es digno de recibir la herencia del Estado liberal... Los ciudadanos se preguntan: ¿cuál de los dos Estados acabará por dictar su ley a los italianos? No tenemos ninguna duda al contestar: "El Estado fascista". ¿Cuáles son los medios para lograr dar un gobierno a la nación? Helos aquí: si en Roma no se han vuelto todos unos reblandecidos, deben convocar la Cámara a principios de noviembre, votar una nueva ley electoral, y convocar elecciones dentro de diciembre».

Toda nueva crisis parlamentaria será inútil. Si el gobierno no acepta el camino que Mussolini ha indicado, el fascismo se verá obligado a emprender el otro camino:

«Podéis ver que nuestro juego está bien claro. Por otra parte, cuando se trata de dar el asalto al Estado, no puede uno detenerse en la pequeña conjura, más o menos secreta hasta el último momento. Tenemos que dar órdenes a centenares de miles de personas y sería una presunción y una esperanza de las más absurdas pretender guardar el secreto. Jugamos con las cartas descubiertas en tanto que haya que tenerlas descubiertas».

Seguidamente Mussolini pasa a resumir la política interior y la política exterior:

«No daremos libertad aunque nos la pidan envolviéndola en el Viejo papel desteñido de los principios inmortales. Lo que nos separa de la democracia no son las frivolidades electorales. ¿Qué quiere votar la gente? ¡Votemos todos hasta el aburrimiento, hasta la imbecilidad! Nadie quiere suprimir el sufragio universal. Pero haremos una política de severidad y de reacción. Dividimos a los italianos en tres categorías: los *indiferentes*, que permanecen en su casa a la espera; los *simpatizantes*, que podrán circular, y, finalmente, los *enemigos*, que no circularán».

En cuanto a política exterior, Mussolini resume una vez más su programa, siempre invariable:

«Lanzando a los italianos como una fuerza única hacia las tareas mundiales; haciendo del Mediterráneo un lago italiano, aliándonos con aquellos que viven en el Mediterráneo y alejando a aquellos que son sus parásitos; realizando esta obra difícil, paciente, de líneas ciclópeas, inauguraremos verdaderamente un período grandioso de la historia italiana».

Algunos días más tarde, el 6 y el 7 de octubre, el consejo de ministros se reúne para examinar la situación. Corre el rumor de que va a llamar a filas a dos quintas y de que se dispone a iniciar una enérgica acción represiva; Facta y el ministro del Interior, Taddei, han mantenido largas entrevistas con el general Díaz, llamado por telegrama a Roma, con el general Badoglio y con el ministro de la Guerra, Soleri. El general Badoglio se muestra seguro de que los fascistas no podrán llegar a Roma: «Tras cinco minutos de fuego, todo el fascismo se hundirá». Mussolini se inquieta y escribe a este respecto en *«Il Popolo d'Italia»*:

«No creemos que las cobardes intenciones del general Badoglio puedan realizarse. El ejército nacional no atacará al ejército de camisas negras, por la simple razón de que los fascistas nunca atacarán al ejército nacional, por el cual sienten el mayor respeto y una admiración infinita... A pesar de todo, pensamos que el general Badoglio rechazará la inútil tentativa de convertirse en el verdugo del fascismo italiano».

Los jefes fascistas temen además una inmediata crisis política, de la que con insistencia habla la prensa; el secretario del partido, Michele Bianchi, y Dino Grandi se entrevistan con Facta, que los tranquiliza. *«Il Corriere della Sera»* explica que los fascistas no desean la dimisión actual de Facta, porque «no pueden esperar un ministerio más cómodo que el que él preside». El gabinete Facta permanece en el poder y las Cámaras serán convocadas a principios de noviembre. Entonces podrá desatarse la crisis. De este modo los fascistas ganan tres semanas que les permitirán burlar todas las maniobras de sus adversarios.

El gabinete Facta es más optimista que nunca. Para contrarrestar la marcha fascista, Facta y sus amigos tienen un último recurso: tres días antes de la reapertura de la Cámara, el 4 de noviembre, Gabriele D'Annunzio pronunciará en Roma un gran discurso en el que lanzará, desde lo alto del Capitolio, un llamamiento para la pacificación del país. Estará rodeado de millares de mutilados que se reunirán en la capital para celebrar el gran acontecimiento. Orlando ha ido a ver al poeta a Gardone y, a su regreso a Roma el 31 de octubre, declara:

«El amor de D'Annunzio por nuestra Italia alcanza un grado de exaltación y al mismo tiempo de perfección tal, que cuando se escuchan sus palabras es como si uno se remontase a las mismas fuentes de nuestra vida nacional». Por consiguiente, los fascistas corren el riesgo de encontrar sobre su propio camino, en la propia Roma, a D'Annunzio y, con él, a «los héroes y a los mártires de la guerra».

En resumen, D'Annunzio realizaría, de esta forma, una especie de «marcha sobre Roma» preventiva, destinada a hacer imposible la de Mussolini.⁸¹

⁸¹ Facta se las ingenia para convertir a D'Annunzio en el pivote de su sistema defensivo. Obra de acuerdo con los jefes de la Asociación de mutilados de guerra, todos opuestos al fascismo. Rossini, subsecretario para las pensiones militares, sirve de intermediario. El plan de Facta consistía en movilizar a todos los mutilados de Italia y conducirlos a Roma. El 4 de noviembre Mussolini se hubiera encontrado frente a él a los héroes y mártires de la guerra en nombre de los cuales se atrevía a hablar. En medio de ellos, como los dioses lares, D'Annunzio, Facta y sus colegas de gobierno. D'Annunzio aceptó. Todos aceptaron. El poeta preparó incluso su discurso y se lo leyó a sus amigos íntimos. (E. Lessu, *Marcia su Roma e d'intorni*, París, 1931.) La aceptación de D'Annunzio es un hecho cierto testificado por sus fieles. Otras pruebas del mismo hecho existen en la carta de Facta al poeta, del 21 de octubre y en la contestación de D'Annunzio por telegrama. Los dos textos fueron publicados por «*Il Popolo d'Italia*» el 28 de octubre de 1938.

Según la pintoresca recensión de Roberto Marvasi el paso al lado de D'Annunzio fue decidido el 3 de agosto, cuando la huelga de la *Alianza del Trabajo* estaba moribunda, en el curso de una reunión en Milán entre un cierto número de republicanos, sindicalistas, combatientes y antiguos legionarios de Fiume, entre los que se encontraban A. De Ambris, L. Campolongo, M. Gibelli. La comisión que se nombró a éste respecto marchó el 6 de agosto a Gardone y fue recibida por D'Annunzio. Le encontraron indignado contra el telegrama que Bianchi le había enviado después del discurso del Palazzo Marino. De Ambris expuso la situación de Italia e invitó a D'Annunzio a ponerse a la cabeza de un movimiento popular que debía cortar el camino al fascismo y que, mediante la sustitución del parlamentarismo impotente, hubiera salvado al país. D'Annunzio se declaró dispuesto, pero al margen de todo partido. «También he sido solicitado por los conservadores y he rehusado. No quiero comprometerme con otros movimientos. Los combatientes solos pueden resolver la situación. Me propongo convocarlos en una gran asamblea en la que les hablaré y les invitaré a seguirme. Entonces, con mis antiguos soldados, me haré cargo del poder. Tres meses después, mediante un plebiscito amplio y libre, haré un llamamiento al país y le pediré que elija un Parlamento, expresión directa de la voluntad del pueblo por encima del grupo fascista y de los partidos.» Uno de los delegados planteó la cuestión del rey y la monarquía. D'Annunzio respondió textualmente: «La persona del rey no me interesa. Es inútil reemplazarle por el duque de Aosta. Tanto uno como otro son imbéciles». ¿Y la

En el transcurso del primer semestre de 1922, D'Annunzio era considerado por muchos como el posible antagonista de Mussolini y el posible «justiciero» del fascismo. Ni siquiera su presencia en Milán entre los ocupantes del Palazzo Marino ha desilusionado a aquellos que ponían en él sus últimas esperanzas. Una comisión de ex combatientes, «legionarios» de Fiume, con Alceste Ambrisi, Luigi Campolonghi, y antiguos compañeros de guerra del «Comandante», acuden a Gardone tras la huelga general, el 6 de agosto, y le piden que intervenga para salvar al país de una dictadura fascista. D'Annunzio responde que tiene intención de convocar en Roma, una gran *adunata* de ex combatientes de todos los partidos, para restablecer el orden y mantener el régimen parlamentario, puesto que se organizarían elecciones regulares y libres después de tres meses de dictadura. En su fuero interno, el dictador es evidentemente él mismo. Exhorta a sus visitantes a ponerse inmediatamente a trabajar para concentrar en Roma el mayor número posible de ex combatientes, y les da la divisa: «*Sine strage vici, strepitu sine ullo*» («He vencido sin derramar sangre y sin ruido»). La Comisión se reúne inmediatamente después en Milán; el coronel Amleto Pavone, que más tarde será general y fascista, propone dividir a Italia en diez zonas y enviar emisarios a cada una de ellas con la misión de reclutar a aquellos que estén dispuestos a «marchar» y eventualmente a batirse por el triunfo del «plan» del «Comandante». Por otra parte, éste se esfuerza en establecer estrechas relaciones con algunas organizaciones obreras. Poco después de la reunión del Comité central del Sindicato nacional de Ferroviarios (19 de agosto), en donde se decidió la retirada de la adhesión dada a la *Alianza del Trabajo* y el envío de un telegrama a D'Annunzio deseando su restablecimiento, uno de los dirigentes del mismo Sindicato declara:

monarquía? «¿No ha estado usted nunca en Mesina? Allí hay fachadas intactas que dan la impresión de que todo el edificio está en pie, pero una vez que se ha traspasado el umbral uno se da cuenta de que la casa no existe. Lo mismo ocurre con la monarquía en Italia. ¿Vale la pena abatir una simple fachada? Es mejor dejar al pueblo italiano la plena iniciativa.» Los visitantes aceptaron este proyecto y decidieron participar en gran número en la asamblea proyectada por D'Annunzio para darle un carácter democrático. Adoptaron por divisa la frase sugerida por el poeta en el momento de la despedida: *Sine strage vici, strepitu sine ullo* (R. Marvasi, *Quartetto*, Sallon, 1938). Marvasi ha conseguido estos detalles a través del mismo De Ambrisi, cuyo relato coincide con el que me ha hecho Luigi Campolonghi.

En opinión de E. Lussu, la noticia del «complot» debió llegar a Mussolini durante la reunión de Nápoles y precipitó su decisión de forzar los acontecimientos. La cosa es posible. Pero Mussolini ya había sido informado del plan D'Annunzio-Facta aunque no fuese más que porque no se preparaban con ningún misterio. Sea lo que fuere, es cierto que la «marcha» fascista también tenía por objetivo adelantarse a la de D'Annunzio. Pero al lado del «peligro D'Annunzio» había el «peligro Giolitti», que contribuyó tanto o quizá más a impacientar a Mussolini.

«Unos representantes de los ferroviarios han tenido con D'Annunzio, pocos días antes de su accidente, una larga conversación. Estamos convencidos de que la mayoría de los ferroviarios nos respaldan. Pronto tendremos con D'Annunzio un bloque formidable de organizaciones obreras. Por el momento, sólo están los hombres del mar y los ferroviarios. Pero otras importantes y potentes federaciones están dispuestas a seguir nuestro ejemplo».

Un diario de Roma anuncia que «entre los carteros, se manifiesta desde hace algún tiempo una tendencia dannunziana, y no es imposible que la federación de Correos adopte una decisión semejante a la de los ferroviarios». La Federación de los legionarios de Fiume también despliega una cierta actividad para la preparación de una «constituyente sindical» que debería reconstituir, en torno a D'Annunzio y su programa, la *unidad obrera*.

Al mismo tiempo, D'Annunzio trata de asegurarse el concurso de algunos hombres políticos, entre ellos Nitti, que, en ocasión de Fiume, había sido su bestia negra. De todos modos prefiere Nitti a Giolitti, porque no puede perdonar a este último haberlo expulsado de Fiume. Además, Nitti representa, para el poeta, al «experto» en materia económica y financiera, un experto que, a pesar de su gran cultura, no está falto de imaginación. Un emisario de D'Annunzio acude a Agnano, en donde Nitti se encuentra realizando una cura de aguas, y le expone el proyecto del soldado-poeta en favor de «la gran reconciliación de todos los ex combatientes». Nitti acepta un encuentro con D'Annunzio, pero pone algunas condiciones. Él no irá a Gardone, porque en el pasado D'Annunzio le ha insultado muy gravemente; por otra parte, sabe que D'Annunzio no se humillará jamás a ir a verle a su casa. El encuentro se realizará por consiguiente en una localidad a mitad de camino entre Roma y Gardone. También subraya Nitti que toda pacificación es imposible si Mussolini no participa en la reunión. Y, finalmente, exige garantías para su seguridad personal, porque para llegar al lugar de la cita, en Toscana, hay que atravesar regiones en las que hacen estragos las escuadras fascistas para las que Nitti continúa siendo «presa apta».

Se toman todas las disposiciones en este sentido: Mussolini acepta encontrarse con D'Annunzio y Nitti. Este último realizará el viaje en dos automóviles en los que también irán el diputado fascista Aldo Finzi, su amigo Schiff-Giorgini, y un tal denominado Brambilla, propietario de la villa en donde los tres líderes deben reunirse. Todo está preparado cuando una llamada de teléfono anuncia: «D'Annunzio está agonizando». Efectivamente, el «Comandante» se ha caído por la ventana de su villa «museo-convento-gargonnière» como

consecuencia de una querrela entre dos de sus amigas, de sus «hermanas», como le agrada llamarlas. Esta grave caída lo inmoviliza durante algunas semanas y lo deja debilitado, aunque no renuncie a sus proyectos. El 12 de septiembre, día del aniversario de la marcha sobre Ronchi, lanza un llamamiento en el que lamenta no tener a todos los legionarios en torno a él y desea que en su espíritu «luz y libertad no formen sino un todo», y, a la frase ya conocida: «*Sine strage vici*», añade una fórmula de esperanza: *Inesperata florent*.

«*Il Popolo d'Italia*» publica este mensaje en la cuarta página, sin ningún comentario. Mussolini desea más que nunca conseguir el poder; la idea de una «marcha sobre Roma» está en el aire. Está marcha es el fin natural de las «ofensivas» fascistas que, cada vez más amplias, parten de territorios ya conquistados para anexionarse otros nuevos. Todo el valle del Po, toda la Italia central –Toscana, Umbría y la Campiña romana– están «ocupados» por los camisas negras. En octubre, sólo quedan algunas ciudades «libres»: Turín, Parma, y, además, el Sur, más o menos neutro. La velocidad adquirida por las expediciones y las *adunate* fascistas sólo pueden conducir a Roma, según la lógica objetiva del movimiento más que por la voluntad decidida de Mussolini o de otros líderes fascistas. En el transcurso de la huelga de agosto, Facta ha obtenido de los fascistas que no ocupen Roma, dejándoles a cambio Milán, Génova y Livorno. Por consiguiente, Roma se convierte, de forma un poco automática, por el juego de los progresos fascistas y de las debilidades gubernamentales, en la última posición que va a decidir la suerte del régimen, y que los fascistas deben conquistar si no quieren que todas sus victorias precedentes sean anuladas.

El problema de la toma del poder se hace urgente por otras razones. Ya en el Comité central de los fascios que se celebró a mediados de agosto en Milán, varios delegados manifestaron su preocupación por el número cada vez más elevado de trabajadores que el fascismo debe de alguna forma acoger y proteger tras haber arrasado sus organizaciones. Sólo si dispone integralmente de los recursos del Estado podrá el fascismo soportar la presión de las masas, frenándolas y satisfaciendo en parte sus necesidades más elementales. Algunos acontecimientos vienen a subrayar el peligro para la política fascista que puede surgir del propio seno de ese sindicalismo improvisado e hipertrofiado. En la provincia de Siena, los fascios han ocupado en Poggibonsi, en San Gimignano, en Casale y en Serra di Rapolano, algunas propiedades agrícolas (*tenute*), no sin provocar las protestas de la federación provincial de la Asociación agraria. Su diario, «*Il Solco*», escribe a principios de septiembre:

«Los fascistas de Siena quieren que los propietarios agrarios den trabajo a un número cada vez más elevado de obreros, muchos de los cuales se encuentran en paro. Los fascistas de Siena han amenazado con invadir e incluso han invadido algunas fincas, porque sus propietarios se negaban a contratar a otros obreros. Estamos dispuestos a admitir que estos propietarios no son santos. Pero no por ello se justifica la invasión o la amenaza de invasión. De lo contrario, habría que dar la razón a los socialistas, puesto que emplean los mismos argumentos para justificar sus violencias».

Mussolini exige, con un telegrama que vibra de irritación, que la Federación fascista de Siena de explicaciones sobre su conducta. También en la provincia de Ferrara la situación es mala, y por razones análogas. Los agrarios han aprovechado la victoria total del escuadrismo para prolongar la jornada de trabajo y reducir los salarios. Los empresarios de las fábricas de azúcar, numerosos en la provincia, en donde existe un importante sector remolachero, han reducido los salarios de los obreros entre 6 y 8 liras por día. Todo esto provoca el descontento e incluso una escisión en el fascio de Ferrara. La dirección del partido ordena una encuesta, el fascio es disuelto y estallan conflictos entre los fascistas «oficiales» y los fascistas «autónomos».

El problema de la «milicia» fascista también comienza a ser preocupante. No se puede dejar que esas decenas de miles de hombres aterricen y esquilmén sin freno a la población. Una vez arrasado, incendiado y ocupado todo cuanto había por arrasar, incendiar y ocupar, hay que buscarles otras formas de actividad, es necesario que el Estado se haga cargo de ellos. Su mantenimiento exige sumas considerables; las subvenciones de los agrarios, de los empresarios industriales y de los banqueros son abundantes, pero hay que solicitarlas y no pueden continuar hasta el infinito. Mientras más engrosan las filas de las milicias, más se agrava el problema financiero. Hay que encontrar recursos regulares que únicamente el presupuesto del Estado puede garantizar. En un artículo con fecha del 24 de octubre, «*Il Popolo d'Italia*» prevé su carácter y sus funciones:

«A la pregunta de ¿qué haremos con las *squadre* de acción cuando estemos en el poder? ¿Serán disueltas?, una voz, mucho más instintiva que razonable, se eleva de lo más profundo demuestra alma y dice: No. El *squadrisimo* no puede, no debe morir. Sería por nuestra parte un verdadero suicidio; porque si la fuerza es útil para conquistar el poder, lo es aún más para conservarlo. La milicia fascista será transformada.

Las *squadre* dejarán de ser órganos de un partido para convertirse en órganos del Estado; transformadas en cursos de instrucción premilitar, realizarán el ideal de la nación armada. Una vez militarizado el *squadrismo*, desaparecerá el peligro de una competencia entre él y los otros cuerpos armados de la nación ya que su tarea será diferente. El ejército voluntario, encuadrado en la organización del nuevo Estado, será la garantía más firme para el futuro».

Hay también una cierta amenaza por el lado nacionalista, amenaza de competidores «siempre emboscados». También los nacionalistas forman sus escuadras de acción; tiene sus «camisas azules» como los fascistas tienen sus «camisas negras». Una de estas escuadras el 9 de septiembre ocupa en Génova un barco de la Sociedad de Navegación general, el *Vulcania*, porque un nacionalista de la tripulación ha sido despedido. La bandera nacionalista es izada en el palo mayor. En otros, sitios, se producen también algunos incidentes entre nacionalistas y fascistas, uno de ellos muy grave, en Tarento, con motivo de la inauguración de la bandera de la sección nacionalista local. Los fascistas atacan a los nacionalistas en la calle: se lucha a puñetazos, a palos y a tiros, y también lanzando «granadas que aterrorizan a la ciudad». El tesorero del grupo nacionalista resulta asesinado y también hay numerosos heridos. Los fascistas estaban exasperados porque las filas nacionalistas se habían engrosado con varios disidentes del fascio local. Las directivas de ambos partidos, fascista y nacionalista, intervienen deplorando esos incidentes que «sólo pueden beneficiar a adversarios comunes». En un discurso pronunciado en Milán, la mañana del 15 de octubre, el diputado nacionalista Federzoni cubre de flores al fascismo y a Mussolini, pero por la tarde y en la misma ciudad se celebra una *adunata* de los «camisas azules» llegados de Bolonia, de Vicenza y de Génova, y esto no deja de inquietar a Mussolini, siempre desconfiado, y que no quisiera ver a los nacionalistas escamotearle, en la primera ocasión, el fruto de su trabajo.

Sin embargo, el peligro más grave sigue siendo la posibilidad de que se forme un gobierno Giolitti: el 7 de octubre, el Consejo de ministros decidió no dimitir, pero la crisis puede iniciarse de un momento a otro. Mussolini se plantea de una forma cada vez más concreta el problema de la conquista directa del poder. En el último Comité central del P.N.F. (el 13 de agosto), Italo Balbo y Michele Bianchi propusieron la siguiente moción, aprobada por unanimidad:

«El C.C. del P.N.F., tras haber examinado la situación militar del fascismo, confía a un mando supremo compuesto por tres personas la tarea de ejecutar cualquier acción militar exigida por las circunstancias y por los programas fascistas».

La dirección del partido nombra para este triunvirato a Italo Balbo, a De Vecchi y al general De Bono. Estos dos últimos se reúnen el 15 de septiembre para redactar el nuevo reglamento de la Milicia fascista, que se publica por primera vez el 4 de octubre en «*Il Popolo d'Italia*». El 6 de octubre, Mussolini interroga a Balbo, que ha ido a visitarle, sobre las «posibilidades de éxito de una acción revolucionaria contra Roma, pidiendo, no garantías generales, sino informaciones precisas y detalles ciertos». Balbo tiene la impresión de que Mussolini está dispuesto a intentar el golpe de mano insurreccional. La marcha sobre Roma se decide en principio para el 16 de octubre, en una reunión del mando general, que se celebró en Milán en presencia de Mussolini, del secretario del partido Bianchi, y en la que también intervinieron los generales Fara y Ceccherini.⁸² He aquí el resumen de esta reunión, tal como se expone en el diario de Italo Balbo con fecha del 16 de octubre.

Mussolini aborda el fondo de la cuestión. En el transcurso de una exposición sintética de una gran claridad, declara que los acontecimientos se precipitan y que el fascismo puede verse obligado de un momento a otro a emprender un movimiento insurreccional. Concibe que este movimiento debe desembocar en una marcha sobre Roma y en la ocupación de esta ciudad, para forzar al gobierno a renunciar al poder y para presionar a la Corona a formar un gabinete fascista. Añade que no se puede esperar una solución parlamentaria, que estaría en contra del espíritu y de los intereses del fascismo. Las maniobras de estos últimos días sirven para desviar la atención de la opinión pública y del propio gobierno. Sólo la conquista directa del poder es una solución digna de nuestro movimiento, que siempre ha actuado fuera y por encima de las leyes de un régimen decrépito.

⁸² El 22 de octubre de 1924, el general De Bono, comprometido en el asesinato del diputado socialista Matteotti, presentó su dimisión como comandante general de la milicia fascista. Mussolini le dio las gracias en esta ocasión por los servicios prestados «desde el 16 de octubre de 1922, día en que fue convocado en el número 46 de la calle San Marco de Milán para decidir la marcha sobre Roma». En la calle San Marco estaba la sede de «*Il Popolo d'Italia*». El general Fara se había inscrito varios meses antes en el fascio de Nervi. El general Sante Ceccherini también había entrado en el P.N.F. Había estado en Fiume al lado de D'Annunzio en 1920 con las funciones de «inspector de tropas».

No nos rebajamos a compromisos: haremos valer nuestra fuerza. Mussolini pide a los que están presentes que manifiesten con una franqueza absoluta si las fuerzas militares del fascismo están dispuestas, moral y materialmente, para la tarea revolucionaria.

De Bono y De Vecchi, que, como yo, han visitado personalmente estas últimas semanas todos los centros de sus zonas⁸³ inspeccionado las legiones y tomado contacto directo con los hombres, estiman que las fuerzas militares del fascismo no están todavía preparadas y qué aún es necesario esperar algún tiempo.

Confieso que me siento preocupado por el giro que han tomado estos últimos días los acontecimientos políticos. Pienso que cualquier aplazamiento es muy peligroso. Las maniobras de los viejos partidos políticos se hacen cada vez más agobiantes. A pesar suyo, el fascismo corre el riesgo de caer prisionero de la intriga que se urde contra él y de la trampa de las elecciones.

Pienso que si no intentamos inmediatamente el golpe de Estado, en primavera será demasiado tarde: en la tibia atmósfera de Roma, liberales y subversivos llegarán a un acuerdo; no le será difícil al nuevo gobierno tomar medidas políticas más enérgicas y emplear al ejército en contra nuestra. Hoy contamos con la ventaja del factor sorpresa. Nadie cree seriamente en nuestras intenciones insurreccionales. En resumen, dentro de seis meses, las dificultades se multiplicarán. Más vale intentar hoy la acción definitiva, aun cuando nuestra preparación no sea completa, que mañana, dejando a nuestros adversarios el tiempo de que completen ellos también su preparación.

...Michele Bianchi apoya mi tesis, añadiendo acuciantes argumentos de orden político. Mussolini se declara de acuerdo con nosotros y su opinión arrastra sin resistencia a las de De Bono y De Vecchi.

El Duce concluye este examen rápido afirmando que no se puede decidir que la insurrección sea inmediata, pero que es necesario intentarla a la primera ocasión. Propone fijar el día insurreccional para después de la revista de las fuerzas fascistas que debe tener lugar en Nápoles, el 24 de octubre.

⁸³ Se trata de zonas militares delimitadas en la reunión de Oneglia en enero de 1922 y modificadas en octubre.

...Tras eso se examinan las cuestiones de la disciplina y la responsabilidad de la acción. Mussolini explica que el partido deberá ceder sus poderes a un cuadrunvirato compuesto por los tres Comandantes generales –De Bono, De Vecchi y Balbo– y por el secretario del partido Michele Bianchi. En él momento de desencadenar la acción militar, todas las jerarquías políticas, ya sean locales o nacionales desaparecerán. El mando militar con plenos poderes las sustituirá.

Así pues, a mediados de octubre, Mussolini piensa que «el acto insurreccional» es inevitable, pero, como en todas las circunstancias de su vida, procura reducir al mínimo los peligros de la empresa. Lo ideal, para él, es que todo ocurra *como si* la marcha sobre Roma hubiera ocurrido, sin realizarla hasta el final. Durante los primeros días del mes ha preparado el llamamiento que el cuadrunvirato deberá lanzar a los fascistas y al país en el momento de la acción, pero se reserva modificarlo en el último minuto en función de las circunstancias. No se trata de anexionarse Roma como cualquiera de las ciudades o de las provincias que han ocupado las escuadras fascistas; la conquista de Roma plantea graves problemas políticos, puesto que crea lo irreparable. Por ello precisamente es necesario intensificar la acción política, dedicada a burlar la desconfianza y hostilidad de los adversarios; ganar aliados, neutralizar una parte de las fuerzas del Estado. En el transcurso de las tres últimas semanas, y sobre todo los últimos quince días antes de la marcha sobre Roma, Mussolini desarrolla una actividad casi frenética en cualquier dirección política donde haya un resultado político que alcanzar. Nada es despreciado, desde D'Annunzio a Giolitti, de Salandra a Nitti, de la monarquía a los republicanos, de la francmasonería al Vaticano.

La primera operación que dirige personalmente tiene por objeto eliminar a D'Annunzio del juego. Para lograrlo es preciso hacerle algunas concesiones, dejarle en la ilusión de que puede continuar desempeñando su papel de salvador de Italia «sin derramar sangre y sin hacer ruido». D'Annunzio tiene relaciones muy estrechas con la Federación de Trabajadores del Mar, dirigida por un tal capitán Giulietti, que garantizó la vuelta de Malatesta a Italia y que facilitó por todos los medios el avituallamiento de Fiume. Esta federación se puso bajo la protección del «Comandante», a quien a título gracioso le suministra importantes sumas de las que el retiro «franciscano» de Gardone no puede prescindir. Pero tras la «conquista» fascista de Génova, la Federación de Marineros está muy amenazada: los armadores y los jefes fascistas locales exigen su liquidación. A comienzos de septiembre, se celebra en Génova un congreso de la «Corporación nacional del Mar», organización

fascista que se propone reemplazar a la de Giulietti. Asisten Michele Bianchi, secretario del partido, y Edmundo Rossoni, secretario de los sindicatos fascistas, y el propio Mussolini envía un mensaje. El Congreso declara que es preciso levantar la bandera de la rebelión contra la Federación de Giulietti. Al mismo tiempo pide que el gobierno renuncie a todas sus exigencias en lo concerniente a los superbeneficios de guerra y a todos los créditos no reembolsados por los acreedores con el fin «de facilitar la reanudación de la actividad marítima», en interés, entiéndase bien, de los obreros parados. Éste es el momento en que la lucha se hace abierta, encarnizada y que sólo puede finalizar con el triunfo del nuevo monopolio, el monopolio fascista. Pero Giulietti, sin escrúpulos y muy astuto, multiplica sus insinuaciones hacia Mussolini y se aferra a D'Annunzio. El «Comandante», por el momento, está en muy malas relaciones con los fascistas. El 13 de octubre, ha anunciado la movilización de sus legionarios en Fiume. El 18, la oficina de prensa del P.N.F. publica un comunicado ordenando a los fascistas no acudir a Fiume. Pero el 19 el capitán Coselschi, secretario de D'Annunzio, hace las siguientes declaraciones en el diario de Roma «*La Tribuna*»:

«Como usted sabe, el Comandante ha decidido organizar sobre nuevas bases la Federación de sus legionarios para convertirla en un organismo puro y potente de propaganda nacional, destinado a la pacificación del país y a la elevación espiritual del pueblo italiano, por encima y al margen de todos los partidos... La sede central de la Federación se trasladará de Milán a Florencia. La organización de los legionarios no será la expresión de un partido, sino una agrupación de discípulos para defender la fe de Gabriele D'Annunzio. En cuanto al acuerdo entre Mussolini y D'Annunzio —continúa Coselschi— «no puedo dar detalles porque nos hemos comprometido a mantener el secreto. Sin embargo, puedo confirmar que este acuerdo, que en primer lugar se refiere a las fuerzas sindicales, existe realmente, y constituye un acontecimiento muy importante para la pacificación nacional y cuyas consecuencias serán no sólo sindicales sino también políticas».

Lo que Mussolini, D'Annunzio y Giulietti acaban de concluir es un pacto sobre la Federación de Marineros. El texto de este pacto, firmado en Milán el 16 de octubre, no se publica sino el día 22 en «*Il Popolo d'Italia*». He aquí los puntos esenciales:

En Milán, entre la Federación italiana de Trabajadores del Mar, que cuenta con la protección de Gabriele D'Annunzio, y la dirección del P.N.F., representada por Benito Mussolini, tras declaraciones de estima recíproca, se ha establecido el concordato siguiente para salvaguardar la unidad de la marina mercante italiana y asegurar la pacificación nacional:

1.º La Federación Italiana de Trabajadores del Mar, que piensa exigir, a los armadores un trato justo para las tripulaciones, someterá voluntariamente cualquier petición en este sentido al examen del representante del Fascismo, antes de comenzar las gestiones parlamentarias y las gestiones directas con los armadores, con vistas a suministrarle la prueba de la legitimidad de dicha petición y de la oportunidad de una acción conjunta a este respecto.

2.º El representante del Fascismo examinará estas peticiones con los representantes de la Federación de Marineros con el fin de llegar a un acuerdo en el plazo más corto posible, y en cualquier caso como más tarde, en los tres días siguientes.

3.º Desde el momento en que exista un acuerdo sobre las peticiones así formuladas, los representantes de la Federación de Marineros las comunicarán a los armadores y comenzarán las conversaciones con ellos.

4.º Si estas conversaciones fueran interrumpidas, el Fascismo, personificado en Mussolini, emprenderá la lucha con él grueso de sus fuerzas, en unión de las fuerzas de la Federación de Marineros, para obtener justicia por medio de la acción directa.

5.º En el plazo máximo de treinta días a partir de la firma de este concordato, el Partido fascista se compromete solemnemente a disolver las Corporaciones de Marineros y a ordenar el ingreso inmediato de los miembros de estas corporaciones en las filas de la Federación de los Trabajadores del Mar, que continuará funcionando y siendo dirigida de la misma forma que en el momento presente.

Este concordato que lleva las firmas de Gabriele D'Annunzio, de Benito Mussolini y de Giuseppe Giulietti, colma de estupor a los fascistas de las ciudades marítimas, quienes, desde el mes de agosto, luchan contra la Federación de Giulietti para sustituirla por la «Corporación del Mar» fascista. Los fascistas no comprenden por qué las decisiones del Congreso de Génova han podido ser anuladas por la voluntad de tres personas que no tomaron

parte en él. La prensa «liberal» y conservadora dedica un lugar preferente a sus protestas. «*Il Corriere della Sera*» expresa el temor de que Giuliotti, gracias a Mussolini y a D'Annunzio, conserve todo su poder y que lo aproveche «para, continuar su política poco nacional y demagógica». Tres días después, en el Congreso de Nápoles, un representante fascista de Génova declara que la dirección del partido ha cometido, al garantizar el *concordato*, «una metedura de pata colosal que nos ha cortado las piernas tanto en el campo sindical como en el político». La reacción es tal que el 24 de octubre, «*Il Popolo d'Italia*» declara «que se trata de un acuerdo de principio concluido con una intención pacificadora» y que durante los treinta días siguientes se añadirán acuerdos posteriores para «convertir el tratado en efectivo y realmente pacificador». «Remitimos, añade el diario, los comentarios y las impresiones para dentro de treinta días.»

No hay nada en el texto del concordato que justifique tal interpretación: el artículo 5 es formal; el compromiso que la dirección del P.N.F. ha asumido de disolver las «corporaciones» fascistas no está sometido a ninguna restricción. Pero Mussolini se ve obligado a *navigare*. Hay que dejar gritar a los fascistas, a la «masa», a los que no comprenden nada y que no pueden, como él, referirlo todo al plan cuya realización prepara febrilmente. Mussolini no tiene ninguna duda sobre la oportunidad y la utilidad de la operación que acaba de realizar, y su confianza está sólidamente justificada. Las ventajas del «tratado» son múltiples e importantes. En vísperas de acontecimientos decisivos, este tratado llena el hiato que se había creado entre el fascismo y D'Annunzio.⁸⁴ Mussolini se presenta como un elemento conciliador y personalmente favorable a los objetivos políticos que persigue D'Annunzio. Y evitando, por el momento, el asalto fascista a la Federación de Trabajadores del Mar, deja creer a D'Annunzio que la conquista fascista del poder no entrañará el abandono de ese sindicalismo nacional, de ese «laborismo», en el que pensó él mismo en 1919 y en el primer semestre de 1921, y que D'Annunzio continúa predicando.⁸⁵

⁸⁴ El mismo día en que se firmó en Milán el pacto marítimo tiene lugar la reunión preparatoria de la marcha sobre Roma, en la que Mussolini puede declarar, quizá forzando un poco la verdad: «D'Annunzio está favorable». Cf. el atestado de Balbo en «*Il Popolo d'Italia*» del 28 de octubre de 1938.

⁸⁵ A principios de agosto, D'Annunzio pensaba en la marcha sobre Roma. Las instrucciones que había dado a su hombre de confianza para que explicara a los legionarios el verdadero sentido de su discurso del 3 de agosto son publicadas dos días después en forma de editorial en *La Riscossa*: «A Roma –se lee–, ¡legionarios de Bolonia! Gabriele D'Annunzio me ha dado la orden de comprender estas cosas y decirlas a mis hermanos. Obedezco, estoy seguro de vuestra obediencia y digo: ¡adelante, compañeros!... Nuestro Jefe ha dicho que hoy haremos historia: seamos dignos y hagamos que este día señale, con el triunfo de la patria en paz y resucitada, el

D'Annunzio se siente halagado de poder mostrar que su protección es eficaz, y por otra parte se siente personalmente obligado con Mussolini, cuya intervención personal ha sido decisiva en esta circunstancia. Por ello, el 20 de octubre, ordena la «desmovilización» de los legionarios que había convocado en Fiume la semana anterior. Aunque es cierto que la prensa del 21 de octubre anuncia que hablará en Roma el 4 de noviembre, según el plan concebido por los ex combatientes y de acuerdo con Facta, Orlando y Amendola, el 25, su secretario, Coselschi, declara en Florencia que el poeta «se encuentra agotado después del enorme trabajo de estos últimos días», que los médicos le han recomendado reposo y que, «en estas condiciones, realmente no se puede garantizar que pueda acudir a Roma el 4 de noviembre, como él desearía».

acontecimiento de un nuevo evangelio de amor, poder, obligaciones y derechos como sólo podrá serlo la República de los Sindicatos. ¡Comandante! El camino hacia Roma está abierto y las legiones están contigo. Soldados: idolatremos a Italia. ¡Viva la República italiana!» De acuerdo con este mensaje, la marcha de D'Annunzio sobre Roma tiene, por tanto, el mismo carácter general que ya se le daba en los proyectos del período de Fiume. Queda por ver cómo puede conciliarse este mensaje con el plan de Facta para la manifestación del 4 de noviembre. Sólo nuevos documentos permitirán establecer si este plan estaba relacionado con la «solución extraparlamentaria» en la cual pensaba en este momento tanta gente y si representaba la combinación que debía oponerse y sustituir a la de Mussolini.

En la sesión del 16 de octubre, Mussolini afirma que tiene el consentimiento de D'Annunzio. No puede excluirse de plano la hipótesis de qué lo haya afirmado arbitrariamente para forzar la resistencia a la empresa por parte de los jefes militares (principalmente De Bono. y Fara), pero es poco verosímil. Entre los dos «planes», el de D'Annunzio y el de Mussolini hay una zona común, un terreno vago en que reina el gusto que comparten por la aventura violenta y el odio contra la «vieja Italia». Así se explica que si en ningún momento hay entre ellos comunión perfecta tampoco haya nunca ruptura total. El lenguaje que emplean tanto uno como otro, incluso en sus intervenciones directas, es siempre lo suficientemente equívoco y ambiguo como para que puedan estar de acuerdo y mentir al mismo tiempo. Además, hay otro equívoco entre ellos. D'Annunzio, que habla de paz y cree desearla sinceramente, va mucho más lejos que Mussolini en rechazar el régimen que quiere transformar profundamente. Mussolini, que prepara una acción violenta de partisanos, se contentaría con una amplia parte del botín incluso en el régimen actual, sin tocar las instituciones. De esta forma ha bastado que Mussolini haga comprender a D'Annunzio que la manifestación del 4 de noviembre sólo serviría, a fin de cuentas, para salvar el gobierno o permitir un replanteamiento ministerial, para que D'Annunzio renunciara al proyecto de manifestación romana y dejara el camino libre a la marcha fascista que correspondía mejor, en el fondo, a sus preferencias estéticas y al guión imaginado hace tanto tiempo.

Mussolini tiene una gran superioridad práctica sobre D'Annunzio: ve en la situación las relaciones concretas entre las fuerzas, y obra para desplazarlas con una actividad múltiple e incesante. En cambio, D'Annunzio se hace ilusiones sobre sus posibilidades personales; está seguro de poder decir la última palabra. Todo el mundo parece llamarle y ponerse a su disposición: al lado de la milicia legionaria, los obreros con la C.G.L., La Unión del Trabajo, el Sindicato de Ferrovianos, la Federación de la Mar; los ex combatientes y la Federación de Mutilados; los jefes políticos con Nitti, Orlando y Mussolini, y finalmente el gobierno de Facta. Es el árbitro de todas estas fuerzas y puede movilizarlas en cualquier ocasión y tejer una trama de acuerdo con sus propios planes. ¿Quis contra nos? Sin embargo, calcula mal la fuerza del movimiento fascista y, en consecuencia, la influencia que tiene sobre los acontecimientos.

Al firmar este tratado, Mussolini alimenta además algunas esperanzas en relación con la C.G.L. y otras organizaciones obreras que se han inclinado hacia D'Annunzio. La Federación de Trabajadores del Mar, cuyo papel es tan importante desde el punto de vista *técnico* ya que controla prácticamente todos los transportes marítimos, dejará de estorbar en adelante la acción fascista. Incluso el capitán Giulietti, anuncia el «*Avanti*», ha puesto a disposición de Mussolini los barcos de la Federación para el transporte y el aprovisionamiento del ejército fascista en el caso de una acción en Dalmacia. Si las ventajas previstas se mostrasen decepcionantes, si surgiesen demasiadas, dificultades en la aplicación del *concordato*, Mussolini, como siempre, ha tomado sus precauciones. El concordato no será totalmente efectivo sino transcurridos treinta días. Mientras tanto, tendrá lugar la marcha sobre Roma o la ascensión de los fascistas al poder por otro camino. Mussolini no tendrá entonces sino una mediocre necesidad de D'Annunzio y de Giulietti, y podrá mantener, transformar o destruir el tratado, en función de las exigencias de la nueva situación.⁸⁶

Con Giolitti la lucha es más difícil. Se trata de un hombre sin imaginación y sin grandes proyectos. Evidentemente desea nuevas elecciones, pero no inmediatamente: en primavera, tras algunos meses de gobierno. Mussolini mantiene conversaciones con él, a través del prefecto de Milán, Lusignoli, que ya sirvió de intermediario entre ellos en la época de la acción contra Fiume. Giolitti desea que los fascistas entren en su ministerio, e insiste para que sea el propio Mussolini quien los represente.⁸⁷ Pero las exigencias de los fascistas,

⁸⁶ En efecto, el nuevo régimen no tardará en poner la mano encima del F.I.L.M. El 14 de noviembre de 1922, Umberto Poggi, uno de los dirigentes de esta organización, firma en Roma con Edmondo Rossini un pacto de adhesión a las Corporaciones sindicales, *bajo los auspicios de Gabriele D'Annunzio*. El 3 de marzo de 1923 se publica el pacto que han concluido la Federación de los armadores y el P.N.F. *con la garantía de Mussolini*, análogo al que había firmado con Giulietti el 16 de octubre.

⁸⁷ Sin duda es. el «problema Giolitti» el que más influye en la táctica adoptada por Mussolini. En el momento de la reunión del 16 de octubre en Milán, el peligro Giolitti parece el más amenazador, como se pone de manifiesto en la denuncia de Balbo: «Giolitti cree poder ofrecer dos carteras: pero nos hacen falta seis, o ninguna. Y en éste caso hay que poner las masas en movimiento para provocar la crisis extraparlamentaria y llegar al gobierno. Hay que impedir que Giolitti llegue al poder. Giolitti ordenaría disparar sobre los fascistas, como ha hecho disparar contra D'Annunzio».

El peligro es tanto más gravé cuanto que desde hace algunas semanas Giolitti se prepara para volver al poder. Según rumores recogidos por «*Il Corriere della Sera*». (6 de octubre) se ha producido un cierto cambio en su favor en los medios parlamentarios, ya que los partidarios de Nitti y los populares estarían dispuestos a colaborar con él mientras que las derechas, «que quizá favorecen otras. candidaturas», se muestran reticentes. Es cierto que, a partir de estos rumores, Bianchi y Grandi van a encontrarse con Facta porque temen su dimisión. Algunos días más tarde se establecen contactos entre Facta y Giolitti (gestión de Soreli hacia Giolitti y gestión de Corradini-Fázzari hacia Facta). Giolitti no quiere dar la impresión de qué toma la iniciativa de

que se sienten o se creen los dueños del país, son mucho más ambiciosas que hace algunos meses, por lo que las transacciones, se han hecho difíciles.

«Los fascistas han exigido a Giolitti, precisa *«Il Corriere della Sera»* del 19 de octubre, una representación en el nuevo gabinete proporcional a su fuerza real en el país, y no sólo al número de escaños logrados en las últimas elecciones. Por ello exigen tres carteras importantes y *quisieran que la elección del titular del ministerio de Asuntos Exteriores respondiera a sus deseos*. Por la otra parte, Giolitti desearía la participación de Mussolini en el gobierno e incluso le habría ofrecido Un puesto de ministro sin cartera. En cuanto a la reforma electoral, no sería muy difícil llegar a un acuerdo, puesto que tanto Giolitti como Mussolini son favorables a una revisión de la ley actual en un sentido mayoritario, aplicando la proporcional a las minorías».

El mismo día, *«Il Popolo d'Italia»* desmiente la existencia de un acuerdo político Mussolini-Giolitti; desmiente incluso que se hayan celebrado conversaciones, mientras que el secretario del P.N.F., M. Bianchi, explica eh Montecitorio que las conversaciones han fracasado, porque no se ha querido conceder a los fascistas una representación adecuada. Los contactos entre Mussolini y Giolitti no se han roto, pero Giolitti declara ahora que está dispuesto a formar gobierno a cualquier precio, incluso sin los fascistas, si continúan planteando condiciones exorbitadas.

El 23 de octubre, inaugurando la sesión del Consejo provincial de Coni, Giolitti precisa su posición en relación con los fascistas:

«En medio de las luchas, rudas en determinadas partes de Italia, pacíficas en otras, ha surgido un nuevo partido en la vida política italiana. Debe ocupar un lugar al que el número de sus afiliados le da derecho, pero por las vías legales, las únicas que pueden darle a un partido, en la órbita de la constitución, una autoridad real y duradera, las únicas que pueden permitirle realizar la parte fundamental de su programa que consiste en devolver al Estado su autoridad para la salud, la grandeza y la prosperidad de la patria».

volver al gobierno ni indicar el procedimiento a seguir para hacer posible su retorno, pero las fórmulas que emplea no dejan ninguna duda sobre sus intenciones. Sin embargo, Facta aprovecha la prudencia de estas fórmulas para aferrarse a su puesto, seguro por otra parte del apoyo de D'Annunzio, que sería desfavorable a Giolitti, y de los populares, especialmente don Sturzo, opuestos a una crisis extraparlamentaria. De esta forma se pierde un tiempo preciosa en un momento en que las horas cuentan, y Mussolini consigue esquivar su maniobra.

Hasta el último momento, Mussolini deja creer a Giolitti que está de acuerdo sobre el fondo, que la diferencia sólo estriba en la distribución de las carteras ministeriales. Por su lado, Giolitti intenta forzar el acuerdo haciendo repetir a través de sus amigos que eventualmente prescindirá del concurso de los fascistas.

Todavía el 23 de octubre se reúnen, en Turín, Corradini, su ex subsecretario de Estado en el ministerio del Interior, con él prefecto Lusignoli, los ministros Bertone (popular) y Teofilo Rossi, con Zanetti, director de «*La Sera*» de Milán, y con Giovanni Borelli que, en el último Congreso liberal de Bolonia, se pronunció por la alianza con los fascistas. Estas conversaciones y transacciones tienen por objeto la formación de un nuevo gobierno: toda decisión se aplaza para después del discurso que Mussolini va a pronunciar en Nápoles.⁸⁸ El mismo día, Lupi, que ha sido durante agosto el portavoz, de Mussolini en la Cámara, declara que los fascistas aceptan que las elecciones se celebren durante el mes de marzo, lo que sería una concesión a Giolitti y una base posible para un compromiso con él.

Salandra cae de lleno en la trampa: cultiva la secreta esperanza de volver a ser, gracias al apoyo fascista, presidente del Consejo. Con ocasión del Congreso de los fascios de la Capitanata, que se celebró el 25 de septiembre en Troia, su ciudad natal, una delegación de congresistas le visita y le rinde homenaje. Salandra, muy halagado, responde «que se considera como un fascista honorario, y que se inscribiría entre los militantes fascistas si no tuviera setenta años». Que no le hablen de dictadura en Italia: «No existe ningún peligro en este sentido. El hombre, el dictador, falta». Italia podrá tener un nuevo gabinete Salandra, en el que, naturalmente, se concederá un amplio lugar a los fascistas.

En cuanto a Nitti, Mussolini sabe que desconfía, y que es necesario preparar un cebo susceptible de tentarlo. El accidente que inmovilizó a D'Annunzio a mediados de agosto interrumpió al mismo tiempo las transacciones entre Nitti y Mussolini.

⁸⁸ Tres deseos han contribuido a estas dilaciones: el deseo que tenía Mussolini de no comprometerse prematuramente para obtener el mejor resultado posible, el apego de Facta al poder y el particular cambio de opinión de Giolitti así como el método que de ahí resulta. Giolitti no tiene prisa, porque no se da cuenta de la situación real. Tiene la intención de tomar el poder en el momento apropiado, como una fruta madura, y no le desagrada que las «tejas» caigan sobre las cabezas de los que le han echado en 1921 y rechazado su concurso en 1922. Pero las «tejas», siguiendo la caída libre, destruyen también las fuerzas sobre las que deseaba apoyarse y el Estado que quería salvaguardar. Además, hay que señalar que Giolitti, que aceptaría, con gusto formar un gobierno sin los fascistas, no quiere comprometerse a una política hostil al fascismo.

Pero Mussolini las reemprende completamente solo hacia finales de septiembre. Envía a Acquafredda a Schiff-Giorgini, que mantiene con Nitti la conversación siguiente:

«Vengo de parte de Mussolini. Italia se precipita en la ruina. Facta es un imbécil. Mussolini ha recibido proposiciones de Giolitti, también existe un acuerdo con Salandra, pero está persuadido que sólo usted podrá lograrlo. Es preciso provocar una crisis extraparlamentaria. Es necesario que usted pronuncie un discurso que prepare la convocatoria de la Cámara, la dimisión de Facta y la formación de un gobierno de concentración».

Nitti responde que no puede tratar con Schiff-Giorgini, que no tiene ninguna autoridad para hacerlo. Quiere garantías serias, para evitar comprometerse inútilmente. Que Mussolini le mande un personaje de talla para tal misión. Decidido Mussolini, encarga al embajador Romano Avezzana continuar las conversaciones: éste en persona acude a Acquafredda, confirma el primer mensaje de Mussolini e insiste para que Nitti haga cuanto antes la declaración que Mussolini le pide. Nitti plantea entonces una serie de preguntas concretas:

1.^a ¿Cuáles son ahora las exigencias de Mussolini? ¿Se contentará con un ministerio y dos subsecretarías? 2.^a ¿Por qué Mussolini también ha tratado con Giolitti y con Salandra? 3.^a ¿Qué hará con los fascios? 4.^a ¿Está dispuesto a suprimirlos incluso con medidas militares represivas?

Mussolini responde: 1.^a Ahora es imposible que nos contentemos con un ministerio y dos subsecretarías. Los fascios se han desarrollado y han liquidado la huelga. La situación ha cambiado: queremos dos ministerios y tres subsecretarías de Estado, aunque renunciando a las carteras militares y políticas. 2.^a Me extraña que Nitti sea tan formalista sobre mis contactos. Si trato con Giolitti es porque su amigo, el prefecto Lusignoli, me deja las manos libres en Milán y debo tratarlo con miramiento. En cuanto a Salandra, no cuenta para nada. 3.^a y 4.^a Los fascios serán inmediatamente disueltos.

El barón Romano Avezzana hace una vez más el viaje entre Milán y Acquafredda y, finalmente, se establece el procedimiento siguiente: Nitti precisará en un discurso su pensamiento sobre la gravedad de la situación y afirmará la necesidad de convocar nuevas elecciones; *«Il Popolo d'Italia»* reproducirá ese discurso sin comentarios.

Mussolini, que no quiere saber nada de una marcha sobre Roma, hablará en el Congreso de Nápoles atacando a todo el mundo, salvo a Nitti; se abrirá la crisis extraparlamentaria y se formará un gran gobierno con Nitti y Mussolini para salvar Italia.

De acuerdo con el plan convenido, Nitti pronuncia, el 20 de octubre, en el pequeño teatro de Lauria, en Basilicata, un discurso dedicado principalmente a las cuestiones financieras, cuyos puntos principales tal y como los enumera «*Il Popolo d'Italia*» son:

- 1.º Italia necesita sobre todo reconstituir la unidad económica de Europa continental.
- 2.º Habida cuenta de la inseguridad de Europa, Italia debe tener su ejército dispuesto a intervenir, desarrollando sobre todo los cuadros de oficiales y reforzando la aviación.
- 3.º Para tener los medios necesarios para la defensa del país, hay que restaurar el crédito, sanear las finanzas y devolver la confianza al capital. Finalizada la encuesta sobre los contratos de guerra que ha hecho tan precaria la vida de tantas industrias, hay que volver a examinar la cuestión de los superbeneficios de guerra, reanimar el mercado bursátil y abandonar cualquier proyecto de conversión de los títulos al portador en títulos nominativos.
- 4.º El presupuesto del Estado debe volver al equilibrio.
- 5.º El Estado debe renunciar a todos los servicios no necesarios a su función, restablecer la seguridad de los servicios públicos y declarar que la huelga en sus servicios es un crimen.
- 6.º Hay que renunciar a todas las reformas que de una u, otra forma puedan perturbar la producción o desanimar las inversiones de capital.

Después de este discurso se celebra un banquete en donde Nitti se expresa exactamente como Mussolini le ha pedido que lo haga.

«El gobierno actual –afirma– no está en condiciones de abordar ni uno solo de los problemas esenciales del país, y las fuerzas vivas de todos los campos, están fuera del gobierno. Tras los acontecimientos de los últimos días, hay que preguntarse si tal vez no es necesario resolver las dificultades actuales *fuera de los métodos de la administración ordinaria*

y si es oportuno consultar rápidamente al país. Un antagonismo muy claro ha aparecido entre la situación parlamentaria y la situación en el país... La democracia existe, el socialismo existe, pero el fascismo también existe en tanto que fenómeno ético-social, y ha adquirido tal extensión que ningún hombre de gobierno puede desconocerlo... Debemos utilizar todas las fuerzas vivas y acoger la parte ideal del fascismo que ha sido la causa de sus progresos y utilizar al mismo tiempo las fuerzas más sanas y más laboriosas de las masas populares, para canalizarlas a unas y otras en las formas legales de nuestras instituciones. Hay que tener un gobierno fuerte, y la única forma de tenerlo es consultando cuanto antes al país».

De este modo Nitti asume una gran parte de las reivindicaciones del P.N.F. para el «saneamiento financiero» del Estado, las mismas que le habían ganado al fascismo las simpatías y las ayudas de los medios económicos italianos; adopta con respecto al problema militar una posición muy alejada de la que había mantenido en 1919-1920, y finalmente se adhiere a las tesis fascistas sobre la necesidad de unas elecciones inmediatas, situándose sobre este punto una vez más en conflicto con Giolitti, que no desearía consultar al país antes de seis meses. «*Il Popolo d'Italia*» publica las declaraciones de Nitti sin comentarios, como se había acordado, pero con un titular un poco desconsiderado: *Un discurso desenvuelto de Nitti*. Italo Balbo anota en su *Diario*:

«También Nitti rectifica el tiro en su último discurso; pero el viejo filibustero no tiene nada que esperar del fascismo excepto un pelotón de ejecución».

¿Qué hubiera, dicho Balbo, si hubiera sabido que el discurso de Lauria había sido preparado con la colaboración de Mussolini y a petición suya?

La francmasonería italiana había tenido hasta entonces una actitud bastante favorable al fascismo: los elementos pequeño-burgueses, por espíritu patriótico y racionalista, o porque se sentían atraídos por la «tendencia republicana» mostrada por Mussolini; los industriales y capitalistas, por instinto de conservación y de defensa contra el empuje socialista; y la «Orden» misma porque ponía sus esperanzas en las fórmulas violentamente anticlericales del programa fascista de 1919, y en la creciente hostilidad del fascismo hacia el partido popular.

En Milán, un grupo de industriales francmasones está estrechamente ligado a Mussolini; entre ellos está Cesare Goldmann, que ha sido candidato en noviembre de 1919 por la lista presentada por Mussolini, y Ceresola, que aportará una fuerte subvención de la francmasonería a De Bono para la marcha sobre Roma. El general Capello es al mismo tiempo fascista y grado 33 del Gran Oriente. Un gran número de fascistas pertenecen a la Gran Logia de la Piazza del Gesù: Cesare Rossi, Italo Balbo, el marqués Perrone Compagni, los diputados Eduardo Torre, Acerbo, Terzaghi, Lanfranconi, Oviglio, Capanni Entre 1919 y 1922, un determinado número de fascios se fundan bajo iniciativa masónica y Domizio Torrigiani, gran maestro de la francmasonería de Palazzo Giustianiani, presume –para arrepentirse, más tarde y demasiado tarde– de haber «puesto a flote» en varias ocasiones el fascio de Milán. En Florencia, las disidencias interiores del fascio repercuten en el plano masónico. Sin embargo, en ciertos medios fascistas se perfila una tendencia bastante neta contra la francmasonería a medida que el fascismo se afirma, cada vez más como un movimiento antidemocrático. A finales de septiembre de 1922, el diputado De Stefani hace aprobar en una reunión de los secretarios de los fascios de la provincia de Vicenza una moción en la que se declara que la adhesión al P.N.F. es «incompatible con un papel militante en la francmasonería». Algunos días más tarde, De Stefani interpela a este respecto a Mussolini, que le responde:

«En cuanto a la francmasonería –por la que siempre he sentido la misma aversión– la discusión que usted ha suscitado no me parece oportuna. Podremos reanudarla en tiempos menos tormentosos: no metamos demasiado pan en el horno».

De este modo, Mussolini detiene el celo de De Stefani, que pone en peligro ayudas preciosas.

El 9 de octubre, el *gran maestro* Domizio Torrigiani envía a todas las logias de su rito una circular en la que subraya la importancia del aporte masónico al fascismo del primer período:

«Cuando comenzó la terrible crisis de la posguerra, decidimos que nuestra orden debía dedicarse por todos los medios a la defensa del Estado, y no nos resulta desagradable afirmar hoy que algunos núcleos de nuestros hermanos que gozaban de una gran autoridad contribuyeron al nacimiento y al desarrollo del movimiento fascista.

Nuestros hermanos encuadrados en los fascios han sido cada vez más numerosos. Intentaron reforzar, en el conflicto de tendencias que acompañaba la evolución del fenómeno fascista, a los elementos más conformes con el espíritu masónico. Como para todos los demás hermanos que militan en los diferentes partidos, jamás hemos pretendido reducir su libertad de movimientos, limitada solamente por los postulados esenciales. *Los jefes del fascismo conocen y reconocen, estoy de ello seguro, la lealtad de los fascistas francmasones*».

La francmasonería colaboró en la obra de pacificación nacional, advirtiendo el papel benefactor del fascismo.

«Y cuando observamos –añade la circular– que la juventud se dirigía con fervor y entusiasmo hacia el movimiento fascista, hemos sido de los primeros en señalar que ese giran fenómeno político debía corresponder más o menos oscuramente a una necesidad profunda de la nación. Creemos que sería superficial juzgarlo exclusivamente por las declaraciones teóricas de sus jefes. Hay que observarlo en su contenido y en su realidad. Desde un punto de vista político se puede observar un instinto imperioso de renovación. Desde un punto de vista económico, el fascismo arrastra a centenares de miles de obreros organizados. Ahora bien, desde el ángulo de los principios masónicos, esta realidad contradice la teoría fascista dirigida contra toda doctrina democrática. Un conjunto imponente de obreros, organizados para las conquistas económicas, no puede llegar a negar la libertad, ni la fraternidad, ni la igualdad. La burguesía media idealista que inspira los fascios y que predomina en ellos, no puede tender a fundar nuevas oligarquías, ni a disminuir la libertad. Se pueden criticar las democracias parlamentarias y los partidos agotados, pero no se puede negar la realidad incoerciblemente democrática que actualmente hay en los movimientos de masas».

El optimismo de semejante análisis, que demuestra en el gran maestro y sus amigos lo que podríamos denominar una «inteligente ceguera», no logra suprimir ciertas inquietudes, por lo demás rápidamente rechazadas:

«Si se suprimiera la libertad, si se atacasen las libertades particulares, todos los francmasones saben cuál sería su deber; saben que se trata de cosas sagradas por las que nuestra gloriosa tradición nos enseña que podemos vivir y podemos morir.

Pero no creemos en esas amenazas. Una nueva fuerza comienza a participar en la vida de la nación. La francmasonería desea que sea por el bien de Italia, el cual es para ella una religión».

Por todo ello contribuirá, para el financiamiento de la marcha sobre Roma, con una suma de tres millones y medio de liras.⁸⁹

⁸⁹ Eugenio Chiesa, un francmasón antiguo diputado al Parlamento italiano, reveló en 1926 que «un grupo de altos dignatarios de la Orden había aportado tres millones y medio para sufragar los gastos de la marcha sobre Roma». En efecto, Raúl Palermi y su «Gran Logia» aportaron su apoyo directo a Mussolini. Cesare Rossi cuenta que «ocho días antes del 28 de octubre Una delegación de la plaza del Gesù acababa de reunirse con Mussolini en Milán». Para la próxima acción, Palermi le aseguraba «la ayuda de los oficiales que mandan la Guardia Real, de algunos jefes de destacamento de la guarnición de Roma, del general Cittadini, ayudante de campo del rey, todos ellos francmasones». Sin que pueda determinarse el grado de veracidad o de «bluff» de las afirmaciones de Palermi, «es un hecho que el 28 y el 29 hizo de lanzadera entre el Viminal y el Quirinal» (Mussolini com'era). Inmediatamente después de la formación del nuevo gobierno, Raúl Palermi aseguraba a los francmasones de América (el mismo rito al que pertenecía) que Italia entraba en una era de orden y paz. El telegrama que expidió a este efecto fue transmitido por el mismo gobierno como despacho oficial dirigido al embajador italiano en Washington y al cónsul de Boston, que lo hicieron llegar a sus destinatarios. La importancia de esta iniciativa viene dada por el hecho de que el presidente de los Estados Unidos, Harding, era grado 32 del rito escocés. El 12 de noviembre de 1922, Raúl Palermi sometió a Mussolini, que la aprobó y firmó, una nueva «declaración de principios» que fue sancionada el 17 de diciembre por el Consejo supremo de la Orden: daba al nuevo régimen todas las garantías posibles. Igualmente en enero de 1933 Mussolini fue elevado de golpe al grado supremo (33) de la Gran Logia. Palermi lo aprovechó para abrir una campaña contra la francmasonería que le hacía la competencia, en la intención de destruirla con la ayuda del gobierno fascista.

Ante la formación del nuevo gobierno, Domizio Torrighiani envió a Mussolini, a instancias del general Capello, un telegrama de felicitación. En una entrevista concedida el 30 de diciembre de 1922 a «*Il Giornale d'Italia*», el jefe del Gran Oriente declaraba que «había puesto en conocimiento de las logias su obligación de obedecer para cooperar al éxito del gobierno de Mussolini, tal como lo exigía el interés nacional». Las relaciones entre el fascismo en el poder y la francmasonería del Palazzo Giustiniani se envenenaron rápidamente a consecuencia de una reunión de esta orden hacia finales de enero de 1922, en Roma. Torrighiani la había convocado para someter un proyecto de fusión de las logias italianas en un rito único. Parece que su propuesta, que sin duda intentaba neutralizar la acusación de «internacionalismo» lanzada contra la francmasonería y particularmente contra la Gran Oriente, había sido aprobada. En el seno de esta logia, un grupo fascista intentó que se adoptara una actitud de adhesión incondicional al gobierno, como había hecho la Gran Logia. Pero chocó con la resistencia de una gran mayoría, que en una resolución declaró que «la francmasonería debe estar por encima de los partidos» y pidió a «los hermanos fascistas» que defendieran «tanto en los fascios como en el gobierno los principios de libertad y democracia» y la idea de que «Italia debe volver lo más pronto posible a un régimen constitucional y parlamentario». De esta forma, la iniciativa de Torrighiani para defender su orden se vio comprometida por la toma de posición política de la asamblea. La reacción fascista no se hizo esperar. En el Gran Consejo de 13 de febrero de 1923, Mussolini consiguió que se aprobara una resolución en la que se incitaba a los fascistas francmasones «a elegir entre la militancia en el P.N.F. o en la francmasonería». Inmediatamente después la logia de la plaza del Gesù intentó escapar a las consecuencias de la decisión del Gran Consejo. Raúl Palermi publicó un comunicado, aparecido el 15 de febrero en los periódicos, en el que aprobaba esta decisión, pero consideraba

Mussolini se opone a que se plantee entonces la cuestión de la francmasonería, porque no quiere perder su apoyo, pero tampoco quiere tomar una actitud favorable que podría costarle las simpatías del Vaticano y frenar el deslizamiento del partido popular hacia la derecha. Ya el 19 de septiembre, un grupo de ocho senadores populares dirigió a don Sturzo una carta para subrayar la imposibilidad de cualquier colaboración con los socialistas:

«No es inútil afirmar de nuevo con fe la convicción de que determinadas alianzas repugnan a los principios más sagrados y más necesarios de la vida social, por lo que no pueden ser aceptadas y menos aún solicitadas».

Un mes más tarde, el 21 de octubre, el Consejo nacional del P.P.I. lanza un llamamiento al país, que aun conteniendo afirmaciones rigurosas e incluso valientes en favor de la libertad y de la democracia, no deja por ello de ser en su conjunto el «golpe de timón» a la derecha que por lo demás todas las fuerzas políticas del país han dado desde finales de agosto. El llamamiento se pronuncia a favor de nuevas elecciones, pero «en la atmósfera de libertad necesaria para que la soberanía popular pueda expresarse», y sobre la base de la proporcional que tanto Mussolini como Giolitti y Nitti desearían abolir. Las elecciones deben realizarse «sobre la política de restauración financiera y económica y sobre el agrupamiento en torno a la constitución de nuevas fuerzas nacionales decididas a renunciar a sus veleidades de insurrección o de organización armada». Este llamamiento «centrista» del partido popular pasa casi inadvertido, debido a que la autoridad del partido ha sido puesta en

que no concernía a su logia, cuyos miembros, como lo probaba la reciente declaración de principios, «obedecían piadosamente a la jerarquía fascista, que está por encima de todas las contingencias y, por tanto, pueden continuar sirviendo a la patria y a la organización fascista, fieles y obedientes al *duce supremo*, Benito Mussolini, y su gobierno». Pero para oponerse a esta impunidad existía, junto al alza totalitaria a la que el nuevo régimen no podía escapar, la vigilancia hostil e intransigente de los nacionalistas y populares. Los primeros, después de haber comprobado que la decisión tomada por el *Gran Consejo* allanaba los últimos obstáculos a su fusión con los fascistas, insistieron por boca de Paolucci en el hecho de que la decisión era aplicable a toda la masonería. Los segundos, cuya hostilidad a la francmasonería databa de lejos, no resistieron la tentación de tomar parte en la limpieza contra el antiguo enemigo hoy derrotado. Mussolini continuó utilizando a la menor ocasión al aventurero Palermi. Pero en las destrucciones de logias, particularmente frecuentes en 1924, los fascistas no hicieron apenas diferencias entre las dos órdenes, y la ley de noviembre de 1925 sobre la publicidad de los estatutos y fines de las asociaciones afectó tanto a la una como a la otra.

Poco después, Domizio Torrigliani fue colocado en situación de residencia vigilada. Sólo fue liberado, ya gravemente enfermo, unos meses antes de su muerte. Soportó la persecución con una gran entereza. Al llegar a Lípári contestó a un amigo que trataba, acogiéndole, de consolarle de las desgracias: «Para la fe, la desgracia no existe» («*Libertà*», París, 6 de julio de 1933).

Sobre el conjunto de esta cuestión, Cf. Maria Rygier, *La Franc-Masonerie italienne devant la guerre et devant le fascisme*, París, 1929.

entredicho por múltiples declaraciones hechas por el Vaticano. La prensa italiana publica casi al mismo tiempo una circular dirigida por el cardenal Gasparri, secretario de Estado, a las autoridades eclesiásticas, que en las circunstancias presentes suena como una desaprobación del partido popular:

«Vuestra Ilustrísima y Reverendísima Señoría no ignora que, durante estos últimos tiempos, la Santa Sede ha sido el blanco de acusaciones y de ataques de la prensa a causa de su pretendido acuerdo con el partido popular, como si éste fuera una emanación de la Santa Sede o el representante de los católicos en el país o en el Parlamento. Contra éstas insinuaciones absolutamente falsas y calumniosas, la Santa Sede no ha dejado nunca de protestar enérgicamente, declarando en diversas ocasiones que, fiel a su principio de no dejarse arrastrar en el juego de las concurrencias políticas, ha permanecido y piensa permanecer en el futuro completamente ajena al partido popular como a cualquier otro partido político, aunque reservándose el derecho de adoptar frente a él como frente a cualquier otro partido político una actitud de reprobación y de condena, si se pusiera en oposición con los principios de la religión y de la moral cristiana».

La derecha del partido popular se asegura en Milán un éxito considerable cuando se trata de establecer una lista de candidatos para las elecciones administrativas de la ciudad, tras la disolución «legal» de la municipalidad socialista. En una primera asamblea, había prevalecido la idea de hacer una lista aparte, pero el 23 de octubre, en el transcurso de un referéndum, para el que el arzobispo de Milán ha movilizado toda su influencia, la tesis de la adhesión pura y simple a la lista del bloque nacional obtiene una fuerte mayoría.

El partido republicano no cuenta por entonces sino con fuerzas bastante reducidas, con algunos núcleos importantes en la Romaña, y en Génova, la ciudad de Mazzini. En la Romaña, el odio de los socialistas ha arrojado a una parte de los republicanos en los brazos del fascismo, que de cuando en cuando pregonaba su «tendencia republicana». En agosto, después de la huelga general, el partido republicano retiró la «adhesión moral» que había dado a la *Alianza del Trabajo*.

En la segunda mitad de 1922, las numerosas declaraciones en las que Mussolini y otros jefes fascistas se muestran partidarios del régimen establecido atenuaron un poco el entusiasmo de los republicanos y su esperanza de instalar la «República», no importa cuál, gracias al fascismo. Sin embargo, Mussolini se preocupa de crear, en el seno del pequeño partido republicano, un movimiento de escisión. Hacia el final de agosto comenzaron a surgir «fascios republicanos»; el primero de ellos, el de Génova, afirma:

«la perfecta identidad de sus medios de lucha con los del partido nacional fascista, para combatir tanto en el terreno político como en el económico a los partidos antinacionales de todas las tendencias».

El 6 de octubre se constituyó en Roma la «Unión mazziniana nacional», bajo la iniciativa de un aventurero de la peor especie, Carlo Brazzi, también francmasón, y uno de los dirigentes de ese «Sindicato nacional de Cooperativas», cuyos fondos servirán para subvencionar la marcha sobre Roma.

Sin embargo, Mussolini dedica sus mejores atenciones al Quirinal, de donde, en última instancia, depende la fortuna del movimiento fascista. Desde su polémica con «*Il Giornale d'Italia*» hasta su discurso de Udine no ha dejado de dirigir consejos y amenazas públicamente a la Corona, para que sepan en Roma a qué atenerse. No vacila en aplicar a la monarquía la misma táctica de división y de «infiltraciones» que ya aplicó en relación con socialistas, populares, liberales y republicanos. Mientras tanto, el rey ha seguido siendo demasiado fiel a Giolitti, a quien espera ver de nuevo y pronto en el poder y arrastrando tras un carro triunfal a las fuerzas amordazadas del fascismo y a las desde ahora completamente inofensivas del socialismo. A mediados de octubre, en Bruselas, durante la boda del príncipe heredero, Humberto, con la princesa María José, y en una conversación con el rey Alberto de Bélgica le confía su optimismo sobre la situación italiana: Giolitti tiene ya el encargo de formar gobierno en el bolsillo y lo hará después de la reapertura de la Cámara, fijada para el 7 de noviembre. Ahora bien, Mussolini cuenta con importantes bazas en la propia casa del soberano. El primo del rey, el duque de Aosta, casado con una Orléans intrigante y muy ambiciosa, está dispuesto a favorecer los planes de Mussolini, que lo tiene encandilado con la esperanza de una regencia. El duque de Aosta es un rematado reaccionario que desde 1920 proponía al rey instaurar en Italia un régimen análogo al de Horthy en Hungría, es decir, una despiadada dictadura antisocialista y antiobrera. En 1919-1920 favoreció la empresa de Fiume y cubrió, con su actitud y gestiones en la zona de guerra, la rendición de una parte del ejército. Ahora piensa

llegar al final, ya que D'Annunzio, la francmasonería de la Piazza del Gesù y algunos fascistas –entre ellos Mussolini– han pensado respectivamente en él como posible candidato al trono en el caso de que el rey Víctor Manuel no se adaptase a la nueva situación. En cualquier caso, Mussolini permite que sobre esta cuestión circulen los rumores más inquietantes: para él, el duque de Aosta no es más que un instrumento, un peón de su juego, extremadamente precioso, porque Víctor Manuel sabe ahora que se le ha encontrado un sucesor dispuesto a traicionarle y que incluso le traiciona ya.

Otra influencia opera también en la corte en favor del fascismo: la de la reina madre, Margarita de Saboya, la viuda de Humberto I, que fue quien inspiró la política liberticida que debía desembocar en el atentado regio de Bresci en 1900. Cuando los tres «comandantes generales» de las fuerzas militares fascistas: De Bono, De Vecchi e Italo Balbo, se reúnen en Bordighera para ultimar los preparativos de la marcha sobre Roma, la reina Margarita los invita a cenar en su palacio. De Bono y De Vecchi aceptan la invitación percatándose de que la reina conoce las razones de su presencia en Bordighera. Al despedirse de ellos formula –según cuenta Balbo en su *Diario*– «los más vivos deseos para el éxito de los proyectos fascistas, que inspiran la salud y grandeza de la Patria».

El «mando general» fascista establece en Bordighera su «plan» para la marcha sobre Roma; el general De Bono ha escogido como puntos de concentración para el reagrupamiento de las tropas fascistas Santa Marinella, cerca de Civitavecchia, Monterotondo y Tívoli. Se prescinde de las fuerzas del Sur. Se proyecta instalar en Perugia la sede del cuadrunvirato y concentrar en Foligno, siempre en Umbría, las tropas que lleguen con retraso, que de este modo constituirían una reserva.

Todavía el día 20, los tres «comandantes generales» se reúnen en Florencia con Michele Bianchi y el diputado Giuriati; toman las últimas disposiciones para la *adunata* de Nápoles y nombran a los «inspectores generales» de las doce zonas en que han dividido Italia: la primera y la segunda zonas (Liguria, Piamonte, provincia de Pavía y Lombardía) corresponden al capitán Gesare Forni; la tercera (Alto Adigio y una parte de Venecia) corresponde a Italo Bresciani; la cuarta (una parte de Venecia y toda la Venecia Julia) al diputado mayor Giovanini Giuriati; la quinta (Emilia y la Romaña) al mayor Attilio Teruzzi; la sexta zona (Roma y Perugia) al teniente Ulisse Iglori; la séptima (Toscana) al marqués Diño Perrone Compagni; la octava (Las Marcas y los Abruzos) al capitán Giuseppe Bottai; la novena (Campania y Basilicata) al

capitán Aurelio Padovani; la décima (Apulia y Calabria) al diputado capitán Giuseppe Caradonna; la undécima (Sicilia) al capitán Achille Starace; para la duodécima (Cerdeña) se aplaza el nombramiento. Las columnas fascistas de Santa Marinella serán dirigidas por el marqués Dino Perrone Compagni con la colaboración del general Ceccherini; las de Monterotondo estarán bajo las órdenes de Ulisse Iglioni y del general Fara; las de Tívoli, bajo las órdenes de Bottai. El general Zamboni será designado más tarde para dirigir las reservas de Foligno.

El 24 de octubre se celebra en Nápoles la revista de las fuerzas fascistas. Comienzan con un discurso de Mussolini, por la mañana, en el teatro San Carlo. Tras haber evocado la guerra de 1918, mutilada «porque la absurda y falsa concepción de la guerra democrática pudo impedir que nuestros batallones victoriosos desfilasen por el *Ring* de Viena y; por las calles de Budapest», Mussolini afirma que el momento presente es «el de la flecha cuando parte del arco, debido a que la cuerda excesivamente tensada está a punto de saltar». Seguidamente precisa la posición y las reivindicaciones fascistas con respecto a la situación política italiana:

«Recordáis, afirma, que en la Cámara mi amigo Lupi y yo hemos planteado los términos de una alternativa que no es solamente fascista sino Italiana: «¿Legalidad o ilegalidad? ¿Conquistas parlamentarias o insurreccionales? ¿Por qué caminos el fascismo se convertirá en el Estado? Porque queremos convertirnos en el Estado. Pues bien, el 4 de octubre, en mi discurso de Milán, ya he resuelto el problema. Hubiera bastado correr hacia mí para que no tuviera que elegir. Pero el gobierno deficiente que tiene su sede en Roma (en donde al lado de la honestidad bonachona e inútil de Facta se encuentran tres almas negras de la reacción antifascista: Taddei, Amendola y Alessio), ese gobierno coloca el problema en el terreno policíaco y del orden público... A la pregunta: ¿Fascistas, qué queréis?, ya hemos contestado muy claramente que queremos la disolución de esta Cámara, la reforma electoral y las elecciones inmediatas. Hemos pedido que el Estado salga de la neutralidad grotesca en que se mantiene entre las fuerzas nacionales y las fuerzas antinacionales. Hemos pedido severas medidas financieras, el aplazamiento de la evacuación de la tercera zona dálmata y cinco carteras además del Comisariado de la emigración. Hemos pedido de una forma precisa los ministerios de Asuntos Exteriores, de Guerra, de Marina, del Trabajo y de Obras Públicas. Estoy convencido de que ninguno de vosotros juzgará

excesivas estas peticiones; añadiré que en esta solución legal, mi participación personal en el gobierno estaba excluida, y os quiero decir el motivo: para mantener al fascismo bajo mi poder, debo conservar una gran elasticidad de movimientos, incluso en el campo del periodismo y de la polémica. ¿Qué se nos ha respondido? Nada. Peor aún, nos han hecho proposiciones ridículas. Nos han hablado de un ministerio sin cartera, de subsecretarías; todo esto es ridículo. No tenemos intención de entrar en el gobierno por la puerta de servicio, no tenemos intención de vender nuestro admirable derecho de progenitura a cambio de un miserable plato de lentejas ministerial... El problema, que no ha sido comprendido en sus términos históricos, se presenta pues y se impone como un problema de fuerza».

Mussolini finaliza su discurso haciendo un elogio de la monarquía y del ejército y elevando un himno a Nápoles, «futura reina de nuestro Mediterráneo».

En la tarde del día 24, Mussolini asiste al desfile de 40.000 fascistas concentrados en Nápoles y después a una reunión en la plaza del Plebiscito, donde se despide de los camisas negras en los siguientes términos:

«Os digo con toda la solemnidad que exige el momento: desde ahora se trata de una cuestión de días o tal vez de horas en que o bien se nos da el gobierno, o lo tomaremos arrojándonos (*calando*) sobre Roma».

«*Il Corriere della Sera*», en su Editorial del día siguiente, subraya que:

«la marcha sobre Roma, desmentida diariamente en los artículos y en las entrevistas, reaparece claramente en las palabras de despedida pronunciadas por Mussolini: incluso se ha dicho, en vez de “marchar sobre Roma”, “arrojarse” sobre Roma, como si fuera una presa».

Voluntariamente sordo y ciego, el gran órgano «liberal» añade: «Queremos pensar que el discurso de Nápoles es más un signo de impaciencia que la fórmula de una revolución». Desde luego, ésta no era la opinión de los camisas negras que en la plaza del Plebiscito gritaban a voz en cuello: ¡A Roma! ¡A Roma!

En esta atmósfera caldeada, tras esta ceremonia delirante, se celebra en el Hotel Vesubio, en la propia habitación de Mussolini y a las 22 horas, la última reunión que debe tomar las decisiones definitivas. Con Mussolini y con los «cuadrunviro» De Bono, De Vecchi, Balbo y M. Bianchi están presentes Teruzzi, Starace y Bastianini.

Mussolini propone que las jerarquías políticas del partido cedan sus poderes al «cuadrunvirato» el 26 de octubre a medianoche.

«El objetivo del movimiento debe ser la conquista del poder con un ministerio que cuente, al menos, con seis ministros fascistas en los puestos más importantes».⁹⁰

Se decide la movilización inmediata para el 27: *Inmediatamente después, el día 28, acción acerca de objetivos limitados: prefecturas y cuestaturas, estaciones, correos y telégrafos, estaciones de radio, periódicos y círculos antifascistas, bolsas de trabajo. Una vez conquistadas las ciudades, concentración inmediata, de las escuadras en las columnas designadas para la marcha sobre Roma, en Santa Marinella, en Monterotondo, en Tívoli. Allí en donde, la conquista de las ciudades es fácil y segura, puesto que toda la población es fascista, como en el valle del Po y en Toscana, sólo se dejará a un número restringido de fascistas para guardar las posiciones: todos los demás serán enviados a los lugares de concentración. En cambio allí donde la conquista, de la ciudad sea imposible o dudosa, no hay ni siquiera que intentar el asalto contra los edificios públicos sino enviar a todos los fascistas a las concentraciones de columnas. El plan debe desarrollarse según el orden establecido en Milán y en Bordighera. Por la mañana del día 28, marcha simultánea de las tres columnas, hacia la capital. La misma mañana del día 28, sábado, será lanzada en Perugia la proclamación del cuadrunvirato. En cuanto a las armas, los cuadrunviratos ya han inspeccionado dos o tres depósitos sobre los que se podrá intentar un golpe de mano. En cualquier caso, los fascistas podrán desarmar a los pequeños destacamentos de carabinieri en el campo. Para Milán, Turín y Parma están previstas acciones especiales.*

A partir del día siguiente (el 25), y hasta altas horas de la noche, se celebran las reuniones del mando donde se fijan «instrucciones detalladas» para los comandantes de la zona, quienes se reintegran a sus respectivas residencias para preparar la «movilización secreta» del 27. Para hacer frente a cualquier eventualidad se precisa el plan militar. Debe desarrollarse en cinco etapas: «1.º Movilización y ocupación de edificios públicos en las principales ciudades del reino; 2.º Concentración de camisas negras en Santa Marinella, Perugia, Tívoli, Monterotondo y Volturmo; 3.º Ultimátum al gobierno Facta para conminarlo a que ceda todos los poderes del Estado; 4.º Entrada en Roma y

⁹⁰ Italo Balbo es quien da detalles sobre esta reunión de la que, además, estaba encargado de hacer la reseña.

ocupación de los ministerios a cualquier precio. En caso de derrota, las milicias fascistas deberán replegarse hacia Italia central, protegidas por las reservas concentradas en Umbría; 5.º La formación de un gobierno fascista en una ciudad de Italia central. Concentración rápida de camisas negras en el valle del Po y continuación de la acción sobre Roma hasta la victoria y la toma del poder». Como se verá un poco después, sólo se cubrió la primera etapa, y aún parcialmente. La segunda se realizó en medio de la mayor confusión, y la marcha sobre Roma hubiera fracasado si por otro lado no hubiera evolucionado la situación política; Esta evolución hizo inútiles las restantes etapas.

En la tarde del 24 comienza la dislocación de las *squadre*: trenes especiales devuelven a sus ciudades a los fascistas llegados a Nápoles, desde todos los puntos de Italia. Al día siguiente, a primera hora de la tarde Mussolini abandona la ciudad y lo mismo hacen los restantes jefes, con objeto de dar en sus regiones la orden de movilización. Por consiguiente, la «marcha sobre Roma» se realizará... ¿Realmente Mussolini la ha deseado?

La historiografía oficial del fascismo no lo duda; otros, en cambio, lo niegan, basándose en el testimonio de algunos colaboradores del «Duce», que nos los describen vacilante, deseoso de llegar a un compromiso, hasta el punto de afirmar que hubo «que empujarle a Roma a patadas»; otros, finalmente, lo pintan apostando en todos los tableros, negociando con todo el mundo, traicionando a todos, para decidirse en el último minuto en función de las circunstancias y de su propia conveniencia. Cada una de estas «instantáneas» —y sobre todo la última— capta una actitud real del «Duce» en un momento determinado, pero no proporciona una respuesta a la cuestión planteada. Entre 1921 y la huelga general de agosto de 1922 Mussolini se autorrepresenta su propia ascensión al poder bajo la forma de una participación en un gobierno de coalición: gobierno de los tres «partidos de masas» en julio de 1921, gobierno de unión nacional orientada a la derecha en 1922, eventualmente con una *punterella* socialista. Tras la huelga de agosto y durante algunas semanas más aún considera la posibilidad de un ministerio de coalición que no sería presidido por él: Mussolini piensa en Giolitti, en Salandra, en Nitti! ¿O tal vez ha intentado engañarlos para mejor disimular los preparativos de la «marcha»? Se podría admitir esta hipótesis en el caso de que Mussolini fuese absolutamente libre para elegir su camino y poder hacer abstracción del factor «tiempo». Pero después de las grandes «ofensivas» fascistas, Mussolini sintió que había que ir al poder lo más rápidamente posible, y ahora esta exigencia se ha convertido en un imperativo. Ahora bien,

Mussolini no está en modo alguno seguro de que el fascismo pueda llegar por medio de la acción directa y de la violencia. Comprende perfectamente qué el Estado, por muy débil que sea, puede, incluso con medidas elementales, impedir un golpe de mano. A veces la idea de consagrar «su» victoria con una entrada teatral en Roma encabezando a las legiones fascistas le hace sonreír de satisfacción, pero su instinto más profundo le hace desconfiar de cualquier «romanticismo» y le empuja a considerar soluciones menos brillantes y menos arriesgadas. Si la «marcha sobre Roma» se presenta demasiado aleatoria, hay que encontrar a cualquier precio otros medios: ésto explica las conversaciones con los viejos políticos.

Cuando Mussolini plantea la alternativa: conquista legal o acción violenta, es «sincero» porque sigue la lógica de la situación y de sus intereses y porque realmente la elección se impone, a él y a todo el movimiento fascista. Por un lado capta hasta qué punto la situación se ha modificado a su favor, y qué fuerzas han puesto en sus manos las ofensivas fascistas, la carencia del Estado y los errores de sus adversarios. Mussolini quiere utilizar esas fuerzas hasta el final, traducidas en el plano del poder político. Por otro lado, comprende que la situación ha alcanzado tal punto de tensión que la decisión no puede aplazarse por mucho tiempo. Ya a comienzos de octubre temió verse obligado a elegir entre un gobierno Giolitti y la insurrección, e hizo cuanto pudo para no dejarse encerrar en ese callejón sin salida. Entre todas las razones que le empujan a tomar una decisión a mediados de octubre, hay dos sobre todo que cuentan: la voluntad de Giolitti de formar un gobierno incluso sin los fascistas, y la presentación dramática en Roma de D'Annunzio y los ex combatientes ante el Altar de la Patria que el gobierno Facta proyecta para el día 4 de noviembre. En este momento, el P.N.F. pide la convocatoria inmediata de la Cámara y nuevas elecciones. Según Italo Balbo, sólo se trata de una maniobra.

«Jugamos al escondite –dice en su *Diario*–: El espectro de las elecciones es más que suficiente para cegar a los viejos parlamentarios, que ya se han puesto en marcha para obtener nuestra alianza. Con este cebo haremos con ellos lo que nos de la gana. Nacimos ayer, pero somos más inteligentes que ellos».

Es probable que esta explicación venga del propio Mussolini. Pero su maniobra es más complicada de lo que aparece ante los ojos de sus ardientes colaboradores. Tanto más puede hablar Mussolini de elecciones cuanto que en este aspecto está seguro de obtener un importante éxito. El 16 y el 23 de

octubre, en las elecciones administrativas de las provincias de Rovigo. y de Reggio Emilia las listas fascistas consiguieron amplias mayorías; los socialistas, victoriosos en todas partes en noviembre de 1920, han debido renunciar a la lucha. En Milán, los populares y los demócratas entraron con los fascistas en la lista del bloque nacional para arrebatar el municipio a los socialistas. Las conversaciones con Giolitti han fracasado, pero Mussolini continúa proyectando la «marcha sobre Roma» o más bien *la movilización de las fuerzas militares del fascismo* como un medio de imponer la solución que Giolitti no ha querido: el movimiento –precisó en la reunión del Hotel Vesubio– debe imponer «la formación de un gabinete que cuente al menos a seis fascistas en los ministerios más importantes». Aún después del 16 de octubre, Mussolini no se deja ganar por la mística de la «marcha». Ésta sigue siendo para él un medio, un medio como cualquier otro, más peligroso que los demás, y en su fuero interno espera hasta el último momento para no tenerlo que emplear.⁹¹

Los comandantes de la milicia y los jefes escuadristas, en cambio, no conciben otra solución. Son ellos los que, en la reunión de Nápoles, piden «la movilización inmediata para llegar hasta el final». Mussolini trata de mantener una gran libertad de movimientos y continúa las conversaciones, sin comunicar a los otros jefes fascistas el contenido preciso, o incluso sin decir una palabra, como en el caso de los contactos con Nitti. Seguramente durante este período es cuando, según Massimo Rocca, irritado por la impaciencia de los partidos de la acción directa, exclamó:

«Por segunda vez me he creado en el fascismo una fuerza personal; si el fascismo no quiere servirme, lo aplastaré».

El secretario de la *Confederación general de Industria*, el diputado Gino Olivetti, que estuvo mezclado en las conversaciones políticas con Mussolini en la víspera de la marcha sobre Roma; dirá más tarde a un diputado socialista:

«Mussolini ha maniobrado con una habilidad diabólica. Hasta el último momento ha tratado con todo el mundo, y cuando obtuvo la certeza de estar bien situado en cualquier gabinete, desencadenó, o dejó que se desencadenase, la marcha sobre Roma».

⁹¹ En las instrucciones establecidas en Nápoles para la marcha sobre Roma se dice: «En el caso de que se encontrara una resistencia armada por parte del gobierno, evitese en todo lo posible enfrentarse a las tropas, hacia las que hay que manifestar sentimientos de simpatía y respeto. *En el caso de que se ofreciera, no aceptar la ayuda de los regimientos a las escuadras de acción. Esta eventualidad será examinada por el Cuadrivirato solamente en caso de conflicto.*»

No solamente quiso Mussolini distraer la atención de sus adversarios y engañarlos, sino también reservarse soluciones de recambio. En su fuero interno, la «marcha sobre Roma» fue en el contexto de las transacciones un medio de presión para concluir las satisfactoriamente. Finalmente, al confiar Mussolini todos los poderes al cuadrunvirato fascista se desembarazó de toda responsabilidad directa en la aventura, al tiempo que se procuraba la posibilidad de actuar al margen del marco de la «marcha sobre Roma». En el fondo, tiene más confianza en su habilidad maniobrera que en los recursos militares del «mando general». Con razón Gaetano Salvemini, en un penetrante estudio dedicado al *Advenimiento de Mussolini*, señala que Mussolini salió de Nápoles el día 25, atravesó Roma sin detenerse, se abstuvo de reunirse con el cuadrunvirato en Perugia y se dirigió a Milán. Si hubiera tenido fe en la solución victoriosa del movimiento, «se hubiera parado ciertamente en Perugia para atribuirse toda la gloria del “combate” y de la victoria». Ahora bien, prefirió permanecer en Milán, a 800 kilómetros de Roma, pero sólo a dos horas de la frontera suiza, procurándose no sólo posiciones políticas de repliegue, sino también la posibilidad de una huida para el caso de que la situación evolucionase hacia lo peor.

Tras la jornada del 24, el Congreso fascista de Nápoles, que se abre al día siguiente, ha perdido todo interés. Sin embargo se celebra.

«El Congreso —señala Italo Balbo— está casi desierto. Pero quedan los obstinados, los que han preparado sus discursos y no quieren renunciar. Es preciso que la comedia del Congreso continúe aún, al menos hasta mañana por la tarde. Solamente de este modo podremos engañar al gobierno y a la opinión pública».

Aunque es cierto que este Congreso no puede engañar sino a aquellos que lo desean, ya que las alusiones a la acción inminente se repiten continuamente: Michele Bianchi en su breve alocución afirma:

«Actualmente en la balanza de la política y en la nación italiana, nosotros constituimos el mayor peso. La situación presente tiene cosas para enorgullecemos. Hasta hace pocos días estábamos todos un poco vacilantes, pero seguramente sentís, como yo mismo siento, que en el transcurso de las últimas veinticuatro horas todas las vacilaciones han cedido ante una voluntad obstinada y precisa que quiere y debe vencer. ¿Cómo obtendremos la victoria?»

No tiene sentido, me parece, discutir esto en pleno Congreso, tampoco tiene mayor sentido convocar al comité secreto que cuenta con más de setenta miembros. Nos basta con mirarnos para comprendernos, y creo que ya nos hemos comprendido plenamente».

Como los debates se prolongan, el propio Bianchi interrumpe la discusión proclamando: «Fascistas, en Nápoles está lloviendo ¿qué estáis haciendo aquí todavía?» Sin embargo, el día 26 de octubre siguiente prosiguen los debates. Se expresan opiniones sobre diferentes cuestiones, pero no se decide nada sobre ninguna, porque pronto se van a abordar desde el punto de vista de las responsabilidades gubernamentales y de los recursos del poder. Por ejemplo, sobre el problema electoral, Grandi señala:

«Las jerarquías políticas ya no cuentan; han transmitido sus poderes al Estado Mayor general. Actualmente ya no hay nada que discutir, sólo queda obedecer».

El informe de Dulan sobre la política exterior provoca un corto debate en el transcurso del cual un congresista reclama la solución del problema de los italianos en Túnez, congratulándose de que «el actual caos internacional nos sea favorable, ya que de este modo podemos confiar en una revisión de los tratados y una mejora de nuestra situación»; pero aconseja la prudencia porque «un partido que está en vísperas de ocupar la *Consulta* hace bien en no prometer nada».

En Roma, los medios gubernamentales han seguido las fórmulas de Nápoles con sentimientos variados. Los que temían ver a las escuadras fascistas marchar directamente desde Nápoles hacia la capital, se sienten tranquilizados; los que esperaban, provocados por los incidentes, una acción represiva vigorosa del gobierno, se sienten defraudados. Pero los discursos de Mussolini, sus amenazas y sus alusiones colocan al gabinete Facta en una situación insostenible, hay que tomar posición, ya no es posible esperar al 7 de noviembre y la convocatoria de la Cámara. Las derechas están alertas y deciden precipitar la crisis para impedir cualquier combinación Giolitti. A ruegos de los diputados fascistas De Vecchi y Grandi, Salandra invita a Facta a dimitir. Pero como éste vacila, el hombre de confianza de las derechas y de los fascistas en el gobierno, Riccio, amenaza con dimitir él solo y de este modo se llega en la tarde del día 26 a un compromiso: después de un consejo que duró desde las 6 a las 7 de la tarde, los ministros no dimiten, sino que deciden poner sus carteras «a disposición del presidente del consejo, para

dejarle la facultad de examinar con la mayor libertad la situación». En la noche del 26 al 27, a la una de la madrugada, Michele Bianchi telefona a Mussolini para informarle sobre la situación y recibe por respuesta: «No hay nada que cambiar en las decisiones adoptadas».

Al día siguiente, viernes 27, se reúne de nuevo el consejo de ministros, y tras una discusión de tres horas, que acaba a las siete y media de la tarde, presenta la dimisión. Al mismo tiempo al conocerse que la movilización fascista ha comenzado se decide la adopción de una serie de medidas y se transmiten los poderes a las autoridades militares a partir de la medianoche. La dimisión el gabinete agrava la crisis y debilita aún más al gobierno, que renuncia a su autoridad en el preciso momento en que tendría que afirmarla con la mayor energía. Las derechas quieren prevenir la marcha sobre Roma mediante una combinación ministerial presidida por Salandra, aunque utilizando, como en 1914, la presión fascista para imponerla. Todos los periódicos conservadores y liberales, desde «*Il Corriere della Sera*» a «*Il Giornale d'Italia*», piden un «gobierno fuerte» del que formen parte los fascistas. «*L'Idée nazionale*», órgano nacionalista, exige abiertamente una solución extraparlamentaria de la crisis:

«Facta –escribe este periódico– ha demostrado que conocía las necesidades del momento al presentar la dimisión del gabinete sin esperar el voto del Parlamento. Pero la dimisión del gabinete no basta... La solución de la crisis presente no puede encontrarse en el terreno parlamentario. La crisis no ha sido determinada por un desplazamiento de las fuerzas parlamentarias, sino por un profundo cambio en la conciencia del país y por la maduración de nuevas energías dispuestas a explotar de un momento a otro».

Mientras tanto, las conversaciones y las maniobras continúan. Orlando y el prefecto Lusignoli acuden a Cavour para visitar a Giolitti, que celebra su ochenta aniversario. D'Annunzio, que, después del concordato con Mussolini, ya no está tan decidido a estar en Roma el 4 de noviembre, cede cada vez más. Los jefes de la Asociación de mutilados de guerra, Ruggerio Romano y Cario Delcroix, han acudido a Gardone para persuadir al «Comandante» de que no renuncie a su proyecto. Esta iniciativa fracasa, puesto que el 27 se anuncia que la ceremonia del 4 de noviembre no se celebrará, «con el fin de evitar que la noble iniciativa de los mutilados y el nombre y la persona de D'Annunzio puedan servir para oscuras maniobras políticas».

Facta se pone en contacto con el rey y con Mussolini y pide a ambos que acudan a Roma. El rey, que está veraneando en San Rossore, regresa a las 8 de la tarde a la capital. Mussolini se niega a hacerlo. La misma tarde, Facta acude a visitar al rey presentándole la dimisión del gobierno. Parece ser que el rey está bastante irritado ante los acontecimientos, pero Facta le tranquiliza y trata de demostrarle que la situación no es demasiado grave y que las medidas adoptadas darán tiempo para encontrar una solución.⁹² Porque también Facta tiene su solución. En el discurso de Nápoles, Mussolini rindió homenaje a su «honestidad» y denunció el «antifascismo» de los ministros Taddei, Améndola y Alessio. ¿No se podría, por tanto, formar un tercer gabinete Facta sustituyéndolos por tres ministros fascistas?⁹³ Sin embargo, las declaraciones que el secretario del P.N.F., M. Bianchi, hace a la prensa durante la noche del 27 al 28 no dejan ninguna esperanza para una solución de este tipo:

⁹² Facta tuvo una primera entrevista con el rey en la salita de espera real de la estación y una segunda sobre las 9 de la noche. Salvemini mantiene –no conocemos la fuente en que se basa– que el rey se mostró indignado ante lo que pasaba: «Antes que ceder –dijo en piemontés– me marcharía con mi mujer y mi hijo». («El advenimiento de Mussolini», en Res Publica, Bruselas, octubre de 1932). Sobre las conversaciones entre Facta y el rey celebradas la tarde del 27 de octubre, hoy se tienen numerosos testimonios que confirman lo que había contado Salvemini sobre el estado de ánimo del soberano. También es cierto, que Facta propuso al rey decretar el estado de sitio desde la breve entrevista que tuvieron en la Stazione Termini de acuerdo con lo que Facta cuenta más tarde a Bergamini. ¿Dio el rey su acuerdo formal a esta medida? El rey no era hombre para comprometerse hasta ese punto en una decisión gubernamental; Facta no era hombre para tomar una medida tan grave sin contar con el consentimiento del rey. La segunda conversación con el rey en la Villa Savoia sobre las 11 de la noche, en un momento en que las noticias procedentes de todas partes revelaban que la situación se agravaba rápidamente, dio con toda seguridad a Facta la impresión de que el estado de sitio era inevitable y que el rey lo reconocía así. El secretario particular de Facta, Amadeo Paoletti, que le había acompañado a Villa Savoia, cuenta que el presidente, al salir de la segunda audiencia real, se fue al Viminale «porque había que preparar el decreto de estado de sitio que el rey debía firmar al día siguiente». Por si pudiera quedar alguna duda a este respecto, el testimonio, hoy hecho público, del diputado Giuseppe Paratore, pone finalmente las cosas en claro: «En la noche (del 27 al 28), el Consejo de ministros fue convocado de improviso; se discutió y se tomó una decisión sobre el estado de sitio. El primer ayudante de campo del rey estaba presente en el Viminale y afirmó, ante la perplejidad de algunos ministros, que si no se decretaba el estado de sitio, el jefe del Estado abandonaría Italia» («*Política parlamentare*», julio de 1949).

⁹³ El conde Sforza ha dado a la publicidad en sus Constructores de la Europa moderna las confidencias que después de octubre de 1922 le hicieron Giolitti y el Senador Taddei: «Cuando mostré a Giolitti mi sorpresa de que no hubiera considerado su deber, en otoño de 1922, venir a Roma y hacerse cargo del poder, la respuesta que recibí fue que probablemente él se había equivocado, pero que las objeciones de toda clase que Facta le hacía para que no se moviera de su casa de campo en Cavour eran infinitas e inagotables. Incluso le telegrafió cuando ya había decidido salir de Cavour para Roma diciéndole que las inundaciones hacían peligroso el viaje. La explicación de Giolitti era que Facta se había dejado engañar por ciertas confidencias de los fascistas, que habían puesto ante sus ojos, como un espejismo, la esperanza de que seguiría siendo primer ministro en un nuevo gobierno formado por Mussolini y otros fascistas».

«La crisis es extraparlamentaria –afirma Bianchi–; la Cámara ha quedado aparte. No ha dado ninguna indicación. La sucesión debe recaer en aquellos que, al margen del Parlamento, han provocado la crisis, es decir, en los fascistas... A la luz del buen sentido, se debería constituir un gabinete Mussolini... Un gabinete Salandra, o Giolitti, u Orlando, o Giolitti-Orlando, es un contrasentido, y en cualquier caso recordad que cualquier combinación que comprenda a los fascistas debe reservarles el ministerio del Interior». ⁹⁴

M. Bianchi termina finalmente sus declaraciones dando *un nuevo mentís a los rumores de una marcha sobre Roma, de una movilización general y de un golpe de Estado*. «La conquista de Roma ha empezado y no necesitamos ni movilización ni golpe de Estado». ⁹⁵ Al mismo tiempo, llegan a Roma las noticias que ya no pueden ignorarse sobre la movilización fascista y la ocupación de cuarteles y edificios públicos en determinadas ciudades de Toscana. Al día siguiente «*Il Popolo d'Italia*» aparece, por la mañana, con los siguientes titulares: *La historia de Italia está en un momento crucial. –La movilización de los fascistas en Toscana–. Todos los cuarteles de Siena están ocupados por los fascistas. Los soldados verdigrises confraternizan con los camisas negras*. Por consiguiente, Facta se ve obligado a convocar durante la noche el Consejo de ministros, que decide la proclamación del estado de sitio a partir del sábado 28, al mediodía.

Durante la mañana del día 28 es cuando se decide la suerte de Italia. La dimisión del gobierno ha dejado este albur en las manos del rey, que bruscamente se ha convertido en el árbitro de la situación. En torno al Quirinal y en torno del Viminal se juega una partida muy disputada cuyas fases se pueden seguir hora por hora y en la que todos los personajes tienen un papel de tragicomedia que complica aún más el entramado. A las nueve, Facta visita al rey para presentarle a la firma el decreto del estado de sitio, anunciado al país en una proclama del gobierno. ⁹⁶

⁹⁴ En cambio, el ministerio del Interior era el único de los ministerios importantes que Mussolini no reclamó en su discurso de Nápoles

⁹⁵ Algunas horas más tarde, Bianchi, que había marchado a Perugia donde estaba establecida la sede del cuadrivirato, entró en el palacio de la Prefectura y llamó al ministro del Interior. «Por azar –cuenta Balbo–, el mismo Facta se precipitó al aparato: creía que era su prefecto. Michelino Bianchi le comunicó entonces el cambio forzado de la guardia en la prefectura de Perugia y la ocupación de la ciudad por los fascistas». En realidad, no fue Facta quien respondió, sino su jefe de gabinete, quien reconoció la voz de Bianchi a pesar de sus esfuerzos por deformarla.

⁹⁶ El texto es el siguiente: «Se han producido, manifestaciones sediciosas en algunas provincias de Italia, coordinadas para obstaculizar el funcionamiento normal de los poderes del Estado y susceptibles de hacer caer al país en el más grave caos. El gobierno, en la medida de sus posibilidades, ha intentado todos los caminos para la conciliación, con la esperanza de que los

Pero antes de esta entrevista, ya otras iniciativas han tratado de impedir la ejecución de la decisión ministerial. Desde primeras horas de la mañana se han estado ejerciendo presiones sobre el rey.

«A las siete y media –cuenta Chiurco–, el doctor Ernesto Civelli (que había sido encargado de proveer conjuntamente con el ingeniero Postiglione «a todos los servicios para la milicia fascista movilizada») – solo, primero que todos los demás– explica al soberano la situación, anunciándole la concentración de 70.000 fascistas que cercan a Roma. Asegura que los fascistas están con el rey, siempre y cuando el rey esté con ellos».

Por otra parte, a las seis de la mañana, el diputado nacionalista Federzoni y Roberto Forges Davanzati, redactor de «*L'Idée Nazionale*», visitan a Facta y le preguntan si aún tiene contactos con los dirigentes del movimiento fascista. Ante la respuesta negativa de Facta, se ofrecen para restablecer esos contactos, y desde el mismo gabinete del presidente del consejo telefonan a De Vecchi a Perugia, sede del cuadrunvirato fascista, y a Mussolini en Milán, invitándoles a acudir a Roma. De Vecchi acepta; Mussolini, una vez más, rechaza.

Una vez regresado al Viminal Facta informa al Consejo de ministros sobre las vacilaciones del rey. El Consejo le encarga que visite de nuevo al soberano y le insista para que sancione el estado de sitio ya proclamado. Probablemente, entre la primera y segunda visita de Facta, que tiene lugar alrededor de las diez de la mañana, hubo otras intervenciones para presionar al rey: la de Federzoni, que anuncia la movilización nacionalista; la del almirante Thaon di Revel, que pide al rey que evite cualquier conflicto entre los fascistas y el ejército. También le hacen llegar la noticia de que su primo, el duque de Aosta, se encuentra en Bevagna, no lejos de Perugia, en contacto con el cuadrunvirato y dispuesto a dejarse instalar en el trono si el rey es depuesto por los fascistas o renuncia a la corona.⁹⁷ Por ello, Facta recibe un segundo y

espíritus recobren la concordia y para asegurar la solución pacífica de la crisis. Ante las tentativas de insurrección, el gobierno dimisionario tiene el deber de mantener por todos los medios y a toda costa el orden público. Este deber lo cumplirá íntegramente para salvaguardar a los ciudadanos y las libres instituciones constitucionales. Que los ciudadanos conserven la calma y tengan confianza en las medidas de seguridad que han sido adoptadas. *¡Viva Italia! ¡Viva el Rey!*» Este llamamiento sólo se hizo público en Roma: en varias ciudades fueron los mismos fascistas, que habían ocupado los servicios telefónicos, quienes lo recibieron.

⁹⁷ Siempre según el testimonio, digno de toda confianza, del conde Sforza, el senador Taddei, ministro del Interior del gabinete dimisionario, «después de reunir un montón de indicios a los que en un primer momento apenas había dado importancia, llegó a la convicción de que Facta, contrariamente al mandato formal que por dos meses le había confiado el gabinete, había

definitivo rechazo del rey, por lo que el Consejo de ministros no tiene más remedio que retirar el decreto. A las once y media de la mañana, la agencia Stefani es «autorizada a anunciar que la medida concerniente a la proclamación del estado de sitio deja de tener efecto».

La decisión del rey desautorizando a su gobierno le quita a éste la escasa autoridad que podía quedarle, al tiempo que modifica totalmente la situación. Ésta situación es la que crea lo irreparable desde cualquier punto de vista.

«Al revocar el estado de sitio –escribe el historiador Salvemini– el rey nó solamente desarma al gabinete dimisionario, sino que también renuncia a la facultad de designar libremente al nuevo presidente del Consejo. Hasta las doce y cuarto del 28 de octubre –hora en que el comunicado de Stefani fue transmitido a los periódicos–, Salandra y el rey habrían podido negociar con los fascistas para hacerles entrar en el gobierno en calidad de subordinados. A partir de las doce y cuarto del 28 de octubre, Mussolini se convierte en el amo».

En la tarde de 28, el rey continúa sus consultas. De Vecchi llega a Roma a la una y visita al rey, que también recibe al presidente de la Cámara, De Nicola, y a los diputados Cocco-Ortu, Orlando, De Nava y Salandra. Giolitti y Mussolini, que también han sido llamados, no han acudido. A las cinco de la tarde el rey recibe por tercera vez a Facta y por segunda vez a De Vecchi, que:

desaconsejado al rey sobre la firma del decreto de ley marcial, alegando la falta de autoridad de un gabinete dimitido y que él mismo mantenía dimisionario». Los testimonios de que ahora se dispone sobre la conducta de Facta en octubre de 1922 permiten dar una interpretación al menos más probable. Sus reticencias no eran debidas a razones bajas. Se puede ver en ellas el reflejo de una ambición que superaba la medida de sus fuerzas. Estimaba que estaba más calificado que Giolitti para conseguir un gobierno de unión con los fascistas cuyos emisarios tenían mucho interés en anclarle en este convencimiento. Facta tenía así en reserva la carta D'Annunzio de quien Giolitti no podía disponer. No es exacto decir que en el Consejo de ministros de 26 de octubre Facta quisiera solamente ganar tiempo. La mañana del 28, según las *Memorias* de Soleri, aún conservaba en el fondo de su corazón, y resignándose a la «manera fuerte» impuesta por la precipitación de los acontecimientos, la vaga esperanza de una solución de compromiso, es decir, de «una reorganización de su gobierno incluyendo a los fascistas».

Nos parece que debe excluirse la hipótesis de Taddei (citada por Sforza) según la cual, Facta, al ir a ver al rey el 18 de octubre, le había aconsejado encarecidamente que no firmara el decreto. Sin duda, la hipótesis que ha formulado Salvemini se acerca más a la realidad: «Facta no muestra firmeza al pedirle al rey que firme» (*Il Ponte*), noviembre de 1948). Después de haber anunciado al rey la unánime decisión del Consejo de ministros sobre el estado de sitio, Facta debió encontrarse desarmado ante las objeciones del rey en el sentido de que no estaba en disposición de presionar eficazmente. Cuando Facta fue a ver al rey, éste ya no necesitaba consejos en uno u en otro sentido. El consejo ya había llegado por la noche: el rey había establecido con los fascistas un compromiso que esperaba realizar bajo la égida protectora de una solución Salandra. En seguida el rey reivindicó abiertamente la responsabilidad y la iniciativa de su decisión al afirmar a De Vecchi: «Deseo que los italianos sepan que he sido yo quien se ha negado a firmar el decreto del estado de sitio».

«ha expuesto al rey los fines altamente patrióticos del movimiento».

Expresándose de este modo, relatan los periódicos, el *cuadrunviro* De Vecchi estaba muy emocionado y el rey también, que lo abrazó manifestándole que se había negado, él solo, a estampar su firma en el decreto de estado de sitio, y que él daría a Italia

«el gobierno que respondiera mejor a las necesidades nacionales aunque observando escrupulosamente las garantías constitucionales».

Para formar este nuevo gobierno, el rey llama a las seis de la tarde a Salandra, que inmediatamente se pone en contacto con los jefes fascistas, De Vécchi, Ciano y Grandi y les expone sus intenciones. «*Il Giornale d'Italia*» publica, entre las 9 y 10 de la noche, su sexta edición (que aparece con fecha 29, día siguiente) con la noticia de la constitución del gabinete Salandra-Mussolini en el cual cuatro carteras quedan reservadas para los fascistas.

¿Maniobra para preparar a la opinión pública y para comprometer a los fascistas? Probablemente, pero esta maniobra está basada sobre un elemento positivo: la aceptación de principio de los jefes fascistas, que únicamente se han reservado obtener el consentimiento de Mussolini, del que no dudan. Que la mayoría de los jefes fascistas estuvieron de acuerdo en aceptar las proposiciones de Salandra, lo prueba taxativamente un artículo de Giovanni Marinelli, secretario administrativo del P.N.F., y tesorero de la «marcha sobre Roma». Más tarde ha relatado cómo fueron rotas las conversaciones: «A las once de la noche (del día 28) —después de las últimas conversaciones en el Quirinal en las que participaron Salandra, De Vecchi y otros—, De Vecchi, Ciano, Giovanni Marinelli, Grandi, Postiglione y Polverelli se reunieron en la redacción romana del diario «*Il Resto del Cartino*», en la plaza Colorina. Se hizo una exposición serena y objetiva de los acontecimientos, de los tratos realizados y de las nuevas tentativas iniciadas. Con una longanimidad sin igual, se consideró la posibilidad de una combinación Salandra-Mussolini. El autor de estas líneas y Postiglioni recibieron la penosa misión de telefonar al Duce para informarle de todo este laborioso asunto. Lo hicimos, aunque con la sospecha de que la solución sería muy diferente. A la una de la madrugada entramos en el Viminal, que estaba casi desierto. Subimos al despacho del ministro del Interior. Era imposible localizar a Taddei y solamente pudimos encontrar al subsecretario del Interior, Fumarola, y a su jefe de gabinete. Nos recibieron entre asombrados y aterrorizados poniendo inmediatamente a nuestra disposición comunicación telefónica con Milán, que era el objetivo de

nuestra visita. Postiglione, puesto en comunicación con el *Duce*, le leyó la proposición de la combinación conocida; Mussolini le escuchó sin interrumpirlo. Una vez acabada la lectura, y tras haber preguntado si no había nada más que comunicarle, Mussolini respondió con las palabras siguientes:

«No merecía la pena movilizar el ejército fascista, hacer una revolución, y tener una serie de muertos, pará una solución Salandra-Mussolini y por cuatro carteras ministeriales. No acepto». Y a continuación se oyó el golpe seco del auricular contra el aparato. Muy emocionados, comunicamos a De Vécchi, que nos esperaba en el Hotel Moderno, la respuesta definitiva del *Duce*.⁹⁸

⁹⁸ Todavía en la noche del 26 al 27 Mussolini vaciló en el momento en que Bianchi le telefoneaba y esperaba la respuesta de Giolitti. Después telefoneó a Salandra, durante el retorno de Lusignoli a Milán, para tantear el terreno. Alberto Albertini cuenta que algunas horas después de telefonear a Salandra, en su conversación con el prefecto parecía que rebajaba «algunas de sus pretensiones (proclamadas en el discurso de Nápoles): se contentaba con cuatro carteras».

Su conversación telefónica del día 27 por la tarde con Farinacci pone de manifiesto otra vacilación. Farinacci, que se encuentra en Cremona, le dice que ha recibido de Perugia orden de suspender la acción durante veinticuatro horas; al parecer, Facta había presentado la dimisión e invitaba a Mussolini a entrar en el nuevo gobierno; así que «hay que esperar la solución de las negociaciones». Farinacci llama la atención de Mussolini sobre las dificultades en que le sitúa la orden de espera. Mussolini le pregunta si ya hay muertos, etc.; ante la respuesta afirmativa de Farinacci, Mussolini concluye: «Ante este hecho no hay más remedio que continuar». Pero su actitud se precisa y se endurece desde las primeras horas del 28.

Se ha escrito que en este momento Mussolini había vacilado ante la propuesta de sus amigos de... Roma, y que el diputado Aldo Finzi, que se encontraba a su lado en Milán, le había quitado el aparato de las manos y había respondido en su lugar: «No hay gobierno Salandra que valga; nos hace falta un gobierno Mussolini». ¿En qué momento intervino Finzi? Seguramente no en la conversación del 27 a primera hora con Bianchi, ni en la de la mañana del 28 con Federzoni, cuyo texto interceptado se ha conservado a través de E. Ferraris. Hay indicios, pero es difícil saber hasta qué punto fiables, de que se hizo un último intento para persuadir a Mussolini de que entrara en la nueva combinación gubernamental. el parecer hubo un telefonazo de De Vecchi a Acerbo el día 29 a las siete de la mañana (*B.P.I.* n.º 192). El «misterio» del episodio Finzi se aclara con las indicaciones más precisas aportadas por G. Salvemini («*Il Ponte*», noviembre de 1948). La intervención de Finzi tuvo lugar el día 28 a última hora de la tarde. A este respecto hay el testimonio explícito en una carta del 10 de junio de 1927 escrita por Giorgio Schiff-Giorgini y publicada por Salvemini en la revista americana *Current History* (febrero de 1933): «El 28 de octubre de 1922 sobre las siete de la tarde, el rey, que por la mañana se había negado a firmar el decreto sobre el estado de sitio, creyó que podría resolver la crisis llamando a Salandra para que formara un nuevo gobierno. De Vecchi telefoneó desde Roma a Milán y ofreció a Mussolini y sus amigos cuatro carteras con la condición de que no fueran ni la presidencia del Consejo, ni Interior ni Asuntos Exteriores. Mussolini se encontraba en la oficina de la dirección de «*Il Popolo d'Italia*», en una cabina telefónica. En una salita vecina estaban Finzi y Schiff-Giorgini. Mussolini empezó a discutir por teléfono con De Vecchi sobre el número y la naturaleza de las carteras que se le ofrecían y era evidente que en principio estaba dispuesto a participar en un gobierno Salandra. Entonces. Finzi se precipitó sobre Mussolini, le quitó el teléfono de las manos y gritó: «Los Camisas negras, marchan hacia Roma, la sangre ya ha corrido. No hay ningún acuerdo posible; sólo queda una solución: el gobierno Mussolini». Una vez que colgó el teléfono, Mussolini reflexionó un instante, y dirigiéndose a Finzi le dijo: «Tienes razón». Persuadido ya y envalentonado, Mussolini rechazará enérgicamente las últimas propuestas que se le hacen durante la noche.

En el momento en que Mussolini recibía la llamada de teléfono de Postiglione (entre la una y la una y inedia de la madrugada del día 29), acababa de redactar el editorial de «*Il Popolo d'Italia*» que aparecería en la mañana del día 29:

«La situación es la siguiente: una gran parte de Italia septentrional está en manos de los fascistas. Toda Italia central, Toscana, Umbría, las Marcas y el Alto Lacio están ocupados por los camisas negras. Allí donde no han sido tomadas al asalto las cuesturas y las prefecturas, los fascistas han ocupado las estaciones y correos, telégrafos y teléfonos, es decir, los centros nerviosos de la nación... La victoria está ya muy extendida. No debe ser mutilada por combinaciones de última hora. Para llegar a una transacción Salandra no merecía la pena movilizarlos. El gobierno debe ser netamente fascista... Debe rechazarse cualquier otra solución. Que las gentes de Roma comprendan que hay que terminar con los formalismos caducos, que ya en ocasiones mucho menos graves han sido mil veces pisoteados. *Que comprendan que la solución de la crisis puede obtenerse permaneciendo dentro del campo de la ortodoxia constitucional, mientras que mañana tal vez será demasiado tarde.* ¡Que se decidan! ¡El fascismo quiere el poder y lo obtendrá!»

Hacia la tarde del día 28, Mussolini comprende que la primera parte del plan fascista ha triunfado casi sin encontrar dificultades, y que la supresión del estado de sitio le entrega Roma y el poder. En Roma, aún prevalece la idea de una combinación Salandra-Mussolini, ya que determinados jefes fascistas, como De Vecchi y Ciano, el rey, los jefes del ejército y los nacionalistas son favorables a ella. Pero Mussolini, que probablemente habría aceptado esta solución algunos días antes, y que se hubiera adherido a ella en caso de haber fracasado la movilización fascista, no ve ahora por qué debe renunciar a utilizar hasta el límite y para sí mismo la victoria que acaba de conseguir.

Al comienzo del movimiento, Mussolini ha escrito a D'Annunzio proponiéndole la instauración de una dictadura de tres: Mussolini, D'Annunzio y el duque de Aosta. D'Annunzio rechazó. Pero la misma noche del 28, hacia las diez, Mussolini puede ya enviar a Gardone este nuevo mensaje:

«Mi querido comandante: las últimas noticias confirman nuestro triunfo. La Italia de mañana tendrá un gobierno. Seremos suficientemente inteligentes y razonables para no abusar de la victoria. Estoy seguro de que usted la saludará como la mejor consagración de un renacimiento de la juventud italiana. ¡A usted! ¡Por usted!»

Los emisarios que han llevado este mensaje a D'Annunzio le explican que el rey se ha negado a firmar el decreto del estado de sitio y «que es seguro que confiará a Mussolini la tarea de formar el nuevo gobierno».⁹⁹

Lo que da esta certidumbre a Mussolini no es sólo la evolución de la situación general, sino también la ayuda decisiva que siente a su alrededor. Mientras en Roma se persigue el espejismo de una solución Salandra, en Milán se trabaja enérgicamente por una solución Mussolini. El prefecto Lusignoli, los jefes de la Confederación general de la Industria, los diputados A. Stefano Benni y Gino Olivetti mantienen contactos muy activos con Mussolini. Los

⁹⁹ Los emisarios son el general Giampiero, el general Douhet y el capitán Coselschi. Su conversación con D'Annunzio y el texto de la respuesta amañado, fueron copiados por «*Il Popolo d'Italia*» de «*Il Giornale d'Italia*». En el texto citado por «*Il Popolo d'Italia*» figura este pasaje: «Me parece imposible que toda la juventud de hoy no os reconozca y siga con el corazón purificado». De esta forma parecía que D'Annunzio consagraba la empresa de Mussolini ante los ojos de la juventud italiana y le invitaba a asociarse a ella. En cambio, el mensaje original hablaba del libro (sin duda *Per l'Italia degli italiani*) que D'Annunzio enviaba como regalo a Mussolini a través del mismo mensajero: «En este libro, tantas veces interrumpido, están recogidas las verdades que el monóculo descubre en la soledad y en la meditación. Me parece imposible que toda la juventud italiana de hoy no las reconozca y las siga con el corazón purificado». Con ese amaño, una frase, con la que D'Annunzio afirmaba una vez más la misión personal de la juventud, se ha convertido para *Il Popolo d'Italia* en un llamamiento a la juventud para que siga a Mussolini.

En una carta del día 29 a un amigo milanes, D'Annunzio guarda con respecto al movimiento una actitud bastante desafiante de maestro espiritual que espera su hora y que en esta eventualidad indica a sus fieles la conducta a seguir: «Hay que fundamentar, secundar y dominar con el pensamiento puro un gobierno experimental que retrasa las elecciones al comienzo de la primavera, de forma que la nación sea iluminada por nuestro fervor y ayudada por nuestra firmeza a expresarse con valentía y profunda sinceridad. El rey, que no desconoce ninguno de sus deberes, debe continuar haciendo frente a los enemigos del exterior que se agarran a cualquier pretexto para irritarse». Los jóvenes deben evitar «todas las formas de la violencia vulgar y de la vanidad presuntuosa». «En el curso de los cinco meses futuros debemos poner las bases de la reconstrucción nacional, *firmiter et sublimius*. La patria es una obra en continua creación: el trabajo, el trabajo diverso y unánime, debe ser también el armonioso creador de la más grande de las Patrias y el modesto legislador de sí mismo... Deseo que todos los italianos entiendan mi lenguaje.» Nada más llegar a Roma, Mussolini envía a D'Annunzio un telegrama en respuesta al mensaje del día 29: «Al asumir la difícil tarea de dar a la nación una disciplina y la paz interna, le dirijo, Comandante, mi saludo afectuoso que augura el bien de la patria para usted y su destino. La vigorosa juventud fascista que vuelve a dar un alma a la nación no pondrá a la Victoria una venda en los ojos» (periódicos del primero de noviembre). Juventud italiana, había escrito D'Annunzio; juventud fascista, responde el nuevo jefe de gobierno. D'Annunzio se siente superado y sobre todo frustrado; poco después de la «marcha» escribe a un amigo: «La Italia que se llama nueva imita con énfasis mis gestos y mi lenguaje, pero tiene horror a mi espíritu. Dentro de poco me desterrará a menos que me exilie antes» (Nino Daniele, *Fiume bifronte*, «*I Quaderni della libertà*», 25 de enero de 1933, Sao Paulo).

dirigentes de la Asociación bancaria, que habían hecho una entrega de veinte millones para financiar la «marcha sobre Roma», y los dirigentes de la Confederación de la Industria y de la Agricultura telegrafían a Roma para comunicar a Salandra la opinión de que la situación no tiene otra salida más que un gabinete Mussolini. El senador Ettore Conti, gran magnate de la electricidad, y el senador Albertini, director de «*Il Corriere della Sera*», al que los fascistas impedirán al día siguiente su aparición,¹⁰⁰ telegrafían por su parte a Facta para que pida al rey que confíe a Mussolini la formación del nuevo

¹⁰⁰ Alberto Albertini había recibido en la noche del 27 al 28 la visita de Finzi y de Cesare Rossi, que le recomendaron «la mayor comprensión con respecto a los fines perseguidos por el fascismo», según dice Cesare Rossi; más exactamente amenazaron al periódico con «las más violentas sanciones» si adoptaba una actitud hostil. Pero el «*Corriere de la Sera*» apareció con una enérgica nota de Ettore Janni: «En Toscana, el primer signo de un movimiento sedicioso encontrará, así lo esperamos, a la autoridad gubernamental dispuesta a una resistencia inquebrantable». Al día siguiente (día 29) tuvo que cambiar de opinión. Un paso análogo se dio con respecto a «*Il Secolo*» que se plegó a las amenazas, y «*Avanti*». Según el relato de Cesare Rossi: «En «*Avanti*» cuando invitamos al periódico a que guardara una posición neutral, Nenni respondió que lo que el fascismo estaba preparando tenía que ver exclusivamente con el Estado liberal y no con el proletariado y el partido socialista. Nos despedimos con la misma cordialidad con que habíamos llegado. El «*Avanti*» y «*Il Secolo*» aparecieron con informaciones objetivas de acuerdo con lo prometido». La versión de Pietro Nenni es la siguiente: «Me informé (de la movilización fascista) por los mismos fascistas, que hacia media noche enviaron una delegación al Avanti. Estaba formada por Cesare Rossi... Manlio Morgagni y Dumini, el futuro asesino de Matteotti. La conversación fue breve y dramática. La delegación venía a exigir la suspensión de Avanti. Como me negué a recibir órdenes de cualquiera que estuviera al margen de mi partido, se fueron profiriendo amenazas (*Seis años de guerra civil en Italia*).

En la mañana del 28, «*Avanti*» apareció con el siguiente titular en primera página: «La crisis del régimen –Pródromos del conflicto entre el Estado y el fascismo–. El estado de sitio proclamado en toda Italia». El editorial «Las incógnitas de la situación» se debía a la pluma de Pietro Nenni. En lo esencial decía: «Si las noticias que llegan de Toscana son exactas, si no están exageradas por la exaltación de la imaginación popular, si son el anuncio y el prólogo de una acción más amplia, eso significa que de los dos términos de la alternativa, legalidad o insurrección, el fascismo elige el segundo e intenta apretar el cuello a la clase dirigente que tan grandes servicios le ha prestado con su apoyo y sus gritos de ánimo. Los grupos que habían esperado limitar el fascismo al antisocialismo estricto... están hoy inmersos, en la lucha y corren el riesgo de perecer con todo su patrimonio de ideologías y tradiciones. ¿Qué posibilidades hay de que la crisis se traslade del terreno extra parlamentario al antiparlamentario? Es cierto –y en este punto estamos de acuerdo con los fascistas– que la clase dirigente ha perdido toda su autoridad y todo su crédito... Muchas simpatías que hoy se vuelcan sobre el fascismo como hace dos años se dirigían hacia el socialismo, están fundadas en el deseo instintivo de ver a una nueva clase política barrer las cuerdas de Augias de la capital... Las noticias según las cuales el soberano ha sido acogido en Roma con demostraciones fascistas y nacionalistas acreditan la idea de que la crisis de octubre de 1922 se desarrolla en la misma atmósfera, con los mismos métodos y con idénticos resultados que la crisis de mayo de 1915. La Corona está muy equivocada si se hace ilusiones de salvar así las prerrogativas de su poder y convertirse en algo que no sea un juguete en manos de los reaccionarios. Los grupos demócratas y populares están muy equivocados si, decididos a inclinarse ante la solución anticonstitucional y antidemocrática de la crisis, creen detener así la desarticulación de su organismo. Este precoz otoño está viendo la desaparición sin gloria del Estado italiano nacido, entre 1848 y 1870 de un compromiso entre la Revolución y la dinastía de los Saboya. Lo que no desaparece ni puede desaparecer es la voluntad de existir que tiene el proletariado italiano, su voluntad de ascender y prevalecer incluso en esta crisis mortal, para afirmar que no hay gobierno duradero contra la clase obrera, que no hay autoridad en la dictadura de una fracción que se ha impuesto en el país, no por el prestigio de un programa, sino por la violencia de las armas». El editorial del día siguiente,

gobierno. El papa publica el mismo día un llamamiento a la paz que prácticamente es un llamamiento al desarme y a la tolerancia hacia la sedición fascista. Chiurco revela que el Vaticano tomó oportunamente sus precauciones:

«En ese momento —relata Chiurco—, la Santa Sede hace saber, a través de un alto emisario, que se mostraría satisfecha de que Mussolini quisiera informarle sobre las intenciones políticas del fascismo con respecto a la Iglesia».

Del lado fascista se responde «dando las más leales garantías». Mussolini es, por tanto, el candidato de la plutocracia y de las «congregaciones económicas», de los «liberales», que lo prefieren a los viejos políticos como Salandra, y del Vaticano. Dentro de pocas horas también será el candidato de la monarquía.

Salandra, que había reservado su respuesta al rey hasta la mañana siguiente (domingo 29), acude al Quirinal para declinar la misión de formar nuevo gabinete para designar a Mussolini como el único capaz de lograrlo. Entonces el rey ruega a De Vecchi que pida a Mussolini por teléfono que acuda a Roma. Mussolini responde que no abandonará Milán hasta después de haber recibido un telegrama del rey encargándole explícitamente de formar gobierno. El general Cittadini, ayudante de campo del rey, envía inmediatamente el telegrama redactado de este modo: «S. M. el rey, deseoso de encargarnos formar gobierno, os ruega acudir lo antes posible a Roma». Mussolini decide marchar a Roma en un tren especial hacia las tres de la tarde; luego cambia de opinión y no abandona Milán sino por la noche en el tren de las ocho.

titulado «Nuestra posición», después de una breve historia de los acontecimientos, dice: «No nos preocupamos de la miseria moral de los partidos democráticos y liberales que no han pronunciado una palabra de dignidad ni de orgullo ante la destrucción de la Constitución y las instituciones parlamentarias. La clase política que se derrumba no merece simpatía, ni pena, ni compasión... Cúmplase su destino. En Italia habrá un equívoco menos. No sabemos si hay que creer en un definitivo fracaso del intento de Salandra. No sabemos si el rey llamará a Mussolini o si antes de renegar de la Constitución qué ha jurado preferirá abdicar. Ninguna de esas cosas nos concierne, ya que la iniciativa de la acción se nos escapa por razones que sería superfluo recordar. Que el fascismo conozca el honor y la carga del poder. En la última etapa de su ascensión verá a mucha gente doblar el espinazo. El ejército de los que se inclinan ante el vencedor es innumerable. Nosotros no seremos de éstos. Sea cual fuere la solución, compromiso o dictadura, continuaremos nuestra propaganda».

Durante estas vicisitudes de la crisis política abierta por la dimisión del gabinete Facta, entre la tarde del día 27 y la mañana del 29, las jerarquías fascistas realizaron la primera parte del plan cuyos últimos detalles habían fijado la noche del 24 en Nápoles. Se había decidido que la transmisión de todos los poderes al cuadrunvirato se realizaría durante la noche del 26 al 27 de octubre, y que la movilización de las escuadras fascistas se realizaría clandestinamente durante la noche del 27 al 28. En la mañana del 28, los objetivos locales del movimiento deberían quedar cubiertos, y al mismo tiempo iniciarán la marcha las tres columnas destinadas a la acción sobre la capital. Dos delegados fascistas que parten de Nápoles entre el 24 y el 26 de octubre llevan a todas partes la orden de movilización y las instrucciones para las acciones locales. Según el plan primitivo, casi todas las fuerzas fascistas deberían dirigirse a los puntos de concentración, de donde partirían las columnas para la «marcha sobre Roma». *La movilización y las acciones locales no eran más que la etapa inicial de esta marcha, a la que todo debería subordinarse.* Pero entre la mañana del 25 de octubre y el 26 o el 27, este plan experimenta una profunda modificación: sólo determinadas «legiones» de Toscana, algunas «centurias» *del Valle del Po*¹⁰¹ y las escuadras de los Abruzos y de la provincia de Roma son destinadas a «marchar» sobre la capital. Lo que era secundario, las acciones locales, se convierte en primordial, y esta modificación del plan militar traduce ciertamente una modificación del plan político. Mussolini y sus colaboradores inmediatos juzgan que la movilización y las acciones locales ejercerán una presión suficiente para que la crisis se resuelva conforme a las exigencias fascistas. La gran preocupación de los jefes políticos del fascismo será mantener a las columnas de camisas negras *lo más apartadas posible de Roma, en la medida compatible con la puesta en escena de la «marcha».* Esta debe constituir una amenaza, sin que estorbe el desarrollo «normal» de la crisis política, tal como conviene después de la renuncia de Salandra a formar gobierno. En la noche del 27 al 28 los prefectos transmitieron sus poderes a las autoridades militares, pero estas *no intervienen en ningún sitio para impedir las ocupaciones fascistas o para desalojarlos de los edificios ocupados.* Todo el alto personal civil y militar, casi sin excepción, mantiene ante la movilización, y la estrategia fascista una neutralidad benevolente, que a veces se transforma en abierta complicidad. Los escasos episodios de resistencia se deben a la iniciativa particular de tal funcionario o de tal oficial, y, por lo demás, ocurren durante

¹⁰¹ Siguiendo las «Directrices» para la organización de las *escuadras* fascistas establecidas a principios de 1922, las *escuadras* se componen de 20 a 50 hombres, las *centurias* agrupan cuatro *escuadras*, las *cohortes* cuatro *centurias* (400 a 800 hombres), las *legiones* de 3 a 9 *cohortes* (1.200 a 3.000 hombres).

la mañana del 28 en régimen de estado de sitio; cuando la agencia Stefani anuncia que el estado de sitio ha sido levantado, las autoridades se sienten más alentadas que nunca en su actitud de cómplice, y todo se transforma en aluvión ruidoso y teatral hacia el nuevo gobierno desde que se sabe que el rey ha llamado a Mussolini para formar gobierno.

El cuadrunvirato ha decidido dirigir la conquista de la capital desde Perugia, instalándose abiertamente en el Hotel Brufani, que se encuentra enfrente de la prefectura. Un pelotón de soldados podría haber detenido a la «Comandancia suprema» de la revolución fascista en el caso de que cualquier suboficial hubiera tomado la iniciativa. Mas se produce todo lo contrario. Tres delegados fascistas acuden por la noche del 27, hacia medianoche, a visitar al prefecto y le piden que ceda sus poderes al mando fascista. El palacio de la prefectura está defendido por la guardia real, pero el representante del gobierno, a las doce y media, acepta el requerimiento. Las escuadras de camisas negras sustituyen a la guardia real y también ocupan el palacio de Comunicaciones, la administración provincial y la cuestura. Todo sin ningún disparo de fusil.

«Los buenos ciudadanos, casi ninguno de los cuales había advertido los acontecimientos de la noche, se enteran de ello por un bando que las nuevas autoridades fascistas han pegado en los muros».¹⁰²

Sin embargo, durante la mañana del 28, la traición del prefecto corre el riesgo de resultar inútil, puesto que las autoridades militares han recibido la orden de tomarlos poderes cedidos a los fascistas. Pero entre esas autoridades y la «Comandancia suprema fascista» las relaciones continúan siendo excelentes, a pesar de algunos desacuerdos. A las doce menos cuarto de la mañana, un general de brigada acude al Hotel Brufani para parlamentar con el general De Bono, siendo recibido con honores militares.

«A las doce y media, la Comandancia suprema fascista intercepta un telegrama proveniente de Roma que reanima y alegra a legionarios y ciudadanos: el estado de sitio ha sido levantado. El diputado fascista Pighetti, radiando felicidad, corre inmediatamente a la jefatura de la división para comunicar la buena nueva. Desde ahora, todos tienen confianza en la victoria total».

¹⁰² Salvo indicación en contrario, las frases entrecomilladas han sido citadas de *Historia de la revolución fascista* de Chiurco.

Con variantes apenas sensibles, los acontecimientos de Perugia se reproducen en un gran número de ciudades que los fascistas ocupan sin encontrar resistencia. En el Piamonte, en Alejandría, el general jefe de la división manda llamar a las tres de la tarde del día 28 a los jefes fascistas, que ya han ocupado la prefectura, la cuestura, la estación, los teléfonos y un cuartel, para comunicarles «que espera órdenes precisas del gobierno». En Casale, «la ocupación de la prefectura se hace muy rápidamente, puesto que el subprefecto cede inmediatamente sus poderes a los fascistas». En Lombardía, en Bérgamo, «la autoridad militar, tras varias conversaciones, reconoce las ocupaciones fascistas»; en Brescia «se ocupan los centros principales, quedando la situación completamente dominada por los fascistas». En Como, un mayor del ejército fascista «obtiene de la tropa que no obstaculice la ocupación de los edificios públicos». En Sondrio, los fascistas ocupan la jefatura de la guarnición, un cuartel de soldados y otro de aduaneros, sin disparar un solo tiro. En Pavía, en el curso de la tentativa de ocupación del palacio de la prefectura por los fascistas, «la guardia real ya había apuntado los mosquetones contra los camisas negras, cuando la intervención oportuna y enérgica de los oficiales fascistas y del cuestor evita el choque trágico». En Venecia, las escuadras fascistas tienen como objetivo principal aislar Venecia y ocupar los grandes nudos ferroviarios de Mestre y de Verona, que dominan todas las comunicaciones de la región. En Venecia, «la tarde del 27, el cónsul¹⁰³ Magrini se reúne con el almirante Mortola, jefe del departamento militar marítimo y de la plaza fuerte de Venecia. La conversación, en determinados momentos dramática, revela el gran corazón de italiano del almirante, que, sin faltar a su deber sagrado de soldado, demuestra que comprende la gran prueba liberadora a la que está llamado el país». La comprende tan bien que, seguros de su «neutralidad», los fascistas pueden «aislar a Venecia de toda comunicación gubernamental», dejando en ella tan sólo una cohorte de 400 a 500 hombres... El resto de las fuerzas fascistas puede ser dirigido hacia Mestre, ocupar la estación y tomar parte en otras operaciones en la región. Belluno, Udine, Treviso, Padua y Vicenza también son ocupadas. En la Venecia Julia, donde las relaciones entre autoridades militares y fascistas han sido desde 1919 muy estrechas, la colaboración continúa en las nuevas circunstancias. El diputado fascista Giunta cuenta él mismo lo que ocurrió en Trieste:

¹⁰³ En la jerarquía militar fascista el grado de *cónsul* correspondía al de *general*; el *cónsul* mandaba una *legión*.

«La tarde del 27 de octubre se celebró un banquete por la noche en honor del gobernador Mosconi. Mosconi estaba bien considerado en la ciudad y nosotros mismos estábamos ligados a él por una cordial amistad, porque –hay que reconocerlo– había comprendido perfectamente la preciosa función que el fascismo ejercía en Venecia Julia y lo favorecía. No había, pues, nada raro en ver esa noche instalados en una gran sala a los dirigentes fascistas mientras yo continuaba dirigiendo las operaciones de la movilización bebiendo *spumante* a la salud del representante del gobierno que me preparaba a derrocar... El 28, con 3.000 camisas negras, entra en la prefectura... El prefecto Crispo Moneada nos esperaba en su despacho. Cuando le notifiqué que tomaba posesión de la prefectura en nombre de la revolución que en ese preciso momento llamaba a las puertas de Roma, el prefecto, pálido de emoción, contestó que aceptaba nuestras condiciones y nos exhortó, con lágrimas en los ojos, a pensar sobre todo en Italia. Conociendo su corazón italiano y su lealtad de caballero, le rogué que permaneciera en su puesto para expedir los asuntos rutinarios. Quedaba una incógnita: el ejército, ¿cómo reaccionaría? ¿Qué órdenes tenía? Había que actuar con enorme prudencia, ya que los yugoslavos tenían considerables fuerzas en la frontera. Seguido de mi pequeño estado mayor me dirigí hacia el mando del cuerpo de ejército. En el camino me crucé con el automóvil del comandante, el general Sanna. En cuanto me vio, se apeó y vino a mi encuentro. «Ahora os fusilo a todos» me dijo con un aire que quería ser grave. «Hacedlo, Excelencia, pero os bastará con un solo pelotón de ejecución.» El diálogo continuó en este tono y, finalmente, «los sentimientos se sobrepusieron y el general nos acompañó a la prefectura, en donde convinimos que el ejército permaneciera neutral, salvo en el caso de órdenes contrarias venidas de Roma». Mientras tanto, los fascistas ocupan el palacio de Correos y Telégrafos y cortan todas las comunicaciones con la península. Toda Istria pasa bajo su control, y, en Gorizia, «las relaciones entre las autoridades civiles y militares y los jefes de la rebelión están teñidas de la más simpática cordialidad».

En la jornada del 28, en casi todas las ciudades del valle del Po, el poder pasa a los fascistas sin resistencia: en Piacenza, donde el prefecto, con «una ferviente complacencia, da órdenes para que los fascistas tomen posesión de las oficinas gubernamentales»; en Parma, en Ferrara, donde «en consideración a la correcta actitud del prefecto, que había dado pruebas de tacto y de

comprensión, la prefectura y la cuestatura no son ocupadas», en Módena, en Reggio Emilia, en Rovigo.

En cambio, en Toscana el movimiento comenzó demasiado pronto –el día 27–, lo que implicó el riesgo de precipitar los acontecimientos. Por ejemplo, en Pisa, la dirección del fascio mandó fijar un bando anunciando la marcha sobre Roma, y en Siena «núcleos fascistas entraron pacíficamente en los cuarteles sin encontrar la menor resistencia. Tras haberse apoderado de las armas y municiones que encontraron, en columnas, y cantando sus himnos, recorrieron las calles desde el centro hasta la sede del fascio». En Florencia, el palacio de Correos y Telégrafos queda ocupado a partir de la medianoche del día 27. Se tenían noticias desde la tarde de la movilización fascista en Toscana, de la que, como subraya el corresponsal de *«La Stampa»*, «todo el mundo hablaba desde hacia algunos días». Se había celebrado una demostración fascista en honor del general Diaz, el jefe del ejército, que se encontraba en la ciudad y que no había escondido sus simpatías por el movimiento. Durante la mañana del 28, los jefes militares y políticos de los fascios de Florencia, el cónsul Tamburini y el abogado Marziale visitan al general De Marchi.

«La entrevista –cuenta también el corresponsal de *«La Stampa»*– tuvo por objeto examinar la situación tras la proclamación del estado de sitio. El general De Marchi expuso que su deber preciso de soldado le obligaba a desalojar a los fascistas de los edificios públicos que habían ocupado. Marziale y Tamburini replicaron que existen razones de sentimiento más fuertes que cualquier juramento, cuando éste está en contradicción con la conciencia, con la lógica y la justicia. Pero –contestó el general– después de cuarenta años de vida militar no puedo desobedecer a mi rey. –El rey está con nosotros, garantizaron ambos emisarios, y nosotros estamos con el ejército».

El general De Marchi les aconsejó entonces telefonar a los dirigentes fascistas, mientras él mismo telefonaría a Roma para tener confirmación de las noticias tranquilizadoras que el cónsul Tamburini le había comunicado. Por otra parte, para calmar las aprensiones de las autoridades militares, los fascistas habían publicado una edición especial de un diario anunciando que el rey había confiado a Mussolini la tarea de formar gobierno. En ése momento la noticia era prematura, pero logró paralizar toda iniciativa de las autoridades militares a las que las órdenes contradictorias sobre el estado de sitio habían ya preparado para una complaciente prudencia.

De este modo, por todas partes, las complicidades que desde hacía dos años existían entre los fascistas y las autoridades militares, habían creado una situación imposible de invertir en unas cuantas horas, sobre todo cuando el gobierno de Roma había dimitido y estaba en conflicto con el rey sobre las medidas a adoptar. Sin embargo, en un determinado número de localidades en donde las autoridades cumplen aún parcialmente con su deber, la acción de los fascistas se ve rota o limitada. En Turín tienen que contentarse, la noche del 28, con un mitin ante la cuestura, y cuando al día siguiente ocupan la estación, el simple requerimiento de un funcionario de policía basta para hacerla evacuar. En Milán, los fascistas se ven reducidos a la defensiva; construyen barricadas en torno a la Casa del Fascio: el diputado Finzi y el jefe de la Confederación de la Industria, Stefano Benni, pactan con el prefecto Lusignoli para evitar cualquier incidente. Un ataque contra la sede del diario «*Avanti*» es rechazado por la guardia real, y los fascistas que han penetrado en el cuartel Manara se ven forzados a salir precipitadamente ante la enérgica actitud de un coronel de alpinos que ni siquiera la intervención personal de Mussolini logró doblegar. En Bolonia, la prefectura sólo pudo ser ocupada el día 30, y en Cremona se rechaza un ataque durante la tarde del día 27; los fascistas dejan cuatro muertos y tres heridos y renuncian por el momento a cualquier acción. En Génova, la movilización fascista se enfrenta desde el comienzo con las medidas adoptadas por las autoridades militares, aunque éstas, en lugar de detener a los jefes fascistas de la sedición, hayan entrado en tratos con ellos:

«Los triunviros genoveses son llamados por el general Squillace, jefe de la División, quien les anuncia el estado de sitio y les declara que las órdenes de Roma serán rigurosamente cumplidas», pero ello no obsta para que los fascios ocupen el día 29 la prefectura sin encontrar la menor resistencia. En Roma, durante la noche del 27 al 28, la autoridad militar manda ocupar por la tropa todos los puntos estratégicos, donde se colocan barreras de alambre de espino, caballos de frisa y autos blindados. Las dos líneas principales de ferrocarril que comunican Roma con el Norte se cortan levantando los raíles unas decenas de metros. La guardia real ocupó la sede del fascio tras conversar con los fascistas, que aceptaron salir. «El directorio fascista, relata el corresponsal de «*// Corriere delta Sera*», abandonó la sede llevándose los documentos, y se instaló seguidamente en un restaurante de la plaza Barberini, tras lo cual las pesquisas realizadas en la sede del fascio no dan ningún resultado.»

No obstante, durante la mañana del día 28, los fascistas se dejan ver muy poco, y no es sino al principio de la tarde, al conocerse la noticia de que el rey no ha firmado el decreto del estado de sitio, cuando fascistas y nacionalistas desfilan por las calles, limitándose, por lo demás, a una manifestación en honor del rey.

En el sur de Italia, la movilización fascista se realiza con retraso; las escuadras fascistas no abandonan Nápoles, después del Congreso, hasta el 29 de octubre; se concentran en Foggia, donde ocupan la prefectura y un cuartel. En las ciudades de Apulia los fascistas se apoderan de los edificios públicos, sin encontrar ninguna resistencia.

La transmisión de poderes y la proclamación del estado de sitio debieran de haber enfrentado a las autoridades con las fuerzas fascistas movilizadas que atacaban los edificios públicos, las estaciones y los cuarteles. Al plan fascista de movilización y ocupación debería haber respondido un plan para mantener o restablecer el orden gravemente amenazado o violado. Esto no ocurre en ningún sitio excepto en Roma, en Turín y parcialmente en Milán. Las autoridades militares esperan instrucciones, como si la transmisión de poderes no comportase automáticamente para ellas la obligación de tomar las medidas necesarias contra la presente sedición.¹⁰⁴ Casi en todas partes se llega a un compromiso, gracias al cual los fascistas no ocupan la sede del mando militar y no atacan, salvo excepción, los cuarteles. Y todos «esperan» lo que va a suceder en Roma, como si esta pasividad y esta espera no influyeran en los acontecimientos... Hasta el mediodía del 28, el gobierno de Roma podía aún enderezar la situación, ya que las fuerzas militares regulares permanecen intactas y los fascistas no se hubieran podido mantener contra una acción seria del ejército. El desarrolló rápido de la crisis y el llamamiento del rey a Mussolini en la mañana del 29, conocido casi en todas partes la tarde del mismo día, orea una atmósfera de euforia que hace imposible cualquier choque serio entre las autoridades militares y los fascistas.¹⁰⁵

¹⁰⁴ Este automatismo parece que sólo ha jugado una vez. «En Casale, los jefes fascistas se dirigen el día 28 por la mañana hacia el coronel que manda el primer regimiento de infantería, para ponerle al corriente de la situación e invitarle a que por lo menos guarde neutralidad en la lucha. El coronel, sin responder nada, saca su revólver y dispara contra el grupo de fascistas, por suerte sin que hiera a nadie. A continuación corre por la calle para ganar el cuartel, encerrarse en él y preparar la defensa» (Chiurco).

¹⁰⁵ Aparte del conflicto de Cremona, la única resistencia seria fue la que intentaron los carabinieri de tres localidades pequeñas que se defendieron contra los fascistas que atacaban su cuartel. Tres fascistas resultaron muertos en San Giovanni in Croce (Cremona), dos muertos y dos heridos en San Ruffillo (Bologna), 1 muerto y 8 heridos en Fiorenzuola d'Arda (Piacenza). El total de pérdidas fascistas en los encuentros con la fuerza pública entre el 27 y el 29 de octubre fue de 13 muertos (seis de ellos en el ataque a los tres pequeños cuarteles de carabinieri) y 47

Hay que decir también que, gracias sobre todo a la insistencia de Mussolini, los jefes fascistas siguieron al pie de la letra las instrucciones que habían recibido sobre sus relaciones con las autoridades militares y el ejército. Las proclamas fascistas tienen el mayor cuidado en no herir la lealtad monárquica del ejército. Todas terminan con los gritos *¡Viva Italia! ¡Viva el Rey!* y además utilizan las fórmulas más tranquilizadoras. Basta recorrer algunas a título de ejemplo. Los regentes fascistas de Umbría declaran, al instalarse en Perugia, en el palacio de la provincia:

«Nuestra toma de posesión no cambia nada, más que el gobierno y el alma del gobierno... *¡Por Italia, por el rey, por el fascismo!*»

El llamamiento dirigido desde Foggia «a los italianos de Apulia, Calabria y Basilicata» garantiza:

«No queremos derrocar al régimen, ni trastocar de ninguna forma el orden establecido. Sólo queremos dar a la nación un gobierno digno de su magnífico impulso».

El Comité fascista de acción de Reggio Emilia precisa:

«La acción fascista no está dirigida contra la actual constitución del Estado, ni contra el rey. Su Majestad Víctor Manuel III de Saboya. Queremos que sea realmente rey de Italia y que gobierne expulsando a la banda reblandecida de sus ministros actuales».

Los fascistas de Verona se dirigen directamente al ejército:

«Oficiales y soldados, ¡hermanos! Estamos sinceramente con vosotros. Tenemos una pasión común: Italia. La hemos defendido en la guerra y en la paz, y la queremos salvar hoy de aquellos que, sin nosotros, habrían dejado sin defensa a la monarquía y sacrificado al rey. Escuchad la voz de vuestro corazón, que es la misma voz de la Patria. Ella os dice que nos abráis los brazos. *¡Henos aquí, hermanos! ¡Viva Italia!*»

heridos de los cuales cuatro murieron como consecuencia de sus heridas; los otros, en su mayor parte, sólo sufrieron heridas leves o simples contusiones.

Las proclamas del mando supremo fascista utilizan un lenguaje análogo. Y la del cuadrunvirato fascista, redactada por Mussolini en persona a mediados de octubre, se publica en Perugia el día 27. Tras haber anunciado el paso de poderes al cuadrunvirato secreto de acción «con mando dictatorial», la proclama, en su texto primitivo, decía:

«El cuadrunvirato secreto de acción declara derrocado el gobierno actual, disuelta la Cámara y suspendido el Senado. El ejército queda confinado en los cuarteles. No participa en la lucha. Que los agentes de la fuerza pública sepan que el fascismo no va contra ellos, sino contra una clase política de cobardes e incapaces que desde hace cuatro años no han sabido dar un gobierno a la nación. Los trabajadores del campo, de las fábricas, de los transportes y de la administración no tienen nada que temer del poder fascista. Sus justos derechos serán lealmente protegidos. Seremos generosos con los adversarios desarmados, inexorables con los otros. El fascismo desenvaina la espada para cortar los numerosos nudos gordianos que obstaculizan y degradan la vida italiana. Tomamos por testigo a Dios y al espíritu de nuestros quinientos mil muertos: un único impulso nos lanza, una única voluntad nos congrega, una única pasión nos inflama: contribuir a la salud y a la grandeza de la patria».

En el último momento, este texto experimenta modificaciones importantes. El pasaje sobre la caducidad del gobierno, la disolución de la Cámara y la suspensión del Senado queda suprimido. También se modifica el párrafo sobre el ejército, para mejor asegurarse su neutralidad. El cuadrunvirato fascista ya no ordena que permanezca confinado en los cuarteles. Se dirige a él en los siguientes términos:

«El ejército, reserva y salvaguarda suprema de la nación, no debe participar en la lucha. El fascismo renueva la garantía de su altísima admiración por el ejército de Vittorio, Veneto».

Además, el pasaje dedicado a tranquilizar a los trabajadores viene precedido de un texto mucho más elocuente, dedicado a tranquilizar a la burguesía:

«Las clases que componen la burguesía productora deben saber que el fascismo quiere imponer una única disciplina a la nación y ayudar a todas las fuerzas susceptibles de alimentar la expansión económica y el bienestar».

En las mismas puertas de Roma, el 29 de octubre, el mando de la concentración de Tívoli declara, en un llamamiento, que la marcha únicamente se propone «dar a la nación un gobierno fuerte y prudente».

La marcha sobre Roma debía estar organizada y dirigida por el cuadrunvirato fascista, instalado en Perugia. «Los poderes militares, políticos y administrativos de la dirección del partido» debían pasar a este cuadrunvirato, pero en realidad no ejerció ninguno de estos poderes. La movilización que se lleva a cabo en las diferentes regiones de Italia, conforme a los acuerdos de Nápoles, se desarrolla sin que el cuadrunvirato pueda seguirla en sus vicisitudes y en su extensión. En la Italia del Norte, los jefes fascistas mantienen el contacto con Milán, y a veces, personalmente con Mussolini. Por ejemplo, el diputado fascista Torre lleva, el 27 por la noche, de Milán a Alejandría, las instrucciones que ha recibido de Mussolini, y permanece durante los días siguientes en contacto con él. El cuadrunvirato no interviene más que una sola vez durante la movilización: Balbo acude a Florencia, en la tarde del día 27, porque, en Pisa, los fascistas se han adelantado al movimiento y porque también en Florencia las *squadre* han entrado demasiado pronto en acción, lo que «ha alertado a las autoridades militares». En la noche del 27 al 28, Balbo regresa a Perugia y, *a partir de este momento, el cuadrunvirato deja de tener contacto directo alguno con la movilización fascista, y por tanto no puede intervenir en los movimientos de las columnas concentradas para esa marcha sobre Roma que se supone debe dirigir*. Este cuadrunvirato ya tuvo bastante dificultad para reunirse. La misma mañana del 27, Bianchi, que se encontraba en Roma, buscó durante mucho tiempo a De Vecchi, y no pudiendo encontrarlo, deja en su hotel, a las 9 de la mañana, una carta en la que le dice:

«Me marché dentro de pocas horas hacia Perugia. Desde ahora, ya no podemos dar marcha atrás. Los últimos acontecimientos —Bianchi alude a la decisión tomada la víspera por los ministros de poner sus carteras a disposición del presidente del Consejo— favorecen nuestro plan. No podemos dejar escapar la ocasión. Es preciso actuar y llegar hasta el final. Mañana por la mañana debes hacer todo lo posible por encontrarte en Perugia. Una enorme responsabilidad pesa sobre el cuadrunvirato y exige que estemos plenamente de acuerdo para evitar órdenes y contraórdenes, que podrían ser fatales».

Esta carta demuestra que pocas horas antes de la mañana del 28 de octubre, en la que, conforme al programa de Nápoles, las tres columnas habrían de partir simultáneamente hacia Roma, dos de los cuadrunviros no habían logrado mantener un contacto personal entre ellos. También prueba que los cuadrunviros aún no habían llegado a un acuerdo *político*. De Vecchi buscaba y buscará hasta la mañana del 29 de octubre una solución de compromiso con Salandra, mientras que Bianchi, Balbo y De Bono querían un gobierno presidido por Mussolini. Al cuadrunvirato, en el último momento, se había añadido, como jefe del Estado Mayor, a Grandi, que era favorable a un compromiso. Ocurría que los cuatro jefes del cuadrunvirato representaban las corrientes que más habían contribuido a formar el fascismo. Estaban los «intervencionistas» sindicalistas de la preguerra, los residuos de los *Fasci d'azione rivoluzionaria*, por lo demás terriblemente moderados, con Michelíno Bianchi, secretario del partido y el más próximo políticamente a Mussolini; también estaban representadas las antiguas clases conservadoras y monárquicas con De Vecchi, gran terrateniente; estaban los nuevos elementos, ex combatientes y productos espontáneos de la guerra, con el escuadrista Italo Balbo; finalmente, también estaba el ejército regular, el Estado si se prefiere, con sus tolerancias y complicidades, representadas por el general Emilio De Bono. Pero Mussolini no estaba allí para asegurar la amalgama de las diferentes tendencias, y esta diversidad obstaculiza la cohesión del cuadrunvirato y reduce aún más la importancia de su papel.

Por fin, De Vecchi llega a Perugia la mañana del 28, pero debe regresar casi inmediatamente. Italo Balbo nos informa de la manera cómo los cuadrunviros ejercieron los poderes de que estaban provistos durante la jornada del 28; De Vecchi nos describe el cuadro de la situación en la capital.

«Todavía es muy imprecisa y caótica. Unos anuncian la proclamación del estado de sitio mientras que otros la desmienten. Las informaciones que ha podido recoger antes de partir para Perugia lo dan como; seguro... De Vecchi ha vuelto inmediatamente a Roma. *Desde este momento, en Perugia, caemos en la oscuridad más absoluta sobre las intenciones gubernamentales. Las noticias que llegan de cuando en cuando son más bien malas. Nos harían falta informaciones precisas. De un momento a otro podemos perder los contactos.* De la actitud del gobierno y de las medidas que adopte depende también nuestro plan de acción... *En el cuartel general hay un enorme nerviosismo.* Sabemos que, todavía ayer, los jefes fascistas no estaban todos decididos a la acción. Algunos la juzgaban prematura, otros preferían una solución

parlamentaria. Los rumores que continúan llegando a Perugia y que se hacen más precisos por la tarde dan por segura una formación ministerial en la que Mussolini no figura como presidente del Consejo y en la que los fascistas son asociados a elementos políticos heterogéneos, en curiosas combinaciones». Muy inquieto, Balbo parte para Roma, pero después de firmar, como ya lo habían hecho los cuadrunviros De Bono y Bianchi (De Vecchi no se encontraba de momento en Perugia), un curioso documento redactado del modo siguiente: «Los miembros abajo firmantes del cuadrunvirato supremo fascista, investidos de plenos poderes políticos y militares, deciden que tras la movilización de las fuerzas fascistas la única solución política aceptable es un gobierno presidido por Mussolini».

Este documento, ¿era una especie de garantía que adoptaban los tres miembros del cuadrunvirato contra las sorpresas de una combinación en el último momento? ¿Contra quién estaba dirigido? ¿Contra el cuarto cuadrunviro, De Vecchi?¹⁰⁶ ¿Contra Grandi y Ciano? ¿Contra el propio Mussolini? De todos modos, el documento no tiene sino un valor de curiosidad, porque *en ningún momento el cuadrunvirato tuvo la posibilidad de intervenir en la solución de la crisis* o En las negociaciones sólo intervinieron el rey, la derecha (Salandra y los nacionalistas), Mussolini, que permanece en Milán, y un grupo de jefes fascistas que se encuentran en Roma (De Vecchi, Ciano y Grandi). A partir del momento en que el ayudante de campo del rey telegrafía a Mussolini, en la mañana del 29, invitándole a acudir a Roma para formar gobierno, Mussolini prepara su lista de ministros, la lleva a Roma y la modifica en el último momento, sin que nunca el cuadrunvirato –que formalmente tiene aún «plenos poderes»– sea de ninguna forma consultado.

Felizmente para él, la situación en Roma toma el giro más favorable para los objetivos fascistas en cuanto es revocado el decreto del estado de sitio.¹⁰⁷ He aquí el testimonio de otro cuadrunviro, el general De Bono, que publicó en una revista fascista (la revista *Ottobre*, número del 28 de octubre de 1930), su diario de campaña durante la marcha sobre Roma.

¹⁰⁶ Durante las horas que permaneció en Perugia antes de regresar a Roma para seguir las conversaciones parece ser que De Vecchi tuvo un altercado bastante violento con Bianchi sobre el tema de la monarquía.

¹⁰⁷ Balbo, que salió para Roma el día 28 por la tarde, no llegó a entender exactamente lo que pasaba. «¿Hay o no hay estado de sitio? –se pregunta en su *Diario*–. Se ha anunciado e inmediatamente desmentido. Pero los preparativos militares que continúan en la comandancia de la división de Roma prueban que prácticamente el estado de sitio existe.» Lo cierto es que inmediatamente después de que se renunciara al estado de sitio, los poderes quedaron en manos de las autoridades militares.

En la fecha del 28 de octubre de 1922 puede leerse:

« El *cuadrivirato* está casi aislado de las acciones que se desarrollan en las provincias.

» *Con las columnas que marchan sobre Roma estamos bastante en contacto.*¹⁰⁸

» *Zamboni [el general que manda las «reservas» concentradas en Foligno] me informa, desde Foligno que ha reunido alrededor de 3.000 hombres, de los cuales pocos más de 300 están armados. Es preciso ir en busca de fusiles.*

» *Bianchi intenta inútilmente telefonar a Milán y a Roma.*

» *Desde la oficina de telégrafos nos comunican todos los telegramas, y hacia las diez de la mañana llega uno muy poco alentador: ha sido proclamado el estado de sitio y dada la orden de detener a los jefes del movimiento, donde se encuentren y no importa quiénes sean.*

» *12 h. 45 m.: Un telegrama cifrado ordena no tomar en consideración él telegrama en él que se proclamaba él estado de sitio.*

» *Michelino (Bianchi) y yo nos abrazamos.*¹⁰⁹

» *21 h. 30 m.: Ir y venir de gente en el Hotel Brufani: muchos curiosos. Llegan las máquinas fotográficas. El drama toma ya el aire de una obra con desenlace feliz. (Commedia a lieto fine)».*

Los cuadriviros renuncian al día siguiente por la mañana a apoderarse de la fábrica de armas de Terni y a aproximarse a Roma trasladando la comandancia más al sur, a Narni, como durante un momento proyectaron. De este modo el «mando supremo» de los cuadriviros acaba sin que nunca haya mandado nada.

En cuanto a la marcha sobre Roma, contrariamente al plan primitivo, se le asignan fuerzas bastante reducidas. Las columnas fascistas debían concentrarse en tres lugares de acuerdo con la distribución del esquema siguiente:

¹⁰⁸ Veremos que este contacto sólo existe, y mal, al principio, durante las primeras horas del día 28, e inmediatamente luego deja de existir.

¹⁰⁹ La noticia de la abolición del estado de sitio produce entre, los jefes fascistas, en todas partes, la misma gozosa emoción. En Perugia, el diputado Pighetti está «radiante de felicidad», y, en Roma, cuenta Chiurco, «Ciano, De Vecchi y Grandi comunican, *llorando de emoción*, que el rey se ha negado a proclamar el estado de sitio». Se diría que todos ellos se sienten liberados de un gran peso y por último tranquilizados.



- I. Sede del mando supremo.
- II. Columna Perrone, con el general Coccherini.
- III Columna Iglori, con el general Faa.
- IV Columna Bottai.
- V. Reservas, con d general Zamboni.

El programa de Nápoles decía: «El 28 por la mañana, partida simultanea de las tres columnas hacia la capital». Siguiendo las vicisitudes de cada una de estas columnas, se advierte que esta parte del programa no fue en modo alguno realizada.

El comandante de la columna II, el marqués Dino Perrone Compagni, llega a Civitavecchia un poco antes de mediodía del 28 de octubre, y encuentra ya en Santa Marinella a las escuadras fascistas de las provincias de Pisa, Lucca, Livorno y de la Maremma toscana. En esta pequeña localidad no hay nada preparado para alojarlos y llueve a cántaros. Las escuadras de Carrara se han visto obligadas a retrasar su marcha a consecuencia de las dificultades encontradas en la ocupación, sobre todo del pueblo de Massa. Hay que esperarlas y no llegan sino al día siguiente, 29. Por otra parte, los trenes no pueden continuar hacia Roma, ya que debido a una orden venida de la capital, las tropas regulares han levantado los raíles a lo largo de algunas decenas de metros.

A la concentración de Monterotondo-Mentana (III) llegaron durante la noche del 27 al 28 alrededor de 2.000 hombres del Alto Lacio, gracias a los más diversos medios: camiones, automóviles antediluvianos, bicicletas, vehículos de todas clases, y muchos a pie».

Pero las columnas que bajan del norte se ven detenidas en Orte, sobre la línea de ferrocarril Florencia-Roma, donde las tropas regulares han levantado los raíles. Un tren que transportaba 3.000 hombres logra, retrocediendo y utilizando otra vía, llegar al sur, a Monterotondo. Durante la jornada llegan también 500 hombres de Orvieto, 300 de la Sabina, y la primera legión florentina con 2.000 hombres. El teniente Iglori «viendo crecer a su pequeño ejército comienza a preocuparse por el alojamiento y los víveres». Hacia la tarde del 28 llega de Roma Italo Balbo, que había ido a informarse sobre los acontecimientos y que regresa a Perugia. Iglori *le informa que todavía no ha tenido ninguna noticia del marido general y que la continua llegada de nuevas fuerzas hace insostenible su posición*. Por tanto, es preciso esperar que sea reparada la línea de ferrocarril para que los contingentes provenientes de Toscana y Bolonia puedan partir de Orte y alcanzar Monterotondo.

La concentración de Tívoli y de Valmontone (IV), que agrupa las milicias de los Abruzos y de la Sabina, bajo las órdenes de Giuseppe Bottai alcanza su máximo durante la mañana del 28: alrededor de 8.000 hombres. Pero se le plantea el mismo problema: «faltan los víveres», porque el tren: «con las provisiones recogidas por el intendente general para avituallar al ejército fascista no ha podido pasar debido a la interrupción de la línea de ferrocarril».

De este modo resulta posible responder con cierta exactitud a la pregunta planteada por el historiador Salvemini, en el estudio anteriormente citado, respecto al número de fascistas que habrían debido enfrentarse con las fuerzas del ejército regular durante la mañana del 28 de octubre. Había entonces alrededor de 4.000 hombres en Civitavecchia-Santa Marinella (columna Perrone), a 60 kilómetros aproximadamente de Roma y con la imposibilidad de utilizar el ferrocarril, 2.000 hombres en Monterotondo (columna Iglori) —ya que los legionarios de Siena no llegaron hasta el mediodía— a 30 kilómetros al norte de Roma—, y alrededor de 8.000 hombres en Tívoli (columna Bottai), a 25 kilómetros al este de Roma. En total, 14.000 hombres armados de fusiles, de mosquetones, pistolas, puñales, y a veces con garrotes,¹¹⁰ casi sin ametralladoras y sin un solo cañón, a los que el gobierno podría haber opuesto los 12.000 hombres de la guarnición de Roma que disponían de todos los recursos de la técnica defensiva y ofensiva moderna.

¹¹⁰ El periodista español Rafael Sánchez Mazas, corresponsal del «ABC» de Madrid, que se encontraba en Roma, describe el armamento de estas tropas de la forma siguiente: «El armamento y los uniformes eran de una variedad infinita... Llevaban en la mano fusiles, mosquetones, bastones, látigos, garrotes, escopetas de caza, carabinas... A la cintura llevaban puñales, pistolas, hoces y otros instrumentos agrícolas». Los más diversos testigos concuerdan en este punto.

Algunos tanques y aviones habrían fácilmente dispersado esas formaciones, que no disponían de armamento serio, ni de víveres, ni de agua, a pesar de la torrencial lluvia que continuaba empapándolos. Esto sin contar con que las columnas no tenían prácticamente ningún contacto entre ellas, ni con el mando de Perugia, que habría debido dirigir su acción.

Las reservas de Foligno estaban muy alejadas, y, según De Bono, de los 3.000 hombres que las formaban¹¹¹ solamente 300 estaban armados. Un golpe de mano sobre Spoleto permite al general Zamboni, que los dirige, distribuir fusiles, pero la columna no regresa a Foligno tras su expedición hasta las siete de la mañana del día 29.

El domingo 29, la situación de la columna Perrone no cambia; es cierto que ha llegado la legión de Carrara, pero con el único resultado de agravar las dificultades de la concentración. A las 9 de la noche, el comandante Perrone envía a un escuadrista en motocicleta al mando supremo de Perugia con el informe siguiente:

«Hasta el momento se han presentado en Santa Marinella 6.143 camisas negras, de ellos 2.443 en Santa Marinella y 3.730 en Civitavecchia (estación). Nuestras fuerzas están divididas porque es imposible albergar a más personas en Santa Marinella, debido a este horrible tiempo.

*Debilidades. – Carecemos de agua, de víveres y de dinero.*¹¹²

Contacto. – El contacto con el mando supremo es imposible. De Perugia hasta aquí, con un automóvil Fiat 510, a toda velocidad, hemos tardado 9 horas. Pido inmediatamente un contacto a través de Roma, que asegure mejor nuestras comunicaciones con el mando. Ya que, en el momento presente, no importa qué orden, incluso la más urgente, no podría llegar sino 9 o 11 horas después de su envío.»

¹¹¹ En su *Diario*, con fecha del día 28, Balbo habla de 5.000 hombres. Los Cuadrunviros no están de acuerdo sobre los efectivos de las tropas que se encuentran cerca de Perugia, con las cuales no han podido mantener el contacto. Balbo se da cuenta de que la fuerza de la reserva es insuficiente tanto más cuanto que estos hombres «pueden representar la carta decisiva de la “revolución”».

¹¹² Iglioni, comandante de la III columna, también se queja: *Ni la sombra de un céntimo* –declara– para alquilar vehículos y enviar órdenes para el agrupamiento. Sin embargo, sólo con las aportaciones de la francmasonería y de la Asociación bancaria, la suma destinada a la marcha sobre Roma, ascendía aproximadamente a 24 millones. Otras subvenciones importantes; habían sido aportadas por la Confederación de agricultores, el Sindicato nacional de las cooperativas y otras asociaciones y particulares. Los jefes fascistas disponen, por tanto, de varias decenas de millones, una pequeña parte de los cuales fue empleada en la marcha sobre Roma. Los «intendentes» de la marcha, Civelli y Postiglioni sólo han jugado un papel secundario. El verdadero tesorero era Giovanni Marinelli, secretario administrativo del P.N.F., quien de acuerdo con Mussolini prefirió guardar la mayor parte del dinero en reserva para el caso de un fracaso.

Durante toda la jornada del 29 continúan llegando a Monterotondo (III) nuevas tropas, ya que la línea de ferrocarril interrumpida cerca de Orte ha sido reparada: 2.000 hombres llegan de Arezzo y Valdarno, 3.000 de la segunda legión florentina, 500 de Bolonia, lo que hace un total de fuerzas disponibles de 13.000 hombres. Por la tarde llegan también el general Fara,¹¹³ que debe dirigir una parte de las milicias, y De Vecchi, que regresa a Perugia. De Vecchi promete a Iglori enviar órdenes, pero como a las 8 de la tarde nadie ha llegado, Iglori decide organizar la partida para Roma al día siguiente por la mañana. La lluvia y la falta de víveres exasperan a los legionarios y a sus jefes, que se ven obligados a aproximarse a la capital. Iglori envía una carta a Bottai a Tívoli, para explicarle que «habida cuenta de la imposibilidad de permanecer aún en Monterotondo», partirá para Roma, pidiéndole que haga lo mismo.

La misma noche del 29, hacia las diez y media, Bottai, que dirige la concentración de Tívoli (IV) responde con la carta siguiente a la invitación de Iglori: *«Llamo tu atención sobre el hecho de que tu decisión puede comprometer gravemente la solución de las negociaciones políticas en curso, que se encaminan hacia la victoria más completa. Hoy han venido aquí nuestros diputados Grandi y Ciano, que han insistido sobre ese peligro y sobre la necesidad de atenerse a las órdenes. Mussolini estará en Roma esta noche,¹¹⁴ y es él quien debe indicarnos el momento preciso para entrar. Mantengo contacto continuo con Roma.»* Tras decir que tiene intención de aproximarse también a Roma llegando hasta Puente Mammolo, Bottai continúa: *«Te aconsejo hacer lo mismo y nos acercaremos a Roma esperando la orden, que seguramente nos será dada por Mussolini en tanto que jefe del gobierno.»* Así pues, la noche del 29, la columna Perrone no pensaba en modo alguno partir, la columna Iglori sólo quería partir porque se encontraba en Monterotondo en una situación lamentable, y la columna Bottai esperaba a que Mussolini le abriese las puertas de Roma como jefe del gobierno.

El lunes 30, Mussolini pasa en tren por Civitavecchia camino de Roma. En el cruce de Santa Marinella desea hablar a los jefes de las columnas fascistas. Ni Perrone, ni el general Ceccherini, que había llegado por la noche, se encuentran allí. No obstante, encuentra a Renato Ricci, el jefe de los «camisas negras» de Carrara, y le pide noticias de los hombres que vivaquean en Santa Marinella:

¹¹³ Seis generales del ejército participaron en la «marcha sobre Roma»: De Bono, Fara, Ceccherini, Zamboni, Norelli y Tilby.

¹¹⁴ En efecto, Mussolini había decidido abandonar Milán el día 29 a primera hora de la tarde; después retrasó su partida durante algunas horas.

«Cuando se entera —cuenta un periodista de *«La Stampa»* que le acompaña en el viaje— que estos hombres, en número aproximado a los 3.000, no tienen ni tiendas ni alojamiento, da órdenes de transferirlos a Civitavecchia, para que puedan comer y abrigarse». Mientras tanto, el marqués Perrone estaba pasando revista a las milicias, en honor del general Ceccherini, «uno de esos valerosos generales —anota en su *Diario*— amados en el ejército y que Mussolini ha querido que acompañen en uniforme a las columnas fascistas para evitar en la medida de lo posible cualquier conflicto con las tropas».

Precaución superflua: Mussolini llega a Roma antes que las columnas fascistas y éstas no iniciarán su «marcha» hasta que no hayan recibido su orden, convertido entre tanto en jefe de gobierno. Para la columna Perrone (II) esta orden llega la noche del 30 y la marcha queda fijada para el día siguiente por la mañana, con la indicación de las escuelas de Roma en las que los legionarios encontrarán sus alojamientos. El día 30 por la mañana, dos trenes transportan la columna Iglori (III) desde Monterotondo hasta el puente de la Vía Salaria. Caía una lluvia torrencial; Iglori hubiera debido esperar allí las órdenes, «pero —es él mismo quien lo cuenta— no había en los alrededores ni una sola casa, en donde poder albergar a los hombres, calados hasta los huesos y que no habían comido nada desde la víspera». Estaba «muy preocupado de mantener una columna en tan tristes condiciones en la misma entrada de Roma», y por esto, precisamente, partió para poder encontrar un refugio en las primeras casas. La columna llegó cerca de la ciudad hacia el mediodía y se acantonó en la ciudad-jardín de los ferroviarios cerca de Villa Savoia. Chiurco, que mandaba dentro de la columna a la legión de Siena, ha guardado el texto del telegrama que envió a sus amigos en cuanto pudo sustraerse del diluvio que los había empujado a todos hacia la capital: «Mando fascista, Siena —*Llegados victoriosamente entre los primeros, ametralladoras en cabeza. Todos muy bien*». El otro comandante de la columna, el general Fara, le había precedido montado en automóvil hasta un centenar de metros de la ciudad-jardín. «El general avanzaba hacia el puente cuando un coronel de caballería se le presentó informándole que se había dado la orden de alejar todas las tropas que defendían los puentes. En nombre del mando del cuerpo de ejército, el coronel se puso a la total disposición del general Fara y le anunció que S. E. Mussolini había sido llamado por el rey». La columna Bottai (IV) parte de Tívoli. «bajo una lluvia torrencial»; la mañana del 31 de octubre, un tren especial la transporta hasta Tor Sapienza, desde donde prosigue a pie el camino hasta los acantonamientos

preparados, para ella en la ciudad. En cuanto a las «reservas» de Foligno (V), éstas emprendieron la marcha la mañana del día 30: «diez trenes sucesivos las transportan a Roma para la gran *adunata*» que se celebra por la tarde del día 31.

¿Por qué Mussolini, que ha hecho todo lo posible para que las columnas fascistas no marchen hacia Roma, quiere ahora que entren a pie por las puertas de la ciudad? Porque una vez constituido su gobierno, es absolutamente preciso que haga algo que se asemeje a una «marcha sobre Roma»; es vital: para él que se establezca en torno a su ascensión al poder una aureola de heroísmo y de violencia, que le permita desembarazarse de las eventuales trabas de los viejos procedimientos y de las viejas combinaciones. Peligrosa e impotente como medio directo para la conquista del poder, la «marcha sobre Roma» se transforma en un medio precioso para consagrar el poder conquistado. Se da una satisfacción a unas cuantas decenas de miles de escuadristas¹¹⁵ que desde hace tres días se pudren bajo la lluvia, se les deja con la impresión de una gran victoria confirmada por el desfile en las calles de Roma, y al mismo tiempo se recuerda a los viejos partidos políticos que Mussolini puede ahora disponer de las fuerzas conjugadas del Estado y del partido fascista. Impotente contra el Estado, si éste hubiera resistido aunque sólo fuese un poco, el fascismo se convierte en una fuerza dominante como «partido de Estado» y crea este «Estado de partido» deseado por Mussolini y los otros jefes del movimiento.

Cuando Mussolini, en Milán, recibió la invitación del rey, en vez de precipitar su marcha prefirió dejar transcurrir algunas horas, hacer que en Roma le esperaran y desearan un poco más, mientras él iba preparando mejor su gobierno. Mantiene una larga conversación telefónica con el diputado Acerbo, a quien encomienda una serie de gestiones en Roma, y al que confía su proyecto de constituir un gobierno de amplia concentración, incluyendo, incluso, a determinados representantes de la C.G.L. En la estación de Milán, por la noche, pronuncia algunas palabras ante quienes le aclamaban: «Si me hago cargo del poder, desde ahora puedo declararos que el Estado italiano existirá, con plenitud absoluta de sus medios». Una vez en el tren afirma que se presentará al rey «como camisa negra, como fascista» y que no dará la

¹¹⁵ El conjunto de las columnas que se dirigían a Roma estaban formadas por un número aproximado de 37.000 hombres, de los cuales, 6.000 eran de Civitavecchia y Santa Marinella (II); 13.300 de Monterotondo-Mentana (III); 8.000 de Tívoli y 4.000 de Valmontone (IV); y 5.000 de Foligno (V). Pero en la tarde del 31 de octubre los camisas negras que desfilaron por las calles de Roma eran mucho más numerosos. La noticia del éxito llevaba hacia Roma nuevos contingentes, próximos y lejanos, que aumentaban cada hora.

orden de desmovilización antes de que sea formado el gobierno. En la lista ya preparada figuran el economista Einaudi y el diputado Baldesi, uno de los dirigentes de la C.G.L., al que Acerbo, en nombre de Mussolini, había solicitado su colaboración y la había obtenido. Pero ni Einaudi, ni Baldesi, ni ningún dirigente de la C.G.L. figurarán en el gobierno de Mussolini, porque las derechas, defraudadas por el fracaso de su maniobra, han puesto su veto.¹¹⁶ Desde el principio, Mussolini se reserva la presidencia del Consejo, el Interior y –por fin lo ha conseguido– Asuntos Exteriores. El gabinete incluye a representantes de todos los partidos, excepto socialistas y comunistas: los fascistas tienen cinco ministerios, los populares dos, los demócratas-liberales de diferentes matices tres, los conservadores uno y los nacionalistas otro. Los fascistas tienen además nueve subsecretariados, cuatro los populares, dos los demócratas-liberales, uno los conservadores y dos los nacionalistas.

En la nueva combinación, las derechas apenas sobreviven, pero tienen con qué consolarse: el movimiento socialista y las organizaciones obreras han sido puestos fuera de juego, el Parlamento está dominado, la encuesta sobre los gastos de guerra suspendida; y se han suprimido las medidas fiscales sobre los superbeneicios y sobre el carácter nominativo de los títulos; Perú, sobre todo, nada se opone ya a la política exterior que los nacionalistas reclaman desde siempre. Algunas semanas después de la marcha, Alfredo Rocco, el líder nacionalista, subsecretario de Estado, recuerda: «Aguardamos con confianza la Italia imperial que llegará.»

¹¹⁶ Mussolini había empezado desde el día 27 a preparar su lista. El 29, a primera hora de la tarde, o algo después, cuando aún estaba en Milán pero ya había recibido el encargo de formar gobierno, ordenó a Acerbo que viese a Baldesi y le pidiera que entrara en el nuevo gabinete. D'Annunzio había insistido para que incluyera a un representante de la C.G.L. Baldesi declaró a Acerbo «que era su obligación aceptar el eventual desempeño de una cartera». Lo confirmará algunos días más tarde en una carta al grupo parlamentario socialista, precisando que no comprometía más que a sí mismo: «Ante la insistente invitación para que dijera lo que pensaba sobre la hipótesis de una oferta, expresé la opinión de que, aunque me costaba personalmente, no creía obligación mía negarme a lo que se me había pedido para restablecer, según se me aseguraba, la paz en el país, e impedir el exceso de una reacción contra el proletariado». Matteotti se opuso a esta participación (*Filippo Turati attraverso le lettere di corrispondenti*, Bari, Laterza, 1947).

Albertini y los conservadores lombardos se mostraron poco favorables a la inclusión de Baldesi. Inclusión que fue combatida violentamente tanto por Michele Bianchi como por los nacionalistas y las derechas. Mussolini cedió pronto ante esta ofensiva. El nombre de Baldesi no se encuentra ya en la lista cuando se la lee a Luigi Ambrosini en el tren que les conduce a Roma. Así es que, por algunos días, o algunas horas, Mussolini, quizá por iniciativa propia, quizá bajo la presión de D'Annunzio, volvía a pensar en su «plan del 23 de julio». Pero su proyecto se esfumó a las puertas de la capital. La lista fue propuesta al rey «después de haber sufrido en el tren ligeras modificaciones sobre tres o cuatro nombres». Estas «ligeras modificaciones» cambiaron profundamente el carácter del nuevo gobierno. El «duce que dirige» no pudo resistir a las presiones que se hicieron sobre él y sus secuaces.

En estos días decisivos, la población ha presenciado pasiva e indiferente, en todas partes, los acontecimientos. Aquí y allí ha habido algunos incidentes, semejantes a los que se producían cada domingo en las ciudades y pueblos de Italia. En Parma se levantaron algunas barricadas, hubo en Roma algunos disparos de fusil en el barrio San Lorenzo, cuando lo atravesaban los «camisas negras» de la columna Bottai al dirigirse al centro de la ciudad. Esto es casi todo. Por lo demás, en casi todas las localidades, las escuadras fascistas se aprovecharon de su movilización para ocupar los diarios, incendiar las Bolsas del Trabajo, saquear apartamentos y expulsar a las últimas administraciones socialistas que habían resistido a las operaciones precedentes.

En cuanto a los sedicentes jefes de la clase obrera, no pierden la ocasión para demostrar *in limine mortis* su incapacidad. Los comunistas, aunque persuadidos de que «no es posible ninguna defensa contra fuerzas tan potentes y desbordantes,¹¹⁷ proponen la inmediata reconstrucción de las *Alianzas del Trabajo* y la proclamación de la huelga general. Saben perfectamente que en ello no tienen ninguna posibilidad de éxito, pero los trágicos acontecimientos en el transcurso de los cuales se decide la suerte del pueblo italiano no les sugieren más que esa pequeña maniobra, que les permitirá no abandonar su pasividad y gritar fuertemente contra la «traición» de la C.G.L. Los jefes de esta última denuncian, con razón, la «provocación» comunista, pero en un comunicado que incluye el siguiente pasaje bochornoso:

«La C.G.L. siente el deber concreto –en el momento en que se enardece la pasión política, y en el que fuerzas extrañas a los sindicatos obreros se disputan el poder del Estado– de poner en guardia a los trabajadores contra las especulaciones y las incitaciones de los partidos y de las agrupaciones políticas que desearían implicar al proletariado en un conflicto, del cual debe permanecer absolutamente apartado».

La mayor parte de los antifascistas no calibran la gravedad de los acontecimientos.¹¹⁸ Los nervios del país han permanecido tensos durante demasiado tiempo y la primera impresión es de relajamiento y aceptación.

¹¹⁷ «*Rassegna comunista*», 31 de octubre de 1922, p. 1.454

¹¹⁸ La opinión de los comunistas fue la siguiente: «Negamos que el acontecimiento tenga carácter revolucionario o cualquier apariencia, incluso lejana, de golpe de Estado... Un golpe de Estado abate a una clase dirigente y cambia las leyes fundamentales del Estado. Hasta hoy la victoria fascista ha cambiado un gabinete, consecuencia, si no nos engañamos, de toda crisis ministerial normal... Los nuevos jefes del gobierno declaran su firme intención de aplicar la ley y defender la Constitución. Las primeras decisiones del Consejo de ministros no dejan prever cambios profundos en la política interior o exterior» («*Rassegna comunista*», 31 de octubre de 1922).

«En el fondo –piensan casi todos– más vale así. Éstos no durarán más de dos meses.» En Montecitorio, un grupo de diputados hace previsiones. Amendola es optimista: «No hay por qué espantarse. Mussolini también se verá cogido por el engranaje constitucional y por fin tendremos un gobierno». Un diputado socialista, Bruno Buozzi, replica: «Os hacéis ilusiones. Ahora es cuando comienza el baile y os llega el turno de quedar eliminados».¹¹⁹

En cuanto a Mussolini, no sabe todavía muy bien lo que va a hacer, pero siente tras de sí la irresistible y embriagador impulso del hecho consumado; ha llegado al poder y quiere permanecer en él.

En la exposición del arte moderno italiano celebrada en París durante el verano de 1935, figuraba un cuadro de grandes proporciones en el que se podía ver un Mussolini ecuestre a la cabeza de las legiones que marchaban sobre Roma, un Mussolini arrogante, en un combate furioso y sangriento, como Bonaparte en el puente de Arcole. Para olvidar este ultraje al arte y a la verdad, había felizmente, a sólo unos centenares de metros, la exposición de arte clásico, «De Cimabue a Tiépolo».

¿Pero qué encontrará el pueblo italiano a su lado, para olvidar y para recomenzar una nueva vida, el día en que sienta lo que ha perdido y ha hecho perder a la humanidad; cuando permitió a Mussolini llegar al poder en cochecama el 30 de octubre de 1922, precediendo esta marcha sobre Roma que «nunca ocurrió»?

¹¹⁹ Algunos antifascistas se hicieron ilusiones sobre la evolución del nuevo régimen: cf. la entrevista a Amendola el 6 de diciembre de 1922 (S. Trentin, *L'aventure italienne*, París, P.U.F., 1928), el barullo provocado por la «*Carta de Giovanni Chiesa a Mussolini*» (M. Rygier, *La franc-Maçonnerie italienne...*). En sus *Memorias*, Giulio Alessio recuerda que a incluso Giolitti estuvo convencido durante algún tiempo de que Mussolini no podría mantenerse en el poder ni operar, y su actitud desgraciadamente estuvo en función de esta opinión». «Todavía no soy pesimista», escribe Giolitti a Luigi. Ambrosini en una carta de primero de enero de 1923 en la que expresa sobre el fascismo un juicio gravemente erróneo y que explica toda su conducta entre 1921 y 1922: «¿Triunfará el nuevo orden? Así lo espero. Al menos es cierto que ha sacado al país de la fosa en la que estaba a punto de pudrirse» (carta publicada en «*Il Messaggero*» del 26 de noviembre de 1948).